

RAYMOND E. FEIST

EL ESPINO DE PLATA



Lectulandia

Durante casi un año ha reinado la paz en la tierra encantada de Rillanon. Pero nuevos desafíos aguardan a Arutha, el príncipe de Krondor, cuando Jimmy la Mano, el ladrón más joven del Gremio de los Burladores, se cruza con un siniestro Halcón Nocturno dispuesto a asesinarlo. ¿Qué maligno poder levanta a los muertos y hace que los cadáveres combatan contra los vivos en nombre del Gremio de la Muerte? ¿Y qué alta magia puede derrotarlo? El nuevo rey de Midkemia está amenazado, y habrá de emprender una búsqueda a vida o muerte para conseguir un antídoto contra el veneno que ha postrado a una bella princesa en el día de su boda.

Lectulandia

Raymond E. Feist

El espino de plata

Saga de la Fractura 3

ePub r1.0

epublector 21.10.13

Título original: *Silverthorn*
Raymond E. Feist, 1985
Traducción: Antonio Calvario, 2004
Diseño de portada: Don Maitz

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a mis sobrinos y sobrina

Benjamin Adam Feist,
Ethan Aaron Feist y
Alicia Jeanne Lareau.

Pequeños magos todos

Agradecimientos

Una vez más estoy en deuda con mucha gente por la existencia de este libro. Mi más profunda gratitud para:

Los del Viernes por la Noche: April y Stephen Abrams, Steve Barrett, Anita y Jon Everson, Dave Guinasso, Conan LaMotte, Tim LaSelle, Ethan Munson, Bob Potter, Rich Spahl, Adam Springer y Lori y Jeff Velten, por demasiadas razones para enumerarlas.

Susan Avery, David Brin, Kathie Buford y Janny Wurts por darme sus ideas sobre un trabajo en progreso.

Mis amigos de Granada, especialmente Nick Austin.

Al Sarantonio, por poner la gramola en Chicago. De nuevo a Harold Matson, mi representante. Abner Stein, mi representante en el Reino Unido. Y, como siempre, a Barbara A. Feist, mi madre.

**Raymond E. Feist
San Diego, California
Diciembre, 1983**

De dioses y traductores

El lector avisado de la saga de Midkemia se dará cuenta de que algún dios de libros anteriores ha pasado a ser diosa. El problema es que en inglés los determinantes y adjetivos (y no pocos sustantivos) se usan indistintamente para el masculino y el femenino, de forma que si no se dice directamente es prácticamente imposible saber si se habla de un individuo varón o hembra. De ahí que en varios casos no se supiera si se estaba hablando de un dios o una diosa. En unos se acertó y en otros no.





Sinopsis

Nuestra historia hasta el momento...

Sobre el mundo de Midkemia, se alzaba el poderoso reino de las Islas, junto al vasto imperio de Kesh la Grande al sur. En aquellos momentos el Reino se acercaba a una época de esplendor; la nación abarcaba un continente, desde el Mar del Reino hasta el Mar Sin Fin.

En el duodécimo año del reinado de Rodric IV, en la provincia más occidental del Reino, el Ducado de Crydee, un pinche de cocina huérfano llamado Pug se convirtió en aprendiz del mago Kulgan. Mediocre estudiante de magia, ascendió hasta una alta posición por salvar a la hija del duque Borric, la princesa Carline, de un terrible destino, y se convirtió en escudero de la corte ducal. Tras esto, Pug se encontró convertido en objeto del encaprichamiento infantil de Carline, y como resultado, en rival del escudero Roland, otro miembro de la corte. Junto con su mejor amigo Tomas, Pug descubrió los restos del naufragio de un extraño navio y a un hombre moribundo de origen desconocido. El sacerdote de la corte, el padre Tully, usó su magia para descubrir que el hombre moribundo provenía de otro mundo, Kelewan, dominado por un poderoso imperio de guerreros, los tsurani. Estos habían alcanzado Midkemia a través de una puerta mágica, una fractura en el espacio, y posiblemente estaban preparando el camino para una invasión. El duque Borric mantuvo una reunión con la reina de los elfos, Aglaranna, que estuvo de acuerdo en que alguna extraña amenaza se aproximaba a la Costa Lejana del Reino; los elfos habían visto unos extraños guerreros confeccionando mapas del oeste, hombres que se desvanecían misteriosamente.

Temiendo que esto fuera el preludio a una invasión, Lord Borric y su hijo menor, Arutha, encabezaron una compañía de hombres para avisar al rey del posible ataque, dejando Crydee bajo el cuidado de su hijo Lyam y del Maestre de Armas Fannon. La compañía contaba entre sus filas con Kulgan el mago, Pug y Tomas, el sargento Gardan y cincuenta soldados de Crydee. En el bosque llamado el Corazón Verde, el grupo del duque fue atacado por los temidos *moredhel*, los elfos oscuros conocidos como la Hermandad de la Senda Oscura. Tras una larga y sangrienta lucha, el duque y los demás supervivientes fueron salvados por Dolgan, un caudillo enano, y su gente.

Dolgan los condujo a través de las minas de Mac Mordain Cadal, donde fueron atacados por un espectro, haciendo que Tomas se separara del resto de la compañía. Tomas huyó a las profundidades de la antigua mina, mientras Dolgan ponía a salvo a los demás.

Dolgan volvió a la mina para buscar a Tomas, descubriendo que el muchacho se había refugiado con uno de los últimos supervivientes entre los poderosos dragones dorados, anciano y cerca de la muerte. El dragón, Rhuargh, les contó su vida, su encuentro con el extraño hechicero Macros el Negro y otras maravillas. Rhuargh se desvaneció en un glorioso momento final, gracias a un obsequio de Macros, y dejó a Tomas con un regalo especial: una armadura mágica dorada.

La compañía del duque llegó a la ciudad de Bordon, donde tomaron un barco para Krondor, la capital de la mitad oeste del Reino. Una tormenta los empujó hasta la Isla del Hechicero, hogar del legendario Macros. Allí, Pug se encontró con un misterioso ermitaño, que más tarde descubrieron que era Macros. Éste les insinuó que volverían a encontrarse, pero les avisó de que no lo buscaran.

En Krondor, el príncipe Erland dio instrucciones al duque para que continuara hasta Rillanon, capital del Reino, para ver al rey. Mientras estaban en Krondor, Pug conoció a la princesa Anita, la única hija de Erland, y se enteró de que se esperaba que se casara con el príncipe Arutha cuando creciera.

En Rillanon, el duque Borric descubrió que el rey era un visionario, pero también un hombre de cordura dudosa, dado a violentos cambios de humor y desvarios. El duque Caldric de Rillanon, tío político de Borric, les advirtió de que la carga de repeler a los tsurani, si atacaran, caería sobre los nobles del Oeste, puesto que el rey, temeroso de las intrigas contra la corona, desconfiaba del príncipe de Krondor y se negaba a que los ejércitos orientales dejaran el Este. Llegó la invasión tsurani y Borric recibió el mando de los ejércitos del Oeste. Se apresuró hacia allí. Mientras comenzaba la guerra de la Fractura.

Durante los inicios de la guerra, Pug fue capturado en una incursión contra el territorio ocupado por los tsurani.

Tomas estuvo, con el contingente enano de Dolgan, entre los primeros en enfrentarse a los invasores. Algo alienígena se había manifestado en la armadura de Tomas, y mientras la llevaba puesta se convertía en un guerrero de pavoroso poder. Perseguido por extrañas visiones, poco a poco su aspecto estaba cambiando. En una batalla desesperada en las minas enanas, los tsurani obligaron a la compañía de Tomas y Dolgan a huir hacia los bosques. Al no tener otro lugar seguro donde refugiarse, los enanos se dirigieron hacia Elvandar, para aliarse con los elfos. Al llegar a la corte de la reina de los elfos fueron muy bien recibidos. Algo en el aspecto de Tomas despertó el temor de los viejos tejedores de magia elfos, aunque éstos se negaron a hablar de ello.

Lyam dejó Crydee para unirse a su padre, y el maestro de armas Fannon asumió el mando del castillo con Arutha como segundo al mando. Carline lloraba la pérdida de Pug, y acudió a Roland en busca de apoyo. Los tsurani efectuaron una incursión contra Crydee usando un barco capturado. Durante la batalla, Arutha rescató a Amos Trask, capitán del barco y antiguo pirata.

Los tsurani pusieron sitio a Crydee, y fueron repelidos muchas veces. Durante uno de los combates, el maestro de armas Fannon resultó herido y Arutha asumió el mando. Tras una terrible lucha subterránea entre los hombres de Arutha y zapadores tsurani, Arutha ordenó a las guarniciones cercanas a Crydee que se coordinaran para una batalla final contra los tsurani. Pero antes de que dicha batalla pudiera comenzar, el comandante tsurani, Kasumi de los Shinzawai, recibió la orden de volver a casa con sus tropas.

Pasaron cuatro años, y Pug trabajaba como esclavo en un campo de trabajo en los pantanos de Kelewan, el mundo de los tsurani, junto con un recién llegado, Laurie de Tyr-Sog, un trovador. Tras un conflicto con el capataz del campo de trabajo fueron llevados por Hokanu, el hijo menor de la familia Shinzawai, a las tierras de su padre. Se les ordenó entrenar a Kasumi en todos los aspectos de la cultura y el idioma del Reino. Allí, Pug también conoció a una muchacha esclava, Katala, de la que se enamoró. El hermano del señor de los Shinzawai, Kamatsu, era uno de los Grandes, poderosos magos, seres que eran su propia ley. Una noche Fumita, el Grande, descubrió que Pug había sido aprendiz de mago en Midkemia, y lo reclamó en nombre de la Asamblea, la hermandad de magos, desapareciendo de la mansión de los Shinzawai.

Para entonces Tomas se había convertido en una figura de poder abrumador gracias a su antigua armadura. Antes había sido portada por un valheru (un Señor de los Dragones), uno de los legendarios y poderosos primeros pobladores de Midkemia. Poco se sabía de ellos excepto que eran crueles y poderosos, y que habían mantenido como esclavos a los elfos y los moredhel. Aglaranna, su hijo Calin y su principal consejero Tathar, temían que Tomas estuviera siendo consumido por el poder de Ashen-Shugar, el antiguo Señor de los Dragones, cuya armadura vestía. Temían un intento de los valheru para recuperar su dominio. Aglaranna estaba doblemente preocupada, ya que aparte de temer a Tomas estaba enamorándose de él. Los tsurani invadieron Elvandar y fueron rechazados por las fuerzas de Tomas y Dolgan, ayudadas por el misterioso Macros el Negro. Tras la batalla, Aglaranna admitió sus sentimientos por Tomas y lo tomó como amante, perdiendo así todo poder para darle órdenes.

Los recuerdos de Pug fueron borrados por los maestros de la Asamblea y tras cuatro años de entrenamiento se convirtió en mago. Descubrió que era un dotado seguidor de la Senda Mayor, una magia inexistente en Midkemia. Kulgan era un

magos de la Senda Menor, y por eso había sido incapaz de enseñar a Pug. Pug recibió el nombre de Milamber al convertirse en Grande. Su maestro, Shimone, observó cómo Milamber pasaba la prueba final, de pie sobre un delgado pináculo y soportando el momento álgido de una tormenta mientras se le revelaba la historia del Imperio de Tsuranuanni. Allí fue adoctrinado acerca del deber principal de un Grande: servir al imperio. Pug conoció a su primer amigo en la Asamblea, Hochopepa, un astuto mago que lo instruyó en los entresijos de la política tsurani.

Para el noveno año de la guerra, Arutha temía que estaban perdiendo la contienda, y entonces descubrió a través de un esclavo prisionero que estaban llegando nuevas tropas desde Kelewan. Con Martin Arcolargo, el maestro de caza de su padre, y Amos Trask, Arutha viajó a Krondor para pedirle más ayuda al príncipe Erland. Durante el viaje, Amos descubrió el secreto de Martin: era hijo bastardo de Lord Borric. Martin hizo que Amos le jurara no revelarlo nunca sin su permiso. En Krondor, Arutha descubrió que la ciudad estaba bajo el control de Guy, duque de Bas-Tyra, un enemigo jurado de Lord Borric. Claramente, Guy había emprendido algún tipo de plan para apoderarse de la corona. Entonces Arutha se cruzó con Jocko Radburn, esbirro de Guy y jefe de su policía secreta, que persiguió a Arutha, Martin y Amos hasta que éstos cayeron en manos de los Burladores, los ladrones de Krondor. Allí conocieron a Jimmy la Mano, un muchacho ladrón; a Trevor Hull, un antiguo pirata convertido en contrabandista y a su primer oficial, Aaron Cook. Los Burladores tenían oculta a la princesa Anita, que había huido de palacio. Jocko Radburn estaba furioso intentando capturarla antes de que Guy de Bas-Tyra volviera de una escaramuza fronteriza con el vecino imperio de Kesh la Grande. Con la ayuda de los burladores, Arutha, sus compañeros y Anita huyeron de la ciudad. Durante una persecución por mar, Amos atrajo el navío de Radburn a unos arrecifes y el jefe de la policía secreta se ahogó. Al volver a Crydee, Arutha descubrió que el escudero Roland había muerto durante una escaramuza. Para entonces Arutha estaba enamorado de Anita, aunque se resistía a admitirlo al considerarla demasiado joven.

Pug, ahora Milamber, volvió a las tierras de los Shinzawai para reclamar a Katala, y descubrió que era padre. Su hijo, William, había nacido durante su ausencia. También descubrió que los Shinzawai estaban implicados en una intriga junto con el emperador para obligar a firmar la paz al Alto Consejo Tsurani, que estaba dominado por el Señor de la Guerra. Laurie le serviría de guía a Kasumi, que ya había dominado la lengua y las costumbres del Reino, para llegar hasta el rey, llevando la oferta de paz del emperador. Pug les deseó buena suerte y se llevó a casa a su esposa e hijo.

Tomas sufrió un gran cambio equilibrando las fuerzas del valheru y del humano, pero sólo después de casi matar a Martin Arcolargo. En una titánica batalla interior, el humano casi fue abrumado, pero al fin logró dominar la colérica entidad que una vez había sido un Señor de los Dragones y por fin conoció la paz de espíritu.

Kasumi y Laurie atravesaron la fractura y se abrieron camino hasta Rillanon, donde descubrieron que el rey se había vuelto completamente loco. Los acusó de ser espías, y tuvieron que huir ayudados por el duque Caldric. El duque les aconsejó que buscaran a Lord Borric, porque parecía que se avecinaba una guerra civil. Al llegar al campamento de Borric, Laurie y Kasumi se encontraron a Lyam, que les informó que Borric estaba mortalmente herido.

Milamber, como se conocía a Pug, asistió a los Juegos Imperiales, celebrados por el Señor de la Guerra para festejar su aplastante victoria sobre Lord Borric. Milamber enfureció ante la crueldad gratuita, especialmente el tratamiento sufrido por los prisioneros midkemios. En un ataque de cólera, destruyó el recinto donde se celebraban los Juegos, agraviando al Señor de la Guerra y así haciendo pedazos la política del Imperio. Milamber huyó con Katala y William a Midkemia, ya no más como un Grande, sino de nuevo Pug de Crydee.

Pug regresó a tiempo de estar al lado de Lord Borric cuando éste murió. El último acto del duque fue reconocer a Martin. Entonces llegó el rey, enfadado por la incapacidad de sus comandantes para poner fin a la larga guerra. Encabezó una enloquecida carga contra los tsurani y, contra todo pronóstico, rompió su frente y los hizo retroceder hasta el valle donde tenían la máquina de crear fracturas, el medio para viajar entre los dos mundos. El rey fue herido de muerte y, en un raro momento de lucidez, nombró heredero a Lyam, el mayor de los varones Doin.

Lyam hizo saber a los tsurani que aceptaría la oferta de paz que Rodric había despreciado, y se puso fecha para las negociaciones. Entonces Macros fue a Elvandar y avisó a Tomas de que esperara engaños en la conferencia de paz. Tomas accedió a llevar a sus guerreros, igual que los enanos.

En la conferencia de paz, Macros creó una ilusión que trajo el caos y la batalla a donde se pretendía que hubiera paz. Macros llegó, y entre él y Pug destruyeron la fractura, dejando aislados en Midkemia a cuatro mil tsurani bajo el mando de Kasumi. Éste se rindió ante Lyam, que les ofreció la libertad si le juraban fidelidad.

Todos volvieron a Rillanon para la coronación de Lyam, excepto Arutha, Pug y Kulgan, que visitaron la isla de Macros. Allí descubrieron a Gathis, un sirviente del hechicero, de aspecto parecido a un trago, que les entregó un mensaje. Al parecer, Macros había muerto en la destrucción de la fractura. Les había dejado su inmensa biblioteca a Pug y Kulgan, que planearon montar una academia para magos. La explicación a la traición de Macros fue que el Enemigo, un poder inmenso y terrible conocido por los tsurani desde tiempos inmemoriales, podía haber encontrado Midkemia a través de la fractura. Por eso Macros se había visto obligado a destruir la fractura.

Arutha, Pug y Kulgan fueron a Rillanon, donde Arutha descubrió la verdad sobre Martin. Puesto que era el mayor de los hijos de Borric, el nacimiento de Martin

obstaculizaba la herencia de Lyam, pero el antiguo Maestro de Caza renunció a cualquier derecho sobre el trono, y Lyam se convirtió en rey. Arutha fue proclamado príncipe de Krondor, ya que el padre de Anita había muerto. Guy du Bas-Tyra estaba oculto y en su ausencia fue desterrado por traición. Laurie conoció a la princesa Carline, que al parecer le devolvía su interés.

Lyam, Martin, que se convirtió en duque de Crydee, y Arutha partieron hacia el Reino Oriental, mientras que Pug y su familia, junto con Kulgan, viajaron a la isla de Stardock, para comenzar la construcción de la academia. Durante casi un año, la paz imperó en el Reino...

Libro III
Arutha y Jimmy

Al erguirse unánimes se oyó
Como el estruendo de un lejano trueno.

Milton,
El Paraíso Perdido,
Libro II, 1,476

Prólogo

Crepúsculo

El sol cayó tras los picos.

Los últimos rayos de sol tocaron la tierra y sólo quedó el rosado resplandor crepuscular del día. Desde el este, se aproximaba una oscuridad color índigo. El viento atravesaba las colinas cortante como una hoja afilada, como si la primavera fuera solamente un sueño apenas recordado. El hielo invernal seguía aferrándose a los lugares protegidos por las sombras, un hielo que se resquebrajaba ruidosamente bajo los talones de botas pesadas. Saliendo de la oscuridad del anochecer, tres figuras entraron dentro del radio de luz de la hoguera.

La anciana bruja levantó la mirada, y sus ojos oscuros se abrieron un tanto al contemplar al trío. Conocía la silueta de la izquierda, el ancho guerrero mudo con la cabeza afeitada y un solo mechón de pelo largo en el cuero cabelludo. Había venido una vez antes, buscando señales mágicas para algún extraño ritual. Aunque era un poderoso caudillo, ella lo había echado, porque su naturaleza era malvada, y aunque los asuntos del bien y el mal rara vez tenían alguna importancia para la bruja, había límites incluso para ella. Además, los moredhel le gustaban más bien poco, y especialmente uno que se había cortado su propia lengua como signo de devoción a poderes oscuros.

El guerrero mudo la contempló con sus ojos azules, algo poco usual en su raza. Era de hombros más anchos que la mayoría, incluso para un miembro de los clanes montañoses, que solían ser de brazos y hombros más poderosos que sus primos los que habitaban en los bosques. El mudo llevaba argollas de oro en sus grandes y puntiagudas orejas, dolorosas de poner, ya que los moredhel no tenían lóbulos. Sobre cada mejilla había tres cicatrices, símbolos místicos cuyo significado no se le escapaba a la bruja.

El mudo hizo una señal a sus compañeros, y el que estaba más a la derecha pareció asentir. Era difícil de decir, ya que iba ataviado con una túnica que lo cubría por completo, con una gran capucha que no dejaba ver sus rasgos. Ambas manos iban ocultas en voluminosas mangas que mantenía juntas.

—Buscamos la interpretación de unas señales —dijo la figura encapuchada, como si hablara desde una gran distancia. Su voz era sibilante, casi un siseo, y había en ella una nota de algo casi alienígena. Apareció una mano, y la bruja reculó, porque era deforme y escamosa, como si su propietario poseyera garras cubiertas de piel de serpiente. En ese momento, la bruja reconoció a la criatura por lo que era: un sacerdote del pueblo serpiente pantathiano. Comparados con los hombres serpiente, la bruja tenía a los moredhel en alta estima.

Apartó su atención de las figuras de los extremos y estudió a la del centro. Se alzaba una cabeza más alto que el mudo, y era de una corpulencia incluso más impresionante. Lentamente se despojó de una capa de piel de oso, el cráneo del cual le proporcionaba un casco para su propia cabeza, y la tiró a un lado. La anciana bruja dejó escapar un grito ahogado, ya que era el moredhel más atractivo que había visto en su larga vida. Llevaba los pantalones gruesos, chaleco y botas altas de los clanes de las colinas, y el pecho descubierto. Su cuerpo poderosamente musculado relucía a la luz de la hoguera, y se inclinó hacia delante para estudiar a la bruja. Su rostro casi daba miedo por aquella belleza casi perfecta. Pero lo que le había hecho dar un grito ahogado era el signo que lucía en el pecho.

—¿Me conoces? —le preguntó a la bruja.

Ella asintió.

—Sé quien pareces ser.

Él se inclinó hacia delante un poco más, hasta que su rostro quedó iluminado desde abajo por el fuego, revelando algo en su naturaleza.

—Soy quien parezco ser —susurró él con una sonrisa. Ella sintió miedo, porque detrás de sus atractivos rasgos, detrás de aquella sonrisa benigna, vio el rostro del mal, de un mal tan puro que desafiaba al aguante—. Buscamos la interpretación de unas señales —repitió, y su voz tenía el sonido de una locura tan transparente como el cristal.

—¿Hasta alguien tan poderoso tiene límites? —la bruja soltó una risita.

La sonrisa del guapo moredhel se fue desvaneciendo lentamente.

—Uno no puede predecir su propio futuro.

—Necesito plata —dijo ella, resignada al que probablemente iba a ser el suyo propio.

El moredhel asintió. El mudo sacó una moneda de la bolsita que llevaba colgada del cinturón y la tiró al suelo frente a la bruja. Sin tocarla, ésta preparó algunos ingredientes en un cuenco de piedra. Cuando el mejunje estuvo listo, lo vertió sobre la plata. Brotó un siseo, tanto de la moneda como del hombre serpiente. Una garra cubierta de escamas verdes empezó a trazar signos en el aire.

—Déjate de tonterías, serpiente —le espetó la bruja—. Tu magia de las tierras cálidas sólo falseará mi lectura.

Un suave toque y una sonrisa del individuo del centro, que le asintió a la bruja, contuvieron al hombre serpiente.

La bruja habló en tono ronco, con la garganta reseca del miedo.

—Habla entonces verdaderamente. ¿Qué deseas saber? —Estudió la siseante moneda de plata, que ahora estaba cubierta con un burbujeante légamo verdoso.

—¿Es ya el momento? ¿He de hacer lo que fue dispuesto?

Una llama de color verde brillante brotó de la moneda y danzó. La bruja siguió sus movimientos de cerca. Sus ojos veían algo dentro de la llama que nadie más que ella podía percibir.

—Las Piedrasangres forman la Cruz de Fuego —dijo tras un momento—. Aquello que eres, sé. Aquello que has nacido para hacer... ¡hazlo! —La última palabra fue casi un jadeo.

Algo en la expresión de la bruja le resultó inesperado, pues el moredhel le hizo otra pregunta.

—¿Qué más, vieja?

—No te alzas sin oposición, porque hay uno que es tu perdición. No te alzas sólo, porque tras de ti... no lo comprendo. —Su voz era débil, tenue.

—¿Qué? —Esta vez el moredhel no mostraba sonrisa alguna.

—Algo... algo inmenso, algo distante, algo maligno.

El moredhel se paró a pensar; se volvió hacia el hombre serpiente y le habló con suavidad, pero aún así con autoridad.

—Entonces, ve, Cathos. Emplea tus habilidades arcanas y descubre dónde reside esta debilidad. Dale un nombre a nuestro enemigo. Encuéntralo. —El hombre serpiente hizo una torpe reverencia y salió de la cueva arrastrando los pies. El moredhel se volvió hacia su acompañante mudo—. Levanta los estandartes, mi general, y reúne a los clanes leales en las llanuras de Isbandia, bajo las torres de Sar-Sargoth. Eleva más alto el estandarte que he escogido para mí mismo, y que todos sepan que emprendemos aquello que fue dispuesto. Tú serás mi señor de la guerra, Murad, y todos sabrán que tú eres el más alto de mis sirvientes. Ahora esperan la gloria y la grandeza. Luego, cuando la serpiente loca haya identificado a nuestra presa, encabeza a los matadores negros. Que aquellos cuyas almas son mías nos sirvan buscando a nuestros enemigos. ¡Encuéntralo! ¡Destruyelo! ¡Ve!

El mudo asintió una vez y salió de la cueva. El moredhel con el signo en el pecho miró a la bruja a la cara.

—Entonces, desecho humano, ¿sabes qué poderes oscuros están en movimiento?

—Sí, mensajero de la destrucción, lo sé. Por la Dama Oscura, lo sé.

El se rió, un sonido frío y sin humor.

—Yo porto el signo —dijo señalándose la marca de nacimiento de color púrpura que tenía en el pecho, que parecía brillar intensamente a la luz del fuego. Estaba claro

que no era una simple deformidad sino algún tipo de talismán, ya que formaba la perfecta silueta de un dragón en vuelo. Levantó el dedo, señalando hada arriba—. Yo tengo el poder. —Hizo un movimiento circular con el dedo que apuntaba hacia el cielo—. Yo soy el ungido. Yo soy el destino.

La bruja asintió sabiendo que la muerte corría a su encuentro. Repentinamente, vocalizó un complejo encantamiento, moviendo las manos furiosamente en el aire. Un cúmulo de energía se manifestó en la cueva y un extraño aullido llenó la noche. El guerrero que estaba ante ella se limitó a negar con la cabeza. Ella le lanzó un conjuro, uno que debería haberlo consumido en el sitio. Él permaneció allí, sonriéndole de oreja a oreja, malignamente.

—¿Quieres ponerme a prueba con tus patéticas artes, vidente?

Al ver que no había ningún efecto, la bruja cerró los ojos lentamente y se sentó erguida, esperando su destino. El moredhel apuntó con un dedo y de él brotó un rayo de luz plateada, golpeando a la bruja. Ésta gritó de agonía, y luego estalló en fuego blanco incandescente. Por un instante, su oscura silueta se retorció en el interior de aquel infierno, y luego las llamas se desvanecieron.

El moredhel le echó un rápido vistazo a las cenizas que había en el suelo, formando la silueta de un cuerpo. Con una grave risa, recogió su capa y salió de la cueva.

Afuera lo esperaban sus acompañantes, aguantándole el caballo. Más abajo, podía ver el campamento de su banda, aún pequeña pero destinada a crecer. Montó.

—¡A Sar-Sargoth! —dijo.

Con un tirón de las riendas hizo girar a su caballo y condujo al mudo y al sacerdote serpiente colina abajo.

I

Reunión

El barco volvía a casa a toda velocidad.

El viento cambió de dirección y la voz del capitán resonó; en la arboladura, su tripulación se apresuró a responder a las exigencias de una brisa que refrescaba y de un capitán ansioso de llegar a salvo a un puerto. Era un navegante avezado, casi treinta años en la marina real, y diecisiete años al mando de su propia nave. Y el Águila Real era la mejor nave de la flota del rey, pero con todo el capitán deseaba sólo un poco más de viento, sólo un poco más de velocidad, ya que no podría descansar hasta que sus pasajeros no estuvieran a salvo en tierra.

De pie en el castillo de proa se encontraban los motivos de la preocupación del capitán, tres hombres altos. Dos, uno rubio y otro moreno, estaban de pie junto a la borda, compartiendo un chiste, ya que ambos reían. Los dos pasaban del metro noventa, y los dos se comportaban con la seguridad en sí mismos de un guerrero o un cazador. Lyam, rey del reino de las Islas, y Martin, su hermano mayor y duque de Crydee, hablaban de muchas cosas: de caza y de banquetes, de viajes y de política, de guerra y de discordia, y ocasionalmente hablaban de su padre, el duque Borric.

El tercer hombre, que no era tan alto ni tan ancho de hombros como los otros dos, estaba apoyado en la borda a cierta distancia, perdido en sus propios pensamientos. Arutha, príncipe de Krondor y el más joven de los tres hermanos, también meditaba sobre el pasado, pero su visión no era del padre muerto durante la guerra con los tsurani, a la que ahora se estaba llamando la Guerra de la Fractura. En vez de eso, observaba la proa de la nave mientras cortaba las aguas color verde esmeralda, y en aquel verde, veía dos ojos chispeantes del mismo color.

El capitán echó una mirada arriba, y luego ordenó que recortaran el velamen. De nuevo vio a los tres hombres sobre el castillo de proa y de nuevo rezó en silencio a Kilian, Diosa de los marineros, y deseó que las altas agujas de Rillanon estuvieran ya a la vista. Y a que aquellos tres eran los hombres más poderosos e importantes del Reino, y el capitán se negaba a pensar en el caos que sobrevendría en el Reino si alguna desgracia caía sobre su navio.

Arutha oyó vagamente los gritos del capitán y las respuestas de los contramaestres y los marineros. Estaba cansado por los acontecimientos del último año, así que prestaba poca atención a lo que pasaba a su alrededor. Sólo podía mantener sus pensamientos en un asunto: volvía a Rillanon, y a Anita.

Arutha sonrió para sus adentros. Su vida había parecido rutinaria durante los primeros dieciocho años. Entonces había llegado la invasión tsurani y el mundo había cambiado para siempre. Había llegado a ser considerado uno de los mejores comandantes del Reino, había descubierto un insospechado hermano mayor en Martin, y había presenciado un millar de horrores y prodigios. Pero la cosa más prodigiosa que le había pasado a Arutha había sido Anita.

Se habían separado después de la coronación de Lyam. Durante casi un año Lyam había estado mostrando el estandarte real a los señores orientales y a los reyes vecinos, y ahora volvían a casa.

La voz de Lyam atravesó la ensoñación de Arutha.

—¿Qué ves en el centelleo de las olas, hermanito?

Martin sonrió mientras Arutha levantaba la vista, y el antiguo maestro de caza de Crydee, una vez llamado Martin Arcolargo, señaló a su hermano menor con una inclinación de cabeza.

—Me apostaría los impuestos de un año a que ve un par de ojos verdes y una sonrisa pizpireta en las olas.

—Eso no es apuesta, Martin —dijo Lyam—. Desde que partimos de Rillanon he tenido tres mensajes de Anita por un asunto de estado u otro. Todo conspira para mantenerla en Rillanon mientras que su madre volvió a sus tierras un mes después de mi coronación. Arutha, más o menos, ha estado recibiendo una media de dos o más mensajes de ella por semana. Uno podría sacar algunas conclusiones de eso.

—Yo estaría más ansioso por volver si tuviera a alguien de su valía esperándome —admitió Martin.

Arutha era una persona introvertida, de mal genio cuando llegaba la hora de exteriorizar sus sentimientos más profundos, y el doble de sensible ante cualquier cuestión que implicara a Anita. Estaba perdidamente enamorado de la esbelta jovencita, embriagado por la manera en que se movía, la manera en que hablaba, la manera en que lo miraba. Y aunque posiblemente éstos eran los dos únicos hombres sobre Midkemia a los que se sentía lo bastante cercano como para compartir sus sentimientos, nunca, ni siquiera siendo niño, había mostrado buen humor cuando se sentía blanco de una broma.

Mientras el gesto de Arutha se oscurecía, Lyam habló.

—Deja a un lado esa expresión tan negra, pequeño nubarrón de tormenta. No sólo soy tu rey, sigo siendo tu hermano mayor y te puedo dar unos cachetes si surgiera la necesidad.

El uso del apodo cariñoso que le había puesto su madre y la improbable imagen del rey dándole unos cachetes al príncipe de Krondor hicieron que Arutha sonriera levemente.

—Me preocupa no entenderla en este asunto —dijo Arutha tras un momento de silencio—. Sus cartas, aunque cálidas, son formales y a veces hasta distantes. Y hay muchos jóvenes cortesanos en tu palacio.

—Desde el mismo momento que escapamos de Krondor, tu destino estaba sellado, Arutha —dijo Martin—. Te ha tenido en mira desde el principio, como un cazador que acecha a un ciervo. Incluso antes de llegar a Crydee, cuando estábamos escondidos, te miraba de cierta manera. No, te está esperando, de eso no tengas duda.

—Además —añadió Lyam—, le has dicho lo que sientes.

—Hombre, no con tantas palabras. Pero le he dicho que siento un profundo afecto.

Lyam y Martin intercambiaron miradas.

—Arutha —dijo Lyam—, escribes con toda la pasión de un escribano calculando los impuestos de fin de año.

Los tres se rieron. Los meses de viaje habían permitido que su relación se replanteara. Martin había sido tutor y amigo de los otros dos cuando eran niños, enseñándoles a cazar y a moverse por los bosques. Pero también había sido un plebeyo, aunque como Maestre de Caza era un miembro bien situado de la casa del duque Borric. Al descubrirse que era hijo bastardo de su padre, un medio hermano mayor, los tres habían pasado por un periodo de ajuste. Desde entonces habían soportado la falsa camaradería de los que buscaban ventajas, las huecas promesas de amistad y lealtad de los que querían ganar algo, y durante este tiempo habían descubierto algo más. Cada uno de ellos había encontrado en los otros dos hombres en los que confiar, de los que se podía depender, que comprendían lo que significaba este repentino ascenso a la preeminencia, y que compartían la presión de las responsabilidades recién adquiridas. En los otros dos, cada uno de ellos había encontrado amigos.

Arutha sacudió la cabeza, riéndose de sí mismo.

—Supongo que yo también lo he sabido desde el principio, aunque tuviera dudas. Es tan joven.

—¿Quieres decir que tiene más o menos la edad de madre cuando se casó con padre? —dijo Lyam.

Arutha fijó en Lyam una mirada escéptica.

—¿Es que tienes respuesta para todo?

Martin le dio una palmada en la espalda a Lyam.

—Por supuesto —dijo—. Por eso es el rey. —Mientras Lyam miraba a Martin con el ceño fruncido en broma, el hermano mayor siguió—. Así que, cuando volvamos,

pídele que se case contigo, querido hermano. Entonces podremos despertar al viejo padre Tully, sacarlo de delante de su chimenea, irnos a Krondor y celebrar una feliz boda. Y yo podré dejar estos condenados viajes y volver a Crydee.

Desde arriba gritó una voz.

—¡Tierra a la vista!

—¿Por dónde? —gritó el capitán.

—Todo a proa.

Mirando a la distancia, el entrenado ojo de cazador de Martin fue el primero en percibir la distante costa. En silencio, colocó las manos sobre los hombros de sus hermanos. Tras algún tiempo, los tres pudieron ver la distante silueta de altas torres recortándose contra el cielo azul.

—Rillanon —susurró Arutha.

El sonido de ligeras pisadas y del roce de una falda remangada sobre unos pies corriendo, acompañaba la visión de una esbelta silueta avanzando con determinación por un largo pasillo. Los adorables rasgos de la dama que, con razón, era reconocida como la mayor belleza de la corte, estaban contraídos en una expresión no precisamente de agrado. Los guardias que había dispuestos a lo largo del pasillo mantuvieron el rostro al frente, pero los ojos siguieron su paso. Más de un guardia consideró el más que probable objetivo del bien conocido temperamento de la dama y sonrió para sus adentros. Al cantante le esperaba un brusco despertar, literalmente.

De forma nada apropiada para una dama, la princesa Carline, hermana del rey, pasó como una exhalación junto a un sobresaltado sirviente que intentó echarse a un lado de un salto y hacerle una reverencia al mismo tiempo, lo que le llevó a caerse sobre sus posaderas mientras Carline se desvanecía en el ala de invitados del palacio.

Al llegar ante una puerta, se detuvo. Tras arreglarse el pelo oscuro suelto, levantó la mano para llamar, pero no lo hizo. Sus ojos azules se entrecerraron a medida que se iba enfadando ante la idea de tener que esperar que la puerta se abriera, así que se limitó a abrirla sin anunciarse.

La habitación estaba a oscuras, ya que las cortinas seguían echadas. La enorme cama estaba ocupada por un gran bulto bajo las mantas que emitió un gruñido cuando Carline dio un portazo. Abriéndose paso a través del suelo cubierto de ropa, abrió las cortinas para dejar que pasase la brillante luz de media mañana. El bulto emitió otro gruñido mientras una cabeza con dos ojos enrojecidos se asomaba entre las mantas.

—Carline —llegó el seco y ronco gemido—. ¿Quieres consumirme hasta la muerte?

—Si no hubieras estado de farra toda la noche, y hubieras venido a desayunar como se esperaba de ti —le espetó Carline poniéndose junto a la cama—, puede que te

hubieras enterado de que han avistado el barco de mi hermano. Estarán en el muelle en unas dos horas.

Laurie de Tyr-Sog, trovador, viajero, antiguo héroe de la Guerra de la Fractura, y últimamente juglar de la corte y sempiterno acompañante de la princesa, se sentó frotándose los ojos.

—No he estado de farra. El conde de Dolth insistió en oír todas las canciones de mi repertorio. Estuve cantando casi hasta el amanecer —parpadeó y le sonrió a Carline. Se rascó la arreglada barba rubia—. El hombre es incansable, pero también tiene un excelente gusto musical.

Carline se sentó en el borde de la cama, se inclinó y lo besó brevemente. Se libró decididamente de unos brazos que querían abrazarla.

—Escucha, amoroso ruiseñor —le dijo manteniéndolo a raya con una mano sobre el pecho de él—. Lyam, Martin y Arutha estarán aquí muy pronto, y en el mismo momento en que Lyam celebre la corte y acabe con todas las formalidades, le hablaré de nuestro matrimonio.

Laurie miró a su alrededor como si buscara un rincón en el que desaparecer. A lo largo del último año su relación se había desarrollado en profundidad y pasión, pero Laurie sentía un rechazo casi instintivo por el tema del matrimonio.

—Bueno, Carline... —empezó a decir.

—¡Vaya que si «Bueno Carline»! —Le interrumpió ella clavándole un dedo en el pecho desnudo—. Mira, bufón, he tenido príncipes orientales, hijos de la mitad de los duques del Reino, y quién sabe cuántos más suplicando simplemente permiso para cortejarme. Y siempre los he ignorado. ¿Y para qué? ¿Para que un músico alelado pueda juguetear con mi afecto? Bueno, esto tenemos que resolverlo.

Laurie sonrió, echándose hacia atrás el pelo rubio despeinado. Se incorporó y, antes que ella pudiera moverse, la besó intensamente.

—Carline, amor de mi vida, por favor. Ya hemos hablado de esto —dijo él después de que se separaran.

Los ojos de ella, que habían estado entrecerrados durante el beso, se abrieron de par en par.

—¡Oh! ¿Ya hemos hablado de esto antes? —dijo enfurecida—. Nos casaremos, ésa es mi última palabra. —Se levantó para evitar que volviera a abrazarla—. Se ha convertido en el escándalo de la corte, la princesa y su amante el juglar. Y ni siquiera es un cuento original. Me estoy convirtiendo en el hazmerreír. Maldita sea, Laurie. Casi tengo veintiséis años. La mayoría de las mujeres de mi edad llevan ocho o nueve años casadas. ¿Quieres que muera solterona?

—Eso nunca, amor mío —respondió él, aún divertido. Aparte del hecho de su belleza, y de las escasas probabilidades de que alguien la llamara vieja solterona, tenía diez años menos que él y Laurie la consideraba joven, una percepción constantemente

fomentada por los estallidos de temperamento infantil de ella. Laurie se sentó perfectamente erguido y abrió las manos en un gesto de indefensión a la vez que reprimía la risa—. Soy lo que soy, cariño, ni más ni menos. Llevo aquí más tiempo del que he estado en ningún otro sitio cuando era un hombre libre. Aunque tengo que admitir que es un cautiverio mucho más placentero que el último. —Habla de los años pasados como esclavo en Kelewan, el mundo natal de los tsurani—. Pero nunca se sabe cuándo querré volver a vagabundear. —Podía ver como a ella se le iba encrespando el ánimo, y se vio obligado a admitir que a menudo era él quien sacaba lo peor de la naturaleza de ella. Cambió de tema enseguida—. Además, no sé si sería un buen... como quiera que se llame al esposo de la hermana del rey.

—Pues más vale que te vayas acostumbrando. Ahora levántate y vístete.

Laurie agarró los pantalones que ella le arrojó y se los puso rápidamente. Cuando acabó de vestirse, se puso frente a ella y le rodeó la cintura con los brazos.

—Desde el día en que nos conocimos he sido tu devoto súbdito, Carline. Nunca he amado, ni amaré, a nadie como te amo a ti, pero...

—Lo sé. Llevas meses con las mismas excusas. —Le volvió a clavar el dedo en el pecho—. Siempre has sido un viajero —se burló—. Siempre has sido libre. No sabes si podrías soportar estar atado a un sitio; aunque he notado que has logrado soportar quedarte aquí, en el palacio real.

Laurie levantó la vista al cielo.

—Eso es bastante cierto.

—Bien, amante mío, esas excusas pueden servirte cuando te despidas de la hija de algún pobre posadero, pero aquí te van a valer depoco. Veremos qué piensa Lyam de todo esto. Me imagino que habrá alguna que otra vieja ley en los archivos que hable de los plebeyos que se enredan con nobles.

Laurie soltó una carcajada.

—La hay. A mi padre le corresponde un soberano de oro, un par de mulas y una granja porque te has aprovechado de mí.

De repente a Carline se le escapó una risita, trató de reprimirla y acabó riéndose en voz alta.

—Bastardo. —Lo abrazó fuertemente y le apoyó la cabeza en el hombro, sonriendo—. Nunca puedo permanecer enfadada contigo.

Él la acunó suavemente en el círculo de sus brazos.

—Y eso que de vez en cuando te doy razones.

—Sí que lo haces.

—Bueno, no tanto.

—Ojito, chaval —dijo ella—. Mientras hablamos mis hermanos están llegando al puerto, y tú estás aquí plantado discutiendo. Puedes atreverte a tomarte libertades con mi persona, pero puede que al rey no le agraden demasiado las cosas tal como están.

—Eso me temo —dijo Laurie con evidente preocupación en el rostro.

Repentinamente, el temperamento de Carline se suavizó. Su expresión se volvió tranquilizadora.

—Lyam hará lo que yo le pida. Nunca ha sido capaz de decir que no a nada que yo haya deseado realmente desde que era pequeña. Esto no es Crydee. Sabe que aquí las cosas son diferentes, y que yo no soy una niña.

—Eso he notado.

—Bribón. Mira, Laurie. No eres un simple granjero ni un zapatero. Hablas más idiomas que cualquiera de los nobles «cultos» que conozco. Sabes leer y escribir. Has viajado mucho, incluso hasta el mundo tsurani. Eres listo y tienes talento, Eres mucho más capaz de gobernar que muchos de los que han nacido destinados a hacerlo. Además, si puedo tener un hermano mayor que fue cazador antes de convertirse en duque, ¿por qué no un esposo que haya sido trovador?

—Tu lógica es impecable. Lo que pasa es que no tengo una buena respuesta. Te amo sin vacilación, pero el resto...

—Tu problema es que tienes capacidad para gobernar, pero no quieres la responsabilidad. Eres perezoso.

Él se rio.

—Por eso mi padre me echó de casa cuando tenía trece años. Dijo que yo nunca sería un buen granjero.

Ella lo apartó de sí con dulzura, mientras su voz adquiría un tono serio.

—Las cosas cambian, Laurie. He pensado mucho en esto. Dos veces antes ya pensé estar enamorada, pero tú eres el único hombre que consigue que me olvide de quién soy y actúe tan inconscientemente. Cuando estoy contigo nada tiene sentido, pero no hay problema porque en esos momentos no me preocupo de que mis sentimientos no tengan sentido. Pero ahora tengo que preocuparme de ello. Más vale que elijas, y que lo hagas rápido. Me apuesto mis joyas a que Arutha y Anita anunciarán su compromiso antes de que mis hermanos lleven un día en palacio. Lo que significa que todos partiremos hacia Krondor para su boda. Y cuando se casen, yo volveré aquí con Lyam. A ti te corresponderá decidir si vuelves con nosotros, Laurie. —Lo miró directamente a los ojos—. Me lo he pasado maravillosamente contigo. Tengo sentimientos que no hubiera imaginado como posibles en mis sueños infantiles con Pug y luego con Roland. Pero debes prepararte a elegir. Eres mi primer amante, y siempre serás mi amor más querido, pero cuando yo vuelva aquí, tú serás mi marido o serás un recuerdo. —Antes de que Laurie pudiera responder, ella fue hasta la puerta—. De todas formas te amo, bribón. Pero el tiempo se acaba. —Se detuvo—. Ahora ven conmigo y ayúdame a recibir al rey.

Él se puso a su lado y le abrió la puerta. Se apresuraron a ir adonde esperaban los carruajes para conducir al comité de recepción a los muelles. Laurie de Tyr-Sog,

trovador, viajero y héroe de la Guerra de la Fractura, era agudamente consciente de la presencia de esta mujer a su lado, y se preguntó qué sentiría si se viera privado de dicha presencia para siempre. Se sintió decididamente infeliz ante esta posibilidad.

Rillanon, capital del reino de las Islas, esperaba para dar la bienvenida a casa a su rey. Los edificios estaban cubiertos de decoraciones festivas y flores de invernadero. Gallardetes de vivos colores ondeaban sobre los tejados y brillantes estandartes de todos los colores colgaban entre los edificios sobre las calles por las que iba a pasar el rey. Llamada la joya del Reino, Rillanon descansaba sobre las laderas de multitud de colinas, un lugar maravilloso de gráciles agujas, airosos arcos y delicados puentes. El anterior rey, Rodric, se había embarcado en un proyecto de restauración de la ciudad, aplicando revestimientos de precioso mármol y roca de cuarzo a la mayoría de los edificios que había delante del palacio, convirtiendo la ciudad en un centelleante país encantado bajo la luz del mediodía.

El *Águila Real* se aproximó al muelle del rey, donde esperaba el comité de bienvenida. En la distancia, en los edificios y las calles sobre las colinas que proporcionaban una buena vista del muelle, una muchedumbre de ciudadanos vitoreaba el regreso de su joven rey. Durante muchos años Rillanon había vivido bajo la negra nube de la locura del rey Rodric, y aunque Lyam seguía siendo un extraño para la mayoría de la población de la ciudad, lo adoraban, ya que era joven y guapo, su valentía durante la Guerra de la Fractura era bien conocida y su generosidad había sido grande. Había bajado los impuestos.

Con la facilidad de un maestro, el práctico del puerto condujo el barco real a su lugar correspondiente. Rápidamente amarraron y tendieron la pasarela.

Arutha observó como Lyam era el primero en bajar. Como dictaba la tradición, se puso de rodillas y besó el suelo de su patria. Los ojos de Arutha recorrieron la multitud, buscando a Anita, pero en la avalancha de nobles que se adelantaban a saludar a Lyam no vio ni rastro de ella. Se le clavó una momentánea y fría puñalada de duda.

Martin le dio un codazo a Arutha, que según dictaba el protocolo se esperaba que fuera el segundo en desembarcar. Arutha se apresuró a bajar por la pasarela, con Martin un paso por detrás. La vista de Arutha captó la escena de su hermana dejando el lado del juglar, Laurie, para adelantarse corriendo y abrazar fuertemente a Lyam. Aunque los demás del comité de recepción no se tomaban tantas libertades con el protocolo como Carline, los cortesanos y guardias que esperaban al rey lo vitorearon espontáneamente. Luego, Arutha tuvo los brazos de Carline alrededor del cuello, besándolo y abrazándolo.

—Oh, he echado de menos tu gesto avinagrado —dijo ella feliz.

Arutha había estado luciendo la expresión taciturna que exhibía cuando estaba

perdido en sus pensamientos.

—¿Qué gesto avinagrado? —dijo él.

Carline miró a Arutha a los ojos y le dedicó una sonrisa inocente.

—Parece que te hubieras tragado algo y se estuviera moviendo.

Martin se rio en voz alta ante eso, y luego Carline lo abrazó. Al principio se puso rígido, ya que seguía sintiéndose menos cómodo con una hermana que con dos hermanos, luego se relajó y le devolvió el abrazo.

—Me he aburrido sin vosotros tres por aquí —dijo Carline.

Al ver a Laurie a poca distancia, Martin negó con la cabeza.

—Parece que no te has aburrido demasiado.

—No hay ninguna ley que diga que sólo los hombres pueden darse el gusto —dijo Carline guasona—. Además, es el mejor hombre que conozco que no es mi hermano.

Ante eso, Martin sólo pudo sonreír mientras Arutha seguía buscando a Anita con la mirada.

Lord Caldric, duque de Rillanon, Primer Consejero del rey y tío abuelo de Lyam, sonrió ampliamente cuando la ancha mano del rey envolvió la suya en un vigoroso apretón. Lyam casi tuvo que gritar para que le oyera sobre los vítores de los que estaban cerca.

—¿Tío, qué tal está nuestro reino?

—Bien, mi rey, ahora que habéis vuelto.

—No pongas esa cara tan larga, Arutha. Está en el jardín oriental, esperándote —dijo Carline a medida que la expresión de Arutha se volvía más preocupada.

Arutha besó a Carline en la mejilla, se alejó de ella y de un Martin risueño y pasó como una exhalación junto a Lyam, gritando.

—Con el permiso de Vuestra Majestad.

La expresión de Lyam pasó rápidamente de la sorpresa a la diversión, mientras que Caldric y otros cortesanos quedaban asombrados por el comportamiento del príncipe de Kronдор.

—Anita —dijo Lyam inclinándose para acercarse a Caldric.

El viejo rostro de Caldric resplandeció con una animada sonrisa mientras reía comprensivo.

—¿Entonces pronto partiréis de nuevo, esta vez hacia Kronдор para la boda de vuestro hermano?

—Preferiríamos celebrarla aquí, pero la tradición dicta que el príncipe ha de casarse en su propia ciudad, y hemos de inclinarnos ante la tradición. Pero eso no será hasta que no pasen algunas semanas. Esas cosas llevan tiempo, y mientras tanto tenemos un reino que gobernar, aunque parece que lo has hecho bien durante nuestra ausencia.

—Quizá, Vuestra Majestad, pero ahora que vuelve a haber un rey en Rillanon,

muchos asuntos que habían sido pospuestos este último año quedarán abiertos a vuestra consideración. Las solicitudes y documentos que os envié durante vuestros viajes no eran más que una décima parte de lo que veréis.

Lyam dejó escapar un gruñido burlón.

—Creo que volveremos a ordenarle al capitán que leve anclas.

Caldric sonrió.

—Venid, Majestad. Vuestra ciudad desea ver a su rey.

El jardín oriental estaba vacío excepto por una figura. Se movía en silencio entre los parterres bien cuidados que aún no estaba preparadas para florecer. Algunas variedades más resistentes ya estaban empezando a adquirir el verde brillante de la primavera y muchos de los setos eran de hoja perenne, pero el jardín seguía pareciendo más el símbolo desolado del invierno que la fresca promesa de la primavera, que se manifestaría en pocas semanas.

Anita contempló la vista de Rillanon que se extendía bajo ella. El palacio estaba en la cima de una colina, que una vez había sido el emplazamiento de una gran fortaleza que seguía siendo su núcleo. Siete altos puentes cruzaban el río que rodeaba el palacio con sus meandros. El viento de la tarde era gélido, y Anita se abrigaba los hombros con un chal de seda fina.

Anita sonrió al recordar. Sus ojos verdes se nublaron un poco al pensar en su difunto padre, el príncipe Erland, y en todo lo que había sucedido el año pasado y más: cómo Guy du Bas-Tyra había llegado a Krondor y había pretendido forzarla aun matrimonio de estado, y cómo Arutha había entrado en Krondor de incógnito. Se habían ocultado juntos bajo la protección de los Burladores, los ladrones de Krondor, algo más de un mes hasta poder huir a Crydee. Al acabar la Guerra de la Fractura había viajado hasta Rillanon para asistir a la coronación de Lyam. Durante todos esos meses, también se había enamorado profundamente del hermano menor del rey. Y ahora Arutha volvía a Rillanon.

El sonido de pisadas sobre las losas la hizo darse la vuelta. Anita esperaba ver a un sirviente o un guardia, venido para avisarla de la llegada del rey al puerto. En vez de eso se le acercaba atravesando el jardín un hombre de aspecto cansado vestido con ropas de viaje de buena factura pero arrugadas. Tenía el pelo castaño oscuro despeinado por la brisa y los ojos marrones enmarcados por círculos oscuros. Su rostro de extrema delgadez tenía la expresión casi ceñuda que solía adquirir cuando estaba reflexionando sobre algo serio, y que a ella le parecía tan adorable. Mientras se le acercaba, ella se deleitó en silencio ante su forma de andar, ágil, casi felina, en su rapidez y economía de movimientos. Al acercársele, él sonrió, vacilante, casi tímidamente. Antes de que ella pudiera reunir años de aplomo cortesano, Anita se encontró que empezaban a formarse lágrimas en sus ojos. De repente estaba en sus

brazos, aferrándose con fuerza a él.

—Arutha —fue todo lo que dijo.

Por un tiempo se quedaron allí sin decirse nada, abrazándose fuerte. Entonces, él le echó la cabeza atrás y la besó. Sin palabras le habló de su devoción y de su añoranza, y sin palabras le respondió ella. Él miró a unos ojos tan verdes como el mar y a una nariz deliciosamente salpicada por una pizca de pecas, una agradable imperfección en su piel por lo demás clara.

—He vuelto —dijo él con una sonrisa cansada.

Entonces empezó a reírse ante la obviedad del comentario. Ella también se rio. Arutha se sentía exultante al tener en sus brazos a esta esbelta jovencita, oliendo el leve aroma de su pelo rojizo oscuro, que estaba recogido en un complejo peinado popular en la corte esta estación. Se alegraba de volver a estar con ella.

Ella dio un paso atrás pero siguió con la mano de él cogida.

—Ha pasado tanto tiempo —susurró Anita—. Se suponía que iba a ser sólo durante un mes... luego otro, luego más. Has estado fuera más de medio año. No pude ir al muelle. Sabía que me pondría a llorar nada más verte. —Tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas. Sonrió y se las secó.

Arutha le apretó la mano.

—Lyam cada vez encontraba más nobles a los que visitar. Asuntos del Reino —dijo con una irónica nota de fastidio.

Desde el mismo día en que había conocido a Anita, Arutha había sido incapaz de poner palabras a sus sentimientos por la muchacha. Fuertemente atraído por ella desde el principio, había luchado con sus emociones constantemente desde la huida de Krondor. Se sentía poderosamente atraído por ella, y sin embargo la veía como poco más que una niña, apenas a punto de llegar a la mayoría de edad. Pero Anita había ejercido una influencia calmante sobre él, leyendo su carácter como nadie más, sabiendo calmar sus preocupaciones, contener su ira y sacarlo de su sombría introspección. Y él había llegado a enamorarse del carácter dulce de ella.

Arutha había permanecido en silencio hasta la noche antes de partir con Lyam. Habían paseado por este jardín, charlando hasta bien entrada la noche, y aunque no habían hablado de muchas cosas de importancia, Arutha había partido con la sensación de haber llegado a un entendimiento. El tono ligero, y a veces formal, de las cartas de ella, le había hecho preocuparse, temer no haberla entendido bien aquella noche. Pero ahora, al mirarla, sabía que no había sido así.

—He hecho pocas cosas aparte de pensar en ti desde que partimos —dijo sin más preámbulos. Vio como las lágrimas volvían a los ojos de ella.

—Y yo en ti.

—Te amo, Anita, y querría tenerte siempre a mi lado. ¿Querrás casarte conmigo?

—Sí —dijo ella mientras le apretaba la mano, y volvió a abrazarlo.

La cabeza de Arutha le dio vueltas del mismo peso de la felicidad que sentía.

—Tú eres mi alegría, eres mi corazón —susurró apretándola más contra sí.

Se quedaron así algún tiempo, el alto y delgado príncipe y la esbelta princesa, cuya cabeza apenas llegaba a la barbilla de él. Hablaban en susurros y nada parecía tener importancia excepto la presencia del otro. Entonces, el tímido sonido de alguien aclarándose la garganta los sacó a ambos de su ensoñación. Se dieron la vuelta para ver a un guardia de palacio de pie en la entrada al jardín.

—Su Majestad está llegando, Sus Altezas —dijo el guardia—. Entrará al salón principal en unos minutos.

—Iremos enseguida —dijo Arutha.

Condujo a Anita de la mano, pasando junto al guardia, que emprendió el camino tras ellos. Si Arutha y Anita hubieran vuelto la cabeza, habrían visto al veterano guardia de palacio luchando con todas sus fuerzas por reprimir una amplia sonrisa.

Arutha le dio un último apretón a la mano de Anita y luego se colocó junto a la puerta mientras Lyam hacía su entrada en el grandioso salón del trono de palacio. Mientras el rey avanzaba hacia la plataforma en la que descansaba su trono, los cortesanos le hacían reverencias, y el chambelán de la corte golpeó el suelo con la punta revestida de acero de su bastón ceremonial.

—¡Oídmeme! ¡Oídmeme! —Gritó un heraldo—. Que se corra la voz: Lyam, primero de ese nombre y por la gracia de los dioses legítimo rey, ha vuelto a nosotros y se sienta de nuevo en su trono. ¡Larga vida al rey!

—¡Larga vida al rey! —Llegó la respuesta de los reunidos en el salón principal.

Una vez que estuvo sentado, con la sencilla diadema de oro de su rango ceñida y su manto púrpura sobre los hombros, Lyam habló.

—Nos place estar en casa.

El chambelán volvió a golpear el suelo y el heraldo gritó el nombre de Arutha. Éste entró en el salón, seguido por Carline y Anita, y Martin tras ellas, como dictaba el protocolo. Cada uno de ellos fue anunciado en orden. Cuando todos estuvieron en su sitio junto a Lyam, el rey le hizo un gesto a Arutha.

Arutha se acercó y se inclinó.

—¿Se lo has preguntado? —dijo el rey.

—¿Preguntarle el qué? —dijo Arutha con una sonrisa torcida.

Lyam sonrió ampliamente.

—Si se va a casar contigo, atontado. Por supuesto que lo has hecho, y a juzgar por esa sonrisa ñoña, te ha dicho que sí —susurró—. Vuelve a tu sitio y enseguida lo anunciaré. —Arutha volvió junto a Anita y Lyam le hizo un gesto al duque Caldric para que se acercara—. Estamos cansados, mi lord canciller. Nos placería que los asuntos del día fueran breves.

—Hay dos asuntos que considero que requieren la atención de Vuestra Majestad este día. El resto puede esperar. —Lyam le indicó que siguiera—. Primero, de parte de los barones fronterizos y del duque Vandros de Yabon nos han llegado informes de un incremento en la actividad de los tragos en el Reino Occidental.

Ante esto, la atención de Arutha se apartó de Anita. A él le correspondía el gobierno del reino Occidental. Lyam lo miró, y luego a Martin, indicándoles que debían acudir.

—¿Qué hay de Crydee, mi señor?

—No han llegado noticias de la Costa Lejana, Vuestra Gracia —dijo Caldric—. En estos momentos sólo tenemos informes de la zona entre Highcastle al este y el Lago del Cielo al oeste: frecuentes avistamientos de partidas de tragos que se desplazan hacia el norte, y ocasionales incursiones cuando pasan cerca de aldeas.

—¿Hacia el norte? —Martin miró a Arutha.

—Con el permiso de Vuestra Majestad —dijo Arutha. Lyam asintió—. Martin, ¿crees que los tragos van a unirse a la Hermandad de la Senda Oscura?

Martin reflexionó.

—No descartaría esa posibilidad. Durante mucho tiempo los tragos han estado al servicio de los moredhel. Aunque habría pensado que era más posible que los hermanos oscuros avanzaran hacia el sur, volviendo a sus hogares en las montañas de las Torres Grises. (Los primos oscuros de los elfos habían sido expulsados hacia el norte desde las Torres Grises por la invasión tsurani durante la Guerra de la Fractura). Mi señor, ¿ha habido informes sobre la Hermandad Oscura? —preguntó Martin a Caldric.

Este negó con la cabeza.

—Los avistamientos normales en las estribaciones de los Dientes del Mundo, duque Martin, pero nada extraordinario. Los señores de Northwarden, el Paso de Hierro y Highcastle han enviado los informes habituales acerca de la Hermandad, nada más.

—Arutha, dejamos en tus manos y en las de Martin que examinéis esos informes y determinéis qué ha de hacerse en el Oeste —dijo Lyam. Miró a Caldric—. ¿Qué más, milord?

—Un mensaje de la emperatriz de Kesh la Grande, Vuestra Majestad.

—¿Y qué tiene Kesh que decirle a las Islas?

—La emperatriz ha enviado un embajador, un tal Abdur Rachman Meno Hazara-Khan, a las Islas para discutir el fin de los contenciosos que existen entre Kesh y las Islas.

—Eso nos place mucho —dijo Lyam—. Durante demasiado tiempo el asunto del Valle de los Sueños ha impedido que el Reino y Kesh la Grande traten convenientemente otros temas. Sería doblemente beneficioso para nuestras dos

naciones si pudiéramos solucionarlo de una vez por todas. —Lyam se puso en pie—. Pero haz saber a Su Excelencia que tendrá que reunirse con nosotros en Krondor, ya que tenemos que celebrar una boda. Mis señores y damas de la corte, es con profundo placer que anunciamos la próxima boda de nuestro hermano Arutha con la princesa Anita. —El rey se volvió hacia Arutha y Anita, los cogió a los dos de la mano y los presentó ante la corte reunida, que aplaudió el anuncio.

Desde su sitio junto a sus hermanos, Carline le dedicó a Laurie una mueca torva, y fue a besar a Anita en la mejilla.

—Así acaban los asuntos de hoy —dijo Lyam mientras la alegría reinaba en el salón.

2

Krondor

La ciudad dormitaba.

Un manto de pesada niebla había salido del Mar Amargo, envolviendo a Krondor en una densa blancura. La capital del reino Occidental nunca descansaba, pero los sonidos normales de la noche quedaban amortiguados por la bruma casi impenetrable que enmascaraba los movimientos de los que todavía se movían por las calles. Todo parecía más tranquilo, menos estridente de lo habitual.

Para cualquiera de los habitantes de la ciudad las condiciones de la noche eran casi ideales. La niebla había convertido cada calle en un pasadizo estrecho y oscuro, cada manzana de edificios en un islote aislado. El interminable crepúsculo estaba levemente salpicado por los faroles de las esquinas, pequeñas estaciones de paso de calidez y luz para los viandantes antes de sumergirse una vez más en la noche oscura y tenebrosa. Pero entre aquellos pequeños refugios de iluminación, alguien acostumbrado a trabajar en la oscuridad recibía una protección adicional, ya que los pequeños ruidos quedaban silenciados y los movimientos ocultos a la observación casual. Jimmy la Mano iba a lo suyo.

De unos quince años de edad, Jimmy ya era considerado uno de los miembros más dotados de los Burladores, el gremio de ladrones. Jimmy había sido ladrón casi toda su corta vida, un chiquillo callejero que se había graduado robando fruta de los carros de los vendedores ambulantes como miembro de pleno derecho de los Burladores. Jimmy no conocía a su padre, y su madre había sido una prostituta del Barrio Pobre hasta que encontró la muerte a manos de un marinero borracho. El chico había sido Burlador desde entonces, y su ascenso había sido rápido. La cosa más asombrosa del ascenso de Jimmy no era su edad, ya que los Burladores eran de la opinión que tan pronto como un muchacho estuviera dispuesto para intentar el robo, había que dejarlo. El fracaso traía su propia recompensa. Un mal ladrón se convertía rápidamente en un ladrón muerto. Mientras que no se pusiera en peligro a otro Burlador, la muerte de un ladrón de talentos limitados no era una pérdida grande. No, el hecho más asombroso del rápido ascenso de Jimmy era que efectivamente era

casi tan bueno como creía ser.

Se movió por la habitación con un sigilo bordeando lo preternatural. Lo único que rompía el silencio de la noche eran los ronquidos de sus desprevenidos anfitrión y anfitriona. El débil fulgor de un distante farol callejero, que entraba por la ventana abierta, era su única iluminación. Jimmy miró a su alrededor, ayudándose en la búsqueda con sus otros sentidos. Un súbito cambio en el sonido de las tablas del suelo bajo las ligeras pisadas de Jimmy, y el ladrón encontró lo que estaba buscando. Se rio para sus adentros ante la falta de originalidad del comerciante al esconder su riqueza. Con economía de movimientos, el chico ladrón levantó la falsa tabla y metió la mano en el escondrijo de Trig el Batanero.

Trig resopló y se dio la vuelta, provocando un resoplido de respuesta de su gorda esposa. Jimmy se quedó congelado en el sitio, apenas respirando, hasta comprobar que las dos figuras durmientes seguían inmóviles durante varios minutos. Luego sacó una pesada bolsa y ocultó cuidadosamente el botín en su blusa, asegurándolo con su ancho cinturón. Volvió a poner la tabla en su sitio y volvió a la ventana. Con suerte pasarían días antes de que se descubriera el robo.

Salió por la ventana y dándose la vuelta, levantó los brazos para agarrarse al alero. Un rápido tirón y estuvo sentado en el techo. Colgándose desde el borde, cerró las contraventanas con un suave empujón y trasteó con el hilo y el gancho hasta que el cerrojo interior quedó en su sitio. Recogió el hilo rápidamente, riéndose en silencio ante el asombro que llegaría cuando el batanero intentase averiguar cómo se habían llevado el oro. Jimmy se mantuvo en silencio durante un momento, escuchando por si en el interior oía despertarse a alguien. Cuando esto no sucedió, se relajó.

Se puso en pie y empezó a abrirse paso por la Calzada de los Ladrones, como se conocía a los techos de la ciudad. Saltó del tejado de la casa de Trig al de la contigua, y se sentó sobre las tejas para comprobar su botín. La bolsa era prueba de que el batanero era un hombre tacaño, que había ahorrado una buena parte de sus estables beneficios. Mantendría cómodo a Jimmy durante meses si no se lo gastaba todo apostando.

Un débil ruido hizo que Jimmy se echara sobre el techo, apretándose contra las tejas en silencio. Oyó otro ruido, un arrastrar de pasos que llegaba de un tejado a dos aguas a cierta distancia de donde se encontraba el muchacho. El chico maldijo su suerte y se pasó una mano por el pelo castaño rizado humedecido por la niebla. Que hubiera otra persona en los tejados cercanos sólo podía significar problemas. Jimmy estaba trabajando sin un permiso del maestro nocturno de los Burladores. Una costumbre suya que le había granjeado reprimendas y palizas las pocas veces que lo habían pillado; pero si ahora estaba poniendo en peligro el trabajo nocturno de otro Burlador, le esperaban más que unas palabras fuertes o que lo corrieran a guantazos por la habitación. Los demás del gremio trataban a Jimmy como un adulto, ya que se

había ganado el puesto con habilidad y astucia. A cambio se esperaba que fuera un miembro responsable. Si arriesgaba la vida de otro Burlador, la suya no valdría nada.

Y la otra alternativa era igual de mala. Si un ladrón que iba por libre estaba trabajando en la ciudad sin permiso de los Burladores, era el deber de Jimmy identificarlo y dar parte. Eso mitigaría de algún modo que Jimmy se hubiera saltado el protocolo de los Burladores, especialmente si le entregaba al gremio su parte acostumbrada de dos tercios del oro del batanero.

Jimmy se pasó a la otra vertiente del tejado y reptó por ella hasta estar enfrente de la fuente del ruido. Sólo necesitaba echarle un vistazo al ladrón independiente y dar parte. El maestro nocturno haría circular la descripción del hombre y antes o después recibiría una visita de los matones del gremio, que le instruirían en las cortesías apropiadas que los ladrones de visita debían tener con los Burladores. Jimmy subió y se asomó por la cresta. No vio nada. Mirando a su alrededor, percibió un leve movimiento por el rabillo del ojo y se dio la vuelta. De nuevo no vio nada. Jimmy la Mano se preparó para esperar. Aquí había algo que picaba su profunda curiosidad.

Esa aguda curiosidad era una de las únicas debilidades de Jimmy a la hora de trabajar; eso y la ocasional irritación ante la necesidad de dividir su botín con el gremio, al que dicha reticencia no le parecía demasiado bien. El haber sido criado por los Burladores le había proporcionado cierta perspectiva sobre la vida, un escepticismo bordeando en el cinismo, propio de alguien mucho mayor. No había ido a la escuela pero era listo. Una cosa sí que sabía: el sonido no sale de la nada, excepto si hay magia implicada.

Jimmy se paró a pensar sobre aquello que no lograba ver delante de él. O había algún tipo de espíritu invisible retorciéndose incómodo sobre las tejas del techo, lo que aunque posible era altamente improbable, o había algo más corpóreo oculto en las profundidades de las sombras de la otra vertiente del tejado.

Jimmy avanzó un poco más por su vertiente y se irguió un poco para mirar por encima de la cresta del tejado. Estuvo mirando a la oscuridad, y cuando oyó otro leve roce, fue recompensado con un destello de movimiento. Alguien estaba en las profundas tinieblas, vestido con una capa oscura. Jimmy sólo podía localizarlo cuando se movía. Se movió por su vertiente para conseguir un mejor ángulo de observación, hasta que estuvo directamente detrás de la figura. De nuevo se incorporó un poco. El merodeador se movió, arrebujiándose en la capa. A Jimmy se le puso de punta el vello de la nuca. La figura que había ante él iba vestida completamente de negro y llevaba una ballesta pesada. No era un ladrón, ¡era un Halcón Nocturno!

Jimmy se quedó quieto como un muerto. Cruzarse con un miembro del gremio de la Muerte entregado a su trabajo no era algo que aumentara precisamente las posibilidades de uno de llegar a la vejez. Pero había una orden en vigor entre los Burladores de informar enseguida de cualquier noticia sobre la hermandad de

asesinos, y la orden había partido del Hombre Íntegro en persona, la principal autoridad dentro de los Burladores. Jimmy decidió esperar, y confiar en sus habilidades si lo descubría. Puede que él no poseyera los atributos casi legendarios de un Halcón Nocturno, pero tenía la confianza suprema de un muchacho de quince años que se había convertido en el maestro ladrón más joven en la historia de los Burladores. Si lo descubrían, no sería su primera persecución por la Calzada de los Ladrones.

El tiempo pasó y Jimmy esperó con una disciplina poco común para su edad. Un ladrón que no puede mantenerse inmóvil durante horas si hace falta, no logra mantenerse vivo mucho tiempo. Ocasionalmente, Jimmy oía o veía moverse al asesino. El pavor de Jimmy ante los legendarios Halcones Nocturnos se fue reduciendo poco a poco, ya que éste exhibía escasa habilidad para mantenerse inmóvil. Jimmy ya hacía mucho tiempo que había dominado el truco de tensar y relajar los músculos en silencio para impedir calambres y tirones. Además, pensó, la mayoría de las leyendas suelen ser exageradas, y en la línea de trabajo de los Halcones Nocturnos les convenía que la gente sintiera pavor de ellos.

El asesino se movió bruscamente, dejando que su capa cayera a un lado a la vez que levantaba la ballesta. Jimmy pudo oír el ruido de cascos de caballos aproximándose. Unos jinetes pasaron bajo ellos, y el asesino bajó el arma lentamente. Obviamente, el grupo que había pasado no incluía a su presa.

Jimmy se apoyó en los codos para levantarse un poco y ver mejor al hombre, ahora que su capa no lo enmascaraba. El asesino se volvió un poco para recogerla capa, dejando su rostro a la vista de Jimmy. El ladrón encogió las piernas bajo el cuerpo, preparándose para huir de un salto si llegaba la ocasión, y estudió al hombre. Jimmy pudo distinguir poco, excepto que el hombre era de pelo oscuro y tez clara. Entonces el asesino pareció estar mirando directamente al muchacho.

El corazón de Jimmy le palpitó ruidosamente en los oídos, y se preguntó cómo es que el asesino no lograba oír aquel jaleo. Pero el hombre se dio la vuelta y volvió a su vigilancia, y Jimmy descendió hasta ponerse a cubierto en la otra vertiente del tejado. Respiró lentamente, combatiendo un repentino impulso nervioso de reírse. Cuando se le pasó, se tranquilizó un poco y se atrevió a echar otra ojeada.

El asesino esperaba de nuevo. Jimmy se situó. Se preguntaba por el arma del Halcón Nocturno. La ballesta pesada era una mala elección para un tirador experto, ya que era menos precisa que cualquier buen arco. Era útil para alguien poco entrenado, ya que disparaba sus dardos con una fuerza apabullante; una herida menos grave con una flecha podía matar si la causaba un dardo, debido a la conmoción de la fuerza añadida del impacto. Jimmy había visto una vez una coraza de acero que exhibían en una taberna. El peto metálico tenía un agujero del tamaño de su puño, causado por un dardo de ballesta pesada. No la tenían allí colgada por el tamaño del

agujero, que era normal para el arma, sino porque el que la había llevado puesta había logrado sobrevivir. Pero el arma tenía sus desventajas. Además de perder precisión pasando una docena de metros, tenía un alcance corto.

Jimmy estiró el cuello para observar al Halcón Nocturno y sintió un tirón en el brazo derecho. Cargó el peso más a la izquierda. De repente una teja cedió bajo su mano y se rompió con un fuerte crujido. La teja cayó, traqueteando sobre el techo para estrellarse contra los adoquines de la calle. A Jimmy le sonó como un trueno que anunciaba su condena.

Moviéndose con una velocidad inhumana, el asesino se giró y disparó. Jimmy salvó la vida al resbalarse, ya que no podía haber esquivado lo bastante rápido para evitar el dardo, pero la gravedad le proporcionó la velocidad necesaria. Dio contra el techo y oyó el dardo pasar por encima de su cabeza. Durante un breve instante se imaginó su cabeza explotando como una calabaza madura y dio gracias en silencio a Banalh, el dios patrón de los ladrones.

A la siguiente ocasión fueron los reflejos de Jimmy los que lo salvaron, ya que en vez de ponerse en pie rodó hacia su derecha. Una espada cayó con un estruendo en el mismo punto donde él había estado antes. Sabiendo que no podía sacarle suficiente ventaja al asesino para dejarlo atrás, Jimmy se agazapó de un salto, sacando el puñal de la caña de su bota derecha en un solo movimiento. No le gustaba demasiado luchar, pero desde los inicios de su carrera se había dado cuenta de que su vida podría llegar a depender de su habilidad con la hoja. Había practicado diligentemente siempre que se le había presentado la oportunidad. Jimmy sólo deseaba que su excursión por los techos no le hubiera hecho olvidarse del estoque.

El asesino se dio la vuelta para mirar al chico a la cara, y Jimmy lo vio vacilar por un instante. Puede que el Halcón Nocturno fuera rápido de reflejos, pero no estaba acostumbrado al precario equilibrio que ofrecían los tejados. Jimmy sonrió ampliamente, tanto para esconder su propio miedo como de diversión ante la incomodidad del asesino.

—Reza a los dioses que te hayan traído aquí, niño —dijo el asesino en un susurro siseante.

A Jimmy le pareció extraño un comentario de aquel estilo, ya que sólo servía para distraer al hablante. El asesino lanzó un tajo; la hoja cortó el aire donde había estado Jimmy, y el muchacho ladrón corrió.

Atravesó el tejado a la carrera y saltó de vuelta al edificio donde vivía Trig el Batanero. Un momento después pudo oír aterrizar al asesino. Jimmy corrió ágilmente hasta que se vio enfrentado a un abismo insalvable. Con las prisas se había olvidado que había un callejón ancho a ese extremo del edificio y el contiguo estaba a una distancia infranqueable. Se dio la vuelta.

El asesino se acercaba lentamente, apuntando a Jimmy con la espada. A Jimmy se

le ocurrió algo y repentinamente empezó a pegar pisotones como un loco en el techo. En un momento el ruido fue respondido por una voz enfadada desde abajo.

—¡Ladrones! ¡Me han robado!

Jimmy podía imaginarse a Trig el batanero asomado por la ventana, alertando a la guardia de la ciudad, y tuvo la esperanza de que el asesino tuviera en mente la misma imagen. El jaleo de abajo sin duda haría que el edificio quedara rodeado enseguida. Rezó porque el asesino prefiriera huir antes que castigar al autor de su fracaso.

El asesino ignoró los gritos del batanero y avanzó sobre Jimmy. De nuevo lanzó un tajo y Jimmy esquivó agachándose, metiéndose dentro del alcance del asesino. Jimmy atacó con su puñal y sintió la punta clavarse en el brazo armado del Halcón Nocturno. La hoja del asesino cayó a la calle con gran estrépito. Un aullido de dolor resonó en la noche, silenciando los gritos del batanero. Jimmy oyó cerrarse bruscamente las contraventanas y se preguntó lo que estaría pensando el pobre Trig, tras haber oído aquel grito justo sobre su cabeza.

El asesino esquivó otra cuchillada de Jimmy y sacó una daga del cinturón. Volvió a avanzar, sin decir nada, con el arma en la mano izquierda. Jimmy oyó gritos abajo en la calle y resistió el impulso de gritar pidiendo ayuda. Tenía poca confianza en derrotar al Halcón Nocturno, aunque el asesino estuviera luchando con su mano torpe, pero también sentía reticencias a explicar su presencia en el techo del batanero. Además, aunque gritase pidiendo ayuda, para cuando la guardia hubiera llegado, entrado en la casa y subido hasta el techo, el asunto ya se habría decidido.

Jimmy retrocedió hacia el borde del tejado, hasta que sus talones colgaron sobre el vacío.

—No te queda ningún sitio a donde huir, niño —dijo el asesino mientras se acercaba.

Jimmy esperó, preparando una apuesta desesperada. El asesino tensó los músculos, la señal que Jimmy estaba esperando. Jimmy se agachó y saltó hacia detrás al mismo tiempo, dejándose caer del tejado. El asesino había empezado a abalanzarse, y cuando su filo no encontró la resistencia esperada perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Jimmy se agarró al filo del tejado, casi dislocándose los hombros con la sacudida. Sintió más que vio al asesino pasar junto a él en su caída, atravesando la oscuridad en silencio para estrellarse abajo contra los adoquines.

Jimmy se quedó colgado por unos instantes, con las manos, los brazos y los hombros ardiendo de dolor. Sería tan sencillo dejarse ir y caer en aquella blanda oscuridad. Sacudiéndose el cansancio y el dolor apremió a sus quejumbrosos músculos a que volvieran a subirlo al techo. Se quedó tumbado jadeando durante unos instantes, y luego rodó y miró hacia abajo.

El asesino yacía inmóvil sobre los adoquines, su cuello torcido ofreciendo claras evidencias de que no estaba vivo. Jimmy respiró hondo, reconociendo por fin el frío

del miedo. Reprimió un estremecimiento y se aplastó contra el techo cuando dos hombres llegaron corriendo al callejón de abajo. Agarraron el cadáver y le dieron la vuelta, luego lo levantaron y se fueron a la carrera. Jimmy pensó. Que el asesino tuviera compinches cerca era una señal segura de que esto había sido un trabajo para el gremio de la Muerte. ¿Pero a quién esperaban en esta calle a estas horas de la noche? Meditando un rato, comparó el riesgo de quedarse un poco más para satisfacer su curiosidad con la segura llegada de la ronda de la ciudad en unos pocos minutos. Ganó la curiosidad.

El sonido de cascos de caballos resonó a través de la niebla, y pronto dos jinetes entraron en el radio de la luz del farol que ardía ante la casa de Trig. En este momento Trig decidió abrir de nuevo las contraventanas y retomar su griterío. Los ojos de Jimmy se abrieron de par en par cuando los jinetes levantaron las cabezas hacia la ventana del batanero. Jimmy no veía a uno de los dos desde hacía más de un año, pero lo conocía bien. Sacudiendo la cabeza ante las implicaciones de lo que había presenciado, el muchacho ladrón consideró que era un buen momento para partir. Pero haber visto abajo a aquel hombre hacía que Jimmy considerara imposible dar por zanjado el asunto de esta noche. Lo más probable es que fuera una larga noche. Se puso en pie y empezó su camino por la Calzada de los Ladrones, de vuelta al Descanso de los Burladores.

Arutha tiró de las riendas de su caballo y levantó la vista hasta donde un hombre vestido con un camisón gritaba desde una ventana.

—¿De qué va todo esto, Laurie?

—Por lo que puedo distinguir entre los lamentos y los gritos, creo que ese ciudadano acaba de ser víctima de algún delito.

Arutha rio.

—Eso ya lo he supuesto yo. —No conocía bien a Laurie, pero le gustaban el ingenio y el sentido del humor del cantante. Sabía que ahora había alguna clase de problema entre Laurie y Carline, que era el motivo de que Laurie hubiera pedido acompañar a Arutha en su viaje a Krondor. Carline llegaría en una semana con Anita y Lyam. Pero Arutha hacía mucho tiempo que había decidido que lo que Carline no le contaba es que no era asunto suyo. Además, Arutha sentía simpatía hacia las cuitas de Laurie si es que había hecho enfadar a Carline. Después de Anita, Carline era la última persona que Arutha querría tener enfadada con él.

Arutha estudió el área mientras algunos individuos adormilados de edificios circundantes empezaban a gritar preguntas.

—Bueno, es seguro que pronto habrá algún tipo de investigación. Más vale que nos vayamos.

Como si sus palabras hubieran sido proféticas, Arutha y Laurie se sobresaltaron al

oír una voz que salía de la niebla.

—¡Alto ahí!

Saliendo de la bruma había tres hombres vestidos con las capas de fieltro verde y los tabardos amarillos de la ronda de la ciudad. El guardia de la izquierda, un tipo regordete de pobladas cejas llevaba una linterna en una mano y una gran porra en la otra. El hombre del centro era de edad avanzada, próximo a la edad de retirarse según todas las apariencias, y el tercero era un chaval joven, pero los dos tenían un aire de experiencia en las calles, a juzgar por la forma despreocupada en la que tenían sus manos descansando en la empuñadura de sendos cuchillos de grandes dimensiones.

—¿Qué pasa esta noche? —dijo el mayor de los guardias, con una voz mezcla de buen humor y autoridad.

—Algún jaleo en esa casa, señor guardia. —Arutha señaló al batanero—. Nosotros sólo pasábamos por aquí.

—¿Es así, señor? Bueno, no creo que tengan ustedes nada que objetar a quedarse unos momentos más mientras descubrimos lo que está pasando. —Le hizo un gesto al guardia más joven para que mirara por allí.

Arutha asintió sin decir nada. En ese momento, un hombre resoplando con el rostro enrojecido emergió de la casa, sacudiendo los brazos mientras gritaba.

—¡Ladrones! ¡Se han colado en mi habitación, mi propia habitación, y se han llevado mis ahorros! ¿Qué hay que hacer cuando un honrado ciudadano no está seguro en su cama, en su propia cama, os pregunto? —Vio a Arutha y Laurie—. ¿Son estos hombres los ladrones, los pérfidos ladrones? ¿Qué habéis hecho con mi oro, mi preciado oro? —Exclamó reuniendo toda la dignidad que podía vistiéndose un voluminoso camisón.

El guardia regordete le dio un tirón al brazo del hombre que gritaba, casi haciendo que el batanero diera la vuelta por completo.

—Venga, cuidadito con los berridos, patán.

—¡Patán! —Gritó Trig—. ¿Qué, pregunto yo, le da a usted el derecho de llamar a un ciudadano, a un ciudadano honrado un...? —Se detuvo, y su expresión se tornó incrédula cuando una compañía de jinetes apareció de entre la niebla. A la cabeza cabalgaba un hombre alto de piel negra vistiéndose el tabardo de capitán de la guardia real del príncipe. Al ver la reunión que había en la calle, les hizo un gesto a sus hombres para que se detuvieran.

—Se acabó el regreso discreto a Krondor —le dijo Arutha a Laurie sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es todo esto, guardia? —dijo el capitán.

El guardia hizo un saludo militar.

—Eso es justamente lo que estaba empezando a indagar en estos momentos. Hemos aprehendido a estos dos... —señaló a Arutha y Laurie.

El capitán se acercó a caballo, riéndose. El guardia miró de soslayo a este alto capitán, sin saber qué decir. Acercándose a Arutha, Gardan, antiguo sargento de la guarnición de Crydee, le dedicó un saludo militar.

—Bienvenido a vuestra ciudad, Alteza.

Ante esas palabras, los demás guardias se irguieron en sus sillas de montar, saludando a su príncipe.

Arutha devolvió el saludo de sus guardias, y luego le dio la mano a Gardan mientras los guardias de la ciudad y el batanero se quedaban sin palabras.

—Trovador —dijo Gardan—, también me alegro de verte a ti.

Laurie devolvió el saludo con una sonrisa y un gesto. Sólo había conocido a Gardan por poco tiempo antes de que Arutha lo enviara a Krondor a asumir el mando de la guardia palaciega y de la ronda, pero le gustaba el soldado de pelo canoso.

Arutha miró adonde esperaban los guardias de la ronda y el batanero. Los guardias se habían quitado los sombreros y el mayor habló.

—Suplicamos el perdón de Vuestra Alteza. El viejo Bert no sabía... Cualquier ofensa no ha sido intencionada, sire.

Arutha negó con la cabeza, divertido a pesar de lo tarde que era y del frío que hacía.

—No hay ofensa alguna, Bert el Guardia. No hacías más que cumplir con tu deber, y bien. —Se volvió hacia Gardan—. ¿Cómo, en nombre del cielo, has conseguido encontrarme?

—El duque Caldric mandó un itinerario completo junto con las noticias de que volváis a Krondor. Se suponía que llegaríais mañana, pero le dije al conde Volney que lo más probable es que tratarais de llegar esta noche. Ya que veníais desde Salador, sólo había una puerta por la que podríais entrar —señaló hacia la puerta oriental, que no podía verse en la roche empañada de niebla—, y aquí estamos. Vuestra Alteza llegó antes de lo que yo esperaba. ¿Dónde está el resto de vuestra comitiva?

—La mitad de los guardias está escoltando a la princesa Anita hasta las tierras de su madre. El resto están acampados a unas seis horas de camino de la ciudad. Yo no podía aguantar una noche más en el camino. Además, hay mucho que hacer. —Gardan miró intrigado al príncipe—. Diré más cuando hable con Volney —fue todo lo que dijo Arutha—. Ahora —miró al batanero—, ¿quién es este individuo que grita tanto?

—Es Trig el Batanero, Alteza —respondió el guardia de más edad—. Afirma que alguien ha entrado en su habitación y le ha robado. Dice que lo despertaron ruidos de lucha en su tejado.

Trig interrumpió.

—Estaban luchando sobre mi cabeza, sobre mi... misma... cabeza... —dejó

inacabada la frase al darse cuenta con quién estaba hablando—... Su Alteza —acabó, repentinamente azorado.

El guardia de las cejas pobladas le dirigió una mirada muy seria.

—Dice que oyó alguna clase de grito y, como una tortuga, metió dentro la cabeza.

Trig asintió vigorosamente.

—Parecía que alguien estuviera cometiendo un asesinato, un sangriento asesinato, Su Alteza. Fue horrible.

El guardia regordete le dio a Trig un codazo en las costillas por la interrupción. El guardia más joven llegó del callejón lateral.

—Esto estaba tirado sobre un poco de basura que había en la calle al otro lado de la casa, Bert. —Mostró la espada del asesino—. Hay un poco de sangre en la empuñadura, pero ninguna en la hoja. También hay un charquito de sangre en el callejón, pero no hay cuerpo, en ninguna parte.

Arutha le hizo un gesto a Gardan para que cogiera la espada. El joven guardia de la ronda, al ver a los jinetes y la obvia posición demandada por los recién llegados, entregó la espada y luego se quitó el sombrero.

Arutha recibió la espada de Gardan, no vio nada significativo en ella y se la devolvió al guardia.

—Haz volver a tu tropa, Gardan. Es tarde y queda poco tiempo para dormir esta noche.

—¿Pero qué hay del robo? —Gritó el batanero, sacado de su silencio—. Eran mis ahorros. ¡Los ahorros de una vida! ¡Estoy arrumado! ¿Qué hago?

El príncipe hizo volverse a su caballo y se puso junto a los guardias de la ciudad.

—Os ofrezco mis simpatías, buen batanero —le dijo a Trig—, pero estad seguro de que la ronda hará todo lo que pueda para recuperar vuestras pertenencias.

—Bueno —le dijo Bert a Trig—. Le sugiero que se acueste para lo que queda de noche, señor. Por la mañana podrá presentar una denuncia con el sargento de guardia de la ronda. Este querrá una descripción de lo que se han llevado.

—¿Qué se han llevado? ¡Oro, hombre, eso es lo que se han llevado! ¡Mi tesoro, mi tesoro al completo!

—O sea, que oro —dijo Bert con la voz de la experiencia—. Entonces le sugiero que se acueste y mañana empiece a reunir de nuevo su tesoro, porque tan cierto como que hay niebla en Krondor que no volverá a ver una moneda. Pero no esté tan desconsolado, mi buen señor. Usted es un hombre de posibles, y el oro llega con rapidez a la gente de su posición, recursos y carácter emprendedor.

Arutha reprimió una risa, ya que a pesar de la tragedia personal del hombre, presentaba una figura cómica con su camisón de lino y su gorro de dormir echado hacia delante hasta casi tocarle la punta de la nariz.

—Buen batanero, yo me haré cargo de la indemnización. —Sacó la daga del

cinturón y se la entregó al guardia Bert—. Este arma lleva el escudo de armas de mi familia. Las únicas otras que hay las llevan mis hermanos, el rey y el duque de Crydee. Devolvedla mañana a palacio y en su lugar se os entregará una bolsa de oro. No quiero tener bataneros infelices el día de mi regreso a Krondor. Ahora os deseo a todos buenas noches.

Arutha espoleó su caballo y condujo a sus acompañantes hacia el palacio.

Cuando Arutha y sus guardias se hubieron desvanecido en las tinieblas, Bert se volvió hacia Trig.

—Entonces nada más, señor, hay final feliz —dijo entregándole la daga al batanero—. Y puede usted contentarse algo más sabiendo que es uno de los pocos plebeyos que pueden afirmar haber hablado con el príncipe de Krondor, aunque haya sido en circunstancias un tanto extrañas y difíciles. —Se dirigió a sus hombres—. Volvamos a la ronda. En una noche así tiene que haber más momentos de diversión como este. —Hizo un gesto para que sus hombres lo siguieran y los condujo a las entrañas de la bruma blanca.

Trig se quedó solo. Tras un momento, su expresión se animó, y le gritó a su esposa y a todos los que seguían mirando por las ventanas.

—¡He hablado con el príncipe! ¡Yo, Trig el Batanero!

Sintiendo una emoción parecida a la exultación, el batanero entró lentamente en la calidez de su hogar, aferrando la daga de Arutha.

Jimmy se abrió camino por el más estrecho de los túneles. El pasadizo era parte del laberinto de alcantarillas y otras construcciones subterráneas habituales en aquella parte de la ciudad, y cada metro de aquellos pasadizos subterráneos estaba bajo el control de los Burladores. Jimmy pasó junto a un flotero, los individuos que se ganaban la vida reuniendo cualquier cosa útil que pudiera haber en las alcantarillas. El hombre usó un palo para detener una pila de basura que traía el agua de las alcantarillas. Esas masas flotantes se llamaban en jerga «flotos», de flotar. El hombre empezó a tantearla con el palo, buscando alguna moneda o cualquier otra cosa de valor. En realidad era un centinela.

Jimmy le hizo una señal, se agachó y pasó bajo una viga descolgada, aparentemente producto de un derrumbamiento en un sótano abandonado, entrando en una gran sala excavada entre los túneles. Aquí estaba el corazón del gremio de ladrones, el Descanso de los Burladores.

Jimmy sacó su estoque del armario de las armas. Buscó un rincón tranquilo en el que sentarse, ya que se sentía preocupado por el conflicto al que se enfrentaba. Lo más razonable sería confesar su robo no autorizado en la casa del batanero, repartir el oro y aceptar el castigo que le impusiera el Maestre Nocturno. De todos modos, para la tarde del día siguiente el gremio ya sabría que al batanero le habían levantado los

cuartos. Una vez quedara claro que el trabajo no era cosa de un ladrón de los que iban por libre, las sospechas caerían sobre Jimmy y los otros que eran conocidos por hacer ocasionalmente alguna salida nocturna sin permiso. Cualquier castigo que le pusieran entonces sería duplicado por no haber confesado ahora. Aún así, Jimmy no podía pensar sólo en su propio interés, ya que sabía que el objetivo del asesino había sido nada más y nada menos que el príncipe de Krondor en persona. Y Jimmy había pasado el suficiente tiempo con Arutha cuando los Burladores habían ocultado al príncipe y a la princesa Anita de los hombres de du Bas-Tyra como para que Arutha empezara a gustarle. Incluso le había dado a Jimmy el estoque que el ladronzuelo llevaba ahora al cinto. No, Jimmy no podía ignorar la presencia del asesino, pero no tenía claro qué rumbo seguir.

Tras bastante tiempo meditando en silencio, Jimmy tomó una decisión. Primero intentaría hacerle llegar un aviso al príncipe, y luego informaría de lo del asesino a Alvamy el Rápido, el maestro diurno. Alvarny era un amigo y le dejaba a Jimmy más libertad que Gaspar daVey, el maestro nocturno. Alvarny no le iría con el cuento del retraso de Jimmy al Hombre Íntegro, si el muchacho no tardaba demasiado en confesar. Lo que quería decir que Jimmy tendría que llegar hasta Arutha enseguida, y luego volver a toda prisa para hablar con el Maestro Diurno; antes del anochecer de mañana como muy tarde. Más tarde de eso y Jimmy se vería comprometido más allá incluso de la capacidad de Alvarny para mirar hacia otro lado. Puede que Alvamy fuera un hombre generoso, ahora que estaba en el crepúsculo de su vida, pero seguía siendo un Burlador. La traición al gremio era algo que no consentiría.

—¡Jimmy!

Jimmy levantó la mirada y vio acercarse a Dase el Rubio. Aunque era joven, el apuesto ladrón ya tenía bastante experiencia en separar a las viejas ricachonas de su riqueza. Trabajaba más con su rubio atractivo y de su encanto que con el sigilo. Dase exhibió las ropas que llevaba.

—¿Qué te parece?

Jimmy asintió en señal de aprobación.

—¿Es que ahora te ha dado por robar sastrerías?

El rubio le pegó un manotazo juguetón, sin fuerzas, a Jimmy, que lo esquivó fácilmente, y luego se sentó junto al muchacho.

—No, hijo malparido de una gata callejera, no me dedico a eso. Mi actual «benefactora» es la viuda del famoso maestro cervecero Fallon. —Jimmy había oído hablar del hombre; sus «ales» y cervezas eran tan reputadas que incluso habían llegado a la mesa del difunto príncipe Erland—. Y dados los extensos intereses comerciales de su difunto marido, y ahora suyos, ha recibido una invitación para la recepción.

—¿Recepción? —Jimmy sabía que el Rubio tenía algún chismorreo que contarle, a

su manera.

—Ah —dijo el Rubio—. ¿He olvidado mencionar la boda?

Jimmy puso los ojos en blanco pero le siguió la corriente.

—¿Qué boda, Rubio?

—¿Cómo? La boda real, por supuesto. Aunque estaremos sentados lejos de la mesa real, no estaremos en la más lejana.

Jimmy se puso tieso.

—¿El rey? ¿En Krondor!

—Por supuesto.

Jimmy cogió al Rubio por el brazo.

—Empieza por el principio.

Sonriendo, el atractivo aunque no terriblemente perceptivo tímido, habló.

—A la viuda Fallón la ha informado nada más y nada menos que el dispensero de palacio, un hombre que conoce desde hace diecisiete años, que en menos de un mes harán falta existencias suplementarias para, cito textualmente, «la boda real». Y no es descabellado suponer que un rey acuda a su propia boda.

Jimmy sacudió la cabeza.

—No, simplón, la del rey no, la de Anita y Arutha.

El Rubio pareció a punto de sentirse ofendido por el comentario, pero entonces apareció en sus ojos un repentino brillo de interés.

—¿Qué te hace decir eso?

—El rey se casa en Rillanon, el príncipe se casa en Krondor. —El Rubio asintió, admitiendo que tenía sentido—. Yo estuve en el escondite con Anita y Arutha; era cuestión de tiempo que se casaran. Por eso ha vuelto. —Al ver una reacción ante eso, continuó rápidamente— ...o volverá pronto.

La mente de Jimmy se desbocó. No sólo iba a estar Lyam en Krondor para la boda, también estarían todos los nobles importantes del Oeste, y no pocos de los del Este. Y si Dase sabía lo de la boda, entonces medio Krondor lo sabía ya y el otro medio lo sabría antes de la siguiente puesta de sol.

La ensoñación de Jimmy quedó interrumpida al acercarse Jack el Risueño, el celador nocturno, lugarteniente del Maestre Nocturno. El hombre de labios apretados se plantó ante Jimmy y Dase y apoyó las manos en las caderas.

—Parece que tenemos algo entre manos, ¿no? —dijo.

A Jimmy no le caía bien Jack. Era un hombre adusto y antipático, propenso a estallidos de violencia y a la crueldad innecesaria. La única razón para su alta posición en el gremio era su capacidad para mantener a raya a los matones y demás exaltados del mismo. El desagrado de Jimmy era correspondido por Jack, ya que había sido Jimmy el que había añadido lo de Risueño a su nombre. En los años que llevaba Jack en el gremio nadie podía recordar haberlo oído reírse.

—Realmente nada —dijo Jimmy.

Jack entornó los ojos al estudiar a Jimmy, y luego a Dase, por un minuto.

—He oído que ha habido gresca cerca de la puerta oriental. ¿No habrás estado por allí?

Jimmy mantuvo una expresión indiferente y miró a Dase, como si Jack les hubiera preguntado a ambos. El Rubio negó con la cabeza. Jimmy se preguntó si Jack ya sabría lo del Halcón Nocturno. Si lo sabía, y si alguien había visto a Jimmy cerca de allí, éste no podría esperar piedad alguna de los matones de Jack. Aún así, Jimmy sospechaba que si Jack tuviera pruebas habría venido acusando, no preguntando. La sutileza no era uno de los puntos fuertes de Jack. Jimmy fingió despreocupación.

—¿Otra pelea de borrachos? No, he estado durmiendo toda la noche.

—Bien, entonces estarás fresco —dijo Jack. Con un movimiento de cabeza le indicó a Dase que se ausentara. El Rubio se levantó y se fue sin decir nada, y Jack puso la bota en el banco junto a Jimmy.

—Tenemos un trabajo esta noche.

—¿Esta noche? —dijo Jimmy, que ya veía acabada la noche. Apenas faltaban cinco horas para la salida del sol.

—Es especial, de parte de *él* —dijo refiriéndose al Hombre Íntegro—. Hay un asunto real en palacio y va a venir el embajador keshiano. Entrada esta noche ha llegado un cargamento de regalos, regalos de boda. Y como muy tarde saldrán para palacio mañana al mediodía, así que esta noche es nuestra única oportunidad para levantarlos. Es una oportunidad poco frecuente.

Su tono de voz no dejaba dudas en la mente de Jimmy de que su presencia no era solicitada, sino exigida. Jimmy había tenido la esperanza de dormir un poco esta noche antes de dirigirse a palacio, pero ahora ya no sería posible.

—¿Cuándo y dónde? —dijo con una nota de resignación en su voz.

—Dentro de una hora en el almacén grande que hay en la calle paralela a la de la posada del Cangrejo Violinista, junto a los muelles.

Jimmy conocía el sitio. Asintió y, sin decir más, dejó a Jack el Risueño. Subió las escaleras hasta la calle. El asunto de los asesinos y las intrigas tendría que esperar algunas horas más.

La niebla seguía inundando Krondor. El distrito de los almacenes, cerca de los muelles, solía estar tranquilo por la mañana temprano, pero esta noche la escena era de otro mundo. Jimmy se abría paso entre grandes embalajes de mercancías, de demasiado poco valor para merecer el gasto adicional de almacenaje en interior, y por lo tanto a salvo de la amenaza del robo. Algodón en bruto, forraje para animales y maderos apilados creaban un laberinto de complejidad enloquecedora por el que Jimmy se movía en silencio. Había visto a varios centinelas portuarios, pero la

humedad de la noche y un generoso soborno los mantenía junto a su cobertizo, donde resplandecía una hoguera en un brasero, aliviando las tinieblas. Sólo un disturbio podría apartarlos del calor. Los Burladores estarían bien lejos del sitio antes de que aquellos indiferentes guardianes se pusieran en movimiento.

Al llegar al punto de encuentro establecido, Jimmy miró a su alrededor y, al ver que no había nadie, se sentó a esperar. Había llegado antes, como tenía por costumbre, ya que le gustaba aclararse las ideas antes de empezar el trabajo. Además, había algo en las órdenes de Jack el Risueño que lo escamaba. Un trabajo tan importante no solía ser cosa de última hora, y menos frecuente aún era que el Hombre Íntegro permitiera cualquier cosa que pudiera provocar las iras del príncipe; y robar regalos de la boda real provocaría la de Arutha. Pero Jimmy no estaba lo bastante bien situado en el gremio como para saber si se estaba cociendo algo. Tendría que limitarse a permanecer alerta.

El leve indicio de alguien acercándose hizo que Jimmy se tensara. Quien fuera que venía se movía con cautela, como era de esperar, pero junto a las suaves pisadas había oído un sonido extraño. Era el débil chasquido del metal contra la madera y, tan pronto se dio cuenta de lo que era, Jimmy se apartó de un salto. Con un fuerte golpe y una erupción de astillas de madera, un dardo de ballesta desgarró el costado de una caja, donde Jimmy había estado un momento antes.

Un instante después, dos figuras, siluetas oscuras en la noche gris, aparecieron de la penumbra y corrieron hacia él.

Espada en mano, Jack el Risueño se lanzó contra Jimmy sin mediar palabra, mientras su compañero cargaba furiosamente la ballesta para disparar de nuevo, Jimmy sacó sus armas y paró un tajo por alto de Jack, desviando la hoja con su puñal y respondiendo con una estocada. Jack se echó a un lado y ambas figuras se enfrentaron.

—Ahora veremos lo bien que sabes usar ese pinchaúvas, mocosito bastardo —gruñó Jack—. Puede que verte desangrarte me dé algo de lo que reírme.

Jimmy no dijo nada, negándose a enzarzarse en una conversación que lo distrajera. Su única respuesta fue un ataque de abajo a arriba que hizo retroceder a Jack. No se hacía ilusiones de ser mejor espadachín que Jack; sólo quería seguir con vida el tiempo suficiente para conseguir una oportunidad de huir.

Avanzaron y retrocedieron intercambiando ataques y paradas, ambos buscando una apertura para acabar el duelo. Jimmy intentó responder a una estocada y erró al evaluar su posición, y súbitamente ardió fuego en su costado. Jack había conseguido cortar a Jimmy con el filo de su espada, una herida dolorosa y potencialmente debilitadora, pero no fatal, por lo menos todavía no. Jimmy buscó más espacio donde moverse, sintiendo que el estómago se le revolvía del dolor, mientras Jack trataba de aprovechar su ventaja. Jimmy retrocedió ante un furioso tajo longitudinal cuando

Jack usó la ventaja del mayor peso de su arma para hacerle perder la guardia.

Un repentino grito diciéndole a Jack que se apartara avisó a Jimmy de que el otro hombre ya había recargado la ballesta, así que se apartó de Jack, tratando de seguir en movimiento y de mantener a Jack entre su cómplice y él. Jack le lanzó un tajo a Jimmy, haciéndolo retroceder rápidamente, y luego le descargó un mandoble. La fuerza del impacto hizo caer a Jimmy de rodillas.

De repente Jack saltó hacia atrás, como si la mano de un gigante lo hubiera agarrado por el cuello de la blusa y hubiera tirado. Chocó contra una caja enorme y por un instante sus ojos reflejaron una incrédula sorpresa, y luego quedaron en blanco mientras unos dedos sin fuerza dejaban caer la espada. Jimmy vio que donde había estado el pecho de Jack había quedado una masa de pulpa sanguinolenta por el paso de otro dardo de ballesta. Si no hubiera sido por la súbita furia del ataque de Jack, Jimmy lo hubiera recibido en la espalda. Sin un sonido, Jack quedó exánime y Jimmy se dio cuenta de que estaba clavado a la caja. El muchacho se irguió, dándose la vuelta para enfrentarse al hombre desconocido, que había tirado la ballesta a un lado con una maldición. Sacó la espada y se lanzó contra Jimmy. El hombre apuntó su golpe contra la cabeza del chico, y este esquivó agachándose y dándole en el tobillo. Jimmy cayó pesadamente hacia atrás, quedando sentado mientras que el impulso del hombre lo desequilibró un poco. Jimmy le lanzó su puñal. La punta de la larga daga se clavó en el costado del desconocido, que bajó la vista para comprobar el pinchazo, más una molestia que una herida. Pero la breve distracción fue todo lo que necesitaba Jimmy. Un gesto de sorpresa y asombro cruzó el rostro del desconocido cuando Jimmy se apoyó en una rodilla y lo atravesó con su estoque.

Jimmy sacó la hoja mientras el hombre caía. Retiró el puñal del costado del muerto y luego limpió y envainó ambas hojas. Examinándose lentamente descubrió que estaba sangrando, pero viviría.

Combatiendo las nauseas, anduvo hasta donde Jack colgaba de la caja. Mirando al Celador Nocturno, Jimmy trató de aclararse las ideas. Jack y él nunca se habían importado mutuamente un pimiento, pero ¿por qué esta trama tan compleja? Jimmy se preguntó si esto estaría relacionado de algún modo con el asunto del asesino y el príncipe. Era algo en lo que pensar después de hablar con Arutha, ya que si había una relación directa eso no quería decir nada bueno para los Burladores. La posibilidad de una traición por parte de alguien en un puesto tan alto como Jack el Risueño sacudiría el gremio hasta sus cimientos.

Sin perder la perspectiva, Jimmy alivió de sus bolsas a Jack y a su acompañante, encontrándolas satisfactoriamente llenas. Mientras acababa de saquear al compañero de Jack, descubrió algo alrededor del cuello del hombre.

Alargando la mano, Jimmy se hizo con una cadena de oro de la que colgaba un halcón de ébano. Estudió el amuleto un rato y luego se lo guardó en la blusa. Mirando

a su alrededor vio un buen sitio para dejar los cuerpos. Arrancó a Jack el dardo, los arrastró a él y al otro hombre a un hueco entre algunas cajas y los cubrió con varios pesados sacos. A las dos cajas dañadas les dio la vuelta para dejar visibles sólo los lados intactos. Podrían pasar días antes de que alguien descubriera los cadáveres.

Ignorando el costado dolorido y el cansancio, Jimmy miró a su alrededor para asegurarse de que no lo habían visto, y luego se desvaneció en la nebulosa penumbra.

3

Intrigas

Arutha atacó furiosamente.

Laurie animaba a Gardan a esforzarse más mientras el príncipe obligaba a su compañero de prácticas a retroceder. El trovador había accedido a conceder el honor del primer asalto a Gardan, ya que él había sido el compañero de entrenamiento de Arutha todas las mañanas del viaje de Salador a Kronдор. Aunque la práctica había afinado su habilidad de espadachín, oxidada en el palacio real, se había cansado de perder siempre con el rapidísimo príncipe. Al menos esta mañana tendría alguien con quien compartir la derrota. Aún así, el viejo soldado no carecía de uno o dos trucos y repentinamente Gardan tenía a Arutha reculando. Laurie vitoreó cuando se dio cuenta de que el capitán había estado conduciendo al príncipe a una falsa sensación de control. Pero tras una furiosa refriega el príncipe volvía a estar a la ofensiva, y Gardan gritó pidiendo el alto.

El capitán se apartó riendo.

—En todos mis años sólo ha habido tres hombres que pudieran derrotarme con la espada, Alteza: el maestro de armas Fannon, vuestro padre y ahora vos mismo.

—Digno trío —dijo Laurie. Arutha iba a ofrecerle un asalto a Laurie cuando algo captó su atención.

Había un gran árbol en un rincón del patio de entrenamiento de palacio, cuyas ramas colgaban sobre la muralla que separaba el palacio de la calle y la ciudad que había al otro lado. Algo se movía por las ramas de dicho árbol. Arutha señaló. Uno de los guardias de palacio avanzaba ya hacia el árbol, ya que la mirada del príncipe le había llamado la atención.

De repente alguien cayó de las ramas, aterrizando ágilmente sobre sus pies. Arutha, Laurie y Gardan aprestaron las espadas. El guardia agarró por el brazo al muchacho, que ahora vieron claramente qué era, y lo condujo hacia el príncipe.

Mientras se acercaban, un destello de reconocimiento cruzó el rostro de Arutha.

—¿Jimmy?

Jimmy hizo una reverencia, con una leve mueca por el dolor de su costado, que él

mismo se había vendado pobremente esa mañana.

—¿Alteza, conocéis a este mozo? —dijo Gardan.

—Sí —dijo Arutha asintiendo con la cabeza—. Puede que sea un poco mayor y un poco más alto, pero conozco a este bribonzuelo. Es Jimmy la Mano, ya una leyenda entre los bandidos y robabolsas de la ciudad. Es el muchacho ladrón que nos ayudó a huir de la ciudad a Anita y a mí.

Laurie estudió al muchacho, y luego se rio.

—Nunca lo vi con claridad, porque el almacén estaba oscuro cuando los Burladores nos sacaron a Kasumi y a mí de Krondor, pero por mis dientes que es el mismo chaval. «Hay una fiesta en casa de mi madre».

Jimmy sonrió ampliamente.

—«Y todos nos divertiremos mucho».

—¿Así que también os conocéis?

—Ya os dije una vez que cuando Kasumi y yo llevábamos el mensaje del emperador tsurani al rey Rodric, hubo un chico que nos guio del almacén hasta las puertas de la ciudad y distrajo a los guardias mientras nosotros escapábamos de Krondor. Este es aquel chico, y nunca pude recordar su nombre.

Arutha bajó la espada, igual que los demás.

—Bueno, Jimmy, aunque me alegro de volver a verte está eso de escalar las murallas para colarte en mi palacio.

Jimmy se encogió de hombros.

—Pensé que a lo mejor querriais ver a un viejo conocido, Alteza, pero dudaba que pudiera convencer a los guardias para que os hicieran llegar el recado.

Gardan sonrió ante la impulsiva respuesta, y le hizo un gesto al guardia para que soltara el brazo del chico.

—Posiblemente tengas razón, andrajoso.

Jimmy se dio cuenta de repente del mal aspecto que tenía ante aquellos hombres, acostumbrados a los bien vestidos y bien peinados habitantes de palacio. Desde su descuidado corte de pelo hasta sus pies descalzos y sucios, tenía todo el aspecto de un pordiosero. Entonces Jimmy vio la risa en los ojos de Gardan.

—No te dejes engañar por las apariencias, Gardan. Es mucho más competente de lo que indican sus años. —Se dirigió a Jimmy—. Has hecho caer algo de descrédito sobre los guardias de Gardan al entrar de este modo. Espero que tengas un buen motivo para buscarme.

—Sí, Alteza. Un asunto muy serio y urgente.

Arutha asintió.

—Bien, ¿qué es ese asunto tan serio y urgente?

—Alguien ha puesto precio a vuestra cabeza.

El rostro de Gardan evidenció conmoción.

- ¿Qué...? ¿Cómo...? —dijo Laurie.
- ¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Arutha.
- Que alguien ya ha intentado cobrar.

Además de Arutha, Laurie y Gardan, otras dos personas escuchaban el relato del muchacho en la cámara del consejo del príncipe. El conde Volney de Landreth había sido anteriormente adjunto del canciller del principado, Lord Dulanic, el duque de Kronдор, que había desaparecido durante el virreinato de Guy du Bas-Tyra. Al lado de Volney se sentaba el padre Nathan, un sacerdote de Sung la Blanca, diosa de la Senda Única, uno de los antiguos consejeros principales de Erland que había acudido a petición de Gardan. Arutha no conocía a aquellos dos hombres, pero durante los meses de su ausencia Gardan había llegado a confiar en su juicio, y esa opinión tenía mucho valor para Arutha. Mientras Arutha había estado fuera, Gardan había actuado virtualmente como caballero-mariscal de Kronдор en funciones, igual que Volney había sido el canciller en funciones.

Ambos hombres eran corpulentos, pero mientras que Volney parecía alguien que nunca había conocido el trabajo físico, simplemente un hombre que siempre había sido rechoncho, Nathan tenía el aspecto de un luchador de lucha libre que empezaba a engordar. Bajo aquella blanda apariencia seguía latiendo la fuerza. Ninguno habló hasta que Jimmy hubo acabado de narrar sus dos combates de la noche anterior.

Volney estudió al muchacho ladrón por unos instantes, mirándolo desde debajo de unas pobladas y bien peinadas cejas.

—Completamente fantástico. Sencillamente me niego a creer que una intriga así pueda existir.

Arutha estaba sentado con las manos unidas por las yemas de los dedos frente al rostro, flexionando los dedos.

—Yo no sería el primer príncipe objetivo de la hoja de un asesino, conde Volney. —Se volvió hacia Gardan—. Duplica la guardia enseguida, pero sin armar jaleo, sin dar explicaciones. No quiero que empiecen a circular rumores por palacio. De aquí a dos semanas tendremos en estos salones a todos los nobles dignos de mención del Reino, y también a mi hermano.

—¿Deberíamos quizá avisar a Su Majestad? —dijo Volney.

—No —dijo Arutha rotundamente—. Lyam viajará con una compañía completa de su Guardia Real. Que un destacamento de lanceros krongdorianos se encuentre con él en el Cruce de Malac, pero diciendo solamente que son una guardia de honor. Si un centenar de soldados no pueden protegerlo en el camino, nada puede. No, nuestro problema está aquí en Kronдор. No tenemos más que una opción.

—No estoy seguro de seguir el hilo, Alteza —dijo el padre Nathan.

Laurie miró al cielo mientras Jimmy sonreía de oreja a oreja. Arutha sonrió

lúgubremente.

—Creo que nuestros dos callejeros amigos tienen una clara comprensión de lo que debe hacerse. Debemos cazar un Halcón Nocturno —dijo Arutha volviéndose hacia Jimmy y Laurie.

Arutha estaba sentado en silencio mientras Volney andaba arriba y abajo por el comedor. Laurie, que había visto suficientes años de hambre para coger la comida cuando la había, comía mientras el corpulento conde de Landreth recorría el salón. Tras observar a Volney dar una vuelta más alrededor de la mesa, Arutha habló en tono cansado.

—Mi señor conde, ¿tenéis que moveros así?

El conde, que estaba absorto en sus propios pensamientos, se detuvo bruscamente. Le hizo una leve reverencia a Arutha, pero su expresión era irritada.

—Alteza, siento haberos molestado —su tono indicaba que no lo sentía ni lo más mínimo, y Laurie sonrió detrás de un trozo de carne de ternera—, pero confiar en ese ladrón es una completa idiotez.

Los ojos de Arutha se abrieron de par en par y miró a Laurie, que le devolvió el gesto de asombro.

—Mi querido conde —dijo Laurie—. Deberíais dejar de ser tan circunspecto. Vamos, decidle al príncipe lo que pensáis. ¡Sed directo, hombre!

Volney se sonrojó al darse cuenta de su metedura de pata.

—Os ruego que me perdonéis, yo... —parecía genuinamente avergonzado.

Arutha sonrió esa media sonrisa torcida suya.

—Perdón otorgado, Volney, pero sólo por la descortesía. —Estudió a Volney en silencio por un momento—. Encuentro la franqueza realmente refrescante. Continúa.

—Alteza —dijo con firmeza Volney—, por todo lo que sabemos, este chico podría ser parte de alguna intriga destinada a capturaros o destruirlos, como él afirma que pretenden hacer otros.

—¿Y qué me aconsejáis que haga?

Volney hizo una pausa y sacudió la cabeza lentamente.

—No lo sé, Alteza, pero enviar al muchacho solo a reunir información es... no sé.

—Laurie, dile a mi amigo y consejero el conde que todo va bien —dijo Arutha.

—Todo va bien, conde —dijo Laurie tragando un sorbo de excelente vino—. Realmente, señor —añadió cuando Arutha le dedicó una mirada negra—, se está haciendo todo lo posible. Conozco la ciudad tan bien como cualquiera que no sea alguien del Hombre Íntegro. Jimmy es un Burlador. Puede descubrir una pista que lleve hasta los Halcones Nocturnos donde una docena de espías no encontraría ninguna.

—Recordad —dijo Arutha—, que me enfrenté al capitán de la policía secreta de Guy, Jocko Radburn, y que era un tipo astuto e implacable que no se detenía ante nada en sus intentos de volver a capturar a Anita. Los Burladores demostraron ser la horma de su zapato.

Volney pareció ceder un poco, e indicó que solicitaba el permiso del príncipe para sentarse. Arutha le hizo un gesto con la mano en dirección a una silla.

—Quizá tengas razón trovador —dijo Volney mientras se sentaba—. Lo que pasa es que no tengo medios para responder a esta amenaza. El pensamiento de que haya asesinos sueltos por ahí me proporciona poca comodidad.

Arutha se inclinó sobre la mesa.

—¿Menos que a mí? Recordad, Volney, al parecer yo era el objetivo escogido.

Laurie asintió.

—No es posible que fuera detrás de mí.

—¿Quizá un amante de la buena música? —respondió secamente Arutha.

Volney suspiró.

—Lo siento si no estoy a la altura en todo esto. En más de una ocasión he deseado acabar ya con este asunto de administrar el principado.

—Tonterías, Volney —dijo Arutha—. Habéis hecho un trabajo excelente aquí. Cuando Lyam insistió que hiciera la gira por el Este con él, objeté aduciendo que el reino Occidental sufriría bajo cualquier mano que no fuera la mía; debido a los efectos del gobierno de Bas-Tyra y sin nada que ver con vuestras habilidades. Pero me place comprobar que no ha sido el caso. Dudo que cualquier otro pudiera haberlo hecho mejor que vos gobernando el día a día del Reino, conde.

—Se lo agradezco a Vuestra Alteza —dijo Volney, algo más tranquilizado por el halago.

—De hecho, iba a pedirlos que siguierais. Con Dulanic desaparecido misteriosamente, no tenemos un duque de Krondor que actúe en nombre de la ciudad. Lyam no puede proclamar vacante el cargo, sin deshonar el recuerdo de Dulanic al quitarle el título, hasta dentro de dos años, pero todos podemos asumir que murió a manos de Guy o de Radburn. Así que, por el momento, creo que plantearémos que vos actuéis como canciller.

Volney no pareció muy complacido con estas noticias, pero encajó el pronunciamiento con buenas maneras.

—Agradezco a Vuestra Alteza la confianza —se limitó a decir.

La conversación se vio interrumpida por la aparición de Gardan, el padre Nathan y Jimmy. El cuello de toro de Nathan estaba hinchado mientras llevaba medio en volandas a Jimmy a una silla. El rostro del muchacho estaba desprovisto de color y sudaba. Ignorando las formalidades, Arutha señaló una silla y el sacerdote depositó allí a Jimmy.

—¿Qué es esto? —preguntó Arutha.

Gardan medio sonrió, medio expresó desaprobación.

—Este joven valentón lleva correteando desde la noche pasada con un feo corte en el costado. Se lo vendó él mismo, e hizo un mal trabajo.

—Había empezado a infectarse —añadió Nathan— así que me he visto obligado a limpiarlo y vendarlo. Insistí en tratarlo antes de venir a veros, ya que el muchacho empezaba a tener fiebre. No hace falta magia para impedir que una herida se infecte, pero todos los chicos de la calle creen ser cirujanos. Así que la herida supura. —Bajó la vista para mirar a Jimmy—. Está un poco pálido de habérsela sajado, pero estará bien en pocas horas, siempre que no vuelva a abrísela —añadió con énfasis en dirección a Jimmy.

Jimmy parecía avergonzado.

—Lamento haberle hecho pasar por esos problemas, padre, pero en otras circunstancias habría hecho que me miraran la herida.

Arutha miró al muchacho ladrón.

—¿Qué has descubierto?

—Este asunto de atrapar asesinos puede que sea incluso más difícil de lo que pensábamos, Alteza. Hay una forma de entablar contacto, pero es rara y da muchos rodeos. —Arutha le asintió para que continuara—. Tuve que sonsacar mucho a la gente de la calle, pero aquí está lo que he conseguido. Si desearais emplear los servicios del gremio de la Muerte, debéis ir al templo de Lims-Kragma. —Nathan hizo un signo de protección ante la mención de la diosa de la muerte—. Se dice una oración y se coloca una ofrenda votiva en la urna marcada a tal efecto, pero con el oro envuelto en un pergamino con vuestro nombre. En el plazo de un día contactarán con vos a su conveniencia. Vos nombráis a la víctima; ellos ponen el precio. Pagáis o no. Si lo hacéis, os dirán dónde y cuándo dejar el oro. Si no, se desvanecen y nunca más podréis contactar con ellos.

—Sencillo —dijo Laurie—. Ellos deciden cuándo y dónde, así que ponerles una trampa no será fácil.

—Imposible, creo yo —dijo Gardan.

—Nada es imposible —dijo Arutha. Su expresión mostraba que estaba sumido en sus pensamientos.

—¡Lo tengo! —dijo Laurie tras un buen rato.

Arutha y los demás miraron al trovador.

—Jimmy, has dicho que ellos se encargarán de contactar con quien deje el oro, y en el mismo día. —Jimmy asintió—. Entonces lo que tenemos que hacer es mantener a quien deje el oro en un sitio. Un sitio controlado por nosotros.

—Una idea bastante sencilla, una vez que se piensa en ella, Laurie. ¿Pero dónde? —dijo Arutha.

—Hay algunos sitios de los que podríamos apoderarnos temporalmente, Alteza, pero sus dueños son poco de fiar —dijo Jimmy.

—Yo sé un sitio —dijo Laurie—, si el amigo Jimmy está dispuesto a pronunciar las oraciones para reducir las posibilidades de que los Halcones Nocturnos crean que es una trampa.

—No sé —dijo Jimmy—. Las cosas están raras en Kronador. Si estoy bajo sospecha puede que nunca tengamos otra oportunidad. —Les recordó el ataque de Jack y su desconocido acompañante de la ballesta—. Puede que fuera una venganza personal; sé de hombres que se han vuelto locos por algo incluso más trivial que un mote, pero si no era por eso... Si Jack estaba implicado de algún modo con aquel asesino...

—Entonces —dijo Laurie—, los Halcones Nocturnos han convertido a su causa a un jefe de los Burladores.

Jimmy parecía preocupado, y de repente dejó caer su máscara de bravuconería.

—Ese pensamiento me viene preocupando tanto como la idea de alguien clavándole a Su Alteza un dardo de Ballesta. He estado ignorando mi juramento de Burlador. Debería haberlo contado todo anoche, y ciertamente ahora tengo que hacerlo. —Pareció dispuesto a ponerse en pie.

Volney apoyó una mano firme en el hombro de Jimmy.

—¡Muchacho presuntuoso! ¿Quieres decir que una banda de delincuentes merece siquiera un momento de consideración a la luz del peligro para tu príncipe y posiblemente tu rey?

Jimmy estaba a punto de replicar cuando Arutha habló.

—Creo que eso es exactamente lo que ha dicho el chico. Ha pronunciado un juramento.

Laurie se acercó rápidamente a donde estaba sentado el muchacho. Apartando a Volney a un lado, se inclinó para que su rostro estuviera al mismo nivel que el de Jimmy.

—Tienes tus propias preocupaciones, eso lo sabemos, chaval, pero las cosas se están moviendo rápidamente. Si se han infiltrado en los Burladores, entonces hablar demasiado pronto podría hacer que los que han colocado allí cubran sus huellas. Si podemos atrapar a uno de esos Halcones Nocturnos... —Dejó la idea inacabada.

Jimmy asintió.

—Si el Hombre Íntegro sigue tu lógica, puede que yo sobreviva, trovador. Está a punto de pasarse el momento en el que puedo cubrir mis acciones con una historia fácil. Pronto tendré que ajustar las cuentas. Muy bien, yo llevaré la nota al templo de la Recogedora de Redes. Y no haré el paripé cuando le pida que me haga sitio si ha llegado mi hora.

—Y —dijo Laurie—, yo tengo que ir a ver a un amigo para que me preste su posada.

—Bien —dijo Arutha—. Mañana haremos saltar la trampa.

Mientras Volney, Nathan y Gardan observaban, Laurie y Jimmy partieron, inmersos en una conversación mientras hacían planes. Arutha también siguió su partida, y sus ojos oscuros enmascararon la ira ardiente que sentía en su interior. Tras tantos años de lucha durante la Guerra de la Fractura había vuelto a Krondor con la esperanza de una larga y pacífica vida con Anita. Ahora alguien osaba amenazar esa pacífica vida. Y ese alguien lo iba a pagar muy caro.

La posada del Loro Arco Iris estaba tranquila. Se habían cerrado las contraventanas para protegerse de un repentino chubasco salido del Mar Amargo, así que la sala común estaba envuelta en la bruma, un humo azulado proveniente de la chimenea y de las pipas de una docena de clientes. A cualquier observador casual la posada le habría parecido igual que en cualquier otra noche lluviosa. El propietario, Lucas, y sus dos hijos estaban tras el largo mostrador, y uno de ellos ocasionalmente iba a la cocina a recoger comidas y llevarlas a las mesas. En el rincón junto a la chimenea, frente a las escaleras que conducían al segundo piso, un juglar rubio cantaba suavemente sobre un marinero que se hallaba lejos del hogar.

Una inspección más detenida hubiera revelado que los hombres de las mesas apenas tocaban sus cervezas. Aunque de aspecto rudo, no tenían el aire de trabajadores de los muelles o marineros recién llegados de viajes marinos. Todos poseían una cierta mirada dura, y se habían ganado sus cicatrices en batallas pasadas, no en peleas de taberna. Todos eran miembros de la compañía de la Guardia Real de Gardan, algunos de los veteranos más curtidos de los ejércitos del Oeste durante la Guerra de la Fractura. En la cocina trabajaban cinco cocineros y pinches nuevos. Arriba, en la habitación más próxima a la boca de las escaleras, esperaban pacientemente Arutha, Gardan y cinco soldados. En total, Arutha había situado veinticuatro hombres en la posada. Y sus hombres eran los únicos que quedaban, ya que el último parroquiano se había ido al comenzar la tormenta.

En la esquina más alejada de la puerta esperaba Jimmy la Mano. Había algo que llevaba preocupándolo todo el día, aunque no sabía decir exactamente qué. Pero de una cosa estaba seguro: si él mismo hubiera entrado en esta habitación esta noche, su cautela nacida de la experiencia lo habría alertado. Tenía la esperanza de que el agente de los Halcones Nocturnos no fuera tan perceptivo. Aquí había algo que olía a chamusquina.

Jimmy se recostó en su silla y mordisqueó distraídamente el queso, preguntándose qué andaría mal. Había pasado una hora desde la puesta de sol, y seguía sin haber señales de nadie que pudiera ser de los Halcones Nocturnos. Jimmy había venido directamente desde el templo, asegurándose de que lo vieran varios mendigos que lo conocían bien. Si alguien en Krondor quería encontrarlo, la información de su

paradero podría comprarse fácilmente y barato.

La puerta delantera se abrió y dos hombres entraron de la lluvia, sacudiéndose el agua de las capas. Ambos tenían la apariencia de hombres de armas, quizá bravos que se habían ganado una buena bolsa de plata protegiendo las caravanas de algún mercader. Vestían atuendos similares: armaduras de cuero, botas hasta la pantorrilla, espadas anchas al cinto y escudos colgados a la espalda bajo la protección de las capas.

El tipo más alto, que tenía un mechón gris en el pelo oscuro, pidió cervezas. El otro, un hombre delgado y rubio, recorrió la habitación con la mirada. Algo en la forma en que sus ojos se entrecerraron alarmó a Jimmy: él también había notado algo raro en la posada. Habló en voz baja con su compañero. El hombre del mechón gris asintió, y cogió las cervezas que les trajo el posadero. Tras pagar las monedas de cobre, ambos hombres fueron a la única mesa que había libre, la que estaba al lado de Jimmy.

El hombre del mechón canoso se volvió hacia Jimmy.

—Chaval, ¿está siempre tan sombría esta posada?

En ese momento Jimmy se dio cuenta de cual había sido el problema todo el tiempo. En la espera, los guardias habían ido cayendo en la costumbre militar de hablar en voz baja. La habitación estaba desprovista del habitual murmullo de las tabernas.

Jimmy se llevó el índice a los labios.

—Es el trovador —susurró. El hombre volvió la cabeza y escuchó a Laurie por unos instantes. Laurie era un artista dotado y conservaba su buena voz a pesar del día de trabajo. Cuando acabó, Jimmy golpeó con fuerza su jarra de cerveza contra la mesa —. ¡Bravo! ¡Más, más, juglar! —Gritó mientras lanzaba una moneda de plata a la tarima sobre la que se sentaba Laurie. El estallido fue seguido un momento después por gritos y vítores similares, al darse cuenta los demás de la necesidad de una exhibición. Se lanzaron algunas monedas más. Cuando Laurie comenzó otra tonada, animada y picante, un sonido no muy diferente al murmullo habitual de conversaciones volvió al salón.

Los dos extraños se recostaron en sus asientos y escucharon, hablando entre ellos de vez en cuando. Se relajaron visiblemente cuando el ambiente de la sala pasó a parecerse a lo que habían esperado. Jimmy estuvo sentado un rato, observando a los dos hombres de la mesa contigua. Había algo en aquellos dos que no encajaba, algo que lo ponía nervioso igual que el matiz de falsedad del salón común sólo momentos antes.

La puerta volvió a abrirse y entró otro hombre. Paseó la mirada por la habitación mientras se sacudía el agua de su grueso capote, pero no se quitó la voluminosa cobertura ni se bajó la capucha. Observó a Jimmy y cruzó hasta su mesa. Sin esperar una invitación, sacó una de las sillas y se sentó.

—¿Tienes un nombre? —preguntó en un susurro.

Jimmy asintió y se inclinó como si fuera a hablar. Al hacerlo, cuatro hechos le llamaron la atención súbitamente. Los hombres de la mesa de al lado, a pesar de su apariencia despreocupada, tenían las espadas y los escudos bien a mano, necesitando sólo un instante para aprestarlas. No bebían como mercenarios que acabaran de llegar a la ciudad, de hecho sus bebidas estaban casi intactas. El hombre sentado frente a Jimmy tenía una mano oculta en la capa, desde que había entrado. Pero lo más revelador de todo, los tres hombres llevaban grandes anillos negros en la mano izquierda, con el diseño de un halcón tallado en los mismos, uno parecido al talismán que le había quitado al acompañante de Jack el Risueño. La mente de Jimmy empezó a trabajar furiosamente, ya que había visto antes aquel tipo de anillo y sabía para lo que servía.

Improvisando, Jimmy sacó un pergamino de la bota. Lo puso sobre la mesa, lejos, a la derecha del hombre, haciendo que tuviera que estirarse incómodamente para alcanzarlo si quería mantener la mano derecha oculta. Cuando la mano del hombre tocó el pergamino, Jimmy sacó su puñal y atacó, clavando la mano del hombre a la mesa. El hombre se quedó helado ante el repentino ataque, y luego sacó la otra mano de la capa, empuñando una daga. Atacó con ella a Jimmy mientras el muchacho ladrón se dejaba caer hacia atrás. Entonces el hombre percibió el dolor y aulló de agonía.

—¡Halcones Nocturnos! —Gritó Jimmy, mientras daba contra el suelo, cayendo con silla y todo.

La habitación estalló de actividad. Los hijos de Lucas, ambos veteranos de los ejércitos del Oeste, saltaron la barra y cayeron sobre los espadachines de la mesa contigua a la de Jimmy mientras éstos intentaban ponerse en pie. Jimmy se encontró enredado en la silla caída e intentó levantarse torpemente. Desde su posición podía ver a los posaderos forcejeando con el hombre del mechón gris. El otro falso mercenario tenía la mano izquierda frente al rostro, llevándose el anillo a los labios.

—¡Anillos de veneno! ¡Llevan anillos de veneno! —Gritó Jimmy.

Otros guardias atraparon al hombre de la capucha mientras intentaba frenéticamente sacarse el anillo de la mano que tenía clavada a la mesa. Tras un momento quedó fuertemente agarrado por los tres hombres que lo rodeaban, incapaz de moverse.

El hombre del mechón gris pateó a los posaderos, se escurrió rodando por el suelo, se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta, apartando a un lado a dos hombres sorprendidos por el repentino movimiento. Durante un momento, apareció un camino expedito hasta la puerta, mientras la sala se llenaba de maldiciones de soldados que trataban de atravesar el caos de mesas y sillas. El Halcón Nocturno estaba cerca de la puerta y la libertad, cuando se le interpuso un esbelto guerrero. El

asesino saltó hacia la puerta. Con una velocidad casi inhumana Arutha dio un paso al frente y golpeó al hombre del mechón gris en la cabeza con la cazoleta de su estoque. El hombre aturdido reculó un momento, y luego se derrumbó al suelo, inconsciente.

Arutha se irguió y recorrió la habitación con la mirada. El asesino rubio yacía con la mirada perdida, obviamente muerto. Al encapuchado le habían arrancado la capa y estaba lívido de dolor mientras le sacaban la daga que había clavado su mano a la mesa. Lo retenían tres soldados, aunque parecía demasiado débil para ponerse en pie por sus propios medios. Cuando arrancaron el puñal de la mesa, gritó y perdió el sentido.

Jimmy rodeó con cautela al hombre muerto y se acercó a Arutha. Bajó la mirada hasta donde Gardan le estaba quitando el otro anillo negro al hombre del suelo, y luego le sonrió ampliamente a Arutha. Levantando la mano, le hizo el gesto del dos con los dedos.

El príncipe, aún sonrojado por la refriega, sonrió y asintió. Ninguno de sus hombres parecía herido y habían atrapado a dos asesinos.

—Vigiladlos de cerca y que nadie que no conozcamos los vea cuando los llevéis a palacio —le dijo a Gardan—. No quiero que corran rumores. Ya puede haber bastante peligro para Lucas y para más gente cuando se descubra la desaparición de esos tres, si hay por aquí cerca más gente del gremio de la Muerte. Deja aquí los suficientes soldados para mantener la apariencia de funcionamiento normal hasta la hora de cierre, y págale a Lucas el doble de los daños, con nuestro agradecimiento. —Mientras hablaba, la compañía de Gardan estaba restableciendo el orden en la posada, retirando la mesa rota y moviendo las otras para que no se notara que faltaba—. Llévate a esos dos a las habitaciones que he elegido y sed rápidos. Empezaremos el interrogatorio esta misma noche.

La Guardia cerraba el paso a una puerta que conducía a un ala remota del palacio. Las habitaciones sólo se usaban ocasionalmente para huéspedes de poca importancia. El ala era una construcción reciente, y se accedía a ella desde el complejo principal del palacio por un solo pasillo corto con una única puerta. La puerta había sido cerrada desde dentro, y fuera había dos guardias, con órdenes de que absolutamente nadie, sin importar quién, debía entrar o salir por esa puerta.

Dentro del ala se habían asegurado todas las habitaciones. En el centro de la habitación más grande del conjunto Arutha estudiaba a sus dos prisioneros. Ambos estaban atados a robustas camas de madera con gruesas cuerdas. Arutha no quería riesgos de que intentaran suicidarse. El padre Nathan supervisaba a sus acólitos, que atendían las heridas de ambos asesinos.

Bruscamente, uno de los acólitos se apartó del lado de la cama del hombre del mechón gris. Miraba a Nathan con la confusión reflejada en el rostro.

—Padre, venid a ver.

Jimmy y Laurie siguieron al sacerdote y Arutha. Nathan se puso junto al acólito y todos pudieron oírle respirar hondo.

—¡Que Sung nos muestre el camino!

Habían cortado la armadura de cuero del hombre del mechón gris para quitársela, descubriendo bajo ella una blusa negra con el diseño bordado de una red de pescador plateada. Nathan le abrió la blusa al otro hombre. Bajo aquella blusa había otra, negra como la noche y también con una red plateada sobre el corazón. Habían vendado la mano del prisionero y éste había recuperado el sentido. Miraba desafiante al sacerdote de Sung, con odio desnudo en los ojos.

Nathan le hizo un gesto al príncipe y se lo llevó a un lado.

—Esos hombres llevan la marca de Lims-Kragma en su aspecto de Recogedora de Redes, aquella que lleva a todos hacia sí cuando llega el fin.

Arutha asintió.

—Eso encaja. Sabemos que con los Halcones Nocturnos se contacta a través del templo. Incluso aunque la jerarquía del templo ignore estos asuntos, alguien de dentro tiene que ser aliado de los Halcones Nocturnos. Vamos, Nathan, debemos interrogar a este otro.

Volvieron a la cama donde yacía el hombre consciente.

—¿Quién ha puesto precio a mi muerte? —dijo Arutha mirándolo desde arriba. Llamaron a Nathan para atender al otro hombre—. ¿Quién eres? —Le exigió el príncipe—. Responde ahora o el dolor que has soportado será un simple aperitivo del que caerá sobre ti. —A Arutha no le gustaba la idea de torturar, pero no se detendría ante nada para descubrir quién era el responsable del ataque sobre él. La pregunta y la amenaza fueron respondidas por el silencio.

Tras un momento, Nathan volvió junto a Arutha.

—El otro hombre está muerto —dijo en voz baja—. Debemos tratar a éste con cuidado. Ese hombre no debería haber muerto del golpe que le disteis en la cabeza. Puede que tengan medios para ordenarle al cuerpo que no luche contra la muerte, sino que le dé la bienvenida. Se dice que incluso un hombre robusto puede hacerse morir mediante un acto de voluntad, si tiene el tiempo suficiente.

Arutha notó que el sudor empapaba la frente del hombre herido mientras Nathan lo examinaba.

—Tiene fiebre, y le sube muy rápido —dijo el sacerdote con preocupación en el rostro—. Tendré que atenderlo antes de que pueda hablar.

El sacerdote cogió rápidamente una poción y obligó al individuo a tragar algo del fluido mientras dos soldados le mantenían abiertas las mandíbulas. Luego el sacerdote empezó a entonar su magia clerical. El hombre de la cama comenzó a retorcerse frenéticamente, con el rostro convertido en una máscara contorsionada de

concentración. Los tendones se tensaron en sus brazos, y su cuello era una masa de músculos estirados mientras forcejeaba contra su cautiverio. Súbitamente dejó escapar una risa hueca y se derrumbó, con los ojos cerrados.

Nathan examinó al hombre.

—Está inconsciente, Alteza. He contenido la subida de la fiebre, pero no creo que pueda detenerla —añadió el sacerdote—. Aquí está interviniendo algún poder mágico. Se nos está yendo delante de los ojos. Necesitaré tiempo para contrarrestar la magia que está trabajando en él... si es que tengo tiempo. —Había duda en la voz de Nathan—. Y si mis artes están a la altura de la tarea.

Arutha se volvió hacia Gardan.

—Capitán, coge diez de tus hombres de más confianza y ve directo al templo de Lims-Kragma. Informa a la suma sacerdotisa de que le ordeno que acuda enseguida. Tráela a la fuerza si hace falta, pero tráela.

Gardan hizo un saludo militar, pero hubo un destello en sus ojos. Laurie y Jimmy sabían que no le agradaba la idea de desafiar a la sacerdotisa en su propio territorio. Aún así, el leal capitán se dio la vuelta y obedeció a su príncipe sin rechistar.

Arutha volvió junto al hombre postrado, que yacía en un tormento febril.

—Alteza, la fiebre sube lentamente, pero sube —dijo Nathan.

—¿Cuánto vivirá?

—Si no podemos hacer nada, lo que queda de la noche, no más.

En su frustración, Arutha se dio un puñetazo con la mano derecha en la izquierda. Faltaban menos de seis horas para el amanecer. Menos de seis horas para descubrir la causa del pretendido ataque sobre él. Y si este hombre moría estarían de vuelta al principio, y peor, ya que era muy difícil que su desconocido enemigo volviera a caer en otra trampa.

—¿Hay algo más que podáis hacer? —preguntó Laurie en un susurro.

Nathan reflexionó.

—Quizá...

Se apartó del enfermo e indicó con la mano a sus acólitos que se retiraran del lecho. Con un gesto le ordenó a uno de ellos que le acercara un grueso tomo de conjuros clericales.

Nathan dio instrucciones a sus asistentes, que estos cumplieron con rapidez, ya que conocían el ritual y su papel en el mismo. Dibujaron una estrella de cinco puntas con tiza en el suelo, y en su interior trazaron muchos símbolos rúnicos, dejando la cama en el centro. Cuando acabaron, todos cuantos se encontraban en la habitación estaban dentro de las marcas de tiza en el suelo. Colocaron una vela encendida en cada una de las puntas del dibujo, y entregaron una sextana Nathan, que estaba de pie leyendo el libro.

El sacerdote empezó a mover la vela trazando un intrincado diseño mientras leía

en voz alta, en un lenguaje que resultaba desconocido para los legos de la habitación. Sus acólitos se mantenían en silencio en un rincón, respondiendo al unísono en diversos momentos durante el encantamiento. Los otros sintieron una extraña tranquilidad en el aire, y cuando las últimas sílabas fueron pronunciadas, el moribundo gimió, un sonido grave y patético.

Nathan cerró bruscamente el libro.

—Nada menos poderoso que un enviado de los mismos dioses puede atravesar los límites del polígono sin mi permiso. Ningún espíritu, demonio o ser enviado por cualquier poder oscuro puede molestarnos ya.

Entonces Nathan hizo que todos salieran de los límites, abrió de nuevo el libro y empezó a leer otro cántico. Las palabras salían a toda prisa del corpulento sacerdote. Finalizó el hechizo y señaló al hombre de la cama. Arutha miró al enfermo pero no logró ver nada raro, luego, al volverse para hablar con Laurie, notó un cambio. Al ver al hombre por el rabillo del ojo, Arutha pudo distinguir un aura de tenue luz a su alrededor, llenando el dibujo, invisible si se la miraba directamente. Era de un color cuarzo claro y lechoso.

—¿Qué es esto? —preguntó Arutha.

Nathan lo miró a la cara.

—He ralentizado su paso por el tiempo, Alteza. Para él una hora es un momento. El hechizo sólo durará hasta el amanecer, pero para él habrá pasado menos de un cuarto de hora. Así ganaremos tiempo. Con suerte, durará hasta el mediodía.

—¿Podemos hablar con él?

—No, porque le sonaríamos como el zumbido de las abejas. Pero si es necesario puedo levantar el hechizo.

Arutha contempló al hombre febril, que se consumía. Su mano parecía colocada apenas unos centímetros sobre la cama, colgando en el aire.

—Entonces —dijo el príncipe con impaciencia—, tenemos que esperar al placer de la visita de la suma sacerdotisa de Lims-Kragma.

La espera no fue larga, y tampoco hubo demasiado placer reflejado en la actitud de la suma sacerdotisa. Afuera se produjo una conmoción, y Arutha fue a toda prisa hacia la puerta. Al otro lado se encontró con Gardan esperando junto a una mujer vestida con ropajes negros. Llevaba el rostro oculto tras un grueso velo de gasa, pero volvió la cabeza hacia el príncipe.

Un dedo señaló a Arutha y una voz femenina profunda y agradable le habló.

—¿Por qué se me ha ordenado venir, príncipe del Reino?

Arutha ignoró la pregunta mientras se hacía con la situación. Tras Gardan había cuatro guardias, con las lanzas cruzadas sobre el pecho, cerrándole el paso a un grupo de guardias del templo de aspecto decidido, que vestían la librea negra y plateada de Lims-Kragma.

—¿Qué pasa, capitán?

—La señora desea entrar con sus guardias, y yo lo he prohibido —dijo Gardan.

—He venido como me habéis ordenado, aunque el sacerdocio nunca ha reconocido la autoridad temporal —dijo la sacerdotisa en un tono de furia gélida—. Pero no vendré como prisionera, ni siquiera vuestra, príncipe de Kronдор.

—Pueden entrar dos guardias, pero se mantendrán alejados del prisionero —dijo Arutha—. Señora, cooperaréis y entraréis, ahora. —El tono de Arutha dejaba pocas dudas acerca de su estado de ánimo.

Puede que la suma sacerdotisa fuera la máxima autoridad de una poderosa secta, pero ante ella se encontraba el gobernante absoluto del Reino, por detrás del rey, un hombre que no toleraría interferencia alguna en un asunto de vital importancia. La sacerdotisa les asintió a los dos guardias de delante, y estos entraron. La puerta se cerró tras ellos, y Gardan llevó a los dos guardias a un rincón. Afuera, los guardias de palacio vigilaban ojo avizor al resto de los guardias del templo y las terribles espadas curvas que llevaban al cinto.

El padre Nathan saludó a la suma sacerdotisa con una rígida y formal reverencia, ya que sus respectivas órdenes sentían poco aprecio mutuo. La suma sacerdotisa decidió ignorar la presencia del sacerdote.

—¿Teméis interferencias sobrenaturales? —Fue el primer comentario de ella al ver el dibujo en el suelo. De repente su tono de voz era analítico y neutro.

Fue Nathan quien respondió.

—Señora, no estamos seguros de muchas cosas, pero deseamos impedir las complicaciones de cualquier clase, físicas o espirituales.

Ella no dio indicios de haber oído esas palabras, pero se acercó tanto como pudo a ambos hombres, uno muerto y otro herido. Al ver las blusas negras, ti tubeó y se dio la vuelta para encararse con Arutha. A través del velo, éste casi pudo sentir la malévola mirada de ella.

—Esos hombres pertenecen a mi orden. ¿Cómo han llegado a yacer aquí?

El rostro de Arutha era una máscara de ira controlada.

—Señora, se os ha traído aquí para que respondáis a esa pregunta. ¿Conocéis a esos dos?

Ella estudió sus rostros.

—A este no lo conozco —dijo señalando al hombre muerto con el mechón de pelo canoso—. Pero el otro es un sacerdote de mi templo, llamado Morgan, recién llegado desde nuestro templo de Yabon. —Se detuvo un momento para considerar algo—. Lleva la marca de un hermano de la Orden de la Red de Plata. —Volvió la cabeza para mirar a Arutha a la cara una vez más—. Son el brazo militar de nuestra fe, supervisados por su Gran Maestro desde Rillanon. Y no responde ante nadie excepto ante nuestra Madre Matriarca de las prácticas de su orden. —Hizo una nueva pausa

—. Y sólo a veces. —Antes de que nadie pudiera hacer un comentario, siguió—. Lo que no comprendo es cómo uno de los sacerdotes de mi templo ha llegado a portar su marca. ¿Es un miembro de la orden haciéndose pasar por sacerdote? ¿Es un sacerdote interpretando el papel de guerrero? ¿O no es ni sacerdote ni guerrero, sino un impostor en ambas identidades?

Cualquiera de esas tres posibilidades está prohibida, a riesgo de la ira de Lims-Kragma. ¿Por qué está aquí?

—Señora, si lo que decís es cierto —dijo Arutha, y ella pareció ponerse tensa ante la implicación de una posible falsedad—, entonces lo que está ocurriendo le concierne a vuestro templo tanto como me concierne a mí. Jimmy, di lo que sabes de los Halcones Nocturnos.

Jimmy, evidentemente incómodo bajo el escrutinio de la suma sacerdotisa de la diosa de la muerte, habló deprisa y obvió sus habituales embellecimientos. Cuando hubo acabado, la suma sacerdotisa habló.

—Alteza, lo que decís es un acto impío ante la nariz de nuestra diosa. —Su voz era cólera fría—. En tiempos pasados, algunos fieles practicaron sacrificios, pero esas prácticas fueron abandonadas hace mucho. La Muerte es una diosa paciente; todos llegarán a ella en su momento. No necesitamos negros asesinatos. Me gustaría hablar con este hombre —señaló al prisionero.

Arutha dudó, y notó que el padre Nathan negaba levemente con la cabeza.

—Está al borde de la muerte. Le quedan pocas horas si no le hacemos pasar tensión alguna. Si el interrogatorio fuera duro, podría morir antes de que lográramos sondear las profundidades de esas aguas oscuras.

—¿Y qué motivo de preocupación hay, sacerdote? —dijo la suma sacerdotisa—. Incluso muerto sigue siendo mi súbdito. Yo soy la mano etérea de Lims-Kragma. En su mansión encontraré verdades que ningún hombre vivo puede obtener.

El padre Nathan hizo una reverencia.

—En el reino de la muerte sois suprema. ¿Podemos retirarnos mis hermanos y yo, Alteza? —Le preguntó a Arutha—. Mi orden encuentra ofensivas dichas prácticas.

El príncipe asintió.

—Antes de que os vayáis, retirad el conjuro ralentizador que habéis lanzado sobre él. Será más fácil que si lo hago yo —dijo la suma sacerdotisa.

Nathan lo hizo rápidamente y el hombre de la cama empezó a gemir enfebrecido. El sacerdote y los acólitos de Sung salieron de la habitación a toda prisa.

—La estrella ayudará a impedir que fuerzas externas interfieran con este acto —dijo la suma sacerdotisa cuando se hubieron ido—. Pediría que todo el mundo se quedara fuera, ya que en el interior cada persona genera perturbaciones en el tejido de la magia. Éste es uno de los ritos más sagrados, ya que cualquiera que sea el resultado es seguro que nuestra señora reclamará a este hombre.

Arutha y los demás se pusieron a esperar fuera de los límites de tiza.

—Hablad sólo cuando yo dé permiso —continuó la sacerdotisa—, y aseguraos de que las velas no se apaguen, o podrían liberarse fuerzas que serían... problemáticas de volver a controlar.

La suma sacerdotisa se quitó el velo negro y Arutha quedó casi conmocionado por su apariencia. Tenía el aspecto de ser poco más que una niña, y una muy hermosa, con ojos azules y piel sonrosada como el amanecer.

Sus cejas prometían que su pelo era color oro pálido. Levantó las manos por encima de su cabeza y empezó a rezar. Su voz era suave, musical, pero las palabras eran extrañas y daba miedo oírlas.

El hombre de la cama se retorció mientras ella seguía con su encantamiento. Repentinamente, sus ojos se abrieron y miró fijamente al techo. Pareció sufrir convulsiones, tirando de las cuerdas que lo retenían. Se relajó y miró a la sacerdotisa. Una mirada distante cruzó su rostro, mientras sus ojos parecían enfocarse y desenfocarse alternativamente. Tras un momento se formó en sus labios una sonrisa extraña y siniestra. Su boca se abrió y la voz que salió de ella era grave y hueca.

—¿Qué servicio, ama?

La suma sacerdotisa frunció un poco el ceño, como si hubiera algo raro en aquella actitud, pero mantuvo el tipo y habló en tono autoritario.

—Vistes el manto de la Orden de la Red de Plata, pero ejerces en el templo. Explica esa falsedad.

El hombre rio. Una risotada estruendosa y chillona que se fue apagando poco a poco.

—Yo soy aquel que sirve.

Ella se detuvo, ya que la respuesta no había sido de su agrado.

—Responde entonces. ¿A quién sirves?

Otra risa y el cuerpo del hombre se tensó una vez más, tirando de las cuerdas que lo tenían atado. Las gotas de sudor empaparon su frente y los músculos de sus brazos se hincharon mientras forcejeaba con las cuerdas. Luego se tranquilizó y volvió a reírse.

—Soy aquel que está atrapado.

—¿A quién sirves?

—Soy aquel que es un pez. Estoy en una red. —De nuevo llegó la risa enloquecida y la tensión casi convulsiva contra las cuerdas. Mientras el hombre tiraba, el sudor corría a chorros por su rostro. Chillando, tiró una y otra vez de las ligaduras.

—¡Murmandamus! ¡Ayuda a tu servidor! —Gritó el hombre, mientras parecía que iba a romperse sus propios huesos con los tirones.

Súbitamente una de las velas se apagó cuando un viento, surgido de un lugar desconocido, barrió la habitación. El hombre reaccionó con un solo espasmo

convulso, arqueando el cuerpo de forma que sólo los pies y la cabeza tocaban la cama, tirando con tal fuerza que su piel se desgarró y empezó a sangrar. Bruscamente se derrumbó sobre la cama. La suma sacerdotisa retrocedió un paso, y luego se acercó para mirar al hombre.

—Está muerto. Encended de nuevo la vela —dijo suavemente.

Arutha hizo un gesto y uno de los guardias prendió una varilla de madera en otra vela y encendió la que se había apagado. La sacerdotisa comenzó otro encantamiento. En tanto que el primero había sido levemente inquietante, éste traía una sensación de terror, un escalofrío desde el rincón más remoto ce alguna perdida y helada tierra de desdichas. Traía el eco de los gritos de aquellos sin alivio ni esperanza. Y sin embargo en su interior había otra cualidad, poderosa y atractiva, una sensación casi seductora de que de algún modo sería maravilloso dejar a un lado todas las preocupaciones y descansar. A medida que el conjuro progresaba, las sensaciones de presentimiento fueron aumentando, y los que esperaban lucharon contra el deseo de alejarse corriendo del sonido del hechizo de la suma sacerdotisa.

El encantamiento acabó de repente, y la habitación quedó tan silenciosa como una tumba. La suma sacerdotisa habló en la lengua del Reino.

—Tú que estás con nosotros en cuerpo pero que ahora estás sujeto a la voluntad de nuestra señora Lims-Kragma, óyeme. Igual que nuestra Señora de la Muerte manda sobre todas las cosas al final, así te mando yo en su nombre. ¡Vuelve!

La figura en la cama se agitó pero se quedó de nuevo yaciendo en silencio.

—¡Vuelve! —Gritó la suma sacerdotisa, y la figura volvió a moverse.

Con un repentino movimiento, la cabeza del muerto se levantó y sus ojos se abrieron. Pareció estar recorriendo la habitación con la mirada, pero aunque sus ojos estaban abiertos, los tenía vueltos y sólo mostraban el blanco. Aún así, había una sensación de que el cadáver seguía pudiendo ver, ya que su cabeza dejó de moverse como si estuviera mirando a la suma sacerdotisa. Su boca se abrió y emitió una risa hueca y distante.

La suma sacerdotisa dio un paso al frente.

—¡Silencio!

El muerto se calló, pero entonces su rostro sonrió de oreja a oreja, una expresión terrible y maligna que se fue ensanchando progresivamente. Sus rasgos empezaron a sufrir contracciones nerviosas, moviéndose como si el rostro del hombre estuviera sufriendo alguna extraña clase de apoplejía. La misma carne tembló y luego quedó flácida, como si se hubiera convertido en cera fundida. El color de la piel varió sutilmente, aclarándose, volviéndose casi blanco pálido. La frente se hizo más alta y la barbilla más delicada, la nariz más ganchuda y las orejas puntiagudas. El pelo se oscureció hasta volverse negro. En cuestión de momentos el hombre que habían interrogado había desaparecido y en su lugar quedaba una forma que ya no era

humana.

—¡Por los dioses! ¡Un hermano de la Senda Oscura! —dijo Laurie.

Jimmy se movía nerviosamente.

—Vuestro hermano Morgan viene de bastante más lejos que la ciudad de Yabon, señora —susurró. No había humor en su voz, sólo miedo.

De nuevo vino el viento gélido de procedencia desconocida, y la suma sacerdotisa se volvió hacia Arutha. Tenía los ojos desorbitados de terror y pareció hablar, pero nadie pudo oír sus palabras.

La criatura de la cama, uno de los odiados primos oscuros de los elfos, chilló con una risita maníaca. Con una sorprendente y repentina exhibición de fuerza, el moredhel liberó uno de su brazos con un tirón, y luego el otro. Antes de que los guardias pudieran reaccionar, se liberó de las ligaduras que retenían sus piernas. En un instante la cosa muerta estuvo en pie, saltando hacia la suma sacerdotisa.

La mujer se mantuvo firme, emanando una sensación de poder. Señaló a la criatura con la mano.

—¡Detente! —El moredhel obedeció—. Por el poder de mi señora te impongo la obediencia a ti que has sido llamado. En su dominio habitas, y sujeto estás a sus leyes y ministros. ¡Por su poder te ordeno que retrocedas!

El moredhel titubeó un instante, luego, con una rapidez sobrecogedora alargó un brazo y cogió a la suma sacerdotisa por el cuello.

—No molestes a mi sirviente, mujer —gritó con aquella voz hueca y distante—. Si tanto amas a tu señora, ¡ve con ella!

La suma sacerdotisa lo agarró por la muñeca, y un fuego azul brotó por el brazo de la criatura. Con un aullido de dolor, la levantó como si no pesara nada y la arrojó contra la pared junto a Arutha, donde se estrelló y resbaló hasta el suelo.

Todos se quedaron inmóviles. La transformación de esta criatura y su inesperado ataque contra la suma sacerdotisa había robado la voluntad de todos los que se encontraban en la habitación. Los guardias del templo habían quedado paralizados por la visión de su sacerdotisa humillada por algún oscuro poder sobrenatural. Gardan y sus hombres habían quedado igualmente aturcidos.

Con otro tronante aullido de risa la criatura se volvió contra Arutha.

—¡Ahora nos encontramos. Señor del Oeste, y ha llegado tu hora!

El moredhel se balanceó sobre sus pies un instante, y luego avanzó hacia Arutha. Los guardias del templo se recuperaron un instante antes que los hombres de Gardan. Los dos soldados vestidos de negro y plata saltaron al frente, uno interponiéndose entre el moredhel que avanzaba y la aturrida sacerdotisa, el otro atacando a la criatura. Los soldados de Arutha sólo fueron un paso por detrás para impedir que la criatura llegara hasta el príncipe. Laurie saltó hacia la puerta, gritando para que entraran los guardias.

El guardia del templo lanzó una estocada con su cimitarra y empaló al moredhel. Unos ojos sin vista se desorbitaron, mostrando bordes rojos, y la criatura sonrió, una horrenda expresión de regocijo. En un instante sus manos salieron disparadas hacia delante y rodearon la garganta del guardia. Con un movimiento rompió el cuello del guardia y luego lo tiró a un lado. El primero de los guardias de Arutha en llegar hasta la criatura la atacó desde el costado, un golpe que le provocó un profundo desgarró en la espalda. Con un revés, derribó al guardia. Cogió la cimitarra por la empuñadura, se la sacó del pecho, y la tiró al suelo con un gruñido. Mientras se apartaba, Gardan la atacó bajo y por detrás. El enorme capitán rodeó a la criatura con sus poderosos brazos, levantándola del suelo. Las garras de la criatura arañaron los brazos de Gardan, pero éste siguió manteniéndola en alto, impidiéndole avanzar hacia Arutha. Entonces la criatura pateó hacia atrás, su talón golpeó la pierna de Gardan y ambos cayeron. La criatura se puso en pie. Cuando Gardan trató de volver a agarrarla, tropezó con el cuerpo del guardia del templo caído.

La puerta se abrió de un empujón cuando Laurie quitó la barra interior, y guardias de palacio y del templo pasaron corriendo junto al trovador. La criatura estaba a un golpe de espada de Arutha cuando el primer guardia la placó por detrás, seguido un instante después por dos más. Los guardias del templo se unieron a su solitario compañero formando una defensa alrededor de la inconsciente suma sacerdotisa. Los guardias de Arutha se unieron al asalto contra el moredhel. Gardan se recuperó de su caída y corrió junto a Arutha.

—Salid de aquí, Alteza. Podemos contenerlo con la fuerza del número.

—¿Cuánto tiempo, Gardan? ¿Cuánto podrás detener a una criatura que ya está muerta? —dijo Arutha con la espada lista.

Jimmy la Mano retrocedió del lado de Arutha, en dirección a la puerta. No podía apartar los ojos del enredo de cuerpos que se retorcían. Los guardias atacaban a la criatura con empuñaduras y puños, tratando de doblegarla a golpes. Las manos y rostros estaban rojos y pegajosos, mientras las garras de la criatura arañaban una y otra vez.

Laurie rodeaba la melé, buscando una apertura, apuntando con su espada como si fuera una daga. Al ver a Jimmy salir corriendo hacia la puerta, Laurie gritó.

—¡Arutha! Jimmy demuestra un buen sentido poco común. ¡Vete! —Luego lanzó una estocada y de la pila de cuerpos brotó un aullido grave y espeluznante.

Arutha estaba consumido por la indecisión. La masa parecía avanzar poco a poco hacia él, como si el peso de los guardias sólo sirviera para ralentizar el avance de la criatura.

—Huye si quieres, Señor del Oeste —resonó la voz de la criatura—, pero nunca encontrarás refugio de mis servidores.

Como si hubiera sido dotada de alguna fuente adicional de energía, el moredhel

dio una violenta sacudida y los guardias salieron despedidos. Se estrellaron contra los que estaban frente a la suma sacerdotisa, y por un momento la criatura quedó Ubre para ponerse en pie. Ahora estaba cubierta de sangre, y su rostro era una masa de heridas sangrantes. De una mejilla colgaba carne desgarrada, transformando el rostro del moredhel en una permanente sonrisa maligna. Un guardia logró incorporarse y casi seccionar el brazo de la criatura con su espada. El ser giró sobre sí y abrió la garganta del hombre con un solo golpe de sus garras.

—¡Me alimento de la muerte! ¡Ven! ¡Me alimentaré de la tuya! —dijo con el brazo derecho colgando inútil sobre su costado, a través de unos labios flojos y gomosos, con voz gorgoteante.

Dos soldados saltaron sobre el moredhel desde detrás, haciéndolo caer al suelo de nuevo, ante Arutha. Ignorando a los guardias, la criatura se arrastró hacia el príncipe, arañando el suelo con su brazo bueno extendido y los dedos curvados como una garra. Más guardias saltaron sobre él, y Arutha se adelantó rápidamente, clavando su espada a través del hombro de la criatura, profundamente en su espalda. La figura monstruosa se estremeció brevemente, y luego siguió avanzando.

Igual que un gigantesco y grotesco cangrejo, la masa de cuerpos avanzaba centímetro a centímetro hacia el príncipe. La actividad de los guardias aumentó, como si quisieran proteger al príncipe haciendo literalmente picadillo a la criatura. Arutha retrocedió un paso, su reticencia a retirarse era superada por la negativa del moredhel a detenerse. Un soldado salió despedido con un grito y aterrizó fatalmente, dando de cabeza en el suelo con un crujido audible.

—¡Alteza, su fuerza aumenta! —gritó otro.

Un tercero chilló cuando la garra de la frenética criatura le arrancó un ojo. Con una titánica sacudida, se quitó de encima a los restantes soldados y se puso en pie, sin nadie que se interpusiera entre Arutha y él.

Laurie tiró de la manga izquierda de Arutha, conduciendo al príncipe lentamente hacia la puerta. Andaban de lado, sin apartar la vista de la repugnante criatura, mientras ésta estaba de pie, balanceándose. Sus ojos ciegos seguían a ambos hombres, mirando fijamente desde un cráneo convertido en una máscara roja informe y desprovista de rasgos reconocibles. Uno de los guardias de la sacerdotisa cargó contra la criatura por detrás, y sin mirar, el moredhel golpeó hacia atrás con su mano derecha y aplastó el cráneo del hombre con un solo puñetazo.

—¡Ha recuperado el uso del brazo derecho! —Gritó Laurie—. ¡Se está curando!

El ser se plantó ante ellos de un salto. De repente Arutha se encontró cayendo al suelo cuando alguien lo empujó. En un torbellino de imágenes, Arutha vio a Laurie esquivando el golpe que le habría arrancado a Arutha la cabeza de los hombros. El príncipe se apartó rodando y se puso en pie junto a Jimmy la Mano. El muchacho lo había empujado, apartándolo del peligro. Al otro lado de Jimmy, Arutha pudo ver al

padre Nathan.

El sacerdote de cuello de toro se acercó al monstruo, con la mano derecha levantada con la palma hacia fuera. La criatura sintió de algún modo la aproximación del sacerdote, ya que apartó su atención de Arutha y giró para encararse con Nathan.

El centro de la mano de Nathan empezó a brillar, y luego a refulgir con una feroz luz blanca que lanzaba un haz visible sobre el moredhel, que se quedó paralizado. De sus labios desgarrados emitió un grave lamento. Entonces Nathan comenzó un encantamiento.

Un agudo chillido brotó del moredhel, y éste retrocedió, cubriendo sus ojos ciegos de la luz mística de Nathan.

—Quema... ¡Quema! —pudo oírse su voz, grave y gorgoteante.

El corpulento sacerdote avanzó un paso, obligando a la criatura a retroceder tambaleándose. La cosa no parecía mortal, sangraba copiosamente, sangre casi coagulada de un centenar de heridas, con grandes trozos de carne y ropa colgando de su cuerpo.

—¡Me quemo! —gritó encogiéndose aún más.

Entonces sopló en la habitación un viento frío y la criatura chilló, lo bastante fuerte para sobresaltar incluso a soldados curtidos y avezados. Los guardias miraron nerviosos a su alrededor, buscando la fuente del horror innombrable que podía sentirse por todos los lados.

La criatura se levantó súbitamente, como si un nuevo poder hubiera llegado a ella. Alargó la mano derecha, agarrando la fuente de la luz ardiente, la mano izquierda de Nathan. Dedos y dedos como garras se entrelazaron, y con un sonido chisporroteante la mano de la criatura empezó a humear. El moredhel echó atrás la mano izquierda para golpear al clérigo. Pero mientras se preparaba para atacar, Nathan pronunció una palabra desconocida para el resto de los que se encontraban en la habitación, y la criatura flaqueó y gruñó. La voz de Nathan retumbó, llenando la habitación con el sonido de la oración mística y la magia sagrada. La criatura se quedó congelada un instante, y luego se puso a temblar en el sitio. Nathan aumentó el apremio de su encantamiento, y la criatura retrocedió como si hubiera recibido un poderoso golpe, y empezó a salir humo de su cuerpo. Nathan invocó el poder de su diosa, Sung la Blanca, la deidad de la pureza, con voz ronca y tensa. Un fuerte lamento, que parecía venir de una gran distancia, salió por la boca del moredhel, que sufrió otra sacudida. Enzarzado en esta batalla mística, Nathan levantó los hombros como si estuviera esforzándose para mover un gran peso, y el moredhel cayó de rodillas. Su mano derecha se dobló hacia atrás mientras la voz de Nathan seguía entonando. En la frente del sacerdote se acumulaban las gotas de sudor y los tendones de su cuello se resaltaron. En la desgarrada carne y la piel expuesta de la criatura salieron llagas, y ésta emitió un gemido ululante. Un sonido siseante y el olor a carne chamuscada

llenaron la habitación. Un humo denso y grasiento brotaba de su cuerpo, y un guardia volvió la cabeza y vomitó. Los ojos de Nathan se desorbitaron mientras ejercía la fuerza de su voluntad sobre la criatura. Se balancearon lentamente, la carne de la criatura crujiendo a medida que se ennegrecía y carbonizaba por la magia de Nathan. El moredhel se dobló hacia atrás bajo la fuerza del sacerdote, y repentinamente su cuerpo ennegrecido quedó cubierto por una energía azulada. Nathan liberó a su presa y la criatura cayó de lado, mientras salían llamas de sus ojos, boca y orejas. Pronto el cuerpo quedó envuelto en llamas y reducido a cenizas, inundando la habitación con un olor fétido y grasiento.

Nathan se volvió lentamente para mirar a Arutha, y el príncipe vio a un hombre envejecido repentinamente. Los ojos del clérigo estaban desorbitados, y el sudor le chorreaba por la cara.

—Alteza, está hecho —dijo con voz seca y entrecortada. Avanzando hacia el príncipe con un paso lento, y luego otro, Nathan sonrió débilmente. Entonces se cayó de frente, para ser agarrado por Arutha antes de dar contra el suelo.

4

Revelaciones

Los pájaros cantaban dando la bienvenida al nuevo día.

Arutha, Laurie, Jimmy, Volney y Gardan estaban sentados en la cámara de audiencias privadas del príncipe esperando noticias de Nathan y de la suma sacerdotisa. Los guardias del templo habían llevado a la sacerdotisa a una habitación de invitados y vigilaban mientras la atendían unos sanadores traídos de su templo. Habían pasado toda la noche con ella, mientras miembros de la orden de Nathan lo atendían en sus habitaciones.

Todos los que se encontraban en la habitación habían sido reducidos al silencio por los horrores de la noche, y todos se resistían a hablar de aquello. Laurie fue el primero en salir del abotargamiento, dejando su silla para acercarse a una ventana.

Los ojos de Arutha siguieron el movimiento de Laurie, pero su mente luchaba contra una docena de preguntas sin respuesta. ¿Quién o qué buscaba su muerte? ¿Y por qué? Pero más importante para él que su propia seguridad era la cuestión de la amenaza que esto presentaba para Lyam, Carline y los demás que debían llegar pronto. Y lo principal, ¿había riesgo alguno para Anita? En las últimas horas, Arutha había pensado posponer la boda una docena de veces.

Laurie se sentó en un sofá junto al adormilado Jimmy.

—Jimmy, ¿cómo se te ocurrió ir a buscar al padre Nathan cuando la propia suma sacerdotisa era impotente? —preguntó en voz baja.

Jimmy se desperezó y bostezó.

—Fue algo que recordaba de mi juventud. —Ante eso, Gardan se rio y la tensión en la habitación se redujo. Incluso Arutha se atrevió a sonreír a medias mientras Jimmy continuaba—. Me enviaron algún tiempo bajo la tutela de un tal padre Timothy, un sacerdote de Astalón. De vez en cuando se permite que algún que otro chico lo haga. Es señal de que los Burladores tienen grandes expectativas para el muchacho —dijo orgulloso—. Sólo estuve lo justo para aprender a leer, escribir y contar, pero por el camino logré aprender algunas cosillas más. Me acordé de un discurso sobre la naturaleza de los dioses que el padre Timothy dio una vez; aunque

casi me hizo dormirme. Según el honorable, hay una oposición de fuerzas, fuerzas positivas y negativas que a veces se llaman bien y mal. El bien no puede neutralizar al bien, ni el mal al mal. Para hacer retroceder a un agente del mal, hace falta uno del bien. La mayoría de la gente considera a la suma sacerdotisa una servidora de los poderes oscuros, y no podía contener a la criatura. Tuve la esperanza de que el padre pudiera enfrentarse a la criatura, ya que Sung y sus sirvientes son considerados de actitud «buena». Realmente no sabía si era posible, pero no podía quedarme parado mientras esa cosa se comía a los guardias de palacio de uno en uno.

—Pues resultó ser una suposición acertada —dijo Arutha. Su tono revelaba aprobación por la agilidad mental de Jimmy.

Un guardia entró en la habitación.

—Alteza, el sacerdote se ha repuesto y os llama. Suplica que vayáis a sus habitaciones.

Arutha casi saltó de la silla y salió de la sala a grandes zancadas, con los demás pisándole los talones.

Durante más de un siglo, la costumbre había dictado que el palacio del príncipe de Krondor contuviera un templo con un altar para cada uno de los dioses, para que quienquiera que fuera su huésped, sin importar a los dioses mayores a los que venerara, encontrase cerca un lugar de consuelo espiritual. La orden encargada de atender el templo cambiaba de tanto en tanto, a medida que los consejeros del príncipe iban y venían. Bajo la administración de Arutha, eran Nathan y sus acólitos los que se ocupaban del templo, igual que lo habían hecho bajo la de Erland. Las habitaciones de los sacerdotes estaban detrás del templo, y Arutha atravesó la gran estancia abovedada. Al fondo de la nave podía entreverse una puerta detrás del baldaquín que contenía el altar a los cuatro dioses mayores. Arutha avanzó a grandes zancadas hacia la puerta. Sus botas repicaron en el suelo de piedra mientras pasaba frente a los altares de los dioses menores, dispuestos en los costados del templo. Al aproximarse a la puerta de la habitación de Nathan, Arutha pudo ver que estaba abierta y vislumbró movimiento en el interior.

Entró en la habitación del sacerdote y los acólitos de Nathan se echaron a un lado. Arutha se sorprendió por el aspecto austero del cuarto, casi una celda sin efectos personales ni decoración. El único objeto no funcional visible era una estatuilla de Sung, representada como una bella jovencita vestida con una larga túnica blanca, que estaba en una mesilla junto a la cama de Nathan.

El sacerdote tenía un aspecto demacrado y débil, pero alerta. Estaba recostado sobre una pila de cojines. El coadjutor de Nathan estaba cerca, dispuesto a responder a cualquier necesidad que Nathan pudiera tener. El cirujano real esperaba junto a la cama.

—No tiene nada mal físicamente, Alteza, salvo que está agotado. Por favor, sed

breve —dijo el cirujano con una reverencia.

Arutha asintió mientras el cirujano se retiraba, seguido por todos los acólitos. Mientras se iban indicó con un gesto a Gardan y los demás que lo esperaran fuera, y se puso junto a Nathan.

—¿Cómo estáis?

—Viviré, Alteza —respondió débilmente.

Arutha echó una rápida ojeada a la puerta y vio la expresión de alarma en el rostro de Gardan. Le confirmó su impresión de que el trance pasado por Nathan lo había afectado profundamente.

—Haréis algo más que vivir, Nathan. Pronto volveréis a ser el que erais —dijo Arutha suavemente.

—He vivido un horror al que ningún hombre tendría que enfrentarse, Alteza. Espero que comprendáis que debo deciros algo confidencialmente. —Señaló la puerta con una inclinación de cabeza. El coadjutor la cerró y volvió junto al lecho de Nathan—. Ahora he de contaros algo que no es comúnmente conocido fuera del templo, Alteza. Asumo una gran responsabilidad al hacerlo, pero considero que es imperativo. —Arutha se inclinó hacia delante para oír mejor las débiles palabras del cansado sacerdote—. Las cosas siguen un orden, Arutha, un equilibrio impuesto por Ishap, El Que Está Sobre Todo. Los dioses mayores gobiernan a través de los dioses menores, a los que sirven los sacerdocios. Cada orden tiene su cometido. Puede parecer que una orden está enfrentada a otra, pero la verdad superior es que todas las órdenes tienen su sitio en el orden de las cosas. Incluso aquellos de menor rango en los templos son mantenidos ignorantes de este orden superior. Ésa es la razón de que a veces surjan conflictos entre los templos. Mi incomodidad de anoche ante los ritos de la suma sacerdotisa fue más de cara a mis acólitos que por un verdadero desagrado. Lo que un individuo sea capaz de comprender determina cuánta verdad le revelan los templos. Muchos necesitan los sencillos conceptos de bien y mal, luz y oscuridad, para gobernar sus vidas cotidianas. Vos no sois uno de tales. Me he entrenado como seguidor del Camino Único, la orden para la que soy más adecuado según mi carácter, pero como todos los que han alcanzado mi posición conozco bien la naturaleza y las manifestaciones de los demás dioses y diosas. Lo que apareció anoche en aquella habitación no es nada que yo conozca.

—¿Qué queréis decir? —Arutha parecía perdido.

—Mientras combatía a la fuerza que animaba al moredhel pude sentir una parte de su naturaleza. Es algo alienígena, oscuro y terrible, algo sin piedad. Es colérico y sólo busca dominar o destruir. Incluso lo dioses que llamamos oscuros, como Lims-Kragma y Guis-Wa, no son realmente malvados cuando entendemos la verdad. Pero esta cosa es la extinción de la luz de la esperanza. Es la desesperación encamada.

El coadjutor indicó que era hora de que Arutha se fuera. Mientras éste avanzaba

hacia la puerta, Nathan lo llamó.

—Esperad, debéis comprender algo más. No se fue porque yo lo hubiera derrotado, sino porque le había privado del sirviente que habitaba. No tenía medios físicos para continuar el ataque. Yo sólo derroté a su agente. Aquello... reveló algo de sí mismo en ese instante. Todavía no está preparado para enfrentarse a mi Señora de la Senda Única, pero la desprecia a ella y al resto de los dioses. —Su rostro mostró alarma—. ¡Arutha, desprecia a los dioses! —Nathan se incorporó con la mano extendida, y Arutha volvió para cogérsela—. Alteza, es una fuerza que se considera suprema. Odia y clama y pretende destruir a todos cuantos se le opongan. Si...

—Tranquilo, Nathan —dijo Arutha.

El sacerdote asintió y se recostó.

—Buscad una sabiduría mayor que la mía, Arutha. Porque sentí otra cosa. Este enemigo, esta oscuridad abrumadora, está creciendo en fuerza.

—Dormid, Nathan —dijo Arutha—. Dejad que esto se convierta en un simple mal sueño —saludó al coadjutor con una inclinación de cabeza y salió de la habitación—. Ayudadle —le dijo al cirujano real al pasar a su lado. Era una súplica más que una orden.

Pasaron las horas mientras Arutha esperaba noticias de la suma sacerdotisa de Lims-Kragma. Estaba sentado solo, mientras Jimmy dormía en un diván. Gardan había ido a supervisar el despliegue de sus guardias. Volney estaba ocupado con los asuntos del principado, ya que Arutha estaba preocupado con los misterios de la noche pasada. Había decidido no informar a Lyam de lo que había sucedido exactamente hasta que el rey estuviera en Krondor. Como había pensado antes, con el séquito de Lyam superando el centenar de soldados haría falta un pequeño ejército para ponerlo en peligro.

Arutha detuvo un instante sus cavilaciones para estudiar a Jimmy. Seguía teniendo el aspecto de un niño al respirar lentamente. Se había reído de la gravedad de su herida, pero una vez que las cosas se habían tranquilizado, se había quedado dormido casi al instante. Gardan lo había depositado suavemente en el diván. Arutha sacudió la cabeza. El joven era un delincuente habitual, un parásito de la sociedad que no había trabajado honradamente un sólo día de su joven vida. Con poco más de catorce o quince años era un fanfarrón, un embustero y un ladrón, pero aunque fuera muchas cosas seguía siendo un amigo. Arutha suspiró y se preguntó qué hacer con el chico.

Llegó un paje de la corte con un mensaje de la suma sacerdotisa, solicitando la presencia de Arutha enseguida. El príncipe se puso en pie con cuidado, para no despertar a Jimmy, y siguió al paje hasta donde la suma sacerdotisa estaba recibiendo los cuidados de sus sanadores. Los guardias de Arutha esperaban fuera de las

habitaciones, y los del templo en el interior, una concesión que Arutha había hecho ante la solicitud del sacerdote que había venido del templo. El sacerdote saludó a Arutha con frialdad, como si fuera de algún modo responsable por las heridas de su señora. Condujo a Arutha al dormitorio, donde una sacerdotisa atendía a la encargada del templo.

Arutha quedó impactado por el aspecto de la suma sacerdotisa. Yacía recostada sobre una pila de almohadas, y su pelo rubio pálido enmarcaba un rostro desprovisto de color, como si el blanco helado del invierno hubiera imbuido sus rasgos. Parecía haber envejecido veinte años en un día. Pero cuando fijó la mirada en Arutha, la seguía rodeando un aura de poder.

—¿Os habéis recuperado, señora? —el tono de Arutha al hacer la reverencia demostraba preocupación.

—Mi Señora todavía tiene trabajo para mí, Alteza. No me reuniré con ella en algún tiempo.

—Me alegra oír eso. He venido, tal y como habéis pedido.

La mujer se incorporó hasta quedar sentada con la espalda apoyada en las almohadas. Inconscientemente echó hacia atrás su pelo casi blanco, y Arutha pudo ver que, a pesar de su lúgubre actitud la suma sacerdotisa era una mujer de belleza poco común, aunque una belleza sin indicio alguno de dulzura.

—Arutha conDoin, hay peligro para nuestro Reino —dijo con voz aún cansada, y continuó—. En el reino de la Señora de la Muerte sólo hay una persona con posición más alta que la mía; nuestra Madre Matriarca de Rillanon, Salvo ella, nadie debería ser capaz de desafiar mi poder en los dominios de la muerte. Pero ahora viene algo que desafía a la propia diosa, algo que aunque sigue siendo débil, aunque todavía está aprendiendo a controlar sus poderes, puede arrancarme el control sobre uno que se encuentra en el reino de mi Señora. ¿Comprendéis la importancia de mis palabras? Es como si un bebé recién destetado llegara a vuestro palacio, no, el palacio de vuestro hermano el rey y volviera contra él a su séquito, sus guardias, incluso al mismo pueblo, dejándolo indefenso en la base misma de su poder. A eso es a lo que nos enfrentamos. Y está creciendo. Mientras hablamos, crece en fuerza y cólera. Y es antiguo... —Los ojos de ella se desorbitaron, y de repente Arutha vio un indicio de locura—. Es a la vez nuevo y viejo... no lo comprendo.

Arutha saludó a la sanadora con una inclinación de cabeza y se volvió hacia el sacerdote. Este le señaló la puerta y Arutha empezó a salir. Cuando llegaba a la puerta, la voz de la suma sacerdotisa se quebró en sollozos.

Cuando llegaron a la cámara exterior, el sacerdote se dirigió al príncipe.

—Alteza, soy Julián, sacerdote principal del Círculo Interno. He notificado a nuestro templo madre en Rillanon lo que ha pasado aquí. Yo... —lo que iba a decir parecía preocuparlo—, lo más probable es que sea sumo sacerdote de Lims-Kragma

en cuestión de pocos meses. Nos ocuparemos de ella —dijo mirando la puerta cerrada—, pero nunca podrá volver a guiarnos en el servicio a nuestra Señora. —Devolvió su atención a Arutha—. He oído lo que sucedió anoche de boca de los guardias del templo, y acabo de oír las palabras de la suma sacerdotisa. Si el templo puede ayudar, lo haremos.

Arutha reflexionó sobre las palabras del hombre. Era habitual que un sacerdote de alguna de las órdenes formara parte de los consejeros de la nobleza. Los nobles debían enfrentarse a demasiados asuntos de importancia mística como para prescindir de la guía espiritual. Por eso el padre de Arutha había sido el primero en incluir un mago en su grupo de consejeros. Pero la cooperación activa entre los templos y las autoridades temporales, entre los cuerpos gubernativos, era poco frecuente.

—Gracias, Julián —dijo finalmente Arutha—. Cuando tengamos más idea de aquello a lo que nos enfrentamos, buscaremos vuestra sabiduría. Acabo de comprender que mi visión del mundo era un tanto estrecha. Espero que me proporcionéis una valiosa ayuda.

El sacerdote inclinó la cabeza. Arutha hizo gesto de irse.

—¿Alteza?

Arutha volvió la cabeza y vio un gesto de preocupación en el rostro del sacerdote.

—¿Sí?

—Encontrad esa cosa sea lo que sea, Alteza. Encontradla y destruidla por completo.

Arutha sólo pudo asentir. Volvió a su habitación. Al entrar, se sentó en silencio para no molestar a Jimmy, que seguía durmiendo en el diván. Arutha notó que le habían dejado en la mesa un plato con fruta y queso y una jarra de vino frío. Al caer en la cuenta de que no había comido nada en todo el día, se sirvió una copa de vino y se cortó una porción de queso, y luego se sentó otra vez. Puso los pies encima de la mesa y se recostó, dejando vagar su mente. El cansancio de dos noches casi sin dormir había caído sobre él, pero su mente estaba demasiado atrapada en los acontecimientos de los dos últimos días para dejarle pensar en el sueño aunque sólo fuera un instante. Había un poder sobrenatural suelto en su reino, una cosa mágica que había infundido miedo en los sacerdotes de dos de los templos más poderosos del Reino. Lyam llegaría en menos de una semana. Prácticamente todos los nobles del Reino estarían en Kronador para la boda. ¡En su ciudad! Y no se le ocurría nada que hacer para garantizar su seguridad.

Arutha estuvo sentado durante una hora, con la mente a millas de distancia mientras comía y bebía ausentemente. Era un hombre propenso a cavilaciones melancólicas cuando se quedaba solo, pero cuando tenía un problema nunca dejaba de trabajar en él, de atacarlo desde todos los ángulos posibles, de preocuparse por él, de darle vueltas como hace un terrier con una rata. Imaginó una docena de posibles

aproximaciones al problema y examinó una y otra vez cada hebra de información que tenía. Finalmente, tras descartar una docena de planes, supo lo que hacer. Bajó los pies de la mesa y cogió una manzana madura del plato que tenía ante sí.

—¡Jimmy! —gritó, y el ladronzuelo estaba despierto al momento, ya que años de vida peligrosa le habían inculcado el hábito del sueño ligero. Arutha le arrojó la manzana y, con una velocidad asombrosa, el muchacho se sentó y cogió la fruta a pocos centímetros de su rostro. Arutha comprendió por qué lo conocían como «la Mano».

—¿Qué? —preguntó el muchacho mientras mordía la fruta.

—Necesito que le lleves un mensaje a tu amo. —Jimmy se detuvo a medio mordisco—. Necesito que arregles un encuentro entre yo mismo y el Hombre Íntegro. —Los ojos de Jimmy se abrieron de par en par en completa incredulidad.

De nuevo había salido del Mar Amargo una densa niebla para cubrir Krondor en un grueso manto de bruma. Dos figuras se movían deprisa pasando junto a las pocas tabernas que seguían abiertas. Arutha seguía mientras Jimmy lo conducía por la ciudad, saliendo del Barrio de los Comerciantes a ambientes más duros, hasta que estuvieron profundamente adentrados en el corazón del Barrio Pobre. Luego doblaron una esquina y se encontraron en un callejón sin salida. Como por arte de magia, tres hombres emergieron de las sombras. Arutha tenía el estoque desenvainado en un instante.

—Somos peregrinos en busca de guía —se limitó a decir Jimmy.

—Peregrinos, yo soy el guía —llegó la respuesta del hombre más adelantado—. Ahora dile a tu amigo que guarde el pinchaúvas o lo tendremos que meter en un saco.

Si los hombres conocían la identidad de Arutha, no daban señales de ello. Arutha envainó lentamente la espada. Los otros dos se adelantaron, llevando unas vendas.

—¿Qué significa esto? —dijo Arutha.

—Así es como vais a viajar —respondió el portavoz—. Si os negáis no avanzaréis un paso más.

Arutha combatió su irritación y asintió, una vez. Los hombres se adelantaron y Arutha vio como le vendaban los ojos a Jimmy un instante antes de que a él mismo le negaran bruscamente la luz. Luchando contra el impulso de quitarse las vendas, Arutha oyó hablar al hombre.

—Os llevaremos a los dos a otro sitio, donde habrá otros para guiaros. Puede que paséis por muchas manos antes de alcanzar vuestro destino, así que no os alarméis si oís voces inesperadas en la oscuridad. No sé cual es vuestro destino final, ya que no necesito saberlo. Tampoco sé quién eres, pero han llegado órdenes desde arriba de que hay que conducirte rápidamente y entregarte ileso. Pero te aviso: quítate la venda y estarás en grave peligro. Puede que a partir de ahora no sepas dónde te encuentras.

—Arutha sintió que le ataban una cuerda a la cintura—. Agárrate fuerte a la cuerda y pisa bien; viajaremos a buen paso.

Sin una palabra más, le dieron un tirón y lo condujeron a las profundidades de la noche.

Durante más de una hora, o al menos eso le pareció al príncipe, le hicieron andar por las calles de Krondor. Había tropezado dos veces y tenía magulladuras para probar el despreocupado cuidado de sus guías. Al menos había cambiado de guías tres veces, así que no tenía ni idea de a quién vería cuando le quitaran la venda de los ojos. Pero por fin subía un tramo de escaleras. Oyó varias puertas abrirse y cerrarse antes de que unas, fuertes manos le obligaran a sentarse. Finalmente le quitaron la venda y Arutha parpadeó al quedar deslumbrado por la luz.

Dispuestas a lo largo de la mesa había una serie de lámparas, con reflectores pulidos tras ellas y todas apuntando hacia él. Despedían una fuerte luz sobre los ojos del príncipe, impidiéndole que viera a quien se sentaba tras la mesa.

Arutha miró a su derecha y vio a Jimmy sentado en otro taburete. Tras un largo rato, una voz grave retumbó detrás de las lámparas.

—Saludos, príncipe de Krondor.

Arutha entrecerró los ojos para tratar de ver al otro lado de la luz, pero no puedo ver quién hablaba desde el otro lado del resplandor.

—¿Estoy hablando con el Hombre Íntegro?

Una larga pausa precedió a la respuesta.

—Contentaos con saber que tengo poderes para alcanzar cualquier acuerdo que deseéis. Hablo con su voz.

Arutha reflexionó durante un momento.

—Muy bien. Quiero una alianza.

De detrás del resplandor llegó una carcajada.

—¿Para qué necesita el príncipe de Krondor la ayuda del Hombre Íntegro?

—Deseo conocer los secretos del gremio de la Muerte.

Un largo silencio siguió a esta afirmación. Arutha no podía decir si la voz estaba consultando a otra persona o simplemente pensando.

—Coged al chico y lleváoslo afuera —dijo la voz de detrás de las lámparas.

Dos hombres salieron de la oscuridad y cogieron a Jimmy con rudeza, sacándolo de la habitación. Una vez que se hubo ido, la voz siguió hablando.

—Los Halcones Nocturnos son una fuente de preocupación para el Hombre Íntegro, príncipe de Krondor. Se cuelan en la Calzada de los Ladrones, y sus asesinatos causan agitación entre la gente, atrayendo una atención indebida sobre las muchas actividades de los Burladores. En resumen, son malos para el negocio. Nos gustaría ver su fin, pero ¿qué causa tenéis más allá de las que normalmente ocupan a un gobernante cuando sus súbditos están siendo asesinados indiscriminadamente

mientras duermen?

—Son una amenaza para mi hermano y para mí mismo.

De nuevo se produjo un largo silencio.

—En ese caso, apuntan alto. Aún así, la realeza a menudo necesita los asesinatos lo mismo que el pueblo, y un hombre debe ganarse la vida como buenamente pueda, aunque sea trabajando de asesino.

—Debería ser evidente para vosotros —dijo Arutha secamente—, que asesinar príncipes es especialmente malo para el negocio. Los Burladores podrían encontrarse las cosas un poco fastidiadas trabajando en una ciudad bajo ley marcial.

—Eso es cierto. Proponed vuestro trato.

—No pido un trato. Exijo cooperación. Necesito información. Quiero saber dónde se encuentra el corazón de los Halcones Nocturnos.

—El altruismo proporciona pocos beneficios para los que yacen fríos en las alcantarillas. El brazo del gremio de la Muerte es largo.

—No más que el mío —dijo Arutha con un tono desprovisto de humor—. Puedo ver que las actividades de los Burladores sufren mucho. Sabéis tan bien como yo lo que le sucedería a los Burladores si el príncipe de Kronдор le declarara la guerra a vuestro gremio.

—Hay poco beneficio en un enfrentamiento de ese tipo entre el gremio y Vuestra Alteza.

Arutha se inclinó hacia delante, y sus ojos oscuros resplandecieron al reflejar la luz brillante.

—Yo no necesito beneficios —dijo lentamente, masticando cada palabra.

Un momento de silencio fue seguido de un hondo suspiro.

—Sí, es cierto —dijo la voz en tono pensativo. Luego soltó una risita—. Esa es una de las ventajas de heredar la posición de uno. Sería problemático gobernar un gremio de ladrones hambrientos. Muy bien, Arutha de Kronдор, pero a cambio de este riesgo el gremio desea una compensación. Nos has enseñado el palo. ¿Qué hay de la zanahoria?

—Di tu precio —Arutha se recostó.

—Comprended esto: el Hombre Íntegro simpatiza con vos en lo que respecta a los problemas que os plantea el gremio de la Muerte. No hay por qué aguantar a los Halcones Nocturnos. Hay que eliminarlos de raíz. Pero eso implica mucho riesgo, y un gran gasto; esto será un empresa costosa.

—¿Vuestro precio? —repitió Arutha en tono neutro.

—Por el riesgo que hay para todos si fracasamos, diez mil soberanos de oro.

—Eso le haría un buen agujero al tesoro real.

—Cierto, pero pensad en las alternativas.

—Tenemos un trato.

—Más tarde os daré las instrucciones del Hombre Íntegro acerca de la forma de pago —dijo la voz con una insinuación irónica—. Ahora queda otro asunto.

—¿Y cuál es? —dijo Arutha.

—El joven Jimmy la Mano ha roto su juramento hacia los Burladores y debe pagar con su vida. Morirá en menos de una hora.

Sin pensar, Arutha empezó a ponerse en pie. Las fuertes manos de un ladrón grandote que salió de la oscuridad lo hicieron sentarse. Se limitó a negar con la cabeza.

—Nunca se nos ocurriría devolveros a palacio en una condición menos saludable que cuando llegasteis —dijo la voz tras las luces—, pero sacad un arma en esta habitación y seréis entregado a las puertas de palacio en una caja y ya apechugaremos con las consecuencias.

—Pero Jimmy...

—¡Rompió su juramento! —Le interrumpió la voz—. Estaba obligado a informar del paradero del Halcón Nocturno en cuanto lo vio. Igual que estaba obligado a informar de la traición de Jack el Risueño. Sí, Alteza, sabemos esas cosas. Jimmy traicionó al gremio al informaros a vos primero. Hay ciertos asuntos que pueden perdonarse por la edad, pero esas acciones no.

—No me mantendré al margen permitiendo que Jimmy sea asesinado.

—Entonces escucha, príncipe de Krondor, porque tengo una historia que contarte. Una vez el Hombre Íntegro yació con una mujer de la calle, como había hecho con cientos de otras, pero esa ramera le dio un hijo. Esto es cierto: Jimmy la Mano es hijo del Hombre Íntegro, aunque el chico lo desconozca. Esto pone al Hombre Íntegro en una disyuntiva. Si ha de obedecer las leyes que él mismo ha establecido, debe ordenar la muerte de su propio hijo. Pero si no lo hace perderá su credibilidad ante los que le sirven. Una elección poco agradable. Y el gremio de ladrones ya está agitado al haberse descubierto que Jack era un agente de los Halcones Nocturnos. La confianza suele ser un bien demasiado escaso la mayor parte del tiempo; ahora es casi inexistente. ¿Se te ocurre otra manera?

Arutha sonrió, porque sí conocía otra manera.

—En tiempos no muy lejanos no era algo inaudito comprar un indulto. Pon el precio.

—¿Por una traición? No menos de otros diez mil soberanos de oro.

Arutha sacudió la cabeza. Su tesorería se iba a quedar seca. Con todo, Jimmy debía saber los riesgos de traicionar a los Burladores por avisarlo antes a él, y eso tenía mucho valor.

—Hecho —dijo Arutha en tono de amargura.

—Entonces tendréis que mantener al chico con vos, príncipe de Krondor, porque nunca volverá a ser uno de los Burladores; aunque no intentaremos hacerle daño... a

menos que vuelva a cruzarse en nuestro camino. En ese caso nos encargaremos de él como hacemos con los que van por libre. Con dureza.

Arutha se puso en pie.

—¿Hemos acabado con el asunto entonces?

—Excepto por una última cosa.

—¿Sí?

—También en tiempos no muy lejanos no era inaudito comprar un título nobiliario a cambio de una suma de oro. ¿Qué precio le pediríais a un padre a cambio de nombrar a su hijo escudero de la corte del príncipe?

Arutha rio, al comprender de repente el curso de las negociaciones.

—Veinte mil soberanos de oro.

—¡Hecho! El Hombre Íntegro siente debilidad por Jimmy; aunque tiene otros bastardos por ahí, Jimmy es especial. El Hombre Íntegro desea que Jimmy siga ignorando el parentesco, pero le complacerá saber que su hijo tendrá un futuro más brillante gracias a las negociaciones de esta noche.

—Lo pondré a mi servicio, sin que se sepa quién es su padre. ¿Volveremos a encontrarnos?

—Creo que no, príncipe de Krondor. El Hombre Íntegro guarda celosamente su identidad, e incluso que alguien se acerque a quien habla con su voz es peligroso. Pero os haremos llegar un mensaje claro cuando sepamos donde se esconden los Halcones Nocturnos. Y nos agradecerá recibir las noticias de su aniquilación.

Jimmy estaba sentado hecho un manojo de nervios. Durante más de tres horas Arutha había estado encerrado con Gardan, Volney, Laurie y también con otros miembros de su consejo de estado. A Jimmy se le había invitado a quedarse en una habitación acondicionada para su uso. La presencia de dos guardias en la puerta y dos más bajo del balcón que había junto a la ventana proporcionaba un amplio apoyo a la idea de que, por algún motivo, era prisionero. Jimmy tenía pocas dudas de que podía irse sin que se dieran cuenta durante la noche, si se encontrara en forma, pero después de los acontecimientos de los últimos días se sentía destrozado. Tampoco comprendía por qué había vuelto a palacio con el príncipe. El muchacho ladrón se sentía incómodo. Algo en su vida había cambiado, y no estaba seguro de qué, o por qué.

La puerta de la habitación se abrió y un sargento de la guardia asomó la cabeza, haciéndole a Jimmy un gesto para que se acercara.

—Su Alteza te llama, chaval.

Jimmy siguió con rapidez al soldado por el largo pasillo que llevaba hasta la sala del consejo.

Arutha levantó la vista de algo que estaba leyendo. A la mesa estaban sentados

Gardan, Laurie y algunos otros hombres que Jimmy no conocía, mientras que el conde Volney estaba de pie cerca de la puerta.

—Jimmy, aquí tengo algo para ti.

Jimmy se limitó a recorrer la habitación con la mirada sin saber qué decir.

—Esto es un nombramiento real haciéndote escudero de la corte del príncipe.

Jimmy se quedó sin palabras, con los ojos abiertos como platos. Laurie dejó escapar una risita ante su reacción, mientras que Gardan sonreía de oreja a oreja. Finalmente, Jimmy recuperó la voz.

—Esto es una broma, ¿no? —Arutha negó con la cabeza—. Pero... yo, ¿escudero?

—Me has salvado la vida y debes ser recompensado —replicó Arutha.

—Pero Alteza, yo... gracias, pero... está el asunto de mi juramento hacia los Burladores —dijo Jimmy.

Arutha se inclinó hacia delante.

—Ese asunto ya está resuelto, escudero. Ya no eres miembro del gremio de ladrones. El Hombre Íntegro ha accedido. Está hecho.

Jimmy se sintió atrapado. Nunca le había gustado mucho ser un ladrón, pero sí que le había gustado mucho ser un buen ladrón. Lo que le atraía era la posibilidad de probarse a sí mismo cada momento, demostrarle a los demás que Jimmy la Mano era el mejor ladrón del gremio... o al menos lo sería algún día. Pero ahora iban a atarlo a la casa del príncipe, y con el puesto llegaban deberes. Y si el Hombre Íntegro había accedido, a Jimmy le había sido negado para siempre el acceso a la sociedad de las calles.

Laurie intervino al ver la falta de entusiasmo del chico.

—¿Tengo permiso, Alteza? —Arutha dio su permiso y el trovador se acercó para apoyarle la mano en el hombro a Jimmy—. Su Alteza sólo está manteniendo tu cabeza fuera del agua, literalmente. Tuvo que negociar por tu vida. Si no lo hubiera hecho, en estos momentos estarías flotando en el puerto. El Hombre Íntegro sabía que habías roto tu juramento hacia el gremio.

Jimmy se encogió visiblemente y Laurie le apretó el hombro para tranquilizarlo. El chico siempre había pensado que estaba de algún modo por encima de las normas, libre de las responsabilidades que pesaban sobre otros. Jimmy nunca había sabido por qué había recibido un trato especial tantas veces, mientras que los demás se veían obligados a apechugar con las consecuencias, pero ahora sabía que había abusado de ese privilegio demasiado y demasiadas veces. No cabía duda en la mente del muchacho que el trovador decía la verdad, y en su interior brotaron emociones enfrentadas cuando empezó a pensar lo cerca que había estado de que lo asesinaran.

—La vida de palacio no es tan mala —dijo Laurie—. El edificio es cálido, tendrás ropa limpia y hay mucha comida. Además, hay bastantes cosas interesantes. —Miró a Arutha—. En especial últimamente —añadió con sequedad.

Jimmy asintió y Laurie lo condujo alrededor de la mesa. Ordenaron al muchacho que se arrodillara. El conde leyó enseguida el nombramiento real.

—«Sepan cuantos esta carta vieren: que el joven Jimmy, huérfano de la ciudad de Krondor, ha prestado digno servicio al impedir el daño a la real persona del príncipe de Krondor. Que por ello estamos en deuda eterna con el joven Jimmy. Que es mi deseo que todos en el Reino lo conozcan como nuestro amado y fiel súbdito, y que se le otorgue un sitio en la corte de Krondor con título de escudero, con todos los derechos y privilegios correspondientes. Y que además se sepa que se le otorga la escritura del manso de Haverford del Río Welandel a él y a su progenie mientras vivan, para que la tengan y la mantengan, con sus criados y propiedades correspondientes. La escritura de la propiedad será tenida por la corona hasta el día de su mayoría. Dada este día por mi mano y mi sello, Arutha conDoin, Príncipe de Krondor, Caballero-Mariscal del Reino del Oeste y de los Ejércitos Reales del Oeste, en línea sucesoria al trono de Rillanon». —Volney miró a Jimmy—. ¿Aceptas el título?

—Sí —dijo Jimmy.

Volney enrolló el pergamino y se lo entregó al chico. Al parecer, eso era todo lo que hacía falta para convertir a un ladrón en escudero.

El muchacho no sabía dónde estaba Haverford del Río Welandel, pero tierras significaba ingresos, y se animó inmediatamente. Al apartarse, estudió a Arutha, que se encontraba obviamente preocupado. El azar los había reunido dos veces, y dos veces Arutha había demostrado ser la única persona que no quería sacarle nada. Incluso sus pocos amigos entre los Burladores habían tratado de aprovecharse del chico al menos una vez hasta que les había demostrado que eso era difícil. Jimmy encontraba novedosa su relación con Arutha. Mientras el príncipe leía unos papeles en silencio, Jimmy decidió que si el destino estaba volviendo a meter mano, le convenía tanto quedarse con el príncipe y su animada compañía como irse a cualquier otro sitio que pudiera ocurrírsele. Además, tendría ingresos y comodidades mientras Arutha viviera, aunque esto último, pensó sombrío, podría resultar un tanto problemático. Mientras Jimmy miraba su carta de nobleza, Arutha lo estudiaba a su vez. Era un niño de la calle: duro, resistente, lleno de recursos y ocasionalmente despiadado. Arutha sonrió para sus adentros. En la corte le iba a ir de perlas.

—Tu antiguo jefe trabaja con rapidez —dijo mientras Jimmy enrollaba el pergamino—. Aquí tengo un mensaje suyo diciendo que casi ha descubierto el nido de los Halcones Nocturnos. Afirma que mandará un mensaje en cualquier momento, y lamenta no poder prestar ayuda directa para aplastarlos. ¿Qué opinas de esto, Jimmy?

Jimmy sonrió ampliamente.

—El Hombre Íntegro sabe jugar. Si destruíis a los Halcones Nocturnos, los negocios volverán a la normalidad. Si fracasáis, no habrá sospechas de que participó

en vuestro intento. No puede perder. También le preocupará que haya más infiltrados en los Burladores —añadió en un tono más serio—. Si fuera el caso, cualquier participación de los Burladores pondría en peligro la operación.

Arutha entendió lo que quería decir el chico.

—¿Tan seria es la cosa?

—Lo más probable es que sí, Alteza. No hay más que tres o cuatro hombres que puedan llegar hasta el Hombre Íntegro en persona. Ésos son los únicos en los que puede confiar plenamente. Supongo que tendrá sus propios agentes fuera del gremio, desconocidos para todos excepto para sus ayudantes de más confianza, quizá ni siquiera para ellos. Debe estar usándolos para seguirles el rastro a los Halcones Nocturnos. Hay unos doscientos Burladores, y el doble de mendigos y golfillos callejeros, cualquiera puede ser los ojos y oídos del gremio de la Muerte.

Arutha mostró su sonrisa torcida.

—Tienes astucia, escudero James —dijo Volney—. Serás un valioso añadido a la corte de su majestad.

—¿Escudero James? —Jimmy pareció estar masticando algo de mal sabor al decirlo.

Arutha no pareció darse cuenta del tono amargo de Jimmy.

—A todos nos vendría bien algo de descanso. Hasta que oigamos del Hombre Íntegro, lo mejor que podemos hacer es recuperarnos de los rigores de los últimos días. —Se puso en pie—. Os deseo a todos buenas noches.

Arutha dejó la habitación rápidamente y Volney recogió los papeles de la mesa de reuniones y se fue a sus tareas.

—Bueno, más vale que me encargue de ti, jovencito —le dijo Laurie a Jimmy—. Alguien debería enseñarte una o dos cosas acerca de la gente de calidad.

Gardan se acercó a ellos.

—Entonces el chico está condenado a ser por siempre una vergüenza para el príncipe.

Laurie suspiró.

—Esto lo demuestra —se puso junto a Jimmy—. Se le puede dar una insignia de rango a un hombre, pero el que una vez fue sargento chusquero siempre será sargento chusquero.

—¡Sargento chusquero! —espetó Gardan con burlona indignación en el oscuro rostro—. Cantante, te hago saber que provengo de un rancio linaje de héroes...

Jimmy suspiró resignado y siguió a ambos hombres, que seguían discutiendo, por el pasillo. En general, la vida era más sencilla la semana pasada. Intentó poner una expresión más alegre, pero lo máximo que logró fue parecer un gato que acababa de caerse en un barril de nata, inseguro de si bebérsela o nadar para salvar la vida.

Aniquilación

Arutha estudió al anciano ladrón.

El mensajero del Hombre Íntegro había esperado mientras el príncipe leía la misiva. Ahora los ojos del príncipe estaban posados sobre él.

—¿Conoces el contenido de esto?

—Los detalles concretos, no. El que me lo dio fue muy preciso con sus instrucciones. —El viejo ladrón, al que la edad le había robado la agilidad, se frotó la calva de forma ausente mientras estaba allí plantado, frente a Arutha—. Me dijo que os dijera que el chico puede conducirnos con facilidad al sitio mencionado, Alteza. También me encargó que os dijera que se ha corrido la voz sobre el chico, y los Burladores lo consideran asunto cerrado. El hombre miró de pasada a Jimmy y le guiñó un ojo. Jimmy, que estaba de pie a un lado, emitió un leve suspiro de alivio al oír eso. El guiño le había dicho que aunque nunca volvería a ser de nuevo un Burlador, al menos no se le habían negado las calles de la ciudad, y que el viejo Alvarny el Rápido seguía siendo un amigo.

—Dile a tu jefe que estoy satisfecho con esta resolución tan rápida. Dile que esta noche pondremos fin al asunto. Él lo entenderá —dijo Arutha. Le hizo un gesto a un guardia para que escoltara a Alvarny fuera de la estancia y se dirigió a Gardan—. Selecciona una compañía de tus hombres de más confianza y de los guías que se encuentren todavía en la guarnición. No incluyas a nadie que lleve poco tiempo a nuestro servicio. Corre la voz de que se reúnan en la poterna a partir de la puesta de sol. Quiero que bajen a la ciudad, solos o en parejas, siguiendo diferentes rutas y con los ojos bien abiertos en busca de señales de que los estén siguiendo. Que paseen y cenen, como si estuvieran fuera de servicio, pero que sólo beban para disimular. A media noche han de reunirse todos en la Posada del Loro Arco Iris.

Gardan hizo un saludo militar y se fue.

—Debes pensar que he sido duro contigo —dijo Arutha cuando se quedó a solas con el muchacho.

El rostro de Jimmy mostró su sorpresa.

—No, Alteza. Pensé que era un poco extraño, eso es todo. Si acaso os debo la vida.

—Temía que estuvieras resentido de que te hubiera arrancado de la única familia que conocías. —Jimmy le quitó importancia al comentario encogiéndose de hombros—. Y sobre lo de deberme la vida... —se recostó en su asiento, llevándose el dedo a la mejilla mientras sonreía— estamos en paz, escudero James, ya que si la otra noche no hubieras actuado rápidamente yo sería una cabeza más bajo.

Ambos sonrieron ante eso.

—Si estamos en paz, ¿por qué el título? —dijo Jimmy.

Arutha recordó su promesa al Hombre Íntegro.

—Tómalo como una forma de no quitarte ojo. Eres libre de ir y venir mientras cumplas tus deberes como escudero, pero si me encuentro que faltan copas de oro de la despensa, te arrastraré personalmente a las mazmorras. —Jimmy volvió a reírse, pero la voz de Arutha adquirió un tono más sombrío—. También está el tema de alguien frustrando a un asesino en el techo de la casa de cierto batanero hace unos días. Y nunca me has dicho por qué decidiste venir a mí con las noticias del Halcón Nocturno en vez de informar como se suponía que debías hacer.

Jimmy miró a Arutha con una mirada años más vieja que su rostro infantil.

—La noche que escapasteis de Krondor con la princesa, quedé atrapado en los muelles con una compañía completa de jinetes de Guy el Negro entre la salvación y yo. Vos me lanzasteis vuestra espada antes de saber si ibais a estar a salvo por completo. Y cuando estuvimos encerrados en el escondite, me enseñasteis esgrima. Siempre me habéis tratado con la misma educación que a cualquier otro. —Se detuvo—. Me habéis tratado como un amigo. Yo he... he tenido pocos amigos, Alteza.

Arutha indicó que lo entendía.

—Yo también tengo pocos amigos de verdad; mi familia, los magos Pug y Kulgan, el Padre Tully y Gardan. —Su expresión se volvió sarcástica—. Laurie ha demostrado ser más que un simple cortesano, y creo que puede ser un amigo. Incluso iría tan lejos como para decir que ese pirata de Amos Trask es un verdadero amigo. Bueno, y si Amos puede ser amigo del príncipe de Krondor, ¿por qué no Jimmy la Mano?

Jimmy sonrió, y había un indicio de humedad en sus ojos.

—Eso mismo, ¿por qué no? —Jimmy tragó saliva y volvió a ponerse la máscara—. ¿Qué fue de Amos?

Arutha volvió a recostarse.

—La última vez que lo vi estaba robando el barco del rey. —Jimmy reprimió una carcajada—. No sé nada de él desde entonces. Daría lo que fuera por tener a ese canalla a mi lado esta noche.

Jimmy perdió la sonrisa.

—Odio mencionarlo, pero ¿qué pasará si nos cruzamos con otra de esas condenadas cosas que no se mueren?

—Nathan cree que es poco probable. Cree que sólo pasó porque la sacerdotisa hizo volver a aquello. Además, no puedo esperar a la conveniencia de los templos para actuar. Sólo aquel sacerdote de la muerte, Julián, se ha ofrecido a ayudar.

—Y ya hemos visto la ayuda que pueden proporcionar los servidores de Lims-Kragma —añadió Jimmy secamente—. Esperemos que el padre Nathan sepa de lo que habla.

Arutha se levantó.

—Vamos, descansen lo que podamos, porque esta noche nos traerá un trabajo sangriento.

Durante toda la noche grupos de soldados, vestidos con las ropas comunes de los mercenarios, habían estado recorriendo las calles de Krondor, cruzándose entre ellos sin un atisbo de reconocimiento, hasta que, tres horas después de la medianoche, hubo algo más de un centenar de hombres en el Loro Arco Iris. Varios estaban repartiendo tabardos de uniforme de unos grandes sacos, para que los soldados volvieran a vestir los colores del príncipe durante la incursión.

Jimmy entró acompañado de dos hombres ataviados con sencillas ropas de montaraces, miembros de la compañía de élite de exploradores de Arutha, los guías reales. El guía mayor hizo un saludo militar.

—Este jovencito tiene ojos de gato, Alteza. En tres ocasiones ha visto que seguían a nuestros hombres hasta la posada.

Cuando Arutha los miró interrogativamente, Jimmy se explicó.

—Dos de ellos eran mendigos que conozco, y fueron fáciles de interceptar y espantar, pero el tercero... Puede que se limitara a seguirme para ver si se estaba cociendo algo. De cualquier modo, cuando le cerramos el paso en una calle, sutilmente, podéis estar seguro, se limitó a irse en otra dirección. Puede que no fuera nada.

—También puede que fuera algo —dijo Arutha—. Aún así, no podemos hacer nada más. Incluso si los Halcones Nocturnos saben que estamos haciendo algo, no sabrán qué es. Mira eso —le dijo a Jimmy, señalando un mapa que había en la mesa ante ellos—. Me lo ha dado el arquitecto real. Es viejo, pero cree que es un buen reflejo de las cloacas.

Jimmy lo estudió algunos momentos.

—Quizá hace veinte años lo era. —Señaló un punto en el mapa, y luego otro—. Aquí se ha derrumbado un muro, y aunque el agua sigue pudiendo pasar, el hueco es demasiado estrecho para una persona. Y aquí hay un túnel nuevo, excavado por un batanero que necesitaba deshacerse con más rapidez de sus desechos. —Jimmy estudió el mapa algún tiempo más—. ¿Hay pluma y tinta o un trozo de carboncillo? —Ledieron un trozo de carboncillo, y Jimmy hizo varias marcas en el mapa—. El

amigo Lucas tiene un pasadizo secreto hasta las alcantarillas en el sótano.

Detrás de la barra, la boca del anciano propietario se abrió de par en par al oír las noticias.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Jimmy sonrió ampliamente.

—Los tejados no son la única calzada de los ladrones. Desde aquí —señaló el mapa— pueden moverse grupos de hombres hasta estos dos puntos. Las salidas del sótano del cuartel de los Halcones Nocturnos están situadas inteligentemente. Cada una de ellas da a un túnel que no está conectado directamente con los demás. Puede que las puertas sólo estén a pocos metros de distancia, pero son metros de paredes sólidas de ladrillo y piedra, con millas de serpenteantes cloacas que recorrer para llegar de una a otra. Llevaría una hora llegar de una salida a otra. El problema es la tercera. Da a una gran plataforma con una docena de túneles por los que huir, demasiados para bloquearlos.

—Lo que quiere decir que tendremos que hacer un asalto coordinado —dijo Gardan, que estaba mirando por encima del hombro del chico—. Jimmy ¿se podría oír a alguien entrando por una de esas puertas desde fuera de las otras?

—Creo que sí —dijo Jimmy—. Y si se logra colar a alguien hasta arriba de las escaleras, seguro. Especialmente a esta hora de la noche. Os sorprenderían los ruidos que las calles encubren durante el día, pero de noche...

—¿Podéis encontrar estos puntos a partir del mapa? —Preguntó Arutha a los guías. Éstos asintieron—. Bien, cada uno de vosotros guiará a un tercio de los hombres a una de esas dos entradas. El otro tercio vendrá con Gardan y conmigo. Jimmy nos guiará. Tomaréis posiciones pero no entraréis en el sótano de ese edificio a menos que os descubran primero o escuchéis a nuestro grupo asaltando el interior. Entonces venid a toda prisa. Gardan, los de la calle deberían estar en posición. ¿Han recibido las órdenes?

—Todos y cada uno —dijo Gardan—. Al primer signo de problemas no se permitirá que nadie abandone el edificio a menos que lleve vuestra librea y se le conozca de vista. Tengo treinta arqueros desplegados en los tejados rodeándolo para disuadir a cualquiera que intente una salida rápida. Un heraldo con una trompeta hará sonar la alarma y dos compañías de jinetes saldrán de palacio al oírla. Nos alcanzarán en cinco minutos. Cualquiera que esté en las calles y no sea de los nuestros será arrollado, esa es la orden.

Arutha se puso un tabardo rápidamente y le arrojó uno a Jimmy y otro a Laurie.

—Es la hora —dijo Arutha cuando todos estuvieron vestidos con el negro y el púrpura del príncipe.

Los guías condujeron a los dos primeros grupos al sótano bajo la posada. Luego fue el turno de Jimmy de conducir al grupo del príncipe. Los llevó hasta la salida

secreta tras un falso tonel en el muro y bajaron la estrecha escalera hasta las cloacas. El hedor hizo que algunos soldados jadearan y maldijeran por lo bajo, pero una sola palabra de Gardan restableció el orden en las filas. Se encendieron varias linternas sordas. Jimmy hizo un gesto para que se pusieran en fila de a uno, y condujo a los incursores del príncipe hacia el Barrio de los Mercaderes de la ciudad.

Tras casi media hora andando junto a canales que fluían lentamente llevando desperdicios y basura hacia el puerto, se encontraron acercándose a la amplia plataforma. Arutha ordenó que se cubrieran las linternas. Jimmy se adelantó. Arutha intentó seguir sus movimientos pero quedó asombrado cuando la oscuridad pareció tragárselo. Arutha se esforzó por oírlo, pero Jimmy no hacía ruido alguno. Para los expectantes soldados, la cosa más extraña de las alcantarillas era el silencio, roto sólo por el sonido del lento chapoteo del agua. Cada soldado había tenido buen cuidado de envolver armadura y armas en trapos para amortiguar el ruido, para no alertar a cualquier posible centinela de los Halcones Nocturnos.

Jimmy volvió tras un momento e hizo un gesto indicando que sólo había un guardia en la boca de las escaleras hacia el edificio. Acercó la boca a la oreja de Arutha.

—No podríais acercar a vuestros hombres lo suficiente antes de que el guardia diera la alarma —susurró—. Soy el único que tiene una posibilidad. Venid corriendo cuando oigáis comenzar el jaleo.

Jimmy sacó el puñal de la bota y se alejó sigilosamente. De repente se escuchó un gruñido y Arutha y sus hombres partieron, dejando a un lado todo pensamiento de silencio. El príncipe fue el primero en llegar junto al muchacho, que forcejeaba con un fuerte guardia. El joven se había acercado por detrás del hombre y había saltado agarrándolo por la garganta, pero sólo lo había herido con el puñal, que ahora estaba tirado sobre las losas. El hombre estaba casi azul por la asfixia, pero había intentado aplastar a Jimmy contra la pared. Arutha acabó con el forcejeo de una sola estocada de su espada y el hombre resbaló en silencio hasta el suelo. Jimmy lo soltó y sonrió débilmente. Había recibido un vapuleo terrible.

—Quédate aquí —le susurró Arutha, y luego hizo un gesto a sus hombres para que lo siguieran.

Ignorando la promesa hecha a Volney de permanecer detrás mientras Gardan encabezaba el asalto, Arutha corrió en silencio escaleras arriba. Se detuvo ante una puerta de madera con un solo cerrojo, apoyó la oreja contra ella y escuchó. Unas voces amortiguadas desde el otro lado le hicieron levantar la mano en señal de aviso. Gardan y los otros bajaron el paso.

Arutha abrió en silencio el pestillo de la puerta y empujó suavemente. Echó una ojeada a un sótano grande y bien iluminado. Sentados en torno a tres mesas había aproximadamente una docena de hombres armados. Varios estaban ocupándose de

armas y armaduras. La escena recordaba más a un barracón militar que a un sótano. Lo que Arutha encontraba increíble era que el sótano estaba ubicado bajo el burdel más lujoso y próspero de la ciudad, la Casa de los Sauces, frecuentado por la mayoría de los mercaderes ricos y no poca de la pequeña nobleza de Krondor. Arutha entendía perfectamente cómo los Halcones Nocturnos tenían acceso a tanta información acerca de palacio y de sus idas y venidas. Más de un cortesano fanfarronearía acerca de su conocimiento de tal o cual «secreto» para impresionar a su ramera. No habría sido necesario más que una mención casual de alguien de palacio de que Gardan tenía planeado cabalgar hasta la puerta oriental para recibir al príncipe para que el asesino supiera de la ruta de Arutha aquella noche.

Súbitamente se cruzó en la vista de Arutha una silueta que le hizo contener la respiración. Un guerrero moredhel se acercó a un hombre que estaba engrasando una espada ancha y le habló en voz baja. El hombre asintió mientras el hermano oscuro seguía con su charla. Súbitamente, se volvió. Señalando hacia la puerta, abrió la boca para hablar. Arutha no vaciló.

—¡Ahora! —gritó, y entró a la carga en la habitación.

El sótano estalló en un tumulto de actividad. Los que momentos antes habían estado sentados tranquilamente echaron mano de las armas y respondieron al ataque. Otros salieron a toda velocidad por las puertas que conducían hacia arriba al burdel o hacia abajo a las cloacas. Desde arriba, gritos y alaridos hablaron de clientes alarmados por los asesinos en su huida. Los que intentaron escapar por las salidas a las cloacas fueron rápidamente empujados de vuelta al sótano por las otras unidades de la fuerza atacante de Arutha.

Arutha esquivó un golpe del guerrero moredhel y saltó a la izquierda mientras los soldados se abrían paso combatiendo hasta el centro de la habitación, separando al príncipe del hermano oscuro. Los pocos asesinos que mantuvieron el tipo cargaron contra los hombres de Arutha con un completo desprecio por sus propias vidas, obligando a los soldados a matarlos. La única excepción fue el moredhel, que parecía estar frenéticamente intentando llegar hasta Arutha.

—¡Cogedlo vivo! —gritó el príncipe.

Pronto el moredhel fue el único Halcón Nocturno de pie en la habitación, lo hicieron retroceder hasta la pared y lo contuvieron allí. Arutha se le acercó. El elfo oscuro miró al príncipe a los ojos con una expresión de odio incontenible en el rostro. Permitted que lo desarmaran a la vez que Arutha envainaba su propia espada. Arutha nunca antes había estado tan cerca de un moredhel vivo. No había duda de que estaban emparentados con los elfos, aunque éstos solían ser de pelo y ojos más claros. Como Martin había comentado más de una vez, los moredhel eran una raza bella, aunque de alma oscura. Entonces, cuando un soldado se agachaba para inspeccionar la caña de las botas del moredhel en busca de armas, la criatura le dio al guardia un

rodillazo en la cara, apartó al otro de un empujón y saltó contra Arutha. Este apenas tuvo un instante para esquivar agachándose las manos que iban contra su cara. Se echó a la izquierda y vio al moredhel ponerse rígido al recibir la hoja de Laurie en el pecho. El moredhel se derrumbó al suelo, pero con un espasmo final trató de alargar las manos y arañar a Arutha en las piernas. Laurie pateó las manos de la criatura, desviando el débil intento.

—Mirad bien las uñas. Vi un reflejo en ellas cuando se dejó desarmar —dijo el trovador.

Arutha cogió una muñeca e inspeccionó de cerca la mano del moredhel.

—Cuidado con cómo lo hacéis —avisó Laurie.

Arutha vio unas diminutas agujas engastadas en las uñas del hermano oscuro, cada una de ellas con una manchita oscura en la punta.

—Es un viejo truco de prostituta —dijo Laurie—, aunque sólo quienes tienen algo de oro y un cirujano amigo pueden conseguir que se lo hagan. Si un hombre intenta irse sin pagar o le da por pegarle a su prostituta, un simple arañazo y el hombre deja de ser una molestia.

Arutha miró al trovador.

—Estoy en deuda contigo.

—¡Qué Banath nos guarde!

Arutha y Gardan se dieron la vuelta y vieron que Jimmy había cruzado la habitación hasta un hombre caído, rubio y bien vestido. Estaba mirando fijamente al asesino muerto.

—El Rubio —susurró.

—¿Conocías a este hombre?

—Era un Burlador —dijo Jimmy—. En mi vida hubiera sospechado de él.

—¿No queda ninguno vivo? —preguntó imperiosamente el príncipe. Estaba furioso, ya que sus órdenes habían sido capturar tantos como fuera posible.

—Alteza —dijo Gardan, que había estado oyendo los informes de sus hombres—, había treinta y cinco asesinos en el sótano y las habitaciones de arriba. Todos combatieron de forma que nuestros hombres no tuvieron más elección que matarlos, o se volvieron y se mataron entre ellos, o se arrojaron sobre sus propias armas. —Le entregó algo al príncipe—. Todos llevaban estas cosas, Alteza. —En su mano había un halcón de ébano en una cadena de oro.

En ese momento se produjo un brusco silencio, no como si los hombres hubieran dejado de moverse, sino como si se hubiera producido un ruido y todos se hubieran callado para escuchar, y sin embargo no había ningún ruido. Sucedió una extraña amortiguación del sonido, como si una presencia pesada y opresiva hubiera entrado en la habitación, y una sensación sobrecogedora cayó sobre Arutha y sus hombres por un breve instante. Entonces un frío gélido recorrió la habitación. Arutha sintió que el

pelo de la nuca se le ponía de punta y se encontró lleno de un temor atávico. Algo alienígena había entrado en la habitación, una maldad invisible pero palpable.

—Alteza, creo que éste vive. ¡Se ha movido! —dijo un soldado mientras Arutha se daba la vuelta para decirle algo a Gardan y los demás. Parecía deseoso de complacer al príncipe.

—¡Este también! —dijo un segundo soldado.

Arutha vio a ambos soldados inclinarse sobre los asesinos caídos.

Todos cuantos estaban en el sótano dieron un respingo horrorizados cuando uno de los cadáveres se movió, lanzando disparada la mano para agarrar al soldado arrodillado por la garganta. El cadáver se sentó, levantando al soldado. El terrible crujido húmedo de la garganta del soldado al ser aplastada provocó un eco en la habitación. El otro cadáver se puso en pie de un salto, hundiendo los dientes en el cuello del segundo guardia, desgarrándole la garganta mientras Arutha y sus hombres estaban paralizados en el silencio de la conmoción. El primer asesino muerto tiró a un lado al soldado que se asfixiaba y se dio la vuelta. Fijando unos ojos blancos como la leche en el príncipe, el muerto sonrió. Una voz resonó de aquellas fauces sonrientes, como si viniera desde una gran distancia.

—Nos encontramos de nuevo, Señor del Oeste. Ahora mis sirvientes te tendrán, ya que no has traído a tus entrometidos sacerdotes. ¡Alzaos! ¡Alzaos, hijos míos! ¡Alzaos y matad!

Por toda la habitación los cuerpos empezaron a estremecerse y moverse, y los soldados dieron gritos ahogados y se encomendaron a Tith, el dios de los soldados. Uno, pensando con rapidez, decapitó al segundo cadáver mientras se ponían en pie. El cuerpo sin cabeza dio una sacudida y cayó, pero empezó a levantarse de nuevo mientras la cabeza rodaba emitiendo maldiciones en silencio. Igual que grotescas marionetas manipuladas por un titiritero enloquecido, los cuerpos se levantaron con sacudidas y espasmos.

—Creo que deberíamos haber esperado a la conveniencia de los templos —dijo Jimmy con la voz casi temblando.

—¡Proteged al príncipe! —gritó Gardan, y los hombres saltaron contra los cadáveres animados. Como matarifes enloquecidos en un corral de ganado, los soldados empezaron a repartir tajos en todas direcciones. La sangre salpicó las paredes y a todos cuantos estaban en la habitación, pero los cuerpos siguieron alzándose.

Los soldados resbalaron con la sangre y se encontraron abrumados por manos frías y húmedas que aferraban brazos y piernas. Algunos lograron emitir gritos entrecortados mientras unos dedos muertos se cerraban alrededor de sus gargantas o unos dientes mordían su carne.

Los soldados del príncipe de Krondor descargaban tajos a diestro y siniestro,

haciendo volar miembros por el aire, pero las manos y los brazos se limitaban a botar alocadamente por el suelo como sangrantes peces fuera del agua. Arutha sintió que le tiraban de la pierna y miró abajo, para ver una mano cortada agarrándole el tobillo. Una nerviosa patada hizo que la mano atravesara volando la habitación y chocase contra la pared opuesta.

—¡Salid y cerrad las puertas! —gritó Arutha.

Los soldados maldijeron mientras se abrían paso a tajos y patadas por la masa de sangre y carne que tenían a su alrededor. Muchos de ellos, veteranos endurecidos, estaban ya al borde del pánico. Nada en su experiencia los había preparado por el horror al que se enfrentaban en aquel sótano. Cada vez que derribaban un cuerpo, intentaba levantarse de nuevo. Y cada vez que caía un camarada, se quedaba en el suelo.

Arutha encabezó la marcha hacia la puerta que conducía a arriba, la salida más cercana. Jimmy y Laurie lo siguieron. Arutha se detuvo para despedazar otro cadáver que trataba de ponerse en pie, y Jimmy pasó como una exhalación a su lado. El chico fue el primero en alcanzar la puerta y maldijo al levantar la mirada. Tambaleándose escaleras abajo venía el cadáver de una bella mujer vestida con un camisón transparente medio desgarrado, con una mancha de sangre que se iba ensanchando en su cintura. Sus ojos en blanco se fijaron en Arutha, que estaba a los pies de la escalera, y chilló de alegría. Jimmy esquivó un torpe manotazo y le hundió el hombro en el ensangrentado estómago.

—¡Cuidado con las escaleras! —gritó. Ambos cayeron y él fue el primero en levantarse, pasando junto a ella a toda velocidad.

Arutha miró tras de sí en el sótano, y vio a sus hombres cayendo. Gardan y algunos soldados más habían alcanzado la seguridad de las puertas del fondo y estaban intentando cerrarlas, mientras rezagados que intentaban frenéticamente llegar a ellas eran derribados. Unos cuantos valientes estaban cerrando las puertas desde dentro, haciendo caso omiso a una sentencia de muerte segura. El suelo era un mar de sangre y entrañas, húmedo y traicionero, y muchos soldados resbalaban y caían para no volver a levantarse. Las partes desmembradas parecían volver a reunirse y los cadáveres se alzaban de nuevo.

—¡Atrancad las puertas! —Gritó Arutha al recordar a la criatura de palacio y como su fuerza había ido aumentando a medida que pasaba el tiempo.

Laurie empezó a subir las escaleras de un salto y golpeó a la sonriente prostituta, de nuevo en pie. Su cabeza rubia pasó rodando junto a Arutha mientras este corría escalera arriba tras Jimmy y el trovador.

Al llegar a la planta baja de la Casa de los Sauces, Arutha y sus compañeros fueron saludados por la visión de soldados combatiendo contra más cadáveres animados. Las compañías de caballería habían llegado, limpiado las calles y entrado en el edificio.

Pero ellos, igual que los de abajo, no estaban preparados para combatir contra oponentes muertos. Fuera de la puerta principal varios cuerpos, empalados por docenas de flechas, estaban intentando levantarse. Cada vez que uno se ponía en pie, una andanada de flechas lo golpeaba desde la oscuridad, derribándolo de nuevo.

Jimmy paseó la mirada por la habitación y se subió de un salto a una mesa. Con agilidad de acróbata, saltó por encima de un guardia que estaba siendo estrangulado por un Halcón Nocturno muerto y se agarró a una colgadura. El tapiz aguantó su peso un momento, y luego la habitación se llenó con un sonido de desgarró al soltarse de su soporte cerca del techo. Metros de fina tela cayeron alrededor de Jimmy, que se desenredó enseguida. Agarró tanta tela como pudo y arrastró el tapiz hasta la enorme chimenea del salón principal del prostíbulo. Lo echó al fuego y luego empezó a volcar sobre él cualquier cosa que pudiera arder. En cuestión de minutos las llamas se propagaban por la habitación.

Arutha apartó un cadáver con un empujón y arrancó otro tapiz, que lanzó a Laurie. El trovador esquivó a un asesino que se arrojaba sobre él y enredó al cadáver en la tela. Haciendo dar vueltas a la criatura muerta, Laurie la envolvió en tela y con una patada la envió tambaleándose hacia Jimmy. Éste se apartó de un salto y dejó que la cosa envuelta en tela cayera sobre las llamas, que se propagaban rápidamente, haciéndole una zancadilla cuando pasó a su lado. El muerto cayó al fuego y empezó a gritar de rabia.

El calor en la habitación se estaba haciendo insoportable, igual que el asfixiante humo. Laurie corrió hacia la puerta y se detuvo justo antes del umbral.

—¡El príncipe! —Gritó a los arqueros de los tejados circundantes—. ¡El príncipe va a salir!

—¡Aprisa! —llegó el grito de respuesta a la vez que una flecha derribaba a un cadáver que intentaba ponerse en pie a pocos metros de Laurie.

Arutha y Jimmy salieron por la puerta en llamas, seguidos por varios soldados tosiendo.

—¡A mí! —gritó Arutha.

Al momento una docena de guardias atravesaba corriendo la calle, pasando junto a los mozos de cuadras traídos para encargarse de las monturas de la caballería. El hedor de la sangre y de los cuerpos quemándose, y el calor del fuego, estaban haciendo que los caballos empezaran a alborotarse y tirar de las riendas mientras los mozos se los llevaban.

Cuando los guardias llegaron junto a Arutha, varios recogieron los cuerpos erizados de flechas y los arrojaron por las ventanas al fuego. Los chillidos de los cadáveres en llamas llenaron la noche.

Un Halcón Nocturno salió tambaleándose por la puerta, con el lado izquierdo ardiendo y los brazos extendidos como para abrazar a Arutha. Dos soldados lo

cogieron y lo volvieron a arrojar al fuego por la puerta, ignorando las quemaduras que sufrieron como consecuencia. Arutha se apartó de la puerta, dejando a los soldados para que impidieran la salida de los cadáveres que trataban de huir de aquel infierno. Cruzó la calle mientras el burdel más exclusivo de la ciudad desaparecía entre las llamas.

—Comunícales a los que están en las cloacas que se aseguren de que nada sale de ese sótano —le dijo a un soldado. Este le hizo un saludo y se fue corriendo.

En poco tiempo la casa se convirtió en una columna de fuego que iluminaba la zona circundante como si fuera de día. Los edificios vecinos escupieron a la calle a sus habitantes, ya que el calor amenazaba con prender al resto de la manzana. Arutha ordenó que los soldados formaran hileras de cubos para humedecer los edificios a ambos lados de la Casa de los Sauces.

Menos de media hora después de haber comenzado el incendio, llegó un sonoro crujido y una explosión con una gran nube de humo cuando la planta principal cedió y el edificio se vino abajo.

—Se acabaron las cosas del sótano —dijo Laurie.

—Algunos hombres buenos se quedaron ahí abajo —dijo Arutha. Su rostro tenía una expresión lúgubre.

Jimmy estaba allí plantado, fascinado por la vista, con la cara manchada de sangre y hollín. Arutha apoyó la mano en el hombro del muchacho.

—De nuevo lo has hecho bien.

Jimmy sólo pudo asentir.

—Necesito un trago bien fuerte —dijo Laurie—. Dioses, nunca voy a sacarme ese hedor de la nariz.

—Volvamos a palacio —dijo Arutha—. El trabajo de esta noche se ha acabado.

6

Percepción

Jimmy se tiró del cuello de la blusa.

El chambelán Brian deLacy golpeó el suelo del salón de audiencias con su báculo y el muchacho puso vista al frente. De edades entre los catorce y dieciocho años, los escuderos de la corte de Arutha estaban recibiendo instrucciones sobre las tareas que llevarían a cabo durante la inminente celebración de la boda de Arutha y Anita. El viejo chambelán, un hombre de hablar lento y atuendo impecable, se dirigió a Jimmy.

—Escudero James, si no podéis manteneros firme, tendremos que encontraros una tarea más activa, digamos, ¿hacer de mensajero entre el Palacio y los alojamientos exteriores?

Hubo un gruñido apenas audible, ya que los nobles que habían venido de visita estaban constantemente mandando mensajes intrascendentes arriba y abajo, y los alojamientos exteriores, donde muchos de ellos estaban alojados, llegaban a estar a más de un kilómetro de distancia del palacio propiamente dicho. La mencionada tarea consistía básicamente en corretear de un lado a otro durante diez horas al día. El chambelán deLacy se encaró con el autor del gruñido.

—Escudero Paul, ¿quizá os gustaría uniros al escudero James? —al no producirse respuesta, siguió—. Muy bien. Aquellos de vosotros cuyos parientes se espera que vengan, tendrán que cumplir esa tarea por tumos. —Con ese anuncio, todos los muchachos gruñeron, maldijeron y se agitaron. El bastón golpeó de nuevo ruidosamente el suelo de madera—. ¡Todavía no sois duques, condes ni barones! Uno o dos días de trabajo no os causarán la muerte. Sencillamente hay demasiados huéspedes en palacio para que los sirvientes, mozos y pajes den abasto.

—¿Señor, quiénes de nosotros irán a la boda? —preguntó otro de los nuevos, el escudero Locklear, hijo menor del barón de Finisterre.

—En su momento, muchacho, en su momento. Todos conduciréis a los huéspedes a sus sitios en el gran salón y en el salón de banquetes. Durante la ceremonia os mantendréis respetuosamente al fondo del gran salón, así que veréis la boda.

Un paje entró corriendo en la habitación, le entregó una nota al chambelán,

Y luego se fue a la carrera sin esperar respuesta. El chambelán de Lacy leyó la nota.

—Debo prepararme para la recepción real —dijo—. Ya sabéis dónde tenéis que estar hoy. Reunios aquí de nuevo una vez que el rey y Su Alteza estén reunidos en consejo esta tarde. Y cualquiera que se retrase tendrá un día más de llevar mensajes a los alojamientos exteriores. Eso es todo por ahora. —Se alejó—. Tanto por hacer y tan poco tiempo —pudo oírsele murmurar.

Los chicos empezaron a salir.

—¡Eh, tú, el nuevo! —gritó una voz desde detrás cuando Jimmy se disponía a salir.

Jimmy sé volvió, igual que otros dos que estaban cerca, pero el que había hablado tenía la mirada fija en Jimmy. Este esperó, plenamente consciente de los que se avecinaba. Iba a establecerse su puesto en la jerarquía de los escuderos.

Cuando Jimmy no se movió, Locklear, que también se había detenido, se señaló y dio un vacilante paso hacia el que había hablado. Éste era un chico alto y huesudo de dieciséis o diecisiete años.

—Tú no, niño. Le hablo a ese tío. —Señaló a Jimmy.

El muchacho que había hablado vestía el mismo uniforme marrón y verde de los escuderos de la casa, pero de mejor corte que los del resto de los chicos; obviamente tenía dinero para permitirse un sastre. Al cinto llevaba una daga con la empuñadura enjoyada, y sus botas estaban tan pulidas que resplandecían como el metal. Tenía el pelo del color de la paja y bien peinado. Consciente de que debía tratarse del abusón local, Jimmy puso los ojos en blanco y suspiro. Su uniforme le quedaba mal, las botas le hacían daño y el costado que estaba sanando le picaba constantemente. Para empezar no estaba de buenas. Mejor acabar con esto rápido, pensó.

Jimmy anduvo lentamente hacia el chico mayor, que se llamaba Jerome. Sabía que su padre era el escudero de Ludland, una pequeña ciudad de la costa al norte de Krondor, un título menor, pero que proporcionaba riqueza a su poseedor.

—¿Sí? —dijo Jimmy nada más ponerse frente a él.

—No me gustas, tío —dijo Jerome con una mueca de desprecio.

Jimmy sonrió lentamente, y entonces, de repente, le metió el puño en el estómago a Jerome. El chico más alto se dobló y se derrumbó al suelo. Se estuvo revolcando un momento antes de ponerse en pie con un gruñido.

—Te voy a... —empezó a decir, pero se detuvo al enfrentarse a la visión de Jimmy plantado ante él empuñando una daga. Jerome se llevó la mano al cinto en busca de la suya y no encontró nada. Miró abajo, y luego nerviosamente a su alrededor.

—Creo que esto es lo que se te ha perdido —dijo Jimmy en tono alegre, sosteniendo la daga por la hoja para que se viera la empuñadura enjoyada. Los ojos de Jerome se desorbitaron. Jimmy lanzó la daga con un giro de muñeca y la dejó

vibrando clavada en el suelo entre las botas de Jerome—. Y no me llamo «tío», sino escudero James, escudero del príncipe Arutha.

Jimmy salió rápidamente del salón. Tras unos pocos metros el chico llamado Locklear lo alcanzó y se puso a su lado.

—Eso ha estado bien, escudero James —dijo el otro novato—. Jerome le ha estado poniendo las cosas difíciles a todos los nuevos.

Jimmy se detuvo, con pocas ganas de esto.

—Eso es porque lo dejáis, chico. —Locklear dio un paso atrás y empezó a tartamudear una disculpa. Jimmy levantó la mano—. Espera, no quería ser maleducado contigo. Es que tengo muchas cosas en la cabeza. Mira, Locklear, ¿no?

—Mis amigos me llaman Locky.

Jimmy estudió al chico. Era un chaval pequeño, que todavía parecía más el niño que era que el hombre que sería. Sus ojos eran grandes y azules en un rostro bronceado, y su pelo castaño estaba veteado de dorado. Jimmy supo que no hacía más que unas semanas que estaba jugando en la arena con los niños plebeyos, en la playa junto al castillo rural de su padre.

—Locky —dijo Jimmy—, cuando ese imbécil empiece a molestarte, dale una patada en sus partes. Eso lo pondrá en su sitio con suficiente rapidez. Mira, ahora no puedo hablar, tengo que ir a ver al rey.

Jimmy se alejó andando rápidamente, dejando en el pasillo a un chico asombrado.

Jimmy no paraba de moverse, harto del cuello demasiado estrecho de su blusa nueva. Una cosa para la que había servido Jerome era para mostrarle que no tenía que aguantar a los sastres chapuceros. Tan pronto como pudiera, se escabulliría unas horas de palacio y visitaría los tres escondrijos que tenía repartidos por la ciudad. Allí tenía escondido suficiente oro como para hacerse una docena de trajes nuevos. Este asunto de ser noble tenía unas pegadas que nunca habría imaginado.

—¿Qué te pasa, chico?

Jimmy levantó la vista y vio los ojos entrecerrados de un anciano alto con el pelo gris oscuro. Estudiaba a Jimmy con ojo profesional, y Jimmy lo reconoció como el maestro de armas Fannon, uno de los antiguos compañeros de Arutha en Crydee. Había llegado en barco con la marea de la tarde el día anterior.

—Es este maldito cuello, Maestro de Armas. Y estas botas nuevas también me hacen daño en los pies.

Fannon asintió.

—Bueno, hay que mantener las apariencias, incómodas o no. Vaya, ahí viene el príncipe.

Arutha salió por las grandes puertas de palacio, y se quedó en el centro de la muchedumbre que se había reunido para recibir al rey. Unos anchos escalones conducían al patio de desfiles. Al otro lado del patio, pasando la enorme cancela de

hierro, habían limpiado la plaza principal de la ciudad de los tenderetes de los vendedores ambulantes. Los soldados krongorianos formaban largas hileras a lo largo de la ruta que atravesaba la ciudad hasta el palacio, y tras ellos estaban los ciudadanos, ansiosos de ver a su rey. Sólo hacía una hora que se había informado de que la columna de Lyam se acercaba, pero los ciudadanos llevaban acudiendo desde antes del amanecer.

Unos estruendosos vítores anunciaron que el rey se acercaba y Lyam fue el primero en aparecer a la vista, montado a lomos de un gran caballo de guerra castaño y con Gardan, en calidad de comandante de la ciudad, cabalgando a su lado. Tras ellos cabalgaban Martin y los nobles del Reino Oriental, una compañía de la guardia real de Lyam y dos lujosos carruajes. Los seguían los lanceros de Arutha, con el tren de bagaje cerrando la comitiva.

Mientras Lyam detenía su montura frente a la escalera, las trompetas resonaron en saludo. Unos mozos de cuadra se apresuraron a hacerse cargo del caballo del rey mientras Arutha corría escaleras abajo para reunirse con su hermano. La tradición dictaba que el príncipe de Krongor sólo tenía por encima al rey, y por lo tanto era el noble que debía mostrarle menos deferencia, pero todo el protocolo quedó olvidado cuando ambos hermanos se fundieron en un abrazo. El primero en desmontar tras Lyam fue Martin, y en un momento los tres estuvieron reunidos.

Jimmy observó como Lyam presentaba a sus compañeros de cabalgada mientras los dos carruajes se acercaban hasta las escaleras. Las puertas del primer carruaje se abrieron y Jimmy estiró el cuello para ver. Salió una mujer preciosa, y Jimmy asintió en señal de aprobación. Por el saludo que le dedicó a Arutha, Jimmy supuso que sería la princesa Carline. Jimmy echó una mirada rápida a donde estaba Laurie y vio al trovador esperando con abierta veneración en el rostro. Jimmy asintió para sus adentros; sí, esa era Carline. Tras ella salió un anciano noble, que Jimmy supuso que sería Lord Caldric, duque de Rillanon.

La puerta del segundo carruaje se abrió y de él bajó una mujer mayor. Inmediatamente tras ella salió una figura conocida y Jimmy sonrió. Se sintió sonrojarse un poco al ver a la princesa Anita, ya que una vez había estado terriblemente prendado de ella. La mujer mayor sería la princesa Alicia, su madre. Mientras Arutha las saludaba, Jimmy recordó cuando Anita, Arutha y él habían estado ocultos juntos, y sonrió de forma poco protocolaria.

—¿Qué te pasa, escudero?

Jimmy volvió a levantar la vista al maestro de armas Fannon.

—Las botas, señor —dijo ocultando su agitación.

—Bien, chico, pero deberías aprender a mantener la compostura soportando cierta incomodidad. No pretendo faltarles al respeto a tus maestros, pero estás poco preparado para ser escudero.

Jimmy asintió, y fijó sus ojos de nuevo en Anita.

—Soy nuevo en el oficio señor. El mes pasado era ladrón.

Fannon abrió la boca de par en par. Tras un momento Jimmy disfrutó dándole un suave codazo en las costillas.

—Que viene el rey.

Fannon volvió la vista al frente. Años de entrenamiento militar superaron cualquier distracción. Lyam se acercaba el primero, con Arutha a su lado. Martin, Carline y los demás venían detrás, como correspondía a su posición. Brian deLacy presentaba a los miembros de la corte de Arutha al rey, y Lyam ignoró el protocolo varias veces para entrecuchar las manos vigorosamente, e incluso abrazar a algunas de las personas que esperaban a ser presentados.

Muchos de los señores occidentales eran hombres que habían servido con Lyam bajo el mando de su padre durante la Guerra de la Fractura, y no los había visto desde su coronación. El conde Volney se azoró cuando el rey le apoyó la mano en el hombro y le habló.

—Bien hecho, Volney. Habéis mantenido el orden en el Reino Occidental este último año.

Dichas familiaridades incomodaron a algunos nobles, pero el pueblo las adoraba, vitoreando ruidosamente cada vez que Lyam actuaba como un hombre saludando a viejos amigos y no como un rey.

Cuando el rey llegó hasta Fannon, agarró al viejo soldado por los hombros cuando empezaba a hacer una reverencia.

—No —dijo Lyam en voz tan baja que sólo Fannon, Jimmy y Arutha pudieron oírlo—. Tú no, mi antiguo maestro. —Lyam envolvió al Maestre de Armas de Crydee con un abrazo de oso y se rio—. Bien, Maestre Fannon. ¿Qué tal está mi casa? ¿Qué tal está Crydee?

—Bien, Majestad. Está bien.

Jimmy notó una leve humedad en los ojos del anciano. En ese momento, habló Arutha.

—Este joven truhán es el miembro más reciente de mi corte, Majestad. ¿Puedo presentaros al escudero James de Krondor?

El chambelán deLacy miró al cielo cuando Arutha usurpó sus funciones.

Jimmy hizo una reverencia como le habían enseñado. Lyam le dedicó al muchacho una amplia sonrisa.

—He oído hablar de ti, Jimmy la Mano —dijo dando un paso atrás. Entonces se detuvo—. Mejor miro a ver si tengo todas mis pertenencias conmigo.

Hizo exhibición de palparse los bolsillos mientras Jimmy se sonrojaba intensamente. Justo cuando estaba llegando a la cima de su azoramiento, Lyam lo miró y le guiñó un ojo. Jimmy se rio junto a los demás.

Entonces Jimmy se volvió y se encontró mirando a los ojos más azules que había visto nunca.

—No dejes que Lyam te importune, Jimmy —dijo una suave voz femenina—. Siempre le ha gustado bromear.

Jimmy empezó a tartamudear, sorprendido por la broma del rey, y luego hizo una torpe reverencia.

—Me alegro de volver a verte, Jimmy —dijo Martin, y lo cogió de la mano—. Hemos hablado de ti muy a menudo, y nos preguntábamos si te iría bien.

Le presentó al chico a su hermana Carline, que lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Mis hermanos y la princesa Anita me han hablado muy bien de ti. Me alegro de conocerte por fin.

Tras esto, se fueron.

Jimmy se quedó mirando, abrumado por los comentarios.

—Ha tenido el mismo efecto en mi desde hace un año —llegó una voz desde detrás, y Jimmy se dio la vuelta para ver a Laurie apresurándose para mantenerse a la altura de la comitiva real mientras avanzaba hacia la entrada de palacio, El trovador saludó al muchacho tocándose la frente mientras se adentraba en la multitud, habiendo confundido el asombro de Jimmy ante los comentarios de Carline y Martin con que había quedado atontado por la belleza de la princesa.

Jimmy devolvió su atención a los nobles que pasaban frente a él y una amplia sonrisa partió su rostro en dos.

—Hola, Jimmy —dijo Anita, que ahora se encontraba justo ante él.

Jimmy hizo una reverencia.

—Hola, princesa.

Anita devolvió la sonrisa de Jimmy.

—Madre, mi señor Caldric, permitidme que os presente a Jimmy, un viejo amigo.

—Notó la blusa del muchacho—. Ahora escudero, por lo que veo.

Jimmy repitió la reverencia ante la princesa Alicia y el duque de Rillanon. La madre de Anita presentó la mano, y Jimmy la besó torpemente.

—Deseaba darte las gracias, joven Jimmy, desde que oí como ayudaste a mi hija —dijo Alicia.

Jimmy sintió las miradas sobre él y se sonrojó. No encontró en su interior indicio alguno de la bravuconería en la que se había escudado la mayor parte de su corta vida. Sólo pudo quedarse allí plantado sin saber qué hacer.

—Ya nos veremos luego —dijo Anita. A continuación, su madre, Caldric y ella siguieron adelante.

Jimmy se quedó en silencio, asombrado.

No se hicieron más presentaciones mientras el resto de los nobles del reino

pasaban al salón principal. Tras una corta ceremonia, se suponía que Lyam sería conducido a sus habitaciones.

Súbitamente, la plaza estalló con el sonido de tambores y gritos mientras la gente señalaba hacia una de las calles principales que conducían a palacio. La comitiva real detuvo su entrada y esperó, y luego Lyam y Arutha volvieron a la cabeza de las escaleras, seguidos por los demás nobles y haciendo que el orden de la comitiva se derrumbara. El rey y el príncipe fueron hasta donde estaban Fannon y Jimmy, y ante su vista apareció una docena de guerreros montados, cada uno de los cuales vestía una piel de leopardo sobre la cabeza y los hombros. El sudor brillaba en sus oscuras pieles mientras aquellos hombres de aspecto feroz golpeaban tambores que llevaban colgados a ambos lados de la silla de montar, a la vez que guiaban cuidadosamente a sus monturas con las rodillas. Tras ellos venía otra docena de jinetes cubiertos con pieles de leopardo, cada uno de los cuales tocaba un gran cuerno de bronce que se curvaba sobre su hombro. Tanto tamborileros como trompeteros formaron sus caballos en dos filas y permitieron que se hiciera visible una columna de soldados de a pie. Cada soldado llevaba un casco metálico rematado por un pincho, con una cofia de cota de mallas y una coraza metálica. Los pantalones bombachos estaban remetidos en botas altas hasta las rodillas y todos llevaban escudos redondos con un tachón metálico en el centro y cimitarras al cinto.

—Soldados perro —dijo alguien detrás de Jimmy.

—¿Por qué los llaman así, Maestro de Armas? —le dijo Jimmy a Fannon.

—Porque en los tiempos antiguos en Kesh los trataban como a perros, apartados en corrales del resto de la gente hasta que llegaba la hora de azuzarlos contra alguien. Ahora se dice que es porque se lanzarán sobre ti como una manada de perros si les das la oportunidad. Son gente dura, chico, pero les tenemos tomada la medida.

Los soldados perro tomaron posiciones y abrieron paso para que otros avanzaran entre ellos. Desenvainaron las cimitarras y saludaron con ellas cuando apareció la primera figura. Iba a pie, un verdadero gigantón, más alto que el rey y más ancho de hombros. Su piel de ébano reflejaba la luz del sol, ya que por encima de la cintura sólo llevaba un chaleco adornado con tachones metálicos. Vestía extraños pantalones y botas, igual que los soldados, pero al cinto llevaba un alfanje, una espada curva que tenía una vez y media el tamaño de una cimitarra. Llevaba la cabeza descubierta, y un báculo ceremonial en vez de un escudo. Tras él cabalgaban cuatro hombres, montados en los pequeños y rápidos caballos de los hombres del desierto de Jal-Pur. Vestían las ropas de los hombres del desierto, raras de ver en Krongor, aunque no inauditas: túnicas de seda color índigo sueltas hasta la rodilla, abiertas por delante mostrando blusas y pantalones blancos, botas de jinete hasta la pantorrilla, y turbantes de tela azul enrollados de forma que sólo se les veían los ojos. Todos llevaban dagas ceremoniales de longitud considerable en el fajín de la cintura, con

empuñaduras y vainas exquisitamente talladas en marfil. A medida que el imponente hombre negro subía las escaleras, Jimmy pudo oír su voz grave.

—... ante él, y las montañas tiemblan. Las mismas estrellas se detienen en su curso y el Sol suplica su permiso para salir. Él es el poder del Imperio y en su nariz soplan los cuatro vientos. Él es el Dragón del Valle del Sol, el Águila de los Picos de la Tranquilidad, el León del Jal-Pur... —el hablante se acercó donde estaba el rey, con Jimmy tras él, y se apartó a un lado mientras los cuatro hombres desmontaban y lo seguían por las escaleras. Uno andaba delante de los demás y era obviamente el sujeto del discurso del gigantón.

Jimmy le dirigió una mirada interrogativa a Fannon.

—Etiqueta cortesana de Kesh —dijo el Maestre de Armas.

Lyam sufrió un repentino acceso de tos y volvió la cabeza hacia Jimmy tapándose la cara con la mano, y el chico pudo ver que el rey se estaba riendo del comentario de Fannon. Tras recuperar la compostura, Lyam miró al frente mientras el chambelán keshiano acababa con su presentación.

—... Él es un oasis para su gente. —Miró al rey e hizo una profunda reverencia—. Vuestra Real Majestad, tengo el supremo honor de presentar a Su Excelencia Abdur Rachman Meno Hazara-Khan, Bey de los Benni-Sherin, Señor del Jal-Pur y Príncipe del Imperio, Embajador de Kesh la Grande ante el Reino de las Islas.

Los cuatro dignatarios se inclinaron a la manera keshiana. Los tres que había detrás del embajador cayeron de rodillas y tocaron brevemente el suelo con la frente. El embajador colocó su mano derecha sobre el corazón e hizo una reverencia doblando la cintura, con la mano izquierda extendida hacia fuera. Al erguirse, los cuatro se llevaron ritualmente el dedo índice al corazón, los labios y la frente, un gesto que indicaba un corazón generoso, una lengua sincera y una mente que no albergaba engaños.

—Damos la bienvenida al señor del Jal-Pur a nuestra corte —dijo Lyam.

El embajador se descubrió la cara, mostrando un rostro demacrado y barbudo de edad avanzada con una media sonrisa.

—Vuestra Real Majestad, Su Muy Imperial Majestad, bendito sea su nombre, envía saludos para su hermano, las Islas —bajó el tono de voz hasta un susurro—. Hubiera preferido hacer una entrada menos formal, Majestad, pero... —Se encogió de hombros y señaló con una ligera inclinación de cabeza al chambelán keshiano, dando a entender que no tenía control alguno sobre dichos asuntos—. Este hombre es un tirano.

Lyam sonrió ampliamente.

—Devolvemos nuestros más cálidos saludos a Kesh la Grande. Que prospere por siempre y sus cosechas crezcan.

El embajador inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Si le place a vuestra majestad, ¿puedo presentaros a mis acompañantes?

Lyam asintió y el embajador señaló al hombre que estaba más a la izquierda.

—Este digno es mi principal ayudante y consejero, Lord Kamal Mishwa Daoud-Khan, Shereef de los Beni-Tular. Y estos otros son mis hijos, Shandon y Jehansuz, Shereefs de los Beni-Sherin y también mis guardaespaldas personales.

—Nos alegra que hayáis podido uniros a nosotros —dijo Lyam.

Mientras el chambelán deLacy intentaba restaurar cierto orden al bullicio de nobles revueltos, estalló otra conmoción en otra de las calles que conducían a la plaza del mercado. El rey y el príncipe se apartaron del chambelán, y deLacy levantó la mano.

—¿Qué pasa ahora? —gritó el anciano, pero enseguida recuperó su casi perdida compostura.

Podía oírse un redoble de tambores más furioso que el de los keshianos, a medida que una columna de coloristas figuras aparecía a la vista. Unos caballos al paso precedían a un desfile de soldados vestidos de verde. Pero todos llevaban en el brazo escudos de vivos colores con extraños blasones. Las flautas entonaron una melodía muy sonora, extraña pero de ritmo alegre y pegadizo. Pronto muchos de los ciudadanos de Krondor seguían el ritmo tocando palmas o con bailes improvisados en los márgenes de la plaza.

El primer jinete llegó ante el palacio con un estandarte ondeando al viento. Arutha se rio y le dio una palmada en el hombro a Lyam.

—Son Vandros de Yabon y los soldados tsurani de Kasumi que guarnecen LaMut.

En ese momento se acercaban los soldados marchando a pie, y se les podía oír cantando en voz alta. Cuando la guarnición tsurani de LaMut llegó ante los keshianos, se detuvo.

—Miradlos —comentó Martin—. Se observan como gatos callejeros. Estoy seguro de que los dos querrían una excusa para poner a prueba al otro bando.

—No en mi ciudad —dijo Arutha, que evidentemente no encontraba la idea muy divertida.

Lyam se rio.

—Hombre, sería todo un espectáculo. ¡Eh, Vandros!

El duque de Yabon se acercó y desmontó. Subió las escaleras corriendo y efectuó una reverencia.

—Suplico perdón por mi retraso, Majestad. Tuvimos una pequeña molestia por el camino. Nos cruzamos con una partida de trasgos que estaban haciendo una incursión al sur de Zün.

—¿Cuántos eran? —Preguntó Lyam.

—No más de doscientos.

—Pequeña molestia, dice —dijo Arutha—. Vandros, llevas demasiado tiempo con

los tsurani.

Lyam volvió a reírse.

—¿Dónde está el conde Kasumi? —preguntó.

—Aquí llega, Majestad.

Mientras hablaban, podía verse como unos carruajes entraban en la plaza. Arutha se llevó a un lado al duque de Yabon para hablarle.

—Diles a tus hombres que se alojen con la guarnición de la ciudad, Vandros. Quiero tenerlos cerca. Cuando tengan cama asignada, ven a mis habitaciones. Y trae a Brucal y a Kasumi.

Vandros captó el tono de seriedad.

—Tan pronto estén alojados los hombres, Alteza —dijo.

Los carruajes de Yabon se detuvieron ante las escaleras y de ellos salieron Lord Brucal, la duquesa Felinah, la condesa Megan y sus damas de compañía. El conde Kasumi, antiguo oficial del ejército tsurani durante la Guerra de la Fractura, desmontó del caballo y subió las escaleras a paso rápido. Hizo una reverencia ante Lyam y Arutha. Vandros presentó rápidamente a su comitiva.

—A menos que ese pirata del rey de Queg vaya a llegar en una galera de guerra tirada por mil caballitos de mar, nos retiraremos —dijo Lyam. Con una carcajada pasó junto al agobiado chambelán deLacy, que en vano intentaba devolver el orden al séquito real.

Jimmy se quedó rezagado, porque aunque había visto algún que otro mercader keshiano, nunca había visto soldados perro ni tsurani. A pesar de su actitud mundana, más allá de los aspectos de la ciudad y de la vida en ella, seguía siendo un chico de catorce años.

El lugarteniente de Kasumi estaba dando órdenes para alojar a sus hombres, y el capitán keshiano hacía lo mismo. Jimmy se sentó en silencio en las escaleras, moviendo los dedos de los pies para que las botas le dieran de sí. Miró fijamente a los pintorescos keshianos durante algunos minutos, y luego observó a los tsurani, que se preparaban para irse de la plaza. Ciertamente los dos grupos eran curiosos y, en opinión de Jimmy, ambos tenían el mismo aspecto de ferocidad.

Jimmy estaba a punto de irse cuando algo extraño detrás de los keshianos llamó su atención. Intentó discernir de qué se trataba, pero no pudo. Una extraña sensación le hizo bajar las escaleras hasta que estuvo cerca de los keshianos, que se mantenían en posición de descanso.

Entonces vio lo que le había hecho sentir que había algo fuera de lo normal. Retrocediendo entre la multitud iba un hombre que Jimmy había dado por muerto. Jimmy quedó espantado hasta el fondo de su ser, incapaz de moverse, porque había visto a Jack el Risueño desvaneciéndose entre la muchedumbre.

Arutha recorría la habitación de un extremo a otro. En torno a su mesa de reuniones estaban sentados Laurie, Brucal, Vandros y Kasumi. Arutha acababa de finalizar su informe del asalto contra los Halcones Nocturnos. Mostró un mensaje.

—Hemos recibido esto del barón de Highcastle, en respuesta a mi solicitud. Informa que en su zona, hacia el norte, hay algunos movimientos poco usuales. — Arutha dejó el papel—. Continúa enumerando los avistamientos, dónde se han producido y demás.

—Alteza —dijo Vandros—. Hemos tenido algún movimiento en nuestra región, pero nada de mucha importancia. En Yabon los hermanos oscuros y los trasgos listos pueden sortear las guarniciones dirigiéndose hacia el oeste una vez que han superado los límites septentrionales de los bosques élficos. Logran evitar nuestras patrullas bordeando hasta el oeste del Lago del Cielo. Y enviamos pocas compañías a esa área. Los elfos y los enanos de Montaña de Piedra la mantienen tranquila.

—O eso nos gusta pensar —resopló Brucal. El anciano antiguo duque de Yabon había abdicado de su cargo a favor de Vandros cuando éste se había casado con su hija. Pero seguía siendo un excelente comandante militar y llevaba toda la vida combatiendo a los moredhel—. No, moviéndose en pequeñas bandas, la Hermandad puede ir y venir por los pasos menores casi a voluntad. Tenemos pocos hombres para mantener limpias las rutas comerciales, y un condenado montón de territorio más que cubrir. Todo lo que tienen que hacer es viajar por la noche y mantenerse alejados de las aldeas de los clanes hadati y de los caminos principales. No nos engañemos pensando lo contrario.

Arutha sonrió.

—Por eso os quería aquí.

—Alteza, quizá sea como nuestro señor Brucal dice —intervino Kasumi—. Últimamente hemos tenido poco contacto con ellos. Puede que se hayan cansado de nuestro acero y ahora se muevan en grupos pequeños y sigilosos.

Laurie se encogió de hombros. Nacido y criado en Yabon, el trovador de Tyr-Sog sabía tanto de los moredhel como cualquiera de los que se encontraba en la habitación.

—Da que pensar, que tengamos todos estos extraños informes de movimientos en el norte al mismo tiempo que pueden verse manos moredhel implicadas en los intentos de matar a Arutha.

—Me preocuparía menos —dijo Arutha— si supiera que haberlos aplastado aquí en Krondor es suficiente. Hasta que hayamos descubierto el misterio de quién está detrás de esto, no creeré que hemos acabado con el asunto de los Halcones Nocturnos. Puede que necesiten meses para reorganizarse y ser una amenaza, pero creo que volverán. Y tan cierto como que estoy sentado aquí, estoy seguro de que hay alguna conexión entre los Halcones Nocturnos y lo que está pasando en el norte.

Unos golpecitos en la puerta precedieron a la entrada de Gardan.

—He buscado por todas partes, Alteza, y no he encontrado ni rastro del escudero James.

—La última vez que le vi —dijo Laurie— estaba de pie en las escaleras junto al maestre de armas Fannon mientras los tsurani hacían su entrada.

—Estaba sentado en los escalones cuando ordené que las tropas rompieran filas —dijo Gardan.

—Y ahora está sentado encima de ti —dijo una voz desde una ventana alta.

Todos los ojos se volvieron y vieron al chico sentado en una ventana alta que dominaba la estancia de Arutha. Antes de que nadie pudiera hablar, bajó ágilmente de un salto.

La expresión de Arutha mostraba una mezcla de incredulidad y diversión.

—Cuando pediste permiso para explorar los techos, pensé que necesitarías escaleras y... ayuda...

Jimmy estaba serio.

—No vi necesidad de esperar, Alteza. Además, ¿qué clase de ladrón necesita escaleras o ayuda para trepar paredes? —Se acercó a Arutha—. Este sitio es un laberinto de recovecos y nichos en los que un hombre podría esconderse.

—Pero primero tendría que entrar en palacio —dijo Gardan.

Jimmy le dedicó al capitán una mirada que indicaba que dicha proeza no presentaba demasiada dificultad. Gardan se calló.

Laurie continuó con el antiguo tema de conversación.

—Bueno, aunque no sepamos quién está detrás de los Halcones Nocturnos, al menos los hemos destruido aquí en Krondor.

—Eso pensaba yo, —dijo Jimmy, recorriendo la habitación con la mirada—. Pero esta tarde, cuando la muchedumbre empezó a dispersarse. Vi a un viejo amigo en la plaza, Jack el Risueño.

Arutha miró muy serio a Jimmy.

—Tenía entendido que habías matado a ese traidor a los Burladores.

—Tan muerto como debería estar un hombre con un agujero de quince centímetros en el pecho provocado por un dardo con punta de acero. Es difícil andar por ahí sin la mitad de los pulmones, pero después de lo que vimos en la casa de putas, si mi propia querida mamaíta viniera a arrojarme en la cama esta noche no me sorprendería —Jimmy hablaba con actitud distraída mientras recorría la habitación como buscando algo—. ¡Ahá! —dijo con un gesto algo teatral, y presionó algo que había en la pared detrás de un escudo decorativo. Una sección de muro, de poco más de medio metro de ancho y uno de alto, se abrió con un gruñido. Arutha se acercó a la abertura y miró al interior.

—¿Qué es esto?

—Uno de los muchos pasadizos secretos que hay por todo el palacio. Hace tiempo, cuando estábamos escondidos juntos, Alteza, recuerdo que la princesa Anita contó cómo había huido de palacio con ayuda de una sirvienta. Una vez mencionó haber «tomado un pasadizo», aunque yo no le había echado cuenta hasta ahora.

Brucal paseó la mirada por toda la habitación.

—Puede que éste fuera parte del castillo original, o uno de los primeros añadidos. Allí en casa tenemos un túnel que va del castillo hasta los bosques. No conozco ninguna fortaleza que no tenga algo así. —Puso gesto pensativo—. Puede que haya más de esos pasadizos.

Jimmy sonrió.

—Una docena o más. Sólo hay que andar un poco por el techo y se ven algunas paredes muy anchas y esquinas muy raras en los pasillos.

—Gardan, quiero que se levanten planos de cada metro de esos pasadizos —dijo Arutha—. Llévate a una docena de hombres y descubre adonde conduce éste y si tiene más salidas. Y comprueba si el arquitecto real sabe si alguno de estos pasadizos aparece en los planos antiguos.

Gardan hizo un saludo y se fue. Vandros parecía profundamente preocupado.

—Arutha, con todo esto apenas he tenido tiempo de acostumbrarme a la idea de asesinos y hermanos oscuros trabajando en secreto con ellos.

—Por eso quería tener esta charla antes de que empezaran las celebraciones —Arutha se sentó—. El palacio estará abarrotado de extraños. Cada noble que acuda traerá docenas de personas en su séquito. Kasumi quiero a tus tsurani en los puntos clave. Sería imposible infiltrarse entre ellos y están por encima de toda duda. Coordínate con Gardan y, si hace falta, sólo tendremos en el núcleo de palacio a los tsurani, hombres a los que conozco de Crydee y a mi guardia personal —se volvió hacia Jimmy—. Por derecho, debería hacer que te azotaran por esta escapadita. —Jimmy se envaró hasta que vio la sonrisa de Arutha—. Pero estoy seguro de que cualquiera que intentara azotarte acabaría con una daga entre las costillas en agradecimiento por sus esfuerzos. He oído lo de tu enfrentamiento con el escudero Jerome.

—Ese mamarracho se cree que es el gallo de este gallinero.

—Bueno, pues su padre se ha enfadado, y aunque no es uno de mis vasallos más importantes sí que es uno de los más chillones. Mira, deja que Jerome haga el gallito todo lo que quiera. De ahora en adelante estarás junto a mí. Le diré al chambelán deLacy que quedas relevado de todos tus deberes hasta nueva orden. Pero mantén tus vagabundeos bajo control, hasta que nos digas a Gardan o a mí que vas a subir al techo. Uno de mis guardias más excitables podría atravesarte con una flecha antes de reconocerte. Las cosas aquí han estado últimamente algo tensas, por si no te has dado cuenta.

Jimmy ignoró el sarcasmo.

—El tipo primero tendría que verme, Alteza.

Brucal dio un manotazo en la mesa.

—Vaya, tiene lengua el muchacho —dijo con una risotada y una inclinación de cabeza de aprobación.

Arutha también sonrió. Le costaba enfadarse con el joven bribón.

—Suficiente. Tenemos recepciones y banquetes para la semana que viene. Quizá nuestras preocupaciones son por nada y los Halcones Nocturnos ya no existen.

—Ojalá —dijo Laurie.

Sin más discusión, Arutha y sus huéspedes se dispersaron y se fueron a sus habitaciones.

—¡Jimmy!

Jimmy se dio la vuelta y vio que la princesa Anita venía por el pasillo en su dirección, acompañada por dos de los guardias de Gardan y dos damas de compañía. Cuando llegó a su altura, Jimmy le hizo una reverencia. Ella le presentó la mano y él la besó levemente, como le había enseñado Laurie.

—Vaya joven cortesano en que te has convertido —comentó ella, y ambos siguieron andando.

—Parece que el destino se ha interesado por mí, princesa. Nunca tuve más ambiciones que convertirme en una fuerza a tener en cuenta dentro de los Burladores, quizá incluso en el próximo Hombre Íntegro, pero ahora me encuentro con que mi vida tiene unos horizontes mucho más amplios.

Ella sonrió mientras sus damas murmuraban ocultándole la boca con las manos. Jimmy no había visto a la princesa desde su llegada el día anterior, y de nuevo sentía en su interior aquel débil tirón que había sentido el año pasado. Había dejado atrás su enamoramiento infantil, pero la princesa le seguía gustando mucho.

—¿Entonces es que ha crecido tu ambición, Jimmy la Mano?

—Escudero James de Kronдор, Vuestra Alteza —dijo él en fingido tono de reproche, y ambos compartieron unas risas—. Mirad, princesa, son tiempos de cambio en el Reino. La larga guerra con la tsurani nos ha robado muchos hombres con títulos. El conde Volney está actuando de canciller, y no hay duques en Salador ni Bas-Tyra. ¡Tres feudos sin señores! Parece posible que un hombre con astucia y talento logre medrar en esta situación.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Anita, mostrando su regocijo por el descaro del muchacho en sus brillantes ojos verdes y su sonrisa.

—Todavía no, por lo menos no del todo, pero puedo ver la posibilidad de disfrutar algún día de un título superior a escudero. Quizá incluso... duque de Kronдор.

—¿Primer Consejero del príncipe de Kronдор? —dijo Anita con burlón tono de asombro.

Jimmy le guiñó un ojo.

—Tengo buenos contactos. Soy amigo íntimo de su prometida.

Ambos rieron. Anita lo cogió del brazo.

—Va a estar bien tenerte aquí con los dos. Me alegra que Arutha te encontrara tan pronto. No pensaba que fuera ser fácil conseguirlo.

Jimmy titubeó un paso. No se le había ocurrido que Arutha no le diría a Anita lo del asesino, pero ahora se daba cuenta que no lo había hecho. Por supuesto, se dijo Jimmy, no querría ensombrecer la boda. Enseguida recuperó la compostura.

—Fue más un accidente que otra cosa. Su Alteza nunca dijo nada de buscarme.

—No sabes lo preocupados que estuvimos Arutha y yo todo el tiempo después de salir de Kronдор. La última vez que te vimos huías de los hombres de Guy por los muelles. No supimos nada de ti. Pasamos tan rápido por Kronдор de camino a la coronación de Lyam que no pudimos descubrir qué te había pasado. Lyam envió indultos para Trevor Hull y sus hombres, y les concedió un estipendio por habernos ayudado, pero ninguno sabía lo que había sido de Jimmy. Hice a Arutha prometer que empezaría a indagar enseguida. No pensaba que fuera a nombrarte escudero tan pronto, pero sabía que tenía planes para ti.

Jimmy se sintió genuinamente conmovido. Esta revelación añadió un nuevo sentido al anterior comentario de Arutha de que le gustaba pensar que ya eran amigos.

Anita se detuvo y señaló una puerta.

—Tengo que ir a que me hagan una prueba. Mi trajede boda llegó de Rillanon esta mañana. —Se inclinó y besó a Jimmy en la mejilla—. Tengo que dejarte.

Jimmy tuvo que reprimir unas emociones extrañas y sobrecogedoramente fuertes.

—Alteza... yo también me alegro de estar aquí. Nos lo pasaremos en grande.

Ella se rio y cruzó la puerta con sus damas, mientras los guardias tomaban posiciones fuera. Jimmy esperó hasta que se cerró la puerta y luego se alejó silbando una alegre cancioncilla. Pensó en las últimas semanas de su vida y llegó a la conclusión de que era feliz, a pesar de los asesinos y de las botas demasiado apretadas.

Al torcer una esquina para entrar en un pasillo menos frecuentado, Jimmy se detuvo. En un instante tuvo la daga en la mano, y se quedó mirando un refulgente par de ojos en las sombras que había ante él. Entonces, con un sonido de olfateo, el propietario de aquellos ojos rojos que casi brillaban salió despacio a la luz. Cubierta de escamas verdes, la criatura sería del tamaño de un mastín pequeño. Su cabeza era parecida a la de un lagarto, con el morro redondeado, y tenía dos grandes alas plegadas en la espalda. Un cuello largo y sinuoso le permitió a la criatura mirar hacia atrás por encima de una cola igualmente larga cuando una voz infantil lo llamó.

—¡Fantus!

Un niño pequeño, de no más de seis años, llegó corriendo para rodear con sus brazos el cuello de la criatura. Levantó la vista hacia Jimmy, mirándolo con unos serios ojos oscuros.

—No va a hacerle daño, señor.

Jimmy se sintió de repente incómodo empuñando la daga, y la envainó rápidamente. Obviamente la criatura era una mascota, aunque una bastante rara.

—¿Cómo lo has llamado...?

—¿A él? Fantus. Es mi amigo y es muy listo. Sabe muchas cosas.

—Supongo que sí —admitió Jimmy, al que seguía incomodando la mirada de la criatura—. ¿Qué es?

El chico miró a Jimmy como si fuera la viva estampa de la ignorancia.

—Un draco de fuego —dijo—. Acabamos de llegar y nos ha seguido desde casa. Puede volar, ya sabes. —Jimmy sólo asintió—. Tenemos que volver. Mami se va a enfadar si no estamos los dos en nuestra habitación. —Tirando de la criatura, el chico se alejó sin decir más.

Jimmy se quedó inmóvil durante un minuto completo, y luego miró a su alrededor como buscando algún testigo que confirmara la visión que había presenciado, sacudiéndose el asombro, el muchacho ladrón siguió su camino. Tras un pequeño rato, pudo oír el sonido del rasgueo de las cuerdas de un laúd.

Jimmy salió del pasillo y entró en un gran jardín, donde Laurie estaba afinando su laúd. El chico se sentó en el filo de una jardinera, cruzando los pies.

—Para ser un juglar tienes un aspecto bastante triste.

—Es que soy un juglar triste.

Laurie efectivamente parecía menos animado de lo habitual. Trasteó las cuerdas de su laúd y entonó una melodía solemne.

—Deja ya la oda fúnebre, cantante —dijo Jimmy tras varios minutos—. Se supone que son días de alegría. ¿A qué viene esa cara tan larga?

Laurie suspiró, con la cabeza inclinada a un lado.

—Eres un poco joven para comprender...

—¡Ja! Prueba a ver —interrumpió Jimmy.

Laurie soltó el laúd.

—Es la princesa Carline.

—Sigue queriendo casarse contigo, ¿no?

Laurie abrió la boca de par en par.

—¿Cómo...?

Jimmy se rio.

—Llevas demasiado tiempo entre nobles, cantante. Pero para mí todo esto es nuevo. Yo sigo siendo capaz de hablar con los criados. Y lo más importante, sé

escuchar. Esas doncellas de Rillanon explotaban de ganas de contarle a las de aquí todos los cotilleos sobre la princesa Carline y tú. Eres todo un tema de conversación.

A Laurie no pareció divertirse el regodeo de Jimmy.

—Supongo que habrás oído toda la historia.

Jimmy asumió una actitud indiferente.

—La princesa es una joya, pero yo crecí en una casa de putas, así que mi visión de las mujeres es algo menos... idealizada. —Al pensar en Anita bajó un poco la voz—. Aún así, tengo que admitir que las princesas parecen diferentes del resto.

—Muy amable de tu parte el darte cuenta —comentó secamente Laurie.

—Hombre, puedo decirte esto: tu princesa es la mujer más atractiva que he visto, y he visto muchas, incluyendo a las cortesanas más caras, y algunas de ellas son muy especiales. La mayoría de los hombres que conozco venderían a sus queridas madres para conseguir su atención. ¿Cuál es el problema entonces?

Laurie miró al chico por unos instantes.

—Mi problema es esto de ser noble.

Jimmy se rio, un genuino sonido de diversión.

—¿Qué problema? Puedes darle órdenes a la gente y echarle las culpas a otro.

—Dudo que Arutha y Lyam estuvieran de acuerdo —rio Laurie.

—Bueno, los reyes y los príncipes son diferentes, pero la mayoría de los nobles de por aquí no me han demostrado nada. El viejo Volney tiene algo de cerebro, pero tampoco tiene demasiadas ganas de estar aquí. El resto sólo quieren ser importantes. Demonios, músico, deberías casarte con ella. Así quizá mejorarías la raza.

Laurie le lanzó un puñetazo de broma a Jimmy, riéndose cuando el descarado joven lo esquivó con facilidad, también muerto de risa. Una tercera risa hizo que Laurie se diese la vuelta.

Un hombre bajo, delgado, de pelo oscuro y ataviado con ropas de excelente calidad pero corte sencillo estaba de pie contemplando la escena.

—¡Pug! —exclamó Laurie, levantándose de un salto para ir a abrazar al hombre—. ¿Cuándo has llegado?

—Hará unas dos horas. He tenido una breve reunión con Arutha y el rey. Ahora están con el conde Volney, discutiendo los preparativos para el banquete de bienvenida de esta noche. Pero Arutha insinuó que estaba sucediendo algo extraño y me sugirió que te buscara.

Laurie le hizo un gesto a Pug para que se sentara, y él mismo se sentó junto a Jimmy.

—Tengo muchas cosas que contarte —dijo Laurie tras hacer las presentaciones—, pero primero: ¿cómo están Katala y el niño?

—Perfectamente. Katala está ahora en nuestras habitaciones, cotilleando con Carline —Laurie volvió a parecer deprimido a la mención de la princesa—. William

anda corriendo detrás de Fantus.

—¿Esa cosa es tuya? —exclamó Jimmy.

—¿Fantus? —Pug rio—. Entonces ya lo has visto. No, Fantus no es de nadie. Viene y va según le da la gana, Por eso está aquí sin permiso de nadie.

—Dudo que esté en la lista de invitados del chambelán de Lacy —dijo Laurie—. Mira, mejor te pongo al día con los asuntos de importancia. —Pug miró a Jimmy—. Esta fuente de problemas de aquí ha estado en el meollo de las cosas desde el principio. No va a oír nada que no sepa ya.

Laurie contó lo que había sucedido, y Jimmy fue añadiendo algunos fragmentos de información que el juglar pasaba por alto.

—Este asunto de la nigromancia es una cosa maligna —dijo Pug cuando hubieron acabado—. Aunque ninguna otra cosa de lo que has dicho fuese indicio de poderes oscuros, eso sí que lo es. Esto entra dentro de la provincia de los sacerdotes, más que de la provincia de los magos, pero Kulgan y yo ayudaremos en todo lo que podamos.

—¿Entonces Kulgan también ha venido de Stardock?

—No hubiera habido ninguna forma de detenerlo. Arutha fue estudiante suyo ¿recuerdas? Además, aunque él nunca lo admitiría, creo que echaba de menos sus discusiones con el padre Tully. Y no había duda de que Tully oficiaría la boda de Arutha. Creo que eso es lo que está haciendo Kulgan ahora, discutir con Tully.

—No he visto a Tully, pero debía llegar esta mañana con la gente de Rillanon que ha venido a paso más lento que la comitiva real. A sus años prefiere tomarse las cosas con calma —dijo Laurie.

—Ya debe haber pasado de los ochenta años.

—Está cerca de los noventa, pero no ha perdido brío. Deberías oírlo en el palacio de Rillanon. Si un escudero o paje falla en sus lecciones le echa una regañina que hace salir ampollas en la espalda.

Pug se rio.

—¿Cómo van las cosas ente Carline y tú, Laurie? —añadió Pug de forma casi casual.

Laurie gruñó y Jimmy escondió una risita.

—De eso hablábamos cuando tú apareciste. Bien, mal, no lo sé.

Los ojos oscuros de Pug mostraron simpatía.

—Conozco la sensación, amigo. Cuando éramos niños, allá en Crydee... Pero recuerda que fuiste tú quien me hizo cumplir la promesa de presentártela si algún día volvíamos a Midkemia de Kelewan —sacudió la cabeza—. Es bueno saber que algunas cosas nunca cambian —añadió con una carcajada.

Jimmy se bajó del banco de un salto.

—Bueno, tengo que irme. Me alegro de haberte conocido, mago. Anímate, cantante. O te casarás con la princesa o no.

Se fue a la carrera, dejando a Laurie enredado en la lógica de aquella afirmación mientras Pug se reía a carcajadas.

7

Boda

Jimmy merodeaba por el gran salón.

Estaban preparando el salón del trono del príncipe, y los demás escuderos estaban supervisando a los pajes y mozos mientras se daban los últimos toques. Todos tenían la cabeza puesta en la ceremonia, que debía comenzar en menos de una hora. Jimmy había descubierto que el precio de que lo excusaran de sus deberes era no tener nada que hacer, por fin, y como Arutha ciertamente no lo quería tener encima en estos momentos, era libre de buscarse sus propias distracciones.

Jimmy no podía quitarse de encima la sensación de que, con toda la excitación, pocos se preocupaban por los pasados peligros del príncipe. Los horrores encontrados en la Casa de los Sauces habían quedado ocultos tras pilas de arreglos florales y decoraciones festivas.

Jimmy notó una torva mirada de soslayo del escudero Jerome e, irritado, dio un amenazador paso al frente en dirección al chico de mayor edad. Jerome repentinamente tuvo necesidad de estar en otro sitio y se fue a toda prisa.

Desde detrás le llegó una risa. Jimmy vio a un sonriente escudero Locklear que llevaba una guirnalda de flores hasta un centinela tsurani, que la inspeccionó cuidadosamente. De todos los demás escuderos, sólo Locky le demostraba a Jimmy el más leve indicio de amistad. Los otros eran indiferentes o abiertamente hostiles. A Jimmy le gustaba aquel chico menor que él, aunque soliera parlotear incesantemente acerca de las cosas más insignificantes. Es el hijo menor, pensaba Jimmy, el ojito derecho de su madre. Duraría menos de cinco minutos en las calles. Aún así, estaba un peldaño por encima de los demás, a los que Jimmy consideraba una panda de aburridos. Lo único de ellos que divertía a Jimmy eran sus patéticas imitaciones de conocimiento mundano. No, Arutha y sus amigos eran un grupo más interesante que los escuderos con sus chistes verdes, sus lujuriosas especulaciones sobre esta o aquella sirvienta, y sus pequeños juegos de intrigas. Jimmy saludó a Locky con la mano y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir esperó a que entrara uno de los mozos. Un ramitode flores se cayó de la carga del hombre, y Jimmy se agachó para recogerlo. Al

entregárselo al mozo, Jimmy se dio repentinamente cuenta de algo. Los capullos, crisantemos blancos, brillaban con un débil matiz ámbar.

Jimmy miró hacia atrás por encima del hombro y luego hacia arriba. A cuatro pisos de altura, el alto techo abovedado de la estancia estaba perforado por grandes vidrieras, cuyos colores apenas podían distinguirse a menos que el sol les diera directamente. Jimmy estudió las ventanas, ya que volvía a tener una de sus intuiciones de que algo no iba bien. Entonces lo comprendió. Las ventanas estaban abocinadas, no menos de metro y medio o dos metros de profundidad, espacio más que de sobra para ocultar a un asesino sigiloso. ¿Pero cómo subiría alguien hasta ahí? El salón estaba diseñado de forma que harían falta andamios para subir a limpiar las ventanas, y la habitación había estado constantemente ocupada los últimos días.

Jimmy salió rápidamente del salón, recorrió un pasillo y salió a un jardín en terrazas que corría paralelo al gran salón del príncipe.

Una pareja de guardias, que hadan la ronda entre las murallas y el complejo del palacio, se le acercaron, y Jimmy los detuvo.

—Corred la voz. Voy a fisgar un poco en el tejado del salón principal.

Los guardias intercambiaron miradas, pero el capitán Gardan había ordenado que no había que ponerle impedimentos al extraño escudero si se le veía paseando por los tejados. Uno le hizo un saludo militar.

—Por supuesto, escudero. Correremos la voz para que nuestros compañeros de las murallas no os usen como blanco de prácticas.

Jimmy recorrió el exterior de la pared del salón principal. El jardín quedaba a la izquierda de la estancia, según se entraba por las puertas principales, suponiendo que se pudiera ver a través de las paredes, se dijo Jimmy. Ahora, si yo fuera un asesino, ¿por dónde treparía? Jimmy miró y vio una espaldera que subía por la pared de un pasillo anejo. Pasar desde allí arriba hasta el tejado del salón principal no entrañaría mucha dificultad, así que...

Jimmy dejó los pensamientos y actuó. Examinó la estructura de las paredes y se quitó las odiadas botas. Marineó por la espaldera y llegó hasta el tejado del pasillo anejo. Desde allí saltó ágilmente hasta una comisa baja que rodeaba el salón principal. Reptó por ella, moviéndose con asombrosa destreza, apretando la cara contra los sillares, avanzando hacia el fondo del salón principal. Cuando estuvo a medio camino de la esquina levantó los ojos. Un piso más arriba lo esperaban las partes bajas de las ventanas, provocadoramente cerca. Pero Jimmy sabía que necesitaba una posición mejor para emprender la escalada, así que siguió hasta llegar al último tercio del salón. Aquí, tras la parte del salón ocupada por el estrado del trono del príncipe, el edificio tenía un contrafuerte, que le proporcionaba a Jimmy medio metro de muro en ángulo recto con la pared a la que se abrazaba. Ahora tenía un buen punto de apoyo en el ángulo. Jimmy tanteó hasta que sus dedos descubrieron una grieta entre

dos sillares. Dio un buen uso a su experiencia, cargando el peso al otro lado mientras los dedos de sus pies buscaban otro hueco. Lentamente, poco a poco, empezó a subir, trepando en el ángulo entre los dos lienzos de muralla desafiando a la gravedad. Era una tarea exigente, que requería una completa concentración, pero has lo que pareció una eternidad alargó un brazo y tocó la cornisa que había bajo las ventanas. A pesar de sólo medir unos treinta centímetros de ancho, aquella cornisa era una barrera potencialmente fatal, ya que un descuido podía mandar a Jimmy a la muerte cuatro pisos más abajo. Jimmy alargó una mano, se agarró firmemente a la cornisa y soltó la otra mano. Durante un momento se quedó colgado sólo por una mano, luego se agarró con la otra y con un tirón puso una pierna sobre la cornisa.

De pie sobre la estrecha comisa, Jimmy torció la esquina que había sobre el estrado del trono, se puso frente a la ventana y miró por ella. Limpió un poco de polvo y quedó deslumbrado brevemente por el sol, visible a través de esa ventana y de otra que había frente a ella. Se tapó los ojos del sol y esperó a que la vista volviera a acostumbrarse a la oscuridad interior del gran salón. Mirar por allí sería difícil hasta que el ángulo de incidencia del sol cambiara. Entonces Jimmy sintió que el cristal se movía bajo sus dedos y de repente unas poderosas manos se cerraron en torno a su boca y su garganta.

Conmocionado por el súbito ataque, Jimmy se quedó helado un momento y ya estaba aferrado con demasiada firmeza cuando empezó a forcejear. Un fuerte golpe en la sien lo aturdió y el mundo pareció dar vueltas a su alrededor.

Cuando se le aclaró finalmente la vista, Jimmy pudo ver ante sí el rostro de Jack el Risueño con una sonrisa feroz. El falso Burlador no sólo estaba vivo, sino en palacio, y a juzgar por su expresión y por la ballesta que tenía allí al lado, dispuesto y preparado a matar.

—Hombre, tú, pequeño bastardo —dijo mientras amordazaba a Jimmy— ya has aparecido demasiadas veces donde no era asunto tuyo. Te destriparía aquí y ahora, pero no quiero arriesgarme a que alguien note que cae sangre desde arriba. —Se movía por el estrecho hueco que había entre el cristal y el espacio abierto del salón—. Pero una vez que el trabajo esté hecho, para abajo vas, chaval. —Señaló al suelo del salón. Apretó las ligaduras que ataban las manos y pies de Jimmy haciendo que le dolieran. Jimmy intentó hacer ruido, pero éste se perdió con el murmullo de la conversación de los huéspedes de abajo. Jack golpeó de nuevo a Jimmy en la cabeza, lo que hizo que al chico le volviera a dar vueltas. Jimmy vio a Jack volverse para otear el salón justo antes de que la oscuridad se lo tragara.

Jimmy permaneció inconsciente durante un tiempo indeterminado, ya que cuando recuperó el sentido, pudo oír los cánticos de los sacerdotes al entrar en el salón. Sabía que el rey, Arutha y los demás miembros de la corte entrarían inmediatamente después de que el padre Tully y los demás sacerdotes estuvieran en

posición.

Jimmy sintió que el pánico crecía en su interior. Ya que le habían eximido de sus deberes, nadie se daría cuenta de su ausencia en la excitación del momento. Jimmy forcejeó, pero Jack, siendo Burlador, sabía como hacer que librarse de esos nudos fuera difícil. Con tiempo y disposición a perder algo de piel y sangre, Jimmy lograría librarse de las cuerdas, pero el tiempo era un bien escaso en aquellos momentos. Con el forcejeo, sólo logró cambiar de posición y encararse con la ventana. Se dio cuenta de que la habían manipulado para que un panel grande de cristal se abriera como una puerta. Alguien había preparado esta ventana días antes.

Un cambio en los cánticos de abajo le dijo a Jimmy que Arutha y los demás estaban en su sitio y Anita estaba comenzando su largo recorrido por el pasillo entre las hileras de bancos. El chico miró a su alrededor frenéticamente, buscando alguna forma de romper sus ligaduras o hacer suficiente ruido para alertar a los de abajo. Los cánticos llenaban el salón con un coro de voces capaz de enmascarar una pelea, y Jimmy supo que algo tan débil como patear el cristal sólo conseguiría que Jack volviera a golpearle en la cabeza. Jimmy pudo oír movimiento cerca, durante una pausa del coro, y supo que Jack estaba poniendo el dardo en la ballesta.

El cántico se detuvo, y Jimmy oyó la voz de Tully empezando con las admoniciones para el novio y la novia. Vio a Jack apuntando. Jimmy estaba doblado en el estrecho espacio de la ventana, apretado contra el cristal por Jack, que estaba arrodillado. El Risueño le echó una mirada al muchacho al empezar éste a revolverse. Jimmy era incapaz incluso de patear a Jack, que se detuvo un momento, evidentemente tratando de decidir si dispararle a su objetivo o silenciar a Jimmy primero. A pesar de toda la pompa, la ceremonia en sí era breve, así que Jack pareció dispuesto a arriesgarse a que el muchacho lo molestara unos minutos más.

Jimmy era joven, estaba en buena forma y era un acróbata consumado tras años paseándose por los tejados de Krongor. Actuó sin pensar y flexionó su cuerpo arqueándolo hacia arriba, de forma que la cabeza y los pies estuvieron contra los lados del abocinamiento. Medio rodó y medio dio la vuelta, y de repente estuvo sentado con la espalda apoyada en la vidriera. Jack se volvió a mirar al muchacho y maldijo en un susurro. No podía permitirse desperdiciar este único disparo. Una rápida mirada abajo le confirmó que el chico no había alertado a nadie. Jack levantó de nuevo la ballesta y apuntó.

El campo visual de Jimmy pareció contraerse, como si lo único que pudiera ver fuera el dedo de Jack en el disparador de la ballesta. Vio el dedo empezar a contraerse, y estiró las piernas en un intento desesperado. Sus pies descalzos dieron de refilón al asesino en el momento en que disparaba la ballesta. Jack se volvió sorprendido y Jimmy volvió a patear con ambos pies. Por un momento pareció que Jack estaba sentado tranquilamente en el borde del abocinamiento de la ventana. Entonces

empezó a caer hacia fuera, mientras sus manos trataban desesperadamente de encontrar un asidero.

Las manos de Jack se aferraron a los lados del abocinamiento y detuvieron su caída. Se quedó colgado en el aire, inmóvil por un instante, y entonces sus manos empezaron a resbalarse por la piedra. Jimmy se dio cuenta de que pasaba algo raro, y percibió que los cánticos, casi constantes durante toda la ceremonia, se habían detenido. Mientras Jack se resbalaba hacia el vacío, Jimmy oyó gritos y alaridos provenientes de abajo.

Entonces Jimmy sintió un tirón y su cabeza golpeó la piedra. Sentía como si le estuvieran arrancando las piernas de las caderas, y el chico supo que Jack se había agarrado a la única cosa a la que había podido llegar, los tobillos de Jimmy. Este fue arrastrado hacia fuera a medida que el peso de Jack los hacía avanzar a ambos hacia la muerte. Jimmy forcejeó, tirando hacia atrás con todas sus fuerzas, arqueando el cuerpo para detener el deslizamiento. Pero para lo que le sirvió, bien podía haber tenido una pesa de hierro atada a los pies. Huesos y músculos protestaron, pero no lograba moverse ni un centímetro para librarse de Jack. Lo arrastraba hacia fuera poco a poco, sus piernas, caderas y espalda rozando con la piedra, la tela de sus pantalones y su blusa manteniendo intacta la piel. De repente se encontró de pie, cuando el peso de Jack alteró su equilibrio por un instante, balanceándose en el filo del abocinamiento.

Entonces cayeron. Jack soltó al chico, pero Jimmy no lo notó. Las losas del suelo se les acercaron a toda velocidad, para aplastarlos en un duro abrazo. Jimmy pensó que estaba perdiendo la cabeza, ya que las piedras cada vez se acercaban más lentamente, como si algún poder hubiera ordenado prolongar los últimos segundos de su vida. En ese momento Jimmy se dio cuenta de que alguna fuerza lo estaba controlando y ralentizando su descenso. Con un golpe no muy suave se encontró en el suelo del salón principal, levemente aturdido pero decididamente vivo. Guardias y sacerdotes lo rodearon y unas manos lo pusieron enseguida en pie mientras se preguntaba por aquel milagro. Vio al mago Pug mover las manos en algún tipo de encantamiento, y sintió que aquella extraña lentitud se desvanecía. Los guardias cortaron sus ligaduras y Jimmy se dobló de dolor al recuperar el flujo sanguíneo en pies y manos, que sintió como hierros al rojo. Casi se desmayó. Dos soldados lo cogieron por los brazos e impidieron que se cayera. Cuando sus sentidos se aclararon, vio a media docena de soldados o más reteniendo a Jack, mientras otros buscaban el negro anillo envenenado o algún otro medio de suicidio.

Jimmy miró a su alrededor, mientras se le aclaraba la cabeza. En torno suyo, toda la habitación parecía estar paralizada por el horror. El padre Tully estaba junto a Arutha, y unos guardias tsurani rodeaban al rey, recorriendo con la mirada cada rincón de la habitación. El resto de la gente miraba a Anita, que estaba entre los

brazos de Arutha, arrodillado en las losas de piedra. Sus velos y el traje de boda estaban abiertos y esparcidos a su alrededor, y parecía dormir en sus brazos. Era una visión de blanco prístino en la tarde, salvo por una mancha escarlata que crecía rápidamente en su espalda.

Arutha estaba conmocionado. Estaba inclinado hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y sus ojos miraban al vacío, desenfocados, sin ver a ninguno de los que estaban con él en la antecámara. Sólo podía ver los últimos minutos de la ceremonia, repitiéndose una y otra vez en su mente.

Anita acababa de pronunciar sus votos, y Arutha escuchaba la bendición final de Tully. De repente se le puso una expresión muy rara y pareció tropezar, como si la hubieran empujado por detrás. Él la cogió, extrañado de que se cayera, ya que era grácil por naturaleza. Intento pensar en alguna broma que rompiera la tensión, porque supo que ella se sentiría avergonzada de haberse caído. Y parecía tan seria, con los ojos abiertos de par en par y la boca a medio abrir como si quisiera preguntar algo importante. Cuando oyó el primer grito, levantó la vista y vio al hombre colgando de la ventana por encima de la plataforma. Al instante todo empezó a ir muy deprisa. La gente gritaba y señalaba y Pug corría, lanzando un hechizo. Y Anita no se ponía en pie, a pesar de que él trataba de ayudarla. Entonces vio la sangre.

Arutha enterró el rostro en las manos y lloró. Nunca antes en su vida había sido incapaz de controlar sus emociones. Carline lo abrazó fuerte y sus lágrimas cayeron con las de él. Ella lo había acompañado desde que Lyam y tres guardias lo arrancaron del lado de Anita, dejando a los sacerdotes y cirujanos para que hicieran su trabajo. La princesa Alicia estaba en sus habitaciones, casi postrada de dolor. Gardan había salido con Martin, Kasumi y Vandro, a supervisar a los guardias que patrullaban el palacio en busca de más intrusos. Por orden de Lyam, el palacio había quedado sellado pocos minutos después del intento de asesinato. Ahora el rey paseaba por la habitación en silencio, mientras Volney estaba en un rincón, conversando en voz baja con Laurie, Brucal y Fannon. Todos esperaban órdenes.

La puerta de la sala se abrió y un guardia tsurani dejó entrar a Jimmy. Éste andaba a duras penas, ya que sus piernas habían sido estiradas y magulladas seriamente. Lyam y los demás vieron como el muchacho ladrón se ponía frente a Arutha.

Jimmy intentó hablar, pero no le salieron las palabras. Igual que Arutha, había revivido una y otra vez el momento del ataque en su mente mientras un acólito de Nathan le vendaba las piernas. Su memoria le había estado jugando malas pasadas constantemente, ya que veía el rostro de Arutha hacía días cuando le había contado sus sentimientos de amistad, luego de repente veía la cara del príncipe arrodillado sosteniendo a Anita, conmoción y extrañeza en sus rasgos. Entonces Jimmy recordaba a Anita de pie en el pasillo antes de entrar a probarse el vestido. Esa imagen

se desvanecía y una vez más veía a Arutha depositarla lentamente en el suelo mientras los sacerdotes corrían a su lado.

Jimmy intentó hablar cuando Arutha levantó la mirada. Los ojos del príncipe se clavaron en el muchacho.

—¿Por qué...? Jimmy... no te vi allí.

Jimmy vio la pena y el dolor en aquellos ojos marrón oscuro y sintió algo romperse en su interior. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Yo... yo intenté —hablaba en voz baja. Tragó saliva; algo parecía estar quitándole el aliento. Su boca se movió, pero no salió sonido alguno—. Lo siento —logró susurrar al fin. De repente, se echó de rodillas frente a Arutha—. Lo siento.

Arutha lo miró sin comprender durante unos instantes, y luego negó con la cabeza. Puso la mano en el hombro de Jimmy.

—No pasa nada. No fue culpa tuya.

Jimmy apoyó la cabeza entre las rodillas de Arutha, sollozando ruidosamente mientras Arutha trataba de consolarlo. Laurie se arrodilló junto al chico.

—No podrías haber hecho más de lo que hiciste.

—Pero debería haberlo hecho —dijo Jimmy levantando la cabeza para mirar a Arutha.

Carline se inclinó y le acarició dulcemente la mejilla, enjugándole las lágrimas.

—Fuiste a investigar, algo que nadie hizo. ¿Quién sabe qué habría pasado si no lo hubieras hecho? —No expresó el pensamiento de que si Jimmy no hubiera golpeado a Jack el Risueño al disparar, ahora Arutha podría estar muerto. Pero Jimmy estaba desconsolado.

—Debería haber hecho más —dijo.

Lyam se acercó hasta donde estaban Laurie, Carline y Arutha rodeando a Jimmy. El también se arrodilló junto al muchacho, y Laurie se apartó para dejarle sitio.

—Hijo, he visto hombres acostumbrados a luchar contra los trasgos palidecer ante la idea de trepar hasta donde tú lo hiciste. Todos tenemos nuestros miedos —dijo en voz baja—. Pero cuando pasa algo terrible, todos pensamos siempre que deberíamos haber hecho algo más. —Puso su mano sobre la de Arutha, que aún estaba en el hombro de Jimmy—. Acabo de ordenarles a los guardias tsurani responsables de vigilar el salón que no se suiciden. Al menos tú no tienes ese retorcido sentido del honor.

—Si pudiera cambiarme por la princesa, lo haría —dijo Jimmy muy en serio.

—Sé que lo harías, hijo, sé que lo harías —dijo Lyam solemnemente.

Arutha habló, como si lentamente estuviera volviendo de algún lugar lejano.

—Jimmy... quiero que sepas... que hiciste bien. Gracias —trató de sonreír.

Jimmy, con las mejillas todavía empapadas de lágrimas se abrazó fuertemente a las rodillas de Arutha, y luego se sentó, limpiándose la cara y devolviéndole la sonrisa

a Arutha.

—No había llorado desde la noche que vi como asesinaban a mi madre.

Carline se llevó la mano a la boca y se puso lívida.

La puerta de la antecámara se abrió y Nathan entró. Sólo vestía una túnica blanca hasta la rodilla, ya que se había despojado de sus ropajes ceremoniales para supervisar los cuidados de la princesa. Se estaba limpiando las manos en un trapo y parecía demacrado. Arutha se puso en pie lentamente, y Lyam lo sostenía por el brazo. Nathan tenía un aspecto lúgubre.

—Vive. Aunque la herida es grave, el dardo se clavó en un ángulo que sólo ha rozado la columna. Si le hubiera dado de lleno la muerte hubiera sido instantánea. Es joven y fuerte, pero...

—¿Pero qué?

—El dardo estaba envenenado, Vuestra Majestad. Y es un veneno destilado empleando artes maléficas, una pócima mezclada con conjuros malignos. Hemos sido incapaces de hacer algo para contrarrestarlo. Ni la alquimia ni la magia, nada funciona.

Arutha parpadeó. La comprensión parecía eludirlo.

Nathan miró a Arutha, sus ojos reflejando su pena.

—Lo siento, Alteza, se está muriendo.

Las mazmorras se encontraban por debajo del nivel del mar, húmedas y oscuras, el aire cargado con el olor acre del moho y las algas. Un guardia se apartó mientras otro abría una chirriante puerta para que la atravesaran Lyam y Arutha. Martin esperaba en uno de los extremos de la sala de tortura, hablando en voz baja con Vandros y Kasumi. Esta habitación no se utilizaba desde mucho antes de los tiempos del príncipe Erland, salvo el corto periodo de tiempo en que la policía secreta de Jocko Radbum la había usado para interrogar prisioneros durante el gobierno de du Bas-Tyra.

La habitación había sido limpiada de los habituales instrumentos de tortura, aunque habían devuelto un brasero a su antiguo sitio y en su interior se calentaban unos hierros. Uno de los soldados de Gardan se ocupaba de los carbones ardientes. Jack el Risueño estaba de pie, encadenado a un pilar de piedra, con las manos sobre la cabeza. Lo rodeaba un círculo de seis tsurani, lo bastante cerca para que el quejumbroso prisionero los rozara con cada movimiento. Todos miraban hacia fuera, manteniendo un nivel de alerta inalcanzable incluso para los más leales de la guardia personal de Arutha.

En otro extremo de la habitación, el padre Tully abandonó la compañía de otros sacerdotes, todos los cuales habían estado presentes en la boda.

—Hemos dispuesto los conjuros defensivos más poderosos —le dijo a Lyam—,

pero algo está tratando de llegar hasta él —señaló a Jack—. ¿Cómo está Anita?

Lyam negó lentamente con la cabeza.

—Ese dardo estaba envenenado mágicamente de algún modo. Nathan dice que el tiempo se le agota.

—Entonces hay que interrogar al prisionero enseguida —dijo el viejo sacerdote—. No tenemos ni idea de a qué nos enfrentamos.

Jack gimió en voz alta. La furia de Arutha crecía hasta casi ahogarlo. Lyam se adelantó apartando a su hermano, le hizo un gesto a un guardia para que se echara a un lado y miró al ladrón a los ojos. Jack el Risueño le devolvió la mirada con unos ojos desorbitados de terror. Su cuerpo brillaba y el sudor le chorreaba por la nariz ganchuda. Cada vez que se movía, emitía un gemido. Evidentemente, los tsurani no habían sido muy amables con él al registrarlo. Jack intentó hablar, se humedeció los labios con la lengua y volvió a intentarlo.

—Por favor... —su voz sonaba ronca—. No dejéis que él me atrape.

Lyam se le acercó y lo agarró, cerrando su mano sobre la cara de Jack como un cepo.

—¿Qué veneno has usado? —le preguntó sacudiéndole la cabeza.

Jack estaba al borde de las lágrimas cuando habló.

—No lo sé. ¡Lo juro!

—Te sacaremos la verdad, hombre. Más te vale responder, porque podemos hacer que lo pases muy mal. —Lyam le señaló los hierros candentes.

Jack intentó reírse, pero el sonido se convirtió en un gorgoteo.

—¿Mal? ¿Crees que temo a los hierros? Escúchame, rey del maldito Reino, con mucho gusto te dejaría que me abrasaras el hígado si me prometieras no dejar que él me lleve. —La última afirmación tenía cierto matiz de histeria.

Lyam recorrió rápidamente la habitación con la mirada.

—¿Dejar que se lo lleve quién?

—Lleva una hora gritando que no dejemos que él se lo lleve —dijo Tully. La expresión del sacerdote se tornó pensativa—. Ha hecho un pacto con poderes oscuros. ¡Y ahora tiene miedo de pagar! —dijo con repentina certidumbre.

Jack asintió con gran énfasis y los ojos desorbitados.

—Sí, sacerdote, igual que hubieras hecho tú si te hubiera tocado aquella oscuridad —dijo entre riendo y sollozando.

Lyam cogió a Jack por el grasiento pelo y tiró de su cabeza hacia atrás.

—¿De qué hablas?

Jack abrió los ojos como platos.

—Murmandamus —susurró.

De repente se produjo una ráfaga de viento gélido en la habitación y los carbones en el brasero y las antorchas en la pared parecieron titilar y apagarse.

—¡Está aquí! —chilló Jack fuera de sí.

Uno de los sacerdotes comenzó un cántico y tras un momento las luces intensificaron su brillo. Tully miró a Lyam.

—Eso ha sido... sobrecogedor —tenía el rostro macilento y los ojos desorbitados—. Tiene un poder tremendo. Aprisa, Majestad, pero no pronunciéis ese nombre. Sólo sirve para atraerlo hacia su esbirro aquí presente.

—¿Qué veneno era? —exigió Lyam.

—No lo sé. De verdad —sollozó Jack—. Fue algo que el besatrasgos me dio, el hermano oscuro. Lo juro.

La puerta se abrió y entró Pug, seguido por la rechoncha silueta de otro mago, el cual exhibía una poblada barba gris. Los ojos oscuros de Pug reflejaron el sombrío tono de su voz cuando habló.

—Kulgan y yo hemos establecido defensas mágicas alrededor de esta parte de palacio, pero incluso mientras hablamos algo trata de derribarlas.

—Sea lo que sea, lo que está tratando de entrar es muy decidido —añadió Kulgan, con el rostro sudoroso como si hubiera acabado con algún trabajo pesado—. Con el tiempo suficiente, creo que podríamos desentrañar algo de su naturaleza, pero...

Fue Tully quien acabó la frase.

—... superará las defensas antes de que lo logremos. Así que el tiempo es algo que no tenemos de sobra. Aprisa —dijo dirigiéndose a Lyam.

—Esta cosa a la que sirves, o esta persona, sea lo que sea, dinos lo que sabes —dijo Lyam—. ¿Por qué busca la muerte de mi hermano?

—¡Un trato! —Gritó Jack—. Diré lo que sé, todo, pero no dejéis que él me atrape. Lyam asintió secamente.

—Lo mantendremos lejos de ti.

—No tenéis ni idea —gritó Jack, y su voz se quebró en un sollozo—. Estaba muerto. ¿Lo entendéis? Ese bastardo me disparó a mí en vez de a Jimmy y morí. —Miró a todos los que estaban en la habitación—. Ninguno de vosotros puede entenderlo. Pude sentir como se me iba la vida, y entonces llegó él. Cuando casi estaba muerto, me llevó a aquel sitio frío y oscuro y... me hizo daño. Me mostró... cosas. Dijo que podía vivir y servirle y él me devolvería la vida, o si no... me dejaría morir allí. En aquel momento no podía salvarme porque yo no le pertenecía. Pero ahora sí le pertenezco. Es... maligno.

Julian, el sacerdote de Lims-Kragma, se puso detrás del rey.

—Te mintió, hombre. Ese lugar frío era cosa suya. El amor de Nuestra Señora trae el consuelo para todos los que la abrazan al final. Te mostró una mentira.

—¡Él es el padre de todos los mentirosos! Pero ahora yo soy su criatura. —Jack sollozó—. Dijo que tenía que entrar en palacio y matar al príncipe. Dijo que yo era el único que quedaba y que los otros llegarían demasiado tarde, tardarían días. Tenía

que ser yo. Dije que lo haría, pero... ¡la pifíe y ahora quiere mi alma! —Eso último fue un grito patético, una súplica de piedad que estaba más allá de los poderes del rey conceder.

Lyam se volvió hacia Julián.

—¿Podemos hacer algo?

—Hay un ritual —dijo Julián, y miró a Jack—, pero... morirás, ya lo sabes. Ya has muerto pero estás aquí en virtud de un pacto impío. Lo que deba ser, será. Morirás en menos de una hora. ¿Lo comprendes?

—Sí —sollozó Jack a través de lágrimas y saliva.

—Entonces responderás a nuestras preguntas y nos dirás lo que sabes, y morirás por propia voluntad para liberar tu alma.

Jack cerró los ojos muy apretados y lloró como un chiquillo, pero asintió con la cabeza.

—Entonces dinos lo que sepas de los Halcones Nocturnos y de este plan para asesinar a mi hermano —exigió Lyam.

Jack sorbió y jadeó para tomar aire.

—Hace seis o siete meses Dase el Rubio va y me dice que se ha tropezado con algo que puede hacernos ricos. —A medida que hablaba, la voz de Jack fue perdiendo el matiz de histeria—. Yo le pregunto si lo ha consultado con el Maestre Nocturno, pero dice que no es cosa de los Burladores. Yo no estoy seguro que sea buena idea pasarse con el gremio, pero no me molesta conseguir algún soberano extra por mi cuenta, así que digo «¿Por qué no?» y voy con él. Nos encontramos con este tipo, Havram, que ha trabajado antes con nosotros y hace un montón de preguntas, pero no da ninguna respuesta, así que yo estoy a punto de mandar todo el asunto a paseo antes siquiera de saber de qué va, pero entonces él suelta una bolsa de oro en la mesa y me dice que hay más que ganar. —Jack cerró los ojos y un sollozo estrangulado salió de su garganta—. Fui con el Rubio y Havram a los Sauces, por las alcantarillas. Casi me lo hago encima cuando vi a los besatrasgos, dos de ellos, en el sótano. Pero tenían oro, y yo soy capaz de aguantar mucho por oro. Así que me dicen que tengo que hacer esto y aquello y enterarme de los trajines del Hombre Íntegro, el Maestre Nocturno y el Maestre Diurno y contárselos a ellos. Les digo que eso es una sentencia de muerte, y entonces ellos sacan sus espadas y me dicen que es una sentencia de muerte si no lo hago. Pensé seguirles la corriente y luego echarles encima a mis chicos, pero me subieron a otra habitación en los Sauces, donde había un tipo vestido con túnica y encapuchado. No podía verle la cara, pero hablaba raro, yapestaba. Yo he olido esa peste cuando era niño, y nunca lo olvidaré.

—¿Qué? —dijo Lyam.

—Lo olí una vez en una cueva. Serpiente.

Lyam miró a Tully, que había dado un grito ahogado.

—¡Un sacerdote serpiente pantathiano! —Los demás sacerdotes de la habitación pusieron cara de horror y empezaron a hablar en susurros entre ellos—. Sigue, se acaba el tiempo.

—Entonces empezaron a hacer cosas que yo nunca había visto antes. No soy una virgen inocente, que piensa que el mundo es puro y adorable, pero esos tíos eran algo que yo no había ni soñado. ¡Trajeron una niña! Una niña pequeña, de no más de ocho o nueve años. Pensé que lo había visto todo. El de la túnica sacó una daga y... —Jack tragó saliva, evidentemente obligando al contenido de su estómago a mantenerse allí—. Dibujaron aquellos diagramas con su sangre y pronunciaron algún tipo de juramento. Yo no soy muy creyente, pero siempre he echado alguna moneda en el cepillo de Ruthia o el de Banath en las fiestas de guardar, y me puse a rezarle a Banath como si estuviera robando el tesoro de la ciudad a pleno día. No sé si eso tuvo algo que ver, pero a mí no me obligaron a pronunciar el juramento... —Su voz se quebró en llantos—. ¡Tío, se bebieron su sangre! —Respiró hondo—. Accedí a trabajar con ellos. Todo fue perfecto hasta que me ordenaron tenderle la emboscada a Jimmy.

—¿Quiénes son esos hombres y qué quieren? —preguntó imperiosamente Lyam.

—Un besatrasgos me dijo una noche que hay algún tipo de profecía acerca del Señor del Oeste. El Señor del Oeste debe morir, y entonces sucederá algo.

Lyam miró de reojo a Arutha.

—Dijiste que te habían llamado Señor del Oeste.

Arutha había recuperado cierto autocontrol.

—Sí, dos veces.

Lyam volvió al interrogatorio.

—¿Y qué más?

—No sé —dijo Jack, casi agotado—. Hablaban entre ellos, y yo no era uno de ellos de pleno derecho. —De nuevo hubo un escalofrío en la habitación y los carbones y antorchas titilaron—. ¡Está aquí! —chilló Jack.

Arutha se puso junto a Lyam.

—¿Qué pasa con el veneno? —inquirió.

—No sé —lloriqueó Jack—. Fue algo que el besatrasgos me dio. —Asintió—. Uno de los otros lo llamó «espino de plata».

Arutha recorrió rápidamente la habitación con la mirada, pero pudo ver que nadie reconocía el nombre.

—Ha vuelto —dijo súbitamente uno de los sacerdotes.

Varios de los sacerdotes comenzaron a entonar cánticos, pero se detuvieron.

—Ha superado nuestras defensas —dijo uno de ellos.

—¿Estamos en peligro? —preguntó Lyam a Tully.

—Los poderes oscuros sólo pueden controlar directamente aquellos que se han entregado voluntariamente a ellos —replicó Tully—. Aquí estamos a salvo de ataques

directos.

La habitación empezó a enfriarse mientras las antorchas titilaban enloquecidas, y las sombras se hacían más profundas por todas partes.

—¡No dejéis que me atrape! —Chilló Jack—. ¡Lo habéis prometido!

Tully miró a Lyam, que asintió y le indicó al padre Julián que se hiciera cargo.

El rey hizo un gesto a los guardias tsurani para que le dejaran espacio al sacerdote de Lims-Kragma. El sacerdote se puso frente a Jack.

—¿Encuentras en tu corazón el animoso deseo de recibir la clemencia de Nuestra Señora?

Jack no podía hablar de puro miedo. Parpadeó con unos ojos empapados de lágrimas, y luego asintió. Julián empezó un cántico en voz baja, reposada, y los demás sacerdotes hicieron rápidos gestos. Tully se acercó a Arutha.

—Tranquilo, ahora la muerte está entre nosotros —dijo.

Acabó enseguida. Un momento Jack estaba sollozando incontrolablemente, y al siguiente se derrumbó bruscamente. Sólo las cadenas le impidieron caer al suelo. Julián se dirigió a los demás.

—Ahora está a salvo con la Señora de la Muerte. Ya nada puede hacerle daño.

De repente las paredes mismas de la cámara parecieron temblar. Pudo sentirse una negra presencia en la habitación y se oyó un agudo lamento, como si algo inhumano gritara enfadado al serle robado su esbirro. Todos los sacerdotes, junto a Pug y Kulgan, levantaron una defensa mágica contra el espíritu invasor, y de repente todo quedó inundado de una tranquilidad mortal.

—Ha huido —dijo Tully con aspecto preocupado.

Arutha estaba arrodillado junto a la cama, y su rostro era una máscara pétrea. Anita yacía con su pelo cayendo sobre la almohada blanca como una corona de color rojo oscuro.

—Parece tan pequeñita —dijo Arutha en un susurró. Miró a todos los que estaban en la habitación. Carline estaba cogida del brazo de Laurie, mientras Martin esperaba con Pug y Kulgan junto a la ventana. Los ojos de Arutha les suplicaron a todos. Todos miraban a la princesa excepto Kulgan, que parecía perdido en sus propios pensamientos. Esperaban el momento del fatal desenlace, ya que Nathan había dicho que la joven princesa no duraría ni una hora. Lyam estaba en otra habitación tratando de confortar a la madre de Anita.

Súbitamente Kulgan rodeó la cama y, en una voz que sonó fuerte por el susurrante tono de los demás, interpeló a Tully.

—¿Si tuvieras una pregunta y sólo pudieras formularla una vez, dónde irías?

Tully parpadeó.

—¿Acertijos? —La expresión de Kulgan, con las pobladas cejas grises unidas sobre

la prominente nariz, mostró que no estaba intentando una broma de mal gusto—. Lo siento. Déjame pensar... —el rostro de Tully se contrajo en concentración, y luego miró a Kulgan como si hubiera recordado de repente alguna obviedad—. ¡Sarth!

Kulgan le dio un golpecito en el pecho al viejo clérigo con el índice.

—Exactamente. Sarth.

—¿Por qué Sarth? —dijo Arutha, que había estado siguiendo la conversación—. Es uno de los puertos menos importantes del principado.

—Porque —respondió Tully— cerca de allí hay una abadía ishapiana que se dice que alberga más saber que ningún otro lugar del Reino.

—Y —añadió Kulgan—, si hay algún sitio en el Reino donde podamos descubrir la naturaleza del espinoso de plata y si hay algún antídoto, ese es el lugar.

Arutha miró impotente a Anita.

—Pero Sarth... Ningún jinete podría llegar hasta allí y volver en menos de una semana y...

Pug dio un paso al frente.

—Quizá yo pueda ayudar. Dejad la habitación. Todos excepto los padres Nathan, Tully y Julián —dijo con repentina autoridad—. Laurie, corre a mis habitaciones. Katala te dará un libro grande encuadernado en cuero rojo. Tráelo enseguida. —Laurie partió a la carrera sin hacer preguntas mientras los demás salían de la habitación. Pug habló en voz baja con los sacerdotes—. ¿Pueden ustedes ralentizar el paso del tiempo sobre ella sin hacerle daño?

—Yo conozco ese conjuro —dijo Nathan—. Lo utilicé con el hermano oscuro herido antes de que muriera. Pero sólo ganaremos algunas horas. —Miró a Anita, cuyo rostro ya había adquirido un aspecto azulado. Nathan le tocó la frente—. Está fría al tacto. Se nos va. Hemos de apresurarnos.

Los tres sacerdotes trazaron enseguida la estrella de cinco puntas y encendieron las velas. En pocos minutos habían preparado la habitación y pronto concluyeron el ritual. La princesa yacía, aparentemente dormida, en una cama envuelta por un resplandor rosáceo que sólo podía verse por el rabillo del ojo. Pug hizo salir de la habitación a los sacerdotes y pidió que le trajeran lacre. Martin dio la orden y un paje fue corriendo a buscarlo. Pug tomó el libro que le había pedido a Laurie que le trajera. Volvió a entrar en la habitación, y la recorrió leyendo de dicho volumen. Cuando hubo acabado, salió y comenzó un largo encantamiento. Acabó colocando un sello de lacre en la pared junto a la puerta. Luego cerró el libro.

—Está hecho.

Tully avanzó hacia la puerta, pero la mano de Pug lo detuvo.

—No hay que cruzar el umbral.

El viejo sacerdote miró intrigado a Pug.

—¿No ves lo que ha hecho el chico, Tully? ¡Mira las velas!

Pug se vio obligado a sonreír, ya que incluso después de que le crecieran largos y canosos bigotes seguiría siendo un chico para Kulgan.

Los demás miraron al interior, y en un momento pudieron ver a lo que se refería el rechoncho mago. Las velas que había en las puntas del dibujo estaban encendidas, aunque costaba verlo a la luz del día. Pero cuando se las miraba atentamente se podía ver que no titilaban.

—El tiempo se mueve tan lentamente en la habitación que es casi imposible detectar su paso —dijo Pug—. Las paredes de este castillo se convertirían en polvo antes de que las velas consumieran un décimo de su longitud. Si cualquiera cruzara el umbral quedaría atrapado como una mosca en ámbar. Significaría la muerte, pero el conjuro del padre Nathan reduce los estragos del tiempo dentro de la estrella e impide que la princesa sufra daño.

—¿Cuánto durará? —preguntó Kulgan, obviamente asombrado de su antiguo estudiante.

—Hasta que se rompa el sello.

El rostro de Arutha traicionó sus primeros destellos de esperanza.

—¿Vivirá?

—Ahora vive —dijo Pug—. Arutha, Anita existe entre instantes, y permanecerá así, eternamente joven, hasta que se levante el hechizo. Pero entonces el tiempo volverá a fluir con normalidad para ella y necesitará una cura, si es que existe.

Kulgan dejó escapar un audible suspiro.

—Entonces hemos ganado lo que nos hacía falta. Tiempo.

—Sí, ¿pero cuánto? —preguntó Tully.

La voz de Arutha era firme.

—El suficiente. Encontraré una cura.

—¿Qué pretendes? —preguntó Martin.

Arutha miró a su hermano y, por vez primera aquel día se encontró libre de la pena abrumadora, de la locura de la desesperación.

—Voy a ir a Sarth —dijo con tono frío, neutro.

8

Juramento

Lyam estaba sentado, inmóvil.

Estudió a Arutha largo rato y negó con la cabeza.

—No, lo prohíbo.

—¿Por qué? —Arutha no demostró emoción alguna al hablar.

Lyam suspiró.

—Porque es demasiado peligroso, y tú tienes otras responsabilidades aquí. —Lyam se levantó de la silla en las habitaciones privadas de Arutha y se acercó a su hermano, apoyándole la mano en el brazo—. Conozco tu naturaleza, Arutha. Odias estar sentado sin hacer nada mientras los asuntos avanzan hacia su resolución. Sé que no puedes soportar la idea de que el destino de Anita descansa en otras manos que no sean las tuyas, pero siendo razonable no puedo permitirte que viajes hasta Sarth.

La expresión de Arutha seguía nublada, como había estado desde el intento de asesinato del día anterior. Pero con la muerte de Jack el Risueño la cólera de Arutha se había esfumado, se había vuelto hacia dentro, convirtiéndose en un desapego frío. Al haber descubierto Kulgan y Tully una posible fuente de información en Sarth su mente había quedado limpia de la locura inicial. Ahora tenía algo que hacer, algo que requería claridad de pensamiento, la capacidad de pensar racional, fría, desapasionadamente.

—He estado fuera durante meses —dijo mirando a su hermano fija y penetrantemente— viajando contigo, así que los asuntos del reino Occidental podrán soportar mi ausencia algunas semanas más. Por lo que respecta a mi seguridad —su voz fue subiendo de tono—, ya hemos visto lo seguro que estoy ¡en mi propio palacio! —Quedó en silencio durante unos instantes—. Iré a Sarth.

Martin había estado sentado en un rincón, en silencio, observando la discusión, escuchando atentamente a sus dos medio hermanos. Se inclinó hacia delante en su silla.

—Arutha, te conozco desde que eras un bebé y conozco tu carácter tan bien como el mío propio. Crees que es imposible dejar los asuntos vitales en manos de otros.

Tienes cierta arrogancia en tu naturaleza, hermanito. Ese es un rasgo, un fallo de carácter, si quieres, que todos compartimos.

Lyam parpadeó, como sorprendido de que lo incluyera en la afirmación.

—¿Todos...?

Las comisuras de la boca de Arutha se curvaron en una media sonrisa, y dejó escapar un hondo suspiro.

—Todos, Lyam —dijo Martin—. Los tres somos hijos de Borric, y con todas sus buenas cualidades, padre podía ser arrogante. Arutha, en cuestión de temperamento tú y yo somos iguales; yo solamente lo oculto mejor. No se me ocurre nada que me ponga más nervioso que quedarme sentado mientras otros van a hacer algo que yo me considero más capaz de lograr. Pero es que no hay razón para que vayas. Hay otros que están más capacitados. Tully, Kulgan y Pug pueden poner por escrito todas las preguntas para el abad de Sarth. Y los hay mejores para llevar dichos mensajes de forma rápida y discreta por los bosques que hay entre aquí y Sarth.

Lyam hizo una mueca.

—Como cierto duque del Oeste, supongo.

Martin mostró una sonrisa torcida, reflejo de la de Arutha.

—Ni siquiera los guías de Arutha son tan expertos viajando por los bosques como alguien enseñado por los elfos. Si este Murmandamus tiene agentes en los senderos de los bosques, no hay nadie al sur de Elvandar con más posibilidades de darles esquinazo que yo.

Lyam miró al cielo con expresión de disgusto.

—Eres igual que él. —Atravesó la habitación hasta las puertas y las abrió. Arutha y Martin lo siguieron. Fuera esperaba Gardan, y la compañía de guardias se cuadró cuando el rey salió de la habitación—. Capitán Gardan, si alguno de nuestros hermanos retrasados mentales intentara salir de palacio, arréstelo y enciérrelo. Esa es nuestra real voluntad. ¿Comprendido?

—Sí, Vuestra Majestad. —Gardan hizo un saludo militar.

Sin decir ni una palabra más, Lyam recorrió el pasillo a grandes zancadas hacia sus habitaciones, su rostro era una máscara de preocupación. Tras él, los guardias de Gardan intercambiaron miradas de extrañeza, y vieron como Arutha y Martin se iban en otra dirección. El rostro de Arutha estaba sonrojado, ocultando su ira sólo a medias, mientras que la expresión de Martin no revelaba nada de sus emociones. Cuando los dos hermanos estuvieron fuera de la vista, miradas interrogativas pasaron de soldado en soldado, ya que habían oído cada palabra intercambiada entre el rey y sus hermanos, hasta que Gardan habló en voz baja pero firme.

—Nada de distracciones. Estáis de servicio.

—¡Arutha!

Arutha y Martin, que habían estado hablando en voz baja mientras paseaban, se detuvieron para permitir que el embajador Keshiano los alcanzara, seguido por su séquito. Llegó junto a ellos y los saludó con una reverencia.

—Vuestra Alteza. Vuestra Gracia.

—Buenos días, Vuestra Excelencia —respondió Arutha un tanto tenso. La presencia de Lord Hazara-Khan le recordaba que había obligaciones de su cargo que estaba ignorando. Arutha sabía que, más pronto o más tarde tendría que prestar atención a las labores mundanas de gobierno. Esa idea lo fastidiaba.

—Se me ha informado, Vuestra Alteza —dijo el embajador—, de que yo y mi gente necesitamos permiso para abandonar palacio. ¿Es así?

La irritación de Arutha se intensificó, aunque ahora iba dirigida contra sí mismo. Había sellado el palacio como era de esperar, pero lo había hecho sin tener en cuenta la habitualmente peliaguda cuestión de la inmunidad diplomática, ese aceite necesario en la normalmente chirriante maquinaria de las relaciones internacionales.

—Mi señor Hazara-Khan —dijo en tono de disculpa—, lo siento. En el calor del momento...

—Lo comprendo perfectamente, Alteza. —Miró rápidamente a su alrededor—. ¿Podríamos hablar un momento en privado? Podríamos conversar mientras paseamos. —Arutha hizo un gesto afirmativo, y Martin retrocedió para ponerse a la altura de los hijos y el guardaespaldas de Hazara-Khan. Entonces, el embajador continuó—. Sería un mal momento para incordiar al rey con asuntos de tratados. Creo que es un momento apropiado para visitar a mi gente en el Jal-Pur. Me quedaré allí una temporada. Volveré a vuestra ciudad, o a Rillanon, cuando sea necesario para discutir los tratados, una vez que... las cosas se hayan tranquilizado.

Arutha estudió al embajador. Los informes de Volney indicaban que la Emperatriz había despachado a una de sus mentes más despiertas para negociar con el Reino.

—Mi señor Hazara-Khan, os agradezco que tengáis en cuenta los sentimientos de mi familia y los míos propios en estos momentos.

El embajador le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—No hay honor en imponerse a los que están afligidos por el llanto y la pena. Cuando este maligno asunto acabe, deseo que vuestro hermano y vos vengáis a la mesa de negociación con la mente clara, para discutir sobre el Valle de los Sueños. Deseo obtener concesiones de lo mejor que tengáis para ofrecer, Alteza. Ahora sería demasiado sencillo sacar ventaja. Necesitáis la aprobación de Kesh en el tema de la próxima boda del rey con la princesa Magda de Roldem, ya que es la única hija del rey Carole y si le pasara algo a su hermano, el príncipe heredero Dravos, cualquier hijo de ella se sentaría a la vez en el trono de Roldem y en el de las Islas. Y como Roldem desde hace mucho ha sido considerado parte de la esfera de influencia tradicional de

Kesh... bueno, podéis ver que tenemos motivos de preocupación.

—Mis elogios para el Cuerpo de Inteligencia Imperial, excelencia —dijo Arutha entre admirado y molesto. Sólo Martin y él lo habían sabido.

—Oficialmente dicho grupo no existe, aunque tenemos ciertas fuentes... gente que quiere mantener el statu quo.

—Aprecio vuestra sinceridad, excelencia. También debemos discutir el asunto de esa flota de guerra keshiana que se está construyendo en Durbin, violando el tratado de Shamata.

Lord Hazara-Khan sacudió la cabeza.

—Oh, Arutha, estoy deseando ponerme a negociar con vos —dijo en tono afectuoso.

—Y yo con vos. Ordenaré a los guardias que permitan partir a vuestra comitiva cuando deseéis. Sólo os pido que os aseguréis que nadie que no sea de vuestro séquito salga disfrazado entre ellos.

—Yo mismo permaneceré en la puerta e iré llamando a cada soldado y criado por su nombre a medida que salgan, Alteza.

Arutha no tenía dudas de que sería capaz de hacer exactamente eso.

—No importa lo que nos depare el destino, Abdur Rachman Meno Hazara-Khan, incluso si algún día nos encontramos enfrentados en el campo de batalla, siempre os consideraré un amigo generoso y honorable. —Extendió la mano. Abdur se la estrechó.

—Me honráis, Alteza. Mientras yo hable con la voz de Kesh, ella sólo negociará de buena fe, con fines honorables.

El embajador le hizo una señal a sus acompañantes para que se reunieran con él, y se fueron tras solicitar el permiso de Arutha.

—Al menos por el momento tenemos un problema menos —dijo Martin tras acercarse junto a Arutha.

Arutha asintió.

—Por el momento. Ese viejo y astuto zorro probablemente acabará quedándose con este palacio para su embajada y lo único que me quedará a mí para albergar mi corte será una fonda de mala muerte cerca de los muelles.

—Entonces nos hará falta que Jimmy nos recomiende una de las mejores. —De repente a Martin se le ocurrió algo—. ¿Dónde está? No lo he visto desde que interrogamos a Jack el Risueño.

—Por ahí andará. Tenía algunos recados para él.

Martin le indicó que lo comprendía y los dos hermanos siguieron avanzando por el pasillo.

Laurie se dio la vuelta ante el sonido de alguien entrando en su habitación. Carline

cerró la puerta tras ella, y luego se detuvo a observar el hatillo de viaje del trovador, que descansaba junto a su laúd sobre la cama. Laurie acababa de atarlo y llevaba puesta su vieja ropa de viaje. Los ojos de ella se entrecerraron y asintió una vez, con perspicacia.

—¿Vas a alguna parte? —su tono de voz era gélido—. Acaba de ocurrírsete dar un paseíto rápido hasta Sarth y hacer algunas preguntas, ¿no?

Laurie levantó las manos en señal de súplica.

—Será poco tiempo, amor mío. Volveré enseguida.

—¡Oh! —dijo ella sentándose en la cama—. Eres tan malo como Arutha y Martin. Creéis que nadie de este palacio tiene el suficiente cerebro para sonarse la nariz sin que vosotros le digáis cómo. Así que vas a hacer que te corte la cabeza algún bandido o... algo. Laurie, me enfado tanto a veces. —Él se sentó junto a ella y le rodeó los hombros con el brazo. Ella le apoyó la cabeza en el hombro—. Hemos pasado tan poco tiempo juntos desde que llegamos, y todo es tan... espantoso. —La voz se le quebró y empezó a llorar—. Pobre Anita —dijo tras un rato, y se secó las lágrimas desafiante—. Odio llorar. Y sigo enfadada contigo. Ibas a irte sin decir adiós. Lo sabía. Bueno, si te vas no vuelvas. Límitate a enviar un mensaje con lo que descubras, si es que sobrevives, pero no vuelvas a poner un pie en este palacio. No quiero volver a verte.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. En un instante Laurie estuvo tras ella. La cogió por el brazo y le dio la vuelta para mirarla a la cara.

—Amor mío, por favor... no...

—Si me amaras, le habrías pedido mi mano a Lyam. Estoy harta de dulces palabritas, Laurie. Estoy harta de esta vaga incomodidad. Estoy harta de ti.

Laurie sintió que el pánico se apoderaba de él. Había estado ignorando la anterior amenaza de Carline de haber acabado o haberse casado con él para cuando hubieran vuelto a Rillanon, tanto por elección propia como por la presión de los acontecimientos.

—No iba a decir nada hasta que se resolviera este asunto de Anita, pero me he decidido. No puede dejar que me saques de tu vida. Quiero casarme contigo.

—¿Qué? —repentinamente los ojos de ella estaban abiertos como platos.

—He dicho que quiero casarme...

Ella le tapó la boca con la mano. Luego lo besó. Durante un largo momento de silencio las palabras no fueron necesarias. Ella se separó, con una peligrosa media sonrisa en el rostro.

—No —susurró ella negando con la cabeza—. No digas nada más. No volverás a nublar-me la mente con palabras melosas. —Anduvo lentamente hacia la puerta y la abrió—. ¡Guardias! —En un instante parecieron dos—. ¡No dejéis que se mueva! ¡Si intenta irse, sentaos sobre él! —dijo señalando a un asombrado Laurie.

Carline se perdió de vista por el pasillo, y los guardias miraron a Laurie con expresión divertida. El músico suspiró y se sentó en silencio en su cama.

La princesa volvió pocos minutos después, seguida de un irritado padre Tully. El viejo prelado tenía el camisón apresuradamente remangado, ya que se había estado preparando para acostarse. Lyam, con aspecto igualmente fastidiado, seguía a su hermana. Laurie se recostó en la cama con un gruñido audible cuando Carline entró en la habitación y lo señaló.

—¡Me ha dicho que quiere casarse conmigo!

Laurie se incorporó. Lyam contemplaba a su hermana con gesto de asombro.

—¿Debería felicitarlo o hacerlo ahorcar? Por tu tono es difícil saberlo.

Laurie se puso de pie de un salto como si le hubieran pinchado con una aguja y avanzó hacia el rey.

—Vuestra Majestad...

—No le dejes que diga nada —interrumpió Carline señalando a Laurie con un dedo acusador—. Es el rey de los embusteros y un seductor de inocentes —dijo en un susurro amenazador—. Se escapará usando su labia.

—¿Inocentes? —Murmuró Lyam sacudiendo la cabeza. Súbitamente su rostro se turbó—. ¿Seductor? —Clavó la mirada en Laurie.

—Vuestra Majestad, por favor —empezó Laurie.

Carline cruzó los brazos y tamborileó impacientemente con el pie en el suelo.

—Lo está haciendo —murmuró—. Te va a camelar para no casarse conmigo.

Tully se interpuso entre Carline y Laurie.

—Majestad, ¿puedo?

—Me gustaría que pudieras —dijo Lyam confuso.

Tully miró primero a Laurie y luego a Carline.

—¿He de entender, Alteza, que deseáis casaros con este hombre?

—¡Sí!

—¿Y usted, caballero?

Carline empezó a decir algo, pero Lyam la interrumpió.

—¡Déjalo hablar!

Laurie se quedó parpadeando ante el brusco silencio. Se encogió de hombros como para indicar que no comprendía el jaleo.

—Por supuesto que sí, padre.

A Lyam al parecer se le estaba acabando la paciencia.

—¿Entonces cuál es el problema? Padre Tully, que se publiquen bandos, ah, la semana que viene. Después de los últimos días deberíamos esperar un poco. Celebraremos la boda después de... que las cosas se tranquilicen un poco. Si no tienes objeciones, Carline. —Ella negó con la cabeza, los ojos húmedos—. Algún día, cuando seas una vieja matrona con docenas de nietos me tendrás que explicar todo esto.

Laurie, eres un hombre más valiente que la mayoría... y más afortunado que la mayoría —añadió con una mirada a su hermana, y la besó en la mejilla—. Si no hay nada más, me retiraré.

Carline lo rodeó con los brazos y lo abrazó fuertemente.

—Gracias.

Lyam salió de la habitación, sacudiendo todavía la cabeza.

—Tiene que haber un motivo para esta urgente necesidad de una petición de mano a estas horas —dijo Tully. Extendió las manos—. Pero esperaré a oírla en algún otro momento. Ahora, si me excusáis...

No le dio a Carline la oportunidad de decir nada, y casi salió corriendo de la habitación. Lo siguieron los guardias, que cerraron la puerta tras ellos. Carline le sonrió a Laurie cuando estuvieron solos.

—Bueno, está hecho. ¡Por fin!

Laurie le sonrió mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

—Sí, y no ha dolido.

—¡Que no ha dolido! —dijo ella dándole un puñetazo en el estómago, no precisamente flojo. Laurie se dobló, sin aire en los pulmones. Cayó hacia atrás, aterrizando en la cama. Carline fue hasta el borde de la misma y se arrodilló junto a él. Cuando Laurie trató de incorporarse, Carline le puso la mano en el pecho y lo empujó hacia atrás—. ¿Qué soy? ¿Una pesada carga que debes soportar por el bien de tus ambiciones políticas? —Tiró juguetonamente de los cordones de cuero que abrochaban la blusa de él—. Debería hacer que te arrojaran a las mazmorras. Que no ha dolido, monstruo.

Agarrándola del vestido, Laurie tiró de ella, acercando su cara lo suficiente para besarla.

—Hola, amor mío —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja.

Y luego cayeron uno en brazos del otro.

Más tarde, Carline despertó de una dulce siesta.

—¿Contento?

Laurie se rio, haciendo que la cabeza de ella se meciera sobre su pecho, donde estaba apoyada.

—Por supuesto. —Le acarició el pelo—. ¿A qué vino todo eso de tu hermano y el padre Tully?

A ella se le escapó una risita.

—Tras casi un año intentando conseguir que te cases conmigo, no iba a dejar que te olvidaras de que me lo habías pedido. Por lo que yo sabía, simplemente estabas intentando librarte de mí para poder escaparte hasta Sarth.

—¡Maldición! —dijo Laurie bajando de la cama de un salto—. ¡Arutha!

Carline se dio la vuelta y se acomodó en la almohada que acababa de quedar vacía.

—Así que mi hermano y tú os escabullís juntos.

—Sí... no... quiero decir... oh, diablos. —Laurie se puso los pantalones y se quedó mirando a su alrededor—. ¿Dónde está la otra bota? Llevo como mínimo una hora de retraso. —Cuando se hubo vestido, se sentó junto a ella en la cama—. Debo ir. Arutha no dejará que nada lo detenga. Ya lo sabías.

Ella se aferró fuertemente a su brazo.

—Sabía que iríais los dos. ¿Cómo pretendéis salir de palacio?

—Jimmy.

Ella asintió.

—Hay una salida que olvidó mencionar al arquitecto real, supongo.

—Algo así. Tengo que irme.

Ella se le colgó del brazo por un momento.

—No te has tomado tu promesa a la ligera, ¿no?

—Nunca. —Se inclinó para besarla—. Sin ti no soy nada.

Ella lloró en silencio, sintiéndose a la vez llena y vacía, sabiendo con total certeza que había encontrado al compañero de su vida y temiendo perderlo.

—Volveré, Carline. Nada podrá mantenerme alejado de ti —dijo él como si le leyera el pensamiento.

—Si no vuelves, iré yo a buscarte.

Con un rápido beso, él se fue, cerrando la puerta tras de sí en silencio. Carline se acurrucó en la cama, aferrándose mientras podía a los últimos restos del calor de él.

Laurie se escurrió por la puerta hasta la habitación de Arutha aprovechando que los guardias del pasillo estaban en el otro extremo en el curso de su ronda. En la oscuridad, oyó susurrar su nombre.

—Sí —replicó.

Arutha descubrió una linterna, iluminando la habitación. La única fuente de luz le daba un aspecto cavernoso a la antecámara de las habitaciones de Arutha.

—Llegas tarde —dijo el príncipe.

A Laurie le pareció que, iluminados desde debajo por el resplandor amarillento de la linterna, Arutha y Jimmy tenían un aspecto fantasmal. Arutha vestía sencillas ropas de mercenario: botas de montar hasta la rodilla, gruesos pantalones de lana, un recio colete de cuero sobre una blusa azul y el estoque al cinto. Sobre todo ello llevaba una voluminosa capa gris, con la capucha echada sobre los hombros. Pero lo que hizo que Laurie se quedara mirándolo fijamente por unos momentos fue la luz que parecía emanar de los ojos de Arutha. A punto de embarcarse por fin en el viaje a Sarth, ardía de impaciencia.

—Muéstranos el camino.

Jimmy los condujo hasta una puerta baja oculta en la pared, y entraron. Jimmy se movía rápidamente por los antiguos pasadizos de palacio, descendiendo a un nivel

más profundo incluso que las mazmorras. Arutha y Laurie se mantenían en silencio, aunque el trovador de vez en cuando maldecía para sí cuando algo que pisaba se alejaba correteando o se aplastaba con un crujido asqueroso. Se alegraba de la falta de luz.

De repente se encontraron subiendo unos toscos escalones de piedra. En el descansillo del final, Jimmy empujó una sección del techo de piedra, aparentemente normal, que chirrió. Finalmente se movió un poco.

—Es algo estrecho —dijo Jimmy.

El muchacho se escurrió por la abertura y los otros dos le pasaron sus pertenencias. Habían contrapesado inteligentemente un sillar en la base de un muro para que se abriera a un lado, pero la edad y el desuso lo habían vuelto testarudo. Arutha y Laurie lograron salir a duras penas.

—¿Dónde estamos? —dijo Arutha.

—Detrás de un seto en el parque real. La poterna de palacio está a unos ciento cincuenta metros en esa dirección —respondió Jimmy señalando—. Seguidme.

Los condujo a través de unos densos matorrales hasta una arboleda, en la que esperaban tres caballos.

—No te pedí que compraras tres caballos —dijo Arutha.

—Pero tampoco me dijisteis que no lo hiciera, Alteza —respondió Jimmy con una sonrisa insolente, visible a la luz de la luna.

Laurie decidió que era mejor no entrometerse, así que se ocupó atando su fardo a la montura más cercana.

—Vamos con prisa y yo no tengo paciencia para esto. No puedes venir, Jimmy —dijo Arutha.

Jimmy fue hacia una de las monturas y se subió a la silla con un ágil salto.

—Yo no acepto órdenes de aventureros anónimos y bravos sin empleo. Soy escudero del príncipe de Krondor. —Ató su fardo detrás de la silla y se quitó el estoque del cinto, el mismo estoque que Arutha le había dado—. Estoy listo. He robado suficientes caballos para ser un jinete aceptable. Además, parece que las cosas pasan donde estáis vos. Aquí se va a estar muy aburrido cuando os vayáis.

Arutha miró a Laurie.

—Mejor que lo traigamos para poder vigilarlo —dijo el trovador—. Si no, de todas formas nos seguirá. —Arutha pareció a punto de protestar—. No podemos llamar a los guardias de palacio para que lo arresten.

Arutha montó, obviamente no muy complacido. Sin más conversación, tiraron de las riendas y salieron del parque, Avanzaron por callejones oscuros y calles estrechas, cabalgando a paso moderado para no atraer una atención indebida.

—Por aquí se va a la puerta oriental. Suponía que saldríamos por la norte —dijo Jimmy.

—Ya iremos al norte. Si alguien me ve salir de la ciudad, prefiero que se corra la voz de que he partido hacia el este —dijo Arutha.

—¿Quién va a vemos? —dijo Jimmy con tono despreocupado, sabiendo perfectamente que cualquiera que saliera caballo de la ciudad a estas horas llamaría la atención.

En la puerta oriental había dos soldados vigilando desde la barbacana para ver quién pasaba, pero como no había toque de queda ni estaba sonando la alarma apenas se movieron para ver salir a los tres jinetes.

Al otro lado de las murallas se encontraron en la ciudad exterior, levantada cuando los antiguos muros ya no pudieron albergar a la población. Dejaron el camino principal que se dirigía hacia el este y avanzaron hacia el norte entre edificios oscurecidos.

En un momento dado, Arutha detuvo su caballo y ordenó a Jimmy y Laurie que hicieran lo mismo. Cuatro jinetes ataviados con voluminosas capas negras doblaron una esquina y se les acercaron. La espada de Jimmy estuvo fuera al instante, ya que las probabilidades de que dos grupos de viajeros se cruzaran inocentemente en esta callejuela y a esta hora de la noche eran escasas. Laurie también empezó a desenvainarla suya, pero Arutha les ordenó que envainaran.

Cuando los jinetes se acercaron, Jimmy y Laurie intercambiaron miradas intrigadas.

—Bien hallados —dijo Gardan acercando su caballo hasta el de Arutha—. Todo está dispuesto.

—Bien —dijo Arutha, y examinó a los jinetes que venían con Gardan—. ¿Tres? La divertida risa de Gardan pudo oírse entre las tinieblas.

—Como llevaba algún tiempo sin verlo, pensé que el escudero Jimmy podría haber decidido venir, con o sin vuestro permiso, así que he tomado precauciones. ¿Estaba equivocado?

—No, capitán —dijo Arutha, sin molestarse en ocultar su enfado.

—En cualquier caso, David aquí presente es vuestro guardia más bajito, y si alguien intentara seguirlos, desde cierta distancia se parece al muchacho. —Les hizo un gesto a los tres jinetes, que partieron por la calle hacia la carretera del este. Jimmy soltó una risita mientras se alejaban, ya que uno de los guardias era un tipo delgado y moreno y el otro un hombre rubio y barbudo que llevaba un laúd a la espalda.

—Los guardias de la puerta no parecen haber prestado mucha atención —dijo Arutha.

—No temáis por eso, Alteza. Son los dos mayores cotillas de la ronda. Si se filtraran desde palacio noticias de vuestra partida, en pocas horas la ciudad entera sabría que se os había visto cabalgando hacia el este. Los tres jinetes seguirán hasta llegar a Páramo Oscuro, si no encuentras problemas antes. Si se me permite sugerirlo,

creo que deberíamos partir enseguida.

—¿Deberíamos? —preguntó Arutha.

—Ordenes, Sire. La princesa Carline me ha dado instrucciones de que si algo malo le sucediera a alguno de los dos —señaló a Laurie y Arutha— no me molestase en volver a Krondor.

—¿No ha dicho nada de mí? —dijo Jimmy con una nota de burlona indignación.

Los demás ignoraron el comentario. Arutha miró a Laurie, que suspiró hondamente.

—Se lo había olido horas antes de que partiéramos —Gardan indicó que era así—. Además, puede ser discreta cuando la ocasión lo requiere. A veces.

—La princesa no traicionaría a su hermano ni a su prometido —añadió Gardan.

—¿Prometido? —dijo Arutha—. Ha sido una noche agitada. Bueno, ibas a acabar expulsado de palacio o casado con ella. Pero nunca entenderé su gusto para los hombres. Muy bien, parece que no hay forma de librarse de ninguno de vosotros. Partamos.

Tres hombres y un muchacho espolearon sus monturas y siguieron su camino. En cuestión de minutos atravesaron la ciudad exterior, en dirección norte hacia Sarth.

Cerca del mediodía, los viajeros tomaron una curva en la carretera de la costa y se encontraron a un viajero solitario sentado al borde de la carretera real. Vestía un atuendo de cazador de cuero teñido de verde. Su caballo pinto pastaba allí cerca y él tallaba un trozo de madera con su cuchillo de monte. Al ver aproximarse al grupo, envainó el cuchillo, tiró el trozo de madera a un lado y reunió sus pertenencias. Se había envuelto en una capa y colgado su arco largo al hombro cuando Arutha llegó junto a él.

—Martin —lo saludó Arutha.

El duque de Crydee montó a caballo.

—Habéis tardado en venir más de lo que yo creía.

—¿Queda alguien en Krondor que no sepa que el príncipe se ha ido? —dijo Jimmy.

—No tantos como parece —respondió Martin con una sonrisa. Empezaron la marcha—. Lyam me encargó que dijera que prepararía tantas pistas falsas como pudiera.

—¿El rey lo sabe? —dijo Laurie.

—Por supuesto —dijo Arutha, y señaló a Martin—. Los tres planeamos esto desde el principio. Gardan tenía una cantidad anormalmente grande de guardias apostados cerca de la puerta de mi estudio cuando Lyam prohibió mi partida.

—Lyam tiene a varios de sus guardias personales haciéndose pasar por nosotros —añadió Martin—. Hay un tipo con cara de palo y un rufián rubio y barbudo haciéndose pasar por Arutha y Laurie. Y está este atractivo fortachón que se queda en

mis habitaciones —añadió con una de sus raras sonrisas—. Lyam incluso ha logrado que el embajador keshiano le preste al chambelán alto del vozarrón. Debería colarse de vuelta al palacio después de que los keshianos partan hoy. Con una barba postiza tiene cierto parecido con el capitán aquí presente. Por lo menos el color coincide. Se dejará ver aquí y allá por el palacio.

Gardan se rio.

—Entonces es verdad que la partida no ha sido en secreto —dijo Laurie admirado.

—No —dijo Arutha—. Pretendo partir bajo una nube de confusión. Sabemos que sea quien sea el que esté detrás de esto va a enviar más asesinos en esta dirección, o eso pensaba Jack el Risueño. Así que si hay espías en Krondor tardarán días en saber lo que está pasando. Cuando se descubra que hemos partido de palacio, no estarán seguros de qué dirección hemos tomado. Sólo los pocos que estaban con nosotros cuando Pug hechizó a Anita saben que tenemos que viajar a Sarth.

Jimmy rio.

—Un golpe maestro de subterfugio. Si alguien oye que habíais partido en una dirección, y luego que en otra, no sabrá qué creer.

—Lyam ha sido concienzudo —dijo Martin—. Hoy mismo otro grupo disfrazado como vosotros tres partirá en dirección sur hacia Stardock con Kulgan y la familia de Pug. Se ocultarán con la torpeza justa para que los vean. Arutha, Pug me ha dicho que buscará una cura para Anita en la biblioteca de Macros.

Arutha detuvo su caballo y los demás hicieron lo mismo.

—Estamos a medio día de camino de la ciudad. Si no nos alcanzan para la puesta de sol, podemos considerarnos libres de perseguidores. Entonces sólo tendremos que preocuparnos por lo que nos espere más adelante. —Se detuvo, como si lo que iba a decir fuera difícil—. Dejando de lado la cháchara, todos vosotros habéis escogido el peligro. —Los fue mirando a la cara, uno a uno—. Me considero afortunado de tener amigos así.

Jimmy pareció el más azorado por las palabras del príncipe, pero venció el impulso de tragar saliva.

—Tenemos... temamos un juramento en los Burladores. Viene de un viejo refrán: «No vendas la piel del jabalí antes de cazarlo». Cuando había una tarea difícil y un hombre quería dejar claro que estaba en ello hasta el final, decía «Hasta cazar al jabalí». —Miró a los demás—. Hasta cazar al jabalí.

—Hasta cazar al jabalí —dijo Laurie, y la frase pronto fue repetida por Gardan y Martin.

—Gracias a todos —dijo al fin Arutha. Espoleó a su caballo y los demás lo siguieron.

Martin se puso junto a Laurie.

—¿Qué te llevó tanto?

—Me retuvieron —dijo Laurie—. Es algo complicado. Vamos a casarnos.

—Lo sé. Gardan y yo estábamos esperando a Lyam cuando volvió de tu habitación. Creo que Carline podría haber escogido mejor. —El rostro de Laurie traicionó su incomodidad. Martin sonrió ligeramente—. Pero quizá no. —Se inclinó y le extendió la mano—. Que seáis muy felices por siempre. Pero eso sigue sin explicar el retraso —dijo tras haberla estrechado.

—Es algo delicado —dijo Laurie, con la esperanza de que su futuro cuñado dejara estar el tema.

Martin estudió a Laurie durante un buen rato, y luego asintió comprensivo.

—Una buena despedida puede llevar bastante tiempo.

9

Bosque

Un grupo de jinetes apareció en el horizonte.

Las siluetas negras se recortaban contra el cielo rojizo del atardecer. Martin fue el primero en verlos, y Arutha ordenó un alto. Desde que había dejado Krondor, éste era el primer grupo de viajeros que se encontraban que no tenían la apariencia de mercaderes. Martin forzó la vista.

—No puedo ver mucho a esta distancia, pero creo que están armados. ¿Mercenarios quizá?

—O forajidos —dijo Gardan.

—U otra cosa —añadió Arutha—. Laurie, tú eres el que tiene más experiencia viajando de todos nosotros. ¿Hay algún otro camino?

Laurie miró a su alrededor, tratando de recordar. Señaló hacia un bosque que había al otro lado de una estrecha franja de tierra de labor.

—Al este, a eso de una hora de aquí, hay un viejo sendero en dirección a los Montes Calastius. Hace tiempo lo usaban los mineros, pero ahora viaja poca gente por él. Nos conducirá a la carretera del interior.

—Entonces deberíamos partir para ese sendero enseguida —dijo Jimmy—. Parece que esos se han cansado de esperar que nosotros vayamos a ellos.

Arutha vio que los jinetes del horizonte venían hacia ellos.

—Condúcenos, Laurie.

Salieron de la carretera en dirección a una serie de muretes bajos de piedra que marcaban los límites de las granjas.

—¡Mirad! —gritó Jimmy.

Los compañeros de Arutha vieron que el otro grupo había reaccionado espoleando sus caballos al galope. En el resplandor anaranjado del atardecer, eran siluetas negras recortadas contra la ladera gris verdosa de una colina.

Arutha y los demás superaron el primer murete con un salto limpio, pero Jimmy casi se cayó del caballo. Logró mantenerse sobre la silla sin perder demasiado terreno respecto a los demás. No dijo nada, pero deseaba fervientemente que no hubiera tres

muretes más entre el bosque y él. De algún modo logró mantenerse sobre el caballo y no quedarse demasiado retrasado cuando el grupo de Arutha entró en los bosques.

Los otros le estaban esperando cuando llegó.

—No pueden atraparnos por aquí, así que van a seguir una ruta para interceptarnos más al norte —indicó Laurie. Entonces se rio—. El sendero va hacia el nordeste, así que nuestros anónimos amigos tendrán que atravesar una milla adicional de bosque asfixiado de matorrales para cruzarse en nuestro camino. Los habremos sobrepasado bastante cuando lo logren. Si pueden encontrar el sendero.

—Aún así tenemos que apresurarnos —dijo Arutha—. Hay poca luz, y estos bosques no son seguros ni en los mejores tiempos. ¿Cuánto falta para esa carretera?

—Deberíamos llegar a ella dos horas después de la puesta de sol, quizá un poco antes.

Arutha le hizo un gesto para que encabezara la marcha. Laurie tiró de las riendas de su caballo y todos se adentraron en el bosque, que se oscurecía rápidamente.

Grandes manchas de oscuridad cubrían ambos lados. En la penumbra, con la escasa iluminación de las lunas mediana y grande filtrándose entre las altas ramas, los bosques parecían un bloque sólido. Llevaban toda la noche abriéndose paso por lo que Laurie insistía en que era un sendero, una cosa etérea que aparecía súbitamente unos metros delante del caballo de Laurie y se desvanecía igual de rápido unos metros detrás del de Jimmy. A éste todo el suelo le parecía igual, salvo que la serpenteante ruta escogida por Laurie parecía tener menos rastros. El chico miraba constantemente hacia atrás, en busca de señales de persecución.

Arutha ordenó hacer un alto.

—No hemos visto señales de que nos persigan. Quizá nos los hemos quitado de encima.

Martin desmontó.

—No es probable. Si llevan un buen rastreador habrán encontrado nuestra pista. Estarán avanzando tan lentamente como nosotros, pero mantendrán el ritmo.

—Descansaremos aquí mismo un poco —dijo Arutha, desmontando—. Jimmy, saca la avena que lleva Laurie en las alforjas.

Jimmy gruñó un poco mientras empezaba a ocuparse de los caballos. Tras su primera noche en el camino había aprendido que, como escudero, se esperaba que cuidase del caballo de su señor, y también de los de los demás.

Martin se echó el arco al hombro.

—Creo que retrocederé un poco y veré si están cerca. Volveré en una hora. Si pasara algo, no me esperéis. Me encontraré con vosotros en la abadía ishapiana mañana por la noche.

Tras decir esto, Martin se deslizó adentrándose en las tinieblas.

Arutha dejó su silla en el suelo y se sentó en ella, mientras que Jimmy empezaba a

ocuparse de los caballos con ayuda de Laurie. Gardan montó guardia, observando atentamente la oscuridad del bosque.

El tiempo pasó y Arutha se perdió en sus pensamientos. Jimmy lo observaba por el rabillo del ojo. Laurie vio como Jimmy estudiaba a Arutha en la escasa luz y se acercó al chico, ayudándole a cepillar el caballo de Gardan.

—Estás preocupado por él —susurró el trovador.

Jimmy sólo asintió, un gesto que casi se perdió en la oscuridad.

—No tengo familia, trovador, ni muchos amigos —dijo al rato—. Él es... importante. Sí, estoy preocupado.

Cuando acabó, Jimmy fue hacia donde estaba Arutha, que tenía la mirada perdida en la negrura.

—Los caballos están alimentados y aseados.

Arutha salió de su ensoñación.

—Bien, ahora descansa un poco. Partiremos con las primeras luces. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Martin?

Jimmy miró en dirección al sendero.

—Sigue por ahí.

Arutha siguió su mirada.

Jimmy se acostó, apoyó la cabeza en la silla y se cubrió con una manta. Permaneció un buen rato mirando fijamente la oscuridad antes de que le llegara el sueño.

Algo despertó a Jimmy. Dos siluetas se acercaban, y Jimmy se preparaba para levantarse de un salto cuando vio que eran Martin y Gardan. Entonces el muchacho recordó que Gardan se había quedado de guardia. Los dos llegaron al campamento caminando sigilosamente.

Jimmy despertó a los demás. Arutha no perdió el tiempo cuando vio que su hermano había vuelto.

—¿Has encontrado alguna señal de persecución?

Martin asintió.

—A unas pocas millas de distancia sendero atrás. Una banda de... hombres, moredhel, no sé qué son. Su hoguera era pequeña. Uno por lo menos es moredhel. Excepto por ese, todos los demás hasta el último van vestidos con armaduras negras, y largas capas también negras. Todos llevan extraños yelmos que les cubren la cabeza por completo. No necesité más para suponer que no era muy probable que fueran amistosos. He dejado un rastro falso perpendicular al nuestro. Debería desviarlos algún tiempo, pero tenemos que partir enseguida.

—¿Y qué hay del moredhel? Has dicho que no iba vestido como los otros.

—No, y era el moredhel más condenadamente grande que he visto en mi vida. Iba

con el pecho descubierto, excepto por un chalequillo de cuero. Tenía la cabeza rapada, salvo por un mechón de pelo largo que le colgaba hacia detrás como una coleta. Pude verlo claramente a la luz de la hoguera. Nunca he visto a los de su clase, pero he oído hablar de ellos.

—Los clanes montañoses de Yabon —dijo Laurie.

Arutha miró al trovador. Laurie se explicó.

—Cuando yo era niño, cerca de Tyr-Sog, oíamos hablar de las incursiones de los clanes de las montañas norteñas. Son diferentes de los que viven en el bosque. Y el mechón de pelo a modo de coleta indica que es un caudillo, uno importante.

—Pues ha recorrido un buen trecho —dijo Gardan.

—Sí, y eso quiere decir que se ha establecido algún nuevo orden desde la Guerra de la Fractura. Sabíamos que muchos de los que habían sido empujados hacia el norte por los tsurani intentaban unirse a sus congéneres de las Tierras del Norte, pero ahora parece que se han traído de vuelta con ellos a algunos de sus primos.

—O —dijo Arutha—, puede significar que están bajo su mando.

—Para que eso hubiera sucedido... —comenzó Martin.

—Alianza, una alianza moredhel. Algo que siempre habíamos temido —dijo Arutha—. Vamos, casi está amaneciendo y no vamos a resolver esto mejor quedándonos quietos.

Prepararon los caballos, y pronto se encontraron en la carretera del bosque, la mayor vía interior entre Krondor y el norte. Pocas caravanas la usaban; a pesar de que ahorra tiempo en los viajes, la mayoría de los viajeros prefería atravesar Krondor y subir por la costa, ya que esa era una ruta más segura. Laurie afirmaba que ahora mismo cabalgaban a la altura de la Bahía de las Naves, aproximadamente a una jornada de camino de la abadía ishapijana de Sarth. La pequeña ciudad de Sarth descansaba en una península en el extremo norte de la bahía. La abadía estaba en las colinas al nordeste de la ciudad, así que saldrían a la carretera entre la abadía y la ciudad. Si apretaban el paso, llegarían a la abadía justo después de la puesta de sol.

En el bosque no se percibía indicio alguno de peligro, pero Martin consideraba muy posible que la banda encabezada por el moredhel se estuviera acercando. Podía oír sutiles cambios en los ruidos del bosque por la mañana temprano que le indicaban que algo a no mucha distancia tras ellos estaba perturbando el orden natural de las cosas a su paso.

Martin se puso a la altura de Arutha, tras Laurie.

—Creo que voy a retrasarme para ver si nuestros amigos aún nos siguen.

Jimmy se arriesgó a mirar atrás por encima del hombro y pudo ver figuras ataviadas de negro entre los árboles.

—¡Demasiado tarde! ¡Nos han visto! —gritó.

El grupo de Arutha espoleó a sus monturas, y el tronar de los cascos provocó ecos

entre los árboles. Todos se agazaparon sobre el cuello de sus monturas, y Jimmy siguió mirando atrás. Estaban abriendo distancia entre ellos y los jinetes negros, algo por lo que Jimmy daba gracias.

Tras algunos minutos cabalgando denodadamente, llegaron a un profundo barranco. Lo atravesaba un robusto puente de madera. Lo cruzaron a toda velocidad, y entonces Arutha detuvo su caballo.

—¡Alto!

Todos giraron sus caballos, porque ya se escuchaba el ruido de los perseguidores. Arutha estaba a punto de ordenarles que se prepararan para cargar cuando Jimmy bajó de su caballo de un salto y cogió su fardo de detrás de la silla. Corrió hacia el extremo del puente y se arrodilló allí.

—¿Qué haces? —gritó Arutha.

—¡Atrás! —fue la única respuesta de Jimmy.

El sonido de caballos aproximándose se fue haciendo más fuerte en la distancia. Martin bajó de su montura y empuñó el arco. Lo tenía tensado y con una flecha dispuesta cuando el primero de los jinetes negros apareció ante ellos. Sin dudar soltó la flecha, y sin errar voló la flecha impactando de lleno en el pecho de la figura de la armadura negra, con la poderosa fuerza que sólo Arcolargo podía poner a aquella distancia. El jinete salió despedido hacia atrás cayendo de la silla. El segundo jinete pudo evitar al hombre caído, pero el tercero cayó cuando su montura tropezó con el cadáver.

Arutha se adelantó para interceptar al segundo jinete, que se disponía a atravesar el puente.

—¡No! —Gritó Jimmy—. ¡Atrás!

El chico se apartó súbitamente del puente cuando el jinete negro empezó a cruzarlo. Éste casi había llegado al punto donde había estado Jimmy cuando sonó una fuerte explosión, acompañada de una gran nube de humo. El caballo se asustó y se dio la vuelta en el estrecho espacio, y luego se encabritó. El animal dio un paso atrás, golpeando con la grupa la barandilla del puente. El jinete vestido de negro fue arrojado por la baranda mientras su caballo pateaba el aire, y cayó, golpeando contra las rocas del fondo del barranco con un sonido perfectamente audible. El caballo huyó por el mismo camino por el que había venido.

El caballo de Arutha y los de los demás estaban lo bastante alejados de la explosión de humo para no asustarse, aunque Laurie tuvo que adelantarse a coger rápidamente las riendas de la montura de Jimmy mientras Gardan aguantaba las de Martin. El arquero estaba ocupado disparando a los jinetes que se aproximaban, cuyos animales coceaban y relinchaban mientras sus amos trataban de controlarlos.

Jimmy corría de nuevo hacia el puente, con un pequeño frasco en la mano. Lo destapó y lo arrojó contra el humo. De repente el extremo más cercano del puente

estalló en llamas. Los jinetes negros retrocedieron, con los caballos casi encabritados ante la vista del fuego. Los asustados animales giraban en círculos mientras sus jinetes trataban de obligarlos a cruzar el puente.

Jimmy se apartó tambaleándose de las llamas. Gardan maldijo.

—¡Mirad, los caídos se levantan!

A través del humo y las llamas pudieron ver que el jinete con la flecha clavada en el pecho avanzaba bamboleándose hacia el puente, mientras que otro que Martin había derribado se estaba poniendo en pie lentamente.

Jimmy llegó a su caballo y se montó.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Arutha.

—La bomba de humo que llevo por costumbre. Muchos Burladores las usan para ocultar huidas y crear confusión. Hacen poco fuego y muchísimo humo.

—¿Y qué había en el frasco? —preguntó Laurie.

—Una destilación de nafta. Conozco a un alquimista en Kronдор que se la vende a los granjeros para prender los fuegos cuando hacen las rozas.

—Eso es una cosa condenadamente peligrosa de manejar —dijo Gardan—. ¿Siempre la llevas encima?

—No —dijo Jimmy mientras montaba—. Pero normalmente tampoco suelo viajar a sitios donde puedo cruzarme con cosas que sólo pueden detenerse churruscándolas. Después del lío del prostíbulo pensé que podría ser útil. Tengo uno más en mi fardo.

—¡Entonces tíralo! —Gritó Laurie—. El puente no ha prendido todavía por completo.

Jimmy sacó el otro frasco e hizo avanzar lentamente a su caballo. Apuntando cuidadosamente, lanzó el frasco al fuego.

Las llamas se alzaron, tres, cuatro metros, a medida que el puente quedaba envuelto en ellas. A ambos lados del barranco los caballos piafaban y trataban de correr mientras las llamas ascendían más y más en el cielo.

Arutha miró sobre el puente a los jinetes enemigos, que ahora estaban sentados esperando pacientemente que las llamas se extinguieran. Desde detrás de ellos apareció otra figura a caballo, el moredhel de la coleta que iba sin armadura. Se quedó mirando fijamente a Arutha y a los demás, sin evidenciar expresión alguna en el rostro. Arutha pudo sentir que unos ojos azules se clavaban en su alma. Y sintió odio. Aquí, ahora, por vez primera, vio a su enemigo, vio a uno de los que le habían hecho daño a Anita. Martin empezó a disparar contra los jinetes negros, y con una señal silenciosa el moredhel sin armadura condujo a sus compañeros al abrigo de los árboles.

Martin montó y fue junto a su hermano. Arutha observaba como el moredhel desaparecía entre los árboles.

—Me conoce —dijo Arutha—. Fuimos tan inteligentes, y todo el tiempo sabían

donde estaba yo —dijo Arutha.

—¿Pero cómo? —Preguntó Jimmy—. Hubo tantas distracciones.

—Algún arte oscuro —dijo Martin—. Aquí hay poderes en juego, Jimmy.

—Vamos —dijo Arutha—. Volverán. Esto no los detendrá. Sólo hemos ganado algo de tiempo.

Laurie abrió la marcha por la carretera hacia el norte, en dirección a Sarth. No volvieron la vista atrás, hacia el fuego crepitante.

Durante el resto del día cabalgaron de forma casi continua. No vieron nada de sus perseguidores, pero Arutha sabía que estaban cerca. Casi a la puesta de sol el aire se vio inundado por una neblina a medida que volvían a acercarse a la costa, donde la Bahía de las Naves provocaba que la carretera torciera hacia el este. Según Laurie llegarían a la abadía poco después de la puesta de sol.

Martin avanzó para cabalgar junto a Gardan y Arutha, que tenía la mirada fija en las sombras y guiaba su caballo con aire distraído.

—¿Recordando el pasado?

Arutha miró pensativo a su hermano.

—Tiempos más sencillos, Martin. Simplemente recordando tiempos más sencillos. Estoy ansioso de acabar con este misterio del espino de plata y que Anita vuelva a mí. ¡Estoy que ardo! —Habló con repentina pasión, pero su voz se fue suavizando—. Me pregunto qué habría hecho padre en mi lugar.

Martin miró a Gardan.

—Exactamente lo que vos estáis haciendo ahora, Arutha —dijo el capitán—. Conocí a Lord Borric de niño y de hombre, y diría que en cuestión de carácter no hay otro más parecido a él que vos. Todos os parecéis a él: Martin en la manera que tiene de observar las cosas atentamente. Lyam me lo recuerda cuando era de carácter más animado, antes de perder a la señora Catherine.

—¿Y yo? —preguntó Arutha.

Fue Martin quien respondió.

—Bueno, tú piensas como él, hermanito, más que Lyam o yo. Yo soy tu hermano mayor. No acepto tus órdenes porque tú seas rey y yo duque. Las sigo porque, más que ningún hombre que haya conocido desde padre, tú tomas las decisiones correctas.

—Gracias. Ese es un gran elogio —dijo Arutha con la mirada distante.

Desde detrás llegó un sonido, lo bastante alto para ser audible pero no lo bastante como para identificarlo. Laurie intentaba conducirlos tan rápidamente como podía, pero la oscuridad y la niebla confundían su sentido de la orientación. El sol estaba a punto de ponerse, así que en los profundos bosques penetraba poca luz. El músico sólo lograba ver una pequeña parte del sendero ante él; en dos ocasiones se vio obligado a bajar el ritmo de la marcha para distinguir el sendero auténtico de los

falsos. Arutha se puso a su lado.

—Manten el ritmo. Es preferible avanzar a paso de tortuga que detenernos.

Gardan retrocedió hasta ponerse a la altura de Jimmy. El chico miraba al interior del bosque, tratando de percibir lo que fuera que se escondía justo más allá de los troncos de los árboles, pero con las últimas luces del sol poniente sólo podían verse jirones de niebla gris.

En ese momento un caballo salió con estruendo de entre los arbustos. Un segundo no estaba allí y al siguiente casi tira a Jimmy de la silla. El caballo del muchacho giró en un círculo completo mientras el guerrero de la armadura negra pasaba junto a él. Gardan atacó tardíamente al jinete, pero falló.

—¡Por aquí! —Gritó Arutha, e intentó abrirse paso por el sendero, bloqueado por otro jinete.

Se enfrentó al jinete, el moredhel sin armadura. Por primera vez Arutha pudo ver las tres cicatrices que tenía el hermano oscuro en cada mejilla. El tiempo se congeló por un instante cuando ambos se miraron a los ojos. Arutha tuvo una sensación extraña, porque aquí estaba su enemigo hecho carne. Ya no tenía que luchar contra las manos de los asesinos, invisibles en la oscuridad, ni contra unos poderes místicos intangibles; aquí había algo sobre lo que descargar su ira. Sin un sonido el moredhel descargó un tajo contra la cabeza de Arutha, y el príncipe sólo pudo evitar que lo decapitara agachándose y cubriéndose con el cuello del caballo. Arutha atacó con el estoque y sintió que la punta se clavaba. Se incorporó y vio que había alcanzado al moredhel en la cara, haciéndole un profundo corte en la mejilla marcada con cicatrices. Pero la criatura sólo gimió, un sonido extraño y torturado, mitad gorgoteo y mitad grito estrangulado. En ese momento Arutha se dio cuenta de que el moredhel no tenía lengua. La criatura miró por un breve instante a Arutha, que se alejó a caballo.

—¡Tratad de destrabaros! —gritó Arutha espoleando a su caballo. Repentinamente, Arutha estuvo lejos, seguido por los demás.

Por un instante pareció que la compañía mandada por el moredhel estaba demasiado sorprendida para reaccionar a la huida, pero entonces comenzó la persecución. De todas las cabalgadas enloquecidas en la vida de Arutha, está destacó como la más alocada. A través del bosque, envuelto por la niebla y el negro manto de la noche, galoparon entre los árboles, siguiendo un sendero poco más ancho que un camino de cabras. Laurie adelantó a Arutha, poniéndose en cabeza.

Durante largos minutos avanzaron a la carrera por los bosques, evitando de algún modo el error, ciertamente fatal, de salir del sendero.

—¡La carretera de la abadía! —gritó Laurie.

Lentos al reaccionar, Arutha y los que venían detrás apenas pudieron hacer el giro para entrar en la carretera más amplia. Cuando hicieron entrar a sus monturas en el

nuevo camino, pudieron ver salir la pálida luna grande.

Salieron de los bosques y galoparon por una carretera bien conservada que atravesaba tierras de labor. Sus caballos estaban empapados de sudor y jadeaban, pero ellos seguían espoleándolos, ya que aunque los jinetes negros no les ganaban terreno, tampoco lo perdían.

Atravesaban la oscuridad como una exhalación, subiendo a medida que la carretera ascendía por las suaves colinas que rodeaban la meseta que dominaba las tierras de labranza junto la costa. La carretera se estrechó y se vieron obligados a ponerse en fila india. Martin esperó a que los demás hubieran pasado para ocupar la retaguardia.

El camino se fue volviendo traicionero y se vieron obligados a bajar el ritmo, pero a sus perseguidores les pasó igual. Arutha picó espuelas, pero el animal ya había dado todo lo que tenía para subir por esa carretera.

El aire nocturno estaba cargado de bruma y de un frío impropio. Las colinas estaban bastante separadas, y tenían pendientes poco pronunciadas que subían y bajaban suavemente. A la más alta podría subirse en menos de una hora. Todas estaban cubiertas de maleza y arbustos, pero no había árboles, ya que esto había sido tierra cultivada.

La abadía de Sarth se encontraba en lo alto de un escarpado promontorio, una montaña pequeña más que una colina. Un peñasco de laderas de roca y granito con la cima plana como una mesa.

Gardan miró hacia abajo mientras subían apresuradamente por el costado del peñasco.

—No me gustaría tener que asaltar este sitio, Alteza. Este camino se podría defender con seis abuelas armadas con escobas... eternamente.

Jimmy miró atrás pero no pudo ver a sus perseguidores.

—¡Pues más vale que les digas a esas abuelas que vengan a detener a esos jinetes negros! —gritó.

Arutha también miró atrás, esperando que los jinetes negros los alcanzaran en cualquier momento. Tomaron una curva y siguieron el camino que subía hasta la cima. Súbitamente se encontraron frente al portón de la abadía.

Al otro lado de la muralla podía verse a la luz de la luna una torre de algún tipo. Arutha aporreó el portón.

—¡Hola! ¡Necesitamos auxilio!

Entonces todos oyeron lo que estaban esperando, el retumbar de cascos de caballos sobre el duro suelo. Desenvainando las armas, el grupo de Arutha se volvió para encararse con sus perseguidores.

Los jinetes negros tomaron la curva que desembocaba ante las puertas de la abadía, y de nuevo se trabó combate. Arutha se agachó y paró, tratando de protegerse.

Los atacantes parecían presas de un extraño frenesí, como si tuvieran necesidad de despachar rápidamente a Arutha y su grupo. El moredhel de las cicatrices en la cara casi arrolló a la montura de Jimmy para alcanzar a Arutha. El muchacho sólo sobrevivió porque fue ignorado. El hermano oscuro se fue derecho contra Arutha. Gardan, Laurie y Martin se esforzaban por mantener a raya a los jinetes oscuros, pero estaban a punto de sucumbir al fin.

Súbitamente el camino se iluminó. Como si la luz del pleno día multiplicada por diez hubiera estallado en las tinieblas, un resplandor deslumbrante envolvió a los combatientes. Arutha y los demás se vieron forzados a taparse los ojos, que les lagrimearon por la luz cegadora. Pudieron oír gemidos amortiguados de las figuras vestidas de negro que los rodeaban, y luego el sonido de cuerpos cayendo al suelo. Arutha miró con los párpados entornados y cubriéndose los ojos con la mano, y vio a los jinetes enemigos cayendo rígidos de las sillas. Las excepciones eran el moredhel que iba sin armadura, que se tapaba los ojos para protegerse de la repentina luz, y tres de los jinetes negros. Con un solo gesto el mudo ordenó a sus acompañantes que se alejaran y se dieron la vuelta, huyendo camino abajo. Tan pronto como los jinetes negros se perdieron de vista, la luz brillante empezó a disminuir.

Arutha se secó las lágrimas de los ojos y emprendió la persecución.

—¡Alto! —Gritó Martin—. ¡Si los alcanzas será tu muerte! ¡Aquí tenemos aliados!

Arutha detuvo su caballo, irritado por perder a su oponente, y volvió a donde estaban los otros frotándose los ojos. Martin desmontó y se arrodilló junto a un jinete negro caído. Le quitó el casco y se apartó al momento.

—Es un moredhel, y huele como si llevara muerto algún tiempo. —Le señaló elpecho—. Es el que maté en el puente. Todavía lleva clavada mi flecha en el pecho.

Arutha miró el edificio.

—La luz se ha ido. Quienquiera que sea nuestro benefactor debe sentir que ya no la necesitamos.

Las puertas que había en la muralla frente a ellos comenzaron a abrirse lentamente. Martin le entregó el yelmo a Arutha para que lo inspeccionara. Era muy raro; tenía un dragón labrado en bajorrelieve en la parte superior, con las alas extendidas hacia abajo para cubrir los lados de la cabeza. Dos estrechas hendeduras le permitían al usuario ver, y cuatro agujeros respirar. Arutha le arrojó el yelmo de vuelta a Martin.

—Es una pieza de quincalla bastante fea. Tráela contigo. Ahora visitemos la abadía.

—¡Abadía! —Comentó Gardan mientras entraban—. ¡Parece más una fortaleza!

Altas y pesadas puertas forradas de hierro cortaban el camino. A la derecha se extendía una muralla de piedra de unos cuatro metros de alto, que al parecer rodeaba toda la cima de la montaña. A la izquierda la muralla daba a un tajo vertical con unos

treinta metros de caída hasta la carretera. Detrás de las murallas pudieron ver un solo torreón de varios pisos de altura.

—Si eso no es un torreón del homenaje a la antigua, es que yo nunca he visto uno —dijo el capitán—. Repito que no me gustaría asaltar esta abadía, Alteza. Es la posición más defendible que he visto. Mirad, en ningún punto hay más de metro y medio de espacio entre la base de la muralla y el acantilado. —Se acomodó en la silla de montar, evidentemente admirado por los aspectos militares del diseño de la abadía.

Arutha espoleó a su caballo. Las puertas ya estaban abiertas y, no viendo razón alguna para no hacerlo, Arutha condujo a sus compañeros al interior de la abadía ishapiana de Sarth.

10

Sarth

La abadía aparentaba estar desierta.

El patio reflejaba lo que habían visto desde la carretera. Esto antaño había sido una fortaleza. Alrededor del antiguo torreón se había levantado un edificio más amplio de un solo piso, junto con dos cobertizos que podían verse asomar por detrás. Uno al parecer era un establo. Pero no veían señal alguna de movimiento ante ellos.

—Bienvenidos a la abadía de Ishop en Sarth —llegó una voz desde detrás de una de las puertas. Arutha tenía la espada medio desenvainada antes de que el hablante continuara—. No tenéis nada que temer.

El hombre salió de detrás de la puerta. Arutha envainó el arma. El príncipe estudió al hombre mientras los demás desmontaban. Era corpulento, de mediana edad, baja estatura y sonrisa juvenil. Llevaba el pelo castaño corto y descuidado, y el rostro afeitado. Vestía una sencilla túnica marrón atada a la cintura con una tira de cuero. En su cintura colgaban una bolsita y algún tipo de símbolo sagrado. Iba desarmado, pero Arutha tuvo la impresión de que el hombre se movía como alguien que había sido entrenado en el uso de las armas.

—Soy Arutha, príncipe de Krondor —dijo al fin Arutha.

El hombre pareció divertido, aunque no sonrió.

—En ese caso bienvenido a la abadía de Ishop en Sarth, Alteza.

—¿Os burláis de mí?

—No, Alteza. Nosotros los de la orden de Ishop mantenemos poco contacto con el mundo exterior. Pocos nos visitan, y la realeza menos aún. Os ruego que perdonéis cualquier ofensa, si vuestro honor lo permite, ya que no era mi intención.

Arutha desmontó. La fatiga era evidente en su voz.

—Soy yo quien pide perdón... ¿?

—Hermano Dominic, pero por favor, nada de disculpas. Resulta evidente por las circunstancias de vuestra llegada que estabais bajo presión.

—¿Tenemos que agradecerle a usted esa luz mística?

El monje asintió.

—Parece que hay mucho de que hablar, hermano Dominic.

—Hay muchas preguntas, pero tendréis que esperar a que el padre abad esté disponible, Alteza. Venid, os llevaré hasta el establo.

La impaciencia de Arutha no lo dejaba esperar un momento más.

—Vengo por un asunto de la máxima urgencia. Necesito hablar con el abad. Ahora.

El monje abrió las manos en un gesto indicando que esa decisión estaba más allá de su autoridad.

—El padre abad no estará disponible hasta dentro de dos horas. Está meditando y rezando en la capilla, con los demás de nuestra orden, que es el motivo de que sólo yo esté aquí para recibiros. Por favor, venid conmigo.

Arutha estaba listo para protestar, pero la mano de Martin en el hombro lo retuvo.

—De nuevo lo siento, hermano Dominic. Por supuesto somos huéspedes.

La expresión de Dominic indicó que el estado de ánimo de Arutha tenía escasa importancia. Los condujo al segundo de los dos edificios menores que había detrás de lo que una vez había sido un torreón del homenaje. Efectivamente era un establo. Los únicos otros ocupantes en ese momento eran otro caballo y un asno pequeño pero robusto, que miraron con indiferencia a los recién llegados. Mientras atendían a los animales, Arutha habló de sus penalidades de las últimas semanas.

—¿Cómo logró confundir a los jinetes negros, hermano? —preguntó finalmente.

—Mi cargo es el de Guardián de la Puerta, Alteza. Puedo admitir a cualquiera en la abadía, y nadie con intenciones malignas puede cruzar las puertas sin mi permiso. Una vez que estuvieron dentro de las tierras de esta abadía, los que buscaban vuestra muerte quedaron sujetos a mi poder. Asumieron un gran riesgo al atacaros tan cerca de la abadía. Un riesgo que resultó ser mortal. Pero ya hablaréis más de este y de otros asuntos con el padre abad.

—Si todos los demás están en la capilla, necesitará usted ayuda para retirar esos cadáveres. Tienen la mala costumbre de volver a la vida.

—Agradezco la oferta, pero puedo encargarme yo. Y se quedarán muertos. La magia empleada para derribarlos los limpió de la maldad que los controlaba. Ahora debéis descansar.

Salieron del establo y el monje los condujo a lo que parecía ser un barracón.

—Este sitio tiene un aspecto bastante militar, hermano —dijo Gardan.

—En la antigüedad esta fortaleza fue el hogar de un barón, un caudillo bandido —dijo el monje mientras entraban en una habitación larga con una fila de camas—. El Reino y Kesh quedaban lo bastante lejos para que él fuera su propia ley, saqueando, violando y robando sin miedo a las represalias. Tras algún tiempo lo depuso la gente de las ciudades circundantes, envalentonada por su tiranía. Las tierras debajo de esta

escarpadura fueron puestas en cultivo, pero odiaban tanto al barón que la fortaleza quedó abandonada. Cuando un fraile mendicante de nuestra Orden de los Errantes descubrió este sitio, lo notificó al templo de la ciudad de Kesh. Cuando pretendimos usar este sitio como abadía, los descendientes de los que habían derrocado al barón no pusieron objeciones. Hoy en día sólo aquellos de nosotros que vivimos aquí mantenemos el recuerdo de la historia de este sitio. Para los habitantes de las aldeas y ciudades de la Bahía de las Naves esto siempre ha sido la Abadía de Ishap en Sarth.

—Supongo que en el pasado esto era un barracón —dijo Arutha.

—Sí, Alteza —dijo Dominic—. Ahora lo usamos como enfermería y albergue de los ocasionales huéspedes. Acomodaos, ya que yo debo volver a mis tareas. El padre abad os verá enseguida.

Dominic se fue y Jimmy se derrumbó sobre una de las camas con un suspiro audible. Martin inspeccionó un pequeño hornillo que había a un extremo de la habitación y se encontró que estaba encendido, con todo lo necesario para preparar té allí al lado. Inmediatamente puso una tetera a calentar. Bajo un trapo encontró pan, queso y fruta, que pasó a los demás. Laurie se sentó a examinar su laúd por si el viaje lo había dañado, y empezó a afinarlo. Gardan se sentó frente al príncipe.

A Arutha se le escapó un suspiro largo y hondo.

—Estoy al borde de la desesperación. Me temo que estos monjes no sepan nada de este espino de plata. —Durante un instante sus ojos traicionaron la angustia que sentía, luego volvió a mostrar una expresión impasible.

Martin inclinó la cabeza a un lado, pensando en voz alta.

—Tully parece pensar que saben muchas cosas.

Laurie dejó su laúd.

—Siempre que me he encontrado cerca de la magia, sacerdotal o no, también he encontrado problemas.

—Ese Pug parecía un tipo amable para ser mago —le dijo Jimmy a Laurie—. Me hubiera gustado hablar más con él, pero... —prefirió no mencionar los acontecimientos que lo habían impedido—. No parece muy impresionante, pero los tsurani lo temen, y algunos en la corte murmuran acerca de él.

—Hay una saga suplicando que la canten —respondió Laurie. Luego contó el cautiverio de Pug y su ascenso entre los tsurani—. Los que practican las artes arcanas en Kelewan siguen sus propias leyes, y cualquier cosa que ordenen se hace sin dudar. No hay nada parecido en este mundo. Por eso los tsurani de LaMut sienten hacia él un temor reverencial. Las viejas costumbres tardan en morir.

—Entonces sacrificó mucho para volver —dijo Jimmy.

Laurie se rio.

—Eso no fue totalmente una cuestión de elección.

—¿Cómo es Kelewan? —preguntó Jimmy.

Laurie narró una rica y pintoresca historia de sus aventuras en aquel mundo, con el ojo para el detalle que era el corazón de su arte, tanto como la buena voz y las aptitudes musicales. Los otros se acomodaron, relajándose y bebiendo té mientras escuchaban. Todos conocían la historia de Laurie y Pug y el papel que habían tenido en la Guerra de la Fractura, pero cada vez que Laurie narraba el relato volvía a ser una apasionante aventura, a la altura de las grandes leyendas.

—Sería toda una aventura ir a Kelewan —dijo Jimmy tras acabar Laurie.

—Eso ya no es posible —dijo Gardan—. Y me alegro de decirlo.

—Si se hizo una vez, ¿por qué no otra? —preguntó Jimmy.

—Arutha, tú estabas con Pug cuando Kulgan leyó la carta de Macros explicando por qué había cerrado la fractura.

—Las facturas son cosas extrañas —dijo Arutha—, que cruzan un no-espacio imposible entre los mundos, y posiblemente también a través del tiempo. Pero hay algo en ellas que hace posible predecir dónde van a desembocar. Cuando se crea una, las demás parecen «seguirla», desembocando en las proximidades. Pero esa primera es la que no se puede controlar. Eso es lo que pude comprender. Tendrías que preguntar a Kulgan o a Pug si queréis más detalles.

—Pregúntale a Pug, Si le preguntas a Kulgan te dará una conferencia —dijo Gardan.

—Así que Pug y Macros cerraron la primera para acabar la guerra —dijo Jimmy.

—Y más —dijo Arutha. Jimmy recorrió la habitación con la mirada, con la sensación de que todos sabían algo y él no.

—Según Pug, en tiempos pasados hubo un vasto poder maléfico al que los tsurani conocían como el «Enemigo». Macros dijo que podría encontrar el camino hacia los dos mundos si la fractura se mantenía abierta, atraído por ella como el acero a la piedra imán. Era un ser de poder inenarrable que había destruido ejércitos y humillado a poderosos magos. O al menos eso es lo que Pug me contó.

Jimmy inclinó la cabeza a un lado.

—El tal Pug es ese mago tan importante, ¿no?

Laurie se rio.

—Si hay que hacerle caso a Kulgan, Pug es el practicante más poderoso de las artes mágicas desde la muerte de Macros. Y es primo del duque, el príncipe y el rey.

Jimmy abrió los ojos de par en par.

—Es verdad —dijo Martin—. Nuestro padre adoptó a Pug en la familia. Por cierto, Jimmy, hablas de los magos como si nunca hubieras tenido trato con ellos.

—Es que yo sé lo que me hago. En Krondor hay algunos magos, y suelen ser una panda bastante cuestionable. Entre los Burladores hubo una vez un ladrón al que llamaban el Gato Gris, porque su sigilo era inigualable. Le gustaban los robos osados, y le birló una baratija a un mago que tuvo una opinión considerablemente

desfavorable de la hazaña.

—¿Y qué fue de él? —preguntó Laurie.

—Ahora sí que es el gato gris.

Los cuatro oyentes permanecieron sentados en silencio durante un rato, luego lo entendieron y Gardan, Martin y Laurie estallaron en risas. Incluso Arutha sonrió ante la broma y sacudió la cabeza divertido.

La conversación siguió cómoda y relajada, ya que los viajeros se sentían seguros por primera vez desde la salida de Krondor.

Sonaron las campanas en el edificio principal y entró un monje, que los llamó con un gesto silencioso.

—¿Tenemos que seguirle? —Preguntó Arutha. El monje asintió—. ¿A ver al abad? —El monje volvió a asentir.

Arutha se levantó de la cama, olvidando todo el cansancio. Fue el primero en salir por la puerta tras el monje.

La habitación del abad era adecuada para alguien entregado a una vida de contemplación espiritual. Era austera en todos los aspectos. Pero lo sorprendente eran las estanterías de las paredes, con docenas de tomos a mano. El abad, el padre John, parecía un hombre amable de edad avanzada, de aspecto esbelto y ascético. Su cabello y su barba gris contrastaban con una piel oscura arrugada y marcada como caoba cuidadosamente tallada. Tras él estaban de pie dos hombres, el hermano Dominic y un tal hermano Anthony, un individuo bajito y encorvado de edad indeterminada, que constantemente miraba al príncipe con los ojos entornados.

El abad sonrió, arrugando el rabillo de los ojos, y a Arutha se le vinieron enseguida a la cabeza los cuadros del Viejo Padre Invierno, una figura legendaria que regalaba dulces a los niños durante el festival del Medioinvierno.

—Bienvenido a la abadía de Ishop, Alteza. ¿Cómo podemos ayudaros? —dijo el abad con una voz profunda y juvenil.

Arutha le resumió rápidamente la historia de las últimas semanas.

La sonrisa del abad se fue desvaneciendo mientras la historia de Arutha se iba desarrollando.

—Alteza, nos preocupa gravemente oír de estas nigromancias en palacio. Pero en cuanto a la tragedia que ha caído sobre vuestra princesa, ¿cómo podemos ayudar?

Arutha encontró que le costaba hablar, como si en el último momento lo abrumara su miedo de que haber ido allí no sirviera de nada. Al ver las reticencias de su hermano, fue Martin quien intervino.

—Uno de los conspiradores en el intento de asesinato afirma que un moredhel le entregó el veneno empleado, uno preparado mágicamente. Llamó a la sustancia espino de plata.

El abad se recostó en su asiento, con la simpatía evidenciándose en su rostro.

—¿Hermano Anthony?

—¿Espino de plata? —dijo el hombrecillo—. Empezaré a buscar en los archivos enseguida.

Arrastrando los pies, salió rápidamente de las habitaciones del abad. Arutha y los demás observaron a la figura encorvada salir.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Arutha.

—Eso depende —respondió el abad—. El hermano Anthony tiene una habilidad sobresaliente para sacar hechos aparentemente de la nada, recordando cosas que había leído de pasada hacía una década. Por eso ha llegado al cargo de Guardián del Conocimiento, nuestro archivero jefe. Pero la búsqueda podría llevar días. —Arutha claramente no comprendía a qué se refería el abad—. Hermano Dominic, ¿por qué no les muestras al príncipe y a sus acompañantes un poco de lo que hacemos aquí en Sarth? Luego llévalos a la base de la torre. —El abad se puso en pie y le dedicó una breve reverencia al príncipe mientras Dominic avanzaba hacia la puerta—. Volveremos a vemos pronto, Alteza.

El grupo siguió al fraile hasta el refectorio de la abadía.

—Por aquí —dijo Dominic. Los condujo por una puerta y escaleras abajo hasta una habitación vacía de la que partían cuatro pasillos. Luego tuvieron que atravesar una serie de puertas—. Esta colina es muy diferente de las de su alrededor, como os habréis dado cuenta al llegar. Está compuesta principalmente de roca sólida. Cuando los primeros monjes llegaron a Sarth, descubrieron estas galerías y cámaras debajo del castillo.

—¿Qué son? —preguntó Jimmy.

Llegaron hasta una puerta y Dominic sacó un enorme aro de llaves, que usó para abrir la pesada cerradura. La puerta se abrió lentamente, y una vez que la atravesaron, Dominic la cerró tras ellos.

—El caudillo bandido usaba estas excavaciones como almacenes, en caso de asedio y para guardar el botín. Debió confiarse con los preparativos defensivos para que los aldeanos lograran asediarlo con éxito. Hay suficiente espacio para años de suministros. Y nosotros hemos añadido hasta que la colina entera es un hormiguero de criptas y pasadizos.

—¿Con qué fin? —dijo Arutha.

Dominic indicó que lo siguieran por otra puerta, la cual no estaba cerrada con llave. Entraron a una gran cámara abovedada, con las paredes cubiertas de estanterías, y más estanterías en el centro de la habitación. Todas las estanterías estaban atiborradas de libros. Dominic fue hasta una y cogió un ejemplar. Se lo entregó a Arutha.

El príncipe estudió el antiguo tomo. Tenía el título grabado en la cubierta en oro, ya desvaído. Hubo una débil resistencia cuando Arutha intentó abrirlo

cuidadosamente, como si no lo hubieran consultado en años. En la primera página vio las extrañísimas letras de un idioma desconocido, concienzudamente trazadas con rígida caligrafía. Se acercó el libro a la cara y lo olió. Las páginas despedían un olor levemente acre.

—Conservante —dijo Dominic cuando Arutha le devolvió el libro—. Todos los libros de aquí han sido tratados para impedir su deterioro. —Le pasó el libro a Laurie.

—No hablo este idioma —dijo el experimentado viajero y cantante—, pero creo que es keshiano, aunque no se parece a ningún estilo de caligrafía de los que conozco del imperio.

Dominic sonrió.

—El libro proviene del sur de Kesh la Grande, cerca de la frontera con la Confederación de Kesh. Es el diario de un aristócrata medio loco, pero por lo demás insignificante, de un linaje menor, escrito en un idioma llamado bajo delkiano. El alto delkiano, por lo que sabemos, era un lenguaje secreto limitado a los sacerdotes de una orden poco conocida.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Jimmy.

—Nosotros, los que servimos a Ishap en Sarth, reunimos libros, tomos, manuales, rollos y pergaminos, incluso fragmentos. Hay un dicho en nuestra orden: «Los de Sarth sirven al dios conocimiento», lo que no se aleja demasiado de la verdad. Siempre que alguien de nuestra orden encuentra algo escrito, eso, o una copia, se envía aquí. En esta cámara, y en cada una de las demás que hay debajo de la abadía, hay estanterías como estas. Todas están llenas, hasta el punto de estar abarrotadas desde el suelo hasta el techo, y constantemente se excavan nuevas criptas. Desde la cima de la colina hasta el nivel más bajo habrá unas mil habitaciones como esta. Cada una alberga varios centenares de volúmenes o más. Algunas de las cámaras más grandes contienen varios miles. En el último inventario nos acercábamos al medio millón de obras.

Arutha quedó pasmado. Su propia biblioteca, heredada con el trono de Krondor, constaba de menos de un millar de ejemplares.

—¿Cuánto tiempo lleváis reuniendo esto?

—Algo más de tres siglos. Hay muchos de nuestra orden que lo único que hacen es viajar y comprar cualquier fragmento que puedan encontrar, o pagar para que se hagan copias. Algunos son muy antiguos, otros están en idiomas desconocidos y tres son de otro mundo, ya que los hemos conseguido de los tsurani de LaMut. Hay obras arcanas, auguriosy manuales de magia, ocultos de los ojos de todos excepto de unos pocos de los miembros de más alto rango de la orden. —Recorrió la habitación con la mirada—. Y a pesar de todo esto, hay tanto que no comprendemos.

—¿Y cómo se lleva el control de todo esto? —dijo Gardan.

—Tenemos hermanos cuya única tarea es catalogar los libros, y todos trabajan

bajo la dirección del hermano Anthony. Se preparan y actualizan catálogos constantemente. En el edificio de arriba y en una de las habitaciones de abajo hay estanterías exclusivamente de catálogos. Si hace falta un libro sobre algún tema, se puede buscar en el catálogo. Allí aparece la cripta en la que se encuentra, ahora estamos en la diecisiete, el número de la estantería y el sitio que ocupa en ésta. Estamos intentando elaborar un índice cruzado de autores, cuando los conocemos, títulos y temas. Pero el trabajo va lento y llevará un siglo completo.

Arutha se encontró abrumado por la pura envergadura del empeño.

—Pero ¿por qué se almacenan todos estos libros?

—En un principio, por el saber en sí —respondió Dominic—. Pero hay un segundo motivo que dejaré para que lo explique el abad. Vamos, reunámonos con él.

Jimmy fue el último en salir por la puerta, y volvió la cabeza para mirar los libros que había en la habitación. Se fue con la sensación de que en cierto sentido había echado un vistazo a mundos e ideas que antes no se había ni imaginado, y lamentó que nunca llegaría a comprender la inmensa mayoría de lo que había bajo la abadía. En cierto sentido se encontraba abatido por este descubrimiento. Por vez primera, Jimmy sintió que su mundo era pequeño, y que había uno mucho más grande por descubrir.

Arutha y sus acompañantes esperaron al abad en una gran habitación. Varias antorchas despedían una luz trémula sobre las paredes. Otra puerta se abrió y entró el abad, seguido por dos hombres. El hermano Dominic fue el primero en entrar, pero el otro le resultó desconocido a Arutha. Era un hombre mayor, grande y de porte erguido, que a pesar de los hábitos parecía más un soldado que un monje, una impresión acrecentada por el martillo de guerra que colgaba de su cinto. Su pelo negro canoso le llegaba a los hombros, pero estaba bien arreglado, al igual que su barba.

—Ha llegado la hora de hablar claro —dijo el abad.

—Eso estaría bien —dijo Arutha en un tono un tanto amargo.

El monje desconocido sonrió de oreja a oreja.

—Tenéis el don de vuestro padre para hablar sin tapujos, Arutha.

Arutha estudió al hombre de nuevo, sorprendido por su tono. Entonces lo reconoció. Hacía más de diez años desde que lo había visto por última vez.

—¡Dulanic!

—Ya no, Arutha. Ahora soy sencillamente el hermano Micah, Defensor de la Fe... lo que significa que me dedico a aplastar cráneos para Ishap igual que antes hacía para vuestro primo Erland. —Le dio unas palmaditas al martillo que llevaba al cinto.

—Pensamos que habíais muerto.

El duque Dulanic, antiguo caballero-mariscal de Krondor, había desaparecido

cuando Guy du Bas-Tyra había asumido el virreinato de Kronдор durante el último año de la Guerra de la Fractura. El hombre llamado Micah pareció sorprendido.

—Pensé que lo sabía todo el mundo. Con Guy en el trono de Kronдор y Erland al borde la muerte por su enfermedad, temía la guerra civil. Me retiré de mi cargo antes que enfrentarme a vuestro padre en batalla o traicionar a mi rey, dos elecciones impensables. Pero mi retiro no fue ningún secreto.

—Con Lord Barry muerto, se supuso que los dos habíais caído a manos de Guy —dijo Arutha—. Nadie sabía lo que había pasado con vos.

—Qué raro. Barry murió de un ataque al corazón y yo informé a du Bas-Tyra de mi intención de tomar los hábitos. Su hombre, Radbum, estaba junto a él cuando le presenté mi renuncia.

—Entonces eso lo explica —dijo Martin—. Con Jocko Radburn ahogado en las costas de Kesh y Guy desterrado del Reino ¿Quién quedaba para decir la verdad?

Habló el abad.

—El hermano Micah llegó a nosotros como un hombre afligido, llamado a nuestro servicio por los poderes de Ishap. Lo pusimos a prueba y lo encontramos digno, así que ahora su antigua vida como noble del Reino es cosa del pasado. Pero le he pedido que venga aquí porque es a la vez un valioso consejero y un hombre de aptitudes militares que puede ayudarnos a comprender las fuerzas que se mueven estos días en el mundo.

—Muy bien. ¿Qué más hay que hacer aparte de encontrar una cura para la herida de Anita?

—Comprender qué ha provocado esa herida, qué busca poner fin a vuestros días, para empezar —respondió Micah.

Arutha se azoró un tanto.

—Por supuesto, perdón por mis preocupaciones. Me alegrará cualquier cosa que me permita comprender la locura en la que se ha convertido mi vida en el último mes.

—El hermano Dominic os ha mostrado parte de nuestro trabajo aquí —dijo el abad—. Puede que haya mencionado que disponemos de muchos augurios y demás obras proféticas en nuestra colección. Algunas son tan de fiar como los caprichos de un niño, que es como decir nada. Pero unas pocas, muy pocas, son verdaderas obras de aquellos a quienes Ishap ha concedido el don de ver el futuro. En varios de esos volúmenes, de los más antiguos que poseemos, se hace referencia a una señal en el cielo. Ahora, me temo, hay un poder suelto en el mundo. Qué es y cómo se le combate todavía nos es desconocido. Pero esto es cierto: es un poder maléfico, y al final será destruido o nos destruirá a todos. Eso es inevitable. —El abad señaló hacia arriba—. El piso superior de la torre ha sido remodelado para estudiar las estrellas, planetas y lunas, usando unos inteligentes aparatos construidos para nosotros por algunos de los artífices de más talento del Reino y de Kesh. Con ellos podemos seguir

el movimiento de todos los cuerpos celestiales. Hemos hablado de un signo, ahora lo veréis. Venid.

Los condujo a todos por un largo tramo de escaleras que los llevó hasta la cima de la torre. Salieron a la azotea, entre extraños ingenios de formas chocantes.

—Me alegro de que vos entendáis esto, padre, porque yo no —dijo el príncipe mirando a su alrededor.

—Igual que los hombres —dijo el abad—, las estrellas y los planetas tienen propiedades tanto físicas como espirituales. Sabemos que otros cuerpos recorren sus órbitas en torno a otras estrellas. Sabemos que esto es un hecho, ya que alguien que ha vivido un tiempo en un mundo alienígena se encuentra ahora entre nosotros. — Señaló a Laurie, que pareció asombrado—. No estamos tan aislados del resto del mundo para no haber oído hablar de algo tan importante como tus aventuras en Kelewan, Laurie de Tyr-Sog. Pero volviendo al tema, ese es el lado físico de los astros. También descubren secretos a aquellos que observan su disposición, los patrones que forman y su desplazamiento. Sea cual sea la razón de este fenómeno, sabemos algo con seguridad: a veces el cielo nocturno nos envía mensajes claros, y los que estamos dedicados a adquirir conocimiento no rechazamos esos mensajes; nos mantenemos abiertos a cualquier fuente de conocimiento, incluyendo aquellas que la gente no se toma en serio. Los misterios de estos aparatos, y de leer las estrellas, no requieren más que tiempo para ser dominados. Cualquier hombre medianamente inteligente puede aprender. Estos aparatos —los indicó con un barrido de la mano— son todos fáciles de manejar y tienen una función muy clara una vez que se ha enseñado su uso. Ahora, si quisierais mirar a través de este aparato de aquí. —Arutha miró a través de una extraña esfera construida con un complejo entramado de metales—. Esto se usa para determinar la posición relativa de las estrellas y los planetas visibles.

—¿Significa eso que hay planetas invisibles? —dijo Jimmy sin pensar.

—Correcto —dijo el abad ignorando la interrupción—. O al menos hay planetas que no podemos ver, aunque si estuviéramos lo bastante cerca resultarían visibles. En fin, buena parte de las artes adivinatorias consiste en saber cuándo los augurios han dado sus frutos, un negocio peliagudo la mayoría de las ocasiones. Hay una profecía del monje loco Ferdinand de la Rodez. Si atendemos a los que se dice, se ha cumplido en tres ocasiones diferentes. Nadie se pone de acuerdo en qué acontecimiento predijo.

Arutha estudiaba el cielo a través del objeto, atendiendo al abad sólo a medias. A través de la mira veía un cielo lleno de estrellas resplandecientes, con una fina red de líneas y anotaciones sobrepuesta, que supuso que de algún modo estaría inscrita en el interior de la esfera. En el centro había una conjunción de cinco estrellas de color rojizo, una en el centro, con líneas conectándolas para formar una X roja brillante.

—¿Qué es lo que estoy viendo? —preguntó. Le dejó su puesto a Martin y el antiguo cazador miró por el aparato.

—Esas cinco estrellas se llaman las Piedrasangres.

—Las conozco —dijo Martin—, pero nunca antes las había visto dispuestas de esa forma.

—Ni se volverán a ver así en otros mil cien años, aunque eso es una hipótesis y tendremos que esperar para ver si es exacta. —No parecía preocuparle demasiado la duración, de hecho parecía más que dispuesto a esperar—. Lo que se ve es la conjunción llamada Cruz ígnea o Cruz de Fuego. Hay una antigua profecía sobre ella.

—¿Qué es esa profecía y qué tiene que ver conmigo? —preguntó Arutha.

—La profecía viene de un tiempo próximo a las Guerras del Caos. Dice: «Cuando la Cruz de Fuego ilumine la noche y el Señor del Oeste muerto esté, entonces volverá el Poder». En el original tiene una construcción poética muy buena, que se pierde completamente con la traducción. Lo que creemos que significa es que alguien busca vuestra muerte para causar el cumplimiento de esta profecía, o al menos para convencer a otros de que está a punto de cumplirse. Otro hecho relevante que tenemos es que la profecía fue formulada por el pueblo serpiente pantathiano. Sabemos poco de esas criaturas. Sabemos que en las escasas ocasiones en que aparecen anuncian problemas, ya que claramente son agentes del mal que trabajan con unos fines que sólo ellos comprenden. También sabemos que la profecía dice que el Señor del Oeste también recibe el nombre de «Perdición de la Oscuridad».

—¿Así que alguien quiere muerto a Arutha porque está destinado a derrotarlo si vive? —preguntó Martin.

—O eso cree —respondió el abad.

—¿Pero quién o qué? —dijo Arutha—. Que alguien quiere verme muerto no es ningún descubrimiento. ¿Qué más podéis decirme?

—Poco, me temo.

—Aún así, explica los ataques de los Halcones Nocturnos —dijo Laurie.

—Fanáticos religiosos —dijo Jimmy sacudiendo la cabeza, entonces miró al abad—. Lo siento, padre.

El abad ignoró el comentario.

—Lo que es importante comprender es que lo intentarán una y otra vez. No acabaréis con esto hasta que no eliminéis al autor último de la orden de mataros.

—Bueno —dijo Martin—. También sabemos que la Hermandad de la Senda Oscura está implicada.

—El norte —dijo el hermano Micah. Arutha y los demás lo miraron intrigados—. Las respuestas están al norte, Arutha. Mirad allí —su voz contenía un matiz de mando—. Al norte se encuentran las Altas Cordilleras, todas ellas barreras contra los habitantes del Norte. Al oeste sobre Elvandar se ciernen las Grandes Montañas del Norte; al este, los Guardianes del Norte, los Altos Bastiones y las Montañas de la Ensoñación. Y atravesando el centro se encuentra la cordillera más grande de todas,

los Dientes del Mundo. Mil trescientas millas de riscos casi infranqueables. ¿Quién sabe qué hay al otro lado? ¿Qué hombre, excepto los renegados y los traficantes de armas se ha aventurado allí y ha vuelto para hablar de las Tierras del Norte? Nuestros antepasados crearon las Baronías Fronterizas hace eras, para controlar los pasos en Highcastle, Northwarden y el Paso de Hierro. Las guarniciones del duque de Yabon bloquean el único otro paso al oeste de las estepas Thunderhell. Y ningún trasgo o hermano oscuro para por las Thunderhell y vive, ya que los nómadas las vigilan por nosotros. En suma, no sabemos nada de las Tierras del Norte. Pero allí es donde viven los moredhel y allí es donde encontraréis vuestras respuestas.

—O no encontraré nada —dijo Arutha—. Puede que os importen las profecías y los portentos, pero a mí sólo me importa encontrar la respuesta al enigma del espino de plata. Hasta que Anita esté a salvo, no dedicaré esfuerzos a nada más. —El abad pareció preocupado por esta afirmación—. No dudo que hay una profecía, y que algún loco con poderes arcanos busca mi muerte tampoco está en duda. Pero de ahí a que esto indique algún gran peligro para el Reino hay un trecho. Un trecho demasiado largo para mí. Necesitaré más pruebas.

El abad estaba a punto de responder cuando habló Jimmy.

—¿Qué es eso?

Todos los ojos se volvieron a mirar adonde señalaba el muchacho. Cerca de la línea del horizonte había una luz azul, que se hacía más brillante como si una estrella estuviera creciendo ante sus ojos.

—Parece una estrella fugaz —dijo Martin.

Entonces pudieron ver que no era ninguna estrella. Un sonido, débil en la distancia, acompañaba al objeto que se aproximaba. Se fue haciendo cada vez más brillante, y el sonido más fuerte, casi rabioso. Un fuego azul venía hacia ellos a toda velocidad por el cielo. En el acto pasó directamente por encima de la torre, con un sonido siseante como el de un hierro caliente metido en agua.

—¡Fuera de la torre, rápido! —gritó el hermano Dominic.

//

Choque

Dudaron un instante.

El aviso de Dominic fue seguido por un grito de Micah, y los demás corrieron escaleras abajo. A medio camino de la planta baja, Dominic se detuvo, balanceándose un poco.

—Algo se acerca.

Al llegar a la planta principal, Arutha y los demás corrieron hacia la puerta y se asomaron. En el cielo, más objetos brillantes volaban hacia ellos a una velocidad increíble. Primero desde un punto cardinal, luego desde otro, venían, llenando la noche con su zumbido extraño y ominoso. Atravesaban el cielo cada vez más rápido, cometas de azul, verde, amarillo y rojo, vivos destellos de brillo desgarrando la oscuridad.

—¿Qué son? —gritó Jimmy.

—Vigías mágicos de algún tipo —respondió el abad—. Puedo sentir que están rastreando la zona mientras la sobrevuelan.

Lentamente el curso de las bolas de luz se fue alterando; en vez de sobrevolar la abadía con pasadas rectas, viraron y empezaron a alejarse en una trayectoria curva. Los que estaban abajo pudieron ver que los objetos empezaban a volar más lento. La trayectoria curva se fue cerrando hasta que los objetos trazaron un arco sobre sus cabezas. Entonces su velocidad se redujo aún más, y se hicieron más nítidos. Eran esferas de gran tamaño que palpitaban con una brillante luz interior, y en su interior podían verse extrañas formas oscuras, de apariencia un tanto perturbadora. Siguieron decelerando hasta que se quedaron flotando quietas, formando un círculo sobre el patio de la abadía. Una vez formado el círculo, podían verse doce esferas luminosas flotando en silencio e inmóviles sobre el patio. Entonces, con un sonoro chasquido que hacía daño a los oídos, unas líneas de energía cruzaron el espacio entre cada par de esferas, y seis líneas unieron las esferas. Entonces se formó una línea en el contorno, y las esferas formaron un dodecágono.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Gardan en voz alta.

—Los doce ojos —dijo el abad horrorizado—, un antiguo y maligno conjuro legendario. Se dice que nadie vivo tiene poder para materializar esta cosa. Es a la vez un vehículo para la visión y un arma.

En ese momento las esferas comenzaron a moverse lentamente. Ganando velocidad, empezaron a trazar un diseño intrincado, de líneas enloquecidamente entrelazadas, más allá de la capacidad del ojo para seguirlas. Fueron dando vueltas cada vez más rápido, hasta convertirse en un borrón de luz. Un rayo de energía brotó del centro, golpeando alguna barrera invisible sobre el tejado de los edificios.

Dominic gritó de dolor y Martin tuvo que cogerlo para que no se cayera. El monje se apretaba las sienes con las manos.

—Es tan poderoso que casi no puedo creerlo —dijo Dominic. Abrió los ojos encharcados en lágrimas—... Las barreras aguantan.

—La mente del hermano Dominic es la piedra angular de las defensas místicas de la abadía —dijo el padre John—. Lo están poniendo seriamente a prueba.

De nuevo unas intensas energías salieron disparadas hacia abajo, para dispersarse contra la barrera invisible, como una lluvia multicolor sobre sus cabezas. Esquirlas de luz mística irisada se derramaron por los costados de la barrera mágica, permitiendo que la vista pudiera percibir la cúpula que cubría la abadía. Pero la barrera aguantó una vez más. Otro ataque, y otro más, y pronto Arutha y los demás pudieron ver que la barrera cada vez era más baja. Dominic gritaba de dolor con cada asalto. Entonces, con una furia explosiva, un solo rallo de cegadora luz blanca golpeó la barrera y la atravesó, calcinando el suelo con un desagradable siseo y un olor acre.

Con este ataque, el hermano Dominic se puso rígido en los brazos de Martin y gimió.

—Está entrando —susurró antes de quedar inconsciente.

—Debo ir a mi sacristía. Hermano Micah, debes contenerlo —dijo el padre John mientras Martin bajaba a Dominic al suelo.

—Sea lo que sea eso —dijo Micah— ha roto una defensa mística cuyo poder sólo está por detrás del de nuestra iglesia madre. Ahora yo debo enfrentarme a ello. Ishop es mi arma y mi escudo —dijo ritualmente el monje mientras empuñaba el martillo que llevaba al cinto.

Un rugido de volumen imposible, como un millar de leones que expresaran su rabia a la vez, sacudió la abadía. Comenzó como un chillido que ponía los dientes largos y fue recorriendo la escala hasta que pareció atacar a las piedras mismas de la abadía. Rayos de energía salieron despedidos aparentemente en direcciones aleatorias, y dondequiera que cayeron, llegó la destrucción. Las piedras se desmenuzaron bajo el ataque, las cosas inflamables salieron ardiendo, y el agua tocada por los rayos estalló en nubes de vapor.

Observaron a Micah salir del edificio, marchando a grandes zancadas hasta

plantarse bajo el disco que daba vueltas. Como si se anticipara, levantó el martillo por encima de su cabeza poco antes de que cayera sobre él otro rayo de luz, cegando a los que miraban desde la puerta. Cuando murió el inicial resplandor blanco, pudieron ver a Micah de pie, erguido, sosteniendo el martillo sobre su cabeza mientras las energías caían en cascada a su alrededor, dispersándose en un espectro de colores, de forma que todos los colores del arco iris danzaban en la conflagración. El mismo suelo a sus pies ardía y humeaba, pero él estaba ileso. Entonces el flujo de energía se detuvo, y en un instante Micah había echado atrás el martillo y lo había lanzado. Casi demasiado rápido para que el ojo lo siguiera, el martillo dejó su mano y se convirtió en un borrón de energía albiceleste tan brillante y cegadora como su objetivo. El rayo ascendió más alto de lo que era posible para un hombre arrojarlo, golpeando de lleno en el centro al disco resplandeciente. El rayo azul pareció rebotar contra el disco y volvió a la mano de Micah. La cosa volvió a atacar a Micah, pero una vez más lo protegieron los poderes místicos del martillo. Y una vez más lo lanzó en cuanto cesó la lluvia de luz, golpeando el corazón del disco. Cuando el martillo volvió, los que estaban en el interior vieron que la cosa estaba empezando a combarse levemente a medida que giraba. Por tercera vez lanzó el martillo y acertó. De repente se oyó un sonido de ruptura, un desgarró tan fuerte que Arutha y los demás se vieron obligados a taparse los oídos. Las esferas que volaban en círculos se hicieron pedazos, y de su centro cayeron pequeñas formas alienígenas. Con un sonido húmedo, plaf, dieron contra el suelo, se retorcieron grotescamente y empezaron a echar humo. Un grito chillón llenó la noche cuando estallaron en brillantes llamas. Nadie pudo distinguir la verdadera forma de las criaturas de las esferas, pero a Arutha le quedó la sensación de que era algo que era mejor no saber, ya que en el instante en que prendieron, parecieron ni más ni menos que bebés horriblemente desfigurados. Y la noche quedó en silencio, mientras una lluvia de colores chisporroteantes, como finas motitas de polvo de estrellas, empezó a caer sobre la abadía. Una por una. Las motas centellearon y se desvanecieron, hasta que el viejo monje se quedó solo en el patio, empuñando ante sí el martillo de guerra.

Los que estaban al abrigo de la abadía se miraban unos a otros con asombro en el rostro. Durante largo rato no dijeron nada, luego empezaron a tranquilizarse.

—Eso ha sido... increíble —dijo Laurie—. No sé si podría encontrar las palabras para describirlo.

Arutha estaba a punto de hablar, pero algo en la forma en que Martin y Jimmy tenían la cabeza inclinada a un lado le hizo detenerse.

—Oigo algo —dijo Jimmy.

Todos se quedaron en silencio por un momento, y entonces pudieron oír un sonido distante, como si algún enorme pájaro o murciélago batiera las alas en la noche.

Jimmy salió corriendo del edificio antes de que nadie pudiera detenerlo, casi girando sobre sí mismo mientras miraba hacia los cuatro puntos cardinales del cielo. Al mirar sobre el techo de la abadía, hacia el norte, vio algo que hizo que se le abrieran los ojos de par en par.

—¡Banath! —exclamó, y corrió hasta donde seguía plantado el viejo monje, inmóvil y en silencio. Micah parecía estar en algún tipo de trance, con los ojos cerrados. Jimmy lo cogió del brazo y lo sacudió—. ¡Mire! —gritó cuando el monje abrió los ojos.

Micah miró hacia donde señalaba el chico. Recortado contra la enorme luna en el cielo nocturno había algo que volaba hacia la abadía, impulsado por unas alas gigantescas y poderosas. Al instante, el monje empujó al chico para que se alejara.

—¡Corre!

El empujón apartó a Jimmy de la abadía, así que corrió por el patio hasta un largo carromato lleno de paja para los establos y se metió bajo él. Rodó y se quedó inmóvil, observando.

Un ser de pesadilla con la forma del horror más absoluto descendió del cielo. Alas de dieciséis metros de envergadura batieron perezosamente mientras la cosa descendía junto al monje. Era un compuesto de siete metros de alto de todo lo que resulta repulsivo para los seres cuerdos. Uñas negras se extendían de grotescas parodias de garras de ave, sobre las que se alzaban unas patas que recordaban a las de las cabras. Pero donde deberían haber estado los cuartos traseros sólo había grandes rollos de grasa, enormes masas que temblaban, colgando imposiblemente debajo de un pecho parecido al de un hombre. Todo el cuerpo supuraba una sustancia densa y aceitosa, que corría a chorros. En el centro del pecho de la cosa, un rostro humano azul pero por lo demás de aspecto normal miraba fijamente con los ojos desorbitados de terror, retorciéndose y chillando en contrapunto a los graves bramidos de la cosa. Los brazos eran poderosos, largos y simiescos. La cosa resplandecía con una leve luz cambiante, primero rojo, luego naranja, amarillo y así hasta recorrer todo el espectro y volver al rojo. Y del monstruo brotaban una mezcla de olores fétidos, como si el hedor de cada cosa putrefacta y purulenta del mundo hubiera sido destilado e imbuido en el ser de la cosa.

Pero lo más horrible de todo era la cabeza, ya que en un acto de suprema crueldad, quien había fabricado el deforme monstruo lo había adornado con una cabeza de mujer, grande para adaptarse al cuerpo pero por lo demás normal. Y la burla definitiva estaba en los rasgos de aquella cara, ya que en una precisa imitación la cosa llevaba el rostro de la princesa Anita. Mechones despeinados flotaban en todas direcciones, enmarcando su rostro en una nube de pelo rojo. Pero su expresión era la de una prostituta callejera, lujuriosa y descarada, y la cosa se relamía lascivamente y miraba a Arutha. Labios rojos como la sangre se abrieron en una amplia sonrisa,

mostrando largos colmillos en vez de caninos humanos.

Arutha miró a la cosa con un desagrado y un asco que subieron hasta desvanecer todo pensamiento salvo el de destruir aquella obscenidad.

—¡No! —gritó mientras empezaba a desenvainar la espada.

Gardan cayó al instante sobre él, tirándolo al suelo y usando su fuerza para retenerlo.

—¡Eso es lo que quieren! —gritó el capitán.

Martin prestó su fuerza para retener a Arutha, y Gardan y él apartaron al príncipe de la puerta. La criatura se volvió a mirar a los que estaban dentro de la puerta, moviendo las garras de forma ausente. Lloriqueando como una chiquilla, de repente le dirigió una sonrisa maliciosa a Arutha y sacó la lengua, moviéndola sugestivamente. Entonces la criatura se alzó tan alta cual era y con una risa tronante le rugió a las estrellas, con los brazos levantados sobre su cabeza. Dio un paso hacia la puerta tras la que esperaba el príncipe. Súbitamente se dobló hacia atrás, gritó de dolor y se dio la vuelta.

Arutha y sus compañeros vieron un rayo de energía blancoazulada volver a la mano del hermano Micah. Había dado el primer golpe mientras la cosa estaba distraída. De nuevo arrojó el martillo. Éste voló en un borrón para impactar a la cosa en su enorme estómago, haciéndola emitir otro bramido de dolor e ira, y un hilillo de sangre negra e hirviente empezó a fluir.

—¡Vaya, vaya! —llegó una voz desde detrás de Arutha.

Laurie vio que el hermano Anthony había salido de alguna profunda cripta bajo la abadía y estaba mirando atentamente a la criatura.

—¿Qué es esa cosa? —le preguntó Laurie.

La respuesta del archivista no demostró más emoción que la curiosidad.

—Creo que es una criatura conjurada, algo fabricado por medios mágicos, hecho en una cuba. Podría mostrar referencias en una docena de obras diferentes de cómo crearlas. Por supuesto, podría ser alguna extraña bestia natural, pero eso parece altamente improbable.

Martin se puso de pie, dejando a Gardan para que contuviera a Arutha. Echó mano del arco del que nunca se separaba, lo tensó rápidamente y cogió una flecha. La criatura avanzaba sobre el hermano Micah cuando Martin disparó. Los ojos del arquero se abrieron de par en par cuando la flecha atravesó el cuello de la criatura sin ningún efecto aparente. El hermano Anthony asintió.

—Sí, es una conjuración, observad como es inmune a las armas mundanas.

La criatura golpeó con uno de sus poderosos puños al hermano Micah, pero el viejo guerrero se limitó a levantar su martillo como para bloquear. El golpe de la criatura se detuvo treinta centímetros por encima del martillo, retrocediendo como si hubiera golpeado piedra. El ser bramó de frustración.

Martin se volvió hacia el hermano Anthony.

—¿Cómo se puede matar?

—No sé. Cada uno de los golpes del hermano Micah consume un poco de la energía del conjuro usado para crear a la bestia. Pero es producto de una magia tremenda, y podría incluso durar un día o más. Si Micah flaqueara...

Pero el viejo monje se mantenía firme, respondiendo a cada ataque con una parada e hiriendo a la criatura, aparentemente a voluntad. Aunque parecía que al ser le dolían las heridas causadas por el martillo, no daba señales de debilitamiento.

—¿Cómo se hace uno? —preguntó Martin al hermano Anthony.

Arutha ya no forcejeaba, pero Gardan seguía arrodillado con una mano en su hombro.

—¿Qué cómo se hace uno? —dijo Anthony, atrapado por un segundo en la pregunta de Martin—. Bueno, es algo complejo...

La criatura estaba cada vez más enfadada por los golpes de Micah, y golpeaba inútilmente al monje. Cansada de aquella táctica, se arrodilló y le lanzó un golpe de arriba abajo a Micah, como si fuera a clavar un clavo con un martillo, pero en el último instante cambió de dirección e impactó con su enorme puño en el suelo junto al monje.

La sacudida hizo que Micah titubeara un poco, dándole a la criatura la única apertura que necesitaba. Al instante hizo un barrido lateral con la mano y lanzó a Micah a través del patio. El viejo monje dio con fuerza contra el suelo, rodó y quedó inconsciente, y el martillo salió despedido alejándose de él.

La cosa volvió a avanzar hacia Arutha. Gardan se puso en pie de un salto, sacando la espada mientras se apresuraba a defender a su príncipe. El veterano capitán se puso frente a la cosa, que le dedicó una espantosa sonrisa. La terrible parodia de Anita añadía un elemento repulsivo a la confrontación. La criatura atacó con sus garras a Gardan, como un gato jugando con un ratón.

El padre John reapareció por una puerta interior, empuñando un bastón metálico rematado con un extraño objeto de siete caras. Se puso frente a Arutha, que intentaba ir a ayudar a Gardan.

—¡No! ¡No podéis hacer nada! —gritó el abad.

Algo en su voz le dijo a Arutha que era inútil intentar enfrentarse con la cosa, y el príncipe retrocedió un paso. El abad se encaró con la criatura conjurada.

Jimmy salió a rastras de debajo del carromato y se puso en pie. Sabía que era inútil sacar el puñal. Al ver la figura yacente del hermano Micah, corrió a ver qué tal estaba. El viejo monje seguía inconsciente, y Jimmy lo arrastró hasta la relativa seguridad del carromato. Entre tanto, Gardan atacaba inútilmente con su espada a la criatura mientras ésta jugaba con él.

Jimmy miró a su alrededor y vio el martillo místico del hermano Micah tirado a

un lado. Se echó al suelo para cogerlo y agarró la empuñadura, quedando boca abajo y con los ojos fijos en el monstruo. La cosa no se había dado cuenta que el muchacho había recuperado el arma. Jimmy se sorprendió al levantarlo, ya que el martillo pesaba el doble de lo que esperaba. Se puso en pie y corrió para ponerse tras el monstruo, enfrentado a su hediondo trasero cubierto de pelo, que le llegaba por encima de la cabeza, mientras se inclinaba para agarrar a Gardan.

El capitán se vio cogido por una mano gigantesca que lo levantó hacía una boca que se ensanchaba. El padre John levantó su bastón y repentinamente unas ondas de energía verde y púrpura fluyeron de él y cubrieron a la criatura. Ésta aulló de dolor y apretó a Gardan, que gritó a su vez.

—¡Deteneos! ¡Está aplastando a Gardan!

El abad detuvo su magia y la cosa resopló mientras tiraba a Gardan contra la puerta, tratando de herir a quien la atormentaba. El capitán se estrelló contra Martin, el hermano Anthony y el abad, tirándolos al suelo. Arutha y Laurie consiguieron esquivar los cuerpos. El príncipe se dio la vuelta y vio la parodia del rostro de Anita mirando por la puerta con su sonrisa maliciosa. Las alas de la criatura le impedían entrar en la abadía, pero unos largos brazos cruzaron la puerta tratando de coger a Arutha.

Martin se levantó y ayudó al abad y al hermano Anthony, que estaban aturdidos, a ponerse en pie.

—¡Sí! ¡Por supuesto! —dijo el archivero—. ¡La cara que tiene en el pecho! ¡Matadla allí!

En un instante Martin tenía una flecha en el arco, pero al estar la cosa agachada el objetivo se mantenía oculto. Alargó los brazos en busca de Arutha, y de repente estuvo sentada sobre sus cuartos traseros, aullando de dolor.

Por un instante la cara del pecho fue visible, Martin apuntó.

—Kilian, guía mi flecha —dijo, y disparó.

Con precisa puntería, la flecha voló y golpeó al enloquecido rostro que había en el pecho de la criatura justo entre ceja y ceja. El rostro puso los ojos en blanco y los cerró, mientras sangre humana manaba de la herida. La criatura se quedó inmóvil.

Mientras todos observaban maravillados, la criatura empezó a temblar. Instantáneamente sus colores se volvieron más vivos, y la luz de su interior parpadeó más rápidamente. Entonces todos pudieron ver que se estaba volviendo insustancial, una cosa de humos y gases de colores resplandecientes, arremolinados en una alocada danza a medida que se disipaban lentamente en el viento de la noche. Sus luces se fueron desvaneciendo hasta que de nuevo el patio estuvo vacío y en silencio.

Arutha y Laurie se acercaron a Gardan, que seguía consciente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó débilmente el capitán. Todos los ojos se volvieron hacia Martin, que señaló al hermano Anthony.

—Fue algo que me preguntó el duque —respondió este—, cómo se hacían esas cosas. Todas las artes oscuras para fabricar uno de esos seres necesitan un animal o humano para trabajar a partir de él. Ese rostro era todo lo que quedaba de la desdichada alma que había sido usada como foco para crear al monstruo. Era la única parte mortal. Sujeta a heridas mundanas, y cuando murió, la magia... se deshizo.

—No habría podido hacer el disparo si no se hubiera echado hacia atrás como lo hizo —dijo Martin.

—Hubo suerte —dijo el abad.

—La suerte no tuvo nada que ver —dijo un sonriente Jimmy. Mostró el martillo de Micah mientras se acercaba—. Se lo metí por todo el culo. —Señaló al inconsciente Micah—. Estará bien —dijo mientras le entregaba el martillo al abad.

Arutha seguía perturbado por la visión del rostro de Anita sobre aquel horror.

—Padre —dijo Laurie con una débil sonrisa—, si no fuera demasiado problema, ¿tendríais algo de vino que pudiéramos beber? Ha sido el peor olor que he soportado.

—¡Ja! —dijo Jimmy indignado—. Tendrías que haberlo intentado desde mi lado.

Arutha contemplaba el amanecer sobre los Montes Calastius. El sol naciente era un orbe de vivo color rojo. En las horas transcurridas desde el ataque la abadía había recuperado una apariencia de orden y tranquilidad, pero Arutha sólo sentía desazón en su interior. Quien estuviera detrás de aquellos intentos de matarlo era poderoso más allá de cualquier cosa que él hubiera podido imaginar, a pesar de las claras advertencias del padre Nathan y de la suma sacerdotisa de Lims-Kragma. En su prisa por hallar una cura para Anita había bajado la guardia, y esa no era su naturaleza. Podía ser osado cuando hacía falta, y la osadía le había conseguido algunas victorias, pero últimamente no había sido osado, sólo testarudo e impulsivo. Arutha sentía algo extraño, algo que no había soportado desde niño. Arutha sentía dudas. Había sido muy confiado con sus planes, pero o bien Murmandamus había anticipado cada movimiento o bien era que podía reaccionar con una velocidad increíble cada vez que Arutha daba un paso.

El príncipe salió de sus pensamientos y vio a Jimmy a su lado. El chico sacudió la cabeza.

—Esto demuestra lo que siempre he dicho.

A pesar de sus preocupaciones, Arutha se encontró un tanto divertido por el tono del chico.

—¿Y qué es eso?

—Que sin importar lo astuto que crees que eres, siempre puede venir algo y ¡Bam!, ponerte en tu sitio. Entonces piensas «Eso es lo que se me olvidó tener en cuenta». El viejo Alvarny el Rápido solía llamarlo sexto sentido retrospectivo. — Arutha se preguntó si el chico le había estado leyendo el pensamiento—. Los

ishapianos están aquí sentaditos, farfullando oraciones y convencidos de que tienen una verdadera fortaleza mágica. «Nada puede quebrar nuestras defensas místicas» — imitó—. Y entonces llegan esas bolas de luz y la cosa voladora y ¡hala! «Es que no habíamos pensado en esto o en aquello». Llevan una hora discutiendo lo que deberían haber hecho. Bueno, creo que pronto tendrán algo más fuerte alrededor de esto. — Jimmy se apoyó contra el muro de piedra que daba al acantilado. Al otro lado de las murallas de la abadía el valle emergía de las sombras a medida que el sol subía en el cielo—. El viejo Anthony me ha dicho que los conjuros necesarios para el espectáculo de anoche tenían su trabajo, así que no creen que nada mágico venga por aquí en una temporada. Estarán seguros en su fortaleza... hasta que vuelva a llegar algo que pueda echar abajo las puertas a patadas.

—¿Eres un poco filósofo tú, no? —Arutha sonrió mientras Jimmy se encogía de hombros.

—Lo que estoy es cagadito de miedo, y vos también harías bien en estarlo. Esos muertos vivientes de Krondor ya eran lo bastante malos, pero la última noche, bien, no sé cómo os sentís vos, pero si yo fuera vos pensaría en mudarme a Kesh y cambiarme de nombre.

Arutha sonrió algo picado ante eso, ya que Jimmy le había hecho ver algo que él se negaba a admitir.

—Para ser honesto, yo estoy tan asustado como tú, Jimmy.

Jimmy pareció sorprendido ante la afirmación.

—¿De verdad?

—De verdad. Mira, sólo un loco no tendría miedo de enfrentarse a lo que nos hemos enfrentado nosotros y a lo que puede venir, pero lo que importa no es si estás asustado o no, sino cómo actúas. Mi padre me dijo una vez que un héroe no era más que alguien que se asustaba demasiado para usar el sentido común y salir corriendo y luego de algún modo lograba sobrevivir a todo.

Jimmy se rio, y su risa infantil le hizo parecer tan joven como era realmente, en vez del niño-hombre que parecía la mayor parte del tiempo.

—Eso también es cierto. Yo prefiero hacer lo que hay que hacer, rápido, y seguir con la diversión. Esto del sufrimiento por las grandes causas es para las sagas y las leyendas.

—¿Ves como después de todo hay algo de filósofo en ti? —dijo Arutha, y cambió de tema—. Anoche actuaste rápido y con valentía. Si no hubieras distraído al monstruo para que Martin pudiera matarlo...

—Ahora estaríamos de vuelta a Krondor con vuestros huesos, suponiendo que no se los hubiera comido —acabó Jimmy con una sonrisa irónica.

—No parece agradarte la idea.

La sonrisa de Jimmy se ensanchó.

—Y de hecho no me agrada. Sois una de las pocas personas que conozco que merece la pena tener alrededor. Según todos los criterios sois una panda divertida, aunque los tiempos son tristes. A decir verdad, creo que me lo estoy pasando bien.

—Tienes una extraña idea de lo que es pasárselo bien.

Jimmy negó con la cabeza.

—Realmente no. Si hay que estar asustado, más vale disfrutarlo. A fin de cuentas de eso va ser ladrón. Colarse en casa de alguien en plena noche sin saber si está despierto con una espada o un garrote para desparramarte los sesos por el suelo en cuanto asomes la cabeza por la ventana... Ser perseguido por las calles por la ronda... No es divertido, pero sí lo es. ¿Sabéis? De cualquier manera es excitante, y además, ¿cuántos pueden presumir de haber salvado al príncipe de Krondor dándole en el trasero a un demonio?

Ante eso, Arutha se rio a mandíbula batiente.

—Que me aspen, pero es la primera cosa que me hace reír en voz alta desde... desde la boda —apoyó la mano en el hombro de Jimmy—. Hoy te has ganado una recompensa, escudero James. ¿Qué deseas?

Jimmy arrugó el rostro en una exhibición de profunda meditación.

—¿Por qué no me nombráis duque de Krondor?

Arutha se quedó pasmado. Empezó a hablar, pero se detuvo. Martin se acercó desde la enfermería y vio la extraña expresión en el rostro de Arutha.

—¿Qué te pasa?

Arutha señaló a Jimmy.

—Quiere ser duque de Krondor.

Martin rio a carcajadas.

—¿Por qué no? —dijo Jimmy cuando Martin se calmó un poco—. Dulanic está aquí, así que ya sabemos que su retiro no fue un engaño. Volney no quiere el puesto, así que ¿a quién más se lo vais a dar? Yo soy inteligente y os he hecho uno o dos favores.

Martin siguió riéndose.

—Por los que se te ha pagado —dijo Arutha. El príncipe estaba atrapado entre sentirse ofendido y divertido—. Mira, bandido, puede que piense en hacer que Lyam te otorgue una pequeña baronía, muy pequeña, para que te hagas cargo de ella cuando llegues a la mayoría, para lo que faltan por lo menos tres años. Por ahora tendrás que conformarte con el nombramiento de Escudero Mayor de la corte.

Martin negó con la cabeza.

—Los va a convertir en una banda callejera.

—Bueno —dijo Jimmy—. Al menos me daré el gustazo de ver la cara de ese gili de Jerome cuando le deis la orden a deLacy.

Martin paró de reírse.

—Pensé que te gustaría saber que Gardan estará bien, igual que el hermano Micah. Dominic ya ha vuelto a sus quehaceres.

—¿El abad y el hermano Anthony?

—El abad anda por ahí haciendo lo que sea que hagan los abades cuando profanan sus abadías. Y el hermano Anthony sigue buscando información sobre el espino de plata. Me dijo que te dijera que estaría en la cámara sesenta y siete por si querías hablar con él.

—Voy a verlo —dijo Arutha—. Quiero saber qué ha descubierto. Jimmy —dijo mientras se alejaba—, ¿por qué no le explicas a mi hermano por qué debería elevarte al segundo ducado más importante del Reino?

Arutha se fue en busca del archivero jefe. Martin se volvió para mirar a Jimmy, que le respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Arutha entró en la vasta habitación, cuya atmósfera estaba cargada por la edad y el débil olor a conservantes. El hermano Anthony estaba leyendo un viejo volumen a la trémula luz de una linterna. El monje habló sin volverse para mirar quién había entrado.

—Justo como pensaba, sabía que estaría aquí. —Se incorporó en su asiento—. Esa criatura es similar a una que fue abatida cuando el templo de Tith-Onanka fue atacado en Elarial hace trescientos años. Según estas fuentes, existía seguridad de que los sacerdotes serpiente pantathianos estaban detrás de la fechoría.

—¿Qué son esos pantathianos, hermano? —Preguntó Arutha—. Yo sólo he oído las historias que se cuentan para asustar a los niños.

El viejo monje se encogió de hombros.

—En realidad sabemos poco. A la mayoría de las razas inteligentes de Midkemia podemos comprenderlas en cierto sentido. Incluso los moredhel, la Hermandad de la Senda Oscura, tienen algunos rasgos en común con la humanidad. Por ejemplo, tienen un código de honor bastante rígido, aunque según nuestras costumbres sea bastante raro. Pero esas criaturas... —Cerró el libro—. Nadie sabe dónde se encuentra Pantathia. Las copias de los mapas dejados por Macros que Kulgan de Stardock nos envió no muestran señales de ella. Esos sacerdotes poseen magias diferentes de cualquier otra. Son los enemigos jurados de la humanidad, aunque en el pasado han tratado con algunos humanos. Una cosa más está clara, son sirvientes del mal más puro. Que ellos sirvan a este Murmandamus indica, aunque nada más lo hiciera suponer, que se trata de un enemigo de todo lo que es bueno. Y que lo sirvan también indica que es un poder a ser temido.

—Entonces sabemos poco más de lo que sabíamos por el informe de Jack el Risueño —dijo Arutha.

—Cierto, pero no os toméis a la ligera el valor de saber que decía la verdad. Saber

qué no son las cosas, a menudo es tan importante como saber qué son.

—Con toda esta confusión, ¿habéis descubierto algo acerca del espino de plata? —dijo Arutha.

—De hecho sí. Iba a mandaros llamar tan pronto acabara de leer este párrafo. Me temo que tengo poca ayuda que ofrecer. —Al oír esto, a Arutha se le cayó el alma a los pies, pero le indicó al viejo fraile que continuara—. La razón por la que no puede ubicar enseguida el espino de plata es que ese nombre es una traducción del nombre con el que yo estoy familiarizado. —Abrió un libro que tenía allí cerca—. Este es el diario de Geoffrey, hijo de Caradoc, un monje de la abadía de Silban al oeste de Yabon, la misma en la que criaron a vuestro hermano Martin, aunque esto fue hace varios cientos de años. Geoffrey era una especie de botánico y pasaba su tiempo libre catalogando lo que podía de la flora local. Aquí he encontrado una pista. Os la leeré. «La planta, que los elfos llaman lobera, es conocida como espino centella por la gente de las colinas. Se supone que tiene propiedades mágicas cuando se utiliza correctamente, aunque el medio adecuado para destilar las esencias de la planta no es comúnmente conocido, ya que requiere un ritual arcano más allá de las posibilidades de la gente común. Es extremadamente rara, y pocos vivos la han visto. Yo nunca he visto la planta, pero aquellos con los que he hablado son de fiar y están seguros de su existencia». —Cerró el libro.

—¿Eso es todo? —dijo Arutha—. Yo esperaba una cura, o al menos algún indicio de cómo podía hallarse una.

—Pero hay una pista —dijo el monje con un parpadeo—. Geoffrey, que era chismoso más que botánico, le atribuye el nombre lobera a la planta como si fuera una palabra élfica. Esto obviamente es una corrupción de *aelebera*, ¡una palabra élfica que se traduce como espino de plata! Lo que quiere decir que si alguien conoce sus propiedades mágicas y como vencerlas, son los tejedores de magia de Elvandar.

Arutha se quedó un rato en silencio.

—Gracias, hermano Anthony. Había rezado para que mi búsqueda concluyera aquí, pero al menos me ha dejado usted alguna esperanza.

—Siempre hay esperanza, Arutha conDoin —dijo el viejo fraile—. Sospecho que, en la confusión, el abad nunca llegó a deciros la principal razón de que reunamos todo esto —señaló con un barrido de la mano las masas de libros que había por todas partes—. La razón para que reunamos todas esas obras en este monte es la esperanza. Hay muchas profecías y augurios, pero uno habla del fin de todo como nosotros lo conocemos. Afirma que cuando todo lo demás haya sucumbido a las fuerzas de la oscuridad, lo único que quedará será «aquello que fue Sarth». Si esa profecía llegara a hacerse cierta, tenemos la esperanza de salvar las semillas del conocimiento para que puedan volver a servir al hombre. Trabajamos con ese día en mente, y rezamos para que nunca llegue.

—Ha sido usted muy amable, hermano Anthony —dijo Arutha.

—Un hombre ayuda siempre que puede.

—Gracias.

Arutha salió de la cámara y subió las escaleras, dándole vueltas en la cabeza a lo que sabía. Consideró sus opciones hasta que llegó al patio. Laurie y Dominic se habían unido a Jimmy y Martin, y el monje parecía haber superado el trance, aunque todavía estaba pálido.

—Gardan debería estar bien mañana —dijo Laurie saludando al príncipe.

—Bien, porque partiremos de Sarth con las primeras luces del alba.

—¿Qué te propones? —dijo Martin.

—Voy a poner a Gardan en el primer barco que parta de Sarth para Krondor, y nosotros seguiremos.

—¿Seguir hasta donde? —preguntó Laurie.

—Elvandar.

Martin sonrió.

—Estará bien volver a visitarlo.

Jimmy suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Arutha.

—Sólo pensaba en los cocineros de palacio y en los huesudos lomos de los caballos.

—Bueno, no pienses demasiado; vuelves a Krondor con Gardan —dijo Arutha—. ¿Y perderme toda la diversión?

—Este chaval tiene definitivamente una visión muy distorsionada de la diversión —le dijo Laurie a Martin.

Jimmy empezó a hablar, pero Dominic lo interrumpió.

—Alteza, si pudiera viajar con vuestro capitán, me gustaría ir a Krondor.

—Por supuesto, pero ¿qué hay de sus deberes, hermano?

—Otro ocupará mi puesto. Yo no estaré en condiciones para esa misión en algún tiempo, y no podemos esperar. No hay vergüenza o deshonor; sencillamente es necesario.

—Entonces estoy seguro de que Jimmy y Gardan se alegrarán de su compañía.

—Un momento... —empezó a decir Jimmy.

—¿Qué le lleva a Krondor? —preguntó Arutha ignorando al muchacho.

—Sólo que me coge de camino a Stardock. El padre John cree que es vital que informemos a Pug y a los demás magos de lo que sabemos que pasa. Ellos practican poderosas artes de las que nosotros no disponemos.

—Bien pensado. Necesitamos todos los aliados que podamos reunir. Yo mismo debería haberlo pensado. Le daré alguna información adicional para que se la lleve, si no le importa. Y haré que Gardan lo escolte hasta Stardock.

—Eso es muy amable de vuestra parte.

Jimmy había estado intentando hacer oír sus protestas porque lo mandaran de vuelta a Krondor. Arutha siguió ignorándolo.

—Laurie, llévate aquí a nuestro aspirante a duque y bajad a la ciudad a buscar un barco. Nosotros os seguiremos mañana. Busca también monturas más frescas, y no te metas en líos.

Arutha se fue andando hacia los barracones con Dominic y Martin, dejando a Laurie y Jimmy en el patio. Jimmy seguía intentando hacerse oír.

—... pero...

Laurie le dio una palmada en el hombro.

—Vayámonos, «Vuestra Gracia». Vamos al camino. Si acabamos rápido con el encargo quizá podamos encontrar una partida en alguna taberna.

Ante eso de los ojos de Jimmy pareció brotar una luz maligna.

—¿Partida? —dijo.

—Ya sabes, algo como el pashawa o los dados. Tabas o piedras. Juego.

—Oh —dijo el muchacho—. Tendrás que enseñarme.

Al volverse para ir al establo, Laurie le dio una patada en el trasero, empujándolo hacia delante.

—Vaya que si te voy a enseñar. No soy un paleta recién llegado de la granja. Ya oí eso la primera vez que me dejaron limpio.

—¡Había que intentarlo! —rio Jimmy mientras corría.

Arutha entró en la habitación oscurecida.

—¿Me habéis mandado buscar? —dijo bajando la vista hacia la figura que yacía en la cama.

Micah se incorporó y se inclinó contra la pared.

—Sí. Oí que partíais enseguida. Gracias por venir. —Le hizo un gesto a Arutha para que se sentara en el borde de la cama—. Necesito dormir un poco, pero estaré bien en cosa de una semana. Arutha, tu padre y yo fuimos amigos cuando jóvenes. Caldric acababa de establecer la práctica de traer escuderos a la corte que hoy ya es costumbre aceptada. Éramos una buena panda. Brucal de Yabon era nuestro escudero mayor, y nos ponía a caldo. En esos días éramos un grupo levantisco, tu padre, yo y Guy du Bas-Tyra. —A la mención del nombre de Guy, Arutha se envaró pero no dijo nada—. Me gusta pensar que en nuestros tiempos fuimos la columna vertebral del Reino. Ahora lo sois vosotros. Borric hizo bien contigo y con Lyam, y Martin no es ninguna vergüenza. Ahora sirvo a Ishap, pero sigo amando al Reino, hijo. Sólo quería que supieras que mis oraciones van contigo.

—Gracias, mi señor Dulanic —dijo Arutha.

Éste se recostó en su almohada.

—Ya no. Ahora soy un simple monje. Por cierto, ¿quién gobierna en tu sitio?

—Lyam está en Krondor y se quedará hasta que yo vuelva. Volney es el canciller en funciones.

Ante esto Micah se rio, lo que le provocó una mueca de dolor.

—¡Volney! ¡Por los dientes de Ishap! Tiene que odiarlo.

—Lo odia —dijo Arutha con una sonrisa.

—¿Vas a hacer que Lyam lo nombre duque?

—No sé. Por mucho que proteste es el administrador más capaz que tenemos. Perdimos muchos buenos hombres jóvenes durante la Guerra de la Fractura. — Arutha sonrió con su sonrisa torcida—. Jimmy sugiere que lo nombre a él duque de Krondor.

—No subestimes a ese, Arutha. Entrénalo mientras lo tengas. Dale responsabilidades hasta que grite, y entonces dale más. Edúcalo bien y disfruta de los resultados. Es de esas personas difíciles de encontrar.

—¿Por qué esto, Micah? —Preguntó Arutha—. ¿Por qué esta preocupación por asuntos que has dejado atrás?

—Porque soy un anciano vanidoso y pecador, a pesar de mi arrepentimiento. Sigo admitiendo enorgullecerme de cómo va mi ciudad. Y porque eres hijo de tu padre.

—¿Tú y mi padre fuisteis muy buenos amigos, no? —dijo Arutha tras un largo silencio.

—Muy buenos. Sólo Guy era mejor amigo de Borric.

—¡Guy! —Arutha no podía creer que el más odiado enemigo de su padre pudiera haber sido una vez su amigo—. ¿Cómo es posible?

Micah estudió a Arutha.

—Pensé que tu padre te lo había dicho antes de morir. —Se mantuvo largo rato en silencio—. Pero claro, Borric nunca lo haría. —Suspiró—. Los que fuimos amigos, tanto de tu padre como de Guy, hicimos un juramento. Juramos no hablar nunca de la vergüenza que los hizo romper una de las amistades más fuertes, y que hizo que Guy vistiera de negro durante el resto de su vida, ganándose el apodo de Guy el Negro.

—Padre mencionó una vez ese extraño acto de valor personal, aunque fue la única cosa buena que dijo de Guy.

—Nunca lo hubiera dicho. Y yo tampoco lo diré, ya que Guy tendría que liberarme de mi juramento, o demostrarse que está muerto, antes de que yo pudiera hablar. Pero puedo decir que antes del cisma fueron como hermanos. Fuera en la taberna, en una pelea o en la guerra, ninguno estaba a más de una voz de acudir junto al otro. Pero mírate, Arutha, debes levantarte temprano y necesitas descansar. No tienes tiempo para desperdiciarlo con asuntos que llevan mucho tiempo enterrados. Debes partir a buscar una cura para Anita... —Los ojos del anciano se nublaron, y Arutha se dio cuenta de que con su propia abrumadora preocupación se le había

pasado el hecho de que Micah siempre había sido miembro del séquito de Erland. La conocía desde su nacimiento, para él sería como una nieta. Micah tragó saliva—. ¡Estas malditas costillas! Respira hondo y se te ponen los ojos como si estuvieras comiendo cebolla cruda —emitió un hondo suspiro—. La tuve en mis brazos cuando los sacerdotes de Sung la Blanca la bendijeron, menos de una hora después de su nacimiento. —Su mirada se perdió en la distancia; apartó el rostro—. Sávala, Arutha.

—Encontraré la cura.

—Entonces ve, Arutha. Que Ishap te proteja —dijo Micah susurrando para contener sus emociones.

Arutha apretó la mano del viejo fraile durante un momento, sepusodepie y salió de la habitación. Atravesando el refectorio del edificio de la abadía, se cruzó con él un monje silencioso que le indicó que lo siguiera. Fue conducido a las habitaciones del abad, donde encontró a éste y al hermano Anthony esperándolo.

—Me alegro de que hayáis encontrado tiempo para visitar a Micah, Alteza —dijo el abad.

De repente Arutha se alarmó.

—Micah se recuperará ¿no?

—Si Ishap lo quiere. Es un hombre viejo para haber soportado esa dura prueba. —El hermano Anthony pareció enfadado por la idea y resopló. El abad ignoró el sonido—. Hemos pensado en un problema que hay que solucionar. —Empujó una pequeña cajita hasta Arutha, que alargó la mano y la cogió de la mesa.

La cajita era claramente muy antigua, de madera delicadamente tallada, y el tiempo casi la había alisado. Cuando la abrió, dentro había un cojincito de terciopelo sobre el que descansaba un pequeño talismán. Era un martillo de bronce, una réplica en miniatura del que había llevado Micah, con un cordoncito atravesando un agujero en el mango.

—¿Qué es?

—Debéis haber estado pensando cómo vuestro enemigo parece ser capaz de localizaros aparentemente a voluntad —dijo Anthony—. Es muy posible que alguien poderoso, quizá el sacerdote serpiente, os haya localizado con un conjuro de clarividencia de algún tipo. Este talismán es un legado de nuestro pasado más remoto. Fue fabricado en el enclave más antiguo de nuestra religión que se conoce, la abadía ishapiana de Leng. Es el artefacto más poderoso que tenemos. Ocultará vuestros movimientos frente a toda la magia clarividente y adivinatoria. Sencillamente desapareceréis de la vista de cualquiera que os haya estado siguiendo por medios arcanos. No tenemos protección frente a los ojos mundanos, pero si sois cauto y ocultáis vuestra identidad, deberíais ser capaz de llegar a Elvandar sin que os intercepten. Pero nunca os lo quitéis, o volveréis a estar sujeto a la detección mágica. También os hará inmune al tipo de ataque que soportamos anoche. Una criatura así

será incapaz de heriros, aunque vuestro enemigo sigue siendo capaz de atacaros a través de los que os rodean, ya que ellos no estarán protegidos.

Arutha se colgó el talismán del cuello.

—Gracias.

El abad se levantó.

—Que Ishap os proteja, Alteza, y sabed que siempre encontraréis asilo aquí en Sarth.

Arutha volvió a dar las gracias y dejó al abad. Mientras volvía a su habitación y acababa de empaquetar su fardo de viaje, reflexionó sobre lo que había aprendido. Dejando a un lado las dudas, tomó una vez más la determinación de salvar a Anita.

Rumbo Norte

Un jinete solitario venía galopando por la carretera.

Arutha miró hacia atrás cuando Martin le avisó del jinete que se aproximaba. Laurie hizo girar su caballo y sacó la espada, mientras Martin empezaba a reírse.

—Si es quien creo que es, le cortaré las orejas —dijo Arutha.

—Entonces ve afilando el cuchillo, hermano, porque mira como aletean esos codos —dijo Martin.

En pocos instantes, la predicción de Martin demostró ser correcta, ya que un sonriente Jimmy llegó junto a ellos. Arutha no se molestó en ocultar su enfado.

—Laurie, pensaba que me habías dicho que estaba bien seguro a bordo del barco para Krondor junto a Gardan y Dominic.

Laurie lo miró con gesto de indefensión.

—Lo estaba, lo juro.

Jimmy los miró a los tres.

—¿Es que nadie va a decir hola?

Martin trató de ponerse serio, pero incluso su compostura aprendida de los elfos estaba siendo puesta a prueba. Jimmy tenía toda la ingenuidad de un cachorrito, una fachada tan falsa como casi todas las que asumía, y Arutha estaba intentando con todas sus fuerzas mantener una actitud seria. Laurie ocultaba su risa detrás de una mano levantada apresuradamente y un carraspeo.

Arutha sacudió la cabeza, mirando al suelo.

—Está bien. ¿Cuál es el cuento? —dijo al fin.

—Primeramente, yo pronuncié un juramento —dijo Jimmy—; puede que para vosotros no signifique mucho, pero sigue siendo un juramento y nos vincula hasta «cazar al jabalí». Y hay otra cosita.

—¿Cuál? —dijo Arutha.

—Os estaban vigilando mientras partíais de Sarth.

Arutha se echó hacia atrás en la silla, tan sobresaltado por el tono despreocupado del muchacho como por la revelación.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Primero porque conocía al hombre. Es cierto mercader de Vista del Questor, llamado Havram, que en realidad es un contrabandista a sueldo de los Burladores. Llevaba desaparecido desde que se supo de la infiltración de los Halcones Nocturnos, y estaba en la taberna donde Gardan, Dominic y yo esperábamos el barco. Yo subí a bordo con el buen capitán y el monje y me tiré al agua antes de que levantara anclas. Segundo, el hombre iba sin la comitiva que solía acompañarle cuando desempeñaba sus habituales negocios. Suele ser un tipo hablador y afable, al que le gusta llamar la atención cuando hace de mercader, pero en Sarth iba cubierto por una capa con capucha y se mantenía en rincones oscuros. No estaría en este sitio, ignorando su papel habitual, a menos que se viera obligado por circunstancias poco usuales. Y os siguió desde la posada hasta que tuvo clara la dirección en la que habíais partido. Pero lo más importante, solía ir mucho con Jack el Risueño y Dase el Rubio.

—¡Havram! —dijo Martin—. Ese es el hombre que Jack el Risueño dijo que los había reclutado al Rubio y a él en los Halcones Nocturnos.

—Ahora tendrán que depender de espías y agentes ya que la magia no les sirve —añadió Laurie—. Tiene sentido que tuvieran a alguien en Sarth esperando que bajáramos de la abadía.

—¿Te vio irte? —preguntó el príncipe.

Jimmy se rio.

—No, pero yo lo vi irse a él. —Todos lo miraron intrigados—. Me encargué de él.

—¿Qué hiciste qué?

Jimmy parecía contento consigo mismo.

—Incluso una ciudad tan pequeña como Sarth tiene sus bajos fondos si sabes donde buscar. Usando mi reputación como Burlador de Kronador me di a conocer e hice saber que venía de buena fe. A cierta gente que desea permanecer en el anonimato le hice comprender que sabía quiénes eran, y que estaría dispuesto a no mencionárselo a la guarnición local a cambio de un servicio. Como pensaron que yo seguía disfrutando de una posición de privilegio entre los Burladores, decidieron no depositarme en el fondo de la bahía, especialmente cuando endulcé el trato con una bolsita de oro que llevaba. Luego mencioné que no había persona alguna en el reino Occidental que echaría de menos a cierto mercader que estaba descansando en la taberna. Me comprendieron. El falso mercader lo más probable es que ahora mientras hablamos vaya ya de camino a Kesh vía la ruta de los esclavos de Durbin, aprendiendo los pequeños detalles de las labores menestras.

Laurie sacudió la cabeza.

—Definitivamente este chico tiene muy malas pulgas.

Arutha suspiró resignado.

—Parece que vuelvo a estar en deuda contigo, Jimmy.

—Hay una pequeña caravana que viene detrás de nosotros por la costa —dijo Jimmy—. Si cabalgamos lento puede que nos alcance a la puesta de sol. Lo más probable es que podamos alquilarnos como guardias e ir con sus carromatos y algunos mercenarios más mientras Murmandamus está buscando a tres jinetes que han partido de Sarth.

Arutha rio.

—¿Qué voy a hacer contigo? —No esperó a que Jimmy respondiera—. Y no digas nada a cerca de ser duque de Krondor. —Volvió el caballo—. Y no me digas de dónde has sacado ese caballo.

El destino, o la eficacia del talismán ishapiano, estuvieron al servicio de Arutha y sus tres compañeros, ya que no encontraron ningún problema en la carretera hasta Ylith. La predicción de Jimmy de que la caravana los alcanzaría resultó ser exacta. Era una cosa pobre, consistente en cinco carromatos con sólo dos matones contratados como guardias. Una vez que el mercader que iba al mando se convenció de que no eran bandoleros, les dio la bienvenida como compañeros de viaje, ya que ganaba cuatro guardias por el precio de unas pocas comidas.

Durante dos semanas viajaron sin nada que rompiera la monotonía. Buhoneros, mercaderes y caravanas de todos los tamaños, con hasta una veintena de guardias mercenarios, pasaron en ambos sentidos a lo largo de la costa entre Vista del Questor y Sarth. Arutha estaba convencido de que si algún espía o agente lo descubría entre la multitud de bravos de alquiler que iban por la carretera, sería de pura suerte.

Finalmente, cerca de la puesta de sol, pudieron ver en lontananza las luces de Ylith, Arutha iba en cabeza junto a los dos guardias del mercader Yanov. Retuvo el caballo hasta que el primer carromato estuvo a su altura.

—Ylith al frente, Yanov.

El primer carromato pasó junto a él, y el rechoncho mercader, un tratante de sedas y tejidos finos de Krondor, lo saludó alegremente. Arutha se había sentido aliviado al descubrir que Yanov era un hombre parlanchín, ya que prestaba poca atención a lo que los demás tenían que decir, y la historia apresuradamente concebida de Arutha había pasado el escrutinio. Por lo que podía decir el príncipe, Yanov nunca le había visto antes.

Martin fue el primero en alcanzar a Arutha, cuando el último carromato de la caravana pasó junto a él.

—Ylith —dijo Arutha espoleando su montura.

Jimmy y Laurie cruzaron la carretera desde su posición en el flanco.

—Pronto nos libramos de esta caravana y podremos buscar nuevas monturas, estas necesitan un descanso —les dijo Martin.

—Yo estaré encantado de librarme de Yanov —dijo Laurie—. Charla como una

cotorra, sin respirar.

Jimmy sacudió la cabeza con burlona comprensión.

—Y nunca deja que nadie más cuente historias alrededor del fuego.

Laurie le dedicó una mirada asesina.

—Ya vale —dijo Arutha—. Seremos un grupo más de viajeros. Si el barón Talanque descubre que estoy aquí, se convertirá en un asunto de estado. Tendremos banquetes, torneos, cacerías, recepciones y todo el mundo entre las Grandes Montañas del Norte y Kesh sabrá que estoy en Ylith. Talanque es un buen tipo, pero adora los festejos.

Jimmy sonrió.

—No es el único.

Con un grito, el muchacho picó espuelas. Arutha, Laurie y Martin se quedaron parados un momento, asombrados, luego les llegó el alivio de haber alcanzado Ylith y partieron tras el chico.

—¡Buen negocio, maese Yanov! —gritó Arutha al pasar al galope junto al primer carromato.

El mercader los miró como si hubieran perdido la razón. Las buenas maneras requerían que les diera una gratificación simbólica por su participación como guardias.

Se detuvieron al llegar a las puertas de la ciudad, ya que una caravana de buen tamaño acababa de entrar y varios viajeros más esperaban a que el paso quedara libre. Jimmy detuvo su caballo tras el carro de heno de un granjero y se volvió para mirar a sus compañeros mientras se acercaban, riéndose ante el bullicio momentáneo. Sin decir nada se pusieron en la cola, mientras observaban cómo los soldados dejaban pasar el carro. En aquellos días de paz, los soldados al parecer inspeccionaban sólo por encima a los que querían entrar en la ciudad.

Jimmy miró a su alrededor, ya que Ylith era la primera gran ciudad que habían encontrado desde la partida de Krondor, y el acelerado ritmo metropolitano ya lo estaba haciendo sentirse como en casa. En ese momento vio una figura solitaria junto a las puertas, agazapada, observando a los que pasaban. Por el tartán y las calzas de cuero, estaba claro que era un montañés hadati. El pelo le caía por debajo de los hombros, pero tenía un moño de guerrero y un pañuelo enrollado atado a la altura de la frente. Sobre sus rodillas descansaban dos vainas de madera, protegiendo el filo de la larga y estrecha espada y del espadín más corto, habituales de su pueblo. Pero lo que más llamaba la atención del hombre era su rostro, ya que llevaba la franja alrededor de los ojos, entre la frente y los pómulos, pintada de color blanco hueso, igual que la barbilla directamente debajo de la boca. Estudió abiertamente al príncipe cuando pasó a su lado, y se puso en pie lentamente cuando Jimmy y Martin siguieron a Arutha y Laurie al interior de la ciudad.

Jimmy súbitamente se rio en voz alta, como si Martin hubiera hecho una broma, y se desperezó, logrando mirar de reojo hacia atrás. El montañés cruzaba las puertas lentamente tras ellos, poniéndose al cinto la espada y el espadín.

—¿El hadati? —dijo Martin. Jimmy asintió—. Tienes buena vista. ¿Nos viene siguiendo?

—Sí. ¿Lo despistamos?

Martin negó con la cabeza.

—Nos encargaremos de él cuando encontremos un sitio donde quedarnos. Si hace falta.

A medida que avanzaban por las estrechas calles de la ciudad, fueron siendo saludados por señales de prosperidad en todas partes. Las tiendas estaban brillantemente iluminadas a la luz de las linternas y los mercaderes mostraban sus mercancías a los que iban de compras al fresco del anochecer.

Incluso a esta hora tan temprana del anochecer había una buena cantidad de gente de farra, ya que guardias de caravanas y marineros de permiso tras meses en el mar habían salido en masa a buscar cualquier placer que pudiera comprar el oro. Una banda de rudos hombres de armas, mercenarios a juzgar por su aspecto, se abrió paso por la calle a empujones, obviamente en el proceso de conseguir una curda de proporciones épicas, gritando y riendo. Uno de ellos tropezó con el caballo de Laurie.

—¡Vaya, hombre! ¡Mira dónde pones esa bestia! ¿O es que quieres que te enseñe modales? —dijo en una guasona exhibición de ofensa. Fingió sacar la espada, para deleite de sus acompañantes. Laurie rio con el hombre mientras Martin, Arutha y Jimmy se mantenían alerta por si había problemas.

—Lo siento, amigo —dijo el trovador. El hombre hizo un gesto mitad mueca de desagrado, mitad risa y volvió a hacer el gesto como si fuera a desenvainar.

Otro de los miembros del grupo de mercenarios lo empujó bruscamente.

—Ve a tomarte un trago —le dijo a su compañero, y miró sonriendo a Laurie—. ¿Sigues montando tan mal como cantas, Laurie?

Laurie se bajó del caballo al instante y saludó al hombre con un abrazo de oso.

—¡Roald, hijo de perra! —Intercambiaron palmadas en la espalda y abrazos, y luego Laurie se lo presentó a los demás—. Este tipo de corazón negro es Roald, amigo mío desde la infancia y más de una vez compañero en el camino. Su padre tenía la granja que había junto a la de mi padre.

El hombre rio.

—Y nuestros padres nos echaron a los dos de casa casi el mismo día.

Laurie le presentó a Martin y a Jimmy, pero cuando llegó a Arutha usó el nombre previamente acordado de Arthur.

—Me alegro de conocer a tus amigos, Laurie —dijo el mercenario.

Arutha echó un rápido vistazo a su alrededor.

—Estamos bloqueando el paso. Busquemos alojamiento.

Roald les hizo un gesto para que lo siguieran.

—Yo me alojo en un sitio aquí en la calle de al lado. Es casi civilizado.

Jimmy espoleó a su caballo y no le quitó ojo al amigo de la infancia del trovador, estudiando al hombre con ojo técnico. Tenía todas las marcas de un mercenario curtido, uno que llevaba el suficiente tiempo ganándose la vida con la espada como para ser considerado un experto sólo por haber sobrevivido. Jimmy captó a Martin mirando hacia atrás y se preguntó si el hadati seguía acechándolos.

La posada se llamaba el Norteño, y era bastante respetable para estar tan cerca de los muelles. Un mozo de cuerdas se apartó de una comida de aspecto bastante penoso para coger sus caballos.

—Cuídalos bien, zagal —dijo Roald.

Evidentemente el chico lo conocía. Martin le arrojó una moneda de plata al muchacho.

Jimmy observó como el chico atrapaba la moneda al vuelo, y mientras le entregaba las riendas de su caballo colocó el pulgar de su mano derecha entre los dedos índice y corazón, de forma que el mozo pudiera verlo. El muchacho pareció darse cuenta y le dedicó a Jimmy una breve inclinación de cabeza.

Cuando estuvieron dentro Roald le hizo un gesto a la camarera para que les trajera cerveza mientras señalaba una mesa en el rincón, cerca de la puerta que daba al patio de los establos y lejos del sitio de paso de los clientes. Sacó una silla para sentarse y soltó los gruesos guantes de cuero. Habló con el volumen justo para que lo oyeran sólo los de la mesa.

—¿Laurie, cuándo nos vimos por última vez? ¿Hace seis años? Saliste con una patrulla laMutiana para buscar tsurani y escribir canciones sobre ellos. Y ahora aquí estás con este ladronzuelo —señaló a Jimmy.

—¿Jerga? —dijo Jimmy con una mueca de disgusto.

—Jerga —dijo Roald. Los demás parecían confusos—. Este chaval Jimmy le hizo al mozo de cuerdas una señal para que los ladrones locales se mantuvieran lejos de él. Les dice que un ladrón de otra ciudad está en la ciudad, dispuesto a respetar las normas, y que deberían devolverle la cortesía. ¿No?

Jimmy asintió.

—Exacto. Les dice que no voy a... trabajar sin su permiso. Mantiene las cosas civilizadas. El chico correrá la voz.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Arutha.

—No soy ningún forajido, pero tampoco un santo. A lo largo de los años me he juntado con gente de todo tipo. Principalmente soy un simple hombre de armas. Hasta hace un año fui mercenario en las Compañías Libres yabonesas. Luché por la patria y el rey por una moneda de plata al día y parte en el botín. —Su mirada se

volvió distante—. Estuvimos entrando y saliendo del frente durante siete años. De los muchachos que firmaron con nuestro capitán el primer año, sólo quedamos uno de cada cinco. Invernábamos en LaMut mientras nuestro capitán iba a reclutar. Cada primavera volvíamos del frente con menos hombres. —Bajó los ojos hasta la cerveza que tenía ante él—. He luchado contra bandidos y fuerzas de la ley, renegados de todo tipo. He servido como infante de marina en un barco dedicado a cazar piratas. Estuve en la Grieta de Cutter cuando menos de treinta de nosotros contuvimos a doscientos trasgos durante tres días hasta que Brian, señor de Highcastle, pudo venir a rescatarnos. Pero nunca pensé que viviría para ver el día en que los condenados tsurani se rindieran. No —dijo—, me alegro de estar de guardia de caravanas pequeñas por las que no se molestaría ni el forajido más hambriento de la tierra. Estos días mi mayor problema es mantenerme despierto. —El mercenario sonrió—. De mis antiguos amigos, eres el mejor. Te confiaría mi vida, si no mi dinero y mis mujeres. Tomemos una ronda por los viejos tiempos, y luego podremos empezar a mentir.

A Arutha le gustó el carácter abierto del guerrero. La camarera trajo otra ronda, que pagó Roald a pesar de las protestas de Laurie.

—Acabo de llegar con una gran caravana de las Ciudades Libres. Tengo la boca reseca con un mes de polvo del camino, y antes o después desperdiciaré mi oro. Mejor que sea ahora.

Martin se rio.

—Sólo la primera, amigo Roald. El resto van de nuestra cuenta.

—¿Has visto por ahí un montañés hadati? —dijo Jimmy.

Roald movió la mano.

—Están por todas partes. ¿Alguno en particular?

—Tartán negro y verde —dijo Martin—, con pintura blanca en la cara.

—El negro y el verde son de un clan de lejos al noroeste —dijo Roald—, no sabría decir el nombre. Pero la pintura blanca... —Laurie y él intercambiaron miradas.

—¿Qué? —preguntó Martin.

—Está en una misión de sangre —dijo Laurie.

—Es una misión personal —dijo Roald—. Algún asunto de honor del clan. Y dejadme que diga que el honor no es ninguna broma para un hadati. Son tan intratables con ese tema como los condenados tsurani de LaMut. Quizá tenga que vengar alguna afrenta, o pagar una deuda de su tribu, pero sea lo que sea, sólo un tonto se cruzaría en el camino de un hadati con una misión de sangre. Suelen ser bastante amigos de echar mano de la espada.

Roald se acabó la cerveza.

—Si deseas unirme a nosotros, compartiremos una comida —dijo Arutha.

Se pidió la comanda y la comida se sirvió enseguida. La conversación se convirtió en un intercambio de historias entre Laurie y Roald. Éste había escuchado

maravillado mientras Laurie contaba sus aventuras durante la Guerra de la Fractura, aunque pasó por alto su implicación con la familia real y el hecho de que iba a casarse con la hermana del rey. El mercenario tenía la boca abierta de par en par.

—Nunca he conocido ningún trovador que no exagerara, y tú eres el peor que he conocido, Laurie, pero ese cuento es tan estrafalario que me lo creo. Es increíble.

Laurie pareció picarse.

—¿Exagerar yo?

Mientras comían, el posadero se acercó a hablar con Laurie.

—Veo que eres un trovador —Laurie llevaba su laúd, un hábito casi instintivo—. ¿Honrarías mi casa con tus canciones?

Arutha estuvo a punto de objetar, pero Laurie se le adelantó.

—Por supuesto. Ya nos iremos más tarde, Arthur. En Yabon, incluso cuando un trovador paga sus comidas, se espera que cante si se le pide. Así me hago una cuenta. Si paso por aquí, puedo cantar y comer aunque no tenga dinero.

Cruzó hasta un estrado que había en un rincón junto a la puerta principal de la posada y se sentó en un taburete. Afinó el laúd y empezó a cantar. Era una tonadilla común, que se cantaba en todas partes del Reino y era conocida por todos cuantos frecuentaban cervecerías y tabernas. Era una de las favoritas del público. La melodía era agradable, pero la letra era sensiblera.

Arutha sacudió la cabeza.

—Menuda porquería.

Los demás se rieron.

—Cierto —dijo Roald indicando al público—, pero les gusta.

—Laurie toca lo que es popular, no siempre lo que es bueno —dijo Jimmy—. Así come.

Laurie acabó, recibió una estruendosa ronda de aplausos y comenzó otra canción. Era una cancioncilla alegre y picante, popular entre los marineros del Mar Amargo, que contaba el encuentro entre un marinero borracho y una sirena. Un grupo de marineros recién bajados del barco acompañaron la canción batiendo palmas, y uno sacó una sencilla flauta de madera y acompañaba a Laurie con un inteligente contrapunto. Cuando el ambiente festivo en la sala fue creciendo, Laurie pasó a otra canción picante acerca de las ocupaciones de la esposa del capitán cuando su marido está en el mar. Los marineros vitorearon, y el de la flauta se puso a bailar mientras tocaba.

Mientras iba creciendo la diversión, la puerta delantera se abrió y entraron tres hombres. Jimmy los observó abrirse paso lentamente por la sala.

—Oh, oh, problemas —dijo el muchacho.

Martin miró adonde miraba Jimmy.

—¿Los conoces?

—No, pero reconozco la clase. El que lo va a empezar es el grandullón del centro.

El hombre en cuestión era obviamente el cabecilla de los tres. Era un guerrero alto, barbudo y pelirrojo, un mercenario de pecho ancho que había dejado que la mayor parte de su poderosa osamenta se cubriera de grasa. Llevaba dos puñales, pero por lo demás iba desarmado. Su colete de cuero apenas se cerraba sobre su panza. Los dos que lo seguían parecían hombres de armas. Uno iba armado con una variedad de cuchillos, que iban de un diminuto estilete a una daga larga. El otro llevaba al cinto un largo cuchillo de monte.

El barbudo pelirrojo condujo a sus compañeros hacia la mesa de Arutha, hablando con rudeza a la vez que empujaba a todos los que se cruzaban en su camino. Su actitud no era enteramente hostil, ya que intercambió estruendosas y rudas bromas con algunos de los hombres de la posada que obviamente lo conocían. Pronto los tres estuvieron plantados frente a la mesa de Arutha. Mirando a los cuatro que había allí sentados, el barbudo pelirrojo dejó que una sonrisa de oreja a oreja se fuera formando poco a poco en su cara.

—Vosotros sienta mi mesa —su acento lo traicionaba como nativo de alguna de las Ciudades Libres más meridionales. Se inclinó hacia delante, apoyando los puños en la mesa entre los platos de comida—. Vosotros extranjeros, yo perdona. —Jimmy abrió la boca sorprendido y se apartó instintivamente, ya que el aliento del hombre evidenciaba un día pasado bebiendo y una dentadura podrida—. Si vosotros y lithianos, vosotros sabe que cuando Longly en la ciudad, todas noches él sienta en esta mesa en el Norteño. Iros y yo no mataros muertos. —Tras decir eso echó la cabeza hacia atrás soltó una risotada.

Jimmy fue el primero en ponerse en pie y hablar.

—No lo sabíamos, señor —sonrió débilmente mientras los demás intercambiaban miradas. Arutha indicó que quería quitarse de la mesa y evitar problemas. Jimmy hizo como que estaba mortalmente asustado del gordo guerrero—. Ya encontraremos otra mesa.

El hombre llamado Longly cogió el brazo de Jimmy por encima del codo.

—Este es chico guapo ¿no? —Se rio y miró a sus acompañantes—. O quizá es chica vestida como chico, es tan guapo. —Volvió a reírse y miró a Roald—. ¿Este chico amigo tuyo? ¿O mascota?

Jimmy levantó la vista al cielo.

—Ojalá no hubieras dicho eso.

Arutha alargó la mano y la apoyó en el brazo del hombretón.

—Suelta al muchacho.

Longly le dio un revés a Arutha con su mano libre, haciendo caer al príncipe hacia atrás.

Roald y Martin intercambiaron miradas resignadas mientras Jimmy levantaba la

pierna derecha para poder alcanzar el puñal que llevaba en la caña de la bota. Antes de que nadie pudiera moverse, Jimmy tenía la punta del cuchillo firmemente apoyada en las costillas de Longly.

—Creo que más te vale buscarte otra mesa, amigo.

El hombretón bajó la vista para mirar al ladrón, que no le llegaba ni a la barbilla, y luego a la daga.

—Pequeño, tú eres mucho divertido —dijo con una risotada. Con una velocidad inesperada, su mano libre agarró la mano del puñal de Jimmy, y lo apartó con poquísimo esfuerzo.

El rostro de Jimmy se fue empapando de sudor mientras forcejeaba para soltarse de la presa como una tenaza del barbudo pelirrojo. Laurie seguía cantando en el rincón, ignorante de lo que pasaba en la mesa de sus amigos. Otros que estaban más cerca acostumbrados a las peculiaridades de las tabernas portuarias, estaban dejando sitio libre para la gresca que se avecinaba. Arutha estaba sentado en el suelo, todavía aturdido por el manotazo, y aflojó el estoque en su vaina.

Roald le asintió a Martin y ambos se levantaron lentamente, poniendo énfasis en que no iban a sacar las armas.

—Mira amigo —dijo Roald—. No queremos pelea. Si hubiéramos sabido que esta era tu mesa habitual no nos habríamos sentado aquí. Ya encontraremos otra. Suelta al chico.

El hombre echó la cabeza atrás y se rio.

—¡Ja! Creo que me lo quedo. Conozco gordo mercader quegano que da cien de oro por chico tan guapito. —Con una repentina mueca recorrió con la mirada a todos los de la mesa, fijando la vista en Roald—. Tú vete. El chico dice que siente pinchar a Longly en las costillas, y quizá yo lo deja. O quizá con gordo quegano va.

Arutha se puso en pie lentamente. Era difícil saber si Longly estaba buscando problemas en serio, pero después de recibir el golpe, Arutha no estaba por concederle al hombre el beneficio de la duda. Obviamente los lugareños conocían a Longly, y si sólo estaba buscando una simple pelea y Arutha era el primero en sacar el acero, podía provocar sus iras. Los dos acompañantes del gordo lo miraron cautelosamente.

Roald intercambió otra mirada con Martin y levantó la jarra como para terminarse la cerveza. Con una repentina sacudida, arrojó los contenidos de la jarra al rostro de Longly, y luego le dio con la jarra de peltre en la sien al tipo de los cuchillos. El hombre más delgado puso los ojos en blanco y cayó al suelo. El tercer hombre se distrajo con el brusco movimiento de Roald y no vio el puño de Martin cuando el duque descargó un potente golpe, derribándolo de espaldas sobre una mesa. Con el súbito estallido de acción, los clientes más prudentes empezaron a salir a escape de la posada, Laurie dejó de tocar y se puso en pie en el estrado para ver cuál era el problema.

Uno de los camareros, que no estaba interesado en saber quién era el responsable de los problemas, saltó sobre la barra y cayó sobre el combatiente más próximo, que resultó ser Martin. Longly aferraba con fuerza la muñeca de Jimmy y se limpiaba la cerveza de la cara. Laurie dejó cuidadosamente su laúd, cogió carrerilla para saltar del estrado a una mesa y de allí a la espalda de Longly. Rodeando el cuello del hombre con sus brazos, empezó a ahogarlo. Longly se balanceó hacia delante por el impacto, y luego recuperó el equilibrio mientras Laurie se colgaba de él. Ignorando al trovador, miró a Roald, que estaba dispuesto a luchar.

—No deberías haber tirado cerveza a Longly. Ahora está cabreado.

El rostro de Jimmy se estaba poniendo blanco de dolor por la presa del hombretón.

—¡Que alguien me ayude! ¡Este gigante tiene un tronco por cuello! —gritó Laurie.

Arutha saltó a la derecha justo cuando Roald golpeaba a Longly en plena cara. El hombretón parpadeó y, con un movimiento insolente, arrojó a Jimmy contra Roald, derribando al mercenario sobre Arutha. Los tres cayeron hechos un ovillo. Pasó la otra mano por encima del hombro y agarró a Laurie por la blusa. Levantó al trovador sobre su cabeza y lo estrelló contra la mesa. La pata de la mesa que estaba más cerca de Jimmy se rompió y Laurie rodó cayendo encima de Roald y Arutha, que trataban de ponerse en pie.

Martin había estado forcejeando con el camarero y finalizó el encuentro arrojándolo al otro lado de la barra. Luego alargó el brazo y cogió a Longly por el hombro, dándole la vuelta. Los ojos del barbudo pelirrojo brillaron al encontrar un oponente digno de él. Con su más de metro noventa, Martin era más alto, aunque mucho menos corpulento que Longly. La voz de éste resonó en un grito de alegría mientras alargaba los brazos y agarraba a Martin. Al instante quedaron trabados en una presa de lucha, ambos con una mano en la nuca del cuello del otro y la otra aferrando la del oponente. Se balancearon durante un buen rato, y luego empezaron a moverse mientras cada uno buscaba ventaja para derribar al otro.

Laurie se incorporó, sacudiendo la cabeza.

—No es humano.

Repentinamente se dio cuenta de que estaba sentado sobre Roald y Arutha y empezó a desenredarse.

Jimmy se puso en pie, tambaleándose. Laurie levantó la vista hacia el chico mientras Arutha se ponía en pie.

—¿Qué querías conseguir sacando ese puñal? —Le preguntó Laurie al ladrón—. ¿Que nos mataran?

Jimmy miró enfadado hacia donde forcejeaban los dos hombretones.

—Nadie habla de mí así. No soy el juguete de un señoritingo.

—No te tomes las cosas tan personalmente —dijo Laurie, y empezó a levantarse

—. Sólo quería jugar. —Le fallaron las rodillas y tuvo que agarrar a Jimmy para no caerse—. Creo.

Longly estaba emitiendo una extraña serie de gruñidos mientras forcejeaba con Martin, mientras que el duque permanecía en silencio. Martin estaba inclinado hacia delante, contrarrestando la mayor masa de Longly con su mayor altura. Lo que había empezado como un posible derramamiento de sangre había acabado en una competición de lucha pasablemente amistosa, aunque un poco ruda. Longly se echó hacia atrás bruscamente, pero Martin se limitó a seguir el movimiento, soltando el cuello de Longly pero siguiendo aferrado a su muñeca. Con un solo movimiento se puso detrás del gordo, colocando el brazo de Longly en una dolorosa posición tras su cabeza. El hombre hizo un mueca de dolor mientras Martin apretaba la llave, obligándolo lentamente a arrodillarse.

Laurie ayudó a Roald a ponerse en pie. El mercenario sacudió la cabeza para recuperar el sentido. Cuando se le aclaró la vista, observó la lucha.

—Eso no puede ser muy cómodo —le dijo a Laurie.

—Creo que es por eso que se le está poniendo la cara morada —dijo Jimmy.

Roald empezó a decirle una cosa a Jimmy, pero algo hizo que volviera la cabeza bruscamente hacia Arutha. Jimmy y Laurie siguieron su mirada y abrieron los ojos de par en par.

Arutha, al ver que los tres lo miraban fijamente, giró sobre sus talones. Un hombre embozado había logrado acercarse a la mesa en silencio mientras se desarrollaba la pelea. Estaba de pie tras Arutha, rígido, con una daga en la mano derecha preparada para atacar. Los ojos del hombre miraban fijamente al frente y su boca se movía en silencio.

Arutha golpeó con la mano, desarmando al hombre, pero sus ojos vieron la figura que había detrás del embozado. El guerrero hadati que Jimmy y Martin habían visto en la puerta estaba en posición de ataque, con la espada lista para un nuevo golpe. Había atacado en silencio al asesino por detrás, impidiéndole que apuñalara al príncipe. Mientras el moribundo se derrumbaba, el hadati envainó la estrecha espada.

—Vámonos, hay más —dijo el montañés.

Jimmy examinó rápidamente al caído y enseñó un halcón de ébano en una cadena. Arutha se volvió hacia Martin.

—¡Martin! ¡Halcones Nocturnos! ¡Acaba ya!

Martin le asintió a su hermano y luego, con un brusco movimiento que casi le dislocó el hombro a Longly, lo puso de rodillas. Longly levantó la vista hacia Martin y luego cerró los ojos resignado mientras el duque levantaba la mano derecha.

—¿Para qué? —dijo el duque conteniendo el golpe y empujando a Longly hacia delante.

El hombretón cayó de cara contra el suelo y luego se sentó, frotándose el hombro

dolorido.

—¡Ja! —Rio en voz alta—. Tú vuelve alguna vez, grandote cazador. ¡Tú das buena paliza a Longly, por los dioses!

Salieron corriendo de la posada a los establos. El mozo de cuadras casi se desmaya a ver a tanta gente armada corriendo hacia él.

—¿Donde están nuestros caballos? —dijo Arutha.

El chico señaló hacia la parte trasera del establo.

—No aguantarán una carrera esta noche —dijo Martin.

Al ver otras monturas, frescas y alimentadas, Arutha se volvió hacia el mozo.

—¿De quién son aquellos?

—De mi jefe, señor —dijo el chico—. Pero los van a subastar la semana que viene.

Arutha les hizo un gesto a los demás para que ensillaran las monturas frescas.

—Por favor, señor, no me mate. —El chico empezó a llorar.

—No vamos a matarte, chico —dijo Arutha.

El chico se acurrucó en un rincón mientras ensillaban a los animales. El hadati cogió una silla de lo que obviamente era el suministro de arreos de la posada y preparó un sexto caballo. Arutha montó y le arrojó una bolsa de dinero al chico.

—Toma, dile a tu jefe que venda nuestras monturas y compense la diferencia con lo que hay en la bolsa. Y quédate algo para ti.

Cuando todos estuvieron listos salieron a caballo del establo, atravesando las puertas del patio de la posada y cogiendo por una calle estrecha. Si sonaba la alarma, las puertas de la ciudad se cerrarían enseguida. Una muerte en una pelea de taberna era una cosa fastidiosa. Podían perseguirlos o no, dependiendo de qué oficial de la ronda estuviera de guardia esa noche, o de cualquier otra circunstancia. Arutha decidió no arriesgarse y galoparon hacia la puerta occidental de la ciudad.

Los guardias de la ciudad apenas echaron cuenta de los seis jinetes que pasaron al galope y desaparecieron por la carretera que iba hacia las Ciudades Libres. No había sonado la alarma.

Huyeron por la carretera, hasta que las luces de Ylith fueron un fulgor distante en la noche tras ellos. Entonces Arutha les hizo una señal para que se detuvieran.

Se volvió hacia el hadati.

—Tenemos que hablar.

Desmontaron y Martin los condujo hasta una arboleda a cierta distancia de la carretera.

—¿Quién eres? —preguntó Arutha mientras Jimmy ataba los caballos.

—Soy Baru, al que llaman Matasierpes —respondió el hadati.

—Ése es un nombre de poder —dijo Laurie, y se lo explicó a Arutha—. Para ganarse el nombre, Baru mató un wyvern.

Arutha miró a Martin, que inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Para cazar a la estirpe de los dragones hace falta valor, un brazo fuerte y suerte.

Los wyvems eran primos hermanos de los dragones. La diferencia era principalmente el tamaño. Enfrentarse a uno era enfrentarse a cólera y garras, velocidad y colmillos, cuatro metros de alto hasta la cruz.

El hadati sonrió por primera vez.

—Sois un cazador, como proclama vuestro arco, duque Martin. —Ante esto los ojos de Roald se abrieron de par en par—. Principalmente hace falta suerte.

Roald miraba fijamente a Martin.

—Duque Martin... —Miró a Arutha—. Entonces tú eres...

—El príncipe Arutha, hijo de Lord Borric y hermano de nuestro rey —dijo el hadati—. ¿No lo sabías?

Roald se sentó negando enfáticamente con la cabeza. Miró a Laurie.

—Esta es la primera vez que sólo has contado parte de la historia.

—Es larga e incluso más extraña que la otra —dijo Laurie—. Baru, veo que eres del norte, pero no conozco tu clan.

El hadati se señaló el tartán.

—Esto significa que soy de la familia Ordwinson del clan de las Colinas de Hierro. Mi gente vive cerca del sitio que los hombres de ciudad llamáis el Lago del Cielo.

—¿Estás en una misión de sangre?

El montañés señaló el pañuelo que llevaba atado alrededor de la cabeza.

—Sí, soy un buscador del camino.

—Es una especie de hombre santo... esto, Alteza —dijo Roald.

—Un guerrero consagrado. El pañuelo contiene los nombres de todos sus ancestros. No tendrán descanso hasta que acabe su misión. Ha hecho juramento de cumplir la misión de sangre o morir.

—¿Cómo me has conocido? —preguntó Arutha.

—Os vi de camino a la conferencia de Paz con los tsurani al final de la guerra. Hay poco acerca de aquellos días que la gente de mi clan olvidará. —Miró al fuego—. Cuando nuestro rey nos llamó vinimos a luchar contra los tsurani, y durante nueve años y más lo hicimos. Eran enemigos fuertes, dispuestos a morir por honor, hombres que comprendían su sitio en la Rueda. Fue una digna contienda. Entonces, en la primavera del último año, los tsurani llegaron en gran número. Combatimos durante tres días y tres noches, cediendo terreno con gran coste para los tsurani. Al tercer día, nosotros los de las Colinas de Hierro estábamos rodeados. Todos los hombres en edad de luchar del clan de las Colinas de Hierro estaban entre los cercados. Hubiéramos muerto hasta el último hombre, pero Lord Borric nos vio en peligro. Si vuestro padre no hubiera hecho una salida para salvamos, nuestros nombres serían ahora susurros en el viento del ayer.

Arutha recordó que la carta de Lyam acerca de la muerte de su padre había

mencionado a los hadati.

—¿Y qué tiene que ver conmigo la muerte de mi padre?

Baru se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo estaba buscando información en las puertas. Mucha gente pasa por allí, y estaba haciendo preguntas para ayudarme en mi misión.

Entonces os vi pasar. Pensé que sería interesante descubrir por qué el príncipe de Kronдор entraba en una de sus ciudades como un guerrero común. Me ayudaría a pasar el tiempo mientras conseguía información. Entonces apareció el asesino y no pude quedarme al margen viendo cómo os asesinaba. Vuestro padre salvó a los hombres de mi clan. Yo salvé vuestra vida. Quizá eso pague una deuda en parte. ¿Quién puede saber las vueltas que dará la rueda?

—En la posada dijiste que había más —dijo Arutha.

—El hombre que intentó mataros os siguió dentro de la posada, os observó un momento y luego volvió a salir. Allí habló con un golfillo callejero, le dio dinero y el chico salió corriendo. Vio a los tres que pelearon con vosotros y los detuvo antes de que pasaran de largo. No oí nada de lo que dijeron, pero señaló a la posada y los tres entraron.

—Entonces la pelea estaba arreglada de antemano —dijo Arutha.

Jimmy, que ya había acabado con los caballos, intervino.

—Lo más probable es que conociera el temperamento de Longly y se asegurara que supiese que había unos extraños en su mesa habitual, en caso de que fueran hacia otra parte y no se cruzaran con nosotros.

—Puede que quisiera mantenemos ocupados mientras llegaban refuerzos —dijo Laurie—, pero vio lo que consideró una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla.

—Si tú no hubiera estado allí, Baru, sí que había sido una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla —dijo Arutha.

El hadati se tomó esto como un agradecimiento.

—No hay deuda alguna. Como he dicho antes, soy yo el que está pagando una.

—Bien entonces —dijo Roald—. Creo que ya está todo arreglado. Me voy a Ylith. Arutha intercambio una mirada con Laurie.

—Roald, viejo amigo —dijo el trovador—, creo que deberías cambiar de planes.

—¿Qué?

—Hombre, si se han dado cuenta de que ibas con el príncipe, lo que parece probable debido a que había treinta o cuarenta personas en la posada cuando empezó la pelea, los que lo están buscando podrían decidir preguntarte adonde nos dirigimos.

—Que lo intenten —dijo Roald con falsa bravuconería.

—Mejor que no —dijo Martin—. Pueden ser muy decididos. Ya he tratado antes con los moredhel, y carecen de ternura.

—¿La Hermandad de la Senda oscura? —los ojos de Roald se abrieron de asombro.

Martin asintió.

—Además ahora estás libre —dijo Laurie.

—Que es como planeo seguir.

Arutha intentó ponerse más serio.

—¿Le dirías que no a tu príncipe?

—No pretendo faltaros al respeto, Alteza, pero soy un hombre libre, no estoy a vuestro servicio y no he roto ninguna ley. No tenéis autoridad sobre mí.

—Mira —dijo Laurie— es probable que esos asesinos busquen a cualquiera que haya sido visto con nosotros. Y aunque eres un tipo tan duro como el que más, he visto lo que pueden hacer y yo no me arriesgaría a que me cogieran solo.

La determinación de Roald parecía inamovible.

—Seguramente habría una recompensa por el servicio —dijo Martin.

—¿Cuánto? —dijo Roald animándose visiblemente.

—Quédate hasta que completemos nuestra misión y te pagaré... cien soberanos de oro —replicó Arutha.

—¡Hecho! —dijo Roald sin dudar. Fácilmente aquello representaba cuatro meses de sueldo incluso para un guardia de caravanas veterano.

Tras eso, Arutha miró a Baru.

—Has dicho que necesitabas información. ¿Podemos ayudarte en tu misión de sangre?

—Quizá. Estoy buscando a uno de aquellos a los que conocéis como la Hermandad de la Senda Oscura.

Martin miró a Arutha enarcando una ceja.

—¿Qué tienes que ver con los moredhel?

—Busco a un moredhel de las colinas de Yabon, que lleva una coleta así —indicó con un gesto una cola de caballo—, y tres cicatrices en cada mejilla. Me han dicho que ha venido al sur en una misión oscura. Tenía la esperanza de oír hablar de él a algún viajero, ya que uno como ese destacaría entre los moredhel del sur.

—Si no tiene lengua, entonces nos atacó de camino a Sarth —dijo Arutha.

—Ese es —dijo Baru—. El que no tiene lengua se llama Murad. Es un caudillo de los moredhel del clan del Cuervo, enemigos jurados de mi gente desde el amanecer de los tiempos. Hasta su propia gente lo teme. Las cicatrices de sus mejillas hablan de pactos con oscuros poderes, aunque se sabe poco más que eso. Hacía años que no se le veía, desde antes de la Guerra de la Fractura cuando los moredhel hicieron incursiones por las colinas fronterizas de Yabon. Él es la causa de mi misión de sangre. Se le volvió a ver hará dos meses cuando conducía una partida de guerreros con armaduras negras cerca de una de nuestras aldeas. Sin ningún motivo se detuvo

justo lo suficiente para destruir la aldea, quemando todas las casas y matando a todo el mundo excepto al chico pastor que me lo describió. Era mi aldea —suspiró casi con resignación—. Si estaba cerca de Sarth entonces allí es donde tengo que ir. Ese moredhel ya ha vivido demasiado.

Arutha le asintió a Laurie, indicándole que hablara.

—De hecho, Baru, si te quedas con nosotros lo más probable es que sea él quien venga a buscarte.

Baru miró interrogativamente al príncipe, y Arutha le habló de Murmandamus, sus servidores y la misión para conseguir una cura para Anita. Cuando acabó el hadati sonrió de oreja a oreja, pero sin humor alguno.

—Entonces entraré a vuestro servicio, si me aceptáis, Alteza, ya que el destino nos ha reunido. Mi enemigo pretende cazaros y yo tendré su cabeza antes de que él pueda tener la vuestra.

—Bien —dijo Arutha—. Eres bienvenido, porque seguimos un camino peligroso.

Martin se puso en tensión, y al mismo tiempo Baru se levantó y avanzó hasta los árboles que había detrás del duque. Martin hizo una señal de silencio y, antes de que los demás pudieran moverse, desapareció entre los árboles, un paso por detrás del montañés. Los demás empezaron a moverse hasta que Arutha les hizo un gesto para que se quedaran quietos. Inmóviles en la oscuridad, oyeron lo que había alertado a Martin y al hadati. Atravesando la noche llegaba el eco de unos jinetes que venían por la carretera de Ylith.

Pasaron unos largos minutos hasta que el sonido de los cascos se alejó en dirección sudoeste. Unos minutos después reaparecieron Martin y Baru.

—Jinetes —susurró Martin—, una docena o más, galopando por la carretera como si los persiguieran los demonios.

—¿Armadura negra? —preguntó Arutha.

—No —dijo Martin—, eran humanos, y difíciles de ver en la oscuridad, aunque me dieron la impresión de ser gente dura.

—Los Halcones Nocturnos podrían haber alquilado matones de más si les hacían falta. Ylith es esa clase de ciudad —dijo Laurie.

Jimmy estuvo de acuerdo.

—Quizá sólo uno o dos eran Halcones Nocturnos, pero un cuchillo de alquiler mata tan rápido como cualquier otro.

—Iban en dirección a las Ciudades Libres —dijo Baru.

—Volverán —intervino Roald. Arutha se volvió para mirar al mercenario en la penumbra, apenas logrando verle la cara a la débil luz de la luna—. Vuestro barón Talanque tiene un nuevo puesto de aduanas a cinco millas por esa carretera. Mi caravana lo cruzó este mediodía. Parece que últimamente ha habido algún contrabando desde Natal. Se enterarán por los guardias de que esta noche no ha

pasado nadie por allí, y volverán.

—Entonces debemos partir —dijo Arutha—. La cuestión es cómo llegar a Elvandar. Pensaba viajar por la carretera hasta el norte de Yabon, y luego coger hacia el oeste.

—Desde Ylith hasta el norte os encontraréis gente que os conoce de la guerra, Alteza —dijo Roald—. Especialmente en los alrededores de LaMut. Si yo hubiera estado en mis cabales, os habría descubierto tras un rato.

—¿Por dónde entonces? —preguntó el príncipe.

—Podríamos ir rumbo oeste desde aquí —dijo Martin—, tomar el Paso del Sur y recorrer las Torres Grises por la cara occidental atravesando el Corazón Verde. Es peligroso, pero...

—Pero los trasgos y los trolls son enemigos conocidos —dijo Arutha—. Así es como viajaremos. Ahora vámonos.

Montaron y se fueron, con Martin en cabeza. Poco a poco se fueron abriendo paso por los bosques oscuros y silenciosos, en dirección al oeste. Arutha escondía su cólera, obligándola a permanecer en el interior. El viaje sin problemas de Sarth a Ylith le había hecho bajar la guardia, olvidarse por un momento de los peligros existentes. Pero la emboscada en la posada y los perseguidores a caballo habían devuelto su atención a los peligros. Puede que Murmandamus y sus agentes ya no pudieran localizarlo mágicamente, pero seguían teniendo desplegada una red, una que casi le había atrapado.

Jimmy iba el último, y estuvo un rato mirando hacia detrás, con la esperanza de no ver señales de persecución. Pronto la carretera se perdió de vista en la oscuridad, y el chico devolvió su atención a las espaldas de Roald y Laurie, la única cosa que podía ver ante sí.

Stardock

El viento batía el agua convirtiéndola en espuma blanca.

Gardan miró la distante orilla de Stardock, deseando poder ir a caballo hasta la academia y no tener que confiar en que el destino mantuviera boca arriba la barcaza. Pero la academia estaba en una isla. Ya antes había tenido que soportar viajes por mar, pero a pesar de toda una vida viviendo en un puerto de mar odiaba viajar por el agua, aunque nunca lo admitía abiertamente.

Habían partido de Krondor en barco, bajando por la costa hasta entrar en los estrechos que separaban el Mar Amargo y el Mar de los Sueños, que era más un gigantesco lago de agua salada que un mar. En Shamata habían requisado caballos y habían remontado el río Dawlin hasta su fuente, el Lago de la Gran Estrella. Ahora esperaban que la barcaza los llevara hasta su destino. La guiaban con pértigas dos hombres vestidos con blusas y pantalones sencillos, campesinos locales a juzgar por su aspecto. En un momento Gardan, el hermano Dominic, Kasumi y seis guardias tsurani subirían a bordo y serían conducidos hasta la isla de Stardock, a casi kilómetro y medio de distancia.

Gardan se estremeció en el aire irracionalmente frío. Era primavera, pero el aire vespertino no tenía la calidez que era de esperar en esta época del año.

—El fugitivo de una tierra calurosa soy yo, capitán —dijo Kasumi con una risita.

Gardan contestó con escaso humor.

—No, aquí hace frío, pero es algo más. No he sentido más que malos presagios desde que dejé al príncipe.

El hermano Dominic no dijo nada, pero su expresión mostraba que compartía la sensación.

Kasumi asintió. Había permanecido en Krondor protegiendo al rey, y cuando llegaron los mensajes de Arutha había aceptado el encargo de Lyam de acompañar a Gardan y al monje ishapiano a Stardock. Aparte de su deseo de volver a visitar a Pug había algo en las órdenes de Lyam que le hacía creer que el rey consideraba vital que el monje llegara a Stardock.

La barcaza tocó tierra y uno de los dos barqueros bajó a la orilla.

—Tendremos que dar dos viajes para cargar los caballos, señor —dijo.

—No hay problema —dijo Kasumi, que era el oficial al mando. Señaló a cinco de sus hombres—. Ellos irán primero, nosotros después.

Gardan no dijo nada sobre lo de ir segundo; no tenía deseos de adelantar el trago que se avecinaba. Los cinco tsurani condujeron sus animales a bordo y tomaron posiciones en silencio. Fuera lo que fuera lo que pensarán acerca de viajar en la insegura barcaza, mantuvieron su estoica actitud.

La barcaza partió, y Gardan la observó en silencio. Salvo por leves indicios de actividad en la lejana isla, la orilla sur del Lago de la Gran Estrella estaba desierta. Gardan se preguntó por qué alguien desearía vivir en aquel aislamiento. La leyenda decía que una estrella había caído del cielo creando el lago. Pero sean cual fueren los orígenes del lago, ninguna comunidad se había instalado en sus orillas.

El único guardia tsurani que quedaba le dijo algo en su propio idioma a Kasumi, señalando hacia el nordeste. Kasumi miró hacia donde señalaba el hombre. Gardan y Dominic también lo hicieron.

En lontananza, cerca del horizonte y aproximándose antes de la noche que se avecinaba, podían verse varias figuras aladas planeando hacia ellos.

—¿Qué son? —Preguntó Kasumi—. Son los pájaros más grandes que he visto en este mundo hasta ahora. Casi parecen tener el tamaño de un hombre.

Gardan forzó la vista.

—¡Por la gracia de Ishap! —Gritó Dominic—. Que todos vuelvan a la orilla.

Los barqueros miraron desde donde hacían lentos pero seguros progresos. Al ver a Gardan y los demás sacando las armas, se apresuraron a volver a tierra. Las siluetas que se aproximaban se iban haciendo más visibles a medida que volaban hacia el grupo que se encontraba en la orilla. Uno de los barqueros gritó de miedo y rezó pidiendo protección a Dala.

Las criaturas aladas eran grotescamente humanoides, masculinas, con la piel azul y torsos potentemente musculosos. Los músculos de hombros y pecho se tensaban cuando sus gigantescas alas coriáceas batían el aire. Sus cabezas parecían las de monos sin pelo; y cada uno tenía una larga cola prensil. Gardan contó: había una docena de ellos. Con unos gritos imposiblemente agudos, se lanzaron en picado contra el grupo de la orilla.

Cuando su caballo se encabritó, Gardan se tiró a un lado, evitando por poco las garras de una de las criaturas. Un grito sonó tras él, y Gardan vio como una de las criaturas se llevaba a un barquero. El ser se mantuvo inmóvil en el aire durante un instante con un poderoso batir de alas, agarrando al hombre por el cuello. Con un grito de desprecio desgarró la garganta del barquero y lo soltó. Salpicando sangre, el hombre cayó al agua.

Gardan atacó a una de las criaturas, que traba de agarrarlo del mismo modo. La hoja le dio al ser de lleno en la cara, pero la criatura sólo se retiró con un aleteo. No quedó marca aparente donde la espada había impactado. El ser hizo una mueca, sacudió la cabeza y atacó de nuevo. Gardan retrocedió, concentrando la atención en las manos extendidas de la criatura. Unos dedos muy humanos acabados en largas garras arañaron el acero de su espada al parar. El capitán se lamentó de que su caballo no se hubiera quedado el tiempo suficiente para coger el escudo.

—¿Qué clase de seres son estos? —Gritó Kasumi mientras la barcaza se acercaba lo suficiente para que los cinco tsurani saltaran a la orilla.

La voz de Dominic pudo oírse en algún punto por detrás.

—Son criaturas elementales, fabricadas con artes oscuras. Nuestras armas no los afectan.

Los tsurani no parecieron preocuparse por aquel hecho, y atacaron a las criaturas como a cualquier otro enemigo, sin vacilación. Aunque los golpes no causaban heridas a las criaturas, obviamente les provocaban dolor, ya que el asalto tsurani hizo que las criaturas se retiraran por un momento.

Gardan miró y encontró a Kasumi y Dominic juntos. Ambos tenían escudos y estaban dispuestos. Entonces las criaturas volvieron a caer sobre ellos. Un soldado gritó, y Gardan vio por el rabillo del ojo a un tsurani cayendo.

El capitán vio como Kasumi evitaba la embestida de dos criaturas, gracias al escudo, la espada y su agilidad. Pero el capitán sabía que no había esperanza de supervivencia, ya que sólo era cuestión de tiempo que se cansaran y tuvieran que bajar el ritmo. Las criaturas no mostraban señales de fatiga y atacaban con la misma furia que al principio.

Dominic atacó con su maza, y una criatura emitió una aguda nota de dolor. Si las armas no podían cortar la piel de construcción mágica, al menos sí podían romper los huesos. La criatura aleteó en un círculo, intentando mantenerse en el aire desesperadamente, pero lentamente se fue acercando al suelo. A juzgar por la forma en que una de las alas se movía débilmente, era obvio que Dominic le había roto el hombro.

Gardan esquivó un nuevo ataque y se echó a un lado. Detrás de las dos criaturas que lo atacaban vio a la herida tocar el suelo. Tan pronto sus pies hicieron contacto con la tierra, la criatura emitió un aullido de dolor capaz de reventar tímpanos y estalló en una cascada de energías crepitantes, desvaneciéndose con un estallido casi cegador en la penumbra vespertina.

—¡Son elementales del aire! —Gritó Dominic—. ¡No pueden soportar el contacto con la tierra!

Gardan le lanzó un poderoso mandoble a la criatura que estaba a su derecha. La fuerza del impacto hizo bajar a la criatura. Ésta sólo tuvo el más breve contacto con la

tierra, pero fue suficiente. Igual que la otra, explotó en chispas. En su terror, alargó una mano y se aferró a la cola de la criatura de al lado, como si tratara de salvarse de la destrucción. La energía subió por la cola de la segunda criatura y también la consumió.

Kasumi se dio la vuelta y vio que tres de sus seis hombres yacían muertos. Ahora había nueve criaturas, que se abalanzaron sobre los guerreros, aunque ahora había cierto elemento de cautela en su ataque. Una cayó sobre Dominic, que se preparó para recibir la embestida. Pero en vez de atacar al monje, el elemental se quedó parado batiendo las alas, tratando de derribar al clérigo con la fuerte corriente de aire. Gardan se colocó detrás de la criatura, esquivando las garras que trataban de atraparlo. Se lanzó hacia delante, manteniendo la espada en la mano a duras penas, y rodeó con sus brazos las piernas del ser que se enfrentaba a Dominic. Lo abrazó fuerte, enterrando el rostro en sus corvas. Se le revolvió el estómago por el hedor del cuerpo del elemental, el olor de cosas largo tiempo muertas que estarían mejor enterradas. Su inesperado peso arrastró al suelo a la cosa. Chilló y batió las alas furiosamente, pero estaba desequilibrada y Gardan la arrastró hasta el suelo. Igual que las otras, explotó en un estallido de chispas.

Gardan se apartó rodando, sintiendo estallar el dolor en sus brazos y su pecho, que habían estado en contacto con la criatura cuando explotó: se había quemado en el proceso de destruirla. Ignoró el dolor y sintió una creciente esperanza. Ahora había siete de ellos (Gardan, Kasumi, Dominic, tres soldados y un barquero empuñando una pértiga) y sólo ocho criaturas.

Por un momento los atacantes decidieron volar en círculos sobre ellos, fuera del alcance de las armas de los soldados supervivientes. Cuando empezaban a prepararse para un ataque en picado, comenzó un extraño resplandor en la playa a poca distancia de los defensores. Gardan le rezó a Tith, dios de los soldados, para que no fuera la llegada de otro atacante. Un enemigo más rompería seguramente el equilibrio y los arrollaría.

Un hombre apareció en la playa con un parpadeo de luz, vestido con una sencilla blusa y pantalones negros. Gardan y Kasumi reconocieron enseguida a Pug y gritaron para avisarlo. El mago examinó la situación tranquilamente. Una criatura, al ver un oponente desarmado, aulló con maníaco regocijo y se lanzó en picado contra él.

Pug se quedó donde estaba, sin hacer nada para defenderse. La criatura llegó a un punto a menos de tres metros de él y se estrelló contra una barrera invisible. Como si hubiera golpeado una pared de piedra, el ser se derrumbó al suelo y se desvaneció en otro destello cegador.

Sobre ellos sonaron chillidos de pánico, cuando las criaturas restantes se dieron cuenta de que ahora había un enemigo que estaba más allá de sus capacidades. Las siete criaturas restantes se dieron la vuelta como una sola y salieron volando hacia el

norte.

Pug movió las manos y repentinamente en sus palmas levantadas danzó un fuego azulado, que lanzó tras las criaturas que huían. La esfera de fuego azul partió tras los elementales y los alcanzó mientras batían alas furiosamente sobre el agua. Como una nube de luz palpitante, los envolvió. Pudieron oírse gritos estrangulados de dolor mientras los elementales se contorsionaban en mitad del aire y caían retorciéndose al lago. Al tocar la superficie del agua, estallaron en un fuego verde, que se consumió y desapareció bajo la ondulante superficie del lago.

Gardan vio como Pug se acercaba a los casi exhaustos soldados. Había algo inusualmente sombrío en la expresión de Pug y su mirada tenía un matiz de poder que Gardan nunca había visto antes. De repente, la expresión de Pug cambió al relajarse. Ahora su rostro parecía joven, infantil a pesar de sus casi veintiséis años de edad.

—Bienvenidos a Stardock, caballeros —dijo con una súbita sonrisa.

Un cálido fuego inundaba la habitación con un acogedor resplandor. Gardan y Dominic descansaban en grandes sillones dispuestos frente a la chimenea, mientras Kasumi estaba sentado sobre unos cojines a la manera tsurani.

Kulgan vendaba las heridas del capitán, gruñendo como una madre sobre su hijo idiota. Los dos se conocían desde hacía años en Crydee, lo suficiente para que Kulgan adoptara un tono de reprimenda con el capitán.

—¿Cómo has podido ser tan tonto como para agarrarte a una de esas cosas? Todo el mundo sabe que el contacto con una criatura elementalmente dependiente cuando vuelve a su estado primordial implica la liberación de energías, principalmente luz y calor.

—Bueno, yo no lo sabía —dijo Gardan, harto de la regañina—. ¿Lo sabías tú, Kasumi? ¿Dominic?

—De hecho yo sí lo sabía —dijo Dominic, lo que hizo reír a Kasumi.

—No eres de ninguna ayuda, sacerdote —murmuró el capitán—. Kulgan, si has acabado, ¿podemos comer? Llevo oliendo esa comida caliente casi una hora y estoy a punto de volverme loco.

Pug se rio, apoyado en la pared que había junto a la chimenea.

—Capitán, más bien serán diez minutos.

Estaban sentados en una habitación de la primera planta de un gran edificio todavía en construcción.

—Me alegra que el rey me permitiera visitar tu academia, Pug —dijo Kasumi.

—Y a mí también —dijo el hermano Dominic—. Aunque en Sarth apreciamos las copias de libros que nos habéis enviado hasta ahora, no sabemos todavía a ciencia cierta cuáles son vuestros planes. Queremos saber más.

—Me alegra ser anfitrión de cualquiera que venga con deseos de saber, hermano Dominic —dijo Pug—. Quizá algún día podamos pedir el pago a nuestra pequeña hospitalidad y visitar esa legendaria biblioteca.

Kulgan volvió la cabeza ante eso.

—Me agradecerá solicitar ese derecho, amigo Dominic.

—Siempre que vengáis seréis bienvenidos —respondió el fraile.

—Cuidado con éste —dijo Gardan señalando a Kulgan con una inclinación de cabeza—. Si se pierde en una de esas criptas subterráneas nunca lo encontraréis. Tiene tanta pasión por los libros como los osos por la miel.

Una atractiva mujer con el pelo negro y grandes ojos oscuros entró en la habitación seguida por dos sirvientes. Todos llevaban bandejas con comida.

—Por favor, es la hora de la cena —dijo mientras depositaban las bandejas en una mesa larga al otro extremo de la habitación.

—Hermano Dominic, esta es mi esposa Katala —dijo Pug.

El monje inclinó la cabeza respetuosamente.

—Mi señora.

Ella le sonrió.

—Dominic, por favor. Aquí no somos tan formales.

El monje volvió a inclinar la cabeza mientras se dirigía a la silla que le ofrecían. Se dio la vuelta ante el sonido de una puerta que se abría y por primera vez desde que el capitán lo había conocido, el monje perdió la compostura. William entró corriendo en la habitación, seguido de la verde y escamosa forma de Fantus.

—¡Por la piedad de Ishap! ¿Eso es un draco de fuego?

William corrió hacia donde estaba su padre y lo abrazó, ojeando a los recién llegados con desconfianza.

—Este es Fantus —dijo Kulgan—, señor de estas tierras. El resto de nosotros vivimos aquí porque nos soporta, aunque al que más soporta es a William.

La mirada del draco se dirigió a Kulgan por un momento, como si estuviera totalmente de acuerdo. Luego sus grandes ojos rojos volvieron a la mesa y todo lo que había en ella.

—William, dile hola a Kasumi —dijo Pug.

William inclinó la cabeza un poco, sonriendo. Habló en la lengua tsurani y Kasumi le respondió, riéndose. Dominic pareció interesarse.

—Mi hijo habla tanto la lengua del rey como el idioma tsurani —dijo Pug—. Mi esposa y yo le hacemos practicar los dos, ya que muchos de mis libros están en el idioma tsurani. Ese es uno de los problemas que estoy teniendo para traer la senda mayor a Midkemia. Gran parte de lo que hago es el resultado de cómo pienso, y yo pienso la magia en el idioma tsurani. Algún día William será de gran ayuda, y buscaremos formas de hacer magia en la lengua del rey para que pueda enseñárselas a

los que viven aquí.

—Caballeros, la comida se enfría —dijo Katala.

—Y mi esposa no permite que se hable de magia en la mesa —dijo Pug.

Kulgan resopló.

—Si lo hiciera —dijo Katala—, estos dos no probarían bocado.

Gardan se movió con agilidad, a pesar de su incomodidad.

—A mí no hay que avisarme más que una vez. —Se sentó e inmediatamente uno de los criados empezó a llenarle el plato.

La cena transcurrió agradablemente, hablando de cosas intrascendentes. Como si los terrores del día se hubieran desvanecido con la noche, se prescindió de toda mención a los siniestros acontecimientos que habían traído a Stardock a Gardan, Dominic y Kasumi. No se dijo nada acerca de la misión de Arutha, la amenaza de Murmandamus ni los portentos mágicos en la abadía. Por un corto periodo de tiempo no hubo problemas. Durante una breve hora, el mundo fue un lugar agradable con viejos amigos y nuevos invitados disfrutando de la compañía mutua.

Después, William dio las buenas noches. Dominic quedó impresionado por el parecido entre madre e hijo, aunque su manera de moverse y hablar era una abierta imitación de su padre. William le había dado de comer a Fantus de su plato, y el draco salió de la habitación tras él.

—Sigo sin darle crédito a mis sentidos por lo que respecta a ese draco —dijo Dominic cuando se hubieron ido.

—Ha sido la mascota de Kulgan desde que yo recuerdo —dijo Gardan.

—¡Ja! Ya no —dijo Kulgan, que estaba encendiendo la pipa—. Ese niño y Fantus han sido inseparables desde el día en que se conocieron.

—Hay algo más allá de lo ordinario entre esos dos —dijo Katala—. A veces creo que son capaces de entenderse.

—Lady Katala —dijo Dominic—, hay poco acerca de este sitio que no esté más allá de lo ordinario. Esta reunión de magos, esta construcción, todo esto es extraordinario.

Pug se levantó y condujo a los demás a los sillones que había junto a la chimenea.

—Pero comprended que en Kelewan, cuando yo estudié en la Asamblea, lo que aquí está naciendo allí ya era antiguo y consagrado. La hermandad de magos era un hecho aceptado, al igual que el poner los conocimientos en común.

—Que es como debería ser —dijo Kulgan entre caladas a la pipa.

—Ya discutiremos el nacimiento de la academia de Stardock mañana, cuando os enseñe nuestra comunidad. Esta noche leeré los mensajes de Arutha y el abad. Sé todo lo que llevó a que Arutha partiera de Krondor, Gardan. ¿Qué pasó entre allí y Sarth?

El capitán, que se había estado quedando adormilado, se obligó a despertarse y narró rápidamente lo acontecido entre Krondor y Sarth. El hermano Dominic permaneció en silencio, ya que el capitán no olvidó nada significativo. Luego fue el

turno del monje de explicar lo que sabía del ataque a la abadía. Cuando acabó, Pug y Kulgan hicieron varias preguntas, pero ningún comentario.

—Las noticias que traéis son motivo de la mayor preocupación —dijo Pug—. Pero es tarde, y creo que hay otros en la isla a quienes deberíamos consultar. Sugiero que llevemos a estos agotados caballeros a sus habitaciones y empecemos a discutir en serio mañana.

Gardan, que sentía venir un bostezo, lo reprimió y asintió. Kasumi, el hermano Dominic y el capitán fueron escoltados fuera de la habitación por Kulgan, que deseó buenas noches a los demás.

Pug se apartó de la chimenea y fue hasta una ventana, donde se quedó observando el reflejo de la luz de la luna pequeña, que a travesaba la cobertura de nubes, sobre el agua. Katala se acercó por detrás a su marido y le rodeó la cintura con los brazos.

—Te preocupan estas noticias, esposo —fue una afirmación, no una pregunta.

—Como siempre, sabes lo que pienso. —Se dio la vuelta en el círculo de los brazos de ella y la apretó contra sí, oliendo la dulzura de su pelo mientras la besaba en la mejilla—. Teníala esperanza de que viviéramos la vida sin más preocupaciones que la construcción de esta academia y criar a nuestros hijos.

Ella lo miró a los ojos sonriendo, y sus ojos oscuros reflejaron el amor inacabable que sentía por el hombre.

—En Thuril tenemos un dicho: «La vida son problemas. Vivir es resolver problemas». —Él sonrió—. Y es cierto. ¿Qué opinas de las noticias que han traído Kasumi y los demás?

—No lo sé —se pasó la mano por el pelo castaño—. Últimamente he sentido algo raro que me roía por dentro. Pensaba que no eran más que preocupaciones por los progresos que hacemos aquí construyendo la academia, pero es algo más que eso. He estado soñando por las noches.

—Lo sé, Pug, te he visto dar vueltas mientras dormías. Todavía no me has hablado de los sueños.

Él la miró.

—No tenía ganas de preocuparte, amor. Pensé que no eran más que fantasmas de recuerdos de la época de los problemas. Pero ahora... no estoy seguro. Uno de los sueños me vuelve con frecuencia, y últimamente más a menudo. Una voz en un lugar oscuro grita llamándome. Busca mi ayuda, suplica auxilio.

Ella no dijo nada, ya que conocía a su marido y esperaría hasta que éste estuviera dispuesto a compartir sus sentimientos.

—Conozco la voz, Katala —dijo él por fin—. La he oído antes, cuando la época de los problemas estaba sobre nosotros en su peor momento, cuando el desenlace de la Guerra de la Fractura pendía de un hilo, cuando el destino de dos mundos descansaba sobre mis hombros. Es Macros. La que oigo es su voz.

Katala se estremeció y abrazó fuerte a su marido. El nombre de Macros el Negro, cuya biblioteca era la semilla de esta academia de magia en ciernes, era uno que ella conocía bien. Macros era el misterioso hechicero, ni de la senda mayor como Pug, ni de la senda menor como Kulgan, sino de algo más. Había vivido lo suficiente para parecer eterno y podía leer el futuro. Se había entrometido en la Guerra de la Fractura, jugando algún tipo de juego cósmico en el que la apuesta eran vidas humanas y el premio sólo lo conocía él. Había librado a Midkemia de la fractura, el puente mágico entre el antiguo mundo de ella y el nuevo. Katala se arrebujaó más con Pug, apoyándole la cabeza en el pecho. Sobre todo sabía por qué Pug estaba preocupado. Macros estaba muerto.

Gardan, Kasumi y Dominic estaban a la altura de la planta baja observando el progreso de los trabajos en las plantas superiores. Los trabajadores contratados en Shamata colocaban hilada tras hilada de sillares, levantando las altas paredes de la academia. Pug y Kulgan estaban cerca, inspeccionando los últimos planos enviados por el maestro cantero que estaba a cargo de la construcción. Kulgan hizo un gesto a los recién llegados para que se unieran a ellos.

—Esto es vital para nosotros, así que espero que nos disculpéis un poco —dijo el rechoncho mago—. Sólo llevamos unos meses trabajando y procuramos evitar interrupciones en los trabajos.

—Este edificio va a ser inmenso —dijo Gardan.

—Veinticinco pisos de altura, con varias torres más altas para observar los cielos.

—Eso es increíble —dijo Dominic—. Un edificio así podría albergar miles de personas. Los ojos azules de Kulgan chispearon alegremente.

—Por lo que Pug me ha dicho, no es más que una parte de lo que él conoció en la Ciudad de los Magos del otro mundo. Allí una ciudad entera acabó fundiéndose en un solo edificio gigantesco. Cuando nosotros hayamos completado nuestro trabajo, dentro de años, sólo tendremos una vigésima parte de aquello, o menos. Con todo, hay espado para crecer, si hiciera falta. Quizá algún día la academia pueda cubrir esta isla de Stardock por completo.

El maestro cantero se fue, y Pug se unió a la conversación.

—Lamento la interrupción, pero había que tomar algunas decisiones. Vamos, continuemos la inspección.

Siguiendo el muro, doblaron una esquina y llegaron a un grupo de edificios que parecía una pequeña aldea. Aquí pudieron ver hombres y mujeres vestidos de diversas formas, a la manera del Reino y de Kesh, moviéndose entre los edificios. Varios niños jugaban en una plaza en el centro de la aldea. Uno de ellos era William. Dominic miró a su alrededor y vio a Fantus tumbado al sol cerca de una puerta, a poca distancia. Los niños estaban frenéticamente intentando patear una pelota hecha de trapos envueltos

en cuero para introducirla en un tonel. El juego parecía carecer de reglas de cualquier tipo. Dominic rio al verlo.

—Yo solía jugar al mismo juego los sextodías cuando era niño.

Pug sonrió.

—Yo igual. Gran parte de lo que tenemos planeado todavía tenemos que ponerlo en práctica, así que por el momento los deberes de los chicos son cosillas ocasionales. Y no parece importarles.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Dominic.

—Por el momento es el hogar de nuestra joven comunidad. El ala donde Kulgan, mi familia y yo tenemos las habitaciones, junto con varias aulas, es la única parte de la academia que está habilitada para su uso. Fue la primera sección que se completó, aunque la construcción continúa en los pisos superiores. Los que viajan hasta Stardock para aprender y trabajar en la academia viven aquí, hasta que puedan disponerse más alojamientos en el edificio principal. —Les hizo un gesto para que lo siguieran al interior de un gran edificio que dominaba la aldea. William dejó el juego y siguió a su padre. Pug puso la mano en el hombro del chico—. ¿Cómo te han ido hoy los estudios?

El chico puso mala cara.

—No muy bien. Hoy lo he dejado. Nada me sale como debería.

La expresión de Pug se puso seria, pero Kulgan le dio a William un empujoncito para que volviera al juego.

—Corre, chico. No te preocupes, que tu padre también era duro de mollera cuando estudiaba conmigo. Todo llegará.

—¿Duro de mollera? —Pug medio sonrió.

—Bueno, quizá «lento» sería mejor forma de expresarlo —dijo Kulgan.

—Hasta el día en que me muera, Kulgan se burlará de mí —dijo Pug mientras cruzaban la puerta.

El edificio resultó ser un cascarón hueco. Su único propósito, al parecer, era albergar una larga mesa que abarcaba toda su longitud. El otro único rasgo de la habitación era una chimenea. El alto techo estaba sustentado por vigas de madera, de las que colgaban lámparas que despedían una luz alegre.

Pug sacó una silla en la cabecera de la mesa, haciéndoles un gesto a los demás para que también se sentaran.

Dominic se alegró del fuego. Incluso siendo finales de primavera, el día estaba fresco.

—¿Y esas mujeres y niños? —dijo el monje.

Kulgan sacó la pipa del cinturón y empezó a llenar la cazoleta de tabaco.

—Los niños son los hijos e hijas de los que han venido aquí. Tenemos planes de organizar una escuela para ellos. Pug tiene unas extrañas ideas acerca de proporcionar

educación a toda la población del Reino, algún día, aunque no creo que la educación universal se ponga de moda. Las mujeres son o bien esposas de magos o magas ellas mismas, mujeres consideradas comúnmente como brujas.

—¿Brujas? —Dominic pareció preocupado.

Kulgan encendió la pipa con una llama que le salió de la punta del dedo y exhaló una nube de humo.

—¿Qué significa un nombre? Practican la magia. Por razones que no comprendo, en la mayoría de los lugares a los hombres se les ha tolerado más o menos que practicasen la magia, mientras que las mujeres han sido expulsadas de casi todas las comunidades donde se ha descubierto que tenían poderes.

—Pero se afirma que las brujas ganan sus poderes poniéndose al servicio de fuerzas oscuras —dijo Dominic.

Kulgan desestimó la idea con un gesto de la mano.

—Pamplinas. Eso es superstición, si me perdonas la franqueza. La fuente de su poder no es más oscura que la del tuyo, y su actitud suele ser bastante más amable que la de algunos servidores de los templos, bastante entusiastas pero mal encaminados.

—Cierto —dijo Dominic—, pero estás hablando con un miembro reconocido de un templo legítimo.

Kulgan miró a Dominic a los ojos.

—Perdón por el comentario, pero a pesar de la reputación ishapiana de tener una visión del mundo más abierta que las demás órdenes, tus comentarios resultan bastante provincianos. ¿Qué pasa si esas pobres desgraciadas no trabajan en un templo? Si una mujer ejerce en un templo, es santa, y si los poderes le llegan en una choza del bosque es una bruja. Ni siquiera mi viejo amigo el padre Tully se tragaría esa bazofia dogmática. Ya no hablamos de una cuestión del bien y el mal, hablamos de quien trabaja para el mejor gremio.

Dominic sonrió.

—Entonces aquí de lo que se trata es de construir un gremio mejor.

Kulgan expulsó una bocanada de humo.

—En cierto sentido, sí, aunque la razón principal de que lo hagamos es tratar de recopilar tanto saber mágico como sea posible.

—Perdón por la brusquedad de mis preguntas, pero una de mis misiones es determinar la fuente de vuestra motivación. El rey es vuestro poderoso aliado, y nuestro templo estaba preocupado de que hubiera algún motivo oculto tras vuestras actividades. Se pensó, que como yo tenía que venir aquí...

—También podrías investigar lo que hacemos y ver qué teníamos que decir —acabó Pug.

—Desde que conozco a Pug, ha actuado honorablemente —dijo Kasumi.

—Si me quedara alguna duda no habría dicho esto en este momento —continuó

Dominic—. No dudo que vuestros propósitos sean los más elevados, pero...

—¿Qué? —dijeron a la vez Pug y Kulgan.

—Está claro que lo que pretendéis es establecer una comunidad de estudiosos, más que ninguna otra cosa. Eso, por sí mismo, es loable. Pero vosotros no vais a estar aquí siempre. Algún día la academia podría convertirse en un arma poderosa en las manos equivocadas.

—Estamos tomando todas las precauciones para evitar ese problema, créeme —dijo Pug.

—Lo creo —dijo Dominic.

La expresión de Pug cambió, como si hubiera oído algo.

—Vienen —dijo.

Kulgan observó con extrema atención.

—¿Gamina? —añadió el mago en un susurro.

Pug asintió y Kulgan emitió un «Ah» de satisfacción.

—El contacto ha sido mejor que nunca. Su poder crece semana a semana. —Pug se explicó con los demás—. He leído los informes que trajisteis anoche y he llamado a alguien que creo que puede ayudar. Con él viene alguien más.

—La otra es... alguien capaz de enviar y recibir pensamientos con una claridad notable —dijo Kulgan—. Por ahora es la única que hemos encontrado capaz de hacerlo. Pug nos ha hablado de una habilidad parecida en Kelewan, que usaron durante su entrenamiento, pero requería cierta preparación del sujeto...

—Es como el contacto mental que usan algunos sacerdotes —dijo Pug—, pero no hace falta contacto físico, al parecer ni siquiera proximidad. Ni hay peligro de quedar atrapado en la mente del que se toca. Gamina tiene un raro talento. —Dominic estaba impresionado—. Toca la mente y es como si hablara. Tenemos la esperanza de comprender esta habilidad algún día y aprender alguna forma de enseñársela a otros.

—Los oigo aproximarse —dijo Kulgan, y se puso en pie—. Por favor, caballeros, Gamina es una persona bastante tímida, alguien que ha pasado momentos muy difíciles. Recordad eso y sed amables con ella.

Kulgan abrió la puerta y entraron dos personas. El hombre era un anciano, con unos pocos mechones de pelo, como humo blanco, que le caían hasta los hombros. Tenía el brazo apoyado en el hombro de la niña y caminaba encorvado, mostrando cierta deformidad bajo su túnica roja. Por los orbes blanquecinos que miraban fijamente al frente era obvio que el anciano era ciego.

Pero fue la niña quien les llamó la atención. Llevaba un traje de confección casera y parecía tener en torno a los siete años, una cosita diminuta que se aferraba a la mano que se apoyaba en su hombro. Sus ojos azules eran enormes, e iluminaban un rostro pálido de rasgos delicados. Su pelo era casi tan blanco como el del anciano, con sólo unas trazas de dorado. Lo que afectó a Dominic, Gardan y Kasumi fue una

abrumadora sensación de que esta niña era posiblemente la más bonita que habían visto nunca. En aquellos rasgos infantiles ya podía verse la promesa de una mujer de belleza insuperable.

Kulgan guio al anciano a una silla junto a la suya. La niña no se sentó, sino que se quedó de pie junto al hombre con ambas manos sobre el hombro de él, flexionando los dedos nerviosamente, como si temiera perder el contacto con el anciano. Miraba a los tres extraños con el aspecto de un animal salvaje acorralado. No se esforzaba por ocultar su desconfianza.

—Este es Rogen —dijo Pug.

El hombre ciego se inclinó hacia delante.

—¿A quién tengo el gusto de conocer? —su rostro, a pesar de la edad que mostraba, era vivaz y sonriente, la cabeza inclinada hacia arriba como para oír mejor. Era evidente que él, a diferencia de la niña, disfrutaba de la idea de conocer recién llegados.

Pug presentó a los tres hombres, que se sentaban frente a Kulgan y Rogen. La sonrisa del ciego se ensanchó.

—Me alegro de conocerles, dignos caballeros.

—Esta es Gamina —dijo entonces Pug.

Dominic y los demás se sobresaltaron cuando la voz de la niña resonó en sus cabezas.

—*Hola.*

La boca de la niña no se había movido. Permanecía inmóvil, con sus enormes ojos azules fijos en ellos.

—¿Ha hablado? —dijo Gardan.

—Con su mente —respondió Kulgan—. No tiene otra forma de hablar.

Rogen alargó el brazo y le dio a la niña unas palmaditas en las manos.

—Gamina nació con este don, aunque casi hizo que su madre se volviera loca con su llanto silencioso. —El rostro del anciano se volvió solemne—. La madre y el padre de Gamina fueron lapidados hasta la muerte por la gente de su aldea, por haber engendrado un demonio. Eran una pobre gente supersticiosa. Tuvieron miedo de matar a la niña, no fuera que volviese a su forma «natural» y los matara a todos, así que la dejaron en el bosque para que muriera allí. Todavía no tenía los tres años. —Gamina miró al hombre con sus ojos penetrantes. Él se volvió hacia ella, como si pudiera verla—. Sí, así es como te encontré. Yo vivía en el bosque, en una cabaña de cazadores abandonada que había encontrado —les explicó a los demás—. A mi también me habían expulsado de mi aldea, pero eso había sido años antes. Predije la muerte del molinero de la ciudad y me echaron la culpa. Me marcaron como brujo.

Entonces intervino Pug.

—Rogen posee el don de la segunda visión, quizá para compensar por su ceguera.

Es ciego de nacimiento.

Rogen sonrió ampliamente y dio palmaditas a las manos de la niña.

—Nosotros dos nos parecemos, en muchas cosas. Yo había llegado a temer que pasaría con la niña cuando yo muriera. —Se interrumpió para hablar con la niña, que se había puesto nerviosa con sus palabras—. Tranquila —le dijo dulcemente—, yo también, a todo el mundo le pasa. Sólo espero que no sea pronto —añadió con una risita, y volvió a su narración—. Vinimos dese de una aldea cercana a Salador. Cuando nos llegaron noticias de este maravilloso lugar, empezamos el viaje enseguida. Nos llevó seis meses venir caminado hasta aquí, principalmente porque soy muy viejo. Ahora hemos encontrado gente como nosotros, que nos ven como una fuente de conocimientos y no de miedo. Estamos en casa.

Dominic sacudió la cabeza, asombrado de que un hombre de esa edad y una niña hubieran caminado cientos de millas. Quedó evidentemente conmovido.

—Estoy empezando a comprender otra parte de lo que se hace aquí. ¿Hay muchos más como ellos?

—No tantos como me gustaría —dijo Pug—. Algunos de los magos más establecidos se han negado a unirse a nosotros. Otros nos temen. No quieren revelar sus habilidades. Otros sencillamente no saben que existimos. Pero algunos, como Rogen, nos buscan. Aquí tenemos casi cincuenta practicantes de la magia.

—Eso son muchos —dijo Gardan.

—En la Asamblea había dos mil Grandes —dijo Kasumi.

Pug asintió.

—También teníamos casi esa cantidad de seguidores de la senda menor.

Y los que llegaban a la túnica negra, el signo del Grande, eran sólo uno de cada cinco de los que empezaban el entrenamiento, en unas condiciones más rigurosas de las que aquí somos capaces o deseamos.

—¿Qué pasaba con los demás, con los que fracasaban en su entrenamiento? —preguntó Dominic mirando a Pug.

—Los mataban —respondió Pug en tono neutro.

Dominic consideró que no era un tema del que Pug deseara charlar. Un destello de miedo cruzó el rostro de la niña, y Rogen la tranquilizó.

—Ya, ya. Aquí nadie va a hacerte daño. Estaba hablando de un sitio muy lejano. Algún día tú serás una gran maestra.

La niña se tranquilizó, con un leve brillo de orgullo en el rostro. Era evidente que adoraba al anciano.

—Rogen —dijo Pug—, está pasando algo que tus poderes nos podrían ayucar a comprender. ¿Nos ayudarás?

—¿Es tan importante?

—No lo pediría si no fuera vital. La princesa Anita está en peligro y el príncipe

Arutha vive en constante riesgo por un enemigo desconocido.

La niña se preocupó, o al menos así es como Gardan y Dominic interpretaron su expresión. Rogen inclinó la cabeza, como si escuchara.

—Sé que es peligroso —dijo—, pero le debemos mucho a Pug. Kulgan y él son la única esperanza para la gente como nosotros. —Ambos hombres se sonrojaron ante esto pero no dijeron nada—. Además, Arutha es hermano del rey, y fue su padre quien nos dio toda esta maravillosa isla para vivir. ¿Cómo se sentiría la gente si supiera que habríamos podido ayudar pero no lo hicimos?

Pug habló en voz baja con Dominic.

—La segunda visión de Rogen... es diferente de cualquiera que yo haya oído hablar. Se supone que la orden de Ishop tiene algún conocimiento sobre la profecía. —Dominic asintió—. Él ve... probabilidades. Es la mejor forma que se me ocurre de describirlo. Lo que puede suceder. Parece requerir gran cantidad de sus energías, y aunque es más duro de lo que parece, sigue siendo muy anciano. Es más fácil si sólo le habla una persona, y ya que eres tú el que comprendes mejor las magias utilizadas, creo que sería mejor que le contaras todo lo que sabes.

Dominic accedió y Pug les pidió a los demás que se mantuvieran en silencio.

Rogen extendió los brazos por encima de la mesa y cogió las manos del clérigo. Dominic se sorprendió de la fuerza que quedaba en aquellos envejecidos dedos. Aunque él mismo no era capaz de predecir, Dominic estaba familiarizado con el proceso tal y como lo practicaban los miembros de su orden. Aclaró su mente, y luego empezó a contar la historia desde que Jimmy se cruzó con el Halcón Nocturno en el tejado hasta que Arutha partió de Sarth. Rogen se mantuvo en silencio. Gamina no se movió. Cuando Dominic habló de la profecía que nombraba a Arutha «Perdición de la Oscuridad», el anciano se estremeció y sus labios se movieron en silencio.

El ambiente en la habitación se fue volviendo ominoso a medida que el monje hablaba. Incluso el fuego pareció perder brillo. Gardan se encontró abrazándose a sí mismo en su asiento.

Cuando el monje se detuvo, Rogen continuó aferrándole la mano, sin permitir que el otro se soltara. Tenía la cabeza levantada, con el cuello levemente arqueado hacia atrás, como si estuviera escuchando algún sonido distante. Sus labios se movieron sin sonido durante un rato, y poco a poco se fueron formando palabras, aunque en voz tan baja que eran ininteligibles. Súbitamente habló con claridad, con voz firme.

—Hay una... presencia... un ser. Veo una ciudad, un poderoso bastión de torres y murallas. En sus murallas hay hombres orgullosos dispuestos a defenderla hasta el fin. Ahora... es una ciudad bajo asedio. La veo abrumada, con sus torres en llamas... Es una ciudad siendo asesinada. Una gran horda salvaje corre por sus calles cuando caen las defensas. Los que luchan se ven en situación desesperada y se retiran a un castillo.

Los que violan y saquean... no son humanos. Veo a los de la Senda Oscura y a sus sirvientes trasgos. Vagan por las calles con sus armas chorreando sangre. Veo extrañas escaleras que se alzan para asaltar el castillo, y puentes de luz. Ahora arde, todo arde; todo está en llamas... todo ha acabado. —Hubo un momento de silencio antes de que Rogen continuara—. Veo una hueste reunida en una llanura, con extraños estandartes ondeando. Hay unas figuras con armaduras negras a lomos de caballo, mostrando formas retorcidas en sus escudos y tabardos. Sobre ellos se alza un moredhel... —Los ojos del anciano lloraron—. Es... hermoso... Es... maligno. Lleva la marca del dragón. Está sobre una colina mientras por debajo marchan ejércitos entonando cánticos guerreros. Grandes máquinas de guerra avanzan tiradas por miserables esclavos humanos. —De nuevo se hizo el silencio—. Veo otra ciudad. La imagen es difusa, ya que su futuro es menos seguro. Sus murallas han sido traspasadas y sus calles están manchadas de rojo. El sol esconde su rostro tras nubes grises... y la ciudad grita de angustia. Hombres y mujeres van encadenados en hileras interminables. Los... azotan unas criaturas que los insultan y atormentan. Los están conduciendo hasta una gran plaza, donde verán a su conquistador. Se ha erigido un trono sobre una pila... una pila de cadáveres. En él se sienta... el hermoso, el maligno. A su lado hay otro, con los rasgos ocultos por una túnica negra con capucha. Tras ambos dos hay otro algo... no puedo verlo, pero es real, existe, es... oscuro... Es insustancial, sin ser, no está allí realmente, pero... también está allí. Están en contacto con el que se sienta en el trono. —Rogen apretó las manos de Dominic—. Esperad... —dijo, y vaciló. Sus manos empezaron a temblar y su voz adquirió un tono patético, casi de sollozo. Gritó—. ¡Oh, dioses de piedad! ¡Puede verme! ¡Puede verme!

Los labios del anciano temblaron, mientras que Gamina se agarraba a su hombro con los ojos desorbitados, aferrándose a él con el terror escrito en su carita. De repente los labios de Rogen se abrieron para emitir un terrible gemido, un sonido de la más pura agonía y desesperación, y su cuerpo se puso rígido.

Sin previo aviso estalló en las cabezas de todos los que estaban sentados en la habitación una lanza de fuego, una puñalada de puro dolor. Gamina gritó en silencio.

Gardan se llevó las manos a la cabeza, casi desmayándose por el impacto de esta ardiente agonía. El rostro de Dominic se tornó ceniciento y el monje se derrumbó en su silla bajo el asalto del grito como si hubiera recibido un mazazo físico. Los ojos de Kasumi se cerraron mientras intentaba levantarse. La pipa de Kulgan cayó de sus labios sin fuerza mientras el mago se apretaba las sienes. Pug se puso en pie a duras penas, usando hasta el último fragmento de su poder mágico para erigir una barrera contra el desgarrar de su mente. Hizo retroceder la oscuridad que trataba de abrumarlo y extendió los brazos para tocar a la niña.

—Gamina —dijo entrecortadamente.

El grito mental de la niña continuaba sin amainar, y ésta tiraba frenéticamente de

la túnica del anciano, un acto reflejo, como si intentara de algún modo arrancarlo de los horrores a los que se enfrentaba. Sus grandes ojos estaban abiertos de par en par y su histeria muda casi estaba llevando la locura a quienes la rodeaban. Pug se lanzó hacia delante y la cogió del hombro. Gamina ignoró el contacto y siguió gritando por Rogen. Reuniendo sus poderes, Pug apartó por un instante el terror y el dolor que estaba proyectando la niña a través de sus pensamientos.

La cabeza de Gardan dio contra la mesa, igual que la de Kasumi. Kulgan se incorporó bruscamente, y luego se derrumbó aturdido sobre su silla. Aparte de Pug y Gamina, sólo Dominic había logrado mantener la consciencia. Algo en su interior había luchado por llegar hasta la niña, sin importar cuánto deseaba alejarse del dolor que ella le estaba causando.

El terror atávico de la niña casi postró de rodillas a Pug, pero se obligó a seguir adelante. Lanzó un hechizo, y la niña cayó hacia delante. El dolor cesó al momento. Pug la cogió, pero el esfuerzo lo hizo trastabillar hasta su silla. Se quedó sentado abrazando a la niña inconsciente, atontado por el asalto.

Dominic se sentía como si le fuera a explotar la cabeza, pero se aferró a la consciencia. El cuerpo del anciano seguía rígido, casi doblado hacia atrás de dolor, moviendo débilmente los labios. Dominic invocó un conjuro de curación, uno que servía para calmar el dolor. Finalmente a Rogen se le fueron las fuerzas y se derrumbó en su silla. Pero su rostro seguía siendo una máscara de terror y dolor, y lloró algunas palabras en un ronco susurro antes de quedar inconsciente, palabras que el monje no pudo comprender.

Pug y Dominic intercambiaron miradas confundidas. El monje sintió que la oscuridad lo abrumaba y, antes de quedar inconsciente, se preguntó por qué el mago parecía tan asustado de repente.

Gardan iba arriba y abajo por la habitación en la que habían cenado la noche anterior.

—Vas a gastar las losas del suelo si no te sientas —dijo Kulgan, sentado junto a la chimenea.

Kasumi estaba junto al mago, descansando en silencio sobre un cojín. Gardan se sentó a su lado.

—Es esta maldita espera —dijo el capitán.

Dominic y Pug estaban atendiendo a Rogen con la ayuda de varios sanadores de la comunidad. El anciano había estado al borde de la muerte desde que lo habían sacado de la casa de reuniones. El grito mental de Gamina había afectado a todos los que se encontraban en un radio de un kilómetro y medio, aunque los que estaban lejos habían sido golpeados con menos fuerza. Aún así, varias personas que se encontraban cerca del edificio habían quedado inconscientes algún tiempo. Cuando el grito se había detenido, los que conservaban la cabeza en su sitio habían corrido a ver qué

había pasado. Habían encontrado inconscientes a todos los que estaban en la casa de reuniones.

Katala llegó enseguida y ordenó que se los llevaran a todos a sus habitaciones, donde ella supervisaría los cuidados. Los demás se habían recuperado en pocas horas, pero Rogen no. La visión había comenzado a media mañana, y ya era después de la cena.

Gardan se golpeó la mano con el puño.

—¡Maldita sea! —dijo—. Estas cosas no son lo mío. Yo soy un soldado. Esos monstruos mágicos, esos poderes sin nombre... ¡Dioses, cuánto me gustaría un enemigo de carne y hueso!

—Demasiado bien sé lo que eres capaz de hacerle a un enemigo de carne y hueso —dijo Kasumi. Kulgan los miró, interesado—. En los primeros años de la guerra, el capitán y yo nos enfrentamos en el asedio de Crydee. Y no fue hasta que estuvimos intercambiando historias que descubrí que había sido el segundo al mando del príncipe Arutha durante el asedio, ni él que yo había encabezado el asalto.

La puerta se abrió y entró un hombre grande, que se quitó una voluminosa capa. Era barbudo y de aspecto curtido por las inclemencias del tiempo, parecía un cazador o un leñador.

—Me voy unos días y mira quien aparece —dijo sonriendo.

Una sonrisa de oreja a oreja partió en dos el rostro de Gardan, que se puso en pie y extendió la mano.

—¡Meecham!

Entrechocaron las manos.

—Me alegro de verte, capitán —dijo el hombre llamado Meecham.

Luego entrechocó la mano de Kasumi, que era un viejo conocido. Meecham era un vasallo, un hombre libre con tierras obtenidas por estar al servicio de Kulgan, aunque era más amigo que sirviente del mago.

—¿Alguna suerte? —dijo Kulgan.

—No, todas eran pistas falsas —dijo el montaraz, rascándose distraídamente la cicatriz de la mejilla izquierda.

—Oímos hablar de una caravana itinerante de adivinos y gitanos acampados a varios días de camino a este lado de Landreth —explicó Kulgan a los demás—. Envié a Meecham a descubrir si alguno de ellos tenía verdadero talento.

—Había uno —dijo Meecham—. Puede que fuera lo que parecía, pero se calló en cuanto le dije de donde venía. Quizá venga por sí mismo. —Recorrió la habitación con la mirada—. Bueno, ¿es que nadie va a decirme lo que está pasando?

Cuando Kulgan acababa de contárselo todo a Meecham, la puerta se abrió y la conversación quedó interrumpida. William entró con Gamina de la mano. La protegida del anciano tenía un aspecto incluso más pálido que cuando Gardan la

había visto el día anterior. Miró a Kulgan, Kasumi y Gardan, y su voz entró en sus mentes.

—*Siento haberos hecho tanto daño. Estaba asustada.*

Kulgan extendió los brazos lentamente, y la chica le permitió, no sin cierta reticencia, que la subiera a su amplio regazo.

—No pasa nada, chiquilla —dijo Kulgan con un amable abrazo—. Lo entendemos.

Los demás le sonrieron tranquilizadamente a la niña, que pareció calmarse. Fantus entró en la habitación andando. William lo miró rápidamente.

—Fantus tiene hambre —dijo el niño.

—Esa bestia nació hambrienta —dijo Meecham.

—No —llegó el pensamiento—. *Ha dicho que tenía hambre. Que nadie se había acordado de darle de comer hoy. Lo he oído.*

Kulgan apartó a la niña suavemente un poco para poder mirarla a la cara.

—¿Qué quieres decir?

—*Le ha dicho a William que tiene hambre. Ahora mismo. Lo he oído.*

Kulgan miró a William.

—William ¿tú puedes oír a Fantus?

William miró a Kulgan con una curiosa expresión.

—Por supuesto. ¿Tú no?

—*Hablan uno con el otro todo el tiempo.*

El rostro de Kulgan se animó.

—¡Esto es maravilloso! No tenía ni idea. No es de extrañar que vosotros dos seáis tan amigos ¿Cuánto hace que eres capaz de hablar así con Fantus, William?

—Desde que puedo recordar. —El chico se encogió de hombros—. Fantus siempre ha hablado conmigo.

—¿Y tú puedes oírlos hablar entre ellos? —dijo Kulgan. Gamina asintió—. ¿Tú puedes hablar con Fantus?

—*No, pero lo oigo cuando le habla a William. Piensa muy raro. Es difícil.*

Gardan estaba asombrado por la conversación. Podía oír las respuestas de Gamina en su cabeza, como si estuviera escuchando. Al caer en la cuenta de los comentarios privados de la niña a Rogen el día anterior, se dio cuenta de que evidentemente la niña era capaz de hablar con quien quisiera de forma selectiva.

William se volvió hacia el draco.

—¡Ya vale! —dijo en tono de fastidio—. Mejor voy a la cocina y le busco algo. ¿Puede quedarse aquí Gamina?

—Por supuesto.

Kulgan abrazó de nuevo a la niña, que se acomodó en su regazo.

William salió corriendo de la habitación, y Fantus se apresuró a seguirlo,

motivado a una atípica exhibición de velocidad ante la idea de una comida.

—Gamina, ¿William puede hablar con alguna otra criatura aparte de Fantus? —dijo Kulgan cuando los dos salieron.

—No lo sé. Se lo preguntaré.

Observaron fascinados como la niña inclinaba la cabeza a un lado, como si estuviera escuchando algo. Tras un momento, asintió.

—Dice que sólo a veces. La mayoría de los animales no son muy interesantes. Piensan mucho en la comida y en otros animales. Eso es todo.

Kulgan tenía aspecto de que le hubieran hecho un regalo.

—¡Eso es maravilloso! Qué talento. Nunca hemos oído del caso de un humano que se comunique directamente con los animales. Ciertos magos han encontrado indicios de dicha capacidad en el pasado, pero nunca así. Tendremos que investigar esto bien.

Gamina abrió mucho los ojos, y su rostro adquirió una expresión expectante. Se incorporó un poco y volvió la cara para mirar a la puerta. Un instante después entraban Pug y Dominic. Ambos parecían agotados, pero no había rastro de la pena que habían esperado Kulgan y los demás.

—Vive, aunque le ha afectado profundamente —dijo Pug antes de que se formulara la pregunta. Vio a Gamina en el regazo de Kulgan, con aspecto de que aquel contacto físico era de algún modo vital para ella—. ¿Estás mejor?

Ella se atrevió a sonreír tímidamente y asentir. Entre ellos hubo alguna comunicación.

—Creo que se recuperará —dijo Pug—. Katala se quedará a su lado. El hermano Dominic ha sido de gran ayuda, porque está versado en las artes curativas. Pero Rogen es muy viejo, Gamina, y si no se recupera deberás comprenderlo y ser fuerte.

Los ojos de Gamina se empaparon de humedad, pero asintió. Pug se acercó y cogió una silla, igual que hizo el monje. Notó por primera vez la llegada de Meecham y ambos se saludaron. Presentó a Dominic rápidamente.

—Gamina —dijo Pug—, podrías sernos de mucha ayuda. ¿Querías?

—¿Cómo?

—Nunca había pasado algo como lo de hoy, que yo sepa. Debo saber qué fue lo que te hizo tener tanto miedo por Rogen.

Había algo en la actitud de Pug que revelaba una profunda preocupación. La ocultaba bien para no asustar a la chiquilla, pero no lograba esconderla por completo.

Gamina parecía asustada. Negó con la cabeza, y algo se transmitió entre Pug y ella.

—Sea lo que sea —dijo Pug—. Podría ser decisivo para que Rogen viva o no. Algo que no comprendemos está metido en esto; deberíamos saber el qué.

Gamina se mordió el labio inferior. Gardan quedó impresionado por el hecho de

que la chica estaba demostrando una considerable valentía. Por lo poco que había oído de la vida de la niña, ésta había sido terrible. Crecer en un mundo donde la gente era suspicaz y hostil, y oír constantemente aquellos pensamientos debía haber tenido a la niña al borde de la locura. Sólo el hecho de que confiara en aquellos hombres ya bordeaba lo heroico. La amabilidad y el cariño de Rogen debían haber sido infinitos para compensar el dolor que había experimentado la chiquilla. Gardan pensó que si había algún hombre que mereciera la calificación de «santo» que los templos usaban para sus héroes y mártires, ese era Rogen.

Hubo más conversación silenciosa entre Pug y Gamina.

—Habla, para que lo oigamos todos —dijo al fin Pug—. Todos estos hombres son tus amigos, pequeña, y necesitan oír tu historia para impedir que le vuelvan a hacer daño a Rogen y a más gente.

Gamina asintió.

—*Yo estaba con Rogen.*

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pug.

—*Cuando usó su segunda visión yo fui con él.*

—¿Cómo pudiste? —preguntó Kulgan.

—*A veces, cuando alguien piensa cosas, o ve cosas, puedo ver y oír lo mismo que ellos. Es difícil cuando no piensan en mí. Con Rogen es con quien lo hago mejor. Pude ver lo que él vio, en mi mente.*

Kulgan apartó un poco a la niña para poder mirarla mejor.

—¿Quieres decir que puedes ver las visiones de Rogen? —La niña asintió—. ¿Y sus sueños?

—*A veces.*

Kulgan la abrazó fuerte.

—¡Que magnífica chica eres! ¡Dos milagros en un día! ¡Gracias, niña maravillosa!

Gamina sonrió, la primera expresión de felicidad que los demás le habían visto. Pug le dirigió una mirada interrogativa a Kulgan.

—Tu hijo puede hablar con los animales. —Pug se quedó pasmado—. Pero eso no importa por ahora. Gamina, ¿qué vio Rogen que le hizo tanto daño?

Gamina empezó a temblar y Kulgan la abrazó.

—*Fue malo. Vio una ciudad ardiendo y criaturas malas haciéndole daño a la gente.*

—¿Conoces la ciudad? —dijo Pug—. ¿Es algún sitio que Rogen o tú hayáis visto?

Gamina sacudió la cabeza, con los ojos abiertos como platos.

—No.

Sólo era una ciudad.

—¿Qué más? —preguntó Pug dulcemente.

La niña se estremeció.

—*Vio algo... ¿un hombre?* —Hubo una fuerte sensación de confusión, como si

estuviera tratando con conceptos que no pudiera comprender por completo—. *El hombre? Vio a Rogen.*

Dominic habló en voz baja.

—¿Cómo puede algo en una visión ser capaz de percibir al vidente? Una visión es una mirada profética a algo que podría suceder. ¿Qué clase de cosa podría sentir a un testigo mágico atravesando las barreras del tiempo y de la probabilidad?

Pug asintió.

—¿Qué le hizo este *hombre* a Rogen, Gamina?

—*¿Eso? ¿Él? alargó la mano y le hizo daño. ¿Él? dijo unas palabras.*

Katala entró en la habitación, y la niña la miró expectante.

—Se ha dormido profundamente —dijo Katala—. Creo que se recuperará. —Fue hasta detrás de la silla donde estaba sentado Kulgan y se apoyó en el respaldo; le acarició la mejilla a Gamina—. Deberías irte a la cama, pequeña.

—Un poco más —dijo Pug. Katala sintió que su marido estaba preocupado por algo vital y asintió con la cabeza—. Justo antes de desvanecerse, Rogen usó unas palabras. Es importante que yo sepa dónde las oyó. Creo que oyó a la cosa, al hombre malo de la visión, usar esas palabras. ¿Puedes recordarlas, Gamina? —La niña apoyó la cabeza en el pecho de Kulgan y asintió levemente, obviamente temerosa de recordarlas. Pug le habló en tono tranquilizador—. ¿Nos las dirías?

—*No, pero puedo enseñároslo.*

—¿Cómo? —preguntó Pug.

—*Puedo enseñaros lo que vio Roger* —respondió—. *Puedo.*

—¿A todos? —preguntó Kulgan.

La niña asintió. La pequeña se incorporó un poco en el regazo de Kulgan y respiró hondo, como si se estuviera preparando. Luego cerró los ojos y los condujo a todos a un sitio oscuro.

Nubes negras pasaban volando sobre sus cabezas, empujadas por un viento amargo. Las tormentas amenazaban a la ciudad. Unas enormes puertas estaban hechas astillas, ya que las máquinas de asedio habían hecho su trabajo destructivo sobre la madera y el acero. Por todos lados ardían incendios descontrolados mientras una ciudad moría. Criaturas y hombres masacraban a cuantos encontraban ocultándose en sótanos y desvanes, y la sangre corría por las calles. En el mercado central habían levantado una pila de cuerpos de más de seis metros de alto. Sobre los cadáveres descansaba una plataforma de madera oscura, en la que habían colocado un trono. Un moredhel de aspecto impresionante se sentaba en el trono, contemplando el caos que sus servidores habían desatado sobre la ciudad. A su lado había una figura completamente envuelta en ropajes negros. Una gran capucha y amplias mangas ocultaban cualquier pista física acerca de qué clase de criatura podía ser.

Pero la atención de Pug y los demás fue atraída por algo más allá de la pareja, una

presencia de oscuridad, alguna extraña cosa invisible, pero que podía sentirse. Acechando entre bambalinas, era la verdadera fuente de poder detrás de los dos que había en la plataforma. La criatura encapuchada señaló algo, y pudo verse una mano verde y escamosa. De algún modo, la presencia que había tras ambos hizo contacto, dándose a conocer ante los espectadores. Sabía que la estaban observando, y su respuesta fue de cólera y desdén. Desplegó sus poderes alienígenas y habló, llevando a todos los que estaban en la habitación un mensaje de negra desesperación.

Todos ellos se sacudieron la visión de la niña. Dominic, Kulgan, Gardan y Meecham estaba perturbados, helados por la amenaza que había en lo que les había mostrado la niña, aunque sólo era una sombra de la experiencia de primera mano.

Pero Kasumi, Katala y Pug estaban conmocionados. Cuando la niña acabó, las lágrimas corrían por el rostro de Katala y Kasumi había perdido su habitual máscara tsurani, tenía el rostro ceniciento y demacrado. Aparentemente Pug había sido el más afectado, y estaba sentado en el suelo. Bajó la cabeza, retirándose dentro de sí mismo por un momento.

Kulgan miró a su alrededor alarmado. Gamina parecía más preocupada por la reacción que por haber recordado la imagen. Katala sintió la preocupación de la chiquilla y la recogió del regazo de Kulgan, abrazándola fuerte.

—¿Qué es? —dijo Dominic.

Pug levantó la cabeza. Más que ninguna otra cosa parecía fatigado, como si de nuevo tuviera que cargar con el peso de dos mundos. Al fin habló, lentamente.

—Cuando Rogen por fin se liberó del dolor, las últimas palabras que pronunció fueron «La Oscuridad, La Oscuridad». Eso es lo que vio detrás de esas dos figuras. La oscuridad que vio Rogen le dijo lo siguiente: «Intruso, quienquiera que seas, dondequiera que estés, has de saber que mi poder se acerca. Mi sirviente prepara el camino. Tiembla, porque voy. Como fue en el pasado, así será en el futuro, ahora y siempre. Prueba mi poder». Él, aquello debe haber tocado de algún modo a Rogen, causando el terror, el dolor.

—¿Cómo puede ser? —dijo Kulgan.

—No lo sé, viejo amigo —dijo Pug en voz baja, ronca—. Pero acaba de añadirse una nueva dimensión al misterio de quién busca la muerte de Arutha y qué hay detrás de todas las negras artes que se están lanzando contra él y sus aliados.

Pug enterró el rostro en las manos por un instante, y luego recorrió la habitación con la mirada. Gamina estaba abrazada a Katala, y todos los ojos estaban sobre Pug.

—Pero hay algo más —dijo Dominic, y miró a Kasumi y Katala—. ¿Qué lengua es esa? La he oído tan bien como vosotros, igual que he oído las extrañas palabras de Rogen, pero no la conozco en absoluto.

Fue Kasumi quien habló.

—Las palabras eran... antiguas, un idioma usado en los templos. Sólo pude

comprender un poco. Pero las palabras eran tsurani.

Elvandar

El bosque estaba en silencio.

Grandes ramas, antiguas más allá de todo recuerdo, tapaban el cielo sobre sus cabezas, bloqueando la mayor parte de la luz del día; el entorno que los rodeaba dejaba ver un suave resplandor verdoso, desprovisto de sombras directas y lleno de senderos apenas perceptibles que se alejaban serpenteando.

Llevaban poco más de dos horas en los bosques élficos, desde media mañana, y todavía no habían visto señales de actividad élfica. Martin había pensado que los interceptarían poco después de cruzar el río Crydee, pero hasta ahora no habían visto ningún elfo.

Baru espoleó su caballo y se puso a la altura de Martin y Arutha.

—Creo que nos están observando —dijo el hadati.

—Ya llevan unos minutos —dijo Martin—. Yo he visto un destello de movimiento no hace mucho.

—Si los elfos nos están observando, ¿por qué no aparecen? —dijo Jimmy.

—Puede que no sean los elfos quienes nos observan —dijo Martin—. No estaremos completamente libres de preocupaciones hasta que estemos dentro de los límites de Elvandar. Manteneos alerta.

Cabalgaron durante varios minutos, hasta que incluso el trino de los pájaros se detuvo. El bosque parecía estar conteniendo la respiración. Martin y Arutha conducían sus monturas por pasos estrechos, apenas lo bastante anchos para un hombre a pie. De repente el silencio quedó roto por un estridente ulular salpicado de agudos chillidos. Una piedra pasó volando junto a la cabeza de Baru, y la siguió una tormenta de piedras, ramitas y palos. Docenas de pequeñas figuras peludas saltaron de detrás de árboles y matorrales, aullando furiosamente mientras acribillaban a los jinetes con proyectiles.

Arutha embistió hacia delante, luchando por mantener el control de su montura, como los demás. Avanzó entre los árboles esquivando las ramas. Cuando avanzó hacia cuatro o cinco de las criaturas, que teman el tamaño de niños pequeños, éstas

chillaron de terror y salieron a escape en varias direcciones. Arutha escogió a una y la persiguió. La criatura se encontró atrapada por un tapón de árboles caídos, arbustos densos y una roca. Se volvió para mirar al príncipe.

Arutha tenía la espada desenvainada y detuvo el caballo, dispuesto a atacar. Entonces toda la ira se le escapó ante la visión que tenía enfrente. La criatura no hizo ningún esfuerzo por atacar, sino que retrocedió tanto como pudo en la maraña, con gesto de puro terror en el rostro.

Era un rostro muy parecido al de un humano, con suaves y grandes ojos marrones. Una nariz chata pero muy humana descansaba sobre una boca ancha. La criatura tenía los labios retraídos en una expresión de falsa furia, enseñando una colección impresionante de dientes, pero los ojos estaban desorbitados de miedo y grandes lágrimas recorrían sus peludas mejillas. Por lo demás, parecía un chimpancé pequeño o un mono grande.

Un fuerte jaleo estalló en torno a Arutha y la criatura cuando más de los pequeños humanoides los rodearon. Aullaban ferozmente y golpeaban el suelo con una furia salvaje, pero Arutha podía ver que todo era pura fachada; no había una amenaza real en sus actos. Varios fingieron ataques, pero huyeron chillando de miedo cuando Arutha se encaró con ellos.

Los otros llegaron cabalgando tras él, y la pequeña criatura que había acorralado Arutha lloró patéticamente. Baru fue junto al príncipe.

—Tan pronto cargasteis, estos otros huyeron tras vos.

Los jinetes pudieron ver que las criaturas estaban abandonando su falsa furia y ahora tenían expresiones de preocupación. Parloteaban unos con otros con algo que sonaba como palabras.

Arutha envainó la espada.

—No os haremos daño.

Como si lo comprendieran, las criaturas se callaron. El que estaba atrapado observaba con reservas.

—¿Qué son? —dijo Jimmy.

—No lo sé —dijo Martin—. De hombre y de niño he cazado por estos bosques y nunca había visto nada parecido.

—Son gwali, Martin Arcolargo.

Los jinetes se dieron la vuelta en sus sillas de montar y vieron un grupo de cinco elfos. Una de las criaturas corrió ante los elfos. Señaló a los jinetes con un dedo acusador y habló con voz cantarína.

—Calin, hombres vienen. Hacen daño a Rahala. Haz parar daño ella.

Martin bajó del caballo.

—¡Bienhallado, Calin! —El elfo y él se abrazaron, y los otros elfos lo saludaron uno tras otro. Luego Martin los condujo donde esperaban sus compañeros—. Calin

recordarás a mi hermano...

—Saludos, príncipe de Krondor.

—Saludos, príncipe elfo —miró de soslayo a los gwali que los rodeaban—. Nos salvas de ser abrumados.

Calin sonrió.

—Lo dudo. Parecéis un grupo capaz. —Se acercó hasta Arutha—. Hace bastante desde que hablamos por última vez. ¿Qué te trae a nuestros bosques, Arutha, y con una compañía tan extraña? ¿Dónde están tus guardias y tus estandartes?

—Esa es una larga historia, Calin, una que me gustaría compartir con tu madre y Tomas.

Calin asintió. Para los elfos la paciencia era una forma de vida.

Rota la tensión, el Gwali que Arutha había acorralado escapó y corrió a unirse a los demás, que estaban alrededor, observando. Varios lo examinaron, acariciándole la peluda piel, dándole palmaditas tranquilizadoras después del trago que había pasado. Satisfechos de que estuviese ileso, se tranquilizaron y observaron a elfos y humanos.

—¿Qué son estas criaturas, Calin? —dijo Martin.

Calin rio, arrugando las comisuras de sus ojos azul cielo. Era tan alto como Arutha, pero aún más esbelto que el delgado príncipe.

—Como he dicho, se llaman gwali. Este pilluelo es Apalla —dio unas palmaditas en la cabeza del que había hablado con él—. Es algo así como un líder entre ellos, aunque dudo que realmente entiendan el concepto. Puede que sólo sea más parlanchín que los demás. ¿Quiénes te acompañan? —dijo mirando al resto de la compañía de Arutha.

Arutha hizo las presentaciones, y Calin les dio la bienvenida a Elvandar.

—¿Qué es un gwali? —dijo Roald.

—Son eso —dijo Calin—. Esa es la mejor respuesta que puedo dar. Han vivido con nosotros antes, aunque esta es su primera visita en una generación. Son un pueblo sencillo, sin malicia. Son tímidos y suelen evitar a los extraños. Cuando se asustan, corren hasta que los arrinconan, entonces fingirán atacar. Pero que esas dentaduras no os engañen; son para cascar las nueces duras y los caparzones de los insectos. —Volvió su atención a Apalla—. ¿Por qué habéis tratado de asustar a estos hombres?

El gwali saltó excitado.

—Powula hace gwali pequeñito. —Sonrió—. Ella no moverse. Nosotros miedo hombres hagan daño a Powula y gwali pequeñito.

—Son muy protectores con sus niños —dijo Calin, comprensivo—. Si hubierais tratado de hacerle daño realmente a Powula o al bebé, se habrían arriesgado a atacaros. Si no hubiera un parto, nunca los habríais visto. No pasa nada —le dijo a Apalla—. Estos hombres son amigos. No le harán daño ni a Powula ni a su bebé.

Al oír esto, los demás gwali salieron en masa de detrás de los árboles y arbustos que los cobijaban y empezaron a examinar a los extraños con abierta curiosidad. Dieron tirones a la ropa de los jinetes, que era muy diferente de las blusas verdes y pantalones marrones que vestían los elfos. Arutha sólo aguantó el examen durante un minuto antes de intervenir.

—Me gustaría llegar a la corte de tu madre lo antes posible, Calin. Si tus amigos han acabado.

—Por favor —dijo Jimmy arrugando la nariz mientras apartaba a un gwali que colgaba de una rama junto a él—. ¿Es que nunca se bañan?

—Por desgracia, no —respondió Calin—. Ya basta, debemos irnos —les dijo a los gwali. Estos aceptaron la orden con buen talante y se desvanecieron rápidamente entre los árboles, excepto Apalla, que parecía más firme y enérgico que el resto—. Seguirían con eso todo el día si se les dejara, pero no les importa que los echen. Venid. Apalla, nos vamos a Elvandar. Ciudad de Powula. Venid cuando queráis.

El gwali sonrió ampliamente y asintió con fuerza, y luego corrió tras su gente. En un momento no hubo indicio alguno de que hubiera gwali en kilómetros a la redonda.

Calin esperó hasta que Martin y Arutha volvieron a montar a caballo.

—Sólo estamos a medio día de camino de Elvandar —dijo el príncipe elfo.

Los elfos comenzaron su carrera por el bosque. Excepto Martin, los jinetes quedaron sorprendidos del ritmo que llevaban los elfos. No era cansado para las monturas, pero a un corredor humano le sería imposible mantenerlo durante medio día.

Tras un rato, Arutha se puso a la altura de Calin, que avanzaba con facilidad a grandes zancadas.

—¿De dónde han venido esas criaturas?

—Nadie lo sabe, Arutha —gritó Calin—. Son una cuadrilla bastante cómica. Vienen de algún sitio al norte, quizá al otro lado de las grandes montañas. Aparecen, se quedan una estación o dos y luego desaparecen. A veces los llamamos los pequeños fantasmas de los bosques. Ni siquiera nuestros rastreadores pueden seguirlos cuando se van. Han pasado casi cincuenta años desde su última visita, y doscientos desde la anterior. —Calin respiraba tranquilamente mientras corría con zancadas largas y fluidas.

—¿Cómo está Tomas? —preguntó Martin.

—El príncipe consorte está bien.

—¿Y el niño?

—Está bien, es un niño sano y guapo, aunque puede que sea diferente. Su herencia es... única.

—¿Y la reina?

—La maternidad le sienta bien —respondió su hijo mayor con una sonrisa.

Quedaron en silencio, ya que a Arutha le costaba mantener la conversación mientras cabalgaba entre los árboles, aunque a Calin no. Atravesaron el bosque a buena velocidad, y cada minuto los acercaba a Elvandar y al cumplimiento de sus esperanzas... o a la decepción.

Pronto completaron el viaje. Un momento estaban atravesando un denso bosque y al siguiente entraban en un claro. Esta era la primera vez que cualquiera de ellos, salvo Martin, veía Elvandar.

Árboles gigantes de muchos colores se alzaban altos sobre el bosque circundante. Bajo la luz de la temprana tarde las hojas superiores parecían arder de color donde la luz dorada del sol caía sobre ellas. Incluso a esta distancia podían verse figuras por las elevadas pasarelas que cruzaban el espacio entre los troncos. Varios de los árboles gigantescos eran únicos de este lugar, con hojas de un deslumbrante color plateado, dorado o incluso blanco. A medida que las sombras del día se hacían más profundas, se podía ver que las hojas tenían una leve fosforescencia propia. Nunca oscurecía realmente en Elvandar.

Mientras cruzaban el claro, Arutha pudo escuchar los comentarios de asombro de sus compañeros.

—Si lo hubiera sabido —dijo Roald—... habría habido que atarme para impedirme venir.

—Hace que las semanas pasadas en el bosque merezcan la pena —dijo Laurie.

—Los relatos de nuestros bardos no le hacen justicia —dijo Baru.

Arutha esperó el comentario de Jimmy, pero el locuaz muchacho no dijo nada. Arutha miró hacia atrás. Jimmy cabalgaba en silencio, bebiendo con los ojos el esplendor de aquel lugar, tan diferente de cualquier cosa que hubiera visto en su vida. El habitualmente resabiado muchacho había encontrado por fin algo tan fuera de su experiencia que había quedado verdaderamente impresionado.

Llegaron a las inmediaciones de la ciudad arbórea y por todas partes pudieron oír los suaves sonidos de una comunidad bulliciosa. Un grupo de cazadores se aproximaba desde otra dirección cargando con un ciervo que llevaban para descuartizar. Fuera de los árboles habían habilitado una zona abierta para preparar las piezas de caza.

Llegaron a los árboles y detuvieron los caballos. Calin ordenó a sus acompañantes que se ocuparan de las monturas y condujo al grupo de Arutha por una escalera de caracol talada en el tronco del roble más grande que el príncipe y los demás habían visto en su vida. Al llegar a una plataforma en la copa, pasaron junto a un grupo de flecheros elfos que practicaban su oficio. Uno de ellos saludó a Martin, que devolvió el saludo y le preguntó brevemente si podía abusar de su generosidad. Con una sonrisa, el flechero le entregó a Martin un manojo de flechas de excelente calidad, que el

duque puso en su aljaba, ya casi vacía. Dio las gracias rápidamente en la lengua élfica y él y sus compañeros siguieron adelante.

Calin los condujo por otra empinada escalera hasta una plataforma.

—A partir de aquí puede que para algunos de vosotros sea difícil —dijo—. Manteneos por el centro de las pasarelas y las plataformas y no miréis hacia abajo si os sentís incómodos. Algunos humanos encuentran perturbadoras las alturas —dijo esto último como si fuera casi incomprensible.

Cruzaron la plataforma y subieron más escalones, cruzándose con elfos que iban a sus cosas. Muchos iban vestidos como Calin, con ropas sencillas para ir por el bosque, pero otros llevaban túnicas largas de vivos colores y tela fina, o blusas y pantalones igualmente coloridos. Todas las mujeres eran bellísimas, aunque era una belleza extraña e inhumana. La mayoría de los hombres tenían un aspecto juvenil, más o menos de la edad de Calin. Martin sabía la verdad. Algunos de los elfos que pasaban a su lado eran jóvenes, de veinte o treinta años de edad, mientras que otros con el mismo aspecto joven tenían varios centenares de años. Aunque parecía más joven que Martin, Calin pasaba de los cien años y le había enseñado a cazar a Martin cuando el duque era niño.

Continuaron por una pasarela de casi siete metros de ancho, que se extendía entre enormes ramas, hasta que llegaron a un anillo de troncos. En medio de los árboles se había construido una enorme plataforma de casi veinte metros de diámetro. Laurie se preguntó si alguna vez una gota de agua de lluvia lograría abrirse paso por la densa cubierta de ramas para caer en una cabeza real. Habían llegado al salón del trono de la reina.

Atravesaron la plataforma hasta un estrado en el que habían erigido dos tronos. En el que estaba un poco más elevado de los dos se sentaba una mujer elfa, cuya serenidad reforzaba su belleza casi sin mácula. Su rostro de cejas arqueadas y nariz finamente cincelada estaba dominado por sus ojos azul claro. Su pelo era de un color castaño rojizo claro, con vetas doradas, igual que el de Calin, lo que le daba la apariencia de estar bajo la luz del sol. Sobre su cabeza no descansaba una corona, sólo una sencilla diadema de oro que recogía hacia atrás su cabello. Pero no había forma de confundir a Aglararna, la reina de los elfos.

En el trono a su izquierda se sentaba un hombre. Era una figura imponente, cinco centímetros más alto que Martin. Su pelo era rubio claro y su rostro parecía joven, aunque mantenía cierta esquiva cualidad intemporal. Sonrió al ver el grupo que se aproximaba, lo que le hizo parecer más joven aún. Su rostro era parecido al de un elfo, pero con alguna diferencia. Sus ojos carecían de color hasta el punto de ser grises, y sus cejas eran menos arqueadas. Su rostro era menos anguloso, con una mandíbula fuerte y cuadrada. Sus orejas, descubiertas por la diadema de oro que recogía su pelo eran levemente apuntadas, pero no tanto como las de un elfo. Y era de pecho y

hombros mucho más anchos que cualquier elfo.

Calin se inclinó ante ellos.

—Madre y reina, príncipe y jefe guerrero, nos honran estos huéspedes.

Ambos gobernantes de Elvandar se pusieron en pie y se adelantaron para saludar a sus huéspedes. La reina y Tomas saludaron con afecto a Martin, y demostraron cortesía y calidez con los demás.

—Alteza, sois bienvenido —le dijo Tomas a Arutha.

—Se lo agradezco a Su Majestad y a Vuestra Alteza.

Sentados alrededor de la corte había otros elfos. Arutha reconoció al viejo consejero Tathar de su visita a Crydee años antes. Se hicieron rápidas presentaciones. La reina les pidió que se levantaran y condujo a todo el mundo a una zona de recepciones contigua al salón del trono, donde todos se sentaron en un ambiente informal. Trajeron refrescos, comida y vino.

—Nos alegra ver viejos amigos —dijo Aglaranna señalando a Martin y Arutha con una inclinación de cabeza—, y dar la bienvenida a algunos nuevos —señaló a los otros—. Aún así, los hombres rara vez nos visitan sin motivo. ¿Cuál es el tuyo, príncipe de Krondor?

Arutha les contó su historia mientras cenaban. Desde el principio hasta el final los elfos escucharon en silencio.

—¿Tathar? —dijo la reina cuando Arutha hubo acabado.

El viejo consejero asintió.

—La Misión Sin Esperanza.

—¿Decís que no sabéis nada del espino de plata?

—No es eso —contestó la reina—. La Misión Sin Esperanza es una leyenda de nuestro pueblo. Conocemos la planta aelebera. Conocemos sus propiedades. Eso es lo que nos explica la leyenda de la Misión Sin Esperanza. Tathar, explícala por favor.

Entonces intervino el viejo elfo, el primero que Jimmy y los demás habían visto que mostrara signos de envejecimiento (leves arrugas en torno a los ojos y un pelo tan canoso que casi era blanco).

—En las historias de nuestro pueblo se habla de un príncipe de Elvandar que estaba prometido. Su amada había sido cortejada por un guerrero moredhel, al que ella había rechazado. En su cólera, el moredhel la envenenó con un bebedizo extraído de la aelebera, y la hizo caer en un sueño mortal. Así, el príncipe elfo empezó una misión sin esperanza, en busca de aquello que podía curarla, la aelebera, el espino de plata. Su poder es tal que puede curar a la vez que matar. Pero la aelebera crece sólo en un sitio, Moraelin, o Lago Negro en vuestro idioma. Es un sitio de poder, sagrado para los moredhel, un lugar al que no puede entrar ningún elfo. La leyenda cuenta que el príncipe de Elvandar anduvo por los márgenes de Moraelin hasta que sus pasos excavaron un cañón a su alrededor. Ya que él no podía entrar en Moraelin, ni se iría

hasta encontrar lo que salvaría a su amada. Se dice que sigue caminando allí.

—Pero yo no soy un elfo —dijo Arutha—. Yo iré a Moraelin, si me enseñáis el camino.

Tomas recorrió la asamblea con la mirada.

—Pondremos tus pies en el camino a Moraelin, Arutha —dijo—, pero no hasta que hayas descansado y recibido consejo. Ahora os mostraremos sitios donde podréis refrescaros y dormir hasta la cena.

La reunión se disolvió y los elfos se fueron, dejando a Calin, Tomas y la reina con el grupo de Arutha.

—¿Cómo está vuestro hijo? —dijo Martin.

Con una amplia sonrisa, Tomas les hizo un gesto para que lo siguieran. Los condujo por una pasarela cubierta por ramas hasta una habitación, cuya bóveda era un olmo gigantesco, donde había un bebé durmiendo en una cuna. Por su aspecto, tenía menos de seis meses. Dormía profundamente, soñando, moviendo un poco los dedos. Martin estudio al niño y pudo ver lo que había querido decir Calin con que su herencia era única. El niño parecía más humano que elfo, ya que sus orejas sólo eran levemente puntiagudas y tenían lóbulos, un rasgo humano desconocido entre los elfos. Su rostro redondo era más parecido al de un bebé regordete, aunque tenía cierto matiz anguloso, algo que le decía a Martin que era más hijo de su padre que de su madre. Aglaranna alargó la mano y lo acarició dulcemente mientras dormía.

—¿Cómo le habéis llamado? —preguntó Martin.

—Calis —dijo la reina en voz baja. Martin asintió. En la lengua élfica quería decir «hijo del verdor», en referencia a la vida y el crecimiento. Era un nombre de buen augurio.

Tras dejar al bebé, Martin y los demás fueron conducidos a sus habitaciones en la ciudad arbórea de Elvandar, donde encontraron tinas para bañarse y colchonetas para dormir. Enseguida todos estuvieron limpios y dormidos, excepto Arutha, cuya mente vagó de una imagen de Anita dormida a una planta plateada que crecía en las orillas de un lago negro.

Martin estaba sentado solo, disfrutando del primer anochecer de su primera visita a Elvandar en un año. Tanto como cualquier otra parte, incluyendo el castillo de Crydee, éste era su hogar, ya que de niño había jugado e incluso sido uno con los niños elfos; unas suaves pisadas lo hicieron volverse.

—Galain —dijo, contento de ver al joven elfo, primo de Calin. Era el amigo más antiguo de Martin. Se abrazaron—. Esperaba verte antes.

—Acabo de volver de patrullar por el borde norte de los bosques. Por allí están pasando algunas cosas raras. He oído que puedes arrojar alguna luz sobre lo que puede ser.

—El titilar de una vela, quizá —dijo Martin—. Algo maléfico se está cociendo allí arriba, no lo dudes.

E Informó a Galain de lo acontecido hasta entonces.

—Terribles fechorías, Martin. —El joven elfo parecía genuinamente apenado de oír lo de Anita—. ¿Y tu hermano? —La cuestión, siguiendo la costumbre élfica, llevaba una variedad de matices en la entonación, cada uno de los cuales hacía referencia a un aspecto diferente de las penalidades de Arutha.

—Persevera, de algún modo. A veces logra sacárselo de la mente. A veces el asunto casi puede con él. No sé cómo consigue no enloquecer. La ama tanto —Martin sacudió la cabeza.

—Tú nunca te has casado, Martin. ¿Por qué?

Martin negó con la cabeza.

—Nunca la he encontrado.

—Estás triste.

—Arutha puede ser un hombre difícil a veces, pero es mi hermano. Lo recuerdo cuando era niño. Incluso entonces era difícil acercarse a él. Quizá fue la muerte de su madre cuando él era tan joven. Mantenía la distancia con las cosas. A pesar de toda su dureza, de todas sus aristas, es fácil hacerle daño.

—Los dos os parecéis mucho.

—También está eso —asintió Martin.

Galain se quedó un rato junto a Martin, en silencio.

—Ayudaremos tanto como podamos.

—Tenemos que ir a Moraelin.

El joven elfo se estremeció con un escalofrío, una exhibición inusual incluso para un elfo tan joven.

—Es un sitio maligno, Martin. Se llama Lago Negro por una razón que no tiene nada que ver con el color de las aguas. Es un pozo de locura. Los moredhel van allí a soñar sueños místicos. Se encuentra sobre la Senda Oscura.

—¿Es un antiguo sitio de los valheru?

Galain asintió con la cabeza.

—¿Tomas?

De nuevo la pregunta llevaba una variedad de significados. Galain estaba especialmente próximo a Tomas, a quien había seguido durante la Guerra de la Fractura.

—No irá con vosotros. Tiene un hijo. Calis será pequeño durante poco tiempo, sólo unos pocos años, Un padre debería pasar ese tiempo con su hijo. Y también está el riesgo.

No hizo falta decir más, ya que Martin lo comprendió. Él había estado presente la noche en que Tomas casi había sucumbido al enloquecido espíritu del Valheru que

había en su interior. A Martin casi le había costado la vida. Pasaría algún tiempo antes de que Tomas se atreviera a desafiar su herencia, a despertar a ese terrible ser que contenía en su interior. Y se aventuraría en un lugar de poder valheru sólo cuando creyera que las circunstancias eran lo bastante graves como para justificar el riesgo.

Martin sonrió con su sonrisa torcida.

—Entonces tendremos que ir solos, los humanos de escaso talento.

Galain le devolvió la sonrisa.

—Sois muchas cosas, y dudo que vuestros talentos sean escasos —la sonrisa desapareció—. Aún así harías bien en oír los consejos de los tejedores de magia antes de partir. Hay un poder oscuro en Moraelin, y la magia puede superar con facilidad a la fuerza y el coraje.

—Lo haremos —dijo Martin—. Pronto hablaremos con ellos —vio que se acercaba un elfo seguido de Arutha y los demás—. Creo que ahora. ¿Vienes?

—Yo no tengo sitio en el círculo de los ancianos. Además, llevo un día sin comer. Descansaré. Ven a charlar si quieres.

—Lo haré.

Martin corrió a unirse a Arutha. Siguieron al elfo, que condujo a los humanos de vuelta al consejo. Cuando todos estuvieron sentados frente a Aglaranna y Tomas, la reina habló.

—Tathar, habla en nombre de los tejedores de magia: di qué consejos tenéis para el príncipe Arutha.

Tathar fue hasta el centro de la sala del trono y empezó a hablar.

—Durante varios ciclos de la luna mediana han estado sucediendo cosas extrañas. Esperábamos desplazamientos hacia el sur de los moredhel y los trasgos, volviendo a los hogares de los que habían sido expulsados durante la Guerra de la Fractura, pero no ha sido así. Nuestros exploradores en el norte han rastreado numerosas partidas de trasgos que atravesaban las Grandes Montañas del Norte y se adentraban en las Tierras del Norte. Los exploradores moredhel se han acercado a nuestras fronteras de forma desacostumbrada. Los gwali han vuelto a nosotros porque dicen que ya no les gusta el sitio en que vivían. A veces son difíciles de entender, pero sabemos que vinieron del norte. Lo que nos has dicho, príncipe Arutha, nos causa una grave preocupación. Primero, porque compartimos tu pena. Segundo, porque las manifestaciones que has contado hablan de un poder de gran maldad, con un largo brazo y esbirros por toda la tierra. Pero principalmente debido a nuestra historia antigua. Mucho antes de la expulsión por Tomas de los moredhel de nuestros bosques de la Senda Oscura del Poder, los pueblos élficos eran uno. Aquellos de nosotros que vivíamos en los bosques estábamos más alejados de nuestros amos, los valheru, y debido a eso fuimos menos atraídos por la ebriedad de los sueños místicos de poder. Aquellos de nosotros que vivían más cerca de nuestros amos fueron seducidos por

dichos sueños y se convirtieron en los moredhel. —Miró a la reina y Tomas, y ambos asintieron—. De lo que se habla poco es de la causa definitiva de nuestra separación de los moredhel, que una vez fueron de nuestra sangre. La historia completa nunca se le ha contado antes a un humano. En la edad oscura de las Guerras del Caos, sucedieron muchos cambios en las tierras. Del pueblo de los elfos surgieron cuatro grupos. —Martin se inclinó hacia delante, ya que a pesar de todo lo que sabía sobre los elfos, más que casi cualquier hombre vivo, todo esto le resultaba nuevo. Hasta ese momento siempre había creído que los moredhel y los elfos eran la suma total de la raza élfica—. Los más sabios y poderosos, entre los que se encontraban los más grandes tejedores de magia y eruditos, fueron los eldar. Eran los custodios de todo lo que sus amos había robado del cosmos entero: obras arcanas, conocimiento místico, artefactos y riquezas. Fueron ellos los que empezaron a construir lo que hoy es Elvandar, los que moldearon su magia. Desaparecieron durante las Guerras del Caos, ya que estaban entre los principales sirvientes de nuestros amos y se supone que, al ser los más próximos, perecieron con ellos. De los elfos y la Hermandad de la Senda Oscura, los eledhel y los moredhel en nuestra lengua, ya sabéis algo. Pero había otra estirpe de nuestra traza, los glamredhel, cuyo nombre significa «caóticos» o «locos». Fueron cambiados por las Guerras del Caos, y se convirtieron en una nación de guerreros salvajes y enloquecidos. Durante un tiempo los elfos y los moredhel fueron uno, y ambos combatieron contra los locos. Incluso después de que los moredhel fueran expulsados de Elvandar, siguieron siendo enemigos jurados de los glamredhel. Hablamos poco de aquellos días, ya que debéis recordar que aunque hablemos de eledhel, moredhel y glamredhel, todos los elfos son una sola raza, incluso hasta el día de hoy, sólo es que alguna de nuestra gente ha elegido un tenebroso estilo de vida.

Martin estaba asombrado. A pesar de todo lo que sabía de la cultura élfica, él, como los demás humanos, siempre había supuesto que los moredhel eran otra raza, emparentada con los elfos pero diferente de alguna forma. Ahora se daba cuenta de por qué los elfos siempre habían sido reticentes a discutir su relación con los moredhel. Los veían como una parte de ellos mismos. Martin lo comprendió al instante. Los elfos lloraban la pérdida de sus hermanos por la atracción de la Senda Oscura.

—Nuestras historias hablan del momento de la última gran batalla en el norte —continuó Tathar—, cuando los ejércitos de los moredhel y sus esbirros trasgos aplastaron al fin a los glamredhel. Los moredhel dieron rienda suelta a su cólera, aniquilando a nuestros enloquecidos primos en un terrible holocausto genocida. Se supone que los glamredhel fueron aniquilados incluso hasta el último niño pequeño, para que no volvieran a alzarse y desafiar la supremacía de los moredhel. Es la más negra vergüenza en la memoria de nuestra raza que un segmento de nuestra gente destruyó por completo a otro. Pero lo que os afecta a vosotros es lo siguiente: en el

corazón de la hueste moredhel se encontraba una compañía llamada los matadores negros, guerreros moredhel que habían renunciado a su mortalidad para convertirse en monstruos con el solo propósito de matar en nombre de su amo. Una vez muertos, los matadores negros vuelven a alzarse para servir a su amo. Una vez que han renacido de entre los muertos sólo pueden ser detenidos por medios mágicos, destruyendo sus cuerpos por completo o arrancándoles el corazón del cuerpo. Los que cabalgaron contra vosotros en la carretera de Sarth eran matadores negros, príncipe Arutha. Antes de la batalla de la aniquilación, los moredhel ya habían descendido un buen trecho por la Senda Oscura, pero fue algo lo que les hizo descender a esas nuevas profundidades del horror: los matadores negros y el genocidio. Se habían convertido en la herramienta de un monstruo enloquecido, un líder que intentaba emular a los desaparecidos valheru y poner el mundo entero bajo su dominio. Fue él quien reunió a los moredhel bajo su bandera y quien creó los abominables matadores negros. Pero en esa última batalla fue herido de muerte, y con su fallecimiento los moredhel dejaron de ser una nación. Sus capitanes se reunieron y trataron de elegir un sucesor. Pero enseguida se enfrentaron entre ellos y se hicieron como los trasgos: tribus, clanes, familias, incapaces de unirse bajo un líder durante mucho tiempo. El asedio del castillo de Carse, hace cincuenta años, no fue más que una escaramuza comparado con el poderío que los moredhel reunieron bajo aquel líder. Pero con su fallecimiento la era del poder moredhel llegó a su fin, ya que era único, un ser carismático, hipnótico, de extrañas habilidades, capaz de forjar a los moredhel en una sola nación. Su nombre era Murmandamus.

—¿Es posible que haya vuelto de alguna forma? —dijo Arutha.

—Todo es posible, príncipe Arutha, o eso le parece a alguien que ha vivido tanto como yo —respondió Tathar—. Puede que alguien trate de unir a los moredhel invocando ese antiguo nombre, reuniéndolos bajo una bandera. Y luego está este asunto del sacerdote serpiente. Los pantathianos son tan aborrecidos que incluso los moredhel los matan nada más cruzarse con ellos. Pero que uno de ellos sirva a este Murmandamus es indicio de una alianza oscura. Nos avisa de que podemos estar enfrentándonos a fuerzas más allá de nuestras expectativas. Si las naciones del norte se están levantando en armas, una vez más nos veremos puestos a prueba, una prueba cuyo peligro rivalizará con el que representaron los ultramundanos para nuestra gente.

Baru se puso de pie, a la manera hadati, para indicar que quería hablar. Tathar inclinó la cabeza en su dirección, dándole permiso.

—Mi gente sabe poco de los moredhel —dijo el hadati—, aparte de que son enemigos de nuestro pueblo. Pero esto puedo decirlo: Murad es considerado un gran caudillo, quizá el más grande de todos los que viven hoy en día, uno que podría mandar muchos centenares de guerreros. Que luche junto a los matadores negros

dice mucho del poder de Murmandamus. Murad sólo serviría a alguien a quien temiera. Y alguien que pueda hacer que Murad le tema sí es merecedor de ser temido.

Intervino Arutha.

—Como les dije a los ishapianos, gran parte de esto es especulación. Mi principal objetivo es encontrar el espino de plata.

Pero incluso mientras pronunciaba aquellas palabras, Arutha sabía que estaba mintiendo. Había demasiados indicios de que la amenaza del norte era real. Esto no era una oleada de incursiones trasgas contra los granjeros norteros. Esto tenía potencial para ser una invasión que superara la de los tsurani. Frente a esto, su negativa a ocuparse de cualquier cosa que no fuera encontrar una cura para Anita apareció como lo que realmente era: una obsesión.

—Puede que todo sea lo mismo, Alteza —dijo Aglaranna—. Lo que parece estar desplegándose aquí es el deseo de un loco de reunir a los moredhel y a sus sirvientes y aliados bajo su dominio. Para hacerlo debe hacer que se cumpla una profecía. Debe destruir a la Perdición de la Oscuridad. ¿Y qué ha conseguido? Os ha obligado a acudir al único sitio en el que está seguro de poder encontraros.

Jimmy se puso rígido en su asiento, con los ojos desorbitados.

—¡Te está esperando! —Soltó saltándose todo protocolo—. ¡Está en ese Lago Negro!

Laurie y Roald le apoyaron las manos en los hombros para tranquilizarlo. Jimmy volvió a sentarse, azorado.

—De los labios de la juventud... —dijo Tathar—. Los demás y yo hemos reflexionado, y creemos que eso es lo que pasará, príncipe Arutha. Debido al regalo del talismán ishapiano, Murmandamus debe emplear otro método para localizaros, o se arriesga a que sus alianzas se disuelvan. Los moredhel son como todo el mundo, necesitan cultivar la tierra y criar rebaños. Si Murmandamus tardara en cumplir la profecía, puede que abandonen su causa, excepto los que han pronunciado juramentos oscuros, como los matadores negros. Sus agentes habrán corrido la voz de que habéis abandonado Sarth, y ya habrá recibido información desde Krondor acerca de que vais en una misión para salvar a vuestra princesa. Sí, sabrá que buscáis el espino de plata, y él, o uno de sus capitanes, como Murad, os estará esperando en Moraelin.

Arutha y Martin se miraron. Martin se encogió de hombros.

—Nunca pensamos que fuera a ser fácil.

Arutha miró a la reina, a Tomas y a Tathar.

—Os agradezco vuestra sabiduría, pero iremos a Moraelin.

Arutha levantó la mirada cuando Martin se le acercó.

—¿Absorto en tus pensamientos? —dijo el hermano mayor.

—Sólo... reflexionando, Martin.

Martin se sentó junto Arutha en el borde de una plataforma cerca de las habitaciones que les habían prestado. En la noche, Elvandar brillaba con una débil luz, una fosforescencia que mantenía la ciudad de los elfos envuelta en una suave magia.

—¿Y sobre qué reflexionas?

—Sobre que puede que haya dejado que mi preocupación por Anita se interponga en mi deber.

—¿Dudas? —dijo Martin—. Bueno, por fin te descubres. Escucha, Arutha. Yo he tenido mis dudas sobre este viaje desde el principio, pero si dejas que la duda te bloquee no conseguirás hacer nada. Tienes que limitarte a decidir lo que consideres mejor y actuar.

—¿Y si me equivoco?

—Pues te equivocas.

Arutha bajó la cabeza hasta apoyarla contra la barandilla de madera.

—El problema es lo que hay en juego. Cuando era niño, si me equivocaba perdía jugando. Ahora podría perder una nación.

—Quizá, pero eso no cambia el hecho de que es necesario tomar una decisión y actuar en consecuencia.

—Las cosas se me están yendo de las manos. Me pregunto si no sería mejor volver a Yabon y ordenar al ejército de Vandros que se adentre en las montañas.

—Eso podría servir, aunque hay sitios donde pueden ir seis pero un ejército no.

—No muchos —Arutha sonrió sarcásticamente.

Martin le devolvió la sonrisa, casi un reflejo en el espejo.

—Cierto, pero sigue habiendo uno o dos. Por lo que Galain me ha dicho acerca de este Moraelin, el sigilo y la astucia serán más importantes que la fuerza. ¿Qué pasaría si hicieras marchar al ejército de Vandros hasta allí y te encontraras que Moraelin está justo al otro lado de un adorable caminito como el que lleva hasta la abadía de Sarth? ¿Recuerdas el que Gardan afirmaba que podría defenderse con media docena de abuelas armadas con escobas? Te aseguro que Murmandamus tiene allí algo más que media docena de abuelas. E incluso si pudieras combatir a las hordas de Murmandamus y vencerlas... ¿Podrías ordenar que un soldado diera su vida para que Anita pudiera vivir? No; tú y este Murmandamus estáis jugando un juego. Las apuestas son altísimas, pero sigue siendo un juego. Mientras Murmandamus piense que puede atraerte a Moraelin, tenemos una posibilidad de colarnos y conseguir espino de plata.

Arutha miró a su hermano.

—¿La tenemos? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Por supuesto. Mientras no hagamos saltar la trampa, seguirá abierta. Esa es la

naturaleza de las trampas. Y si no saben que ya estamos dentro, puede que incluso logremos salir. —Estuvo un momento en silencio, mirando hacia el norte—. Está tan cerca. Está justo en esas montañas, a una semana de aquí, no más. Está tan cerca. —Se rio—. Sería una vergüenza llegar tan cerca para luego renunciar.

—Estás loco —dijo Arutha.

—Quizá —dijo Martin—. Pero piénsalo. Está tan cerca.

Arutha tuvo que reírse.

—Está bien, partimos mañana.

Los seis jinetes partieron a la mañana siguiente, con las bendiciones de la reina de los elfos y Tomas. Calin, Galain y otros dos elfos corrían junto a los caballos. Cuando perdieron de vista la corte de la reina, un gwali llegó junto a ellos colgándose de las ramas y gritando.

—¡Calin!

El príncipe elfo hizo un gesto para que se detuvieran y el gwali se descolgó de las ramas y les sonrió de oreja a oreja.

—¿Dónde van hombres con Calin?

—Los llevamos al camino norte, Apalla. Por allí irán a Moraelin.

El gwali se puso nervioso y negó con su cabeza peluda.

—No ir, hombres. Malo sitio. Pequeño Olnoli comido allí por cosa mala.

—¿Qué cosa mala? —dijo Calin, pero el gwali huyó chillando horrorizado antes de responder.

—Nada como una alegre despedida —dijo Jimmy.

—Galain —dijo Calin—, vuelve a buscar a Apalla para ver si puedes sacar algo de lo que dice.

—Descubriré lo que quería decir y os seguiré —dijo Galain. Saludó con la mano a los viajeros y partió tras el gwali. Arutha hizo una señal para que el grupo continuara.

Los elfos los guiaron durante tres días en dirección al límite de su bosque, ascendiendo por las estribaciones de las Grandes Montañas del Norte. Al mediodía del cuarto día llegaron a un arroyuelo, y al otro lado pudieron ver un sendero que atravesaba el bosque hasta un cañón.

—Este es el límite de nuestro territorio —dijo Calin.

—¿Qué crees que habrá pasado con Galain? —dijo Martin.

—Puede que no haya descubierto nada de importancia, o puede que le haya llevado un día o dos localizar a Apalla. Los gwali pueden ser difíciles de encontrar si quieren. Si nos cruzamos con Galain, lo dirigiremos tras vosotros. Os dará alcance siempre que no hayáis cruzado hasta el corazón de Moraelin.

—¿Y dónde es eso? —dijo Arutha.

—Seguid ese sendero dos días hasta llegar a un pequeño valle. Atravesadlo, y en la

cara norte veréis una catarata. Desde allí asciende un sendero hasta la cima. Remontad el río de las cataratas hasta su fuente. En ese lago encontraréis otro sendero que sigue subiendo, de nuevo hacia el norte. Ése es el único camino hacia Moraelin. Encontraréis un cañón, que rodea el lago formando una circunferencia completa. La leyenda dice que lo cavaron las pisadas del apenado príncipe elfo, desgastando el suelo alrededor del lago. Se llama las Huellas del Desesperado. Sólo hay una forma de entrar en Moraelin, cruzando un puente levantado por los moredhel. Cuando crucéis el puente sobre las Huellas del Desesperado estaréis en Moraelin. Allí encontraréis el espino de plata. Es un arbusto con hojas de color verde claro parecidas a los tréboles, y un fruto similar a la grosella. Lo reconoceréis enseguida, ya que su nombre lo describe: las espina s parecen de plata. En todo caso, coged un puñado de bayas. Estará cerca de la orilla del lago. Ahora id, y que los dioses os protejan.

Los jinetes partieron tras una breve despedida. Martin y Baru en cabeza, seguidos de Arutha y Laurie y Jimmy y Roald en la retaguardia. Cuando doblaron una curva en el camino, Jimmy miró hacia detrás hasta que no pudo ver a los elfos. Volvió la vista al frente, sabiendo que ahora estaban solos, sin aliados ni refugio. Le rezó en silencio a Banath y respiró hondo.

Retorno

Pug miraba fijamente el fuego.

El pequeño brasero de su estudio dibujaba un diseño danzante de luces en las paredes y el techo. Se pasó la mano por la cara, sintiendo el cansancio en el mismo tejido de su ser.

Llevaba trabajando desde la visión de Rogen, comiendo y durmiendo sólo cuando Katala lo apartaba de sus estudios. Ahora estudiaba cuidadosamente uno de los muchos libros de Macros; llevaba una semana leyéndolos exhaustivamente. Desde que se había enfrentado a las imposibilidades de la visión de Rogen, había buscado cada migaja de información que tuviera disponible. Sólo otro mago de este mundo había tenido conocimiento de Kelewan, y ese era Macros el Negro. Fuera lo que fuese aquella presencia oscura de la visión, había hablado en un idioma que en Midkemia sólo podrían siquiera reconocer menos de cinco mil personas: Pug, Katala, Laurie, Kasumi y su guarnición tsurani de LaMut, y un puñado de antiguos prisioneros de guerra que estaban dispersos por la Costa Lejana. Y de todos ellos, sólo Pug podía comprender por completo las palabras pronunciadas en la visión de Gamina, ya que aquel idioma era un pariente lejano y muerto del tsurani actual. Y ahora Pug buscaba en vano en la biblioteca de Macros algún indicio de lo que pudiera ser este poder oscuro.

De los centenares de volúmenes que Macros había dejado en herencia a Pug y Kulgan, sólo un tercio estaban catalogados. Macros había proporcionado un inventario por títulos a través de su extraño asistente Gathis, que parecía un trasgo. En algunos casos eso había servido de ayuda, ya que la obra tenía un título conocido. En otros casos era inútil y había que leer el libro. Había setenta y dos libros titulados *Magia*, y una docena de casos más de libros con nomenclaturas parecidas. Buscando posibles pistas sobre la naturaleza de aquello a lo que se enfrentaban, Pug se había encerrado con los libros restantes y había empezado a indagar en ellos en busca de fragmentos de información útil. Ahora estaba sentado, con el libro apoyado en la rodilla y una creciente certeza de lo que tenía que hacer.

Pug dejó cuidadosamente el libro en su escritorio y salió de su estudio. Bajó las escaleras hasta el salón que conectaba todas las habitaciones en uso del edificio de la academia. La lluvia que en esos momentos caía sobre Stardock había obligado a detener los trabajos en el piso superior de la torre que ocupaban sus cuartos de trabajo. Una ráfaga de viento frío se coló por una rendija en la pared, y Pug se arrebujó en su túnica negra al entrar en el comedor, que se estaba usando como salón principal.

Katala levantó la vista de donde estaba sentada bordando, junto a la chimenea, en uno de los cómodos sillones que ocupaban la mitad de la habitación que se usaba como salón. El hermano Dominic y Kulgan habían estado hablando, mientras el rechoncho mago daba caladas a su sempiterna pipa. Kasumi observaba como William y Gamina jugaban al ajedrez en un rincón, sus pequeños rostros eran dos máscaras de concentración mientras enfrentaban sus nacientes habilidades el uno contra el otro. William había sido un mediocre practicante del juego hasta que la niña había demostrado interés en el mismo. Que ella le venciera rotundamente al parecer hizo salir a la superficie su espíritu competitivo, que hasta entonces había estado limitado al juego de pelota. Pug pensó para sus adentros que, cuando el tiempo lo permitiera, tendría que explorar sus dones más de cerca. Si el tiempo lo permitía...

Entró Meecham, trayendo una jarra de vino, y le ofreció un vaso a Pug. Éste se lo agradeció y se sentó junto a su esposa.

—Todavía falta una hora para la cena —dijo Katala—. Pensaba que iba a tener que subir por ti.

—He acabado el trabajo que tenía y he decidido relajarme un poco antes de cenar.

—Eso está bien, te exiges demasiado, Pug. Entre enseñar a los demás, supervisar la construcción de este enorme edificio, y ahora encerrarte en tu estudio, te ha quedado poco tiempo para pasarlo con nosotros.

—¿Renegando? —preguntó Pug.

—Es una de las prerrogativas de la esposa —dijo ella, devolviéndole la sonrisa. Katala no era una gruñona. Cualquier disgusto que sintiera lo expresaba abiertamente y se resolvía rápido, fuera por compromiso o porque una parte aceptaba la imposibilidad de hacer ceder a la otra.

—¿Dónde está Gardan? —dijo Pug mirando a su alrededor.

—¡Vaya! —dijo Kulgan—. Ya ves. Si no hubieras estado encerrado en tu torre recordarías que hoy partía para Shamata, para poder enviarle mensajes a Lyam vía posta militar. Volverá en una semana.

—¿Se fue solo?

Kulgan se recostó en el sillón.

—Hice una predicción. La lluvia durará tres días. Muchos de los trabajadores prefirieron volverá casa para una visita corta en vez de quedarse tres días sentados en

los barracones. Gardan se fue con ellos. ¿Qué has estado haciendo en tu torre estos últimos días? Apenas has dicho nada en una semana.

Pug observó a los que estaban en la habitación con él. Katala parecía absorta en su costura, pero Pug sabía que escuchaba atentamente su respuesta. Los niños estaban atentos a su partida. Kulgan y Dominic lo miraban con abierto interés.

—Estaba leyéndolos libros de Macros, buscando algo que pudiera darnos una pista sobre lo que puede hacerse. ¿Y vosotros?

—Dominic y yo hemos estado discutiéndolo con algunos más de la aldea, y hemos llegado a algunas conclusiones.

—¿Cuáles?

—Ahora que Rogen se está reponiendo y nos ha podido contar con detalle lo que vio en su visión, algunos de nuestros jóvenes más talentosos se han lanzado sobre el problema. —Pug detectó una mezcla de diversión y orgullo en las palabras del mago de mayor edad—. Sea lo que sea lo que quiere hacerle daño al Reino, o a Midkemia, sus poderes tienen límites. Supongamos por un momento que, como tú temes, sea un poder oscuro que se ha filtrado a través de la fractura desde Kelewan, de algún modo, durante la Guerra de la Fractura. Tiene debilidades y teme descubrirse por completo.

—Expícate, por favor —dijo Pug. Su interés le hizo olvidarse del cansancio.

—Supondremos que esta cosa viene del mundo de Kasumi y no buscaremos otra explicación más exótica para el hecho de que haya usado un antiquísimo dialecto tsurani. Pero a diferencia de los antiguos compatriotas de Kasumi no viene a conquistarnos abiertamente, sino que busca usar a otros como herramientas. Supongamos que de algún modo viniera a través de la fractura. La fractura lleva ya un año cerrada, lo que quiere decir que por lo menos lleva ese tiempo aquí, y quizá incluso hasta once años, reuniendo sirvientes como los sacerdotes serpiente pantathianos. Luego trata de establecerse una base, usando como agente a este moredhel, «el hermoso», como lo describió Rogen. Lo que tenemos que temer verdaderamente es a la presencia oscura que está detrás de ese hermoso moredhel y los demás. Eso es el verdadero autor de este condenado embrollo. Ahora, si todo esto es cierto, busca manipular y emplear la intriga en vez de la fuerza bruta. ¿Por qué? O aún está demasiado débil para actuar y debe emplear a otros, o está esperando el momento adecuado para revelarse y salir a escena.

—Todo lo cual quiere decir que seguimos teniendo que descubrir la identidad y la naturaleza de esta cosa, este poder.

—Cierto. Ahora, también hemos hecho algunas especulaciones partiendo de la suposición de que aquello a lo que nos enfrentamos no provenga de Kelewan.

—No perdáis tiempo con eso —interrumpió Kulgan—. Tenemos que partir de la suposición de que nos enfrentamos a algo venido de Kelewan, porque al menos eso nos proporciona un posible ángulo de aproximación. Si Murmandamus no es más

que un rey brujo moredhel que ha subido al poder por sus propios medios, y que por casualidad habla una lengua muerta tsurani, a eso podemos enfrentarnos. Pero una invasión por parte de un poder oscuro venido de Kelewan... ese es el supuesto del que debemos partir.

Kulgan suspiró hondamente y volvió a encender la pipa.

—Me gustaría que tuviéramos más tiempo, y más idea sobre cómo proceder. Me gustaría poder examinar sin riesgo algún aspecto de este fenómeno. Me gustaría un centenar de cosas, pero lo que más me gustaría de todo es algún libro escrito por un testigo fiable acerca de esta cosa.

—Hay un sitio donde quizá haya un libro así.

—¿Dónde? —dijo Dominic—. Yo os acompañaría de buena gana a ese sitio, a vosotros o a cualquiera que fuera, sin importar el riesgo.

Kulgan ladró una risa amarga.

—No es algo factible, buen hermano. Mi antiguo estudiante habla de un lugar en otro mundo. —Kulgan miró fijamente a Pug—. La biblioteca de la Asamblea.

—¿La Asamblea? —dijo Kasumi.

Pug vio como Katala se envaraba.

—En ese sitio puede haber respuestas que nos ayudarían en la batalla que se avecina —dijo Pug.

—Es bueno que la fractura se cerrara y no pueda volver a abrirse salvo por azar —dijo Katala en un tono de voz perfectamente controlado y sin apartar la vista de su labor—. Puede que ya te hayan condenado a muerte. Recuerda que tu posición de Grande ya fue cuestionada antes del ataque contra el emperador. ¿Quién puede dudar que te hayan declarado proscrito? Sí, está bien que no tengas manera de volver.

—Hay una manera —dijo Pug.

Al instante los ojos de Katala refulgieron y lo miraron enfadados.

—¡No! ¡No puedes volver!

—¿Cómo puede haber un camino de vuelta? —dijo Kulgan.

—Cuando estudiaba para conseguir la túnica negra se me encargó una última tarea —explicó Pug—. Permaneciendo de pie sobre la torre de la prueba, tuve una visión de los tiempos del Extranjero, una estrella errante que ponía a Kelewan en peligro. Fue Macros quien intervino en última instancia para salvar Kelewan. Y Macros estaba de nuevo en Kelewan el día que casi destruí el recinto de los Juegos. Todo el tiempo ha sido tan obvio, y yo me he dado cuenta esta semana.

—¡Macros podía viajar entre los mundos a voluntad! —dijo Kulgan, y la comprensión se reflejó en sus ojos—. ¡Macros tenía los medios para fabricar fracturas controlables!

—Y yo los he encontrado. En uno de sus libros hay instrucciones claras.

—No puedes ir —susurró Katala.

Él se acercó y le cogió las manos, cerradas tan apretadas que tenía los nudillos blancos.

—Debo ir. —Se volvió hacia Kulgan y Dominic—. Tengo los medios para volver a la asamblea, y debo usarlos. De lo contrario, si Murmandamus fuera sirviente de algún oscuro poder kelewanés, o simplemente una distracción mientras dicho poder recupera sus fuerzas, estaremos absolutamente perdidos. Si tenemos que encontrar una manera de enfrentarnos a él, primero debemos identificarlo, descubrir su verdadera naturaleza, y para hacer eso tengo que volver a Kelewan. —Miró a su esposa, y luego a Kulgan—. Volveré a Tsuranuanni.

Meecham fue el primero en hablar.

—Bueno. ¿Pues cuándo nos vamos?

—¿Nos? Tengo que ir solo —dijo Pug.

—No puedes ir solo —dijo el alto vasallo, como si esa idea fuera de lo más absurda—. ¿Cuándo nos vamos?

Pug levantó la vista para mirar a Meecham a la cara.

—No hablas el idioma. Eres demasiado alto para hacerte pasar por tsurani.

—Seré tu esclavo. Allí hay esclavos midkemios, lo has dicho bastantes veces. —Su tono de voz indicaba que la discusión había acabado. Miró de Katala a Kulgan—. Aquí no habría un momento de paz si te pasara algo.

William se acercó, seguido de Gamina.

—Papá, por favor, lleva a Meecham contigo.

—*Por favor.*

Pug levantó los brazos.

—Muy bien, urdiremos algún engaño.

—Me siento algo mejor —dijo Kulgan—, lo que es una afirmación relativa que no debe interpretarse como aprobación.

—Objeción anotada.

—Ahora que ha salido el tema —dijo Dominic—, yo reitero mi ofrecimiento de acompañarte.

—Te ofreciste antes de saber donde iba yo. Puedo cuidar de un midkemio, pero dos serían demasiada carga.

—Yo tengo mis usos —replicó Dominic—. Conozco las artes de la curación y tengo mi propia magia. Mi brazo es firme y sé empuñar una maza.

Pug estudió al monje.

—Sólo eres un poco más alto que yo. Podrías pasar por tsurani, pero está el problema del idioma.

—En la orden de Ishop tenemos medios mágicos para aprender idiomas. Mientras preparas los conjuros para abrir la fractura yo puedo aprender la lengua tsurani y ayudar a Meecham a que también aprenda algo, si la señora Katala y el conde Kasumi

nos ayudan.

—Yo puedo ayudar. Hablo tsurani —dijo William.

Katala no parecía muy complacida, pero accedió.

—Yo también —dijo Kasumi. Tenía aspecto de preocupación.

—De todos los que hay aquí, Kasumi, yo esperaba que tú fueras el que más deseara volver, pero no has dicho nada —dijo Kulgan.

—Cuando se cerró la última fractura mi vida en Kelewan llegó a su fin. Ahora soy conde de LaMut. Mi cargo en el imperio de Tsuranuanni no es más que un recuerdo. Incluso si fuera posible volver no lo haría, ya que le he prestado juramento al rey. Pero —le dijo a Pug—, ¿les llevarás mensajes de mi parte a mi padre y mi hermano? No tienen forma de saber que sigo vivo y mucho menos que he prosperado.

—Por supuesto. Faltaría más. Amada Katala, ¿podrías fabricar dos túnicas de la orden de Hantukama? —Ella asintió, él se explicó con los denás—. Es una orden misionera; es normal ver a sus miembros viajando por ahí. Disfrazados como ellos atraeremos poca atención mientras vamos de un lado a otro. Meecham será el esclavo que nos ayuda a mendigar.

—Sigue sin gustarme la idea —dijo Kulgan—. No me alegra.

Meecham miró a Kulgan.

—A ti te alegra preocuparte.

Pug se rio ante esto. Katala rodeó a su marido con los brazos y lo abrazó fuerte. A ella tampoco le alegraba.

—Pruébatela —dijo Katala entregándole la túnica.

Pug comprobó que le estaba como un guante. Katala había elegido cuidadosamente telas que fueran lo más parecidas posibles a las que se usaban en Kelewan.

Pug se había estado reuniendo a diario con el resto de los miembros de la comunidad, delegando autoridad para su ausencia y, como se sobreentendía pero no se decía en voz alta, para el caso de que no volviera. Dominic había estado aprendiendo tsurani de Kasumi y William, y había ayudado a Meecham en sus progresos con el idioma. A Kulgan le habían dado los trabajos de Macros sobre las fracturas para que pudiera ayudar a Pug a crear una.

Kulgan entró en las habitaciones de Pug mientras Katala inspeccionaba el resultado de su trabajo.

—Te vas a helar con eso puesto.

—Mi mundo es un sitio caluroso, Kulgan —dijo Katala—. Estas túnicas ligeras son lo que suele llevarse.

—¿Las mujeres también? —Ella asintió—. Absolutamente indecente.

Kulgan sacó una silla para sentarse.

William y Gamina entraron corriendo en la habitación. La niña pequeña había cambiado por completo ahora que la recuperación de Rogen era segura. Era la constante compañera de William, jugando, compitiendo y discutiendo como si fuera su hermana. Katala la había alojado en las habitaciones de la familia, junto al cuarto de William, mientras el anciano se reponía.

—¡Viene Meecham! —gritó el chico, y rompió a reír de alegría mientras daba vueltas en un círculo de regocijo. Gamina también rio en voz alta, imitando las vueltas de William, y Kulgan y Pug intercambiaron miradas, ya que era el primer sonido audible que la niña había emitido. Meecham entró en la habitación, y la risa de los adultos se unió a la de los niños. Las peludas piernas y brazos del corpulento montaraz salían de la túnica corta, y andaba torpemente con las sandalias tsurani de imitación.

Recorrió la habitación con la mirada.

—¿Qué es tan divertido?

—Estaba tan acostumbrado a verte con la ropa de cazador que había olvidado el aspecto que tenías —dijo Kulgan.

—Es que tienes un aspecto un poco diferente al que yo esperaba —dijo Pug, y trató de reprimir una risa.

El vasallo sacudió la cabeza con desagrado.

—¿Si habéis acabado? ¿Cuándo partimos?

—Mañana por la mañana, justo después del amanecer —dijo Pug.

Las risas de la habitación murieron al instante.

Esperaban en silencio alrededor de la colina del árbol grande, en el norte de la isla de Stardock. La lluvia había parado, pero soplaba un viento húmedo y frío que prometía que pronto volvería a llover. La mayor parte de la comunidad había venido a ver la partida de Pug, Dominic y Meecham. Katala estaba junto a Kulgan con las manos apoyadas en los hombros de William. Gamina se aferraba a la falda de Katala, con aspecto de estar nerviosa y un poco asustada.

Pug estaba solo, consultando el pergamino que había escrito. Meecham y Dominic lo esperaban a poca distancia, temblando de frío mientras escuchaban a Kasumi. Éste les hablaba de todos los detalles de las costumbres y la vida tsurani que podía recordar y que pudieran ser importantes. Constantemente recordaba detalles que casi había olvidado. El vasallo llevaba la bolsa de viaje que Pug había preparado, y que contenía los objetos comunes que llevaría un sacerdote. También en el interior, bajo dichos objetos, había algunas otras cosas no demasiado habituales entre los sacerdotes de Kelewan: armas y monedas metálicas, una fortuna según la medida de Kelewan.

Kulgan se puso donde le indicó Pug, empuñando un bastón tallado por un

ebanista de la aldea. Lo clavó firmemente en el suelo, luego cogió otro que le entregaron y lo clavó a poco más de un metro del primero. Retrocedió unos pasos mientras Pug empezaba a leer el pergamino en voz alta.

Un campo de luz empezó a crecer entre los bastones, con colores irisados bailando arriba y abajo. Podía oírse un ruido crepitante, y el aire empezó a oler como después de que hubiera caído un rayo, acre y punzante.

La luz empezó a expandirse y cambiar de color, avanzando cada vez más rápido por el espectro hasta el blanco refulgente. Creció en intensidad hasta que fue demasiado brillante para mirarla. Y la voz de Pug continuaba la salmodia. De repente llegó una sonora explosión, como si hubiera estallado un trueno entre los bastones, y una corta ráfaga de aire corrió entre ellos hacia la luz, como una repentina inhalación.

Pug dejó el pergamino y miró lo que había fabricado. Entre los dos bastones clavados en el suelo había un rielante cuadrado de «nada» gris. Pug le hizo un gesto a Dominic.

—Yo iré el primero —dijo—. He dirigido la fractura para que apareciera en un bosquecillo que había detrás de mi antigua casa, pero podría haber aparecido en otro sitio.

Si el entorno resultaba ser hostil, tendría que rodear uno de los postes, volviendo a entrar por el mismo lado, y aparecería de nuevo en Midkemia como si hubiera pasado a través de un lazo. Si podía.

Se volvió y les sonrió a Katala y a William. Su hijo se movía nervioso, pero la tranquilizadora presión de Katala en los hombros del niño lo tranquilizó. Ella se limitó a saludarlo con una inclinación de cabeza, el rostro sereno.

Pug entró en la fractura y desapareció. Al ver aquello la gente tomó aire de forma audible, ya que sólo unos pocos sabían lo que esperar. Los siguientes momentos se alargaron, y muchos contuvieron la respiración sin darse cuenta.

Súbitamente, Pug apareció del otro lado de la fractura, y un suspiro de alivio se escapó de los que esperaban. Pug se acercó a los demás.

—Se abre exactamente donde yo esperaba que lo hiciera. La magia de Matros es perfecta. —Cogió a Katala de las manos—. Está cerca del estanque en la arboleda de meditación.

Katala reprimió las lágrimas. Cuando ella era la señora de aquella mansión, había cuidado de las flores alrededor de ese estanque, donde un solitario banco miraba a las tranquilas aguas. Asintió comprensiva y Pug la abrazó, y luego a William. Mientras Pug estaba arrodillado frente a William, Gamina le rodeó el cuello con los brazos de repente.

—*Ten cuidado.*

Él le devolvió el abrazo.

—Lo tendré, pequeña.

Pug hizo un gesto para que Dominic y Meecham lo siguieran y atravesó la fractura. Ambos dudaron un mínimo instante y luego lo siguieron en el vacío gris.

Los demás permanecieron largos minutos observando después de que los tres hubieran desaparecido, y empezó de nuevo a llover. Nadie quería irse, hasta que finalmente intervino Kulgan.

—Que se queden los que tienen que montar guardia. El resto, volvamos al trabajo.

Se fueron lentamente, y a ninguno le molestó el tono seco de Kulgan. Todos compartían su preocupación.

Yagu, jardinero jefe de la mansión de Netoha, cerca de la ciudad de Ontoset, se volvió y se encontró a tres extranjeros que venían por el camino que conducía del bosquecillo de meditación hasta la casona. Dos eran sacerdotes de Hantukama, el Portador de la Bendita Salud, aunque ambos eran inusualmente altos para ser sacerdotes. Tras ellos caminaba el esclavo que mendigaba para ellos, un gigantón bárbaro cautivo de la última guerra. Yagu se estremeció, ya que era un tipo feo, con una horrible cicatriz en la mejilla izquierda. En una cultura guerrera, Yagu era un hombre tranquilo, que prefería la compañía de las flores y las plantas a la de hombres que sólo hablaban de guerra y honor. Con todo, tenía un deber para con la casa de su amo, y se acercó a los tres extraños.

Cuando lo vieron venir, se detuvieron, y Yagu fue el primero en hacer la reverencia, ya que era él quien empezaba la conversación, una cortesía común si no se sabía qué hablante gozaba de posición más elevada.

—Saludos, honorables sacerdotes. Es Yagu el jardinero quien se atreve a interrumpir vuestro viaje.

Pug y Dominic devolvieron la reverencia. Meecham esperó tras ellos, ignorado como era costumbre.

—Saludos, Yagu —dijo Pug—. Para dos humildes sacerdotes de Hantukama tu presencia no es ninguna interrupción. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo Yagu, finalizando el saludo formal entre extraños. Entonces asumió una postura más arrogante, cruzando los brazos y sacando pecho—. ¿Qué trae a los sacerdotes de Hantukama a la casa de mi amo?

—Viajamos de Serran a la Ciudad de las Llanuras. Al pasar cerca de aquí, vimos esta casa y albergamos la esperanza de que tuvieran algo de comida para unos pobres misioneros. ¿Es eso posible?

Pug sabía que no era prerrogativa de Yagu el decidirlo, pero dejó que el flaco jardinero fingiera decidir.

El jardinero se tocó la barbilla un momento.

—Se os permite mendigar, aunque no sé si se os expulsará o se os alimentará. Venid, os mostraré la cocina.

—¿Puedo preguntar quién vive en esta maravillosa residencia? —dijo Pug mientras avanzaban hacia la casa.

—Esta es la casa de Netoha, llamado «El que Ascende Rápido» —dijo Yagu, mostrando orgullo por la gloria de su amo.

Pug fingió ignorancia, aunque le alegraba saber que su antiguo sirviente seguía estando en posesión de sus tierras.

—Quizá —dijo Pug—, no sería demasiado ofensivo que unos humildes sacerdotes presentaran sus respetos a tan augusto personaje.

Yagu frunció el ceño. Su amo era un hombre ocupado, pero también tenía tiempo para gente como esa. No le agradaría saber que su jardinero se había tomado la libertad de echarlos, a pesar de que eran poco más que pordioseros al no pertenecer a una secta poderosa, como los senadores de Chochocan o Juran.

—Preguntaré. Puede que mi amo tenga un momento para vosotros. Si no, entonces quizá debáis conformaros con una comida.

El jardinero los condujo a una puerta que Pug sabía que daba a la zona de la cocina. El sol del mediodía caía sobre ellos mientras el jardinero desapareció en el interior. La casa era un extraño diseño de edificios interconectados que Pug había construido casi dos años antes. Había provocado algo así como una revolución en la arquitectura tsurani, pero Pug dudaba que la moda hubiera tenido continuidad, dada la sensibilidad tsurani hacia la fortuna política.

La puerta corredera se abrió y una mujer salió por ella, seguida de Yagu. Pug le hizo una reverencia antes de que pudiera verle la cara. Era Almorella, una antigua esclava a la que Pug había liberado, que ahora se había casado con Netoha. Había sido la mejor amiga de Katala.

—Mi señora se digna graciosamente a hablar con los sacerdotes de Hantukama —dijo Yagu.

Pug habló desde su posición inclinada.

—¿Estáis bien, señora?

Al oír su voz, Almorella se agarró al marco de la puerta y luchó por recuperar el aliento. Cuando Pug se incorporó, la antigua esclava se obligó a respirar.

—Estoy... bien —sus ojos se desorbitaron y empezó a pronunciar el nombre tsurani de Pug.

Pug sacudió la cabeza.

—Conozco a vuestro honorable marido. Tenía la esperanza de que pudiera dedicarle un momento a un viejo conocido.

Almorella habló con un hilillo de voz.

—Mi esposo siempre tiene tiempo para los... viejos amigos.

Les dejó entrar y cerró la puerta tras ellos. Yagu se quedó fuera un momento, perplejo ante el comportamiento de su ama. Pero tras cerrarse la puerta, se encogió de

hombros y volvió a sus amadas plantas. ¿Quién podía entender a los ricos?

Almorella los condujo rápidamente y en silencio atravesando la cocina. Luchaba por mantener la compostura, y apenas pudo esconder las manos temblorosas cuando pasó junto a tres sobresaltados esclavos. Estos no notaron la agitación de su ama, ya que clavaron los ojos en Meecham, el esclavo bárbaro más grande que habían visto nunca, ciertamente un gigante entre gigantes.

Al llegar al antiguo estudio de Pug, abrió la puerta corredera y se fue a avisar a su marido.

Entraron y se sentaron. Meecham torpemente, en los mullidos cojines que había en el suelo. Pug recorrió la habitación con la mirada y vio que muy pocas cosas habían cambiado. Sintió una extraña sensación de estar en dos sitios al mismo tiempo, ya que casi podía imaginarse abrir la puerta y encontrarse a Katala y William afuera en el jardín. Pero vestía la túnica de color azafrán de un sacerdote de Hantukama, no la negra de un Grande, y posiblemente un terrible peligro iba a descender sobre los dos mundos con lo que su destino parecía estar irremediabilmente entrelazado. Desde que había comenzado la búsqueda de una forma para volver a Kelewan, había empezado un débil ronroneo en el fondo de su mente. Sentía que su subconsciente estaba funcionando por su cuenta como hacía muy a menudo, trabajando en un problema mientras su atención estaba en otra parte. Había algo en todo lo que había ocurrido en Midkemia que tenía cierto matiz que le resultaba familiar, y sabía que pronto llegaría la hora en que intuiría el porqué de esa familiaridad.

La puerta se abrió y entró un hombre, y Almorella detrás. Ella cerró la puerta mientras el hombre hacía una profunda reverencia.

—Honráis mi casa, Grande.

—Honos para tu casa, Netoha. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Grande. ¿Cómo puedo servir?

—Siéntate, y háblame del Imperio. —Netoha se sentó sin vacilar—. ¿Sigue Ichindar gobernando en la Ciudad Sagrada?

—La Luz Celestial sigue gobernando el Imperio.

—¿Y qué ha sido del Señor de la Guerra?

—Almecho, el Señor de la Guerra que conociste, actuó con honor y se quitó la vida después de que lo avergonzaras en los Juegos Imperiales. Su sobrino Axantucar viste de blanco y dorado. Es de la familia Oaxantucan, con cuyo liderazgo se hizo tras la muerte de otros cuando... la paz fue traicionada. Todos los que tenían más derechos murieron, y muchos que tenían los mismos derechos al cargo de Señor de la Guerra... se encargó de ellos. El Partido de la Guerra sigue controlando firmemente el Alto Consejo.

Pug reflexionó. Si el Partido de la Guerra seguía controlando las naciones habría pocas posibilidades de encontrar oídos amigos en el Alto Consejo, aunque el Juego del Consejo seguiría. Esa terrible y aparentemente interminable lucha por el poder podría proporcionar oportunidades para descubrir nuevos aliados.

—¿Y la Asamblea?

—Les envié las cosas que me pediste. Grande. Las demás las quemé como mandaste. Sólo recibí una nota de agradecimiento del Grande Hochopepa, nada más.

—¿Qué se cuenta en el mercado?

—No he oído mencionar tu nombre en muchos meses. Pero justo después de que partieras se dijo que habías intentado atraer a la Luz Celestial a una trampa, deshonorándote. Has sido declarado proscrito y expulsado de la Asamblea, el primero en ser despojado de la túnica negra. Tus palabras ya no son ley. Y cualquiera que te ayude arriesga su vida, las vidas de su familia y las de su clan.

Pug se puso en pie.

—No nos quedaremos mucho tiempo aquí, viejo amigo. No arriesgaré tu vida, ni las vidas de tu dan.

Netoha habló mientras iba a abrir la puerta.

—Te conozco mejor que la mayoría. No harías aquello de lo que te han acusado, Grande.

—Ya no soy un Grande, por edicto de la Asamblea.

—Entonces honro al hombre, Milamber —dijo usando el nombre tsurani de Pag—. Nos has dado mucho. El Nombre de Netoha de los Chichimecha está escrito entre los nombres del clan Hunzan. Mis hijos crecerán en la grandeza debido a tu generosidad.

—¿Hijos?

Almorella se dio unas palmaditas en el estómago.

—La próxima estación de siembra. El sacerdote sanador cree que serán gemelos.

—Katala se alegrará doblemente. Primero sabiendo que su amiga del alma está bien, y segundo sabiendo que vas a ser madre.

Los ojos de Almorella se empaparon de humedad.

—¿Katala está bien? ¿Y el niño?

—Mi esposa y mi hijo están bien y te envían su amor.

—Vuelve con nuestros saludos y nuestro afecto, Milamber. Había rezado para que algún día volviéramos a encontrarnos.

—Y quizá sea así. No pronto, pero algún día... Netoha, ¿está intacta la habitación de los diseños?

—Lo está, Milamber. Pocas cosas han cambiado. Ésta sigue siendo tu casa.

Pug se puso en pie e hizo un gesto con la mano para que los demás lo siguieran.

—Puede que la necesite para volver a toda prisa a mi propio mundo. Si hago sonar

la campana de llegada dos veces, que todo el mundo salga de la casa enseguida, porque detrás de mí vendrá gente que os haría daño. Espero que no sea así.

—Como desees, Milamber.

Salieron de la sala y se dirigieron hacia la habitación de los diseños.

—En el bosquecillo junto al estanque se encuentra nuestro medio para volver a casa —dijo Pug—. Me gustaría que nadie se acercara hasta que yo lo cerrase.

—Eso está hecho. Ordenaré a los guardas que no permitan que nadie vaya allí.

—¿Dónde vas, Milamber? —dijo Almorella en la puerta.

—Eso no os lo diré, porque lo que no sepáis no os podrán obligar a decirlo. Ya estáis en peligro sólo por tenerme bajo vuestro techo. No añadiré más.

Sin decir más condujo a Dominic y Meecham a la habitación de los diseños y cerró la puerta tras ellos. Sacando un pergamino de la bolsa que llevaba al cinto, Pug lo colocó en el centro de un gran diseño que formaban los azulejos del suelo, la representación de tres delfines. El pergamino iba sellado con lacre negro grabado con un corte, del anillo de un Grande.

—Voy a mandarle un mensaje a un amigo. Con este símbolo en él nadie se atreverá a tocarlo excepto el destinatario.

Cerró los ojos por un instante, y de repente el pergamino ya no estaba allí.

Pug le indicó a Dominic y Meecham que se pusieran junto a él sobre el diseño.

—Todos los Grandes del Imperio tienen un diseño en su casa. Cada uno es único, y cuando se recuerda con exactitud, un mago puede transportarse a sí mismo o enviar un objeto hasta él. En algún que otro caso, un sitio que sea muy conocido, como la cocina de Crydee donde yo trabajé de niño, podría servir tan bien como un diseño. Lo normal es ordenar mentalmente que suene una campana para anunciar la llegada, aunque creo que esta vez prescindiré de eso. Venid. —Extendió los brazos y los cogió a los dos, cerró los ojos y pronunció un encantamiento. Todo se puso repentinamente borroso y la habitación pareció cambiar a su alrededor.

—¿Qué...? —dijo Dominic, y de repente se dio cuenta de que se habían transportado a otro sitio. Bajó la mirada y vio un diseño distinto, que se asemejaba a una flor ornamental roja y amarilla.

—El que vive aquí es hermano de uno de mis antiguos maestros —dijo Pug—, para quien se dispuso este diseño. Ese Grande solía venir a menudo. Espero que todavía podamos encontrar amigos aquí.

Pug fue hasta la puerta y la entreabrió. Miró a un lado y otro del corredor. Dominic se puso tras él.

—¿Cuánta distancia hemos viajado?

—Más de ochocientas millas.

—Asombroso —murmuró Dominic.

Pug los condujo deprisa a otra habitación, donde podía verse la luz de las

primeras horas de la tarde entrar por la ventana, proyectando la sombra del único ocupante en la puerta. Pug la abrió sin anunciarse.

Un anciano se sentaba frente a un escritorio; su cuerpo, antaño poderoso, estaba encogido por la edad. Miraba el pergamino que tenía ante él con los ojos entornados, y sus labios se movían en silencio al leer. Su túnica era de color azul oscuro, sencilla pero de gran calidad. Pug quedó afectado, ya que recordaba a este hombre como una torre a pesar de su avanzada edad. El último año se había cobrado su tributo.

El hombre miró a los intrusos y abrió los ojos de par en par.

—¡Milamber! —dijo.

Pug hizo pasar a sus compañeros y cerró la puerta.

—Honores para vuestra casa, señor de los Shinzawai.

Kamatsu, señor de los Shinzawai, no se levantó para saludarlo. Se quedó mirando al antiguo esclavo que había ascendido hasta la posición de Grande.

—Eres un proscrito, un traidor convicto y no tienes honor. Si te encuentran serás ejecutado. —Su tono era frío y su expresión hostil.

Pug quedó desconcertado. De todos sus aliados en el plan para poner fin a la Guerra de la Fractura, Kamatsu había sido el más firme. Kasumi, su hijo, había llevado el mensaje de paz del emperador al rey Rodric.

—¿Te he causado alguna ofensa, Kamatsu? —preguntó Pug.

—Yo tenía un hijo entre los que se perdieron cuando intentaste atrapar en tu engaño a la Luz Celestial.

—Tu hijo aún vive, Kamatsu. Honra a su padre y le envía su afecto.

Pug le entregó a Kamatsu el mensaje de Kasumi. El anciano lo leyó durante largo rato, leyendo cada letra lentamente. Cuando acabó, las lágrimas corrían libremente por sus apergaminadas mejillas.

—¿Es posible que todo esto sea cierto? —dijo.

—Es cierto. Mi rey no tuvo nada que ver con el engaño en la mesa de negociación. Ni yo tampoco. Ese misterio llevaría mucho tiempo explicarlo, pero primero oye de tu hijo. No sólo está vivo, sino que ahora goza de una posición elevada en mi país. Nuestro rey no quiso vengarse de nuestros antiguos enemigos. Le otorgó la libertad a todos cuantos quisieran ponerse a su servicio. Kasumi y los demás son hombres libres en su ejército.

—¿Todos? —preguntó Kamatsu incrédulo.

—Cuatro mil hombres de Kelewan son ahora soldados del ejército de mi rey. Están entre los más leales de sus súbditos. Traen gran honor a sus familias. Cuando la vida del rey Lyam estuvo en peligro, la misión de garantizar su seguridad fue otorgada a tu hijo y sus hombres. —El orgullo brilló en los ojos de Kamatsu—. Los tsurani viven en una ciudad llamada LaMut, y luchan bien contra los enemigos de nuestra nación. Tu hijo ha sido nombrado conde de la ciudad, una posición tan importante

como señor de una familia, más cercana a jefe de guerra de un clan. Está casado con Megan, la hija de un poderoso comerciante de Rillanon, y algún día serás abuelo.

El anciano pareció recuperar sus fuerzas.

—Háblame de su vida.

Pug y Kamatsu empezaron a hablar de Kasumi, de su vida durante el último año, de su ascenso, de su encuentro con Megan justo antes de la coronación de Lyam y de su rápido noviazgo y boda. Hablaron casi durante inedia hora, olvidando por el momento la urgencia de la misión de Pug.

—¿Y Hokanu? —dijo Pug cuando hubieron acabado. Kasumi me dijo que preguntara por su hermano.

—Mi hijo menor está bien. Patrulla la frontera septentrional contra los incursores thün.

—Entonces la grandeza de los Shinzawai se extiende a dos mundos —dijo Pug—. Sólo la familia Shinzawai de entre todas las familias tsurani puede afirmar tal cosa.

—Esa es una extraña forma de verlo. —Su voz se volvió seria—. ¿Qué te ha hecho volver, Milamber? Estoy seguro de que no ha sido sólo para aliviar el dolor de un anciano.

Antes de explicarse, Pug presentó a sus compañeros.

—Un oscuro poder se alza contra mi país, Kamatsu. Sólo nos hemos enfrentado a una parte de su fuerza y tratamos de comprender su naturaleza.

—¿Y qué tiene eso que ver con tu vuelta? ¿Por qué has vuelto?

—En una visión, uno de nuestros videntes se enfrentó a este oscuro poder, que le habló en el antiguo idioma de los templos. —Le habló de Murmandamus y del oscuro poder que había detrás de los moredhel.

—¿Cómo puede ser esto?

—Eso es lo que me ha hecho arriesgarme a volver. Tengo la esperanza de encontrar respuestas en la biblioteca de la Asamblea.

Kamatsu sacudió la cabeza.

—Te arriesgas mucho. Hay cierta tensión en el seno del Alto Consejo, más allá de la habitual para el Gran Juego. Sospecho que estamos al borde de un acontecimiento importante, ya que este Señor de la Guerra parece incluso más obsesionado que su tío con controlar las naciones.

—¿Te refieres a un cisma definitivo entre el Señor de la Guerra y el emperador? —preguntó Pug, comprendiendo al instante la sutileza tsurani.

El anciano asintió y suspiró hondamente.

—Me temo la guerra civil. Si Ichindar respondiera con la fuerza que demostró para acabar la Guerra de la Fractura, Axantucar sería apartado como hojas que se las lleva el viento, ya que la mayoría de los clanes y las familias siguen considerando supremo al emperador, y muy pocos confían en este nuevo Señor de la Guerra. Pero

el emperador ha perdido mucho prestigio. Al haber forzado a los cinco grandes clanes a la mesa de negociación sólo para que los traicionaran, ha quedado desprovisto de buena parte de su autoridad moral. Axantucar es libre de actuar sin oposición. Creo que este Señor de la Guerra intenta unir ambos títulos. El blanco perfilado de dorado no es suficiente para él. Creo que quiere vestir el dorado de la Luz Celestial.

—«En el Juego del Consejo todo es posible» —citó Pug—. Pero es que todos fueron traicionados durante las conversaciones de paz. —Le habló del último mensaje de Macros el Negro y le recordó a Kamatsu las antiguas enseñanzas del ataque del Enemigo contra Kelewan, hablándole del miedo de Macros a que la fractura atrajera a aquel terrible poder.

—Esa duplicidad demuestra que el emperador no fue más tonto que el resto, pero no le disculpa del error. Sin embargo esa historia podría conseguirle algo más de apoyo en el Alto Consejo... si es que el apoyo significa algo.

—¿Crees que el Señor de la Guerra está listo para actuar?

—En cualquier momento. Ha neutralizado a la Asamblea haciendo que sus partidarios magos cuestionen la autonomía de ésta. Los Grandes se sientan a debatir sobre su propio destino. Hochopepa y mi hermano, Fumita, no se atreven a implicarse en el Gran Juego en este momento. Políticamente, es como si no existiera la Asamblea.

—Entonces busca aliados en el Alto consejo. Diles esto: de algún modo nuestros mundos vuelven a estar conectados por algún poder oscuro de origen tsurani. Avanza contra el Reino. Es un poder más allá de toda comprensión humana, quizá incluso lo bastante poderoso como para desafiar a los propios dioses. No puedo decirte como lo sé, pero estoy seguro de que si el Reino cae, Midkemia caerá; y si Midkemia cae, Kelewan caerá tras ella.

Kamatsu, señor de los Shinzawai, antiguo jefe de guerra del clan Kcrnazawai, mostró expresión de preocupación.

—¿Es eso posible?

El gesto de Pug mostraba que él lo consideraba cierto.

—Puede que me capturen o me maten. Si es así, he de tener aliados en el Alto Consejo que le hablen de esto a la Luz Celestial. No temo por mi vida, Kamatsu, sino por las vidas de dos mundos. Si yo fracaso, los Grandes Hochopepa o Shimone deben volver a mi mundo con lo que sea que pueda aprenderse de este poder oscuro. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto. —Kamatsu se puso en pie—. Aunque no hubieras traído noticias de Kasumi, aunque nuestras dudas acerca de ti hubieran sido ciertas, sólo un loco no estaría dispuesto a dejar de lado antiguos resentimientos ante este aviso. Partiré enseguida en barco por el río hasta la Ciudad Sagrada. ¿Tú dónde estarás?

—Buscando ayuda de otros. Si tengo éxito, presentaré mi caso ante la Asamblea.

Nadie consigue la túnica negra sin haber aprendido a escuchar antes de actuar. No, mi verdadero riesgo es caer en manos del Señor de la Guerra. Si no tienes noticias mías en tres días, supón que ha pasado eso. Estaré muerto o prisionero. Entonces deberás actuar. Sólo el silencio le ayudará a este Murmandamus. En esto no puedes fracasar.

—Y no fracasaré, Milamber.

Pug, una vez conocido como Milamber, el más grande de los Grandes de Tsuranuanni, se puso en pie e hizo una reverencia.

—Debemos partir. Honores para tu casa, Señor de los Shinzawai.

Kamatsu hizo una reverencia más profunda de lo que requería su posición.

—Honores para tu casa, Grande.

Los vendedores ambulantes gritaban a los posibles compradores que pasaban cerca mientras el sol caía a pico. La plaza del mercado de Ontoset era un hervidero de actividad. Pug y sus compañeros se habían situado en la sección de la plaza que se reservaba para los sacerdotes y los mendigos con licencia. Durante tres mañanas se habían levantado bajo la protección de los muros de la plaza y habían pasado el día predicando a aquellos dispuestos a detenerse y escuchar. Meecham pasaba entre los pequeños grupos, sosteniendo el cuenco de las limosnas. Sólo había un templo de Hantukama al este de la Ciudad Sagrada de Kentosani, y estaba en la ciudad de Yankora, lejos de Ontoset, así que había poco riesgo de que otro sacerdote errante los descubriera en el poco tiempo que se iban a quedar en la ciudad. La orden estaba muy dispersa y eran pocos, así que muchos de ellos no habían visto a otro sacerdote del culto en años.

Pug acabó el sermón matinal y volvió junto a Dominic, mientras el monje explicaba a la madre de una niña herida los cuidados apropiados para su hija. La pierna rota de la chiquilla estaría curada en cuestión de días. La mujer sólo podía agradecerlo con unas sencillas gracias, pero la sonrisa de Dominic indicaba que eso era suficiente. Meecham se unió a ellos, mostrando varias de las diminutas gemitas y esquiras de metal que se usaban como moneda en el Imperio.

—Un hombre podría ganarse decentemente la vida de este modo.

—Es que les has dado miedo —dijo Pug.

Una conmoción en la muchedumbre les hizo volver la cabeza. Vieron una compañía de jinetes pasar por allí. Vestían la armadura verde de una casa que le sonaba a Pug, los Hoxaca. Eran miembros del Partido de la Guerra.

—Vaya, le han cogido el gusto a cabalgar —dijo Meecham.

—Igual que los tsurani de LaMut —le respondió Pug en un susurro—. Parece que en cuanto un tsurani deja de asustarse de los caballos, se vuelve loco por ellos. Sé qué le pasó a Kasumi. Una vez que se subía a caballo era casi imposible hacer que se

bajara.

Al parecer el caballo había sido aceptado en el Imperio y la caballería se había ganado un sitio firme en el arsenal tsurani.

Cuando pasaron los caballos, otro sonido les hizo volverse; frente a ellos había un hombre rechoncho vestido con una túnica negra; con una cabeza calva que brillaba bajo el sol de mediodía. Por todos lados los ciudadanos hacían reverencias y se apartaban, no deseando molestar con su presencia a un augusto Grande del Imperio, Pug y sus compañeros le hicieron una reverencia.

—Los tres vendréis conmigo —dijo el mago.

Pug tartamudeó.

—Como deseéis, Grande.

Lo siguieron a toda prisa.

El mago de la túnica negra entró directamente en el edificio más cercano, el taller de un curtidor.

—Necesito este edificio. Puedes volver dentro de una hora —le dijo al propietario.

—Como deseéis, Grande —dijo el propietario sin vacilar, y llamó a sus aprendices para que se fueran con él. En un minuto el edificio quedó vacío salvo por Pug y sus amigos.

Pug y Hochopepa se abrazaron.

—Milamber, tienes que estar loco para haber vuelto. Cuando recibí tu mensaje apenas pude creer a mis sentidos. ¿Por qué te has arriesgado a enviarlo a través de los diseños y por qué esta reunión en el corazón de la ciudad?

—Meecham, vigila la ventana —dijo Pug—. ¿Qué mejor sitio para esconderse que a plena vista, Hocho? Suelen recibir mensajes vía los diseños muy a menudo, ¿y quién pensaría en interrogarte por hablar con unos sacerdotes comunes? Estos son mis compañeros. —Hizo las presentaciones.

Hochopepa quitó los cacharros que había sobre un banco y se sentó.

—Tengo mil preguntas. ¿Cómo has logrado volver? Los magos que se han puesto al servicio del Señor de la Guerra han estado intentando volver a localizar tu mundo, porque la Luz Celestial, que los dioses lo protejan, está decidido a vengar la traición de la conferencia de paz. ¿Y cómo lograste destruir la primera fractura? ¿Y sobrevivir? —Vio que a Pug le divertía el torrente de cuestiones y se detuvo—. Pero lo más importante, ¿por qué has vuelto?

—En mi mundo se ha liberado algún poder oscuro de origen tsurani, una cosa maligna de magia negra. Busco información, porque es de Kelewan. —Hochopepa lo miró interrogante—. Están pasando muchas cosas raras en mi mundo, y esa es la respuesta más elegante, Hocho. Tengo la esperanza de descubrir alguna pista acerca de la naturaleza de este poder oscuro. Y es una entidad terrible —detalló lo que había ocurrido desde el principio, desde explicar el motivo de la traición a los atentados

contra el príncipe Arutha y su propia interpretación de la visión de Rogen.

—Eso es extraño —dijo Hochopepa—, ya que no tenemos conocimiento de ningún poder de ese tipo en Kelewan, al menos ninguno del que yo haya oído hablar. Una ventaja de nuestra organización es que dos mil años de cooperación entre los túnicas negras ha librado a este mundo de muchísimas amenazas de ese tipo. En nuestros registros se habla de señores demoníacos, reyes brujos, espíritus de poderes oscuros y cosas malignas, todos los cuales cayeron frente al poder combinado de la Asamblea.

—Pues parece que se os pasó uno —dijo Meecham desde la ventana.

Hochopepa pareció molesto de que un plebeyo se dirigiera a él en ese tono, pero luego soltó una risita.

—Quizá, o quizá haya otra explicación. No sé. Pero —le dijo a Pug— tú siempre has sido una fuerza beneficiosa para nuestra sociedad y nuestro Imperio, y no dudo que todo lo que has dicho es verdad. Yo seré tu enviado y trataré de conseguirte paso libre hasta la biblioteca, y te ayudaré con tu investigación. Pero comprende que la Asamblea está maniatada por el politiquero interno. No es seguro que podamos promover una votación para perdonarte la vida. Tendré que volver y moverme por los pasillos. Pueden pasar días antes de que pueda plantear abiertamente el asunto. Pero creo que puedo tener éxito en esto. Planteas demasiadas preguntas como para ignorarlas. Convocaré una reunión tan pronto como sea posible y volveré por ti una vez que haya presentado tu caso. Sólo un loco se negaría a escuchar tu aviso, incluso aunque lo que afecta a tu mundo no provenga de esta tierra, Como poco podrían darte un salvoconducto para usar la biblioteca y partir; a lo mejor incluso te devuelven la túnica. Pero tendrás que justificar tus acciones pasadas.

—Puedo y lo haré, Hocho.

Hochopepa dejó el banco y se puso frente a su viejo amigo.

—Quizá todavía pueda haber paz entre nuestras naciones, Milamber. Si la vieja herida se cerrara de algún modo, sería beneficioso para ambos mundos. A mí, por ejemplo, me gustaría visitar esa academia que estáis construyendo y conocer al vidente que predice el futuro y a la niña que habla con la mente.

—Tengo muchas cosas que compartir, Hocho. Hacer fracturas controlables es sólo una décima parte, pero todo eso puede esperar, vamos.

Pug empezó a acompañar a Hochopepa hacia la puerta, pero algo en la postura de Meecham le llamó la atención. Era demasiado rígida y extraña. Dominic había estado siguiendo atentamente la conversación de los magos y no se había dado cuenta de ningún cambio en el vasallo. Pug estudió a Meecham durante un segundo.

—¡Un conjuro! —gritó.

Pug avanzó hacia la ventana y tocó a Meecham. El hombre alto estaba inmobilizado. Pug pudo ver en la calle gente corriendo hacia el edificio. Antes de que

pudiera reaccionar y lanzar un hechizo de protección, la puerta explotó hacia dentro con un trueno, derribando a todos los que estaban dentro y aturdiéndolos momentáneamente.

Con la cabeza dándole vueltas, Pug intentó ponerse en pie, pero le retumbaban los oídos de la explosión y tenía la vista borrosa. Mientras se ponía en pie tambaleándose, tiraron un objeto por el hueco de la puerta. Era una pelota del tamaño del puño de un hombre. Pug volvió a intentar establecer un hechizo de protección en tomo a la habitación, pero la esfera emitió una cegadora luz anaranjada. Pug sintió que los ojos le ardían y los cerró, rompiendo la concentración necesaria para el hechizo. Volvió a empezar, pero el objeto emitió un agudo pitido, que de algún modo parecía robarle las fuerzas. Oyó algo dar contra el suelo y no pudo decir si Hochopepa o Dominic habían tratado de ponerse en pie y no lo habían logrado o si Meecham se había derrumbado. Pug se enfrentó a la magia de la esfera con todo su considerable poder, pero estaba desequilibrado y confundido. Avanzó trastabillando hacia la puerta, tratando de apartarse del objeto, ya que una vez estuviera libre de su efecto debilitador podría salvar fácilmente a sus amigos. Pero el conjuro del objeto era demasiado rápido y fuerte. Pug se derrumbó en el umbral del taller. Cayó de rodillas, parpadeando para tratar de recuperar la visión que la esfera o la explosión le habían vuelto borrosa. Pudo distinguir a unos hombres aproximándose al edificio desde el otro lado de la plaza. Llevaban la armadura de la guardia de honor del Señor de la Guerra. Mientras se sumergía en la oscuridad, Pug pudo ver que quien estaba al frente de ellos vestía una túnica negra. Pudo oír la voz del mago a través del zumbido que retumbaba en sus oídos, como si viniera de una distancia muy lejana.

—Atadlos.

Moraelin

La bruma se arremolinaba en el cañón.

Arutha ordenó un alto; Jimmy miró hacia abajo a través de la arremolinada humedad. Una catarata caía tronando junto al sendero que era su ruta hacia Moraelin. Ahora se encontraban en las Grandes Montañas del Norte propiamente dichas, en la franja entre los bosques élficos y las Tierras del Norte. Moraelin estaba a mayor altura en las montañas, en un lugar rocoso y desolado justo por debajo de la cresta. Estaban esperando mientras Martin exploraba el paso que tenían frente a ellos. Desde que habían dejado a sus guías elfos se habían convertido en una misión militar en tierra ocupada por el enemigo. Podían confiar en que el talismán de Arutha los ocultara de la magia clarividente de Murmandamus, pero que éste sabía que ellos se dirigían hacia Moraelin estaba más allá de toda duda. La cuestión no era si se encontrarían a sus esbirros, sino cuándo.

Martin volvió, haciendo gestos de que el camino ante ellos estaba libre, y luego levantó la mano para que siguieran parados. Pasó como una exhalación junto a los demás, retrocediendo por el sendero. Al pasar junto a Baru y Roald les hizo una señal para que lo siguieran. Ambos saltaron de sus monturas, y Laurie y Jimmy cogieron las riendas. Arutha miró hacia atrás, preguntándose qué habría visto Martin, mientras Jimmy mantenía la vista al frente.

Martin y los demás volvieron, con otra figura caminando relajadamente junto a ellos. Arutha se tranquilizó al ver que era el elfo Galain.

La naturaleza opresiva de su viaje era tal que cuando hablaron lo hicieron en susurros, para que no los traicionara el eco de las montañas. Arutha saludó al elfo.

—Pensábamos que no vendrías.

—El jefe guerrero me mandó tras vosotros con información apenas unas horas después de que partierais. Tras encontrarlo, el gwali Apalla dijo dos cosas de importancia. Primero, que hay una bestia de naturaleza feroz habitando la zona próxima al lago, aunque la descripción del gwali no lo deja muy claro. Tomas os suplica que tengáis cuidado. Segundo, que hay otra entrada a Moraelin. Creyó que

tenía la importancia suficiente para enviarme tras vosotros. —Galain sonrió—. Además, pensé que podría ser útil ver si os estaban siguiendo.

—¿Y nos estaban siguiendo?

Galain asintió.

—Dos exploradores moredhel se habían cruzado con vuestro rastro a menos de una milla al norte de nuestros bosques. Estaban marcando vuestra ruta, y seguramente uno se habría adelantado para avisar en cuanto os hubierais acercado a Moraelin. Debería haberme unido antes a vosotros, pero tenía que asegurarme de que ninguno pudiera escapar para dar la alarma. Ahora no hay peligro. No hay señales de que haya más.

Martin asintió, sabiendo que el elfo los habría matado rápidamente y sin posibilidad de que dieran la alarma.

—¿Vas a volver? —preguntó Martin.

—Tomas lo dejó a mi elección. Tampoco serviría de mucho que me volviera en este punto. Podría viajar con vosotros. No puedo cruzar las Huellas del Desesperado, pero hasta que llegemos a ese umbral, otro arco podría resultaros útil.

—Bienvenido —dijo Arutha.

Martin montó y, sin palabras, Galain corrió adelantándose para explorar el camino. Ascendieron rápidamente, helados por las cataratas a pesar de la calidez de principios del verano. En esas alturas el granizo y las nieves ocasionales no eran raras, excepto en los meses más calurosos del verano, para los que todavía faltaban unas semanas. Las noches habían sido húmedas, aunque no tan duras como habían temido, ya que acampaban sin hacer fuego. Los elfos les habían dado raciones de viaje: carne seca y galletas duras hechas de harina de nueces y frutas pasas; alimento nutritivo pero poco apetitoso.

El sendero subía por la cara de los acantilados hasta desembocar en un altiplano boscoso que dominaba el valle. Un lago de plata centelleante lamía dulcemente sus orillas a la luz del atardecer, y los únicos sonidos eran el canto de los pájaros y el viento meciendo las hojas de los árboles. Jimmy miró a su alrededor.

—¿Cómo puede... cómo puede hacer tan buen día cuando avanzamos hacia el peligro?

—Hay una cosa acerca de esto de ser soldado —dijo Roald—, si vas a arriesgarte a morir no tiene sentido que lo hagas mojado, aterido y hambriento a menos que sea absolutamente necesario. Disfruta del sol, chaval, es un regalo.

Abrevaron los caballos, y tras un bienvenido descanso continuaron avanzando. El sendero que Galin les había dicho al norte del lago era fácil de encontrar, pero empinado y difícil de transitar.

A medida que se acercaba la puesta de sol, Galain volvió con noticias de una cueva prometedora en la que podrían hacer un pequeño fuego con seguridad.

—Hace un par de recodos y el aire se mueve hacia arriba, filtrándose por unas grietas que se llevarán el humo. Martin, si nos vamos ahora puede que tengamos tiempo de cazar algo cerca de la orilla del lago.

—No tardéis mucho cazando —dijo Arutha—. Indicad que os acercáis con ese graznido de cuervo que sabes hacer tan bien, o seréis recibidos a punta de espada.

Martin asintió y le entregó las riendas del caballo a Jimmy.

—Un par de horas después de la puesta de sol a lo más tardar —dijo, y Galain y él descendieron por el sendero en dirección al lago.

Roald y Baru se pusieron al frente de la marcha, y tras cinco minutos de cabalgada encontraron la cueva que había mencionado Galain. Tenía el suelo plano, era amplia y estaba libre de otros ocupantes. Jimmy la exploró y descubrió que se estrechaba pasadas unas decenas de metros, así que cualquier visitante inesperado tendría que entrar por la boca. Laurie y Baru reunieron madera e hicieron el primer fuego en días, aunque fuera pequeño. Jimmy y Arutha se sentaron con los demás, esperando a Martin y Galain.

Martin y Galain estaban emboscados. Se habían fabricado una cubierta de aspecto natural usando arbustos recogidos de otras partes del bosque. Estaban seguros de poder observar a cualquier animal que se acercara a la orilla del lago sin ser vistos. Llevaban media hora tumbados cerca del lago a favor del viento, en silencio, cuando el sonido de cascos de caballos sobre las rocas resonó sendero abajo.

Ambos prepararon los arcos, pero por lo demás se mantuvieron en silencio. Desde el sendero que subía por el acantilado salieron al altiplano una docena de jinetes vestidos de negro. Todos llevaban los extraños cascos con forma de dragón vistos en Sarth, y movían la cabeza constantemente, como si buscaran algo, o a alguien. Tras ellos iba Murad, cuya mejilla aún mostraba el corte adicional que Arutha le había hecho en la carretera de Sarth.

Los matadores negros detuvieron sus monturas y las abrevaron, sin bajar de la silla. Murad parecía relajado pero alerta. Dejaron que los caballos bebieran durante diez minutos, en silencio.

Cuando acabaron de abrevar los caballos partieron, subiendo por el sendero tras el grupo de Arutha.

—Deben haber cruzado entre Yabon y Montaña de Piedra para haber evitado vuestros bosques —dijo Martin cuando se hubieron perdido de vista—. Tathar tenía razón en que vendrían a Moraelin a esperarnos.

—En esta vida hay pocas cosas que consigan alterarme, Martin, —dijo Galain— pero esos matadores negros son una de ellas.

—¿Acabas de llegar a esa conclusión?

—Los humanos exageráis de vez en cuando. —Galain miró en la dirección en la

que habían partido los jinetes.

—Pronto alcanzarán a Arutha y los demás —dijo Martin—. Si este Murad sabe rastrear, encontrarán la cueva.

Galain se levantó.

—Esperemos que el hadati sepa ocultar rastros. Si no, por lo menos nosotros dos atacaremos por la retaguardia.

Martin sonrió lúgubrementemente.

—Seguro que eso les servirá de consuelo a los que están en la cueva. Trece contra cinco, y sólo un punto de entrada y salida.

Sin más comentarios, se echaron los arcos al hombro y empezaron a subir el sendero a grandes zancadas tras los moredhel.

—Vienen jinetes —dijo Baru.

Al instante Jimmy cubrió la fogata con tierra, que habían acarreado por si era necesario. De ese modo el fuego se apagaba rápidamente y sin hacer humo. Luego Laurie tocó a Jimmy en el brazo y le indicó con un gesto que se fuera al fondo de la cueva para ayudar a mantener en silencio a los caballos. Roald, Baru y Arutha se adelantaron hasta un punto donde tenían la esperanza de poder divisar la boca de la cueva sin ser vistos.

Tras el brillo del fuego el anochecer parecía oscuro como boca de lobo, pero sus ojos se adaptaron enseguida a la penumbra y pudieron ver a los jinetes pasar junto la cueva. El que iba más atrás se detuvo un momento antes de que los demás respondieran alguna orden silenciosa y se detuvieran a su vez. Miró a su alrededor, como si sintiera algo cerca. Arutha pasó la mano por el talismán, con la esperanza de que el moredhel estuviera sencillamente siendo cauto y no hubiera detectado su presencia.

Las nubes despejaron la luna pequeña, la única que había salido todavía, y la vista frente a la cueva quedó algo más iluminada. Baru se puso rígido al ver a Murad, ya que el montañés pudo distinguir claramente al moredhel. Había empezado a desenvainar la espada cuando la mano de Arutha lo agarró por la muñeca.

—¡Aún no! —siseó el príncipe en la oreja del montañés.

El cuerpo de Baru tembló mientras forcejeaba con el deseo de vengar la muerte de su familia y completar su misión de sangre. Ardía en deseos de atacar al moredhel sin preocuparse por su propia seguridad, pero tenía que pensar en sus compañeros.

En ese momento Roald agarró al montañés por la nuca y pegó su mejilla con la de Baru, para poder hablarle al oído casi sin ruido.

—Si los doce de negro te liquidan antes de alcanzar a Murad, ¿cómo honrarás la memoria de tu aldea?

La espada de Baru resbaló sin ruido al interior de su vaina.

Observaron en silencio como Murad inspeccionaba el contorno. Posó los ojos en la boca de la cueva. Miró la entrada, y por un momento Arutha pudo sentir los ojos del moredhel de la cara cortada sobre él. Luego los moredhel se pusieron en movimiento... y partieron.

Arutha se arrastró hasta asomarse fuera de la cueva, buscando señales de que los jinetes volvieran. De repente, una voz sonó tras él.

—Pensé que quizá un oso pardo os habría echado a todos de aquí.

Arutha se volvió, con el corazón desbocado y sacando la espada de la vaina, para encontrarse a Martin y Galain a su espalda. Envainó la espada.

—Os podría haber ensartado.

Los demás salieron de la cueva.

—Deberían haber investigado —dijo Galain—, pero parecían tener prisa por llegar a algún sitio. Creo que nos vendría bien seguirlos. Los mantendré bajo vigilancia y marcaré su ruta.

—¿Y qué pasará si viene otra partida de hermanos oscuros? —dijo Arutha—. ¿No encontrarán tus marcas?

—Sólo Martin reconocerá mis marcas. Ningún moredhel de las montañas puede rastrear como un elfo.

Se echó el arco al hombro y partió a la carrera tras los jinetes.

—¿Y que pasará si son moredhel de los bosques? —dijo Laurie mientras Galain desaparecía entre las tinieblas.

—Que tendré tanto de qué preocuparme como vosotros —respondió la voz de Galain desde la oscuridad.

—Me gustaría que estuviera bromeando —dijo Martin cuando Galain estuvo fuera del alcance de su voz.

Galain venía corriendo sendero abajo, señalándoles unos árboles que había a la izquierda del camino. El grupo corrió hacia la arboleda y desmontó. Trataron de ocultar a sus monturas, adentrándose tanto en la arboleda como les fue posible.

—Viene una patrulla —susurró Galain. Martin, Arutha y él se apresuraron a volver al linde de los árboles desde donde podían espiar a cualquiera que pasara por el camino. Pasaron unos pocos minutos con lentitud agónica; luego una docena de jinetes bajó por el sendero de montaña, una banda mixta de moredhel y hombres. Los moredhel llevaban capas y claramente eran habitantes de los bosques del sur. Pasaron junto a ellos sin detenerse, y Martin habló en cuanto se hubieron perdido de vista.

—Ahora los renegados acuden bajo el estandarte de Murmandamus. —Casi escupió mientras lo decía—. Hay pocos a los que me alegraría matar, pero los humanos que sirven a los moredhel por dinero están entre ellos.

—Hay un campamento a kilómetro y medio de aquí por el camino —le dijo

Galain a Arutha mientras volvían con los demás—. Han sido listos, ya que es difícil de rodear y tendríamos que dejar los caballos aquí. Es eso o atravesar el campamento a caballo.

—¿A qué distancia queda el lago? —dijo el príncipe.

—Sólo a unos pocos kilómetros, pero pasando el campamento apenas hay árboles y hay poca cobertura, excepto algunas rocas. Será un trayecto lento, y lo haríamos mejor de noche. Es seguro que en el contorno habrá exploradores y muchos guardias en el camino que lleva hasta el puente.

—¿Y qué pasa con la segunda entrada que mencionó el gwali?

—Si lo entendimos bien, descendiendo al fondo de las Huellas del Desesperado, encontraréis una cueva o una fisura que conduce a través de la roca hasta la superficie de la meseta donde está el lago.

Arutha reflexionó.

—Dejemos aquí las monturas...

—Igual podríamos amarrar los caballos a los árboles —dijo Laurie con una débil sonrisa—. Si morimos no nos van a hacer falta.

—Mi antiguo capitán solía tener poca paciencia con los hombres que hablaban de la muerte antes de una batalla —dijo Roald.

—¡Ya basta! —dijo Arutha. Se apartó un paso y se volvió—. Le he dado muchas vueltas a esto. Yo he llegado hasta aquí y seguiré, pero... vosotros podéis ir si queréis, y no os pondré pegas. —Miró a Laurie y Jimmy, y luego a Baru y Roald. Le respondió el silencio.

Arutha los fue mirando a la cara, y luego asintió bruscamente.

—Muy bien, atad los caballos y aligerad la carga de las mochilas. Andaremos.

El moredhel vigilaba el sendero desde arriba, bien iluminado por las lunas grande y mediana mientras salía la pequeña. Estaba apostado en un saliente rocoso de forma que quienes vinieran por el sendero no pudieran verlo.

Martin y Galain apuntaron a la espalda del moredhel mientras Jimmy se escurría entre las rocas. Iban a intentar superarlo sin que los viera, pero si el moredhel se movía en la dirección equivocada, Martin y Galain tenían la intención de verlo muerto antes de que pudiera hablar. Jimmy había ido el primero, ya que pensaban que sería el más silencioso. Luego fue Baru, y el montañés atravesó las rocas con la experimentada facilidad de uno nacido en las montañas. Laurie y Roald se movieron muy lentamente, y Martin se preguntó si podría mantener el arco apuntado durante la semana que les iba a costar cruzar aquello. Por fin pasó Arutha, y la suave brisa nocturna hizo el suficiente ruido para ocultar el débil roce de una bota contra la piedra mientras el príncipe se cubría en la poco profunda depresión. Avanzó como pudo hasta que se reunió con los demás, fuera de la vista del centinela. En unos

segundos lo siguieron Martin y luego Galain, y el elfo volvió a ponerse al frente.

Baru indicó por signos que él iría detrás, y Arutha asintió. En un momento Laurie y Roald lo siguieron. Justo antes de emprender la marcha, Jimmy acercó la cara a las de Martin y Arutha y les susurró.

—Cuando volvamos, la primera cosa que voy a hacer es chillar hasta que me reviente la garganta.

Con una juguetona palmada, Martin lo puso en camino. Arutha miró a Martin y movió los labios para formar en silencio las palabras «Voy yo». El príncipe partió por la hondonada. Martin miró hacia atrás por última vez, y lo siguió.

Estaban agazapados en silencio en una zanja junto al camino, ocultos por un resalte de la roca de los jinetes *moredhel* que pasaban. Permanecieron inmóviles, resistiéndose incluso a respirar, mientras los jinetes hacían una pausa en su lenta marcha. Durante un largo y agónico momento, Arutha y su grupo temieron que los descubrieran. Justo en el momento en que sus nervios gritaban pidiéndoles que hicieran algo, y cada músculo les pedía que se movieran, los jinetes continuaron con su patrulla. Arutha se asomó con un suspiro de alivio cercano a un sollozo y comprobó que el camino estaba vacío. Con una inclinación de cabeza a Galain, ordenó reemprender el viaje. El elfo partió por el desfiladero, y los demás se pusieron en pie lentamente y lo siguieron.

El viento nocturno azotaba toda la vertiente de las montañas. Arutha se recostó contra las rocas, mirando hacia donde le señalaba Martin. Galain estaba apretado contra la pared opuesta de la grieta en la que estaban agazapados. Habían remontado una cresta que había al este del sendero, algo que aparentemente los desviaba del camino, pero que era un desvío necesario para evitar la cada vez mayor presencia de *moredhel*. Ahora estaban mirando un ancho cañón en medio del cual se alzaba una pequeña meseta. En el centro de dicha meseta podía verse un pequeño lago. A su izquierda podían ver claramente, bajo la luz de las tres lunas, como el sendero recorría el borde del cañón y luego desaparecía sobre la cresta de las montañas más arriba.

En el punto en que el sendero se acercaba más al borde del cañón se habían erigido dos torres de piedra. Otro par estaba justo frente a ellas en la meseta. Entre ellas se balanceaba al viento un estrecho puente colgante. En la cima de las cuatro torres ardían antorchas, y sus llamas bailaban alocadamente al viento. La actividad a lo largo del puente y sobre las torres les indicó que toda la zona circundante de la meseta estaba fuertemente vigilada. Arutha se apoyó contra las rocas.

—Moraelin.

—Pues sí —dijo Galain—. Y parece que temían que trajerais un ejército con vosotros.

—Se nos pasó por la cabeza —dijo Martin.

—Tenías razón al comparar esto con la carretera de Sarth —dijo Arutha—. Esto hubiera sido casi igual de malo. Hubiéramos perdido un millar de hombres para llegar a este punto, y eso en el caso de que hubiéramos podido llegar. Cruzar el puente, en fila de a uno... Habría sido una masacre.

—¿Alguno puede ver esa silueta negra que hay al otro lado del lago? —dijo Martin.

—Un edificio de algún tipo —dijo Galain, que parecía asombrado—. Es raro ver un edificio, ese edificio, cualquier edificio, aunque los valheru lo podían casi todo. Esto es un sitio de poder. Eso debe ser un edificio valheru, aunque nunca antes había oído hablar de uno.

—¿Dónde encontraré el espino de plata? —preguntó Arutha.

—La mayoría de las historias coinciden en que necesita agua —dijo Galain—, así que crece cerca de la orilla del lago. No hay nada más concreto.

—Ahora toca conseguir entrar —dijo Martin.

Galain les indicó con un gesto que se apartaran del extremo de la grieta, y volvieron más atrás, donde se encontraba el resto del grupo. El elfo se arrodilló e hizo unos dibujos en la tierra.

—Nosotros estamos aquí, y el puente está aquí. En algún punto de la parte baja del cañón hay una cueva pequeña o una fisura grande, lo bastante grande para que un gwali la atravesase corriendo, así que supongo que será lo bastante grande para que vosotros reptéis por ella. Puede que sea una sima por la que podáis trepar, o una serie de cuevas interconectadas. Pero Apalla puso mucho énfasis en que él y su gente habían pasado algún tiempo en esa meseta. No se quedaron mucho debido a la «cosa mala», pero recordaba lo suficiente para convencer a Tomas y Calin de que no se había confundido sobre lo de haber estado aquí. He visto una pared practicable al otro lado del cañón, así que nos alejaremos del puente contorneando hasta tener ese edificio negro entre los guardias y nosotros. Por allí podréis empezar el descenso. Aunque sólo podáis recorrer un trecho corto hacia abajo, podréis descolgaros hasta el fondo del cañón con cuerdas. Luego yo las subiré y las esconderé.

—Eso nos vendrá realmente bien cuando queramos volver a subir —dijo Jimmy.

—Mañana a la puesta de sol volveré a descolgar las cuerdas y las dejaré hasta justo antes del amanecer —dijo Galain—. En ese momento las volveré a subir, las volveré a bajar la noche siguiente. Creo que puedo ocultarme en una grieta que hay. Quizá tenga que escabullirme por los arbustos, pero me mantendré fuera de la vista de cualquier moredhel que busque por allí. —No parecía muy convencido—. Si necesitáis las cuerdas antes, simplemente gritad —dijo con una sonrisa.

Martin miró a Arutha.

—Mientras no sepan que estamos aquí, tendremos una oportunidad. Siguen mirando al sur, creyendo que estamos en algún punto entre Elvandar y aquí. Mientras

no nos delatemos...

—No se me ocurre ningún plan mejor —dijo Arutha—. Vamos.

Avanzaron rápidamente entre las rocas hacia el otro lado del cañón, ya que necesitaban estar en el fondo del mismo antes de que saliera el sol.

Jimmy estaba pegado a la pared de la meseta, oculto en las sombras bajo el puente. El borde del cañón estaba a unos cincuenta metros por encima de ellos, pero seguían existiendo posibilidades de que los vieran. Apareció una estrecha grieta negra en la ladera de la meseta. Jimmy volvió la cabeza hacia Laurie.

—Por supuesto. Tenía que estar justo debajo del puente —le susurró.

—Esperemos que no se molestan en mirar hacia abajo.

Se corrió la voz, y Jimmy entró en la fisura. El paso era bastante estrecho durante unos tres metros, pero luego se abría a una cueva.

—Pasad una antorcha y yesca —dijo volviéndose hacia los demás.

Mientras las cogía, oyó un movimiento tras él. Siseó un aviso y giró sobre sus talones desenvainando el puñal casi al vuelo. La tenue luz que venía por detrás era más obstáculo que ayuda, ya que hacía que la mayor parte de la cueva apareciera negra como una boca de lobo ante sus ojos. Jimmy cerró los ojos y se concentró en sus demás sentidos. Empezó a recular hacia la grieta, rezándole en silencio al dios de los ladrones.

Desde adelante le llegaba un sonido, como unas garras arañando la roca. Entonces recordó la «cosa mala» que los gwali habían dicho que había devorado a uno de su tribu.

De nuevo llegó el sonido, esta vez mucho más cercano, y Jimmy deseó fervientemente tener una luz. Se movió hacia la derecha mientras oía a Laurie susurrar su nombre en tono interrogativo.

—Aquí dentro hay alguna clase de animal —siseó el muchacho.

Jimmy pudo oír a Laurie diciéndole algo a los demás, y el ruido del trovador apartándose de la boca de la cueva. Oyó débilmente a alguien, quizá Ronald, diciéndole que Martin iba para allá.

Aferrándose a su cuchillo con feroz intensidad, Jimmy pensó que sí, que si había que enfrentarse a un animal él también enviaría a Martin. Esperó que el imponente duque de Crydee saltara a su lado en cualquier momento, y se preguntó por qué tardaba tanto.

Entonces hubo un repentino movimiento hacia el muchacho y éste saltó hacia atrás y hacia arriba, instintivamente, casi subiéndose a una pared de roca. Algo le golpeó la pantorrilla y pudo oír el sonido de unas fauces al cerrarse. Jimmy dio una vuelta en el aire y, usando sus habilidades innatas, rodó al caer, dando contra algo que no era roca. Sin vacilar, Jimmy clavó el puñal y sintió que la punta se hundía en algo.

Siguió rodando por el lomo de la criatura mientras un siseo y un gruñido reptilianos llenaban la cueva. El chico giró al ponerse en pie y desclavó el puñal. La criatura se giró con rapidez, moviéndose casi tan rápido como Jimmy, que se apartó de ella saltando a ciegas y se golpeó la cabeza contra un saliente bajo de la roca.

Jimmy chocó con fuerza contra la pared, aturdido, al mismo tiempo que la criatura se lanzaba de nuevo y fallaba por muy poco.

Jimmy, semiinconsciente, alargó la mano izquierda y rodeó el cuello de la criatura con el brazo. Como en el viejo cuento del hombre subido al tigre, Jimmy no podía soltar a su presa, ya que la criatura no podría alcanzarlo mientras siguiera aferrado a su lomo. Jimmy aguantó, dejando que el animal lo arrastrara por la cueva mientras él apuñalaba repetidamente aquella piel escamosa. Por la precariedad de su apoyo, los golpes carecían de fuerza y eran ineficaces. La criatura se sacudía, y Jimmy fue golpeado contra las paredes de roca y arañado mientras lo arrastraba por la cueva. El muchacho sintió el pánico crecer en su interior, ya que el animal parecía cada vez más furioso, y sentía el brazo como si se lo fueran a arrancar del hombro. Lágrimas de miedo corrían por las mejillas del muchacho, que golpeaba a la criatura aterrorizado.

—¡Martin! —gritó entrecortadamente.

¿Dónde estaría? Jimmy tuvo la repentina certeza de que por fin se le había acabado su tan cacareada suerte. Se sintió indefenso por primera vez desde que podía recordar, ya que no había nada que pudiera hacer para salir de aquella situación. Se sentía embotado y tenía el estómago revuelto, y temía por su vida con una terrible certeza. Aquello no era la excitante emoción del peligro durante una persecución por la Calzada de los Ladrones, sino una horrible y opresiva somnolencia, como si quisiera enroscarse en un ovillo y acabar con todo.

En un momento dado la criatura saltó golpeando a Jimmy contra la pared, y de repente se detuvo. Jimmy siguió apuñalándola durante unos instantes, hasta que una voz lo interrumpió.

—Ha muerto.

El todavía aturdido ladrón abrió los ojos y vio a Martin de pie junto a él. Baru y Roald estaban detrás, y el mercenario llevaba una antorcha encendida.

Junto al chico había una criatura parecida a un lagarto, de casi dos metros y medio de largo, con todo el aspecto de una iguana con las fauces de un cocodrilo. Tenía el cuchillo de monte de Martin clavado en la base del cráneo. Martin se arrodilló junto a Jimmy.

—¿Estás bien?

Jimmy se apartó a gatas de la cosa, todavía mostrando señales de pánico. Cuando el hecho de que estaba básicamente ileso penetró sus sentidos nublados por el terror, negó con la cabeza vigorosamente.

—No, no estoy nada bien. —Se limpió las lágrimas del rostro—. No, maldita sea,

no lo estoy. —Las lágrimas volvieron a brotar—. Maldita sea. Pensé que...

Arutha fue el último en entrar por la fisura y comprobó el estado del muchacho. Se acercó a Jimmy, que estaba apoyado en la pared de roca, llorando.

—Se acabó. Estás bien —dijo, apoyando la mano en el hombro del muchacho.

Jimmy habló con una mezcla de cólera y miedo.

—Pensé que me tenía. Maldita sea, nunca en mi vida había pasado tanto miedo.

—Si alguna vez tenías que tener miedo de algo —dijo Martin—, este monstruito es una buena elección. Mira esas mandíbulas.

Jimmy se estremeció.

—Todos nos asustamos, Jimmy —dijo Arutha—. Finalmente has encontrado algo a lo que temer de verdad.

Jimmy asintió.

—Espero que no tenga un hermano mayor por aquí —dijo.

—¿Has sufrido alguna herida? —dijo Arutha.

Jimmy se examinó rápidamente.

—Sólo moratones. —Hizo una mueca de dolor—. Un montón de moratones.

—Una serpiente de las rocas —dijo Baru—. Y grandecita. Habéis estado bien matándola con el cuchillo, Lord Martin.

A la luz la criatura imponía respeto, pero no se acercaba al horror que Jimmy había imaginado en la oscuridad.

—¿Eso es la «cosa mala»?

—Lo más probable —dijo Martin—. Con lo terrible que te pareció a ti, imagina el aspecto que debía tener para un gwali que no llega al metro de estatura. —Sostuvo en alto la antorcha mientras entraba Laurie—. Veamos que aspecto tiene este lugar.

Estaban en una cámara estrecha pero de techo alto, principalmente de caliza, a juzgar por el aspecto. El suelo ascendía ligeramente a medida que se alejaba de la fisura que conducía al exterior.

Jimmy tenía un aspecto vapuleado, pero cogió la antorcha de Martin y se puso al frente.

—Yo sigo siendo el experto en trepar para colarme en sitios donde no soy bienvenido.

Avanzaron rápidamente por una serie de cámaras, cada una de las cuales era un poco más grande y estaba en una posición más elevada que la anterior. Las cuevas interconectadas tenían una apariencia rara, y provocaban una sensación extraña, inquietante. La meseta era lo bastante grande para que ara rizaran sin tener demasiada sensación de estar subiendo.

—Nos movemos en espiral —dijo Jimmy—. Juraría que ahora estamos sobre el sitio donde Martin mató a la serpiente de las rocas.

Siguieron avanzando hasta que llegaron a lo que parecía ser un callejón sin salida.

Jimmy miró a su alrededor y señaló hacia arriba. A un metro sobre sus cabezas había una apertura en el techo.

—Una chimenea —dijo Jimmy—. Para subirla hay que apoyar la espalda en un lado y los pies en el otro.

—¿Y si se ensancha demasiado? —preguntó Laurie.

—Entonces lo normal es bajar. La velocidad del descenso queda a elección de cada uno. Yo sugiero que se haga con lentitud.

—Si los gwali pueden subir por ahí, nosotros deberíamos poder también.

—Suplicando las disculpas de Vuestra Gracia —dijo Roald—. ¿Creéis que también podéis balancearos por los árboles como ellos?

—¿Jimmy? —dijo Martin ignorando el comentario.

—Sí, yo iré primero. No voy a acabar mis días porque alguien se resbale y me caiga encima. Apartaos de la abertura hasta que yo lo diga.

Jimmy entró fácilmente en la chimenea con ayuda de Martin. Cabía bien, con el espacio justo para subir con facilidad. Los demás, especialmente Martin y Baru lo iban a encontrar un tanto apretado, pero pasarían. Jimmy subió rápidamente hasta el final, a unos diez metros de la cámara de abajo, y se encontró en otra cueva. Sin luz no podía distinguir sus dimensiones, pero el débil eco de su respiración le indicó que era de buen tamaño. Bajó un poco por la chimenea, lo justo para que le escucharan al gritar que subiera el siguiente, y luego trepó hasta salir.

Para cuando salió la primera cabeza, la de Roald, Jimmy ya había encendido una antorcha. Todos treparon rápidamente por la chimenea. La cueva era grande, fácilmente de unos sesenta o setenta metros de largo. Tendría unos ocho metros de alto. Del suelo brotaban estalagmitas, algunas de las cuales se unían con las estalactitas del techo para formar pilares de caliza. La cueva era un bosque de piedra. En la distancia podían verse varias cuevas y pasadizos más.

Martin miró a su alrededor.

—¿Cuánto crees que hemos subido, Jimmy?

—Poco más de veinte metros. No hemos llegado ni a la mitad.

—¿Y ahora por dónde? —dijo Arutha.

—Pues habrá que probar de una en una.

Eligió una de las salidas y fue hacia ella.

Tras horas de búsqueda, Jimmy se volvió hacia Laurie.

—La superficie —dijo.

Se corrió la voz, y Arutha pasó apretándose junto al trovador para mirar. Sobre la cabeza del muchacho había un estrecho pasadizo, poco más que una grieta. Arutha podía ver la luz al otro lado, casi cegadora tras la escasa iluminación de los pasadizos. Con una inclinación de cabeza, Jimmy trepó hasta bloquear el resplandor.

—Sale a un pequeño promontorio rocoso —dijo al volver—. Estamos a unos

treinta metros del edificio negro por el lado del puente. Es grande, dos pisos.

—¿Guardias?

—Ninguno que yo haya visto.

Arutha reflexionó.

—Esperaremos hasta que oscurezca —dijo—. Jimmy, ¿puedes quedarte cerca de la superficie a escuchar?

—Hay una comisa —dijo el muchacho, y volvió a subir.

Arutha se sentó y los demás hicieron lo mismo, esperando que llegara la oscuridad.

Jimmy tensaba y relajaba los músculos para evitar calambres. La parte alta de la meseta estaba sumida en un silencio sepulcral, excepto por el ocasional ruido arrastrado por el viento. Principalmente oía alguna palabra suelta o el sonido de pasos provenientes de la dirección del puente. En una ocasión pensó haber oído un sonido bajo proveniente del edificio, pero no pudo estar seguro. El sol se había sumergido tras el horizonte, aunque el cielo seguía brillando. Con toda seguridad habían pasado dos horas desde la hora de la cena, pero a esta altura en las montañas, tan cerca del medioverano y tan al norte, el sol se ponía mucho después que en Kronador. Jimmy recordó que ya antes había tomado parte en trabajos donde había tenido que saltarse una comida, pero eso no impedía que su estómago reclamara atención.

Por fin estuvo lo bastante oscuro. Jimmy, por una vez, se alegró, y al parecer los demás compartieron ese sentimiento. En aquel lugar había algo que los había puesto al borde del nerviosismo. Incluso había podido oírse varias veces a Martin murmurando maldiciones ante la necesidad de esperar. No, en este sitio había algo anormal, y era un efecto sutil que estaban experimentando. Jimmy sabía que no volvería a sentirse seguro hasta que este sitio estuviera a kilómetros tras él y sólo fuera un vago recuerdo.

Jimmy trepó y vigiló mientras Martin salía el siguiente, seguido por los demás. Se dividieron en tres grupos como habían acordado: Baru con Laurie, Roald con Martin y Jimmy con el príncipe. Iban a explorar las orillas del lago en busca de la planta, y tan pronto como uno la encontrara volvería a la grieta en las rocas y esperaría abajo a sus compañeros.

Arutha y Jimmy tenían asignada la zona del gran edificio negro, y habían acordado empezar la búsqueda detrás del mismo. Parecía buena idea comprobar si había guardias antes de rastrear la zona próxima al antiguo edificio valheru. Era imposible saber la actitud de los moredhel hacia el mismo. Puede que sintieran un terror reverencial parecido al de los elfos y se negaran a entrar, manteniéndose a distancia hasta cierta ceremonia, como si fuera un templo, o puede que estuvieran dentro del edificio en gran número.

Escabulléndose en la oscuridad, Jimmy alcanzó el borde del edificio y se pegó a él. Los sillares estaban inusualmente lisos. Jimmy pasó la mano sobre ellos y descubrió que tenían una textura parecida al mármol. Arutha esperó con las armas dispuestas mientras Jimmy rodeaba rápidamente el edificio.

—Nadie a la vista —susurró—, excepto en las torres del puente.

—¿Dentro? —siseó Arutha.

—No lo sé —dijo Jimmy—. Es un sitio grande, pero sólo tiene una puerta. ¿Miramos? —Tenía la esperanza de que el príncipe le dijera que no.

—Sí.

Jimmy condujo a Arutha pegado a la pared, y doblaron la esquina, llegando hasta la solitaria puerta del enorme edificio. Sobre ella había una ventana semicircular por la que salía una tenue luz. Jimmy le hizo una señal a Arutha para que lo ayudara a subir, y el joven ladrón se encaramó a la comisa que había sobre la puerta. Se agarró a ella y se aupó con los brazos para mirar por la ventana.

Jimmy miró. Bajo él, tras la puerta, había una antecámara de algún tipo, con el suelo de losas de piedra. Al fondo, unas puertas dobles se abrían a la oscuridad. Jimmy notó algo raro en la pared bajo la ventana. La piedra era sólo un revestimiento exterior.

El ladrón bajó de un salto.

—Desde la ventana no se ve nada.

—¿Nada?

—Hay una entrada hacia un sitio oscuro, eso es todo. No hay ningún indicio de guardias.

—Empecemos a mirar por la orilla del lago, pero sin quitarle el ojo de encima a este edificio.

Jimmy estuvo de acuerdo y se dirigieron hacia el lago. El edificio estaba haciendo sonar todas sus alarmas de que algo era raro, pero dejó de lado las distracciones y se concentró en la búsqueda.

Pasaron horas rebuscando en la orilla. Había pocas plantas, ya que la meseta casi estaba desprovista de flora. Ocasionalmente se escuchaba un débil roce en la distancia, que Arutha suponía que vendría de una de las otras parejas que estaban buscando.

Cuando el cielo se puso gris, Jimmy alertó a Arutha de que se aproximaba el amanecer. Resistiéndose a abandonar, el príncipe acompañó al muchacho de vuelta a la grieta. Laurie y Baru ya estaban allí y Martin y Roald se les unieron unos minutos más tarde. Todos informaron no haber visto el espino de plata.

Arutha se mantuvo en silencio, dándose la vuelta lentamente hasta darles la espalda a los demás. Entonces apretó los puños, con gesto de haber recibido un fuerte golpe. Todas las miradas estaban sobre él, y la suya estaba perdida en la oscuridad de

la cueva. Su silueta se recortaba contra la débil luz que caía desde arriba, y todos pudieron ver las lágrimas en sus mejillas. Súbitamente giró sobre sus talones y miró a sus compañeros.

—Tiene que estar aquí —dijo en un ronco susurro.

Miró a todos a la cara de uno en uno, y pudieron ver algo en sus ojos: un profundo sentimiento, una sensación de pérdida abrumadora que hizo que todos compartieran su miedo. Todos ellos vieron sufrimiento y algo que se moría. Si no había espino de plata, Anita estaba perdida.

Martin compartía el dolor de su hermano, y más, ya que en ese preciso instante veía a su padre, en aquellos momentos de tranquilidad antes de que Arutha tuviera edad suficiente para saber cuánto echaba de menos Borric a su dama Catherine. El cazador enseñado por los elfos sintió que se le hacía un nudo en la garganta al pensar en su hermano volviendo a vivir aquellas noches solitarias frente a la chimenea, junto a un sillón vacío, pudiendo mirar sólo un retrato sobre el fuego. De los tres hermanos, sólo Martin había sido testigo de la profunda amargura que había embargado cada momento de la vida de su padre. Si Anita moría, el corazón y la alegría de Arutha morirían con ella.

—Está aquí, en alguna parte —susurró Martin, resistiéndose a perder la esperanza.

—Sólo hay un sitio en el que no hayamos mirado —añadió Jimmy.

—Dentro de ese edificio —dijo Arutha.

—Entonces sólo nos queda una cosa por hacer —dijo Martin.

Jimmy odió oírse decir lo que dijo.

—Uno de nosotros tendrá que entrar a echar un vistazo.

Señor de la Guerra

La celda apestaba a paja húmeda.

Pug empezó a moverse y descubrió que tenía las manos atadas a la pared con cadenas de cuero de needra. La piel de la estólida bestia de carga tsurani de seis patas había sido tratada hasta conseguir una dureza similar a la del acero y estaba firmemente anclada a la pared. A Pug le dolía la cabeza tras el encuentro con el extraño ingenio neutralizador de magia. Pero había otra irritación. Se sacudió el aturdimiento y miró los grilletes. Cuando empezó a pronunciar un conjuro que transmutaría las cadenas en gases insustanciales, ocurrió un repentino error. No podía ponerle otro nombre que no fuera *error*. Su conjuro no iba a funcionar. Pug se sentó recostándose contra el muro, seguro de que la celda había sido cubierta por algún hechizo que cancelaba cualquier otra magia. Por supuesto, pensó, ¿qué otra forma habría de retener en prisión a un mago?

Pug recorrió la habitación con la mirada. La celda era un pozo de oscuridad en el que sólo entraba una pizca de luz por una pequeña abertura con barrotes en la parte superior de la puerta. Algo pequeño y bullicioso se movía por la paja junto al pie de Pug. Dio una patada y la cosa huyó. Las paredes estaban húmedas, así que supuso que sus compañeros y él se encontrarían bajo tierra. No tenía forma de saber cuánto tiempo llevaban, y no tenía ni idea de dónde estaban. Podían estar en cualquier parte del mundo de Kelewan.

Meecham y Dominic estaban encadenados a la pared de enfrente, mientras que Hochopepa estaba encadenado de forma similar a su derecha. Pug supo al momento que el Imperio debía encontrarse al filo de la navaja para que el Señor de la Guerra se atreviera a hacerle daño a Hochopepa. Capturar a un renegado perseguido era una cosa, pero encarcelar a un Grande del Imperio era otra muy distinta. Por ley, un Grande era inmune a los dictados del Señor de la Guerra. Aparte del emperador, un Grande era la única otra persona que podía desafiar el gobierno del Señor de la Guerra. Kamatsu estaba en lo cierto. El Señor de la Guerra estaba preparando alguna intriga u ofensiva de importancia en el Juego del Consejo, ya que la prisión de

Hochopepa demostraba un total desprecio por la posible oposición.

Meecham gruñó y levantó poco a poco la cabeza.

—Mi cabeza —murmuró. Al encontrarse encadenado, tiró de sus ligaduras por probar—. Bueno —dijo mirando a Pug—, ¿y ahora qué?

Pug le devolvió la mirada y negó con la cabeza.

—Esperamos.

Fue una larga espera, quizá tres o cuatro horas. Cuando apareció alguien, fue de repente. La puerta se abrió abruptamente y entró un mago vestido con una túnica negra, seguido de un soldado de los Blancos Imperiales.

—¡Ergoran! —Hochopepa casi escupió al hablar—. ¿Estás loco? ¡Suéltame enseguida!

El mago le hizo un gesto al soldado para que liberara a Pug.

—Hago lo que hago por el Imperio —le dijo a Hochopepa—. Tú eres cómplice de nuestros enemigos, gordo. Ya haré saber a la Asamblea de tu traición cuando hayamos acabado de castigar a este falso mago.

Sacaron apresuradamente a Pug.

—Milamber —dijo el mago llamado Ergoran—, tu exhibición en los Juegos Imperiales hace un año te ha granjeado cierto respeto... El suficiente para asegurarse de que no causes más destrucción entre los que te rodean. —Dos soldados le abrocharon unos extraños y costosos brazaletes metálicos en torno a las muñecas—. Las defensas de esta mazmorra impiden que los hechizos funcionen en su interior. Una vez que estés fuera de ella, esos brazaletes cancelarán tus poderes —indicó a los guardias que trajeran a Pug, y uno lo empujó por detrás.

Pug sabía que no tenía que perder el tiempo con Ergoran. De todos los magos llamados «los preferidos del Señor de la Guerra», era uno de los más fervientes. Era uno de los pocos magos que creían que la Asamblea debía estar al servicio del cuerpo de gobierno del Imperio, el Alto Consejo. Algunos que lo conocían suponían que su objetivo final era que la Asamblea se convirtiera en el Alto Consejo. Se había rumoreado que aunque el temperamental Almecho era quien había gobernado públicamente, muy a menudo había sido Ergoran quien había estado tras él decidiendo la política del Partido de la Guerra.

Un largo tramo de escaleras condujo a Pug hasta la luz. Tras la oscuridad de la celda, quedó cegado por un momento. Sus ojos se adaptaron rápidamente mientras lo empujaban a través del patio de un edificio inmenso. Lo hicieron subir por una amplia escalinata, y mientras subía, Pug miró por encima del hombro. Pudo ver los suficientes puntos de referencia para saber dónde se encontraba. Vio el río Gagajin, que corría de las montañas conocidas como la Muralla Alta hasta la ciudad de Jamar. Era la principal vía de comunicación norte-sur para las provincias centrales del Imperio. Pug se encontraba en la mismísima Ciudad Sagrada, Kentosani, capital del

Imperio de Tsuranuanni. Y por las docenas de guardias vestidos con armaduras blancas, supo que se encontraba en el palacio del Señor de la Guerra.

Empujaron a Pug por un largo pasillo hasta alcanzar una cámara central. Las paredes de piedra acabaron, y se recorrió una puerta de madera y piel tensada y pintada. Un despacho privado era donde el Señor de la Guerra del Imperio había decidido interrogar a su prisionero.

Había otro mago junto al centro de la habitación, atento a las instrucciones de un hombre que estaba sentado leyendo un pergamino. El segundo mago era alguien a quien Pug sólo conocía de pasada, Elgahar. Pug se dio cuenta que aquí no podía esperar ayuda, ni siquiera por Hochopepa, ya que Elgahar era hermano de Ergoran; el talento mágico corría por la sangre de la familia. Elgahar siempre había ido a remolque de su hermano.

El hombre sentado sobre una pila de cojines era de mediana edad, y vestía una túnica blanca con una sola franja dorada resaltando el cuello y las bocamangas. Al recordar a Almecho, el último Señor de la Guerra, Pug no pudo pensar en un contraste más fuerte. Este hombre, Axantucar, era la antítesis de su tío en cuestión de aspecto. Mientras que Almecho había sido un hombre robusto, con cuello de toro, un guerrero en su actitud, este hombre parecía más un erudito o un maestro. Su cuerpo delgado como un palo le daba un aspecto de asceta. Sus rasgos eran casi delicados. En ese momento levantó la mirada del pergamino que había estado leyendo y Pug pudo ver el parecido: este hombre, como su tío, tenía la misma loca ansia de poder en los ojos.

—Milamber, demuestras coraje, aunque no prudencia, al volver —dijo el Señor de la Guerra apartando lentamente el pergamino—. Por supuesto serás ejecutado, pero antes de que te ahorquemos nos gustaría saber una cosa: ¿por qué has vuelto?

—En mi mundo está creciendo un poder, una presencia oscura y maligna que pretende alcanzarsu objetivo, y ese objetivo es la destrucción de mi tierra. —El Señor de la Guerra pareció interesado y le hizo un gesto a Pug para que siguiera. Éste contó todo lo que sabía, por completo y sin embellecerlo ni exagerarlo—. Mediante medios mágicos he determinado que esta cosa proviene de Kelewan; de algún modo los destinos de ambos mundos vuelven a entrelazarse.

—Has inventado un cuentecito interesante —dijo el Señor de la Guerra cuando Pug acabó. Ergoran al parecer no se había tomado en serio la historia de Pug, pero Elgahar parecía genuinamente preocupado—. Milamber, es una verdadera pena que te arrancaran de nosotros durante la traición. Si te hubieras quedado te habríamos encontrado trabajo contando cuentos. Un gran poder oscuro nacido de algún rincón olvidado de nuestro imperio. Qué cuento más maravilloso. —La sonrisa del hombre se desvaneció cuando se inclinó hacia delante, apoyando el codo en la rodilla y mirando a Pug—. Ahora la verdad. Esta patética pesadilla que nos quieres hacer creer

no es más que un débil intento de asustarme para que ignore los verdaderos motivos de tu vuelta. El Partido de la Rueda Azul y sus aliados están al borde del colapso en el Alto Consejo. Por eso has vuelto, porque aquellos que antaño te consideraban su aliado están desesperados, sabedores de que el completo dominio del Partido de la Guerra es un hecho. El gordo y tú volvéis a ser cómplices de los que traicionaron la alianza para la guerra durante la invasión de tu mundo. Teméis el nuevo orden que nosotros representamos. En pocos días anunciaré la disolución del Alto Consejo, y tú has venido a frustrar dicho acontecimiento, ¿cierto? No sé lo que tienes en mente, pero te sacaremos la verdad, si no ahora, pronto. Y confesarás los nombres de los que se han aliado contra nosotros. Y descubriremos cómo has vuelto. Una vez que el Imperio esté seguro bajo mi gobierno, entonces volveremos a tu mundo y haremos rápidamente lo que debería haberse hecho bajo mi tío.

Pug fue mirando de cara en cara y supo la verdad. Había conocido y conversado con Rodric, el rey loco. El Señor de la Guerra no estaba tan loco como lo había estado Rodric, pero no cabía duda de que tampoco estaba cuerdo por completo. Y detrás de él había otra persona que daba poco a entender, pero justo lo suficiente, para que Pug comprendiera. El poder que había que temer aquí era Ergoran, ya que era el verdadero genio detrás del predominio del Partido de la Guerra. Sería él quien gobernara en Tsuranuanni, quizá algún día incluso abiertamente.

Llegó un mensajero e hizo una reverencia frente al Señor de la Guerra, entregándole un pergamino. El Señor de la Guerra lo leyó rápidamente.

—Debo acudir al consejo —dijo—. Informad al inquisidor de que requiero sus servicios a cuarta hora de la noche. Guardias, devolved a éste a su celda. —Mientras el guardia cogía a Pug de la cadena y empezaba a tirar, el Señor de la Guerra volvió a hablar—. Piensa en esto, Milamber. Puedes morir despacio o deprisa, pero morirás. La elección es tuya. De cualquier modo te sacaremos la verdad.

Pug observó como Dominic entraba en trance. Pug les había contado a sus compañeros la reacción del Señor de la Guerra, y Hochopepa había montado en cólera durante un buen rato, antes de sumirse en el silencio. Igual que los demás de la túnica negra, Hochopepa encontraba impensable la idea de que no se cumpliera el más mínimo de sus deseos. Estar encarcelado era algo imposible de asumir. Meecham había demostrado su habitual carácter taciturno, mientras que el monje tampoco pareció resultar afectado. La discusión había sido corta y resignada.

Poco después, Dominic había comenzado sus ejercicios, que a Pug le resultaban fascinantes. Se había sentado y había empezado a meditar hasta que ahora estaba entrando en una especie de trance. En el silencio, Pug reflexionó sobre la lección del monje. Incluso en esta celda, aparentemente sin esperanza, no había necesidad de rendirse al miedo y convertirse en despojos irracionales. Pug volvió la vista al pasado, recordando su infancia en Crydee: las frustrantes lecciones con Kulgan y Tully,

mientras intentaba dominar una magia que años más tarde descubriría que no estaba capacitado para practicar. Una pena, pensó. Había muchas cosas que había observado durante su estancia en Stardock que lo habían convencido de que la magia menor de Midkemia era mucho más avanzada que la de Kelewan. Lo más probable es que aquello fuera resultado de que en Midkemia sólo había una magia.

Para entretenerse, Pug intentó unos de los trucos que Kulgan le había enseñado cuando niño, uno que nunca había llegado a dominar. Hum, pensó, el hechizo de la senda menor no se ve afectado por la antimagia. Se encontró con el bloqueo interior y casi le resultó divertido. Cuando muchacho había temido aquella experiencia. Ya que había significado el fracaso. Ahora sabía que simplemente era su mente, que estaba sintonizada con la senda mayor y se negaba a admitir la disciplina de la senda menor. Y sin embargo el efecto de la protección antimágica le hizo atacar el problema de forma indirecta. Cerró los ojos, imaginándose la cosa que había intentado en innumerables ocasiones y había fallado en todas. El patrón de su mente se mostró reacio ante los requisitos de aquella magia, pero mientras ésta fluía hacia su orientación normal, rebotó de algún modo contra las defensas, retrocedió y... Pug se incorporó sentado, con los ojos desorbitados. ¡Casi lo había conseguido! Durante el más breve instante casi lo había comprendido. Combatiendo la excitación, cerró los ojos, bajó la cabeza y se concentró. Si sólo pudiera recuperar ese instante, ese instante cristalino en el que había comprendido... un instante que había huido tan pronto como había venido... En esta celda lóbrega y escuálida había estado al borde de quizá uno de los descubrimientos más importantes de la historia de la magia tsurani. Si sólo pudiera volver a capturar aquel instante...

En ese momento se abrieron las puertas de la celda. Pug levantó la cabeza, igual que Hochopepa y Meecham. Dominic se mantuvo en su trance. Entró Elgahar, indicándole a un guardia que cerrara la puerta tras él. Pug se puso en pie, estirando las piernas que habían sucumbido a los calambres debido a las frías losas bajo la paja mientras rememoraba su infancia.

—Lo que has dicho es preocupante —dijo el mago de la túnica negra.

—Como debería ser, ya que es cierto.

—Quizá, pero puede que no lo sea aunque tú creas que lo es. Me gustaría oírlo todo.

Pug le hizo un gesto al mago para que se sentara, pero éste negó con la cabeza. Encogiéndose de hombros, Pug volvió a su sitio en el suelo y comenzó su narración. Cuando llegó al punto de la visión de Rogen, Elgahar se puso visiblemente nervioso, e interrumpió a Pug para hacerle una serie de preguntas. Pug siguió, y cuando hubo acabado, Elgahar sacudió la cabeza.

—Háblame de tu mundo, Milamber, ¿hay muchos allí que podrían haber comprendido lo que se dijo al vidente en su visión?

—No. Sólo yo y uno o dos más podrían haberlo comprendido; sólo los tsurani de LaMut lo hubieran reconocido como el alto tsurani que se habla en los templos.

—Hay una posibilidad espantosa. Debo saber si la has tenido en cuenta.

—¿Cuál?

Elgahar se inclinó junto a Pug y le susurró una sola palabra al oído. El rostro de Pug se puso lívido y cerró los ojos. Allá en Midkemia su mente había comenzado el proceso de deducir todo lo que podía a partir de la información disponible. En su subconsciente había sabido todo el tiempo cual sería la respuesta.

—Sí —dijo con un largo suspiro—. En todo momento he evitado admitir esa posibilidad, pero siempre ha estado ahí.

—¿De qué habláis? —preguntó Hochopepa.

Pug negó con la cabeza.

—No, viejo amigo. Todavía no. Quiero que Elgahar reflexione sobre lo que ha deducido sin oír tu opinión ni la mía. Esto es algo que le debe hacer pensarse dos veces sus lealtades.

—Quizá. Pero incluso si lo hago, ello no tiene por qué alterar recesariamente nuestra situación actual.

Hochopepa estalló de furia.

—¿Cómo puedes decir tal cosa! ¿Qué circunstancias pueden importar frente a los crímenes del Señor de la Guerra? ¿Es que has llegado al punto en que tu voluntad ha quedado completamente subyugada a tu hermano?

—Hochopepa —dijo Elgahar—, tú entre todos los que visten la túnica negra deberías entender, porque habéis sido tú y Fumita los que habéis jugado al Gran Juego durante años dentro del Partido de la Rueda Azul. —Se refería al papel de ambos magos ayudando al emperador a finalizar la Guerra de la Fractura—. Por primera vez en la historia del Imperio el emperador se encuentra en una posición única. Con la traición en la mesa de negociaciones, ha llegado a una situación en la que su autoridad es suprema pero ha perdido mucho prestigio. No puede volver a utilizar su influencia, y no volverá a emplear su autoridad. En esa traición murieron cinco jefes de guerra de clan, los que tenían más posibilidades de acceder al cargo de Señor de la Guerra. Muchas familias perdieron su posición en el Alto Consejo debido a sus muertes. Si volviera a intentar imponer su voluntad a los clanes, puede incluso que estos se negaran a reconocerle.

—Hablas de regicidio —dijo Pug.

—Ya ha pasado antes, Milamber. Pero eso significaría la guerra civil, porque no hay heredero. La Luz Celestial es joven y aún no ha engendrado hijos. Todavía ha sido padre sólo de tres niñas. El Señor de la Guerra sólo desea la estabilidad del Imperio, no deponer una dinastía con más de dos mil años de antigüedad. Yo no siento ni afecto ni desafecto por este Señor de la Guerra. Pero hay que hacerle entender al

Emperador que su posición en el orden de las cosas es solamente espiritual, y que debe entregar la autoridad suprema al Señor de la Guerra. Entonces Tsuranuanni entrará en una era de prosperidad eterna.

Hochopepa emitió una risa amarga, casi un ladrido.

—Que puedas creer esas paparruchas significa que nuestros procedimientos de selección para la Asamblea no son lo suficientemente rigurosos.

Elgahar ignoró el insulto.

—Una vez que se haya restablecido el orden interno del Imperio podremos hacerle frente a esa posible amenaza que anuncias. Incluso aunque lo que dices sea cierto y mi suposición sea exacta, puede que pasen años antes de que tengamos que enfrentarnos a este asunto en Kelewan; tiempo más que sobra para prepararse. Tienes que recordar que los de la Asamblea hemos alcanzado nuevas cotas de poder ni siquiera soñadas por nuestros ancestros. Lo que para ellos fue el horror puede que para nosotros sea una simple molestia.

—Vuestro fallo es vuestra arrogancia, Elgahar, el de todos vosotros. Hocho y yo ya hemos hablado de esto antes. Vuestra supuesta supremacía es un error. Todavía no habéis sobrepasado el poder de vuestros ancestros. Ni siquiera lo habéis igualado. Entre los libros de Macros el Negro he encontrado volúmenes que hablan de poderes desconocidos en los milenios de existencia de la Asamblea.

Elgahar pareció intrigado por la idea y se quedó en silencio largo tiempo.

—Quizá —dijo al fin en tono pensativo. Fue hacia la puerta—. Has conseguido una cosa, Milamber. Me has convencido de que es vital mantenerte con vida más tiempo de lo que dicta el capricho del Señor de la Guerra. Tienes información que debemos extraer. Por lo que respecta a lo demás... pensaré en ello.

—Sí, Elgahar, piensa en ello —dijo Pug—. Piensa en una palabra: la que has susurrado a mi oído.

Elgahar pareció a punto de decir algo, luego le habló al guardia que había fuera, ordenándole que abriera la puerta, y se fue.

—Se ha vuelto loco —dijo Hochopepa.

—No —dijo Pug—. No está loco. Sencillamente cree lo que su hermano le dice. Cualquiera que mire a los ojos a Axantucar y Ergoran y crea que son los que van a traer la prosperidad al Imperio es un tonto, un idealista crédulo, pero no está loco. A quien debemos temer de verdad es a Ergoran.

Volvieron a instalarse en el silencio, y Pug reflexionó de nuevo sobre lo que le había susurrado Elgahar. La horripilante posibilidad que representaba era demasiado terrible para pensar mucho en ella, así que dirigió sus pensamientos de nuevo al extraño momento en que, por primera vez en su vida, se había acercado al verdadero dominio de la senda menor.

Había pasado el tiempo. Pug no sabía cuanto, pero suponía que serían unas cuatro

horas después de la puesta de sol, la hora que el Señor de la Guerra había dispuesto para los interrogatorios. Unos guardias entraron en la celda y quitaron los grilletes de Meecham, Dominic y Pug. A Hochopepa lo dejaron atrás.

Los condujeron hasta una habitación amueblada con instrumentos de tortura. El Señor de la Guerra tenía un aspecto espléndido vestido con una túnica verde y dorada, y conversaba con el mago Ergoran. Un hombre con una capucha roja esperó pacientemente mientras encadenaban a los prisioneros a unos pilares, situados de forma que pudieran verse mutuamente.

—Contradiendo mi opinión, Ergoran y Elgahar me han convencido de que sería beneficioso manteneros vivos, aunque cada uno de ellos tiene razones diferentes. Elgahar parece inclinado a dar cierta credibilidad a vuestra historia, al menos lo suficiente como para considerar prudente extraer toda la información que podamos. Ergoran y yo no somos de esa opinión, pero hay otras cosas que nos gustaría saber. Por lo tanto empezaremos asegurándonos de que conseguimos sólo la verdad de ti.

Le hizo una señal al inquisidor, que le arrancó la túnica a Dominic y lo dejó en taparrabos. Luego abrió un frasco sellado y sacó de éste una sustancia blanquecina con un palo. Pasó el palo por el pecho de Dominic y el monje se puso rígido. Sin metales, los tsurani habían desarrollado métodos de tortura diferentes a los usados en Midkemia pero igualmente efectivos. La sustancia era un cáustico pegajoso que empezó a quemar la piel tan pronto como fue aplicado. Dominic cerró los ojos muy apretados y reprimió un grito.

—Por razones de economía, pensamos que estarías más dispuesto a decimos la verdad si primero prestábamos atención a tus compañeros. Por lo que nos han dicho tus antiguos compatriotas, y a juzgar por aquel inolvidable estallido en los Juegos Imperiales, parece ser de naturaleza compasiva, Milamber. ¿Nos dirás la verdad?

—¡Todo lo que he dicho es cierto, Señor de la Guerra! ¡Torturar a mis amigos no va a cambiarlo!

—¡Amo! —llegó un grito.

El Señor de la Guerra miró a su inquisidor.

—¿Qué?

—Este hombre... mirad.

Dominic había perdido la expresión dolorida. Colgaba del pilar con gesto de beatífica paz en el rostro. Ergoran se acercó al monje y lo examinó.

—Está en algún tipo de trance —dijo Ergoran. El Señor de la Guerra y el mago miraron a Pug—. ¿Qué trucos practica este falso sacerdote?

—No es sacerdote de Hantukama, cierto, pero es un sacerdote de mi mundo. Puede calmar su mente sin importar lo que le pase a su cuerpo.

El Señor de la Guerra le hizo una señal al inquisidor con una inclinación de cabeza. Éste cogió un cuchillo afilado de la mesa, se puso frente al monje y, con un

movimiento repentino, le hizo un profundo corte en el hombro. Dominic no se movió, ni siquiera una involuntaria sacudida. Usando unas pinzas, el inquisidor tomó un carbón incandescente y lo aplicó al corte. Una vez más, el monje no reaccionó. El Inquisidor dejó las pinzas.

—Es inútil, amo. Su mente está bloqueada. Ya hemos tenido este problema antes con los sacerdotes.

Pug frunció el ceño. Aunque no estaban al margen de la política, los templos solían limitar sus relaciones con el Alto Consejo. Si el Señor de la Guerra había estado interrogando sacerdotes, eso indicaba que los templos se habían estado movilizándolo contra los aliados al Partido de la Guerra. Que Hochopepa ignorara este hecho, también indicaba que el Señor de la Guerra se estaba moviendo sigilosamente y que le había tomado la delantera a sus oponentes. Y sobre todo, esto le dijo a Pug que el Imperio estaba en una situación límite, incluso al borde de la guerra civil. Pronto comenzaría el asalto contra aquellos que se mantenían del bando del Emperador.

—Este no es sacerdote —dijo Ergoran acercándose a Meecham. Miró al alto vasallo—. No es más que un esclavo, así que debería ser más manejable.

Meecham le escupió de lleno en el rostro al mago. Ergoran, acostumbrado al respeto y al miedo sin paliativos que infundían los Grandes, quedó tan aturdido como si le hubieran pegado un puñetazo. Retrocedió tambaleándose, limpiándose el escupitajo de la cara.

—Te has ganado una muerte lenta y dolorosa, esclavo —dijo enfurecido.

Meecham sonrió, por vez primera que Pug recordara. Era una sonrisa amplia, casi una mueca. La cicatriz de su mejilla le confirió a su rostro un aspecto imposiblemente demoníaco.

—Ha merecido la pena, mula malparida.

En su ira, Meecham había hablado en la lengua real, pero el tono insultante se le escapó al mago. Éste alargó la mano, cogió el cuchillo de la mesa del inquisidor y le hizo un profundo corte a Meecham en el pecho. El vasallo se puso rígido y su rostro perdió el color cuando la herida empezó a sangrar. Ergoran se alzó triunfante ante él. Entonces el midkemio volvió a escupir.

El inquisidor se volvió hacia el Señor de la Guerra.

—Amo, el Grande está interfiriendo con un trabajo muy delicado.

El mago dio un paso atrás y dejó caer el cuchillo. Se limpió de nuevo el escupitajo del rostro y volvió junto al Señor de la Guerra.

—No tengas prisa por contar lo que sabes, Milamber —dijo con odio en la voz—. Deseo que esta carroña pase por una larga sesión.

Pug forcejeó contra las propiedades antimágicas de los brazaletes que llevaba en las muñecas, pero sin resultado. El inquisidor empezó a trabajar sobre Meecham, pero el estoico vasallo se negó a gritar. Durante media hora el inquisidor llevó a cabo su

sangriento oficio, hasta que por fin Meecham dejó escapar un gruñido estrangulado y quedó semiinconsciente.

—¿Por qué has vuelto, Milamber? —preguntó el Señor de la Guerra.

—Ya he dicho la verdad —dijo Pug sintiendo el dolor de Meecham como propio. Miró a Ergoran—. Tú sabes que es cierto. —Sabía que su súplica caía en saco roto, ya que el enfurecido mago quería que Meecham sufriera, y no le importaba que Pug lo hubiera dicho todo.

El Señor de la Guerra le indicó al inquisidor que siguiera con Pug. El hombre de la capucha roja abrió la túnica de Pug de un tirón. Abrió el tarro del producto cáustico y aplicó un poco al pecho de Pug. Los años de trabajo duro como esclavo en el pantano habían convertido a Pug en un hombre esbelto y fibroso, y su cuerpo se tensó cuando comenzó el dolor. Al principio no había habido sensación alguna, pero un instante después el dolor había recorrido su cuerpo cuando reaccionaron los productos químicos de la pasta. Pug casi podía oír la piel abrasarse. La voz del Señor de la Guerra le llegó a través del dolor.

—¿Por qué has vuelto? ¿Con quién has tenido contacto?

Pug cerró los ojos en un intento de ignorar el fuego que sentía en el pecho. Trató de refugiarse en los ejercicios relajantes que Kulgan le había enseñado cuando era su aprendiz. Otro poco de pasta y una nueva erupción de dolor, esta vez en la sensible piel de la pantorrilla. La mente de Pug se rebeló e intentó encontrar refugio en la magia. Una y otra vez luchó para atravesar la barrera impuesta por los brazaletes antimágicos. En su juventud, sólo había sido capaz de abrirse camino hacia la magia en momentos de gran tensión. Cuando su vida se había visto amenazada por unos trolls, había encontrado su primer conjuro. Peleándose con el escudero Roland, lo había atacado mágicamente, y cuando había destruido los Juegos Imperiales, lo había hecho desde un profundo pozo de ira y frustración contenidas. Ahora su mente era un animal enfurecido embistiendo contra los barrotes de una jaula impuesta mágicamente, y como un animal reaccionaba instintivamente, atacando la barrera una y otra vez, determinada a liberarse o morir.

Colocaron sobre su piel carbones incandescentes y gritó. Fue un grito animal, mezcla de dolor e ira, y su mente respondió. Sus pensamientos se volvieron turbios, como si él existiera en un paisaje de superficies reflectantes, una sala de espejos que girara enloquecidamente reflejando multitud de imágenes. Vio al pinche de cocina de Crydee devolviéndole la mirada, y luego al estudiante de Kulgan. En una tercera estaba el joven escudero, y en la cuarta un esclavo en el campo de trabajo de los pantanos propiedad de los Shinzawai. Pero en los reflejos detrás de los reflejos, en los espejos dentro de los espejos, en cada uno de ellos vio una cosa nueva. Detrás del pinche de cocina vio a un hombre, un criado, pero no había duda de quién era aquel hombre. Pug, sin magia, sin entrenamiento, convertido en adulto como un simple

miembro del servicio del castillo, trabajando en la cocina. Tras la imagen del joven escudero vio a un noble del Reino con la princesa Carline del brazo, su esposa. Su mente se desbocó. Buscaba algo frenéticamente. Estudió la imagen del pupilo de Kulgan. Tras él vio la imagen del un practicante adulto del arte menor. Pug forzó su mente, buscando el origen de aquel reflejo dentro del reflejo, del Pug crecido para convertirse en un maestro de la magia menor. Entonces vio la fuente de aquella imagen, un posible futuro que nunca había llegado a suceder, una posibilidad de que el destino hubiera desviado su vida de su curso. Pero en las diferentes posibilidades de lo que podía haber sido su vida encontró lo que buscaba. Encontró una vía de escape. De repente lo comprendió. Un camino se abrió ante Pug y su mente voló por él.

Los ojos de Pug se abrieron bruscamente y miraron detrás de la silueta encapuchada de rojo del inquisidor. Meecham colgaba gimiendo, habiendo recuperado la consciencia, mientras que Dominic seguía sumido en su trance.

Pug utilizó sus habilidades mentales para aislarse del daño causado a su cuerpo. En un instante ya no sentía ningún dolor. Entonces dirigió su mente hasta la figura ataviada de negro de Ergoran. El Grande del Imperio casi se tambaleó cuando Pug lo miró a los ojos. Por primera vez en la historia, un mago de la senda mayor empleaba un talento de la senda menor, y Pug trabó a Ergoran en un duelo de voluntades.

Con una fuerza devastadora, Pug abrumó al mago y lo noqueó al instante. La figura de la túnica negra estuvo a punto de derrumbarse hasta que Pug asumió el control de su cuerpo. Cerrando sus propios ojos, Pug podía ver ahora a través de los de Ergoran. Ajustó sus sentidos y asumió el control total del Grande tsurani. La mano de Ergoran se extendió y una cascada de energía brotó de sus dedos, golpeando al inquisidor por la espalda. Líneas de energía roja y purpúrea bailaron por el cuerpo del hombre mientras se retorció y chillaba. El inquisidor se movió por la habitación como una marioneta enloquecida, sufriendo sacudidas espasmódicas mientras gritaba de agonía.

El Señor de la Guerra se quedó aturdido por unos breves instantes.

—¡Ergoran! —Gritó—. ¿Qué locura es esta?

Agarró la túnica del mago en el mismo momento en que el inquisidor se estrellaba contra la pared del fondo y caía al suelo de piedra. En el mismo instante en que el Señor de la Guerra tocaba al mago, las dolorosas energías dejaron de golpear al inquisidor y envolvieron al Señor de la Guerra. Axantucar se retorció y retrocedió ante el asalto.

El inquisidor se levantó del suelo, agitando la cabeza para despejársela, y avanzó trastabillando hacia los prisioneros. El torturador de la capucha roja cogió un fino cuchillo de la mesa. Percibiendo a Pug como la fuente de su dolor, avanzó hacia él. Pero Meecham agarró sus cadenas y se levantó. Alargando las piernas, rodeó con ellas el cuello del inquisidor. Aferró al inquisidor en una tenaza, apretando con una fuerza

tremenda a pesar de la resistencia de éste.

El inquisidor atacó las piernas de Meecham, haciéndole repetidos cortes, pero Meecham mantuvo la presión. El cuchillo cortaba una y otra vez, hasta que las piernas de Meecham estuvieron cubiertas de su propia sangre, pero la pequeña cuchilla, resbaladiza al estar empapada de sangre, no podía hacer heridas profundas. Meecham sólo dio un alegre grito de victoria. Luego, con un gruñido y una sacudida, aplastó la traquea del hombre. Mientras el inquisidor caía, las fuerzas abandonaron al vasallo. Meecham se derrumbó, sostenido sólo por las cadenas. Con una débil sonrisa, saludó a Pug con una inclinación de cabeza.

Pug finalizó el conjuro de dolor y el Señor de la Guerra cayó junto a Ergoran. Pug hizo acercarse al mago. La mente del Grande parecía una materia blanda y maleable bajo el control mágico de Pug, y de algún modo Pug sabía como controlar los actos del mago al mismo tiempo que seguía consciente de lo que él mismo hacía.

El mago empezó a liberar a Pug de los grilletes, mientras el Señor de la Guerra se ponía en pie a duras penas. Una mano estaba libre. Axantucar avanzó trastabillando hasta la puerta. Pug tenía que decidirse. Si podía liberarse de sus ataduras podría enfrentarse a cualquier cantidad de guardias que llamara el Señor de la Guerra, pero no podía controlar a dos hombres y no creía ser capaz de controlar al mago el tiempo suficiente para destruir al Señor de la Guerra y liberarse. ¿O sí? Entonces Pug se dio cuenta del peligro. Esta nueva magia estaba demostrando ser difícil y su juicio le estaba fallando. ¿Por qué estaba permitiendo que el Señor de la Guerra huyera? El dolor de la tortura y el cansancio se estaban cobrando un terrible peaje, y Pug sintió que se debilitaba por momentos. El Señor de la Guerra abrió la puerta y gritó llamando a los guardias, y cuando estos llegaron echó mano de una lanza. De un jalón, golpeó a Ergoran de lleno en la espalda. El golpe hizo caer al mago de rodillas antes de que pudiera soltar la otra mano de Pug. También tuvo el efecto de transmitirle a Pug una conmoción psíquica. Pug gritó de dolor a coro con el dolor de la muerte de Ergoran.

La mente de Pug se nubló. Entonces algo dentro de ésta se rompió, y sus pensamientos se volvieron un mar de fragmentos brillantes cuando los espejos del recuerdo saltaron hechos pedazos; trozos de antiguas lecciones, imágenes de su familia, olores, sabores y sonidos retumbaron en su consciencia.

Unas luces destellaron en su mente, al principio motas dispersas de luz apagada, reflejos de nuevas imágenes. Se entrelazaron y bailaron, formando un diseño, un círculo, un túnel, y luego un camino. Pug se lanzó por el camino y se encontró en un nuevo plano de consciencia. Nuevas sendas fueron recorridas, nuevos logros comprendidos. El sendero que antes sólo se había abierto ante él a través del dolor y el miedo, ahora era suyo para recorrerlo a voluntad, Por fin tenía el control de los poderes que constituían su herencia.

Se le aclaró la vista y vio soldados forcejeando en las escaleras. Pug volvió su atención al grillete que quedaba. De repente recordó una antigua lección de Kulgan. Con una caricia de su mente, el grillete de cuero endurecido volvió a ser blando y suave, y pudo sacar la mano.

Pug se concentró, y los brazaletes inhibidores de la magia cayeron al suelo rotos en dos. Miró a las escaleras, y por primera vez se dio cuenta plenamente de lo que estaba viendo. El Señor de la Guerra y sus soldados habían huido de la habitación mientras arriba tenía lugar algún tipo de lucha. Un soldado equipado con la armadura azul del clan Kanazawai yacía muerto junto a uno de los Blancos Imperiales. Pug liberó rápidamente a Meecham, depositándolo suavemente en el suelo. El vasallo sangraba profusamente por las heridas en las piernas y los cortes que tenía en el cuerpo. Pug envió a Dominic un mensaje mental: *Vuelve*. Los ojos de Dominic se abrieron enseguida y sus grilletes cayeron.

—Atiende a Meecham —dijo Pug.

Sin pedir explicaciones, el monje se puso a atender al vasallo herido.

Pug corrió escaleras arriba hacia donde estaba preso Hochopepa, y entró en la celda.

—¿Qué pasa? —dijo el mago sobresaltado—. He oído ruidos fuera.

Pug se inclinó y convirtió los grilletes en cuero blando.

—No lo sé. Aliados, creo. Sospecho que el Partido de la Rueda Azul está tratando de liberarnos. —Ayudó a Hochopepa a sacar las manos de las ahora blandas ligaduras.

Hochopepa se puso en pie con las piernas temblorosas.

—Tenemos que ayudarles a que nos ayuden —dijo resueltamente. Entonces cayó en su libertad y en las reblandecidas ligaduras—. ¿Cómo has hecho eso, Milamber?

—No lo sé, Hocho —respondió Pug saliendo por la puerta—. Es algo sobre lo que hablar.

Pug subió corriendo las escaleras hacia el nivel superior del palacio. En la galería central del palacio del Señor de la Guerra, hombres armados luchaban cuerpo a cuerpo. Hombres ataviados con armaduras de diversos colores luchaban contra los Blancos Imperiales del señor de la Guerra. Recorriendo el sangriento combate con la mirada, Pug vio a Axantucar abriéndose paso entre los soldados que luchaban, mientras dos soldados con armaduras blancas cubrían su retirada. Pug cerró los ojos y extendió el brazo. Abrió los ojos y pudo ver la invisible mano de energía que había creado. Podía sentirla como si fuera una de las suyas propias. Como si estuviera cogiendo un gatito por el cuello, alargó la mano mental y agarró al Señor de la Guerra. Lo levantó y lo atrajo hacia él. Los soldados detuvieron la lucha ante la visión del Señor de la Guerra sobre ellos. Axantucar, guerrero supremo del Imperio, chilló del más absoluto terror ante la fuerza invisible que lo había atrapado.

Pug lo atrajo hacia donde estaban Hocho y él. Algunos de los Blancos Imperiales

se recuperaron de la conmoción y dedujeron que los magos renegados debían ser la causa del problema de su amo. Varios se apartaron de su lucha contra los soldados de armaduras de colores y corrieron a ayudar al Señor de la Guerra. En ese momento se oyó un fuerte grito:

—¡Ichindar! ¡Noventa y una veces Emperador!

Al instante, todos y cada uno de los soldados que había en la habitación, independientemente del bando por el que luchaban, se postraron en el suelo, apoyando la frente contra la piedra. Los oficiales se pusieron firmes e inclinaron las cabezas. Sólo Hochopepa y Pug observaron como un cortejo de jefes de guerra, todos ellos equipados con las armaduras de los clanes que constituían el Partido de la Rueda Azul, entraba en la habitación. Al frente, llevando una armadura que no se había visto en años, venía Kamatsu, de nuevo por un breve periodo jefe de guerra del clan Kanazawai. Formaron y se abrieron para permitir que entrara el Emperador. Ichindar, autoridad suprema del Imperio, entró en la estancia, resplandeciente con su armadura ceremonial dorada. Fue hasta donde esperaba Pug, con el Señor de la Guerra flotando en el aire sobre él, y observó la escena.

—Grande, pareces causar problemas dondequiera que apareces —dijo por fin, y levantó la vista para mirar al Señor de la Guerra—. Si lo bajas, podremos llegar al fondo de este desagradable asunto.

Pug dejó caer al Señor de la Guerra, que golpeó pesadamente el suelo.

—Ése es un relato asombroso, Milamber —le dijo Ichindar a Pug. Estaba sentado en los cojines que unas horas antes había ocupado el Señor de la Guerra, bebiendo una taza del chocha del Señor de la Guerra—. Sería fácil decir que te creo y que todo está perdonado, pero el deshonor que me causaron esos a los que llamas elfos y enanos es imposible de olvidar. A su alrededor estaban sentados los jefes de guerra de los clanes de la rueda azul, y el mago Elgahar.

—Si la Luz Celestial me lo permite —dijo Hochopepa—. Recordad que no fueron más que herramientas, soldados, si os parece, en una partida de jâdra. Que este Macros estuviera intentando impedir la llegada del Enemigo es otro tema. Que él sea el responsable de la traición os libra de la responsabilidad de vengaros sobre nadie que no sea el tal Macros. Y como se supone que está muerto, la cuestión queda zanjada.

—Hochopepa —dijo el Emperador—, tu lengua es tan ágil como un relli. —Se refería a la criatura parecida a una serpiente de agua y conocida por su rapidez de movimientos—. No castigaré sin una buena causa, pero también soy reticente a asumir mi antigua postura conciliatoria hacia el Reino.

—Majestad, en cualquier caso eso no sería sabio en estos momentos —dijo Pug. Ichindar pareció interesado en el comentario—. Aunque espero que algún día

nuestras dos naciones puedan volver a encontrarse como amigas, en este momento hay asuntos más importantes que reclaman nuestra atención. De momento, deberíamos actuar como si ambos mundos no hubieran vuelto a unirse.

El Emperador se sentó más erguido.

—Por lo poco que comprendo de tales asuntos, sospecho que estás en lo cierto. Hay que resolver asuntos más importantes. En breve tendré que tomar una decisión que puede cambiar para siempre el curso de la historia tsurani. —Se cayó, y durante un largo rato estuvo perdido en sus pensamientos—. Cuando Kamatsu y los demás vinieron a mí, hablándome de tu vuelta y de tus sospechas de algún oscuro terror de origen tsurani desencadenado sobre tu mundo, deseé ignorarlo todo. No me importaban nada tus problemas ni los de tu mundo. Incluso me resultaba indiferente la posibilidad de invadir una vez más tu tierra. Temía actuar de nuevo, ya que después del ataque contra tu mundo había perdido mucho prestigio frente al Alto Consejo. —De nuevo pareció perdido en sus pensamientos por un breve instante—. Tu mundo es precioso, por lo poco que vi antes de la batalla —suspiró y clavó sus ojos verdes en Pug—. Milamber, si Elgahar no hubiera acudido a palacio confirmando lo que me decían tus amigos del Partido de la Rueda Azul, muy posiblemente estarías muerto, y yo poco después, y Axantucar iría de camino a la guerra civil. Consiguió el blanco y el dorado sólo debido a lo enfadado que yo estaba después de la traición. Has impedido mi muerte, si no una calamidad mayor para el Imperio. Creo que eso merece cierta consideración, aunque sabes que los problemas en el Imperio no están haciendo más que comenzar.

—Soy suficiente producto del Imperio para comprender que el Juego del Consejo se volverá incluso más feroz —dijo Pug.

Ichindar miró por la ventana, donde el cuerpo ahorcado de Axantucar se mecía al viento.

—Tendré que consultar a los historiadores, pero creo que ese es el primer Señor de la Guerra hecho ahorcar por un emperador. —La horca era el castigo más vergonzante que podía sufrir un guerrero—. Con todo, como ese era el mismo destino que él me tenía reservado, no creo que vaya a haber rebelión alguna, por lo menos esta semana.

Los jefes de guerra del Alto Consejo que estaban allí se miraron mutuamente. Finalmente, fue Kamatsu el que habló.

—Luz Celestial, si se me permite... El Partido de la Guerra se bate en retirada en medio de la confusión. La traición del Señor de la Guerra les ha privado de cualquier poder para negociar en el Alto Consejo. Mientras estamos hablando, el Partido de la Guerra deja de existir y sus clanes y familias se estarán reuniendo para discutir a qué partidos unirse para recuperar alguna traza de su influencia. Por ahora gobiernan los moderados.

El Emperador negó con la cabeza y habló en un tono sorprendentemente vigoroso.

—No, honorable señor, estás equivocado. En Tsuranuanni gobierno yo. —Se puso en pie y miró a los que lo rodeaban—. Hasta que los asuntos que nos ha traído Milamber se resuelvan y el Imperio no esté verdaderamente a salvo, o se haya demostrado que la amenaza es falsa, el Alto Consejo queda desconvocado. No habrá un nuevo Señor de la Guerra hasta que yo convoque una nueva elección dentro del consejo. Hasta que yo decrete lo contrario, yo soy la ley.

—¿Y la Asamblea, Majestad? —dijo Hochopepa.

—Como antes, pero te aviso, Grande. Vigila a tus hermanos. Porque si se vuelve a descubrir a un túnica negra en un complot contra mi casa, la posición de los magos por encima de la ley llegará a su fin. Incluso aunque me viera obligado a enfrentar a todos los ejércitos del Imperio contra vuestro poder mágico, incluso hasta la total ruina del Imperio, no permitiré que nadie vuelva a desafiar la supremacía del emperador. ¿Queda claro?

—Así se hará, Majestad Imperial —dijo Hochopepa—. Las renunciaciones de Elgahar y su hermano y los actos del Señor de la Guerra harán que el resto de la Asamblea se pare a pensar. Yo plantearé la cuestión ante los miembros.

—Grande —le dijo el emperador a Pug—, no puedo ordenarle a la Asamblea que te restablezca en tu cargo, ni estoy completamente cómodo teniéndote por aquí. Pero hasta que se resuelva este asunto eres libre de ir y venir como gustes. Cuando vuelvas a partir hacia tu mundo, infórmanos de tus descubrimientos. Si podemos, estaremos dispuestos a ayudarte a impedir la destrucción de tu mundo. Ahora —dijo dirigiéndose hacia la puerta—, debo volver a mi palacio. Tengo un imperio que reconstruir.

Pug observó como los demás se iban. Kamatsu se le acercó.

—Parece que la cosa ha acabado bien por una vez. Grande.

—Por una vez, viejo amigo. Ayuda a la Luz Celestial, porque puede que su vida sea corta cuando mañana se hagan públicos los decretos de esta noche.

El señor de los Shinzawai le hizo una reverencia a Pug.

—Como deseas, Grande.

—Vamos, Hocho —dijo Pug—, saquemos a Dominic y Meecham de su descanso y vayamos a la Asamblea. Tenemos trabajo que hacer.

—En un momento. Tengo que hacerle una pregunta a Elgahar. —El rechoncho mago se encaró con el antiguo favorito del Señor de la Guerra—. ¿Por qué este repentino cambio de postura? Siempre te había considerado una herramienta de tu hermano.

—El aviso que Milamber nos trajo de su mundo me hizo pensar —replicó el esbelto mago—. Pasé tiempo considerando todas las posibilidades, y cuando le sugerí

la respuesta obvia a Milamber, él estuvo de acuerdo. Era un riesgo demasiado grave para ignorarlo. Comparado con esto, todo lo demás carecía de importancia.

Hochopepa se volvió para mirar a Pug.

—No lo entiendo. ¿De qué habla?

Pug se hundió de cansancio y de algo más, un profundo terror oculto que salía a la superficie.

—Me cuesta incluso hablar de ello. —Miró a los que lo rodeaban—. Elgahar llegó a una conclusión que yo mismo sospechaba pero me resistía a admitir, incluso a mí mismo. —Durante un momento quedó en silencio, y los, que estaban en la habitación contuvieron el aliento—. El Enemigo ha vuelto.

Pug dejó el tomo encuadernado en cuero.

—Otro callejón sin salida.

Se pasó la mano por la cara, cerrando unos ojos cansados. Tenía tanto que hacer y aquella sensación de que el tiempo volaba. El descubrimiento de su capacidad como mago de la senda menor se lo había guardado para sí. Había una parte de su naturaleza que él nunca había sospechado, y deseaba unas condiciones de mayor privacidad para explorar aquel descubrimiento.

Hochopepa y Elgahar levantaron la vista de los respectivos libros que estaban leyendo. Elgahar había trabajado tanto como el que más, demostrando sus deseos de arreglar lo hecho.

—Estos registros están hechos trizas, Milamber —comentó.

Pug asintió.

—Ya le dije a Hocho hace dos años que la Asamblea se había vuelto perezosa en su arrogancia. Esta confusión no es más que un ejemplo.

Pug se ajustó la túnica negra. Cuando se dieron a conocer las razones de su vuelta, había sido restablecido como miembro sin vacilar, tras una moción de sus amigos secundada por Elgahar. De los miembros presentes, sólo un puñado se abstuvo y ninguno votó en contra. Todos ellos habían estado en la torre de las pruebas y habían contemplado la furia y el poder del Enemigo.

Shimone, uno de los más antiguos amigos de Pug dentro de la Asamblea y su antiguo instructor, entró junto a Dominic. Desde su encuentro con el inquisidor del Señor de la Guerra la noche anterior, el sacerdote había demostrado unos notables poderes de recuperación. Había usado sus artes mágicas curativas en Meecham y Pug, pero algo en su forma de funcionar le impedía usarlas sobre sí mismo. No obstante, también poseía los conocimientos para instruir a los magos de la Asamblea en la elaboración de un unguento que impedía que se infectaran los cortes y quemaduras que había sufrido.

—Milamber, ese sacerdote amigo tuyo es una maravilla. Tiene unos sistemas

asombrosos para catalogar nuestros libros.

—Yo me he limitado a compartir lo que hacemos en Sarth —dijo Dominic—. Hay mucha confusión, pero no es tan malo como parece a primera vista.

Hochopepa se desperezó.

—Lo que me preocupa es que aquí hay poco que no sepamos ya. Es como si la visión que hemos compartido en la torre fuese la primera información registrada sobre el Enemigo, y no hubiera más.

—Puede que eso sea cierto —dijo Pug—. Recuerda que la mayor parte de los magos realmente poderosos perecieron en el puente dorado, dejando tras ellos sólo aprendices y magos menores. Puede que pasaran años antes de que empezara algún intento de poner por escrito los acontecimientos.

Meecham entró llevando un enorme fardo de libros antiquísimos encuadernados en pieles tratadas. Pug le señaló un punto del suelo allí cerca y Meecham los dejó. Pug desató el fardo y repartió ejemplares. Elgahar abrió uno cuidadosamente, y la encuadernación del libro crujió al hacerlo.

—Por los dioses de Tsuranuanni, estos libros sí que son antiguos.

—De los más antiguos de la Asamblea —dijo Dominic—. A Meecham y a mí nos llevó una hora sólo localizarlos y otra desenterrarlos.

—Esto es casi otro idioma de lo antiguo que es —dijo Shimone—. Se usan verbos e inflexiones que yo nunca he escuchado.

—Milamber, escucha esto —dijo Hocho—: «Y cuando el puente se desvaneció, todavía Avarie insistía en celebrar consejo».

—¿El Puente Dorado? —dijo Elgahar.

Pug y los demás dejaron lo que estaban haciendo y atendieron mientras Hochopepa seguía leyendo.

—«De los Alstwanabi, los que quedaban eran sólo trece, Avarie, Marlee, Carón»... La lista sigue. «Y había poca tranquilidad entre ellos, pero Marlee pronunció sus palabras de poder y calmó sus miedos. Estamos en este mundo que Chakakan ha hecho para nosotros», ¿puede ser una forma antigua de Chochocan?, «y perseveraremos. Los que observaban dicen que estamos a salvo de la oscuridad. ¿La Oscuridad? ¿Podría ser?»

Pug releyó el pasaje.

—Es el mismo nombre que usó Rogen tras su visión. Es demasiado para creer que es una coincidencia. Ésa es la prueba: el Enemigo está implicado de algún modo en los intentos contra la vida del príncipe Arutha.

—Y hay algo más —dijo Dominic.

Elgahar asintió.

—Sí. ¿Quiénes serían «los que observaban»?

Pug apartó el libro, y el peso del último día le trajo un sueño que no deseaba. De

todos los que habían pasado el día buscando con él, sólo quedaba Dominic. El monje ishapiano parecía ser capaz de ignorar el cansancio a voluntad.

Pug cerró los ojos, con la intención de descansarlos sólo un momento. Su mente había estado ocupada con muchas cosas, y había dejado a un lado otras muchas. Ahora, una serie de imágenes pasó fugazmente ante sus ojos, pero ninguna permaneció.

Enseguida Pug estuvo dormido, y mientras dormía, soñó.

De nuevo estaba sobre el techo de la Asamblea. Vestía el gris de un aprendiz, y Shimone lo conducía por las escaleras. Sabía que debía subir, para enfrentarse de nuevo a la tormenta, para pasar de nuevo la prueba que le otorgaría la posición de Grande.

Subió y subió en su sueño, viendo algo en cada peldaño, una retahila de imágenes fugaces. Un martín pescador zambulléndose en el agua para atrapar un pez, sus alas resplandeciendo sobre el azul del cielo y el agua. Entonces llegaron otras imágenes, calurosas junglas donde trabajaban los esclavos, un enfrentamiento de guerreros, un soldado moribundo, los thün corriendo por las tundras del norte, una joven esposa seduciendo a un guardia de la casa de su marido, un mercader de especias en su tenderete. Entonces su visión viajó hacia el norte, y vio...

Llanuras de hielo, de un frío gélido y barridas por vientos cortantes como el acero. Aquí se podía oler la amargura de la vejez. Del interior de una torre de nieve emergieron unas figuras, arropándose para protegerse del viento. De forma humana, caminaban con un andar fluido que indicaba que no eran humanos. Eran seres ancianos y sabios en materias desconocidas para los hombres, y buscaban una señal en el cielo. Levantaron la mirada y observaron. Observan. Observadores.

Pug se incorporó, abriendo los ojos.

—¿Qué pasa, Pug? —preguntó Dominic.

—Reúne a los demás —dijo Pug—. Ya sé.

Pug estaba frente a los otros, su túnica negra ordeando a la brisa matinal.

—¿No quieres que nadie vaya contigo? —volvió a preguntar Hochopepa.

—No, Hocho. Puedes ayudar llevando a Dominic y a Meecham de vuelta a mi antigua casa para que puedan volver a Midkemia. Les he transmitido todo lo que he descubierto aquí para Kulgan y los demás, con mensajes para todos los que necesitan saber lo que hemos descubierto hasta ahora. Puede que yo esté persiguiendo una leyenda tratando de localizar a esos Observadores en el norte. Serás de más ayuda devolviendo a mis amigos a mi mundo.

Elgahar dio un paso al frente.

—Si se me permite, me gustaría acompañar a tus amigos a tu mundo.

—¿Por qué? —dijo Pug.

—La Asamblea tiene más bien poca necesidad de alguien atrapado en los asuntos

del Señor de la Guerra, y por lo que has dicho, en tu academia hay Grandes entrenándose que necesitan instrucción. Considéralo un acto de penitencia. Me quedaré allí continuando la educación de esos aprendices, al menos por un tiempo.

Pug reflexionó.

—Muy bien. Kulgan te indicará lo que hay que hacer. Pero recuerda siempre que la posición de Grande no significa nada en Midkemia. Serás simplemente uno más dentro de la comunidad. Puede que sea difícil.

—Me adaptaré —dijo Elgahar.

—Esa es una buena idea —dijo Hochopepa—. Durante mucho tiempo me he preguntado por esa bárbara tierra de la que procedes, y me vendrán bien unas vacaciones lejos de mi esposa. Yo también voy.

—Hocho —dijo Pug riendo—, la academia es un sitio agreste, desprovisto de las comodidades a las que estás acostumbrado.

Hochopepa dio un paso al frente.

—No te preocupes por eso. Milamber, vas a necesitar aliados en tu mundo. Puede que hable con ligereza, pero tus amigos van a necesitar ayuda y pronto. El Enemigo es algo que supera la experiencia de todos nosotros. Empezaremos a combatirlo ahora. Por lo que respecta a la incomodidad, me las apañaré.

—Además —dijo Pug—, te has estado relamiendo los labios con la biblioteca de Macros desde que la mencioné.

Meecham sacudió la cabeza.

—Kulgan y él, dos guisantes de la misma vaina.

—¿Qué es un guisante? —dijo Hochopepa.

—Pronto lo descubrirás, viejo amigo. —Pug abrazó a Hocho y a Shimone, entrechocó la mano de Meecham y Dominic, e hizo reverencias a los demás miembros de la Asamblea—. Seguid las instrucciones para activar la fractura tal y como yo las he escrito. Y aseguraos de cerrarla una vez la hayáis cruzado, puede que el Enemigo todavía busque una fractura para acceder a nuestros mundos. Yo iré a las tierras de los Shinzawai, el destino más septentrional a donde puedo llegar por los diseños. Allí tomaré un caballo y cruzaré la tundra de los thün. Si los Observadores siguen existiendo, los encontraré y regresaré a Midkemia con lo que sepan del Enemigo. Entonces nos encontraremos. Hasta entonces, cuidaos, amigos míos.

Pug entonó el conjuro necesario y desapareció con un resplandor.

Los otros se quedaron allí un rato, hasta que Hochopepa habló.

—Vamos, hemos de prepararnos. —Miró a Dominic, Meecham y Elgahar—. Vamos, amigos.

Venganza

Jimmy se despertó sobresaltado.

Alguien se había acercado caminando por la superficie Jimmy había pasado el día durmiendo con los demás, esperando que cayera la noche para ir a investigar el edificio negro. A él le había correspondido la posición más cercana a la superficie.

Jimmy se estremeció. Todo el día sus sueños habían sido extraños, dominados por imágenes desazonadoras. No verdaderas pesadillas, sino sueños llenos de extrañas añoranzas y esquivos recuerdos. Era casi como si hubiera heredado los sueños de otro, y ese otro no fuera humano. De alguna forma sentía viejas recuerdos de furia y odio. Se sintió sudor.

Sacudiéndose la extraña sensación, miró hacia abajo los demás estaban dormitando, excepto Baru, que al parecer estaba meditando. Por lo menos, estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos ante sí, los ojos cerrados y la respiración constante.

Jimmy subió un poco, con cautela, hasta que estuvo justo por debajo de la salida a la superficie. Podían oírse dos voces a cierta distancia.

—... por alguna parte.

—Si ha sido tan estúpido como para entrar, entonces la culpa es suya —llegó otra voz con un extraño acento. Un hermano oscuro, pensó Jimmy.

—Bueno, pues yo no voy a ir detrás de él; no después de que nos advirtieran que nos mantuviéramos alejados —dijo la segunda voz humana.

—Reitz dijo que buscáramos a Jaccon, y ya sabes lo que opina de la deserción. Si no encontramos a Jaccon, nos hará arrancarlas orejas del enfado —se quejó el primer humano.

—Reitz no es nadie —llegó la voz del moredhel—. Murad ha ordenado que nadie entre en el edificio negro. ¿Desafiaríais su ira y os enfrentaríais a sus matadores negros?

—No —dijola primera voz humana—, pero más vale que pienses algo que decirle a Reitz, yo acabo de...

Las voces se perdieron en la distancia. Jimmy esperó hasta que no pudieron oírse y luego se atrevió a echar un rápido vistazo. Dos humanos y un moredhel caminaban hacia el puente, y uno de los humanos gesticulaba. Se detuvieron junto al extremo el puente, señalando hacia la construcción y discutiendo algo. Hablaban con Murad. Al otro extremo del puente, Jimmy pudo ver una compañía completa de jinetes humanos, esperando mientras los cuatro cruzaban.

El chico bajó y despertó a Arutha.

—Arriba tenemos compañía —susurró el muchacho, y bajó la voz aún más para que Baru no pudiera oírle—. Y nuestro viejo amigo de la cara cortada está con ellos.

—¿Cuánto falta para la puesta de sol?

—Menos de una hora, quizá dos hasta que sea plena noche.

Arutha asintió y se acomodó para esperar. Jimmy pasó junto a él hacia el suelo de la caverna superior y rebuscó en su mochila un trozo de carne seca. Su estómago le había estado recordando que el día anterior no hacía comida y decidió que si iba morir esa noche, mejor comía primero.

El tiempo pasó lentamente, y Jimmy se dio cuenta de que algo más allá de la tensión normal esperable en esta situación había contagiado el ánimo de todos los miembros de la compañía de Arutha. Martín y Laurie estaban sumidos en un silencio melancólico, y Arutha parecía introspectivo casi hasta el punto de la catatonía. Baru parecía estar en trance y entonaba cánticos en silencio, mientras que Roald estaba sentado mirando una de las paredes como si contemplara alguna imagen invisible. Jimmy se sacudía de la mente unas imágenes distantes de gente extraña, vestida de forma rara y dedicada a tareas inhumanas, y se obligó a ponerse alerta.

—Eh —dijo con la autoridad justa para llamarles la atención a los demás—. Todos parecéis... perdidos.

La mirada de Martín se enfocó.

—Yo... estaba pensando en padre.

Arutha habló en voz baja.

—Es este sitio. Yo casi... había perdido la esperanza, estaba a punto de abandonar.

—Yo volvía a estar en la Grieta de Cutter —dijo Roald—, sólo que el ejército de Highcastle no iba a llegar a tiempo.

—Yo estaba cantando... mi salmodia fúnebre —dijo Baru.

Laurie cruzó y se puso junto a Jimmy.

—Es este sitio. Yo estaba pensando que Carline había encontrado a otro mientras yo estaba fuera. —Miró a Jimmy—. ¿Y tú?

Jimmy se encogió de hombros.

—Yo también me he encontrado raro, pero quizá sea mi edad o algo. A mí sólo me ha hecho pensar en gente rara vestida con ropa extraña. No lo sé. Me hace sentir

algo enfadado.

—Los elfos dijeron que los moredhel venían aquí a tener sueños místicos.

—Vueno, lo que yo sé es que todos os parecíais a esos muertos andantes —fue hacia la grieta de salida—. Está oscuro. ¿Qué tal si voy yo a echar un vistazo? Si la cosa está tranquila podemos ir todos luego.

—Creo que quizá tú y yo deberíamos ir juntos —dijo Arutha.

—No —dijo el ladronzuelo—. Odio faltar al respeto, pero si voy a arriesgar mi vida haciendo algo en que soy un experto, dejadme que lo haga solo. Hace falta colarse en ese sitio, y no quiero tener que llevar a nadie a cuestas.

—Es demasiado peligroso —dijo Arutha.

—Eso no voy a negarlo —dijo Jimmy—. Estoy seguro de que va a hacer falta mucha habilidad para reventar esa capilla de los Señores de los Dragones, y si tenéis un mínimo de sentido común, me dejaréis ir solo. De lo contrario estaréis muerto antes de que yo pueda decir «No piséis ahí, Alteza», y nos hubiera ido igual si no nos hubiéramos tomado las molestias. Podíamos haber dejado que los Halcones Nocturnos os agujerearan, y yo habría pasado muchas más noches cómodas en Krondor.

—Tiene razón —dijo Martin.

—No me gusta, pero tenéis razón —dijo Arutha. Se dirigió al muchacho, que ya se estaba dando la vuelta para irse—. ¿Te he dicho que algunas veces me recuerdas a ese pirata de Amos Trask?

En la oscuridad pudieron sentir la amplia sonrisa del muchacho.

Jimmy se encaramó por la grieta y echó una ojeada fuera. Al no ver a nadie, corrió hacia el edificio. Llegó junto a la pared y avanzó pegado a ella hasta alcanzar la puerta. Se quedó parado un momento, considerando la mejor forma de atacar el problema. Volvió a estudiar la puerta, y luego escaló la pared rápidamente, apoyando los dedos de las manos y de los pies en las molduras que rodeaban la puerta. Volvió a estudiar la antecámara a través de la ventana. Unas puertas dobles se abrían al fondo, hacia la oscuridad. Por lo demás, la habitación estaba vacía. Jimmy miró hacia arriba y se encontró con un techo desnudo. ¿Qué esperaría dentro para matarlo? Tan seguro como que los perros tenían pulgas que dentro había una trampa. Y si era así, ¿de qué tipo y cómo evitarla? De nuevo Jimmy sintió ese picorcillo que le indicaba que había algo raro en aquel sitio.

Jimmy se descolgó hasta el suelo y respiró hondo. Alargó la mano y descorrió el cerrojo de la puerta. Dio un tirón y se echó a un lado de un salto, a la izquierda, para que la puerta al abrirse hacia fuera lo escudara por un instante de cualquier cosa que hubiera en el interior. No pasó nada.

Jimmy miró cautelosamente al interior, dejando que sus sentidos buscaran inconsistencias, errores en el diseño del sitio, cualquier pista que revelara una trampa.

No vio nada. Jimmy se apoyó en la puerta. ¿Y si las trampas eran mágicas? No tenía defensas contra cualquier encantamiento diseñado para matar humanos, gente que no fuera moredhel, a cualquiera que fuera vestido de verde o lo que fuera. Jimmy pasó la mano por el umbral, preparado para sacarla al instante. No pasó nada.

Jimmy se agachó. Luego se tumbó. Desde un ángulo tan bajo todo parecía diferente y tenía la esperanza de poder distinguir algo. Al ponerse en pie, algo sí que percibió. El suelo estaba hecho de losas de mármol del mismo tamaño y textura, con diminutas rendijas entre ellas. Pisó suavemente la losa que había frente a la puerta, cargando poco a poco su peso en ella, tratando de distinguir algún movimiento. No lo hubo.

Jimmy entró y avanzó hacia las puertas del fondo. Inspeccionaba cada una de las baldosas antes de pisarlas, y decidió que no había trampas.

Inspeccionó las paredes y el techo, evaluando todos los aspectos de la habitación que pudieran proporcionarle algún indicio. Nada. Esa vieja y familiar sensación seguía escamando a Jimmy: aquí pasaba algo raro.

Con un suspiro, Jimmy se plantó ante las puertas abiertas que conducían al corazón del edificio y entró.

Jimmy había visto muchos tipejos patibularios en su antiguo trabajo, y este Jaccon no hubiera desentonado nada entre ellos. Jimmy se tumbó y le dio la vuelta al cadáver, cuando el peso del muerto cayó sobre la otra losa que había frente a la puerta, se escuchó un débil chasquido y algo pasó volando sobre su cabeza. Jimmy examinó a Jaccon y encontró un pequeño dardo clavado en el pecho del hombre cerca de la clavícula. Jimmy no lo tocó, no le hacía falta: sabía que estaba impregnado de un veneno de acción rápida. Otro elemento de interés en el tipo era una daga bellamente labrada con la empuñadura de pedrería. Jimmy la sacó del cinto del hombre y se la metió dentro de la blusa.

Jimmy se puso en cuclillas. Había recorrido un pasillo largo, desnudo y sin puertas hasta un nivel subterráneo del edificio. Creía estar a menos de cien metros de las cavernas donde esperaban Arutha y los demás. Había tropezado con el cadáver en la única puerta que salía del pasillo. La baldosa de piedra que había frente a la puerta estaba ligeramente hundida.

Se levantó y tanteó al otro lado la puerta, diagonalmente para no pisar la losa que estaba frente a la puerta, sino la de al lado. La trampa era tan evidente que pedía cautela a gritos, pero este tonto, en su carrera hacia las imaginadas riquezas, había caído de lleno en ella. Y había pagado el precio.

Algo preocupaba a Jimmy. La trampa era demasiado evidente. Era como si alguien quisiera que se confiara en su habilidad para vencerla. Sacudió la cabeza. Cualquier impulso que hubiera sentido hacia el descuido había desaparecido. Ahora era un verdadero profesional, un ladrón que comprendía que cualquier paso en falso

muy posiblemente sería el último.

Jimmy deseó tener más luz que la que proporcionaba la única antorcha que había traído. Inspeccionó el suelo bajo Jaccon y vio otra losa movida. Pasó su mano por la jamba y no detectó un cordel ni ningún otro dispositivo activador. Cruzando el umbral, evitando las losas que había frente a la puerta, Jimmy dejó atrás el cadáver y siguió avanzando hacia el corazón del edificio.

Era una habitación circular. En su centro se alzaba un esbelto pedestal. Sobre éste había una esfera de cristal, iluminada desde arriba por una invisible fuente de luz. Y dentro de la esfera descansaba una sola rama con hojas de color verde brillante, bayas rojas y espinas como de plata. Jimmy anduvo con cuidado. Miró por todos lados excepto donde se encontraba el pedestal. Exploró cada centímetro de la habitación al que pudo llegar sin entrar en el haz de luz que rodeaba a la esfera, y no encontró nada que se pareciera al dispositivo activador de una trampa. Pero esa sensación en el fondo de su mente, que lo había acompañado todo el tiempo, seguía gritando que aquí pasaba algo raro. Desde el descubrimiento de Jaccon, había evitado tres trampas diferentes, todas lo bastante fáciles de encontrar para cualquier ladrón competente. Y ahora, donde esperaba encontrar la última trampa, no había ninguna.

Jimmy se sentó en el suelo y empezó a pensar.

Arutha y los demás se pusieron alerta. Jimmy llegó bajando por la grieta y aterrizó con un ruido seco en el suelo de la cueva.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó Arutha.

—Es un sitio grande. Tiene muchas habitaciones vacías, todas dispuestas de forma muy inteligente para que sólo haya un camino desde la entrada hasta el centro del edificio. Lo único que hay dentro es una especie de altarcito en el centro. Hay varias trampas, lo bastante sencillas para evitarlas. Pero el conjunto es demasiado raro. Algo no está bien. El edificio es una falsificación.

—¿Qué? —dijo Arutha.

—Sólo imaginad que quisierais atrapar a alguien, pero os preocupara que el individuo fuera bastante inteligente. ¿No creéis que prepararíais un último recurso por si todos los muchachos que contratarais para atrapar al tipo fracasaran?

—¿Crees que el edificio es una trampa?

—Sí, una trampa grande, compleja e inteligente. Vaya, supongamos que tenemos este lago místico donde toda la tribu viene a hacer magia, extraer poder de los muertos o lo que sea que hacen los hermanos oscuros ahí arriba. Queremos añadir este último recurso, así que pensamos como humanos. Quizá los Señores de los Dragones no construían edificios, pero los humanos lo hacen, así que construimos

este edificio, este enorme edificio vacío. Entonces colocamos una ramita de espino de plata en algún sitio, como en un altarcito, y disponemos una trampa. Alguien encuentra los pequeños saludos que hemos ido dejando a lo largo el camino, los supera, considerándose muy, muy listo, llega, encuentra el espino de plata, lo coge y...

—Y la trampa salta —dijo Laurie, apreciando la lógica del muchacho.

—Y la trampa salta —dijo Jimmy—. No sé cómo lo han hecho, pero me apuesto a que la trampa es una magia de algún tipo. El resto fueron demasiado fáciles de encontrar, y al final no había nada. Me apuesto a que nada más tocar la esfera con el espino de plata se cierran una docena de puertas entre vos y la salida, un centenar de esos guerreros muertos salen de las paredes, o sencillamente el edificio entero se os cae encima.

—No estoy convencido —dijo Arutha.

—Mirad, ahí afuera hay una panda de bandidos codiciosos. La mayoría de ellos no son demasiado listos, o no serían forajidos viviendo en las montañas. Serían ladrones de ciudad. Además de ser estúpidos, son codiciosos. Así que vienen aquí arriba para ganarse algo de oro buscando al príncipe y les dicen «No entréis en el edificio». Pero claro, cada uno de esos inteligentes chavalotes cree que los moredhel están mintiendo, porque sabe que el resto son tan imbéciles y avariciosos como él. Uno de esos listillos se cuela a echar un vistazo y a cambio recibe un dardo en el pescuezo. Después de encontrar la esfera en el pedestal, retrocedí y examiné aquello cuidadosamente. Ese sitio lo han construido los moredhel, recientemente. Es tan antiguo como yo. Está construido principalmente en madera, con revestimiento de piedra. He estado en edificios antiguos, y este no es uno de ellos. No sé cómo lo han hecho. Quizá con magia, o quizá con muchos esclavos, pero no tiene más de unos meses.

—Pero Galain dijo que esto era un sitio de los valheru —dijo Arutha.

—Yo creo que Galain estaba en lo cierto, pero que Jimmy también lo está —dijo Martin—. ¿Recuerdas lo que me contaste del rescate de Tomas de las estancias subterráneas de los valheru, justo antes de la guerra? —Arutha asintió—. Ese sitio sonaba parecido a éste.

—Encended una antorcha —dijo Arutha. Roald lo hizo, y se apartaron de la grieta.

—¿Ha notado alguien que el suelo es bastante liso para ser una cueva? —dijo Laurie.

—Y las paredes son muy regulares —añadió Roald.

Baru miró a su alrededor.

—Con las prisas no hemos examinado a fondo este sitio. No es natural. El chico tiene razón, el edificio es una trampa.

—Este sistema de cavernas ha tenido dos mil años o más para desgastarse —dijo Martin—. Con esa fisura sobre nosotros, la Lluvia cae por aquí todos los inviernos, al

igual que las filtraciones del lago. Ha erosionado la mayor parte de lo que había esculpido en las paredes. —Pasó la mano por lo que a primera vista parecían ser bultos en la piedra—. Pero no todo. —Señaló algún tipo de representación en las paredes, convertida en abstracta tras siglos de erosión.

—Y por eso soñamos antiguos sueños de desesperanza.

—Hay algunos túneles que no hemos explorado. Echemos un vistazo —dijo Jimmy.

Arutha miró a sus compañeros.

—Muy bien. Tú abres la marcha, Jimmy. Volvamos a aquella cueva con tantas salidas, entonces tú escoges la que más te guste y veremos hasta dónde conduce.

En la tercera galería encontraron una escalera que descendía. Siguiéndola llegaron hasta un gran pasillo, antiquísimo a juzgar por los sedimentos que había en el suelo.

—Ningún pie ha pisado este pasillo en eras —dijo Baru mirándolo.

Martin tamborileó en el suelo con la punta de su bota y estuvo de acuerdo.

—Esto es una acumulación de años.

Jimmy los condujo hacia delante, pasando bajo gigantescos arcos de los que colgaban soportes para antorchas cubiertos de polvo, oxidados hasta la inutilidad. Al fondo del pasillo descubrieron una cámara. Roald inspeccionó las bisagras de hierro, que ahora eran pegotes de óxido grotescamente retorcidos y apenas reconocibles, donde una vez habían colgado enormes puertas.

—Sea lo que sea lo que quiso pasar por aquí cuando la puerta estaba en su sitio, no parecía muy dispuesto a esperar.

Jimmy atravesó el portal y se detuvo.

—Mirad esto.

Estaban frente a lo que parecía ser un gran salón, con débiles ecos de una antigua grandeza. Tapices, que ahora eran poco más que andrajos sin indicio alguno de color, colgaban de las paredes. Sus antorchas proyectaron sombras temblorosas en las paredes, dando la impresión de que los antiguos recuerdos estaban despertando tras eones de sueño. Lo que una vez podrían haber sido objetos reconocibles ahora eran pilas de basura dispersas por la estancia. Astillas de madera, un trozo de hierro retorcido, una solitaria esquirra de oro... todo ello eran pistas de lo que una vez podían haber sido, pero sin revelar las verdades perdidas. El único objeto intacto en la habitación era un trono de piedra situado sobre un estrado en el centro de la pared de la derecha. Martin se acercó y tocó suavemente la antiquísima piedra.

—Una vez aquí se sentó un valheru. Esta era la sede de su poder.

Como si recordaran un sueño, todos los que estaban en la estancia percibieron lo alienígena que era aquel sitio. Aun pasados milenios, el poder del Señor de los Dragones seguía siendo una débil presencia. No había posibilidad de error: aquí

estaban en el corazón del legado de una raza ancestral. Esta era una de las fuentes de los sueños de los moredhel, uno de los nexos de poder a lo largo de la senda oscura.

—No queda mucho —dijo Roald—. ¿Qué provocó esto? ¿Saqueadores? ¿La Hermandad Oscura?

Martin miraba a su alrededor, como si viera eras de historia en el polvo que cubría las paredes.

—No lo creo. Por lo que sé de historia antigua, esto puede llevar así desde la época de las Guerras del Caos. —Señaló la completa destrucción—. Combatían a lomos de dragones. Desafiaron a los dioses, o eso cuentan las leyendas. Pocos testigos de aquella lucha sobrevivieron. Probablemente nunca conoceremos la verdad.

Jimmy había estado dando vueltas por la habitación, mirando aquí y allá. Por fin volvió.

—Aquí no crece nada —dijo el chico.

—¿Entonces dónde está el espino de plata? —preguntó Arutha amargamente—. Hemos buscado por todas partes.

Todos se quedaron en silencio durante unos largos minutos. Finalmente fue Jimmy quien habló.

—En todas partes no. Hemos buscado alrededor del lago —hizo un gesto con la mano abarcando la habitación—, y debajo del lago. Pero no hemos buscado en el lago.

—¿En el lago? —dijo Martin.

—Calin y Galain dijeron que crecía muy cerca de la orilla —dijo Jimmy—. ¿Se le ocurrió a alguien preguntarle a los elfos si este año ha habido lluvias fuertes?

Los ojos de Martin se abrieron de par en par.

—¡El nivel del agua ha subido!

—¿Alguien se viene a nadar? —preguntó Jimmy.

Jimmy encogió la pierna.

—Está fría —susurró.

—Niño de ciudad —le dijo Martin a Baru—. Está a más de dos mil metros de altura en las montañas y le sorprende que el lago esté frío.

Martin se introdujo en el agua; lentamente, para no hacer ruido chapoteando. Baru lo siguió. Jimmy respiró hondo y fue tras ellos, haciendo muecas a cada paso a medida que el agua lo cubría más. Al llegar a una hondonada quedó sumergido hasta la cintura y abrió la boca en un silencioso jadeo de dolor. En la orilla, Laurie hizo una mueca de dolor en solidaridad. Arutha y Roald se mantenían alerta para captar cualquier señal de alarma en el puente. Los tres estaban agazapados en la suave pendiente que conducía hasta el agua. La noche era tranquila, y la mayor parte de los moredhel y los humanos dormían junto al puente. Habían decidido esperar hasta que

se acercara el amanecer. Lo más probable era que los centinelas estuvieran medio dormidos si eran humanos, e incluso los moredhel era probable que supusieran que no iba a pasar nada justo antes del amanecer.

Unos débiles sonidos de movimiento en el agua fueron seguidos por un jadeo cuando Jimmy zambulló la cabeza por primera vez y volvió a sacarla. Tomando aire, se sumergió de nuevo. Trabajaba a ciegas, igual que los demás, tanteando. De repente sintió un dolor en la mano cuando se pinchó con algo entre las rocas cubiertas de musgo. Salió a la superficie con lo que creyó que sería un ruidoso gemido, pero nada en el puente dio a entender que le hubieran oído. Se agachó y tanteó las rocas cubiertas de verdín. Localizó la espinosa planta al volver a pincharse, pero esta vez no se apartó de un brinco. Se llevó dos pinchazos más agarrando una rama y tirando, pero al fin lo logró y salió a la superficie.

—Tengo algo —susurró.

Sonriendo, sostuvo una planta que a la luz de la luna pequeña casi resplandecía blanca. Eran unas bayas rojas colgando de lo que parecía ser una rama de rosal con espinas de plata. Jimmy la examinó con la mirada.

—Ah —dijo con un pequeño gesto triunfal—. La tengo.

Martin y Baru se acercaron e inspeccionaron la planta.

—¿Será suficiente? —preguntó el hadati.

—Los elfos no fueron precisos —dijo Arutha—. Conseguid más si podéis, pero sólo podemos demorarnos unos minutos.

Envolvió cuidadosamente la planta en un trapo y la guardó en su mochila.

En diez minutos consiguieron tres trozos más. Arutha estaba convencido de que aquello era suficiente e hizo la señal para volver a la cueva. Jimmy, Martin y Baru, empapados y helados, corrieron hasta la fisura y entraron, mientras los demás vigilaban.

Dentro de la cueva, Arutha parecía un hombre renacido mientras inspeccionaba las plantas bajo la luz de una pequeña mecha que Roald sostenía en alto. Jimmy no pudo evitar que le castañetearan los dientes al sonreírle a Martin. Arutha no podía apartar los ojos de la planta. Estaba maravillado de las extrañas sensaciones que recorrían su cuerpo mientras contemplaba las ramas con sus espinas color plata, bayas rojas y hojas verdes. Ya que más allá de las ramas, en un lugar que sólo él podía ver, sabía que podría volver a oírse una suave risa, que una mano suave podría tocar su cara, que la encarnación de toda la felicidad que había conocido podría ser suya de nuevo.

—Que me aspen si no creo que vamos a conseguirlo —le dijo Jimmy a Laurie.

Laurie le arrojó a Jimmy su blusa.

—Ahora lo único que hay que hacer es volver.

Arutha levantó la cabeza.

—Vestios rápido. Nos vamos enseguida.

—Estaba a punto de recoger la cuerdas —dijo Galain mientras Arutha remontaba el borde del cañón—. Por los pelos, príncipe Arutha.

—Pensé que sería mejor bajar de la montaña tan pronto como fuera posible, en vez de esperar otro día.

—Eso no puedo discutirlo —admitió el elfo—. Anoche hubo algún tipo de discusión entre el jefe de los renegados y los líderes moredhel. No pude acercarme lo suficiente para escucharlo con claridad, pero como los oscuros y los humanos no se llevan muy bien, me parece que su acuerdo está a punto de acabar. Si pasa eso, puede que el tal Murad decida dejar la espera y empezar a buscar de nuevo.

—Entonces más vale que nos alejemos de aquí tanto como podamos antes de que amanezca por completo.

El cielo ya se estaba poniendo gris a medida que el falso amanecer visitaba las montañas. En parte la suerte estaba con ellos, ya que en esta cara de las montañas tendrían sombras para cubrirse más tiempo que en la otra donde el sol daba directamente. Sería de poca ayuda, pero cualquiera era bienvenida.

Martin, Baru y Roald subieron las cuerdas rápidamente. A Laurie le costó un poco, ya que no era demasiado bueno trepando, un hecho que había olvidado mencionar a los demás. Con los ánimos silenciosos de sus compañeros, finalmente logró completar la subida. Jimmy trepó rápidamente. La luz matinal era cada vez más intensa. Jimmy temió que lo vieran recortado contra la pared de roca del cañón si alguien se apartaba del puente. En su prisa, se volvió imprudente y se resbaló de un saliente, porque la bota le patinó en una piedra. Se aferró a la cuerda y cayó un par de metros, gruñendo al golpear contra la pared del cañón. En ese momento el dolor estalló en su costado y tuvo que reprimir un alarido. Jadeando silenciosamente en busca de aire, apoyó la espalda contra la pared del cañón. Con un movimiento espasmódico envolvió su brazo izquierdo con la cuerda y la agarró bien fuerte. Se palpó con cuidado debajo de la túnica y sintió el cuchillo que le había birlado al hombre muerto. Al vestirse, se lo había metido apresuradamente dentro de la blusa en vez de meterlo en la mochila, como debería haber hecho. Ahora tenía al menos cinco centímetros de acero clavados en el costado.

—Subidme —dijo manteniendo la voz bajo control.

Jimmy casi se soltó con la primera punzada de dolor que sufrió cuando empezaron a tirar de la cuerda. Resbaló y apretó los dientes. Entonces se encontró en la cima.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el príncipe.

—Me he descuidado —respondió el muchacho—. Levantadme la blusa.

Laurie lo hizo y maldijo. Martin le asintió al muchacho, que le devolvió el gesto.

Entonces extrajo el cuchillo y Jimmy casi se desmayó. Martin cortó un trozo de capa y vendó el costado del chico. Le hizo un gesto a Laurie y Roald, que llevaron entre los dos al muchacho mientras se alejaban del cañón.

—No podías hacerlo de la forma sencilla, ¿no? —dijo Laurie mientras se apresuraban a través de la cada vez más luminosa mañana.

Habían logrado evitar que los detectaran durante la primera mitad del día mientras acarreaban a Jimmy. Los moredhel aún no sabían que Moraelin había sido invadido, y miraban hacia fuera, esperando la llegada de los que ahora se iban.

Pero en este momento estaban observando a un centinela moredhel. Éste se encontraba apostado en el saliente que antes había costado tanto cruzar, y bajo el que debían pasar de nuevo. Era cerca del mediodía y estaban acurrucados en una depresión, apenas fuera de la vista. Martin le hizo una serie de gestos a Galain, preguntando si el elfo quería ir primero o segundo. El elfo partió, dejando que Martin lo siguiera. El mediodía estaba tranquilo; ni siquiera había la débil brisa que había enmascarado los pequeños movimientos cuando había pasado por allí tres noches antes. Ahora el elfo y Martin necesitaban todas sus habilidades para avanzar seis metros escasos sin alertar al centinela.

Martin preparó una flecha y apuntó por encima del hombro de Galain. Éste sacó su cuchillo de monte y se puso de pie detrás del moredhel. Le dio un golpecito en el hombro. El elfo oscuro giró sobre los talones ante el inesperado contacto, y Galain le seccionó la garganta con el cuchillo. El moredhel retrocedió y la flecha de Martin lo alcanzó de lleno en el pecho. Galain lo agarró por las rodillas y lo bajó hasta sentarlo. Retorció la flecha de Martin, rompiéndola en vez de intentar sacar la punta. En unos instantes, el moredhel había muerto y aún parecía en su puesto. Martin y Galain se escabulleron y se reunieron con los demás.

—Lo descubrirán en unas pocas horas. Puede que piensen que vamos de camino y nos busquen arriba primero, pero luego bajarán por la montaña. Ahora hay que volar. Estamos a dos días de la frontera de los bosques élficos si no hacemos paradas. Vamos.

Corrieron sendero abajo, Jimmy haciendo muecas de dolor mientras Laurie lo acarreaba.

—Si los caballos siguen allí —murmuró Roald.

—Si no están —dijo Jimmy débilmente—, por lo menos es todo cuesta abajo.

Se detenían sólo lo justo para que los caballos descansaran lo mínimo para sobrevivir a una carrera campo a través. Lo más probable es que los caballos quedaran inservibles después de la galopada, pero eso era inevitable. Arutha no iba a dejar que

nada impidiera su regreso ahora que poseía los medios para curar a Anita. Antes era un hombre al borde de la desesperación; ahora ardía una llama en su interior, y no estaba dispuesto a dejar que nada la extinguiera. Cabalgaron toda la noche.

Unos caballos sudorosos y jadeantes eran conducidos por jinetes agotados a través del sendero del bosque. Se habían adentrado en el bosque denso, aún en las estribaciones de las montañas, pero ya cerca del límite de los bosques élficos. Jimmy estaba semiinconsciente por la pérdida de sangre, el cansancio y el dolor. La herida había vuelto a abrirse en algún momento durante la noche y había sido incapaz de hacer otra cosa que agarrarse el costado. En un momento, los ojos del muchacho se pusieron en blanco y cayó de cara en el camino.

Cuando recuperó el sentido, estaba sentado, sostenido por Laurie y Baru mientras Martin y Roald lo envolvían en vendas limpias cortadas de la capa de Martin.

—Esto tendrá que aguantar hasta que lleguemos a Elvandar —dijo Martin.

—Si vuelve a abrirse, di algo —dijo Arutha—. Galain, monta con él y no dejes que se caiga.

De nuevo estuvieron en la silla, y de nuevo soportaron una cabalgada de pesadilla.

Cerca de la puesta de sol del segundo día, se derrumbó el primer caballo. Martin lo remató rápidamente.

—Correré un trecho —dijo el duque.

Y el duque corrió durante tres millas; aunque el ritmo de los agotados caballos era más lento de lo normal, esto no dejaba de ser una hazaña impresionante. Baru también corrió durante otro poco, y luego Galain, pero estaban llegando al límite. Los caballos se vieron reducidos a un extenuado medio galope y al trote. Luego sólo pudieron andar.

Avanzaron en silencio a través de la noche, limitándose a contar los metros que pasaban a medida que cada minuto los acercaba más a la seguridad, sabiendo que en algún punto tras ellos, el mudo capitán moredhel y sus matadores negros los seguían. Cerca del amanecer cruzaron un pequeño sendero.

—Aquí tendrán que dividirse, ya que no sabrán si hemos torcido hacia el este para ir a Montaña de Piedra —dijo Martín.

—Desmontad —dijo Arutha. Todos obedecieron—. Martin, llévate a los caballos hacia Montaña de Piedra durante un trecho, y luego suéltalos. Seguiremos a pie.

Martin hizo lo que le habían dicho mientras que Baru tapaba el rastro de los que iban a pie. Martin los alcanzó una hora después. Llegó corriendo por un pequeño sendero.

—Creo que he oído algo allí detrás —dijo el duque—. No estoy seguro. Se está levantando viento y el sonido era muy débil.

—Seguimos hacia Elvandar —dijo Arutha—, pero manteneos alerta en busca de una posición defendible.

Empezó una titubeante carrera, y los demás lo siguieron, con Jimmy sostenido por Martin.

Durante casi una hora medio corrieron y medio avanzaron a trompicones, hasta que pudieron oír el eco de los sonidos de una persecución a través del bosque. Sintieron un estallido de energía cuando el miedo los impulsó. Entonces Arutha señaló un peñasco, un semicírculo que formaba un bastión natural casi perfecto.

—¿Cuánto falta para la ayuda? —le preguntó a Galain.

El elfo estudió los bosques a la clara luz de la mañana.

—Estamos cerca del linde de nuestro bosque. Mi gente estará a una hora de distancia, quizá dos.

Arutha le entregó rápidamente al elfo el paquete que contenía el espinoso de plata.

—Llévate a Jimmy. Los contendremos aquí hasta que vuelvas.

Todos sabían que lo del paquete era en caso de que el elfo no volviera a tiempo. Al menos se podría curar a Anita.

Jimmy se sentó en una piedra.

—No seáis ridículos. Conmigo tardará el doble en alcanzar la ayuda. Sigo pudiendo luchar parado mejor de lo que puedo correr. —Con esto gateó hasta ponerse sobre el peñasco y sacó el puñal.

Arutha miró al muchacho: cansado, sangrando de nuevo, casi derrumbado por la fatiga y la pérdida de sangre, pero sonriéndole mientras empuñaba el cuchillo. Arutha asintió con una inclinación de cabeza y el elfo partió. Rápidamente se cubrieron detrás de las rocas, sacaron las armas y esperaron.

Estuvieron agazapados tras las rocas durante unos minutos que se hicieron eternos, sabiendo que cada minuto que pasaba, sus posibilidades de ser rescatados se incrementaban. Casi con cada latido podían sentir que tanto el rescate como la aniquilación corrían hacia ellos. El azar, tanto como cualquier otro factor, iba a ser determinante para su supervivencia. Si Calin y sus guerreros esperaban cerca del límite del bosque, y Galain tardaba poco en localizarlos, había esperanza, si no, no habría ninguna. En la distancia se fue haciendo más fuerte el ruido de jinetes que se acercaban. Cada momento pasaba lentamente, cada instante de posible descubrimiento se hacía interminable, y la agonía de la espera aumentaba. Entonces, en un alivio casi bienvenido, resonó un grito y los moredhel les dieron alcance.

Martin se puso en pie con el arco preparado en busca de un blanco. El primer moredhel en verlos fue arrancado de la silla de montar por la fuerza de flechazo que recibió en el pecho. Arutha y los otros se prepararon. Una docena de jinetes moredhel se pararon en seco. Sobresaltados por el repentino disparo. Antes de que pudieran reaccionar, Martin derribó a otro. Tres se dieron la vuelta y huyeron, pero los demás se lanzaron a la carga.

El peñasco era amplio y escarpado, haciendo imposible que los moredhel los arrollaran, pero éstos vinieron al galope de todas formas, con los cascos de sus caballos retumbado contra el suelo todavía húmedo. Aunque cabalgaban encorvados sobre el cuello de sus caballos para cubrirse, dos más cayeron ante el arco de Martin antes de alcanzar el bastión de roca. Entonces los moredhel cayeron sobre ellos. Baru se subió a las rocas de un salto, y su espada larga trazó un torbellino en el aire. Un moredhel cayó con el brazo amputado.

Arutha cogió carrerilla y saltó de las rocas, derribando de la silla a un hermano oscuro. El moredhel murió bajo su cuchillo. El príncipe giró sobre sus talones, desenvainado el estoque mientras otro jinete le embestía. El príncipe mantuvo la posición hasta el último momento, entonces, con un repentino salto a un lado y un tajo desmontó al jinete. Una rápida estocada y el moredhel murió.

Roald tiró a otro de la silla y ambos resbalaron tras la protección de las rocas, Jimmy esperó mientras rodaban y, en cuanto vio una apertura, otro hermano oscuro murió de una puñalada.

Los dos que quedaban vieron a Laurie y Martin preparados y eligieron batirse en retirada. Ambos murieron cuando el arco de Martin tañó bajo el sol matinal. Tan pronto cayeron de la silla, Martin bajó de las rocas. Rápidamente saqueó los cuerpos y volvió con un arco corto y dos aljabas de flechas.

—Casi se me han acabado —dijo señalando su aljaba—. Estas son más pequeñas, pero puedo usar este arco corto de jinete si hace falta.

Arutha miró a su alrededor.

—Pronto vendrán más.

—¿Corremos? —dijo Jimmy.

—No. Sólo ganaríamos un poco de terreno y puede que no encontrásemos una posición tan defendible. Esperaremos.

Pasaron los minutos y todos esperaron con los ojos puestos en el sendero por el que sabían que vendrían los moredhel a atacarlos.

—Corre, Galain, corre —susurró Laurie.

El bosque estuvo en silencio durante lo que pareció una eternidad. Entonces, envuelta en una nube de polvo levantada por los cascos de sus caballos, apareció una compañía de jinetes.

El gigantesco mudo, Murad, iba en vanguardia, seguido de una docena de matadores negros. Tras ellos iba un grupo de moredhel y renegados humanos. Murad detuvo su caballo e hizo un gesto para que los demás hicieran lo mismo.

—Por lo menos hay cien de ellos —dijo Jimmy.

—Cien no, más bien treinta —dijo Roald.

—Son suficientes —añadió Laurie.

Arutha observó desde las rocas.

—Quizá podamos contenerlos algunos minutos.

Todos sabían que la situación era desesperada.

Entonces Baru se puso en pie, y antes de que nadie pudiera impedirlo empezó a gritarle a los moredhel en un idioma desconocido para Jimmy, el príncipe y Martin. Laurie y Roald sacudieron las cabezas.

Arutha fue a detener al montañés, pero Laurie se lo impidió.

—No. Está desafiando a Murad a un combate singular. Cuestión de honor.

—¿Aceptará?

Roald se encogió de hombros.

—Son una panda muy rara. He luchado antes contra los hermanos oscuros. Algunos de ellos son renegados sin escrúpulos, pero la mayoría sigue a rajatabla un código de honor; rituales y tal. Depende de dónde se los encuentre uno. Si esos son una partida de incursores del norte de Yabon, se limitarán a atacar. Pero si Murad está al mando de una banda de hermanos oscuros de los bosques, chapados a la antigua, puede que no se tomen bien que rehúse. Si está intentando demostrar que está respaldado por poderes mágicos, no puede permitirse rehusar o perdería su lealtad. Pero principalmente depende de lo que Murad piense acerca de las cuestiones de honor.

—Sea cual sea el resultado, Baru los ha confundido —comentó Martin.

Arutha podía ver a los moredhel allí parados mientras el mudo miraba impasiblemente a Baru. Entonces Murad señaló al montañés y a los demás. Un moredhel embozado en una capa se adelantó, puso su caballo frente al de Murad y le dijo algo en tono interrogativo.

El mudo volvió a señalar y el moredhel que le había hablado señaló en la dirección opuesta. Los jinetes moredhel, excepto los de las armaduras negras, retrasaron sus monturas varios metros.

Uno de los humanos se adelantó a caballo y se encaró con Murad. Le gritó algo al caudillo moredhel, y varios humanos se hicieron eco.

—¿Puedes distinguir lo que están diciendo, Martin? —dijo Arutha.

—No. Pero sea lo que sea no es muy halagador, eso seguro.

De repente Murad sacó su espada y le dio con el pomo al humano que lo había ofendido. Otro de los humanos gritó algo y pareció dispuesto a acercarse, pero dos moredhel le cerraron el paso. Con expresión de desagrado el primer humano volvió su caballo y se unió a los demás.

Murad señaló de nuevo a los compañeros y cargó a caballo.

Baru saltó de las rocas y se adelantó un trecho corriendo para ponerse en posición. Se mantuvo firme, con la espada echada hacia atrás para golpear. Cuando el caballo estaba casi encima de él, Baru se echó a un lado y golpeó con un tajo circular. El caballo relinchó de dolor y tropezó.

El animal herido cayó al suelo. Murad, a pesar de su masa corporal, rodó ágilmente y se puso en pie con la espada en la mano. Fue rápido y se volvió justo a tiempo para parar el ataque de Baru. Ambos combatientes se trabaron, y el acero entrechocó con el acero.

Arutha miró a su alrededor. La docena de matadores negros esperaba en silencio, aunque por cuánto eso no lo sabía. Con Murad decidiendo un asunto de honor, puede que esperaran hasta que el asunto se resolviera. El príncipe lo deseaba fervientemente. Todos los ojos observaban.

—No bajéis la guardia —dijo Martin—. Tan pronto termine esto, acabe como acabe, vendrán a por nosotros.

—Al menos puedo recuperar el aliento —dijo Jimmy.

Arutha examinó la zona circundante. Se acercaban unos veinte moredhel más. Lo único que Baru estaba consiguiendo era ganar tiempo.

Murad golpeó y fue golpeado. En cuestión de minutos ambos combatientes eran una masa de heridas sangrantes, testimonio de cómo cada uno era capaz de descargar golpes casi mortales, pero no del todo. Corte y parada, estocada y respuesta, tajo y esquivas, la lucha continuaba. El hadati era igual de alto que el elfo, pero éste era más corpulento. Con una serie de poderosos mandobles, Murad empezó a hacer retroceder a Baru.

Martin preparó su espada.

—Baru se está cansando. Esto acabará pronto.

Pero igual que un bailarín sincronizaba sus movimientos con la música, Baru dejó que Murad cayera en una rutina. La espada subía y bajaba y, una de las veces que estaba subiendo, Baru detuvo su retirada y en vez de eso dio un paso al frente y se apartó. Con un barrido de la espada, rajó la caja torácica de Murad. Era un corte profundo que sangraba ferozmente.

—Eso ha sido una sorpresa —dijo Martin tranquilamente.

—Un movimiento condenadamente bueno —dijo Roald en tono de crítica profesional.

Pero Murad no dejó que el ataque por sorpresa acabara con él. Se giró y agarró el brazo de la espada del hadati. Murad perdió el equilibrio, pero arrastró a Baru al suelo con él. Se agarraron y rodaron colina abajo hacia las rocas donde estaba Arutha. Las armas se resbalaron de unas manos empapadas de sangre y los combatientes la emprendieron a puñetazos.

Volvieron a ponerse en pie, pero Murad había rodeado la cintura de Baru con sus brazos. Levantando en el aire al hadati, el moredhel colocó sus manos entrelazadas en la cintura de Baru, apretando en un intento de romperle la columna. Baru echó la cabeza atrás y gritó de dolor. Entonces golpeó con fuerza las orejas del moredhel con las manos, rompiéndole los tímpanos.

Murad emitió un grito gorgoteante y estrangulado de dolor al soltar a Baru. La criatura se tapó las orejas con las manos, cegado de dolor por un momento. Baru retrocedió y le propinó un puñetazo en el rostro al moredhel, un golpe devastador que rompió la nariz de Murad, le arrancó varios dientes y le partió el labio.

Baru lo golpeó una vez más en la cara, echándole la cabeza atrás, y otra. El hadati parecía a punto de aporrear al moredhel hasta la muerte. Pero Murad agarró la muñeca de Baru y lo tiró al suelo, y de nuevo los dos rodaron.

Murad se puso encima de Baru. Ambos tenían las manos en el cuello del otro. Con gruñidos de dolor y cansancio, ambos empezaron a intentar estrangularse.

Jimmy se agachó y cogió una daga del cadáver del moredhel que había a sus pies, para apoyar a su puñal.

—Pronto, pronto —dijo Martin.

Murad cayó sobre Baru con todo su peso, y el rostro se le estaba poniendo rojo, igual que el del hadati. Ninguno de los dos podía respirar, y sólo era cuestión de ver quién podría aguantar más. Baru soportaba el peso del moredhel sobre sí, pero Murad tenía una profunda herida en el costado que seguía sangrando, debilitándolo con cada segundo que pasaba.

Entonces, con un gruñido y un suspiro, Murad cayó hacia delante sobre Baru. Durante un largo rato se hizo el silencio en el bosque antes de que Murad volviera a moverse. Se cayó de encima de Baru. El hadati se incorporó lentamente. Cogiendo un cuchillo del propio cinto del moredhel, le cortó lentamente la garganta. Se sentó en el suelo y respiró hondo. Luego, con un deliberado desprecio por su propia seguridad, clavó el cuchillo en el pecho de Murad.

—¿Qué hace? —preguntó Roald.

—Recuerda lo que dijo Tathar acerca de los matadores negros —dijo Martin—. Le está arrancando el corazón por si intentara volver a levantarse.

Más moredhel y renegados se habían unido a la compañía que estaba contemplando el combate, y ahora más de cincuenta jinetes veían como Baru despedazaba al caudillo moredhel. El hadati le abrió el pecho, metió la mano en la herida y de un solo tirón arrancó el corazón de Murad. Levantando la mano para que todos pudieran verlo, demostró a la reunión de moredhel y humanos que el corazón de Murad ya no latía. Luego lo tiró a un lado y se puso en pie tambaleándose.

Con una carrera insegura y tambaleante, trató de alcanzar las rocas, que sólo estaban a diez metros de distancia. Un jinete moredhel avanzó para atacarlo por el flanco, y Jimmy arrojó su daga. La punta se clavó en el ojo de la criatura, haciendo que gritara y cayera de la silla. Pero otro logró llegar hasta Baru y pegarle un tajo.

La espada lo alcanzó en el costado, y el hadati cayó hacia delante.

—¡Maldito seas! —Gritó Jimmy al borde de las lágrimas—. ¡Había ganado! ¡Podrías haberle dejado volver!

Lanzó el puñal, pero el otro jinete lo esquivó. El moredhel que había derribado a Baru se puso rígido y se dio la vuelta, y Arutha y sus compañeros vieron una flecha clavada en su espalda. Otro moredhel gritó algo y dejó a un lado el arco. Esto provocó un grito de protesta de un tercer moredhel y de uno de los humanos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Arutha.

—El que mató a Baru era un renegado, alguien sin honor. Ese tipo del caballo parece haber sido de la misma opinión que Jimmy —dijo Roald—. El hadati ganó, se le debería haber permitido volver para morir con sus compañeros. Ahora el que lo ha matado, los humanos y otro renegado se están gritando los unos a los otros. Puede que ganemos un poco de tiempo, o al menos quizá alguno de ellos se vaya, ya que su gran jefe ha muerto.

En ese momento los matadores negros cargaron.

Martin se incorporó y empezó a disparar. La velocidad del arquero era fenomenal, y tres jinetes fueron desmontados antes de alcanzar el parapeto de roca.

El acero chocó contra el acero y comenzó la batalla. Roald se subió a las rocas de un salto, como había hecho Baru antes, y su espada también derribó a todos cuantos se pusieron a su alcance. Ningún moredhel podía acercarse lo suficiente para golpearle con su espada corta, mientras que su espada ancha repartía muerte para todos los que se acercaban.

Arutha paró un ataque que iba dirigido contra Laurie, y luego golpeó hacia arriba para matar a un jinete. Roald saltó y derribó a otro de la silla, aporreándolo con la empuñadura de la espada. Siete moredhel murieron antes de que los demás se retiraran.

—No han cargado todos —dijo Arutha.

Los demás pudieron ver que algunos moredhel se habían quedado atrás, y algunos más seguían discutiendo con los renegados humanos. Unos pocos matadores negros seguían a caballo e ignoraban lo que pasaba entre sus compañeros, poniéndose en formación para otra carga.

Jimmy se apropió de la daga de otro moredhel que había caído junto a las rocas, y entonces notó algo. Le tiró a Martin de la manga.

—¿Ves a ese tipejo feo de la coraza roja ostentosa con todos esos anillos y baratijas?

Martin vio al individuo al frente de los jinetes humanos.

—Sí.

—¿Puedes matarlo?

—Es un tiro difícil. ¿Por qué?

—Porque tan seguro como que hay elfos en los bosques que ese es Reitz. Es el capitán de esa banda de forajidos. Te lo cargas y el resto seguramente se irá por pies, o al menos se quedarán atrás hasta que se elija un nuevo capitán.

Martin se puso en pie, apuntó y disparó. La flecha voló entre los troncos de los árboles y alcanzó al jinete indicado en la garganta. Con un chasquido, el hombre echó la cabeza atrás y salió despedido de la silla dando un salto mortal.

—Asombroso —dijo Jimmy.

—He tenido que evitar la parte superior de esa coraza —dijo Martin.

—Disparar sin avisar no es muy deportivo —dijo Laurie secamente.

—Te ruego me disculpes —dijo Martin—. Olvidaba que a los trovadores os gusta que los héroes actúen como en vuestras sagas.

—Si somos los héroes —dijo Jimmy— los bandidos deberían huir.

Siguiendo la predicción de Jimmy, los renegados humanos empezaron a murmurar entre ellos, y de repente partieron. Un moredhel les gritó enfadado, y luego ordenó otro ataque contra el grupo del príncipe. Otro moredhel escupió en el suelo delante del primero y volvió su caballo, indicando a varios compañeros que se fueran con él. Unos veinte cabalgaron tras los humanos.

Arutha contó.

—Esta vez son menos de veinte, más los matadores.

Los jinetes desmontaron, incluyendo lo que se habían quedado atrás durante el primer ataque. Habían descubierto que no podían acercarse a las rocas montados a caballo. Se acercaron corriendo, cubriéndose con los árboles y abriéndose en abanico para rodear la posición de Arutha.

—Esto es lo que deberían haber hecho la primera vez.

—Son un poco lentos, pero no completamente estúpidos —comentó Laurie.

Jimmy aferró la daga mientras los hermanos oscuros cargaban.

—Yo hubiera preferido la estupidez.

Los moredhel llegaron en una oleada, y de repente hubo lucha por todos lados. Jimmy se apartó de un salto cuando una espada cayó sobre él desde arriba. Atacó hacia arriba con la daga y alcanzó al moredhel en el estómago.

Roald y Laurie combatían espalda contra espalda, rodeados de hermanos oscuros. Martin disparó hasta que se le agotaron las flechas, momento en que cogió el arco y las flechas moredhel. Sus disparos eran rápidos y precisos y una docena más de hermanos oscuros fueron derribados antes de que soltara el arco y sacara la espada.

Arutha luchaba como un poseso, repartiendo heridas con el estoque a diestro y siniestro. Ningún moredhel podía acercársele y salir ileso. Pero el príncipe sabía que eventualmente el tiempo les vencería. Los defensores se cansarían, perderían brío y morirían.

Arutha sintió que se le iba la fuerza de los brazos cuando la certeza de la muerte caía sobre él. La esperanza no tenía sentido. Seguía habiendo de pie más de veinte moredhel, y ellos sólo eran cinco.

Martin cortaba con la espada, hiriendo a todos los que se le acercaban. Roald y

Laurie tiraban estocadas y paraban, retrocediendo muy poco a poco, pero sucumbiendo lentamente frente a sus atacantes.

Un moredhel saltó el parapeto de piedra y cayó frente a Jimmy. Éste actuó sin vacilar, apenas un poco ralentizado por su costado herido. Atacó y le hizo un corte en la mano al moredhel, haciéndole soltar la espada. El hermano oscuro desenvaino el cuchillo que llevaba al cinto mientras Jimmy volvía a lanzarle una puñalada. Pero el moredhel dio un salto atrás, evitando la hoja del muchacho. Luego se acercó y atacó a Jimmy. El chico apuñaló a lo loco, perdiendo el equilibrio y el cuchillo, y el moredhel cayó sobre él. La hoja de un cuchillo cortó el aire hacia su cara, pero Jimmy esquivó y el puñal chocó contra la piedra. Jimmy agarró la muñeca de la criatura, tratando de apartar el puñal. Pero la hoja iba hacia su cara, ya que el debilitado muchacho no podía con la mayor fuerza del moredhel.

En un momento la cabeza del moredhel se echó atrás y Jimmy pudo ver un cuchillo rebanando la garganta del elfo oscuro, dejando un rastro de sangre. La mano que tenía agarrado al elfo por el pelo lo apartó, y luego se ofreció a Jimmy.

Galain se puso junto al muchacho y lo ayudó a ponerse en pie. Aturdido, Jimmy miró a su alrededor. Los cuernos de caza resonaron en el bosque y el aire se llenó de flechas. Los moredhel se retiraban ante el ataque de los elfos.

Martin y Arutha soltaron las armas y cayeron exhaustos. Roald y Laurie se derrumbaron en el sitio. Calin corrió hacia ellos, dirigiendo a sus guerreros elfos en la persecución.

Arutha levantó la mirada, y las lágrimas de alivio llegaron involuntariamente a sus ojos.

—¿Se acabó? —dijo con voz ronca.

—Se acabó, Arutha —dijo Calin—. Al menos por un tiempo. Volverán, pero para entonces ya estaremos a salvo dentro de los límites de nuestros bosques. A menos que planeen una invasión, los moredhel no se atreverán a cruzar esa frontera. Nuestra magia sigue siendo demasiado fuerte.

Un elfo se inclinó sobre el cuerpo de Baru.

—¡Calin, éste sigue vivo!

Martin se recostó contra las rocas, jadeando.

—Ese hadati es duro.

Arutha rehusó coger la mano de Calin para ponerse en pie, aunque sentía las piernas como si fueran de barro.

—¿Cuánto falta?

—Menos de una milla. Sólo tenemos que cruzar un arroyuelo y estaremos en nuestros bosques.

Lentamente los supervivientes del ataque sintieron que la desesperanza los abandonaba, ya que supieron que ahora sus posibilidades eran excelentes. Con la

escolta élfica era poco probable que los moredhel reunieran una fuerza suficiente para vencerles, aunque se atrevieran a montar otro ataque. Y con Murad muerto, lo más probable es que su liderazgo se derrumbara. A juzgar por el comportamiento de muchos de los hermanos oscuros, estaba claro que para ellos había sido de la máxima importancia. Seguramente su muerte debilitaría los planes de Murmandamus por algún tiempo.

Jimmy se abrazó a sí mismo, preguntándose por el frío que sentía, ya que repentinamente se había sentido devuelto a la cueva de Moraelin. Sintió una extraña dislocación en el tiempo, y supo donde había experimentado antes aquel escalofrío, dos veces, en el palacio y en el sótano de la Casa de los Sauces. Sintió que el vello de la nuca se le erizaba y supo con una terrible certeza que una magia empezaba a funcionar en los alrededores. Se apartó de un salto de las rocas y miró a la arboleda.

—¡Pues más vale que nos vayamos! ¡Mirad! —Gritó señalando.

El cuerpo de un matador negro empezaba a moverse.

—¿No podemos arrancarles los corazones? —dijo Martin.

—Demasiado tarde —gritó Laurie—. Llevan armadura y deberíamos haber actuado antes.

Una docena de matadores negros se estaban poniendo en pie lentamente y se volvían para enfrentarse al grupo de Arutha, empuñando las armas. Empezaron a avanzar hacia el príncipe con paso vacilante. Calin gritó órdenes y los elfos cogieron a los hombres heridos y exhaustos. Acarrearon a Baru entre dos y empezaron a correr.

Los guerreros muertos los persiguieron a trompicones, con las heridas aún sangrando, pero a medida que avanzaban sus movimientos se iban haciendo más fluidos, como si algún poder estuviera perfeccionando su control sobre ellos.

Los muertos vivientes los perseguían con una velocidad cada vez mayor. Los arqueros élficos corrían, se detenían y disparaban; para nada. Las flechas se clavaban en los moredhel muertos, los sacudían y tiraban alguno al suelo. Pero volvían a levantarse.

Jimmy miró hacia atrás, y de algún modo la visión de esos seres corriendo bajo la brillante luz matinal por aquel idílico bosque le resultó mucho más horrible que todo lo que había visto en el palacio o en las alcantarillas de Krondor. Sus movimientos eran sorprendentemente fluidos, mientras corrían armas en mano.

Los elfos que llevaban a los humanos heridos y fatigados siguieron corriendo a la vez que Calin les ordenaba a los demás que contuvieran a los moredhel. Los guerreros elfos desenvainaron las espadas y se enzarzaron con las criaturas; tras parar algunos ataques se batieron en retirada. La retaguardia obstaculizaba a los matadores negros, pero no podía detenerlos.

Los elfos desarrollaron una pautita. Se volvían, luchaban, se retiraban un poco, volvían a luchar y huían. Pero su incapacidad para dañar a sus oponentes sólo le

permitía retrasarlos, no acabar con la amenaza que representaban. Elfos jadeantes y fatigados se esforzaban por contener una riada inexorable. Tras varios minutos, los humanos fueron medio acarreados medio arrastrados a través de un pequeño arroyo.

—Entramos en nuestros bosques, aquí resistiremos.

Los elfos sacaron las espadas y esperaron. Arutha, Martin, Laurie y Roald hicieron lo propio. El primer moredhel entró en el agua, espada en mano, y avanzó chapoteando hacia ellos. Alcanzó la orilla en el mismo momento en que un elfo se disponía a descargar un golpe, pero en el mismo instante en que el muerto viviente ponía pie en ella, pareció percibir algo detrás de los elfos. El elfo lo golpeó sin hacerle nada, pero el matador negro reanimado retrocedió trastabillando, levantando las manos como si quisiera cubrirse.

De repente un jinete pasó como una exhalación junto a los defensores, una figura resplandeciente de blanco y oro. A lomos de un corcel élfico blanco, uno de los legendarios caballos místicos de Elvandar, Tomas se lanzó a la carga contra los moredhel.

El corcel élfico se levantó sobre las dos patas traseras, Tomas bajó de un salto de su lomo y, describiendo un arco dorado con su espada, casi cortó por la mitad al matador negro.

Como un brutal incendio hecho hombre, Tomas recorrió la orilla, trayendo la destrucción a los matadores negros en cuanto atravesaban el arroyo. A pesar de su origen arcano, estaban indefensos ante la fuerza combinada de su brazo y el poder valheru. Varios lograron alcanzarle con sus ataques, que él paró fácilmente y devolvió con una terrible velocidad. Su espada dorada atacaba y la armadura negra se hacía pedazos como si fuera poco más que pellejo reseco. Pero ninguno de los muertos vivientes intentó huir; todos atacaron y todos fueron despachados rápidamente. De los que estaban con Arutha, sólo Martin había visto antes a Tomas en combate, y ni siquiera él había contemplado un espectáculo así. Acabó enseguida, y sólo Tomas quedó de pie en la orilla del arroyo. Entonces llegó el sonido de más caballos. Arutha miró hacia atrás y vio que se aproximaban más corceles élficos, en lo que venían Tathar y otros tejedores de magia élficos.

—Saludos, príncipe de Kronador —dijo Tathar.

Arutha levantó la vista y sonrió débilmente.

—Gracias a todos.

Tomas envainó la espada.

—No he podido viajar con vosotros, pero una vez que esos se atrevieron a cruzar las fronteras de nuestro bosque, pude actuar. Mi deber es preservar Elvandar. Cualquiera que ose invadirlo recibirá este tratamiento. Calin, encárgate de levantar una pira funeraria. Esos demonios negros nunca más volverán a levantarse. —Se volvió hacia los demás—. Cuando acabemos, volveremos a Elvandar.

Jimmy cayó de espaldas sobre la hierba de la orilla, demasiado agotado y dolorido para moverse. En unos momentos se quedó dormido.

La siguiente noche se celebró un banquete. La reina Aglaranna y el príncipe Tomas actuaron de anfitriones para Arutha y sus acompañantes. Galain se acercó a donde Martin y Arutha estaban sentados.

—Baru vivirá. Nuestro sanador dice que es el humano más duro que ha visto nunca —dijo el elfo.

—¿Cuánto pasará hasta que pueda levantarse? —preguntó Arutha.

—Mucho tiempo. Tendréis que dejarlo con nosotros. Por lógica debería haber muerto una hora antes de que llegáramos aquí. Ha perdido mucha sangre y algunos de esos cortes son graves. Murad casi le rompió la columna y le aplastó la traquea.

—Pero aparte de eso, estará como nuevo —dijo Roald desde el otro extremo de la mesa.

—Cuando llegue a casa con Carline prometo no irme nunca más —dijo Laurie.

Jimmy se sentó junto al príncipe.

—No parecéis muy contento para ser alguien que acaba de lograr lo imposible. Pensé que estaríais feliz.

—No lo estaré hasta que Anita se cure. —Pero Arutha se atrevió a sonreír.

—¿Cuándo partimos hacia casa?

—Saldremos para Crydee por la mañana; los elfos nos escoltarán hasta allí. Luego tomaremos un barco hasta Kronдор. Deberíamos estar de vuelta a tiempo para el festival de Banapis. Si Murmandamus no puede localizarme mágicamente, el viaje en barco debería ser seguro. A menos, claro, que prefieras deshacer el camino a caballo.

—No demasiado —dijo Jimmy—. Puede que todavía quede por ahí algún que otro matador negro más. Prefiero ahogarme antes que tener un encontronazo con ellos, seguro.

—Me gustará volver a ver Crydee —dijo Martin—. Voy a tener muchas cosas de las que encargarme, tengo que poner mi casa en orden. El viejo Samuel estará al límite con la administración de las tierras, aunque estoy seguro de que el barón Bellamy ha llevado bien las cosas durante mi ausencia. Pero habrá mucho que hacer antes de partir.

—¿Partir? ¿Adonde? —dijo Arutha.

—Bueno, a Kronдор, por supuesto —dijo Martin en tono inocente, pero su mirada viajó al norte y se hizo eco en silencio de los pensamientos de su hermano. Allí arriba estaba Murmandamus, y una batalla que todavía debía combatirse. El asunto no estaba decidido, sólo la primera escaramuza. Con la muerte de Murad las fuerzas de la oscuridad habían perdido un capitán, habían sido obligadas a retroceder desordenadamente, pero no habían sido vencidas definitivamente, y volverían. Si no

mañana, cualquier otro día.

—Jimmy —dijo Arutha—, has actuado con astucia y valor más allá de lo exigible a un escudero. ¿Qué recompensa deseas?

El muchacho respondió mientras roía una gran costilla de venado.

—Bueno, seguís necesitando un duque de Krondor.

Continuación

Los jinetes detuvieron sus monturas.

Mirando hacia arriba estudiaron las cimas de las montañas que marcaban la frontera de sus tierras, les grandes picos de la Muralla Alta. Durante dos semanas, doce jinetes se habían abierto camino por las montañas hasta viajar más allá de los límites habituales de las patrullas tsurani, por encima de la línea del bosque. Avanzaban lentamente por un paso de montaña que había llevado varios días localizar. Buscaban algo que ningún tsurani había buscado en eras, un camino para atravesar la Muralla Alta y adentrarse en la tundra septentrional.

En las montañas hacía frío, una experiencia desconocida para la mayoría de los jinetes, excepto aquellos que habían servido en Midkemia durante los años de la Guerra de la Fractura. Para los soldados más jóvenes de la guardia de la familia Shinzawai, este frío era una cosa extraña y que casi les daba miedo. Pero no mostraban ningún indicio de su incomodidad, excepto para arrebujarse despreocupadamente en sus capas mientras contemplaban la extraña blancura de las cimas, que todavía se encontraban a cientos de metros por encima de sus cabezas. Eran tsurani.

Pug, todavía vestido con la túnica negra de un Grande, se volvió hacia su acompañante.

—Creo que es a poca distancia de aquí, Hokanu.

El joven oficial asintió y ordenó avanzar a su patrulla. Durante semanas, el hijo menor de los Shinzawai había conducido a la escolta más allá del límite de la frontera septentrional del Imperio. Siguiendo el río Gagajin hasta su fuente, un lago sin nombre en las montañas, los guerreros escogidos habían dejado atrás los senderos usados por las patrullas del imperio de Tsuranuanni. Aquí se encontraban las tierras salvajes, sembradas de rocas y aparentemente desoladas que separaban el Imperio de la tundra septentrional, hogar de los nómadas thün. Incluso con un Grande entre ellos, Hokanu se sentía vulnerable. Si una tribu thün estuviera viajando cerca cuando salieran de las montañas, habría una veintena o más de guerreros jóvenes actuando

como batidores y buscando una excusa para apoderarse de una cabeza tsurani como trofeo.

Torcieron una curva del camino y un estrecho hueco entre las montañas les permitió echar un vistazo a las tierras que había al otro lado. Por primera vez pudieron contemplar la vasta extensión de la tundra. En el horizonte podía distinguirse vagamente una barrera blanca larga y baja.

—¿Qué será eso? —dijo Pug.

Hokanu se encogió de hombros, su rostro una impassible máscara tsurani.

—No lo sé, Grande. Creo que será otra cordillera que atraviesa la tundra. O quizá es aquello que describiste, el muro de hielo.

—Un glaciar.

—Sea lo que sea, está al norte —dijo Hokanu—, donde dijiste que estaban esos Observadores.

Pug miró atrás a los diez jinetes silenciosos.

—¿A qué distancia? —preguntó.

Hokanu se rio.

—Más lejos de lo que podemos cabalgar en otro mes sin morirnos de hambre. Tendremos que paramos a cazar.

—Dudo que por aquí haya mucha caza.

—Más de la que uno pensaría, Grande. Los thün se esfuerzan por llegar a las estribaciones meridionales cada invierno, las tierras que hemos tenido bajo nuestro control durante mil años, pero de algún modo siguen sobreviviendo los inviernos aquí. Aquellos de nosotros que hemos invernado en tu mundo sabemos cómo conseguir comida en territorio nevado. Habrá criaturas parecidas a los conejos y los ciervos una vez que descendamos lo suficiente para que vuelva a haber bosque. Sobreviviremos.

Pug consideró sus opciones.

—No creo, Hokanu —dijo tras un momento de reflexión—. Puede que tengas razón, pero si aquello que espero encontrar no es más que una leyenda, entonces habremos recorrido todo este camino sin motivo. Yo puedo usar mis artes para volver a la casa de tu padre, y quizá podría llevar conmigo a alguno de vosotros, tres o incluso cuatro, pero ¿y el resto? No, creo que es hora de que nos separemos.

Hokanu empezó a objetar, ya que su padre le había ordenado proteger a Pug, pero Pug vestía la túnica negra.

—Como desees, Grande. —Le hizo un gesto a sus hombres—. Traed la mitad de vuestra comida. Grande, con eso tendrás para varios días más si comes frugalmente.

Cuando la comida estuvo reunida en dos grandes bolsas de viaje colgadas tras la silla de Pug, Hokanu les indicó a sus hombres que esperaran. El mago y el oficial se adelantaron un pequeño trecho.

—Grande —dijo el hijo de los Shinzawai—, he pensado acerca del aviso que has hecho y de tu misión. —Al parecer le costaba decir lo que pensaba—. Has aportado mucho a la vida de mi familia. No todo ha sido bueno, pero igual que mi padre, yo siempre he creído que eras un hombre de honor, sin malicia. Si crees que este legendario Enemigo es la causa de todos los problemas de tu mundo, y si crees que puede encontrar tu mundo y el nuestro, yo también debo creerlo. Admito que tengo miedo, Grande. Me siento avergonzado.

Pug negó con la cabeza.

—No hay vergüenza, Hokanu. El Enemigo es algo que está más allá de nuestro entendimiento. Sé que crees que es un ser de leyenda, algo de lo que hablaban cuando eras pequeño y tus profesores empezaban a instruirte en la historia del Imperio. Ni siquiera yo, que lo he contemplado en una visión mística, puedo explicármelo, excepto para creer que es la mayor amenaza imaginable para nuestros dos mundos. No Hokanu, no hay vergüenza. Yo mismo temo su venida. Temo su poder y su locura, ya que es una cosa de cólera y odio irracional. Dudaría de la cordura de cualquiera que no lo temiera.

Hokanu bajó la cabeza para indicar que estaba de acuerdo, y luego miró al mago a los ojos.

—Milamber... Pug. Te agradezco el alivio que le has traído a mi padre —hablaba del mensaje de Kasumi que Pug había traído—. Que los dioses de ambos mundos te protejan, Grande.

Inclinó la cabeza en señal de respeto e hizo dar la vuelta a su caballo en silencio.

En breve Pug se encontró solo en un paso que los tsurani no habían cruzado en eras. Bajo él estaban los bosques de la vertiente norte de la Muralla Alta, y más allá las tierras de los thün. ¿Y más allá de la tundra? Quizá un sueño o una leyenda. Las criaturas alienígenas vislumbradas brevemente en una visión que cada mago soportaba al pasar la prueba final para obtener la túnica negra. Esas criaturas conocidas sólo como los Observadores. Pug tenía la esperanza de que poseyeran algún conocimiento del Enemigo, algún conocimiento que marcará la diferencia en la batalla que se avecinaba. Ya que mientras Pug estaba a lomos de su cansada montura, en las alturas barridas por el viento de las montañas más altas del continente más grande de Kelewan, tenía la completa seguridad de que había comenzado una gran lucha, una lucha que podía significar la destrucción de dos mundos.

Pug apremió a su caballo a avanzar y el animal empezó a descender, hacia la tundra y hacia lo desconocido.

Pug tiró de las riendas. Desde que se había separado de la patrulla de Hokanu no había visto nada en las colinas mientras descendía hasta la tundra. Ahora, un día después de haber abandonado las estribaciones de las montañas, una banda de thün iba a su encuentro a toda velocidad. Las criaturas parecidas a centauros gritaban sus

cánticos de batalla mientras corrían, y sus poderosos cascos golpeaban la tundra con percusión rítmica. Pero a diferencia del legendario centauro, la parte superior de estas criaturas tenía la apariencia de algún tipo de lagarto que hubiera adquirido forma humana sobre el torso de un caballo grande o una mula, Igual que todas las formas de vida nativas de Kelewan, tenían seis miembros, e igual que pasaba con la otra raza inteligente autóctona, los insectoides cho-ja, los miembros superiores se habían convertido en brazos. A diferencia de los humanos tenían seis dedos.

Pug esperó tranquilamente hasta que los thün casi estuvieron sobre él, y en ese momento erigió una barrera mística y contempló cómo se estrellaban contra ella. Todos los thün eran machos guerreros, de gran tamaño, aunque en realidad Pug no tenía ni idea de cuál sería el aspecto de un hembra de la especie. Con todo, aquellas criaturas, a pesar de su apariencia inhumana, actuaron como Pug hubiera esperado que unos jóvenes guerreros humanos actuaran en las mismas circunstancias: confusos y enfadados. Varios aporrearon la barrera inútilmente, mientras que otros se retiraron a cierta distancia para observar. Entonces Pug se quitó la capa que el señor de los Shinzawai le había dado para el viaje. A través de la nebulosa barrera mística, uno de los jóvenes thün lo vio vistiendo la túnica negra y avisó a sus compañeros con un grito. Se dieron la vuelta y huyeron.

Lo siguieron durante tres días a una distancia respetuosa. Algunos se fueron a toda prisa, y durante algún tiempo estuvieron viniendo más thün a unirse a los que lo seguían. Estas idas y venidas, con los thün siempre tras él, se mantuvieron constantes. Cada noche, Pug erigía un círculo de protección alrededor de sí mismo y de su montura, y cuando se despertaba a la mañana siguiente, los thün seguían vigilando. Al cuarto día, los thün finalmente entablaron contacto pacíficamente.

Un solo thün trotó hacia él, con las manos torpemente levantadas por encima de su cabeza y unidas por las palmas, la señal tsurani de que quería parlamentar. Cuando se le acercó, Pug pudo ver que le habían enviado a un anciano.

—Honores para tu tribu —dijo Pug, con la esperanza de que la criatura supiera hablar tsurani.

Le respondió una risita casi humana.

—Un principio es, negro. Nunca honores me ha dado un hombre.

Hablaba con un fuerte acento, pero era inteligible, y sus extraños rasgos reptilianos eran sorprendentemente expresivos. El thün iba desarmado, pero sus antiguas cicatrices mostraban que una vez había sido un poderoso guerrero. Ahora la edad le había robado gran parte de su vigor.

Pug expresó su sospecha.

—¿Eres el sacrificio?

—Mi vida te pertenece. Del cielo haz caer tu fuego si eso deseas. Pero no lo deseas, lo creo. —Otra risita—. A negros los thün se han enfrentado. ¿Y por qué a uno cerca

de la edad de partir deberías tomar cuando el fuego del cielo a una banda entera quemar puede? No, tienes tus propios planes, ¿no? Incordiar a aquellos que pronto habrán de enfrentarse a los cazadores de hielo, los asesinos de manadas, tu propósito no es.

Pug estudió al thün. Casi había llegado al día en que sería demasiado viejo para seguir el ritmo de la banda errante, cuando la tribu lo abandonaría a los depredadores de la tundra.

—Tu edad te ha hecho sabio. No busco problemas con los thün. Sólo deseo seguir mi camino hacia el norte.

—Thün una palabra tsurani es. Somos lasura, la gente. Negros he visto. Panda problemática sois. Lucha casi ganada, entonces negros el fuego del cielo traen. Los tsurani luchan con bravura, y una cabeza tsurani gran trofeo es. ¿Pero los negros? Dejar a los lasura en paz vuestra costumbre no suele ser. ¿Por qué nuestras tierras deseas cruzar?

—Hay un grave peligro venido del pasado remoto. Es un peligro para todo Kelewan, para los thün igual que para los tsurani. Creo que puede haber alguien que sabe cómo hacerle frente a ese peligro, los que viven allá en el hielo. —Señaló al norte.

El viejo guerrero se incorporó sobre las patas traseras, como un caballo asustado, y la propia montura de Pug se apartó temerosa.

—Entonces, negro loco, al norte ve. La muerte allí espera, y eso descubrirás. Los que viven en el hielo a nadie dan la bienvenida, y los lasura respetan a los locos. Aquellos que a un loco dañan por los dioses son dañados. Tocado por los dioses estás. —Se apartó a toda prisa.

Pug sintió a la vez alivio y miedo. Que los thün conocieran a «los que viven allá en el hielo» demostraba que había una posibilidad de que los Observadores no fueran una leyenda ni se hubieran desvanecido en el pasado. Pero el aviso de los thün le hizo temer por su misión. ¿Qué lo esperaba en las heladas alturas del norte?

Pug emprendió la marcha mientras la banda de thün desaparecía en el horizonte. Los vientos venían desde el hielo, y se arrebujó en la capa. Nunca se había sentido tan solo.

Habían pasado más semanas, y el caballo había muerto. No era la primera vez que Pug subsistía con una dieta a base de carne de caballo. Pug usaba sus artes para transportarse a corta distancia, pero principalmente andaba. La vaguedad del paso del tiempo lo preocupaba más que ningún peligro. No tenía idea de si el ataque del Enemigo iba a ser inminente. Por lo que él sabía, puede que necesitara años para entrar en Midkemia. En todo caso, sabía que el enemigo ya no disponía del poder que había exhibido en la visión de los tiempos del puente dorado, de lo contrario habría barrido Midkemia y ningún poder del planeta hubiera podido detenerlo.

La rutina de Pug se volvió aburrida y monótona a medida que continuaba hacia el norte. Caminaba hasta llegar a la cima de alguna pequeña elevación y fijaba su visión en un punto distante. Concentrándose, podía transportarse hasta allí, pero era agotador y un poco peligroso. El cansancio embotaba la mente, y cualquier error en el conjuro usado para reunir la energía necesaria para desplazarse podía causarle heridas o incluso la muerte. Así que caminaba hasta que se sentía lo suficientemente alerta y en un sitio favorable para dicho conjuro.

Entonces, un día vio algo raro en la distancia. Algo extraño parecía alzarse sobre los acantilados de hielo. Lo veía con poca nitidez, ya que estaba demasiado lejos para verse claramente. Pug se sentó. Había un conjuro de visión lejana empleado por los magos de la senda menor. Lo recordaba como si lo hubiera leído un momento antes, una facultad de su mente que de algún modo se había visto potenciada por su tortura a manos del Señor de la Guerra y el extraño conjuro empleado para neutralizar su magia. Pero le faltaba aquella tensa estimulación, ese miedo a la muerte, que le había permitido usar la magia menor, y no logró hacer que el hechizo funcionara. Suspiró, se puso de pie y reanudó su lento paso hacia el norte.

Llevaba tres días viendo la aguja de hielo, que se alzaba contra el cielo sobre un gran glaciar. Subió a duras penas a una alta elevación y calculó a ojo la distancia. Transportarse a un sitio desconocido, sin un diseño en el que enfocar la mente, era peligroso a menos que pudiera ver el destino directamente. Escogió un pequeño saliente rocoso frente a lo que parecía ser una entrada y pronunció un conjuro.

De repente se encontró ante lo que claramente era la puerta de una torre de hielo, construida con algún tipo de artes arcanas. En la puerta apareció una figura vestida con una túnica con capucha. Se movía sin hacer ruido y con gracilidad, pero sus rasgos eran invisibles, ocultos bajo la profunda oscuridad de la capucha.

Pug esperó sin decir nada. A los thün estos seres evidentemente les daban miedo, y aunque Pug no temía por su seguridad, meter la pata podría costarle la única fuente de ayuda que se le ocurría para frenar al Enemigo. Aún así, estaba listo para defenderse si era necesario.

Mientras el viento arremolinaba los copos de nieve a su alrededor, la figura entunicada le indicó a Pug que lo siguiera y se dio la vuelta. Pug dudó un momento, y luego siguió a la figura encapuchada al interior de la aguja.

Dentro de ésta había escaleras labradas en sus paredes. La aguja en sí parecía haber sido construida con hielo, pero de algún modo en su interior no hacía frío; de hecho, parecía casi cálido en comparación con el gélido viento de la tundra. Las escaleras ascendían hacia el pináculo de la aguja, y descendían adentrándose en el hielo. La silueta estaba desapareciendo escaleras abajo, casi fuera de la vista, cuando Pug entró y la siguió. Descendieron lo que parecía una distancia imposible, como si

su destino se encontrara muy por debajo del glaciar. Cuando se detuvieron, Pug estaba seguro de que estaban a varios centenares de metros por debajo de la superficie.

Llegaron a una puerta de grandes dimensiones en la parte baja de las escaleras, construida con el mismo hielo cálido que las paredes. La figura cruzó el umbral, y Pug la siguió de nuevo. Lo que vio al otro lado lo hizo detenerse, absolutamente pasmado.

Bajo el grandioso edificio de hielo, en la helada desolación del ártico de Kelewan, había un bosque. Y aún más, era un bosque que no se parecía en nada a los de Kelewan, y el corazón de Pug se desbocó al ver los grandes robles y olmos, fresnos y pinos. Bajo sus botas había tierra, no hielo, y todo estaba envuelto por una suave luz difuminada por la verde enramada. El guía de Pug señaló hacia un sendero y emprendió el camino. Adentrándose en los bosques, llegaron hasta un gran claro. Pug nunca antes había visto lo que ahora tenía delante de los ojos, pero sabía que había otro sitio, un sitio muy lejano, que tenía este mismo aspecto. En el centro del claro se alzaban unos árboles gigantescos, con grandes plataformas erigidas entre ellos y conectadas por pasarelas que iban sobre las ramas. Las hojas, de color plateado, blanco, dorado y verde, parecían brillar con luz mística.

El guía de Pug se llevó las manos a la capucha y la bajó lentamente. Los ojos de Pug se abrieron de par en par maravillados, ya que ante él había una criatura inconfundible para alguien criado en Midkemia. La expresión de Pug fue de abierta incredulidad, y se quedó casi sin palabras. Ante él había un anciano elfo, que le habló con una leve sonrisa.

—Bienvenido a Elvardein, Milamber de la Asamblea. ¿O prefieres que te llamemos Pug de Crydee? Te estábamos esperando.

—Prefiero Pug —medio susurró. Estaba tan impresionado de haberse encontrado con la segunda raza más antigua de Midkemia viviendo en este bosque imposible, en las profundidades del hielo de otro mundo, que apenas fue capaz de reunir una traza de compostura—. ¿Qué es este sitio? ¿Quiénes sois y cómo sabíais que yo venía hacia acá?

—Sabemos muchas cosas, hijo de Crydee. Estás aquí porque es hora de que te enfrentes al más grande de los horrores, eso a lo que llamas «el Enemigo». Tú estás aquí para aprender. Nosotros estamos aquí para enseñar.

—¿Quiénes sois?

El elfo le indicó a Pug que lo siguiera hasta una gigantesca plataforma.

—Hay mucho que debes aprender. Vivirás con nosotros durante un año, y cuando te vayas habrás alcanzado un poder y un conocimiento que ahora sólo puedes ver de lejos. Sin esas enseñanzas, serás incapaz de sobrevivir a la batalla que se avecina. Con ellas, puede que seas capaz de salvar dos mundos. —El elfo asintió cuando Pug se puso en movimiento y se colocó a su lado—. Somos una raza élfica que hace mucho

que desapareció de Midkemia. Somos la raza más antigua de ese mundo, los sirvientes de los valheru, a los que los hombres llaman Señores de los Dragones. Hace mucho que vinimos a este mundo, y por razones que pronto descubrirás, decidimos quedarnos aquí. Esperamos el retorno de aquel que te ha traído hasta nosotros. Nos preparamos para el día en que veamos la vuelta del Enemigo. Somos los eldar.

Aturdido por esta revelación, Pug sólo pudo hacerse preguntas. En silencio, se adentró en la ciudad gemela de Elvandar, el lugar en las profundidades del hielo que los eldar llamaban Elvardein.

Arutha avanzaba por el pasillo a grandes zancadas. Lyam caminaba a su lado. Tras ellos se apresuraban Volney y los padres Nathan y Tully. Fannon, Gardan y Kasumi, Jimmy y Martin, Roald y Dominic, Laurie y Carline los seguían en grupo. El príncipe todavía llevaba puesta la sucia y ajada ropa de viaje que había vestido en el barco que los había traído de Crydee. Habían tenido un viaje rápido y, gracias a los dioses, sin incidencias.

Dos centinelas montaban guardia frente a la habitación que Pug había hechizado. Arutha les ordenó que abrieran la puerta. En cuanto lo estuvo, los hizo apartarse y aplastó el sello de lacre con la empuñadura de la espada como Pug le había indicado.

El príncipe y los dos sacerdotes corrieron junto a la princesa. Lyam y Volney mantuvieron a los demás fuera. Nathan abrió el vial que contenía el antídoto elaborado por los tejedores de magia elfos. Como estos habían dicho, vertió una gota en los labios de Anita. Por un momento no pasó nada, pero luego los labios de la princesa temblaron. Su boca se movió, y se relamió la gota de los labios. Tully y Arutha la incorporaron; Nathan le acercó el vial a la boca y lo vertió. Ella se lo bebió todo.

El color volvió a las mejillas de Anita ante sus ojos. Con Arutha arrodillado junto a ella, sus ojos parpadearon y se abrieron. Volvió un poco la cabeza y habló.

—Arutha —fue un susurro casi inaudible.

La mano de ella se posó dulcemente en la mejilla de él mientras las lágrimas se desbordaban por el rostro de Arutha. El príncipe cogió la mano y la besó.

En ese momento Lyam y los demás entraron en la habitación. El padre Nathan se levantó.

—¡Sólo un minuto! Tiene que descansar —ladró el padre Tully.

Lyam se rio, una risa estruendosa y feliz.

—¿Será posible? Tully, sigo siendo el rey.

—Y también te pueden nombrar emperador de Kesh, rey de Queg y gran maestro de los Hermanos del Escudo de Dala, por lo que a mí respecta —dijo Tully—. Para mí siempre serás uno de mis estudiantes menos dotados. Un momento y luego puerta. — El sacerdote se apartó, pero su rostro estaba húmedo, igual que los de los demás.

La princesa Anita miró a su alrededor, a todas esas caras sonrientes.

—¿Qué ha pasado? —dijo, y se sentó con una mueca—. Uf, me duele —sonrió azorada—. ¿Qué ha pasado, Arutha? Lo último que recuerdo es volverme hacia ti durante la boda...

—Ya te lo explicaré después. Ahora descansa y pronto vendré a verte.

Ella sonrió y se tapó la boca para ocultar un bostezo.

—Perdonadme, pero tengo sueño.

Se arropó y se quedó dormida enseguida. Tully empezó a echarlos a todos de la habitación.

—¿Cuánto pasará hasta que podamos concluir esta boda, padre? —dijo Lyam cuando estuvieron fuera.

—Unos pocos días —dijo Tully—. Los poderes curativos de esa mixtura son fenomenales.

—Dos bodas —dijo Carline.

—Yo pensaba esperar hasta que volviéramos a Rillanon —dijo Lyam.

—De eso nada —le espetó Carline—. No pienso arriesgarme.

—Bien. Vuestra Gracia, me temo que está decidido —le dijo Lyam a Laurie.

—¿Vuestra Gracia? —dijo Laurie.

—Por supuesto, ¿es que no te lo ha dicho? —dijo Lyam soltando una risotada mientras se iba—. No puedo permitir que mi hermana se case con un plebeyo. Te voy a nombrar duque de Salador.

Laurie pareció más preocupado que antes.

—Vamos, amor —dijo Carline cogiéndolo de la mano—. Sobrevivirás.

Arutha y Martin se rieron.

—¿Te has dado cuenta de cómo se está degradando la nobleza últimamente? —dijo Martin.

Arutha se volvió hacia Roald.

—Tú estabas en esto por el dinero, pero mi agradecimiento va más allá del simple oro. Recibirás una prima. Volney, que se entregue a este hombre una bolsa con cien soberanos de oro, la paga acordada. Y que luego le den diez veces esa suma como prima. Y luego otros mil como muestra de agradecimiento.

—Sois generoso, Alteza —Roald sonreía de oreja a oreja.

—Y si aceptas, serás bienvenido como mi huésped tanto tiempo como desees quedarte. Puede que incluso consideres la opción de unirme a mi guardia. Está a punto de quedar libre una capitánía.

Roald hizo un saludo militar.

—Gracias pero no, Vuestra Alteza. Llevo algún tiempo pensando que es hora de asentarme, especialmente después del último asunto, pero no tengo ganas de alistarme.

—En ese caso siéntete libre de ser nuestro huésped tanto como desees. Ordenaré al mayordomo real que prepare unas habitaciones para tu uso.

—Gracias, Alteza —dijo Roald con una amplia sonrisa.

—¿Ese comentario sobre una capitania libre quiere decir que por fin he acabado con mis deberes y puedo volver a Crydee con Su Gracia? —dijo Gardan.

Arutha negó con la cabeza.

—Lo siento, Gardan. El Sargento Valdis será el nuevo capitán de la guardia, pero todavía no es la hora de tu retiro. A juzgar por los informes de Pug que has traído de Stardock, me vas hacer falta. Lyam te va a nombrar caballero-mariscal de Krondor.

Kasumi le dio una palmada en la espalda a Gardan.

—Felicidades, mariscal.

—Pero... —dijo Gardan.

Jimmy carraspeó para hacerse notar, Arutha se volvió hacia él.

—¿Sí, escudero?

—Bueno, yo pensaba que...

—¿Querías preguntar algo?

Jimmy pasó la mirada del rostro de Arutha al de Martin.

—Bueno, pensaba que como se estaban repartiendo las recompensas...

—Oh, sí. Por supuesto. —Arutha miró a su alrededor, vio a uno de los escuderos y gritó—. ¡Locklear!

El joven escudero vino corriendo e hizo una reverencia ante el príncipe.

—¿Alteza?

—Escolta al escudero Jimmy a presencia de maese deLacy e informa al chambelán de que Jimmy ahora es escudero mayor.

Jimmy se alejó sonriendo junto a Locklear. Pareció a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor y siguió a Locklear.

Martin puso la mano en el hombro de Arutha.

—No le quites el ojo de encima a ese chico. Lo de que algún día quiere ser duque de Krondor va en serio.

—Y que me aspen si no puede que lo logre —dijo Arutha.

Epílogo

Retirada

El moredhel se tragaba su enfado.

No demostró ni el más mínimo indicio de su cólera a los tres caudillos que había ante él. Eran los líderes de las principales confederaciones de las tierras bajas. Mientras se aproximaban, él sabía lo que iban a decirle antes de que pronunciaran una palabra. Escuchó pacientemente, mientras la luz de la gran hoguera que había frente a su trono lanzaba reflejos sobre su pecho, creando la ilusión de que la marca de nacimiento con forma de dragón se movía.

—Amo —dijo el caudillo del centro—, mis guerreros se impacientan. Están nerviosos y se quejan. ¿Cuándo invadiremos las tierras del sur?

El pantathiano siseó, pero un gesto del líder lo hizo callar. Murmandamus se recostó en su trono y reflexionó en silencio sobre este revés. Su mejor general yacía muerto, irrecuperable incluso para los poderes que tenía a su servicio. Los conflictivos clanes norteños exigían acción, mientras que los clanes montañeses desertaban día a día, desalentados por la muerte de Murad. Los que habían venido de los bosques del sur murmuraban entre ellos acerca de usar los pasos menores para volver a las tierras de hombres y enanos e intentar volver a sus territorios en las estribaciones montañosas del Corazón Verde y las boscosas tierras altas de las Torres grises. Sólo los clanes de las colinas y los matadores grises se mantenían firmes, y eran una fuerza denusado pequeña, a pesar de su ferocidad. No, la primera batalla estaba perdida. Los caudillos que estaban ante él necesitaban alguna promesa, algún signo o portento que les devolviera la fe en su precaria alianza, antes de que reaparecieran las antiguas rencillas. Murmandamus sabía que sólo podría retener a sus ejércitos aquí unas pocas semanas más si no emprendía la marcha. Tan al norte sólo quedaban dos meses cortos de buen tiempo antes del otoño, y luego llegaría rápidamente el riguroso invierno septentrional. Si no había guerra que trajera botín y saqueo, los guerreros tendrían que volver pronto a sus casas. Finalmente, Murmandamus habló.

—Oh, hijos míos, los augurios aún no han llegado a su fruto. —Señaló hacia arriba, a unas estrellas apenas visibles por el resplandor de los fuegos de campamento

—. La Cruz de Fuego sólo anuncia el principio. Pero aún no es la hora. Cathos dice que la cuarta Piedrasangre aún no está alineada. La estrella de abajo estará en la posición adecuada en el solsticio de verano del próximo año. Y no podemos apresurar a las estrellas. —En su interior maldijo a Murad por haberle fallado en una misión tan crítica—. Confiamos nuestro destino a uno que actuó de forma demasiado apresurada, que puede que vacilara en su devoción. —Los caudillos intercambiaron miradas. Todos sabían que Murad era alguien más allá de todo reproche cuando se trataba de llevar la destrucción a los odiados humanos. Como si les estuviera leyendo las mentes, Murmandamus reaccionó—. A pesar de todo su poder, Murad subestimó al Señor del Oeste. Ése es el motivo de que el humano deba ser destruido. Con su muerte el camino hacia el sur queda abierto, y entonces destruiremos a todos cuantos se opongan a nuestra voluntad. —Se puso en pie—. Pero aún no es la hora. Esperaremos. Mandad a casa a vuestros guerreros. Que se preparen para el invierno, pero corred la voz: que todas las tribus y clanes se reúnan aquí el próximo verano, que las confederaciones marchen con el sol cuando éste vuelva a emprender su camino hacia el sur. Porque el próximo día de medioverano, el Señor del Oeste morirá —subió la voz—. Hemos sido puestos a prueba por el poder de nuestros antepasados y no hemos estado a la altura. Hemos sido culpables de fracasar en nuestra determinación. No volveremos a cometer ese fallo —golpeó la palma de su mano con el puño, y su voz se convirtió casi en un chillido—. En un año os traeremos las noticias de que el odiado Señor del Oeste ha sido destruido. Entonces marcharemos. Y no marcharemos solos, llamaremos a nuestros sirvientes: los trasgos, los trolls de las montañas, los gigantes. Y todos vendrán a servirnos. Marcharemos hacia las tierras humanas y quemaremos sus ciudades. Yo levantaré mi trono sobre una pila de sus cadáveres. Entonces, oh hijos míos, empezará el verdadero derramamiento de sangre.

Murmandamus dio permiso para que los caudillos se retiraran. La campaña de este año había finalizado. Murmandamus llamó a sus guardias para que lo acompañaran, y pasó junto a la encorvada figura del sacerdote serpiente. Reflexionaba en silencio sobre la muerte de Murad y la pérdida que dicha muerte había causado. La Cruz de Fuego mantendría su aspecto durante todo el año siguiente y un poco más, así que la mentira acerca de la conjunción resistiría. Pero ahora el tiempo era su enemigo. Se pasaría un invierno entre preparativos y recuerdos. No, esta derrota escocería a medida que pasaran las largas y gélidas noches invernales, pero esas mismas noches serían testigos del nacimiento de un nuevo plan, que traería la muerte al Señor del Oeste, el que era la Perdición de la Oscuridad. Y con su muerte comenzaría la ofensiva contra las naciones de los hombres, y la masacre no se detendría hasta que todos estuvieran postrados a los pies de los moredhel, como debía ser. Y los moredhel servirían a un amo, Murmandamus. Se volvió a mirar a sus más leales. La locura brilló en sus ojos a la trémula luz de las antorchas. Su voz era el único

sonido en las antiguas estancias, un ronco susurro que arañaba las orejas.

—¿Cuántos esclavos han capturado nuestros incursores para que tiren de las máquinas de asedio?

—Varios cientos, amo —dijo uno de sus capitanes.

—Matadlos a todos. Enseguida. —El capitán corrió a cumplir la orden, y Murmandamus sintió que la ira en su interior amainaba un poco, al pagar el fracaso de Murad con la muerte de los prisioneros. Su voz se convirtió casi en un siseo—. Hemos fallado, oh hijos míos. Demasiado pronto nos hemos reunido para recuperar lo que es nuestra legítima herencia. En un año, cuando las nieves se hayan derretido de nuevo en las montañas, volveremos a reunirnos, y entonces todos cuantos se nos opongan conocerán el terror.

Anduvo arriba y abajo por la habitación, una figura de poder abrumador, rodeado de un fulgor sobrenatural, de un aura casi perceptible. Su magnetismo era casi palpable. Tras pasar algún tiempo en silencio, giró sobre sus talones y se encaró con el pantathiano.

—Nos vamos, prepara el portal.

El serpiente asintió, mientras los matadores negros tomaban posiciones a lo largo de la pared. Cuando cada uno de ellos estuvo situado en un nicho, un campo de energía verde los envolvió. Se pusieron rígidos, estatuas en sus hornacinas, esperando la llamada que vendría el próximo verano.

El pantathiano acabó un largo encantamiento y en el aire apareció un campo de luz plateada resplandeciente. Sin mediar palabra, Murmandamus y el pantathiano atravesaron la puerta, abandonando Sar-Sargoth para ir a un sitio conocido sólo por Cathos y él. La puerta desapareció.

El silencio quedó como único señor de la estancia. Entonces, fuera, los gritos de los prisioneros muriendo empezaron a llenar la noche.